





PERSONAJES DE INTEGRACIÓN Y PALABRAS DE AMISTAD  
ENTRE PERÚ Y CHILE



SERGIO GONZÁLEZ MIRANDA  
[COMPILADOR]

PERSONAJES DE INTEGRACIÓN Y  
PALABRAS DE AMISTAD  
ENTRE PERÚ Y CHILE

★ BICENTENARIO 2021 ★



RiL editores

327.83 González Miranda, Sergio

G Personajes de integración y palabras de amistad entre Perú y Chile / Sergio González Miranda, compilador. – Santiago : RIL editores, 2021.

606 p. ; 23 cm.

ISBN: 978-84-18065-81-1

1 CHILE-RELACIONES EXTERIORES- PERÚ. 2 PERÚ-RELACIONES EXTERIORES-CHILE.



PERSONAJES DE INTEGRACIÓN Y PALABRAS  
DE AMISTAD ENTRE PERÚ Y CHILE  
Primera edición: julio de 2021

© Sergio González Miranda, 2021  
Registro de Propiedad Intelectual  
N° 2021-A-4263

© RIL® editores, 2021

SEDE SANTIAGO:  
Los Leones 2258  
CP 7511055 Providencia  
Santiago de Chile  
☎ (56) 22 22 38 100  
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

SEDE VALPARAÍSO:  
Cochrane 639, of. 92  
CP 2361801 Valparaíso  
☎ (56) 32 274 6203  
valparaiso@rileditores.com

SEDE ESPAÑA:  
europa@rileditores.com • Barcelona

Composición e impresión: RIL® editores  
Diseño de portada: Matías González Pereira

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-84-18065-81-1

Derechos reservados.

# ÍNDICE

## PRÓLOGO.

Personajes y palabras de amistad entre dos pueblos hermanos <i>Sergio González Miranda</i> .....	11
---	----

## PRESENTACIÓN

<i>Nicole Stopfer y Andreas M. Klein</i> .....	21
--	----

## PALABRAS PREVIAS DEL PREMIO NOBEL DE LITERATURA,

MARIO VARGAS LLOSA.....	23
-------------------------	----

## I.O. POETAS, NOVELISTAS Y ESCRITORES

1.1 Gabriela Mistral y los escritores del Perú: algunas vinculaciones con José Carlos Mariátegui, Luis Alberto Sánchez y Ciro Alegría <i>Maximiliano Salinas Campos</i> .....	27
--	----

1.2 Neruda: el <i>modus operandi</i> de un poeta provinciano en el mundo internacional; una mirada desde Perú <i>Abraham Quezada Vergara</i> .....	63
--	----

1.3 Ciro Alegría: un puente hacia la memoria <i>Ximena Troncoso Araos</i> .....	93
--	----

1.4 Ciro Alegría en Chile: la experiencia del exilio y el nacimiento de un gran novelista <i>Nécker Salazar Mejía</i> .....	125
---	-----

## 2.0. ACADÉMICOS, POLÍTICOS Y ARTISTAS

- 2.1 Lautaro Núñez Atencio, transhumante  
del desierto de Atacama  
*Sergio González Miranda* .....171
- 2.2 Víctor A. Pujazón: el orfebre de la confraternidad  
obrero chileno-peruano  
*Ivanna Margarucci* .....195
- 2.3 Los alcaldes Fidel Carita y Salvador Urrutia  
en la redefinición de la historicidad fronteriza:  
Tacna y Arica en las coyunturas nacionales del siglo XXI  
*Felipe Valdebenito Tamborino*.....229
- 2.4 Un urticante plebeyo: Lucho Barrios en Chile  
*Mariano Muñoz-Hidalgo* .....249
- 2.5 Chile: «un asilo contra la opresión» al APRA.  
Memoria y exilio de Luis Alberto Sánchez  
*José Chaupis Torres y Emilio Rosario Pacahuala*.....275

## 3.0. CIUDADANOS, SOLDADOS Y RELIGIOSAS

- 3.1 Personajes y episodios de la historia de la provincia  
de Tarapacá del siglo XIX: un vínculo ineludible entre Perú y Chile  
*Luis Castro Castro* .....307
- 3.2 Veteranos chilenos y peruanos de la Guerra del Pacífico:  
héroes desde una misma trinchera  
*Carlos Méndez Notari*.....353
- 3.3 Las Rosas peruanas y chilenas. Genealogía femenina en los  
monasterios de Santa Rosa de Santa María de Lima  
y Santiago de Chile  
*Ybeth Arias Cuba* .....373



3.4 Entre la peruanidad y la chilenidad: Manuel Yanulaque Scorda, inmigrante griego en Arica, 1874-1934 <i>Alfonso Díaz Aguad y Rodrigo Ruz Zagal</i> .....	409
---	-----

#### 4.0. PRÓCERES Y MANDATARIOS

4.1 O'Higgins, un gran amigo del Perú <i>Roberto Arancibia Clavel</i> .....	427
--	-----

4.2 Manuel Bulnes Prieto: de la frontera al bronce <i>Armando Cartes Montory</i> .....	449
---	-----

4.3 Billingham: integrador de sociedades y naciones <i>Alejandro Salinas Sánchez</i> .....	475
---	-----

4.4 Castilla, tarapaqueño <i>Orietta Ojeda Berger</i> .....	501
--	-----

4.5 Castilla: en un país con líderes, una crisis es una oportunidad <i>Pedro Gamio Aita</i> .....	537
--	-----

4.6 Augusto B. Leguía: la liquidación de la guerra de 1879 <i>Juan Carlos Herrera Tello</i> .....	547
--	-----

4.7 Antonio Gutiérrez de la Fuente y sus redes familiares: aproximaciones a su origen tarapaqueño y su misterioso vínculo con Chile <i>Sergio González Miranda y José Alflorino Torres González</i> .....	567
--	-----

5. SOBRE LOS AUTORES .....	591
----------------------------	-----



PRÓLOGO  
PERSONAJES Y PALABRAS DE AMISTAD  
ENTRE DOS PUEBLOS HERMANOS

Hoy, la vida pública y cotidiana, peruana y chilena, gira alrededor de una pandemia que ha obligado al cierre de las fronteras y a tener confinada en sus hogares a la mayoría de la población, mientras las economías sufren.

En este contexto, el aniversario de la independencia del Perú seguramente tendrá escasos actos públicos. Por su parte, en Chile se han prohibido las ramadas para el próximo 18 de Septiembre y recomendado, además, que no haya celebraciones que convoquen a familiares y amigos. En nuestras cuarentenas bailaremos privadamente un vals peruano, una marinera, una cueca chilena, esperando que para el próximo 28 de Julio ya exista una vacuna protectora, porque la República peruana cumplirá doscientos años de vida.

Este coronavirus nos dice que existen peligros para nuestras sociedades que pueden llegar desde cualquier punto cardinal del planeta, obligándonos a pensar en una nueva geopolítica donde las amenazas son muy diferentes a las de los siglos pasados. Hoy la cooperación y la integración entre sociedades fronterizas son más urgentes que nunca.

La vida exige ponernos barbijos, pero no mordazas. Siempre será un buen momento para reflexionar sobre lo que hemos hecho como comunidad, sociedad, humanidad, más aún cuando la historia patria (o historia matria, como diría Luis González y González) está de aniversario, y conversar amicalmente los modos de enfrentar el porvenir. En Chile esa importante reflexión crítica se realizó en el centenario, con pensadores como Palacios, Encina, Mac Iver, Venegas y Recabarren, entre otros. No así para el bicentenario, cuando nos enfocamos más en actos simbólicos que en el pensamiento crítico y; sin embargo, era muy necesario hacerlo. Hoy lo entendemos más que nunca.

Perú tuvo una generación joven de pensadores para el centenario, que cambió las estructuras sociales y políticas del país: Porras Barrenechea, Mariátegui, Haya de la Torre, Basadre, entre otros. También Luis Alberto Sánchez y Ciro Alegría, quienes tuvieron —como lo veremos en este libro— una estrecha relación con Chile.

Un bicentenario es una fecha no solo simbólica, sino también de introspección a escala del Estado-nación. Esa tarea le corresponde al pueblo soberano del Perú; nosotros solo podemos desearles que la mirada hacia el pasado sea con indulgencia y hacia el futuro con esperanza.

En este tiempo, los ojos están más atentos a los acontecimientos internacionales y la piel está más sensible a las injusticias, sea en el país más poderoso o en un barrio cualquiera. Quizás, como nunca, existe un deseo de revisar el pasado con los parámetros de la actualidad. Por ello, incluso se han destruido monumentos, con el riesgo de borrar precisamente la memoria histórica. Las razones pueden ser plausibles; sin embargo, como a los textos es preciso interpretarlos a través de la exégesis, a todas las expresiones de vida del pasado es preciso comprenderlas en su contexto histórico. Los próceres y los ciudadanos no siempre acertaron, pero nos legaron las repúblicas, que hoy es nuestra responsabilidad proyectar hacia el tercer milenio.

Raúl Porras Barrenechea afirmó en 1953 que «la historia de nuestra emancipación se escribió principalmente por argentinos, colombianos y chilenos», frase que tiene un tono de tristeza, pero también nos habla de una solidaridad americana que se perdió cuando los estados nacionales tomaron forma. Esa casa común hispanoamericana quedó sin moradores o nunca se construyó, a pocos años de los procesos de independencia. La «Patria Grande» de la que se hablaba en el siglo XIX, entrado el XX se transformaría en «los Estados Desunidos de Sudamérica», como dijo el diplomático chileno Emilio Rodríguez Mendoza, en 1923.

Estamos en el siglo XXI y lo relevante es reconocer la importancia de la construcción de las sociedades, una tarea de doscientos años que nunca se ha detenido, pues se realiza día a día, tanto en

los palacios de gobierno como en cada hogar del pueblo. Ya no es posible registrar en la historiografía solamente a los gloriosos personajes, los magnos acontecimientos, las grandes ciudades y las grandes ideas; también tienen un lugar los pequeños pueblos, los individuos anónimos, los ciudadanos de a pie, las microhistorias y la sabiduría popular.

Para la mayoría de los peruanos, Chile es sinónimo de Arica y la aduana de Santa Rosa; para los chilenos es Tacna y la aduana de Chacalluta, es decir, la frontera. Allí, en ese espacio heterotópico acontecen procesos propios de los siglos XIX, XX y XXI. Vemos comerciantes andinos, trabajadores transfronterizos y turistas venidos allende y aquende los Andes. Los millones de personas que cruzan esa frontera han hermanado cada día más a las ciudades de Tacna y Arica, abriéndoles ventanas al futuro y al pasado. Todos los años la aduana chilena le regresa a la peruana los cientos de piezas arqueológicas que se decomisan. La protección del patrimonio es una tarea colectiva.

Peruanos y chilenos tienen idioma, cultura e historia comunes y, lo más importante, un futuro compartido. Ese ha sido el espíritu de la Fundación Konrad Adenauer y el Grupo Generación de Diálogo Perú y Chile, Chile y Perú, al solicitarme este libro.

Dicen que el zapatero todo lo ve de cuero y, quizás por ser tarapaqueño, este libro tiene una mayor presencia de esta tierra caracterizada por su lejanía a los centros como Lima o Santiago, pero que ha tenido un vínculo privilegiado con otros centros a escala mundial, especialmente durante el Ciclo del Salitre (que cubrió gran parte del siglo XIX y un tercio del siguiente). El Tarapacá de la época temprana decimonónica, cuando se vivía la decadencia de la minería de la plata y el inicio de la industria del nitrato de soda, es muy desconocido tanto en Chile como en Perú. Sin embargo, nacieron allí próceres de la independencia y consolidación de la República peruana, como Ramón Castilla y Antonio Gutiérrez de la Fuente. Ambos con lazos comerciales y personales con Chile, especialmente Concepción y Talcahuano. La vida privada y pública de estos dos personajes estuvo no solo ligada, sino que uno no se explica sin el

otro. Aunque sus perspectivas políticas se hayan bifurcado después de la batalla de La Palma, que llevaría a Castilla a su segundo mandato y a De la Fuente una vez más al exilio en Chile.

Todo libro que destaque la amistad entre Perú y Chile no puede omitir la figura de Guillermo Billinghurst, un tarapaqueño que alcanzó la vicepresidencia, la alcaldía de Lima y la presidencia del Perú, en ese orden, sin dejar nunca de preocuparse por Tarapacá. Hablaba con acento chileno y siempre confió en que ambos países lograrían acuerdos definitivos en los temas internacionales que entonces los separaban. Cuando fue derrocado en 1914 por un golpe de Estado, partió a un falso exilio a Chile, porque en rigor volvió a su casa en el oasis de Pica, donde falleció al año siguiente.

Hemos incluido también a un tarapaqueño que es la síntesis cultural de esta tierra que tiene aromas a canela y canelo. Su nombre es Lautaro, que evoca al más emblemático cacique mapuche, y su apellido es Núñez, que nos recuerda al puquio Núñez entre Matilla y Quisma, el corazón de la peruanidad colonial de esta provincia. Sus raíces peruanas y chilenas se pueden leer en su piel y en sus ojos. Lautaro Núñez Atencio es el primer premio Nacional de Historia de todo ese norte chileno que alberga al desierto de Atacama. También el más reconocido arqueólogo sobre la región centro-sur andina, en plena vigencia académica a sus 82 años.

De los tarapaqueños nombrados, dos son considerados próceres, uno gran mariscal y el otro libertador, Gutiérrez de la Fuente y Castilla, respectivamente. Ambos tuvieron un vínculo estrecho con Concepción y Talcahuano desde muy jóvenes. Allí conocieron a Manuel Bulnes Prieto, quien encabezara las tropas chilenas y peruanas en la batalla de Yungay del 20 de enero de 1839. Gutiérrez de la Fuente y Castilla Marquesado estuvieron en la primera línea. Perú le otorgó a Bulnes el grado de gran mariscal de Ancash. Los tres llegaron a la presidencia de sus países, los tres conocieron a Bernardo O'Higgins.

O'Higgins, Bolívar, San Martín y los demás próceres de la independencia tuvieron una noción de patria antes que se conformaran los estados nacionales en Hispanoamérica, por tanto, más abierta

e inclusiva. O'Higgins nació en la Atenas de Chile, Chillán. Por lo mismo, tuvo una cultura amplia que le permitió comprender los vientos de cambio que soplaban en América. En contra de todos los obstáculos —incluyendo a su padre, el virrey del Perú— se unió al movimiento emancipador.

Bernardo es y seguirá siendo el puente de oro entre Perú y Chile, por lo que ningún libro que aborde la amistad entre ambos países puede obviar su figura e importancia. Siempre me ha sorprendido esa palabra que dijo repetidamente antes de abandonar este mundo: ¡Magallanes! Toda la navegación destinada a Chile y Perú desde Europa debía cruzar el estrecho de Magallanes. Los veleros y vapores salitreros conocieron de esa ruta. Notable perspectiva geopolítica cuarenta años antes de la construcción del canal de Panamá.

Perú le ofreció un hogar para hacer menos doloroso su exilio. Supo de la vida pública en Lima y también tuvo una vida cotidiana que lentamente estamos conociendo con las nuevas miradas historiográficas, aquellas que lo despojan de la investidura de prócer para conocerlo en su humanidad plena. Conocer su casa en el Jr. de la Unión en el centro de Lima, es caminar sobre los pasos cansinos de Bernardo en sus últimos años.

Los generales, sin la tropa, no alcanzarían jamás la gloria. Miles de soldados anónimos lucharon con igual tesón y heroísmo en las guerras que los estados nacionales emprendieron; sin embargo, no siempre fueron recompensados por el sacrificio realizado. Una vez concluidas las guerras, la diplomacia hace su tarea y todo vuelve a la aparente normalidad de la vida privada, donde el olvido es la verdadera norma. Esos soldados que después del conflicto deberán retornar a sus oficios de antes, ya no serán los mismos, no importa en cuál trinchera estuvieron. Si sus nombres no están en las páginas de la gran historia, al menos deberían gozar de una pensión digna en la vejez, como una forma de valorar la paz. Paz, la palabra que vibra en la pluma de los poetas.

Por su parte, los poetas tienen esa mirada aguda de águila para pesquisar un fenómeno humano y describirlo con precisión, por ello se adelantan incluso a los científicos. Escuchar el mensaje de un

poeta será siempre ir a un mundo imaginado y posible. No puede haber mejor regalo desde Chile al Perú que la voz de sus dos premios Nobel de Literatura, Gabriela Mistral y Pablo Neruda. Ambos, en su estilo, admiraron al Perú. La primera por ser telúrica, una flor de la cordillera de los Andes que se reconocía mestiza y que sufría por las injusticias con los más pobres. Con Gabriela no debemos confundirnos, escribió poemas bellos y emotivos como «Piececitos de niño», pero también «La palabra maldita», su mensaje crítico hacia la Segunda Guerra Mundial, que es extensivo a todas las guerras. La palabra maldita es PAZ. Gabriela dice «hay que seguir voceándola día a día, para que algo del encargo divino flote, aunque sea como un pobre corcho sobre la paganía reinante». Su juicio sobre el indígena mexicano es válido también para Perú y Chile: «cuatrocientos años esclavos les han desteñido la misma gloria de su sol y de sus frutas; les han hecho dura la arcilla de sus caminos, que es suave, sin embargo, como pulpas derramadas...»<sup>1</sup>.

Volver a escuchar al premio Nobel peruano, el escritor arequipeño Mario Vargas Llosa, presentando «Alturas de Macchu Picchu» de Pablo Neruda, haciendo una semblanza biográfica del poeta chileno, emociona cada vez más. Ver cómo estas dos cumbres de la literatura mundial habitan por un instante en la palabra entre esas otras cumbres del Urubamba, es irrepetible. En ese poema del *Canto General*, Neruda se pregunta: ¿América enterrada, guardaste en lo más bajo, en el amargo intestino, como un águila, el hambre? Una pregunta tan vigente en estos momentos de pandemia y hambruna<sup>2</sup>. Valga esta referencia a Mario Vargas Llosa para agradecer sus palabras para este libro.

En tanto, Ciro Alegría y Gabriela Mistral no solo se conocieron, fueron amigos. Tenían mucho en común: la importancia de la tierra, la narrativa indigenista y la crítica social. A Gabriela le valió el desprecio de algunos poderosos, a Ciro la cárcel y el exilio. Nadie puede quedar indiferente ante Ciro, con esa descripción profunda y cruda que fluye de su pluma, debido a su biografía plena de experiencias

<sup>1</sup> Mistral, Gabriela 1979, *Croquis mexicanos*. Editorial Nascimento, Santiago, p. 71.

<sup>2</sup> Neruda, Pablo 1980, *Canto general*. Editorial Bruguera, Barcelona, p. 35.



campesinas, indígenas y urbanas, políticas y periodísticas. En su exilio, Chile fue el espacio privilegiado para sus primeras novelas, también encontró la amistad, a sus correligionarios del APRA y el matrimonio. Ciro Alegría ocupa un espacio privilegiado en este libro a través de los textos de dos especialistas.

El ámbito de lo sagrado y lo profano no podían estar ausentes. Nada puede tener más aroma a la flor de la canela que Santa Rosa de Lima y el vals peruano. Por lo mismo, parecería extraño que estuvieran tan arraigados bajo la piel del pueblo chileno, pero lo están. Isabel Flores de Oliva, nombre que podría decirnos poco o nada, más aún si se trata de una mujer que vivió entre los siglos XVI y XVII. Pero si decimos que se trata de Santa Rosa de Lima, nadie queda ajeno a su figura, especialmente en el pueblo mariano. En Chile se le venera y en Perú es la Santa Patrona.

Del mismo modo, el vals peruano pareciera que solo puede habitar a gusto a orillas del Rímac. Sin embargo, le sientan bien los aires porteños de Chile. En Tarapacá es obligatorio en todo evento familiar bailar el vals «Iquique», compuesto por un orureño, Gilberto Rojas. La voz que mejor lo ha interpretado ha sido la de Lucho Barrios. Y también la de Monserrat Rivera.

Existen canciones que parecen estar destinadas para un único intérprete. Mi amigo Mariano Muñoz-Hidalgo diría de inmediato: el bolero «Inolvidable» interpretado por Tito Rodríguez. Y agregaría: el más popular vals sobre Valparaíso, «La joya del Pacífico», era perfecto para Lucho Barrios. ¿Quién no lo ha escuchado en Chile? Esa voz, como si fuera una piedra preciosa engastada en la canción...

Valparaíso, el puerto principal y Patrimonio de la Humanidad 2003, se consolidó como un centro a nivel mundial con el auge del nitrato de soda, pues allí se realizaban todas las transacciones, estaba la placa bancaria y las agencias navieras. Los magnates salitreros construyeron sus mansiones. Se hablaba inglés como lengua dominante. Las familias poderosas de Perú enviaban a sus hijos a educarse. Fue el caso de Guillermo Billinghurst y Augusto B. Leguía, dos mandatarios clave en las relaciones entre Perú y Chile que se rescatan en estas páginas.

Valparaíso tiene una avenida Perú y Santiago una calle Augusto Leguía. Fue un reconocimiento del Estado de Chile a la principal figura peruana del Tratado de Lima de 1929, que trajo la paz entre los dos países hermanos, después de casi medio siglo de tensiones diplomáticas.

Quienes siempre tuvieron gestos y acciones de confraternidad fueron las organizaciones obreras, especialmente durante el gobierno de Guillermo Billinghurst. Este mandatario llegó al poder precisamente apoyado por mutuales y gremios, bajo el lema «Pan Grande». Gabriela Mistral nos diría que, si hay otra palabra maldita, además de la palabra PAZ, esa sería la palabra PAN. En sociedades tan desiguales como las latinoamericanas, a las que pertenecen Perú y Chile, esa palabra breve y nutritiva es incómoda, especialmente cuando se grita a voz en cuello. Uno de esos obreros ilustrados que promovieron la confraternidad entre ambos países, fue Víctor A. Pujazón. Su nombre fue muy conocido en 1913, como olvidado posteriormente.

Las tensiones diplomáticas a veces son como cuerdas de una guitarra y se sienten desafinadas. Entonces, como si fueran afinadores profesionales, surgen personas clave. Son aquellas que llaman al sentido común y la buena voluntad. Los alcaldes de Tacna, Fidel Carita, y de Arica, Salvador Urrutia, fueron afinadores paradiplo-máticos de las tensas cuerdas diplomáticas peruano-chilenas durante el litigio por el límite marítimo. Ellos demostraron que existía una región transfronteriza tacnoariqueña que tenía derecho a voz y la palabra que saltaba desesperada por ser oída en Lima y Santiago era ¡INTEGRACIÓN! Una integración propia del siglo XXI. Si hace doscientos años los próceres miraban a Europa, especialmente a Francia e Inglaterra, por qué no hacerlo ahora, donde Alemania nos ofrece lecciones de integración continental.

Los lazos que unen a Tacna y Arica son profundos. Existían en el periodo precolombino, durante la Colonia y en la República. Los mismos apellidos se encuentran a uno y otro lado de Concordia. Algunos de prosapia colonial como Vigil, Belaúnde, Basadre, Unanue. Otros de prosapia indígena como Ara, Cañipa, Choquehuanca.

## PRÓLOGO

También las migraciones venidas de otros continentes: asiáticas y europeas. Cantoneses, italianos, españoles, ingleses, etcétera. Incluso, griegos, como Manuel Yanulaque, comerciante que llegó a fines del siglo XIX al puerto de Arica y formó familia con una ariqueña de familia antigua con raíces afroperuanas. Su vida privada, es una radiografía de muchas familias ariqueñas que se extendieron por Tacna y que llevan en la piel las marcas de la frontera.

No me he referido a ningún autor ni he adelantado nada del contenido de los textos, porque así le entrego ese privilegio al lector. Puedo, sin embargo, expresar mi profundo agradecimiento a cada uno de ellos y ellas, por la generosidad de compartir sus saberes, escrituras y, sobre todo, la amistad. Algunos de los capítulos me emocionaron en lo más íntimo y otros fueron un acicate para seguir perseverando en este proyecto integracionista entre Perú y Chile. No exagero al decir que hay algunos textos que serán consulta obligada para estudiantes y especialistas. También, más de alguien estará de acuerdo conmigo que más de uno de estos escritos será una pequeña obra maestra, un artefacto literario o un relato historiográfico maravilloso. Usted decide.

Finalmente, agradecer a la KAS por confiarme esta tarea y al Grupo de Generación de Diálogo Chile-Perú Perú-Chile, por ser la casa que alberga las ideas y los sentimientos de integración que me inspiraron y entusiasmaron para compilar este libro. También a la Universidad de Tarapacá, por ese entusiasmo que nos transmite y esa maravillosa libertad académica que nos ofrece.

*Sergio González Miranda*  
Premio Nacional de Historia 2014  
Profesor titular de la Universidad de Tarapacá  
Instituto de Alta Investigación IAI

Caleta Molle, 16 de julio del 2020, día de la  
Virgen del Carmen de La Tirana



# PRESENTACIÓN

## INTRODUCCIÓN AL DIÁLOGO CHILE-PERÚ / PERÚ-CHILE

El proyecto «Generación de Diálogo Chile-Perú / Perú-Chile», una alianza entre la Fundación Konrad Adenauer, el Instituto de Estudios Internacionales (IEI) de la Universidad de Chile y el Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) de la Pontificia Universidad Católica del Perú, celebró su aniversario 10 durante el año 2019. La idea del proyecto era y es el brindar un aporte al entendimiento entre dos países vecinos —Chile y Perú— y fortalecer sus relaciones políticas, académicas, culturales y sociales.

Como punto de referencia para el proyecto sirvieron los estrechos lazos de vecindad desarrollados entre Alemania y sus vecinos Francia y Polonia. Alemania albergaba hacia ambos países una rivalidad fomentada durante siglos y que tuvo su lamentable clímax con las catástrofes de la Primera y Segunda guerras mundiales. Ambos vecinos sufrieron particularmente por las acciones bélicas surgidas desde territorio alemán y tuvieron que lamentar millones de muertos, heridos y personas desplazadas.

Luego de la capitulación incondicional y general de Alemania del 8 de mayo de 1945, se emprendió la tarea de construir una nueva Alemania democrática. Para los padres fundadores de la joven República Federal de Alemania, fue algo indiscutido que aquella Alemania democrática tendría que insertarse en una Europa libre y unida. Uno de los grandes logros de los estadistas franceses y alemanes, entre ellos Robert Schuman, Charles de Gaulle y Konrad Adenauer, y, en fases posteriores, Valéry Giscard d'Estaing y Helmut Schmidt, así como Francois Mitterand y Helmut Kohl, fue el haber unido la reconciliación francoalemana con la integración europea. A través de varios pequeños pasos que iban desde el hermanamiento entre ciudades, el programa francoalemán para el intercambio de

jóvenes hasta reuniones de ministros y consultas intergubernamentales francoalemanas, se ha forjado un intercambio estrecho y, hoy por hoy, transfronterizo, que dio lugar a una profunda amistad.

Luego del cambio de época en los años 1989-1990 y del «viento de cambio» que arrasó con los regímenes totalitarios en Europa del Este y la «cortina de hierro», los jefes de gobierno de Alemania y Polonia, Helmut Kohl y Tadeusz Mazowiecki, respectivamente, allanaron el camino para una duradera reconciliación germanopolaca. A través del fomento de encuentros personales entre Polonia y Alemania se sentaron las bases para un mejor entendimiento vecinal. Hoy las relaciones entre Polonia y Alemania son tan sólidas como aquellas entre Alemania y su vecino galo.

Las relaciones germanopolacas y francoalemanas sirven como ejemplo para el Grupo Generación de Diálogo, cuyo objetivo es aprender más del país vecino, establecer puntos en común, discutir las líneas divisorias y elaborar estrategias comunes para los desafíos del futuro. El grupo aborda estas tareas mediante coloquios bianuales que incluyen jornadas de trabajo internas y seminarios académicos públicos. Adicionalmente el programa fomenta el intercambio académico de tres estudiantes por país y año, quienes son becados para llevar a cabo parte de sus investigaciones en el país vecino.

La presente publicación está pensada para aportar otro grano de arena en pos del entendimiento mutuo con el vecino. Quisiéramos agradecer expresamente a los autores y las autoras que han aportado a la realización del libro. En particular agradecemos a Sergio González Miranda, por coordinar el proyecto. Asimismo, quisiéramos agradecer, en nombre de la Fundación Konrad Adenauer, a las instituciones que han sido nuestras contrapartes académicas durante años: el Instituto de Estudios Internacionales (IEI) de la Universidad de Chile y el Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) de la Pontificia Universidad Católica del Perú, quienes, con su labor y desempeño incansables en años pasados, han logrado despertar el esperado interés por el proyecto en Chile y en Perú.

*Nicole Stopfer y Andreas M. Klein*

## PALABRAS PREVIAS DEL PREMIO NOBEL DE LITERATURA, MARIO VARGAS LLOSA

La integración de los países latinoamericanos es una razón de ser de nuestra historia, aunque nunca se ha podido llevar a cabo por razones muy diversas: las guerras que nos dividieron, la falta de visión de nuestros gobernantes y las rencillas diversas (y estúpidas) que separan a nuestros pueblos. Pero quizás ahora, un periodo que gracias a la globalización impulsa a crear grandes federaciones o conjunciones de países para poder hacer frente al futuro económico y, sobre todo, no dejar a los Estados Unidos y a China repartirse el mundo, haya mayores esperanzas que en el pasado.

Un ejemplo que deberíamos tener muy cerca es el de la Unión Europea. Aunque el *Brexit*, la salida del Reino Unido, ha afectado seriamente esta alianza de países europeos, yo creo que los que siguen formando parte de ella son conscientes de la necesidad de unirse y no solo en el campo económico, donde es indispensable, sino también en el campo político y cultural, que haga la unión más efectiva. Es fundamental para Europa no quedar rezagada en un mundo futuro en que dos gigantes, como los Estados Unidos y China, tengan control de todo el planeta. Europa debe figurar allí, compitiendo con esos gigantes, y eso también vale para América Latina.

Si seguimos divididos como hasta ahora, será imposible que desempeñemos un papel, aunque sea menor, en el futuro del mundo. Por eso nuestros gobiernos deberían empezar desde ya a trabajar seriamente en una fórmula que una a los países latinoamericanos y vaya integrándolos económicamente, pero también en lo político y en lo cultural, teniendo como ejemplo a la Unión Europea. Una vez tomada esta decisión, el hecho de que se hable español en la gran mayoría de nuestros países, facilitará mucho las cosas. Y es muy claro que Chile y Perú deberían ser el ejemplo del que

parta esa gran iniciativa. Formamos una unidad a lo largo de los trescientos años de colonia y no hay ninguna duda de que somos países complementarios que podrían estrechar relaciones en todos los campos, sobre todo el económico y cultural, si somos capaces de vencer las absurdas y disparatadas aversiones que han surgido a lo largo de la historia, pero que, en las actuales circunstancias han ido disminuyendo y, ojalá, desaparezcan (de más está decir que esa unión debería acercar también, en un primer momento, a Bolivia y Ecuador, que fueron partes integrantes de esa unidad durante la Colonia y que desgraciadamente la República dividió).

Estas son, por supuesto, unas ideas básicas sobre las que se podría elaborar muchos proyectos de diversa naturaleza.

*Mario Vargas Llosa*  
Madrid, septiembre del 2020



I.O.  
POETAS, NOVELISTAS Y ESCRITORES



I. I GABRIELA MISTRAL Y LOS ESCRITORES  
DEL PERÚ: ALGUNAS VINCULACIONES CON  
JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI,  
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ Y CIRO ALEGRÍA

*Maximiliano Salinas Campos*

*Con los años de vagabundeo, cargando como le digo, con estos ponchos  
o choapinos, de lo criollo, yo he ido aligerando sus urdimbres,  
hasta quedarme vestida como... el buen Inca, con lo más selecto  
de sus vicuñas y con el arco iris de sus tejedoras.*  
Carta de Gabriela Mistral a Pedro Zuloaga, 2 de enero de 1947

*Mi indigenismo, por lo tanto, no compromete ni de cerca ni de lejos a  
Chile y arranca sus raíces fieles de mi porción de sangre indígena  
norteña. Por el ímpetu de la herencia y por una lealtad elemental,  
mi defensa del indígena americano durará lo que mi vida.*  
Gabriela Mistral, *Oficio sobre su indigenismo al gobierno de Chile*,  
Petrópolis, Brasil, 30 de junio de 1942.

*A pesar de la diligencia que han dado los historiadores, no se sabe  
mucho del origen y menos aún se logra entender cómo pudo or-  
ganizarse en menos de mil años lo que llaman los sociólogos el  
milagro del Incanato. Leyendo al Inca Garcilaso, a Prescott y a  
Boudin, nunca se sabe si aquello es un cuento a lo divino de la  
Edad de Oro, o es un documento real y  
una experiencia indoamericana.*  
Gabriela Mistral, *Algo sobre el pueblo quechua*, 1947.

Gabriela Mistral experimenta una intimidad profunda con el Perú indígena. El mundo quechua la nutre de una rica inspiración poética y espiritual. De ello es expresión su hermosa «Canción quechua», inspirada en una canción andina de voz femenina:

Donde fue Tihuantisuyo  
nacían los indios.  
Llegábamos a la puna  
con danzas, con himnos.

Silbaban quenas, ardían  
dos mil fuegos vivos.  
Cantaban Coyas de oro  
y Amautas benditos.

Bajaste ciego de soles,  
volando dormido,  
para hallar viudos los aires  
de llama y de indio.

Y donde eran maizales  
ver subir el trigo  
y en lugar de las vicuñas  
topar los novillos.

¡Regresa a tu Pachacamac,  
En-Vano-Venido,  
Indio loco, Indio que nace,  
pájaro perdido!  
(Gabriela Mistral, «Canción quechua», *Ternura*).

Gabriela se siente próxima al Tiwantisuyo. Lo siente latir en su alma. Es probable que más que a la nación del Perú, ella tenga presente la notable civilización andina y quechua del Tiwantisuyo, que ha sabido conocer, entre otras, gracias a la obra *El imperio socialista de los Incas* de Louis Baudin, de 1928. En su escrito de 1947, *Algo sobre el pueblo quechua*, transmite su embelesamiento por la creación histórica del mundo de los incas. Ve en ellos una cultura que ha sabido armonizar perfectamente lo terrestre y lo celeste, la piedra y la luz, el sol y el agua, en la combinación de

una religión astronómica y una política colectiva que no conoce el individualismo, y donde el respeto y la dignidad del conjunto de la Tierra es un resultado inequívoco. Los quechuas han tejido una sociedad en el espacio americano, un cuarto del espacio total del continente, en que se valora la dignidad del planeta y de todos los seres humanos. «Aquel indio de cuerpo aguzado como sus flechas, tan enjuto como sus cactáceas, terco al igual que su piedra volcánica, hizo de la cordillera una enorme gradería de maizales, campos de patatas y un emporio de legumbres y frutales. Este falso primitivo consideraba el abandono de la tierra un delito contra el sol, contra el Inca y contra sus hijos». «Gracias al trabajo universal y no poco especializado del hombre y la mujer (el viejo estaba exento), el techo de paja cubría a cada familia de los hielos andinos; la ropa de buen algodón calentó siempre el cuerpo del hombre andino y la ración preciosa y exacta de maíz, patata y frutas no faltó a ninguno de los hijos del sol, ni en el año generoso ni en el cicatero de cosechas».

Este mundo terrenal y celestial, masculino y femenino, «patriarcal en lo civil y matriarcal en lo religioso», como dice Gabriela, desarrolló una refinada cultura espiritual con expresiones propias y sorprendentes como la institución de los «amautas». «[El] amauta recogía —dice Gabriela— la crónica de las ciudades, haciendo así de historiador; él enseñaba el civismo imperial y teológico que se avenía con aquella teocracia india; el amauta era recitador y a veces productor de poesía. ¡Qué lindo oficio de hombre! ¡El amauta hacía de inspirador, pero también de organizador en las fiestas solemnes y las populares! Hoy diríamos que él proveía al pueblo de su pan de alegría. El menester del amauta estaba cargado de honras pero también de seducción. Tal vez sea el suyo el único oficio del cual yo haya sentido envidia o saudade, deseo y tristeza de que ya no exista más»<sup>1</sup>. La admiración de Gabriela Mistral por el Tiwantisuyo fue constante. En 1940 le confiesa a Eduardo Frei que ella es una socialista del «Imperio de los Incas»<sup>2</sup>. Es probable que Gabriela

<sup>1</sup> Mistral, Gabriela, «Algo sobre el pueblo quechua», 1947, Scarpa, Roque Esteban, 1978, pp. 185-189.

<sup>2</sup> Carta de Gabriela Mistral a Eduardo Frei, Brasil, 15 de junio de 1940, G. Mistral, *Antología mayor. Cartas*, Santiago 1992, p. 322.

fuera reconociendo con los años cada vez más el valor del mundo inca. En 1934 dice escuetamente, a propósito de Vasco de Quiroga: «Si su itinerario hubiese virado hacia el Sur, él se acomodase con el régimen de los incas y salvado del sistema quechua, lo que se debía haber salvado: el arrazonamiento y la costumbre parca»<sup>3</sup>. En otro texto dirá resueltamente: «[El] sistema de vida social quechua-aimará sigue recibiendo comentario y comentarios sapientes que lo hacen abuelo del hecho ruso contemporáneo»<sup>4</sup>.

Las ambiciones y desavenencias nacionales republicanas de los siglos XIX y XX contribuyeron a un espíritu de discordia entre los pueblos de América del Sur, diferente al telar de la amplia ecúmene andina del Tiwantisuyo. Durante la guerra del Pacífico, Chile se arroga el destino de aplastar al Perú. «[Es] preciso que la venganza sea tan terrible como el insulto; que los degenerados descendientes de los incas reciban el castigo que merecen», decía *El Mercurio* de Valparaíso en 1879, y volvía a decir en 1880: «Para tener paz con el Perú es indispensable reducirlo a completa impotencia por el espacio de cincuenta años por lo menos»<sup>5</sup>.

Precisamente las discordias entre las naciones republicanas enturbian las relaciones amistosas de Gabriela Mistral con algunos intelectuales del Perú. La entrada de tropas peruanas en territorio colombiano, en 1931, en abierta violación del tratado Lozano-Salomón, lleva a la poetisa a solidarizar con Colombia y a criticar la política del Perú como «de matones que no creen sino en su puño cerrado»<sup>6</sup>. Las expresiones de la poeta disgustan a los escritores peruanos Francisco y Ventura García Calderón, quienes defienden oficialmente la posición de su país en contra de Colombia. Particularmente Ventura García escribe una carta muy agresiva

<sup>3</sup> Mistral, Gabriela, «Don Vasco de Quiroga, el fundador», *El Tiempo*, Bogotá, 15 de abril de 1934.

<sup>4</sup> Mistral, Gabriela, 1957, p. 82.

<sup>5</sup> «¡A la guerra! ¡A la guerra!», *El Mercurio*, Valparaíso, 2.4.1879; *Solo la espada puede cortar el nudo*, *El Mercurio*, Valparaíso, 22.10.1880, en P. Ahumada, *Guerra del Pacífico*, I, 191, III, 563.

<sup>6</sup> Mistral, Gabriela, «Nuestra Colombia», *El Tiempo*, Bogotá, 23 de diciembre de 1933, reproducido en Mistral, Gabriela, 1933-1935a, pp. 133-135.

contra Gabriela, que pone fin a una amistad de veinte años<sup>7</sup>. Junto a Francisco y Ventura García Calderón, y otros escritores del continente como Alfonso Reyes, de México, Gabriela Mistral integra el comité que dirige la Colección Iberoamericana de la Comisión de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones<sup>8</sup>. Ventura García Calderón estaba lejos de la revista *Amauta* de Mariátegui: «*Amauta*, revista que no frecuentaron Ventura García Calderón y otros exponentes de suntuoso indianismo»<sup>9</sup>.

Personalmente Gabriela tuvo que sufrir ciertas actitudes peruanas debido a su nacionalidad chilena, y a los lamentables acontecimientos de la guerra del Pacífico. En 1954 manifiesta a la querida escritora del Perú, Teresa María Llona (1905-1989): «Hay algo más que tal vez no conoces: varios peruanos se han dado, desde hace tiempo, el placer de hablar de mí en los países que visitan. Como se habla del peor ejemplar femenino, [...]. Tal vez por esto, querida, se me ha hecho duro escribir para tu país, a pesar de que siento por él, desde mi adolescencia hasta el día de hoy, una real estima y respeto. Duele, querida, escribir estas cosas que, por su duración, datan de mucho tiempo y continúan, mi Teresa. Me ha sorprendido tu queja y veo por ella que desconoces —que ignoras— ese triste asunto: yo no soy de la generación que hizo nuestra guerra, querida. Neruda tampoco pertenece a ella y también recibe igual trato de nuestros colegas peruanos»<sup>10</sup>.

Al mismo tiempo Gabriela debió asumir las consecuencias de su predilección por los escritores peruanos como José Santos Chocano, y los efectos de su pacifismo entre sus propios compatriotas. Así le confiesa a los escritores y diplomáticos Francisco García Calderón, del Perú, y Gonzalo Zaldumbide, de Ecuador, en 1934: «Me eché encima el odio de aquel infeliz de V.[íctor] D.[omingo] Silva, el poeta patriota, por mi defensa de Chocano [...]. No hay alumna mía que me haya oído un solo juicio contra el Perú, ni siquiera la

<sup>7</sup> Mistral, Gabriela, 1933-1935b, pp. 135-137.

<sup>8</sup> Mistral, Gabriela, 1933-1935, p. 101.

<sup>9</sup> Escajadillo, Tomás, 2004, p. 243.

<sup>10</sup> Carta de Gabriela Mistral a Teresa María Llona, 1954, G. Mistral, *Antología mayor. Cartas*, Santiago, 1992, p. 571.

repetición de los de mis textos oficiales de historia. Alguna vez, en discusiones de esas que se pasan del patético al trágico, perdí un amigo muy querido, por haberle dicho, como respuesta a su regodeo en héroes de su familia que tomaron Lima: ‘Yo tengo la honra de saber que no fue sangre de uno solo de los míos a hacer las jornadas de Lima’. Ese hombre era mi jefe en el ministerio, el subsecretario de instrucción; salió de mi colegio sin darme la mano y pasó a ser mi enemigo, y lo es hasta hoy»<sup>11</sup>.

Gabriela tuvo que oír la insoportable ideología racista de la clase dirigente chilena acerca del Perú. Así comenta sus conversaciones con el político y empresario derechista Gustavo Ross: «Luego vino una larga conversación sobre asuntos del mundo. Por allí salió México y me habló muy mal de su rumbo, diciéndome las mayores tonterías de ‘las razas inferiores’, de la tragedia del Perú —donde no queda sino dejar extinguirse a los indios, etc. Toda la ideología chilena de que estoy harta desde que nací y que no ha cambiado en un ápice, a lo menos dentro de la clase dirigente»<sup>12</sup>.

Gabriela cultivó una importante relación de amistad con escritores peruanos como el poeta arequipeño Guillermo Mercado, autor de poesías publicadas en su ciudad natal en 1924 y 1933<sup>13</sup>. Desde La Habana, Gabriela le escribe en 1938: «Pena me dio no subir a Arequipa y venirme sin conocerle. [...]. Su originalidad es cabal y es maravillosa, como toda verdadera originalidad. Su poesía tiene más humanidad, Mercado, que la mejor poesía de la famosa Europa... humana. Y mi mayor fiesta habría sido oírle y tratarle. Sepa, en todo caso, que lo llevo a Ud. conmigo después de este viaje por la América en el que he visto mucha gente nuestra descastada y

<sup>11</sup> Carta de Gabriela Mistral a Francisco García Calderón y Gonzalo Zaldumbide, Madrid, abril de 1934, en Otto Morales Benítez, Gabriela Mistral. Su prosa y poesía en Colombia, Bogotá: Edición del Convenio Andrés Bello, 2002, II, p. 393. Sobre Mistral y Chocano, Augusto Iglesias, Vasconcelos, Gabriela Mistral y Santos Chocano: un filósofo y dos poetas en la encrucijada, Ciudad de México: Clásica Selecta, 1967.

<sup>12</sup> Carta de Gabriela Mistral a Victoria Kent, Lisboa, 8 de marzo de 1936, en Elizabeth Horan, Carmen Urioste, Cynthia Tompkins, eds., Preciadas cartas (1932-1979). Correspondencia entre Gabriela Mistral, Victoria Ocampo y Victoria Kent, Sevilla: Renacimiento, 2019, p. 253.

<sup>13</sup> Oro del alma, 1924; Tremos, 1933.



algunos fieles en intención, pero que no logran siempre, como Ud., expresarse americanamente. Lo estimo, le admiro y le quiero. Mejores tiempos vendrán y podré yo volver a su tierra o Ud. me hallará en algún lugar de este pobre mundo trágico. Me llegará Ud. con sus nuevos versos como un jarro peruano, de esos que me entregan con su aliento la bocanada entera de la raza»<sup>14</sup>. También cultiva una larga amistad con la poeta peruana Teresa María Llona. Prologa su libro *Encrucijada* de 1938. Desde Lisboa, en 1939, Gabriela le expresa con entusiasmo rural y andino: «Me parece muy mal, pero muy mal que tú, con 25 años, con luz peruana y con un país en paz, tengas el alma tan quebrada. Es un verdadero pecado contra el Espíritu Santo. Entiendo solo esto, Teresa María: las ciudades criollas dan muy poca excitación espiritual; son bastante *sordas*, no acicatean las potencias»<sup>15</sup>.

Es posible que Gabriela Mistral vislumbre en sus mejores amigos escritores del Perú a una suerte de añorados ‘amautas’, mezcla de historiadores y poetas, capaces de transmitir la sabiduría y la alegría de las antiguas civilizaciones andinas, anteriores a los estrechos nacionalismos de raíz decimonónica. Escogemos a tres de ellos: José Carlos Mariátegui (1894-1930), Luis Alberto Sánchez (1900-1994) y Ciro Alegría (1909-1967).

## I. JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

José Carlos Mariátegui (1894-1930), pensador del Perú indígena y de Indoamérica, particularmente conocido en su país como ‘El Amauta’ (*hamawt’a*, maestro, en quechua), funda en septiembre de 1926 la revista *Amauta*, que vincula a una amplia generación de intelectuales latinoamericanos en el impulso de un movimiento indigenista en arte y literatura. La revista constituye un «foro indigenista» en la década de 1920<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> Carta de Gabriela Mistral a Guillermo Mercado, La Habana, Cuba, 1938, G. Mistral, Antología mayor. Cartas, Santiago, 1992, pp. 278-279.

<sup>15</sup> Carta de Gabriela Mistral a Teresa Llona, Lisboa, enero de 1939, G. Mistral, Antología mayor. Cartas, Santiago, 1992, pp. 283.

<sup>16</sup> Escajadillo, Tomás, 2004, pp. 289-395.

Gabriela Mistral tiende lazos con José Carlos Mariátegui. El 10 de junio de 1927 dice el escritor peruano: «La revista *Amauta* [...] ha recibido mensajes de solidaridad y aplauso de intelectuales como Gabriela Mistral, Alfredo Palacios, Eduardo Dieste, José Vasconcelos, Manuel Ugarte»<sup>17</sup>. En 1928, en el número 12 de la revista, Mistral publica los «Derechos del niño», texto escrito en París en diciembre de 1927<sup>18</sup>. En el número 10 del mismo año se publica «La escuela nueva en nuestra América. Carta de Gabriela Mistral a Julio R. Barcos»<sup>19</sup>. En la misiva, Gabriela expresa su rechazo a una educación nacionalista y militarista, alentando, en cambio, el protagonismo femenino en una educación democrática donde confluyan madres y maestras<sup>20</sup>. También, desde Francia, en Fontainebleu, sin indicación de fecha, la poeta le hace llegar a Mariátegui un mensaje de solicitud y felicitaciones: «Gabriela Mistral le ruega haga llegar estos cuestionarios a quien corresponda para que sean contestados. Le felicita por *Amauta* y le saluda agradeciéndole el servicio»<sup>21</sup>. Gabriela está en Fontainebleu desde 1926 como consejera y representante de Hispanoamérica en el Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones<sup>22</sup>. En 1930, para contactar al poeta peruano José María Eguren, a quien la revista *Amauta* le hiciera un homenaje en 1929, Mistral recomienda a su amigo escritor ecuatoriano Benjamín Carrión, estudioso de Mariátegui, que se contacte personalmente con el pensador de Indoamérica: «Se le escribe a Barranco, Lima; o mejor a Mariátegui para él»<sup>23</sup>.

Gabriela Mistral comparte sentimientos americanistas y proximidades con Mariátegui y su equipo a través del escritor chileno

<sup>17</sup> Carta al diario La Prensa, Lima, 10.6.1927, José Carlos Mariátegui, Correspondencia 1915-1930, Lima: Biblioteca Amauta, 1984, I, p. 289.

<sup>18</sup> Mistral, Gabriela, «Derechos del niño», *Amauta*, 12, 1928, p. 32.

<sup>19</sup> *Amauta*, 10, 1927, pp. 4-6.

<sup>20</sup> Sobre la participación de Gabriela y de las mujeres en *Amauta*, Sara Beatriz Guardia, «Mujeres de la Revista *Amauta*. Transgrediendo el monólogo masculino», *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 22, abril-junio 2017, pp. 37-46.

<sup>21</sup> Mariátegui, José Carlos, 1915-1930, p. 762.

<sup>22</sup> Carta de Gabriela Mistral a Pedro Aguirre Cerda, Fontainebleu, 28 de diciembre de 1926, G. Mistral, *Antología mayor. Cartas*, Santiago, 1992, pp. 144-146.

<sup>23</sup> Carta de Gabriela Mistral a Benjamín Carrión, 3 de febrero de 1930, G. Mistral, *Antología mayor. Cartas*, Santiago, 1992, p. 174.

Joaquín Edwards Bello (1887-1968). En 1927 la revista *Amauta* solicitó a Edwards Bello una colaboración con su pensamiento «tan generoso y tan nuevo», expresado en *Nacionalismo continental*, obra prologada por la escritora chilena. Mariátegui le hace llegar un saludo personal<sup>24</sup>. En 1929 Mariátegui escribe a Edwards Bello anunciándole el envío de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* y un inminente viaje a Chile: «En el Perú sostengo desde hace cinco años una lucha muy difícil. Hace algunas semanas he estado preso en mi casa con todos los míos. La policía ocupó mi casa y se apoderó de todos mis papeles, hasta de los recortes de los artículos publicados. [...]. No creo que a nuestra edad se puedan pasar más de cinco años sedentarios»<sup>25</sup>.

Gabriela Mistral comparte con Edwards Bello el mismo e ilimitado afecto con un Perú libre de las limitaciones del nacionalismo decimonónico y de las borrascosas consecuencias de la guerra del Pacífico. Comparten el amplio espíritu de Mariátegui en la década de 1920. El escritor chileno escribe a Gabriela en 1934: «Querida Gabriela: [...] Acá han nombrado Embajador en Lima a un caballero Subercaseaux Errázuriz, de esos que, malgrado nuestras campañas ‘de nosotros los escritores’ hubieran deseado la guerra con Perú y Bolivia, y nos llamarían traidores en su intimidad, a nosotros, en los años que pedíamos la confraternidad chileno-peruana. Los títulos que los diarios invocan para nombrarle Embajador son: presidente del Club de la Unión, fundador de ‘Gente Grande’ (ganadera), Director del Club de Golf. Este sujeto llegará a Lima y se admirará de que exista una fuerte intelectualidad peruana, respetada, y que nos admira a usted y a mí. Que a Ud. la tiene por reina del talento»<sup>26</sup>.

La escritora comparte el americanismo de Edwards Bello, despojado de las fronteras nacionales decimonónicas y, al igual que José Carlos Mariátegui, libre del academicismo o de un entendimiento mezquino de la política: «El continentalismo ha tenido en Edwards

<sup>24</sup> Carta de Carlos Manuel Cox a Joaquín Edwards Bello, Lima, 6.3.1927 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:310026>

<sup>25</sup> Carta de José Carlos Mariátegui a Joaquín Edwards Bello, Lima, 27.12.1929 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:310066>

<sup>26</sup> Carta de Joaquín Edwards Bello a Gabriela Mistral, Santiago, agosto 1934 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:143645>

Bello uno de sus mejores propagandistas, y la conciencia chilena, en este sentido de la formación de nuestra sudamericanidad, le debe mucho. [...] Le ha faltado para tomar proporciones de maestro, un poco de pedantería de sociólogo o de suficiencia de pedagogo, o de matonesca pecha política. Hay en él, por el contrario, simplicidad criolla, alegría de campeón deportivo, inteligencia castigada»<sup>27</sup>.

En 1938 Gabriela Mistral visita de paso el Perú. Se encontrará allí con Víctor Raúl Haya de la Torre. «[Cuando] echó anclas en el Callao, futuros embajadores-poetas (el boliviano Alcides Arguedas, el peruano Haya de la Torre) remaron para encontrarse con ella»<sup>28</sup>. Ese año Gabriela dice, con un espíritu que evoca, entre otros, el pensamiento de Mariátegui: «Yo soy indigenista. Amo todo lo que venga de nuestra América India [...]. [No] debemos olvidar que somos indoamericanos. Una revolución social debe inspirarse entre nosotros, en ideales indoamericanistas. ¿Qué quiere usted? Tengo ese misticismo pagano, mitad quichua, mitad maya, y no olvido mi sangre india»<sup>29</sup>.

¿Está entonces Gabriela más cerca de Mariátegui que de su anterior mentor Vasconcelos? En 1920 José Vasconcelos hablaba de la «raza iberoamericana»: «Constituimos un agregado racial homogéneo, tan homogéneo como cualquier raza homogénea de la tierra y esta raza una, la raza iberoamericana, habita una zona extensa y continua del Nuevo Mundo»<sup>30</sup>. Vasconcelos, como sabemos, atenuó su original indigenismo para exaltar la España católica: «[José Vasconcelos] habiendo sido en el gobierno quien levantó el estandarte de los indios, pasó a ver en la España Católica, y en sus herederos, la fórmula que podría salvar a una América que, según él, estaba penetrada por la masonería, el protestantismo y el capitalismo, los tres demonios hijos de los yanquis»<sup>31</sup>. En 1944 Jorge Falcón Garfias, escritor peruano especializado en Mariátegui, solicita a Gabriela Mistral su participación en un número de homenaje de la

<sup>27</sup> Mistral, Gabriela, 1968, p. 15.

<sup>28</sup> Elizabeth Horan *et al.*, eds., *Preciadas cartas (1932-1979)*, Sevilla: Renacimiento, 2019, 53.

<sup>29</sup> Mistral, Gabriela, 1938, García-Huidobro, Cecilia, 2005, pp. 205-206.

<sup>30</sup> Vasconcelos, José, 1920, pp. 16-17.

<sup>31</sup> Arciniegas, Germán, 1965, p. 615.

revista *Hora del hombre. Revista de arte, política y literatura*, que él editara entre 1943 y 1960, dedicado a los escritores peruanos César Vallejo y José Carlos Mariátegui. «Deseando que este homenaje sea lo más expresivo y amplio posible al mismo tiempo que demuestre al pueblo peruano la significación de esos escritores en la América democrática, me dirijo a Ud. para solicitarle una colaboración especial —o aunque fuere una breve opinión— para ese número»<sup>32</sup>.

Entre los corresponsales de Mariátegui de la década de 1920 hay dos intelectuales muy próximos y queridos por Gabriela Mistral, el chileno Eduardo Barrios y el pacifista estadounidense Waldo Frank<sup>33</sup>. Mariátegui fue uno de los principales introductores en América Latina de Waldo Frank, escritor judío que buscó la existencia de unos Estados Unidos alternativos al del imaginario imperialista<sup>34</sup>. Del norteamericano, a quien Mariátegui publicara varios artículos en *Amauta*, escribió Gabriela Mistral: «Yo le tengo un real cariño de hermana, y al revés de lo que me pasa con tantos, a cada vez que vuelvo a encontrarle, más cerca quedamos, más nos queremos, más gozo sentimos de ser semejantes»<sup>35</sup>.

<sup>32</sup> Carta de Jorge Falcón a Gabriela Mistral, Lima, 22.2.1944 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:140651>

<sup>33</sup> Cartas de Eduardo Barrios a Mariátegui, San José de Maipo, 17.1.1926, y Santiago, 7.4.1927, Mariátegui, Correspondencia, I, pp. 124, 263; Cartas de Waldo Frank a Mariátegui, New York, 2.7.1928, 27.2.1929, 21.4.1929, 28.5.1929, noviembre 1929, 30.12.1929, 25.1.1930, Mariátegui, Correspondencia, II, pp. 387, 521, 547, 569, 689, 705, 718; Carta de Mariátegui a Waldo Frank, Lima, 7.11.1929, obra citada, II, p. 665.

<sup>34</sup> Bergel, Martín, 2011, pp. 152-167.

<sup>35</sup> Carta de Gabriela Mistral a Eduardo Frei, Petrópolis, 1 de junio de 1941, G. Mistral, Antología mayor. Cartas, Santiago, 1992, 336. Una visión panorámica de la intelectualidad americanista de la década de 1920, Eduardo Devés, «La red de pensadores latinoamericanos de los años 1920: relaciones y polémicas de Gabriela Mistral, Vasconcelos, Palacios, Ingenieros, Mariátegui, Haya de la Torre, El Repertorio Americano y otros más», Boletín Americanista, 49, 1999, pp. 67-79.

## 2. LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

Entre Gabriela Mistral y Luis Alberto Sánchez (1900-1994) existe una larga relación epistolar y de amistad. El escritor peruano, imprescindible reivindicador del Perú indígena y mestizo, es un crítico permanente de la construcción blanca y colonial de la historia de América. Sánchez pertenece en un momento al círculo próximo de José Carlos Mariátegui; de hecho, escribe en *Amauta* en 1926 y 1929<sup>36</sup>. Existen dos cartas de Mariátegui a Luis Alberto Sánchez, una de 1929 y la otra de 1930<sup>37</sup>.

Aunque ambos sostienen diferencias ideológicas y políticas, Mariátegui presenta a Sánchez al escritor chileno Joaquín Edwards Bello, en carta fechada en Lima el 26 de marzo de 1930: «Querido y estimado compañero: [...]. Viaja hoy a Santiago Luis Alberto Sánchez. Va invitado por la Universidad. Es catedrático de nuestra Facultad de Letras; pero el mejor elogio que se puede hacer de él es que es lo menos universitario posible. Se acercará seguramente a Ud. y a los hombres de Chile que verdaderamente pueden interesarle con sencillo espíritu de camarada. Se ha formado en el periodismo, más que en la Universidad; y en su interpretación e historia de nuestra literatura prescinde generalmente del acatamiento a lo oficial y a lo académico. Sánchez le hablará, probablemente, de mi viaje. [...]. Y pasaré algunos días en Santiago, tanto para tener una rápida impresión de Chile como para abrazar a mis amigos de ese país, Ud. el primero. [...]. Muy cordialmente lo abraza su amigo y compañero devotísimo José Carlos Mariátegui»<sup>38</sup>.

Mistral y Sánchez comparten la común sensibilidad acerca de la identidad indígena y mestiza de América, protestando la caracterización oficial blanca de 'latina'. En 1927 dice Gabriela: «Me

<sup>36</sup> Sánchez, Luis Alberto, «Sobre la cultura hispanoamericana», *Amauta*, 4, diciembre 1926; Sánchez, Luis Alberto, «Ramona» y Eguren, José María, *Amauta*, 21, febrero-marzo 1929.

<sup>37</sup> Cartas de José Carlos Mariátegui a Luis Alberto Sánchez, Lima, 20 de octubre de 1929 y de 26 de marzo de 1930, José Carlos Mariátegui, *Correspondencia 1915-1930*, Lima: Biblioteca Amauta, 1984, II, pp. 653, 749.

<sup>38</sup> Carta de José Carlos Mariátegui a Joaquín Edwards Bello, Lima, 26.3.1930 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:330619>

he hecho el voto interior de no volver a decir América Latina, porque nuestra latinidad es casi enteramente una fábula»<sup>39</sup>. En 1945 expresa otro tanto Luis Alberto Sánchez: «[¿Es] realmente latina la América [...]? Desde luego, no. La subsistencia de tal mote no significa sino una concesión más al europeísmo ambiente [...]. Ni nuestra cultura es latina, sino esencialmente indoibera, con método y revoques franceses; ni lo español es latino [...]; ni el indio, nuestra raíz, encarnación humana de lo telúrico, tiene nada de latino. Como reacción contra España, [...], el terminacho de América Latina tuvo fortuna; hoy solo la disfruta como medio de facilitar el pensamiento de europeos y norteamericanos... y satisfacer el orgullo de franceses y afrancesados»<sup>40</sup>.

Tanto el escritor peruano como Gabriela manifiestan una decidida voluntad de comprender a América a partir de la tierra, desde su ancestralidad telúrica. Sánchez advierte que la ‘historia’ oficial, blanca, escrita, contradice la esencia de una América reunida en su geografía, en su protohistoria, sin las divisiones ni fronteras de raíz colonial. «América —no solo ‘América Latina’, sino América toda— existe, pues, como un todo, *en función de su geografía*. El territorio *la nivela*, le da unidad y personería. [...]. Ha sido la historia, criatura de los hombres, quien introdujo un factor de desconcertamiento entre los americanos del Sur y los del Norte, y entre los propios indoamericanos entre sí. La historia, insisto, y no la protohistoria, si aceptamos que la historia comienza ahí donde se descubre un documento escrito. Porque, en nuestra protohistoria, vivíamos en función geográfica y, por tanto, vinculados íntimamente a la naturaleza, éramos una sólida unidad telúrica [...]. Fue tal la obra disociadora de la historia a partir de la Independencia, que no vaciló, por de pronto, en pegar un tajo entre la América sajona y la latina, en los albores mismos de la Independencia. Se habló de

<sup>39</sup> Arce, Magda, 1989, p. 93.

<sup>40</sup> Sánchez, Luis Alberto, ¿Existe América Latina?, Ciudad de México: FCE, 1945, 19-20. Sobre el impacto de esta obra, Fernand Braudel, «Le livre de Luis Alberto Sánchez: Y a-t-il une Amérique Latine?», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 3, 4, 1948, pp. 467-471.

diversos caracteres religiosos, de diferencias retóricas, de distintos destinos. Luego, el interés, el ‘national interest’, hizo lo demás»<sup>41</sup>.

Esta es una posición indigenista que remonta la identidad humana hasta las raíces originarias del continente, unidas y fortalecidas por su condición terrestre. La ‘historia’, a la europea, deshace los vínculos ancestrales. Según Sánchez: «Durante muchos años —aun hoy mismo, dentro de ciertos círculos— se ha vivido, en América, de espaldas a la tierra, atentos a un arquetipo intelectual, imaginario o sentimental, desconectado de nuestra tradición *geográfica* [...]. La historia nos ha desviado de nuestro camino, porque nos la sirvieron en hornos que no eran los familiares, con salsas indigestas para nuestros estómagos hechos a otra mesa, no menos complicada, pero, sí, de diferente condimento. De tal suerte se nos desvinculó, primero, del suelo, y, luego, [...], cada cual cayó en un rincón distinto y distante, incomunicado y desconocido»<sup>42</sup>. Gabriela Mistral comparte esta mirada de América que diluye los racismos europeístas, de cualquier signo político. En una carta probablemente de 1946, escribe la poeta chilena al crítico literario Hernán Díaz Arrieta: «Porque mis zonzos indoamericanos han vivido haciendo esa literatura azucarada de la ‘Madre España’ y de la santa y sanguinosa Doña Isabel, que Dios haya perdonado. Estos civilizadores, estos cristianizadores y ahora comunistizadores, no perdonan nunca el que alguien, en la masa de los mestizos degenerados, ame al indio, lo sienta en sí mismo y cumpla su deber hacia ellos en la forma mínima de ‘saltar’ cuando lo declaran bestia y gente de color, es decir, negroide»<sup>43</sup>. Sánchez tuvo un interés especial en exhibir la identidad histórica de América apartada de las imágenes totalitarias y fascistas difundidas en su época. En 1951 denuncia el racismo historiográfico: «Un historiador fascistizante borraría de un plumazo los aportes de árabes y judíos en la historia de España y tamizará tendenciosamente las civilizaciones americanas prehispánicas»<sup>44</sup>.

<sup>41</sup> Sánchez, Luis Alberto, 1945a, pp. 30-34.

<sup>42</sup> Sánchez, Luis Alberto, 1945b, pp. 40-45.

<sup>43</sup> Carta de Gabriela Mistral a Hernán Díaz Arrieta, 21 de agosto de ¿1946?, G. Mistral, *Antología mayor. Cartas*, Santiago, 1992, p. 402.

<sup>44</sup> Sánchez, Luis Alberto, «La enseñanza de la historia», *Cuadernos Americanos*, enero-febrero 1951, en Sánchez, Luis Alberto, *Ensayos. Cuadernos Americanos*



Existe una larga correspondencia entre Gabriela y el historiador peruano, al menos desde 1936 hasta 1955. Residiendo como exiliado en Chile, Sánchez escribe a Gabriela en Santiago el 4 de junio de 1936: «Querida Gabriela: Le estoy muy agradecido por su carta del 4 de mayo y todo lo que me dice Ud. acerca de mi penúltimo libro. Creo que tenemos mucho que hablar sobre él y sobre la cuestión del indio, en cuyo fundamento coincidimos totalmente. Yo también tendría mucho gusto en tratar al señor Pedro Aguirre, de modo que el ofrecimiento que Ud. me hace lo acojo con verdadero júbilo. [...]. Estrecha sus manos, cordialmente, Luis Alberto Sánchez»<sup>45</sup>.

Tras el triunfo del Frente Popular, otra vez desde Santiago le escribe Sánchez el 12 de junio de 1939: «He recibido sus líneas últimas que son para mí de una confortante comprensión y gran estímulo, pues me la ponen ante los ojos preocupándose de mi suerte, que es asunto que a nadie interesa generalmente, dentro del egoísmo ambiente. Con ella ratifica la idea vieja que yo tenía de usted y que no han logrado rectificar versiones antojadizas, por insistentes que fueran [...]». Sánchez se propone ir a Estados Unidos y solicita a Gabriela un contacto con Federico de Onís. Lamenta no haber conseguido una estable docencia universitaria en Chile: «Yo soy fundamentalmente un profesor. Y si alguna amargura tengo en Chile es que durante cinco años de permanencia aquí, y siendo doctor honorario de la Facultad de Pedagogía y Filosofía desde 1930, nunca me dieron oportunidad de enseñar»<sup>46</sup>.

En 1942, de regreso a Chile después de un viaje a Estados Unidos donde estuvo organizando una gira para Waldo Frank, Sánchez confiesa a Gabriela su interés por la difusión del Inca Garcilaso de la Vega, autor abordado por el historiador peruano en un libro

---

1942-1988, Lima, 2013, p. 115.

<sup>45</sup> Carta de Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Santiago, 4.6.1936 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149538>

<sup>46</sup> Carta de Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Santiago, 12 de junio de 1939 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149540>. Sobre Onís, Octavio Ruiz-Manjón, «Federico de Onís: figura clave en la historia de las relaciones culturales entre España y los Estados Unidos», Memoria y Civilización, vol. 15, 2012, pp. 397-413.

editado en Chile<sup>47</sup>. Sánchez desestima al escritor argentino Juan Pablo Echagüe (1875-1950) como posible investigador del Inca: «Mi querida y admirada Gabriela: [...]. Veo que Ud. le pide a Echagüe un libro sobre el Inca Garcilaso. Dios mío, Gabriela, ¿pero es que Garcilaso mi Inca, es cosa para ser glosada por gente que, con todos los honores debidos, se quedó en París de 1900? No, por favor, su bondad en este caso puede alentar un desaguisado y, con la confianza que Ud. me ha concedido y que le agradezco, y con la franqueza que es mi norma, le digo que no vaya Ud. a insistir. Al indio peruano, y menos al Inca no me lo interpretan y entienden gentes sin sensibilidad de la nuestra, hecha de dolor y nostalgia, de ganas de justicia y tristeza, de furor y dulzura. [...]. De todos modos, le mando por este correo mi Garcilaso y mi libro sobre EE.UU., que está escrito en sabor de mestizo del sur [...]. Pronto dejaré Chile según creo. Por de pronto iré a Bolivia a nutrirme de nuevo de mis indios [...]. Muy suyo, Luis Alberto»<sup>48</sup>.

Una vez obtenido Mistral el Premio Nobel, Sánchez le escribe desde Lima en 1947: «[Los] desterrados peruanos fuimos los promotores por su candidatura al Premio Nobel; y algo de eso apareció en la revista *Ercilla*». El historiador peruano recuerda el apoyo que recibieron de Gabriela Mistral quienes aún no dejan de ser perseguidos en su patria: «No olvidamos nunca que, en momentos muy amargos, cuando las puertas de la patria se cerraron oficialmente hasta para el más pequeño de mis hijos, Ud. vino a Lima a presentar espontáneamente el alegato de la decencia contra el rencor estúpido. [...]. Pero, aun me siento yo, aun nos sentimos exilados. No desterrados, porque nunca lo estuve, ya que nunca salí de la tierra. Me desterrarán si acaso el día que me muera. Pero este país está sumamente maleado con sus 25 años de tiranías y el servilismo es tan hediondo en su sentido chilénísimo que cuesta trabajo asimilarse porque implicaría un poco de contagio». Finalmente, le cursa una afectuosa invitación para que visite Lima: «Yo quería invitarla a Ud. a venir a Lima y la invito de hecho; venga Ud. a leer, a contar, a

<sup>47</sup> Sánchez, Luis Alberto, 1939.

<sup>48</sup> Carta de Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, 25 de septiembre de 1942 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149543>

decir, a conversar, a no hacer otra cosa que dejarse ver, y no lo digo por ‘reclam’ ni propaganda sino porque Ud. hace bien dejándose tratar. Sospecho que su reacción primera va a ser un no, pero tengo cierta esperanza en que después de contar hasta mil, empiece Ud. a considerar la seriedad de la invitación. Espero»<sup>49</sup>.

En 1948 se desata la persecución política al APRA en el Perú. El 3 de enero de 1949, Víctor Raúl Haya de la Torre solicita asilo político en la embajada de Colombia en Lima. A cargo de una dictadura militar de derecha, el general Manuel Odría lo considera un delincuente común. En la embajada el político aprista permanece cinco años, tres meses y tres días. Solo en 1954 se le permite salir al exilio en México. Luis Alberto Sánchez se apresura a pedir auxilio a Gabriela Mistral. En telegrama del 28 de febrero de 1949 le dice: «Ruégole intervenir inmediatamente favor salvoconducto Haya de la Torre. Gracias. Afectos. Saldré miércoles Universidad Panamá. Luis Alberto Sánchez»<sup>50</sup>.

Producto de la persecución de 1948 el historiador tiene que salir otra vez del Perú al exilio. La prensa derechista chilena opinó no concederle, a él ni a otros miembros de APRA, asilo en el país. En 1950, desde Puerto Rico, Sánchez escribe a Gabriela: «En el Perú ha quedado todo lo mío, incluso las casas herencia de mi padre, que refundí en una sola. Todo está embargado para ‘responder a las responsabilidades civiles del alzamiento de octubre del 48’, que me sorprendió a mí mucho más que al gobierno. Pero, así es la venganza. No hay que quejarse. Deseo saber a dónde le mando algunas cosas mías que acaso le interesan. [...]. No tengo pasaporte peruano, sino que Chile me ha otorgado uno ‘para extranjero’. Así es la vida. Tampoco hay que quejarse de los ‘derechos humanos’. [...]. ¿Supo Ud. que *Mercurio* y *Diario Ilustrado* aconsejaron no darnos asilo en Chile a Seoane, a mí, etc.? Menos mal que hasta los conservadores tradicionales hicieron caso omiso de tales consejos. Chile es siempre Chile»<sup>51</sup>.

<sup>49</sup> Carta de Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Lima, 4.7.1947 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149545>

<sup>50</sup> Telegrama de Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, 28.2.1949 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149549>

<sup>51</sup> Carta de Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Río Piedras, 13.4.1950 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149551>

En 1951 Sánchez agradece a Gabriela sus gestiones en favor de la libertad para Haya de la Torre. Estas deben continuar: «Le agradezco muchísimo sus votos, y sobre todo su espontáneo y generoso ofrecimiento de su nombre para Haya. A este respecto, tal vez en usted descansa la responsabilidad de ponerlo libre. Si Ud., con su alta autoridad moral e intelectual, que nadie disputa, se dirige ahora a la Corte Internacional de Justicia [...], y en mensaje abierto, que las agencias transmitirían, invita a los intelectuales del habla a dejar oír su voz, creo que todo quedaría terminado [...]. Hágalo, Gabriela, hoy mismo, al recibo de esta carta. Hágalo. Se lo ruego; se lo rogamos centenares de miles». También le comenta haber hecho una semblanza suya en la revista *Zig-Zag* de Chile: «Me permití dedicarle una semblanza en *Zig-Zag* de Santiago, de enero o febrero. Colaboro allí desde hace unos siete meses. Déjese oír, Gabriela, y hónreme con sus líneas»<sup>52</sup>.

Gabriela no desoye los ruegos de su amigo en favor de los perseguidos políticos del Perú. En carta de 21 de mayo de 1951 le expresa Sánchez: «Muy querida Gabriela: Mil gracias por sus líneas y su intervención en defensa de Haya. La oirán. Sí, la hemos oído todos. Si usted se dirigiese al dictador peruano y le pidiese, con copias para U.P. y A.P. [United Press, Associated Press], humanidad para todos los presos políticos que están siendo tratados como perros y sometidos a largas incomunicaciones, burlándose de las sentencias judiciales; y haciéndole ver que Haya es un nombre americano y que debiera existir paz y concordia para encarar los peligros que nos amenazan sería de grandísimo efecto hoy. Usted no sabe la autoridad que usted tiene, Gabriela. [...]. Hoy le hago llegar a Haya su palabra. Sé que se regocijará tremendamente, porque sé, se lo he oído, la infinita, tierna, profunda veneración que a Ud. tiene»<sup>53</sup>.

El historiador expresa su amor invariable al Perú y la gratitud por la solidaria actitud de Mistral. Le escribe el mismo 1951: «Querida Gabriela: [...]. Yo soy un hombre solo, pero comunicativo.

<sup>52</sup> Carta de Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Río Piedras, 7.5.1951 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149553>

<sup>53</sup> Carta de Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Río Piedras, 21.5.1951 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149555>

Me gusta cotejar puntos de vista, asomarme al mundo, y tengo la herida abierta de mi Perú de uniforme, a la fuerza, y la resolución de servirlo hasta donde no haya límite, pase lo que pase, que nunca será peor de lo que pasó. ¿Sabía usted que, para pagar supuestos gastos en sofocar un motín, en que nada he tenido que hacer, me han embargado todo, la herencia de mi padre, lo que gané en once años de laborioso exilio, mis ahorros? [...]. No olvidamos su gestión de 1938. Lo dije en mi artículo sobre Ud. que Connie Saleva me dijo se lo enviaría»<sup>54</sup>.

Sánchez echa de menos las palabras de Gabriela. Le escribe otra vez desde Puerto Rico el 30 de septiembre de 1952: «Querida Gabriela: Hace muchísimo tiempo que nada sé de Ud., ni directa ni indirectamente: hay épocas de oscurecimiento: ¿es esta para mí una de ellas, en lo que a su amistad se refiere? Ojalá no»<sup>55</sup>. Gabriela pronto le responde y el historiador se reconforta. Le contesta a la poeta el 29 de octubre de 1952, con informaciones sobre Haya de la Torre y la situación política de Chile: «Muy querida Gabriela: Su carta ha sido de alborozo para mí. Sí, debemos estar más comunicados. Hoy mismo trato de que Haya reciba su recuerdo. No siempre es posible comunicarse con él. Le tienen prohibida correspondencia, visitas de sus familiares y hasta médico y barbero. La embajada de Colombia está sitiada con trincheras, y los edificios circunvecinos han sido desalojados y los ocupa la policía. Colombia ha debido sufrir todo para evitar la ruptura, que entregaría al asilado. [...]. Yo sé lo que es perder papeles, libros, dinero... y la vida en estas peregrinaciones forzadas. Cuando me miro me encuentro tan desposeído, que prefiero mirar a los demás». Sánchez le comenta también acerca del ascenso al poder de Carlos Ibáñez en Chile: «Rossetti me escribe que Ibáñez no se sumará a la internacional de las espadas, y que vaya a Chile. Es ministro de hacienda del nuevo gobierno. Veremos. [...]. Curioso: la gente del Frente Popular que llevó a Aguirre Cerda está con Ibáñez (Olavarría, Rossetti, Carlos

<sup>54</sup> Carta de Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, 8.6.1951 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149557>

<sup>55</sup> Carta de Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Río Piedras, 30.9.1952 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149558>

Alberto Martínez) [...]. Esto prueba el fiasco de Gabriel [González Videla]. No publicaré nada contra este, pero no lo alabaré nunca. Fue desleal con unos y con otros»<sup>56</sup>.

A fines del año 1952, Sánchez le envía por su intermedio una carta de Haya de la Torre a Mistral<sup>57</sup>. En 1954, cuando Gabriela visita Chile, el historiador y su esposa intentan verla sin lograrlo: «Deseamos verla. Abrazos. Luis Alberto Sánchez y señora»<sup>58</sup>. La última carta disponible en la Biblioteca Nacional de Chile de Sánchez a Gabriela está fechada el 27 de mayo de 1955. Refleja el permanente deseo del historiador de ver a la poeta, ahora en Estados Unidos. El tema de Haya de la Torre vuelve a hacerse presente: «Querida Gabriela: En Chile, hace casi un año, me fue imposible verla, pese a mis deseos y esfuerzos. Pensaba verla ahora en Nueva York, y quizás sea posible, pero ignoro su dirección. ¿Me la quiere hacer saber enseguida, pues quizás Rosa y yo vayamos a esa la próxima semana? Mucho hablamos de Ud. con Haya, en Montevideo el año pasado. Déjese oír. Y no olvide que tiene siempre en esta casa de los Sánchez el amor y la adhesión de seis jóvenes, nueve niños y dos viejos: Rosa y Luis Alberto»<sup>59</sup>.

Gabriela y el pensador y político Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979) se conocieron personalmente en Santiago de Chile en mayo y junio de 1922. Al año siguiente se encontraron en México. Al igual que Mistral, Haya fue invitado por Vasconcelos al resurgimiento cultural de la Revolución mexicana. Ambos mantuvieron contacto mediante diversos intermediarios, amigos en común. Así se encontraron secretamente en Suiza en octubre de 1924, cuando el líder peruano vivía su exilio<sup>60</sup>. Haya de la Torre funda el partido

<sup>56</sup> Carta de Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Río Piedras, 29.10.1952 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149560>

<sup>57</sup> Carta de Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Río Piedras, 3.12.1952 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149563>

<sup>58</sup> Telegrama de L.A. Sánchez a Gabriela Mistral, Santiago, 11.9.1954 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149567>

<sup>59</sup> Carta de Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Río Piedras, 27.5.1955 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149570>

<sup>60</sup> Debo estas informaciones a Elizabeth Horan, profesora de Arizona State University. Correo electrónico de 19 de abril del 2020. «Mistral y Guillén ingresaron a la neutral Suiza, donde se encontraron con el premio Nobel Romain

APRA mientras se exilia en Europa —la primera célula fue fundada en París en 1926— como una respuesta latinoamericana a la creciente influencia de las elites soviéticas en América Latina. Las células de APRA surgen en ciudades de todo el continente (La Habana y Buenos Aires en 1927, Ciudad de México en 1928), como una opción política destinada al conjunto de ‘Indoamérica’<sup>61</sup>.

En la editorial chilena Ercilla, por iniciativa de Luis Alberto Sánchez, se publican dos obras de Haya en 1935 y 1936: *¿A dónde va Indoamérica?* y *El antimperialismo y el APRA*. Haya de la Torre también publicó en *Amauta* en 1926, 1927 y 1928<sup>62</sup>. Con el tiempo Haya se distanció de sus definiciones políticas de las décadas de 1920 y 1930. La preocupación de Gabriela por el político fue permanente. De otra parte, el gobierno de Chile estaba al tanto de los vínculos de Mistral «con Haya de la Torre y sus partidarios en APRA, quienes lideraban la oposición en Perú»<sup>63</sup>. En 1946 Gabriela expresa a la escritora peruana Teresa María Llona: «Dime si está a seguro Haya de la Torre. No sé de él y esto me inquieta. Los tiempos que vivimos son horribles»<sup>64</sup>.

Luis Alberto Sánchez conservó una imagen física impecable de Gabriela Mistral: «Gabriela era una mujer sólida, alta, erguida.

Rolland. Después de que Mistral abandonara a Guillén para encontrarse en secreto con el líder peruano exiliado Haya de la Torre, la mexicana llevó a Mistral a la Sociedad de las Naciones». Elizabeth Horan *et al.*, eds., *Preciadas cartas (1932-1979). Correspondencia entre Gabriela Mistral*, Victoria Ocampo y Victoria Kent, Sevilla: Editorial Renacimiento, 2019, p. 63.

<sup>61</sup> Iñigo García-Bryce, «Haya de la Torre and the Pursuit of Power in Peru, 1926–1948: the Seven Paradoxes of apra», *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* 51, 2014, pp. 87-111.

<sup>62</sup> Víctor Raúl Haya de la Torre, «Romain Rolland y la América Latina», *Amauta*, 2, octubre 1926; «Nuestro frente intelectual. Mensaje de Haya de la Torre para Amauta», en *Amauta*, 4, diciembre 1926; Víctor Raúl Haya de la Torre, «Sentido de la lucha antiimperialista», en *Amauta*, 8, 1927; Víctor Raúl Haya de la Torre, «El papel de las clases medias en la lucha por la independencia económica de América Latina», en *Amauta*, 9, 1927; Víctor Raúl Haya de la Torre, «El problema histórico de nuestra América», en *Amauta*, 12, 1928.

<sup>63</sup> E. Horan *et al.*, eds., *Preciadas cartas (1932-1979)*, Sevilla 2019, p. 80.

<sup>64</sup> Carta de Gabriela Mistral a Teresa María Llona, 1946, G. Mistral, *Antología mayor. Cartas*, Santiago, 1992, 408. Sobre Haya de la Torre, Iñigo L. García-Bryce, *Haya de La Torre and the Pursuit of Power in Twentieth-Century Peru and Latin America*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2018.

Se la veía membruda como una Santa Teresa en sus días de misiones. Su cara atraía, pese a que no era bella. Algo la iluminaba por dentro. De color levemente cobrizo, los ojos verdes parecían dos lámparas, tenía los pómulos altos, la boca triste y larga. Usaba el pelo peinado en bandos, muy estirado, ligeramente canoso. La nariz lucía una leve curvatura, más araucana que hebrea. Labios gruesos, caídos en comisuras como quien ha rezado y gemido mucho. Bajo el traje sencillo, los senos rotundos, sin abundancia, denunciaban una feminidad en desvelo. Se advertían fuertes muslos; los pies eran grandes, como para sostener aquella catedral»<sup>65</sup>.

### 3. CIRO ALEGRÍA

Probablemente la relación más intensa de afecto y admiración mutua es la que comparten Gabriela Mistral y Ciro Alegría (1909-1967). El escritor peruano mantiene una importante relación con Chile y, particularmente, con Mistral. Alegría es desterrado a Chile en 1934 y en el país vecino escribe y publica sus grandes novelas: *La serpiente de oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1939) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941). *La serpiente de oro* gana el concurso de la editorial Nascimento de Chile, mientras que *Los perros hambrientos* obtiene el segundo premio de novela de la editorial Zig-Zag, también de Chile. Alegría, como Luis Alberto Sánchez, es parte de los trescientos peruanos exiliados que vivieron en Chile entre 1930 y 1945, la mayoría pertenecientes al APRA<sup>66</sup>.

Alegría se asocia a este partido en 1930, hasta separarse de la organización en 1948. En 1941 Alegría recibe en Nueva York el primer premio del Concurso Latinoamericano de Novela por su obra *El mundo es ancho y ajeno*. Desde esa ciudad, con ocasión del Premio Nobel de Literatura, envía un telegrama de felicitación a Gabriela Mistral el 17 de noviembre de 1945: «Felicítola cordialmente por merecido triunfo que también honra nuestra América»<sup>67</sup>.

<sup>65</sup> Sánchez, Luis Alberto, 2004, pp. 159-162.

<sup>66</sup> Hernández, Sebastián 2014, pp. 77-94.

<sup>67</sup> Telegrama de Ciro Alegría a Gabriela Mistral, New York, 17.11.1945 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:143930>



La amistad entre Alegría y Mistral se fortalece con relaciones comunes. En un congreso de escritores americanos en Washington, Ciro conoce al escritor estadounidense amigo de Gabriela, Waldo Franck, con quien mantiene desde entonces una gran amistad. En 1946 Gabriela invita a Ciro desde San Francisco, Estados Unidos. La estadía allí le sirve para su libro póstumo *Gabriela Mistral íntima*. En 1947 Gabriela lamenta no haberlo encontrado en Nueva York: «Caro Ciro Alegría: Me apenó no verle en NY [...]. Sea Ud. quien llegue por esta casa. Su compañera le quiere y admira profunda y lealmente»<sup>68</sup>. Ese mismo 1947 le escribe a Ciro y a su compañera portorriqueña comparándolo con un inmenso árbol frondoso: «Aquí se les recuerda con cariño real, no *pintado* [...]. Me dejó Ud., Ciro, esa alegría particular de ver y tocar a un creador. Son muy pocos, Ud. lo sabe. El mundo hierve de copistas... o de periodistas de 3er. Orden. Y eso es muy diverso del arbolote que sale solo de la tierra, echa cuello y hojas, se vuelve catedral verde y sombrea y refresca debajo a niños, hombres, animales y hierbas. Alabado sea Dios, que lo hizo así, en chorro autónomo de savia o en puñado de levadura sin frangoyo»<sup>69</sup>. Para Gabriela, Alegría es el mejor novelista contemporáneo de América. Así se lo dice a la escritora estadounidense Pearl Buck ese año 1947, encomiándolo, en primer lugar, como un intelectual dispuesto a apoyar la campaña mundial contra el genocidio<sup>70</sup>.

Gabriela les escribe a Ciro y a su compañera Ligia Marchand en noviembre de 1947, manifestándoles el interés de tenerlos junto a ella. Les solicita sus antecedentes para que enseñen en colegios de California: «Yo espero que Uds. se dieron cuenta de que les quiero mucho y de querer definitivo, no anecdótico. Giren sobre ese fondo para que sepan que existe...». Manifiesta asimismo su preocupación por la situación del Perú: «Me inquieta lo del Perú. Sé poco y casi

<sup>68</sup> Carta de Gabriela Mistral a Ciro Alegría, 1 de agosto de 1947, G. Mistral, Antología mayor. Cartas, 1992, p. 437.

<sup>69</sup> Carta de Gabriela Mistral a Ciro Alegría, Santa Bárbara, California, 27 de octubre de 1947, G. Mistral, Antología mayor. Cartas, 1992, pp. 417-418.

<sup>70</sup> «The best contemporary novelist of our countries, Mr. Ciro Alegría», Carta de Gabriela Mistral a Pearl Buck, 20.12.1947 en: <http://www.bibliotecanacional-digital.gob.cl/visor/BND:137363>

no lo entiendo». Gabriela comparte en esta misiva una notable perspectiva sobre la política de su tiempo. Imagina a Alegría en esa intuición propia: «El tiempo —los tiempos— se hielan y endurecen. La derecha tonta hace boberías; la extrema izquierda tiene algo de las máquinas yertas y brutas. Y el centro maromea, hace posturas. Uds. y yo nos ponemos en otra zona, queridos míos. La hay, sí la hay. Y si viene sobre Ud. —Dios no lo quiera— algún golpe duro, venga acá que nos arreglaremos de cualquier modo»<sup>71</sup>. En 1947 Gabriela comparte con Ciro su especial preocupación por la política chilena. Durante ese año Gabriel González Videla desata la represión contra los comunistas, amparado en la Ley de Seguridad Interior del Estado y en las presiones del gobierno estadounidense de Harry Truman: «Ciro: hay una situación muy seria en Chile. Si Ud. lee el NYT [New York Times] mándeme algún recorte que le parezca de importancia. (Han llamado a las reservas del 46, lo cual es signo de que las tropas del 47 están amagadas de rebelión)»<sup>72</sup>.

En 1948, una carta de Gabriela revela la confianza que tiene con Alegría y esposa para ofrecerles observaciones y afectos políticos. Particularmente su honda decepción sobre Haya de la Torre y el APRA, asunto que no se aprecia en su relación con Luis Alberto Sánchez: «Sí, vino Haya. Yo no *veo* a la gente sino cuando la veo... Me apenó ver cómo esos años de escapatoria, vividos quién sabe con qué criollitos, más el Poder, el Gran Poder, han borrado, eliminando cuanto le prestó Oxford, le dio Suiza y Europa en general. Ha engordado demás, y como no es gordura buena aquella, tiene en sí fatiga y una alegría que no es de veras. Fue conmigo muy reticente y optimista hasta lo eufórico y esto no era veraz. Solo tenía desconfianza de mí, y demasiado patente. Estuvo ½ hora. Dijo que va a volver. No creo que vuelva». Gabriela tenía un especial afecto por APRA, y este ya no era lo que fue: «Yo les confieso, Ligia y Ciro, que a mí me apena —casi como un duelo— la caída del APRA [...]. Porque la causa era grande y los comienzos me cogieron —hay no

<sup>71</sup> Carta de Gabriela Mistral a Ciro Alegría y Ligia Marchand, noviembre 1947, G. Mistral, *Antología mayor. Cartas*, Santiago, 1992, pp. 442-443.

<sup>72</sup> Carta de Gabriela Mistral a Ciro Alegría, Santa Barbara, California, ¿noviembre? 1947, G. Mistral, *Antología mayor. Cartas*, Santiago, 1992, pp. 443-444.

sé— qué grasas espesas, o qué plomos que se meten en el ala de todo lo fino y lo agudo que de tarde en tarde inventamos. Y aquello cae y estalla dando aceites malos y olor malo también. Lo dañado en nosotros es la víscera misma: hígado, riñón y... plexo solar —dicen que en el último está la volición. [...]. Sé que mi Ciro se ríe de todo esto»<sup>73</sup>. Gabriela alude al exilio de Haya en Londres y Oxford en 1926, donde el intelectual peruano se formó en el pensamiento marxista<sup>74</sup>.

En 1948 es notoria la preocupación de Gabriela por conseguir empleo para Ciro y Ligia en San Francisco o en Santa Barbara, California. Le informa de sus contactos estadounidenses al respecto. Llega a pensar en interceder ante Haya de la Torre: «Queda el que Ud. *considere* lo siguiente: si Ciro no tiene motivos en contra, yo creo poder obtener de Haya algo para él, en EE. UU. Creo, puedo errar. He encargado que me avisen si él viene a Los Ángeles. Si Uds. saben en dónde él está, yo le pondría un telegrama para saber si viene. [...]. Yo les quiero, mucho, como si les quisiese desde siempre. Y les tengo muy vivos en el recuerdo»<sup>75</sup>. Da la impresión que Alegría no tiene una especial cercanía con Haya de la Torre. Gabriela le responde al respecto ese año: «Caro Ciro Alegría: [...]. Sí, los jefes de partido, G.V. [González Videla] como H. [Haya], se administran de modo estupendo su publicidad. Y hay literatos que siguen la huella. Estos por miseria»<sup>76</sup>.

En carta del 4 de mayo de 1948 Gabriela expresa a Ciro su tenaz identificación con el mundo andino y quechua. Esta es la razón de la ancestral proximidad entre ambos: «Caro Ciro: Me he dado cuenta, leyendo ‘Los perros’, de que eso es el valle de Elqui —en el ambiente, pero en *todo* él, y no digamos en los adentros de cada uno. Lo cual quiere decir que nosotros somos ‘paisanos’. No en el Perú, sino... en los Andes. Y entiendo, por rebose, que mi gente

<sup>73</sup> Carta de Gabriela Mistral a Ciro Alegría y señora, 1948, G. Mistral, Antología mayor. Cartas, Santiago, 1992, pp. 446-447.

<sup>74</sup> Bergel, Martín, 2011, pp. 152-167.

<sup>75</sup> Carta de Gabriela Mistral a Ciro Alegría, 29 de febrero de 1948, G. Mistral, Antología mayor. Cartas, Santiago, 1992, pp. 450-451.

<sup>76</sup> Carta de Gabriela Mistral a Ciro Alegría, ¿febrero? 1948, G. Mistral, Antología mayor. Cartas, Santiago, 1992, p. 452.

—la santiaguina y las otras, no me quisieron nunca, por sentirme ‘afuerina’. Y eso somos todos los montañeses. *Y es un poco fatal, Ciro, es algo sin enmienda.* Por todo lo cual Ud. tiene que ayudarme un poco a vivir. [...]. En todo caso, espero sus noticias. Largas y jugosas. ‘Como era cuando’... los quechuas estaban sentados en corro. Hábleme largo y tendido si va»<sup>77</sup>.

La preocupación de Gabriela por la vida y salud personal de Ciro es permanente. En carta del 24 de octubre de 1948 la poeta lamenta la separación de Ciro y Ligia. Le aconseja reconsiderar la situación y superar el desgarró afectivo motivado tal vez por desconfianzas y celos desmedidos, propios del temperamento de la América mestiza. Le cuenta de su estadía en Jalapa, México, y sus deseos de no volver a Estados Unidos. Ofrece su hospitalidad a Alegría en esta nueva residencia en Jalapa o Sonora: «En uno u otro lugar, me hará gran bien, me salvará, yo creo, la vida, siquiera a medias, en el campo. Le pondré dos líneas si puedo en este estado, ofreciendo a Uds. la casa que allí haga. Para malos tiempos que puedan venir, Ciro, para que Ud. se sepa también puesto un poquito a salvo del mundo sombrío que viene. [...]. Un abrazo tierno y mi esperanza, sí, mi esperanza, de que todo se arregle y ordene»<sup>78</sup>. A principios de 1950 Gabriela le cuenta a su amiga Victoria Kent: «Tuve una larga carta de Ciro Alegría. Muy triste y depresiva. Usted sabe que el Caribe —excepto Cuba— es un semillero de chismecillos y sobre todo de una competencia a la vez subterránea y venenosa. (Ciro es el novelista número uno de nosotros). Me dio pena y alarma y he escrito a Arévalo sobre él. Ojalá eso resulte»<sup>79</sup>.

En 1953 Alegría se ha establecido en Cuba y Gabriela aprovecha de visitarlo y de proponerle hacer paseos juntos en la isla: «Muy querido Ciro [...]. Seré muy feliz de que hablemos largo. Ud. hará la gracia de guiarme un poco. Yo tengo medio borrada la ciudad. Esta vez deseo también ver el campo. ¿Lo ha andado Ud. un poco?»

<sup>77</sup> Carta de Gabriela Mistral a Ciro Alegría, 4 de mayo de 1948, G. Mistral, *Antología mayor. Cartas*, Santiago, 1992, pp. 456-457.

<sup>78</sup> Carta de Gabriela Mistral a Ciro Alegría, Jalapa, México, 24 de octubre de 1948, en G. Mistral, *Antología mayor. Cartas*, Santiago, 1992, pp. 469-470.

<sup>79</sup> Carta de Gabriela Mistral a Victoria Kent, El Lencero, antes del 12 de marzo de 1950. E. Horan *et al.*, eds., *Preciadas cartas*, Sevilla, 2019, p. 455.

Su fiel lectora y amiga»<sup>80</sup>. Probablemente de 1955 es la última carta conocida de Gabriela al novelista peruano, llena de inefable calidez: «Naturalmente, mi querido Ciro, yo deseo conversar contigo, pero no poquito, muy desahogada de visitas y con tiempo holgado. Es más fácil tal vez verte o de noche o de mañana. Yo trabajo de 2 a 5 generalmente. Hay mucho que conversar. Procura tú traerme noticias de... Chile. Estoy casi a ciegas respecto de mi país. Me gusta mucho saberte de aquí, y tranquilo. Trabaja así, en paz. Avísame, por teléfono, si vienes a esta casa. Hasta prontito. Tu vieja amiga. Teléfono F2465»<sup>81</sup>.

Existe una carta de Gabriela escrita en 1950 en Veracruz, México, enviada simultáneamente a Ciro Alegría, Luis Alberto Sánchez y a una destinataria llamada solo por su nombre, Margot. Posiblemente sea Margot Arce (1904-1990), escritora y educadora portorriqueña directora del Departamento de Estudios Hispánicos de Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, entre 1943 y 1965, especialmente querida por Gabriela. En una oportunidad la considera su discípula. En 1936 dice a Victoria Kent: «En junio llega Margot Arce, profesora de la Universidad de Puerto Rico y mi discípula más cabal»<sup>82</sup>. Esta misiva de 1950 es la única que conocemos enviada a ambos intelectuales peruanos. La preocupación central del momento es la paz mundial. Gabriela invita a sus amigos a sumarse a una campaña constante, reiterada y mancomunada a favor de la paz en el mundo. En particular, entrega dos recados a Alegría y a Sánchez: «Necesito decir a Ciro que se consuele escribiendo de esta 10ª. a 100ª. América mestiza que poco y nada quiere a sus hijos y sigue borracha y loca. Luis Alberto: Poco o nada sé del Perú. [...]. Lo de Haya me quema los sesos cuando lo pienso. Ignoro lo que resultó de la presentación al Tribunal de La Haya. ¿Es dable hacer algo más? ¿Podríamos pedir a un legislador (dip. o senador) de *cada país nuestro* que diga verdades?».

<sup>80</sup> Carta de Gabriela Mistral a Ciro Alegría, ¿enero? 1953, G. Mistral, Antología mayor. Cartas, Santiago, 1992, p. 557.

<sup>81</sup> Carta de Gabriela Mistral a Ciro Alegría, ¿1955?, G. Mistral, Antología mayor. Cartas, Santiago, 1992, p. 578.

<sup>82</sup> Carta de Gabriela Mistral a Victoria Kent, 16.5.1936, en E. Horan *et al.*, eds., *Preciadas cartas*, Sevilla, 2019, p. 282.

El mensaje a los tres es tajante: «De siempre vi el mal que significa no tener una real, efectiva unidad de miras y un programa simple y recto de artículos valerosos que se escriban a la vez por unos 20 escritores nuestros. Creo en el efecto del martillero, hecho este por los veinte y publicándose en c/u de nuestros países. Aunque sea en hojitas míseras de ‘papel’. Pero esto tendría que durar siquiera 3 años, con métodos para una saturación de los desabridos y egoístas. Sin gritos, con la verdad monda y oronda solamente. [...]. L. Alb. ya está en ese programa; él se ha adelantado. Pero Ciro no escribe artículos. Tendría que hacerlos. [...]. Pero habría que eliminar la mera literatura. Hay demasiada ‘versorrea’ en los mozos. Lo 1° es que salgamos de nuestra pulverización individualista. Habría, a lo más, que reproducir los poemas grandes del mundo sobre la libertad y la paz. [...]. Piensen eso Uds. tres y díganme algo. [...]. Un abrazo grande para los tres. Yo los quiero mucho aunque calle»<sup>83</sup>.

Ciro Alegría y Luis Alberto Sánchez pertenecieron a una izquierda que se distinguió por su antiestalinismo. Con ese espíritu se vincularon en Chile a la revista *Babel* (1939-1951), donde sobresalió un gran amigo de Mistral, el escritor anarquista y libertario José Santos González Vera<sup>84</sup>. Ciro Alegría responde a la herencia directa de Mariátegui y *Amauta*. Él confiesa que ambas influencias fueron decisivas en su formación de novelista y ciudadano. A sus 17 años lee la revista dirigida por Mariátegui: «En *Amauta* aprendimos los nuevos valores del mundo. En hombres y en ideas. Ese era un panorama muy completo de todo lo que insurgía en artes, letras, ciencias, filosofía y política. [...]. El espíritu del director marcaba su impronta». En 1941, dice Alegría ante las incomprensiones y malas críticas a *El mundo es ancho y ajeno*: «Siempre he sentido la muerte de Mariátegui, pero ahora la siento un poco particularmente. Estoy seguro de que él hubiera entendido mi libro». «[Es] indudable la influencia que, en el nivel temático, tiene el problema de la tierra —propiedad y tenencia de la tierra—, planteado por

<sup>83</sup> Carta de Gabriela Mistral a Ciro Alegría, Luis Alberto Sánchez y Margot [¿Arce?], Veracruz, ¿diciembre? 1950, en G. Mistral, *Antología mayor*. Cartas, Santiago, 1992, pp. 496-497.

<sup>84</sup> Hernández, Sebastián, 2014, p. 88.

José Carlos Mariátegui —como hemos visto— como lo nuclear de toda la problemática en relación al indio, en la novela de Alegría [...]. Es aquí donde se comprueba la notoria semejanza entre la ideología de *El mundo es ancho y ajeno* y el pensamiento de Mariátegui: el procesamiento ideológico de la famosa comunidad de Rumi guarda una inusitada homología con la tesis de Mariátegui sobre la comunidad indígena. [...]. *El mundo es ancho y ajeno* es la plasmación artística del programa postulado por Mariátegui y otros escritores y científicos sociales de la época en relación a la comunidad campesina»<sup>85</sup>. Como militante de la APRA, Ciro Alegría probablemente recibió también la influencia de Víctor Raúl Haya de la Torre y su libro de 1936 *El antimperialismo y el APRA*. Esta obra es considerada la depositaria de la doctrina original de APRA. En ella el autor relaciona el *ayllu* con el comunismo primitivo y el Imperio de los incas<sup>86</sup>.

Ya en la década de 1940 Ciro Alegría manifiesta su absoluta desilusión con el partido. En 1948 dice rotundamente a Gabriela: «[Se] la quiere llamar izquierda, pero para mí no es otra cosa que una versión criolla del fascismo»<sup>87</sup>. Alegría fue uno de los desertores más reconocidos<sup>88</sup>. La histórica evolución de APRA estuvo determinada por el «abandono de posiciones originales revolucionarias, insurreccionales, antiimperialistas y antioligárquicas, en favor de posturas proimperialistas, anticomunistas, prooligárquicas». En 1928 José Carlos Mariátegui marcó sus diferencias con el proyecto aprista y su supuesto carácter revolucionario<sup>89</sup>.

La identidad de Gabriela y Ciro Alegría alcanzó su expresión sublime en torno a la tierra, valor inextinguible de la vida indígena de los Andes. Así la recordó el escritor peruano: «Todo el panteísmo indio que había en el alma de Gabriela Mistral asomaba de pronto en la conversación y de manera neta cuando se ponía en contacto

<sup>85</sup> Escajadillo, Tomás, 2004, pp. 240-246.

<sup>86</sup> Escajadillo, Tomás, obra citada, p. 248.

<sup>87</sup> Carta de Ciro Alegría a Gabriela Mistral, «Yonkers», 7 de julio de 1948, Gustavo Barrera *et al.*, eds., Epistolario americano. Gabriela Mistral y su continente, 2012, p. 122.

<sup>88</sup> García-Bryce, Iñigo, 2014, p. 106.

<sup>89</sup> Aguirre, Carlos, 2009, pp. 159-164.

con la naturaleza. Su casa en Santa Bárbara tenía una extensión de tierra, buena tierra negra, donde crecían pequeñas plantas y algunos árboles. Gabriela solía regar las plantas al atardecer. [...]. Palpaba las hojas húmedas con placer sumo. Yo solía acecharla cordialmente. [...]. Algunas veces, por las tardes también, solía sentarse ante los árboles. Había uno de tronco añoso al que llamaba ‘mi árbol’. Frente a ese, estuvo en cierta ocasión como una hora. Acucillada sobre la tierra, miraba el árbol tal si se tratase de algo fraternal, con lo que tuviese alguna forma de entendimiento»<sup>90</sup>.

Alegría la contempla arrobado en su humanidad indígena: «Su rostro, pese a los ojos verdes, me hizo recordar el de las indias que acunaron mi infancia. La misma nariz aguileña, la misma boca pulposa, la misma sonrisa entre suavemente irónica y decididamente tierna. [...]. Una tarde la sorprendí sentada, sobre la tierra, en medio huerto. Ya no regaba ni tocaba las plantas. Sus manos finas palpaban la tierra, como acariciándola con amor, mientras sus ojos brillaban y tenía la sonrisa ancha, a toda boca. [...]. En cierta ocasión me acarició el dorso de la mano, diciéndome: ‘Hermano andino’. [...]. El espíritu de Gabriela era puramente femenino. Tenía una sensibilidad finísima y reaccionaba como mujer y como madre frente a todas las cosas. [...]. Muchas anécdotas ilustran el placer por la naturaleza y el carácter inédito de Gabriela. Cierta vez estaba en compañía de algunos peruanos conspicuos en una de las lomas de arena que rodean la laguna de Huacachina, famoso balneario. Súbitamente sintió el deseo de retozar y se fue rodando ladera abajo como una muchacha traviesa. Las cosas que vengo narrando parecían ‘locas’ a la gente desprevenida. Eran completamente cuerdas. Las hace cualquier india, joven o vieja, allá en los Andes. Tal aspecto de la personalidad de Gabriela Mistral me impresionó mucho, si acaso alguno me impresionó poco. ¡Qué vigoroso rebrote había experimentado en su persona la raza india! Algunas veces pareciome que un pasado milenario resucitaba para hacerse presente en la vida y cantar versos. [...]. Nunca olvidaré las jubilosas risas en que estalló por cualquier nadería de humor; cómo en su trato hubo siempre un

<sup>90</sup> Alegría, *Ciro*, 1980, p. 19.



afecto cordial y una llaneza de buen gusto; la manera amistosamente conminatoria con que me llamaba cada atardecer: ‘Venga, venga, mi peruano a conversar’. [...]. Mis propios hábitos de escritor le hacían decir: —Son malos hábitos. Se trabaja mejor de mañanita. La mente está fresca y el cuerpo descansado. Note usted que se escribe también con el cuerpo. [...]. Trabajo me costó soltarme de ella, al lado del tren. Más que su abrazo, me sujetaba la expresión fervorosa de sus ojos amigos. [...]. ¡Qué gusto de verlo de nuevo!, dijo. Luego se quedó silenciosa, estrechando mis manos siempre y mirándome de pies a cabeza con los ojos verdes a todo júbilo. ¡Qué clase de silencio aquel! Hacía que su afecto por mí fuera a la vez sereno y cálido. [...]. Con Gabriela me pasaba algo especial. [...]. Me tonificaba. Había en ella dolor, pero también gran fortaleza y estallidos de júbilo profundo»<sup>91</sup>.

La relación de Gabriela Mistral con los tres escritores peruanos abordados refleja los énfasis de su sensibilidad ética y estética, cultural y política, durante las décadas de 1920 y 1950. Una sensibilidad que se aparta de los prejuicios nacionalistas de su tiempo. En primer lugar, destaca su proximidad con José Carlos Mariátegui, el eminente pensador socialista de la tierra y de los indígenas. Más tarde, su relación con Luis Alberto Sánchez refleja su preocupación por una expresión política y socialista de Indoamérica asociada a su antigua amistad y proximidad con Haya de la Torre. Finalmente, su relación con Ciro Alegría manifiesta su invariable y tenaz amor hacia la tierra y los indígenas de los Andes, más allá de pasajeras y equívocas expresiones políticas<sup>92</sup>.

<sup>91</sup> Alegría, Ciro, *Gabriela Mistral íntima*, Bogotá, La Oveja Negra, 1980. Ver Ciro Alegría, *Mucha suerte con harto palo. Memorias*, Lima, Varona, 1978.

<sup>92</sup> Luis Alberto Sánchez y Ciro Alegría pertenecen a la rica presencia de intelectuales exiliados en Chile en la década de 1930; Javier Pinedo, «El asilo contra la opresión. Pensadores iberoamericanos en Chile 1930-1940. Exilios, conceptos y visiones del país», *Taller de Letras*, 56, 2015, 67-87. Podemos reconocer ahora el importante rol de Gabriela Mistral en el acompañamiento moral y espiritual a ambos escritores del Perú.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, CARLOS, «Luces y sombras en la historia del APRA», en *Histórica*, 33, 2, pp. 159-164, 2009.
- ALEGRÍA, CIRO, *Gabriela Mistral íntima*, Bogotá: La Oveja Negra, 1980.
- ALEGRÍA, CIRO, *Mucha suerte con harto palo. Memorias*, Lima: Varona, 1978.
- AHUMADA, PASCUAL, *Guerra del Pacífico: documentos oficiales, y demás publicaciones sujetas a la guerra, que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia*, Santiago: Andrés Bello, 1982.
- ARCE, MAGDA, *Gabriela Mistral y Joaquín García Monge: una correspondencia inédita*, Santiago: Andrés Bello, 1989.
- ARCINIEGAS, GERMÁN, *El continente de siete colores. Historia de la cultura en América Latina*, Buenos Aires: Sudamericana, 1965.
- BARRERA GUSTAVO *et al.*, eds., *Epistolario americano. Gabriela Mistral y su continente*, Santiago: Das Kapital, 2012.
- BERGEL, MARTÍN, «El antinorteamericanismo en América Latina, 1898-1930. Apuntes para una historia intelectual», en *Nueva Sociedad*, 236, pp. 152-167, 2011.
- BRAUDEL, FERNAND, «Le livre de Luis Alberto Sánchez: Y a-t-il une Amérique Latine?», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 3, 4, pp. 467-471, 1948.
- DEVÉS, EDUARDO, «La red de pensadores latinoamericanos de los años 1920: relaciones y polémicas de Gabriela Mistral, Vasconcelos, Palacios, Ingenieros, Mariátegui, Haya de la Torre, El Repertorio Americano y otros más», en *Boletín Americanista*, 49, pp. 67-79, 1999.
- ESCAJADILLO, TOMÁS, *Mariátegui y la literatura peruana*, Lima: Amaru, 2004.
- GARCÍA-BRYCE, IÑIGO, «Haya de la Torre and the Pursuit of Power in Peru, 1926-1948: the Seven Paradoxes of APRA», en *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* 51, pp. 87-111, 2014.
- GARCÍA-BRYCE, IÑIGO, *Haya de La Torre and the Pursuit of Power in Twentieth-Century Peru and Latin America*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2018.
- GARCÍA-HUIDOBRO, CECILIA, *Moneda dura. Gabriela Mistral por ella misma*, Santiago: Catalonia, 2005.
- GUARDIA, SARA BEATRIZ, «Mujeres de la Revista *Amauta*. Transgrediendo el monólogo masculino», en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 22, pp. 37-46, 2017.
- HAYA DE LA TORRE, VÍCTOR RAÚL, «Romain Rolland y la América Latina», en *Amauta*, 2, 1926.

- HAYA DE LA TORRES, VÍCTOR RAÚL, «Nuestro frente intelectual. Mensaje de Haya de la Torre para *Amauta*», en *Amauta*, 4, 1926.
- HAYA DE LA TORRE, VÍCTOR RAÚL, «Sentido de la lucha antiimperialista», en *Amauta*, 8, 1927.
- HAYA DE LA TORRE, VÍCTOR RAÚL, «El papel de las clases medias en la lucha por la independencia económica de América Latina», en *Amauta*, 9, 1927.
- HAYA DE LA TORRE, VÍCTOR RAÚL, «El problema histórico de nuestra América», en *Amauta*, 12, 1928.
- HERNÁNDEZ, SEBASTIÁN, «Apristas en Chile: circuitos intelectuales y redes políticas durante los años 1930», en *Revista de Historia y Geografía*, 31, pp. 77-94, 2014.
- HORAN, ELIZABETH, CARMEN URIOSTE, CYNTHIA TOMPKINS, eds., *Preciadas cartas (1932-1979). Correspondencia entre Gabriela Mistral, Victoria Ocampo y Victoria Kent*, Sevilla: Renacimiento, 2019.
- IGLESIAS, AUGUSTO, *Vasconcelos, Gabriela Mistral y Santos Chocano: un filósofo y dos poetas en la encrucijada*, Ciudad de México: Clásica Selecta, 1967.
- MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS, *Correspondencia 1915-1930*, Lima: Biblioteca Amauta, 1984.
- MISTRAL, GABRIELA, «Derechos del niño», en *Amauta*, Lima, 12, 1928.
- MISTRAL GABRIELA, «Prólogo», en Joaquín Edwards Bello, *Nacionalismo continental*, Santiago: Zig-Zag, 1968.
- MISTRAL, GABRIELA, *Antología mayor. Cartas*. Santiago: Cochrane, 1992.
- MISTRAL, GABRIELA, *Recados contando a Chile*, Santiago: Del Pacífico, 1957.
- MISTRAL, GABRIELA, *Carta para muchos. España, 1933-1935*, Temuco: Origo, Ediciones de la Universidad de La Frontera. Edición e investigación: Karen Benavente, Daniela Schütte, 2015.
- MORALES BENÍTEZ, OTTO, *Gabriela Mistral. Su prosa y poesía en Colombia*, Bogotá: Edición del Convenio Andrés Bello, 2002.
- PINEDO, JAVIER, «El asilo contra la opresión. Pensadores iberoamericanos en Chile 1930-1940: exilios, conceptos y visiones del país», en *Taller de Letras*, 56, pp. 67-87, 2015.
- RUIZ-MANJÓN, OCTAVIO, «Federico de Onís: figura clave en la historia de las relaciones culturales entre España y los Estados Unidos», en *Memoria y Civilización*, vol. 15, pp. 397-413, 2012.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, «Sobre la cultura hispanoamericana», en *Amauta*, 4, 1926.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, «Ramona y José María Eguren», en *Amauta*, 21, 1929.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, *Garcilaso Inca de la Vega: primer criollo*, Santiago: Ercilla, 1939.

- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, *¿Existe América Latina?*, Ciudad de México: FCE, 1945.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, *Visto y vivido en Chile*, Santiago: Tamar Editores, 2004.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, *Ensayos. Cuadernos Americanos 1942-1988*, Lima: Universidad Peruana Unión, Publicaciones y Difusión Cultural, 2013.
- SCARPA, ROQUE ESTEBAN, *Gabriela anda por el mundo*, Santiago: Andrés Bello, 1978.
- VASCONCELOS, JOSÉ, *Indología: una interpretación de la cultura iberoamericana*, París: Agencia Mundial de Librería, 1920.

### *Fuentes epistolares*

- José Carlos Mariátegui a Joaquín Edwards Bello, Lima, 27.12.1929 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:310066>
- José Carlos Mariátegui a Joaquín Edwards Bello, Lima, 26.3.1930 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:330619>
- Carlos Manuel Cox a Joaquín Edwards Bello, Lima, 6.3.1927 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:310026>
- Joaquín Edwards Bello a Gabriela Mistral, Santiago, agosto de 1934 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:143645>
- Jorge Falcón a Gabriela Mistral, Lima, 22.2.1944 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:140651>
- Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Santiago, 4.6.1936 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149538>
- Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Santiago, 12.6.1939 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149540>
- Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, 25.9.1942 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149543>
- Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Lima, 4.7.1947 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149545>
- Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, 28.2.1949 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149549>
- Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Río Piedras, 13.4.1950 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149551>
- Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Río Piedras, 7.5.1951 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149553>
- Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Río Piedras, 21.5.1951 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149555>
- Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, 8.6.1951 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149557>

GABRIELA MISTRAL Y LOS ESCRITORES DEL PERÚ

- Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Río Piedras, 30.9.1952 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149558>
- Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Río Piedras, 29.10.1952 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149560>
- Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Río Piedras, 3.12.1952 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149563>
- Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Santiago, 11.9.1954 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149567>
- Luis Alberto Sánchez a Gabriela Mistral, Río Piedras, 27.5.1955 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:149570>
- Ciro Alegría a Gabriela Mistral, New York, 17.11.1945 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:143930>
- Gabriela Mistral a Pearl Buck, 20.12.1947 en: <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:137363>



## I.2 NERUDA: EL MODUS OPERANDI DE UN POETA PROVINCIANO EN EL MUNDO INTERNACIONAL; UNA MIRADA DESDE PERÚ

*Abraham Quezada Vergara*

### INTRODUCCIÓN

Desde su temprana adolescencia, Pablo Neruda (1904-1973) buscó convertirse en un verdadero poeta. A través de la edición de sus libros, de la positiva acogida de la crítica y la de los medios de prensa, afanosamente se fue abriendo camino a la afirmación nacional, hasta transformarse en el primer poeta de Chile. Posteriormente, traspasó las fronteras y logró reconocimientos de otra envergadura. La edición de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, *Residencia en la tierra* y *Canto general*, entre otros, tuvo un impacto decisivo en esos propósitos.

Rápidamente la valía y originalidad de su obra se tradujo en que las principales editoriales comenzaron a ocuparse de él y a sucederse los homenajes, las alabanzas, así como los asedios y las críticas. Estos, en su conjunto, hicieron que cayera en la cuenta del creciente prestigio que estaba alcanzando la expresión de su talento y la potencia de su lenguaje político-estético. Si con el Premio Nacional de Literatura en 1945 se había coronado como el principal poeta de Chile, ahora había que fijar la atención en el otro reconocimiento, el Premio Nobel, el más alto a nivel mundial a que podía aspirar.

Su pericia literaria, siendo un supuesto muy necesario, por sí sola no bastaba. Había que trabajar, y duro. Sabía de escritores agudos que habían quedado en el camino. En consecuencia, había que abocarse, con astucia y disciplina, con decisión y naturalidad

a ese propósito. En pocas palabras, contar con un *modus operandi* apropiado y realista, el cual, siendo coherente, debía ser lo suficientemente flexible como para ser aplicado en diferentes contextos y países, con particular enfoque en las américas y en el occidente europeo. Un escritor del «otro y militante bando» de la guerra fría, debería ser especialmente cuidadoso. De este modo, el actor racional Pablo Neruda, con un objetivo claro, con disposición de medios y de las modalidades apropiadas para canalizarlos, empezó a actuar en el ámbito externo, maximizando sus beneficios y reduciendo los costos o riesgos que una empresa de esa naturaleza demandaba.

En las dos etapas interpretativas que reseña este artículo, cuya frontera cronológica estaría en torno a 1950, la del momento del *predominio del talento* y la de la *gestión del talento*, y más allá de la multiplicidad de intereses que lo animaban, obró con capacidad racional y resolutiva y con la independencia emocional necesaria para alcanzarlos. Así, su producción poética, junto a sus conexiones, redes y presencia en diversos países, acompañado de su discurso y accionar de intelectual comprometido, tuvieron igualmente una motivación específica, cual era la de convertirse en el primer poeta de Chile, para más tarde obtener el máximo galardón universal.

La interacción del poeta con Perú, en medio de una relación vecinal compleja, pero a la vez amplia y diversificada, permitiría atisbar y confirmar en terreno y a lo largo de los años algunos aspectos fundamentales de la dinámica que animó al actor nerudiano en este afán, incluyendo al textual y al extratextual. Si bien recibió siempre una acogida fraterna y esmerada, aunque no exenta de algunas críticas y asedios, ello, en su conjunto, para nada logró perturbar o alterar una de las importantes aspiraciones de su vida, la de alcanzar a darle a Chile, finalmente, un segundo Premio Nobel.



## ÉPOCA DEL PREDOMINIO DEL TALENTO

*Un poeta provinciano*

El joven bardo arribó a Santiago a comienzo de los años veinte, lleno de ilusiones, ansiedades y premunido de garrapateados cuadernos poéticos. Para escapar a la ira paterna que rechazaba ese quehacer, hacía poco había adoptado un pseudónimo que le permitía la libertad creadora del clandestino. La matrícula en la carrera de Francés del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, todo un logro para una familia del Chile rural y entonces fronterizo, tuvo para él un significado un tanto diferente, pues no buscaba transformarse en profesor o abocarse a la docencia de ese idioma en algún liceo, sino que pretendía algo distinto y consistente con sus aspiraciones literarias. Se trataba simplemente de cumplir un requisito necesario en todo poeta que se preciara de tal: aprender el idioma de Víctor Hugo, de Arthur Rimbaud y Paul Verlaine, para leer y disfrutar de esa literatura y de sus poetas, pero también para poder llegar, de cualquier modo, al París que en ese momento bullía con las vanguardias. Otros escritores, como Gabriela Mistral y César Vallejo, en su momento, ya habían emprendido ese viaje de connotaciones iniciáticas. La chilena partiría a México y el peruano a la ciudad luz. Tras retirarse de la universidad y ver suspendida la ayuda paterna, con enojo de por medio, debió ingeniárselas para ganarse la vida. Si bien fue un momento áspero, pleno de dificultades y carencias, no dejó de lado su quehacer principal. «Escribí mucho más que hasta entonces, pero comí mucho menos»<sup>1</sup>, recordará en sus memorias. Hacia 1926, aunque sin un trabajo estable, su ánimo literario no decaía. Es más, a *Crepusculario* y *Veinte poemas* sumaba su nuevo libro, *Tentativa del hombre infinito*, mientras mantenía otros en preparación.

La salida al exterior con un cargo consular de poca monta, a un fantasmal consulado en el sur de Asia, fue solución a esa precariedad. Pero lo más relevante en ese momento parecía ser otro asunto: encontrar el lenguaje poético ambicionado. El intercambio

<sup>1</sup> Neruda, Pablo, 2018, p. 49.

postal experimentado hacía un tiempo con el uruguayo Carlos Sabat Ercasty<sup>2</sup> trasuntaba esa dramática y a ratos angustiosa búsqueda. El intrínquilis a resolver ahora era decidir si continuar con el desarrollo poético hasta ese momento alcanzado, o bien dar un giro, un viraje, hacia una nueva forma de expresión o modalidad, lo cual suponía continuar la búsqueda y profundización de un lenguaje literario personalísimo. Los cinco años de residencia asiática ayudarán a esa reflexión, resultando la redacción de *Residencia en la tierra*. De paso, la permanencia en la carrera consular le estaba permitiendo no solo acercarse a Europa y llegar, por fin, a España o Francia y editar sus libros, sino también, lo más importante, sobrevivir para la poesía.

En la segunda parte de los años veinte su obra comienza tímidamente a expandirse hacia el exterior, siendo publicada en Perú en revistas vanguardistas con algunos comentarios críticos, bastante benévolos y estimulantes. En Lima la revista *Amauta*, dirigida por José Carlos Mariátegui hasta 1930, incluirá varios de sus poemas y reseñas de sus libros. Al mismo tiempo, en la altiplánica ciudad de Puno se publicarán en boletín *Titikaka*, poemas provenientes de *Tentativa del hombre infinito*. Por la misma época en Buenos Aires, y por mano peruana, aparecerán sus versos en antologías, como aquella elaborada por Alberto Hidalgo, escritor arequipeño residente en esa capital<sup>3</sup>. La ayuda promocional peruana se volverá a repetir y en un lugar muy ansiado, en el Madrid de comienzos de la Segunda República. Allí, la revista *Bolívar*, dirigida por el diplomático y poeta limeño Pablo Abril, que contaba con la colaboración entusiasta de César Vallejo, incluirá algunos poemas de *Residencia en la tierra*, texto que, pese a las ansiedades y esfuerzos trasatlánticos, aún no conseguía publicar.

Al regresar a Chile en abril de 1932, varias cosas habían cambiado. En medio de la precariedad laboral y del desarrollo de la grave crisis sociopolítica que afectaba a Chile y al mundo derivada

<sup>2</sup> Puccini, Darío, «Cuatro cartas de Neruda a Sabat Ercasty», en *Escritura*, 16, 1983, pp. 207-216.

<sup>3</sup> Alude a Índice de la nueva poesía americana editado en Buenos Aires por la Sociedad de Publicaciones El Inca en 1926, con 280 páginas. Junto a Hidalgo, aparecen también firmando Vicente Huidobro y Jorge Luis Borges.

del *crack* bursátil, el sujeto civil nerudiano llega a Santiago recién casado, virtualmente sin trabajo y sin ahorros y a la espera de la asignación de un nuevo puesto consular. El sujeto literario, en cambio, lleno de expectativas, ya contaba con una media docena de libros publicados, dos de ellos de alta jerarquía poética, selectos en su trayectoria literaria y que comenzaban a hacerse conocidos más allá de las fronteras nacionales. La mención en el prólogo de la edición madrileña de *Trilce*, de 1930, lo había llenado de orgullo y estímulo. Consideró un privilegio que, de alguna manera, su poesía quedara vinculada a la de un autor ya consagrado, como César Vallejo. Además, estaba contento debido a que los diarios hablaban de él, lo entrevistaban y daba recitales, algo excéntricos algunos de ellos, a los que el poeta limeño y modernista, José Santos Chocano<sup>4</sup>, residente en esa época en la capital chilena, se referirá detalladamente en la prensa local y en la de Argentina, así como en revistas literarias centroamericanas de alcance regional<sup>5</sup>.

Esta nueva década lo encontró con una vocación definida y con un personaje consolidado, lo cual se reafirmó tras la publicación de *Residencia en la tierra*, en Santiago en abril de 1933. De ahí en adelante comenzaría un periplo consular de varios años por las principales capitales del idioma (Argentina, España y México). En ese sentido, la permanencia en la carrera consular le permitía desarrollar y promover su obra y cuando esta deviniera en un obstáculo, o ya no le sirviera para ese propósito, simplemente la abandonaría, como de hecho ocurrió en 1943. El crecimiento y la difusión logrados, paralelamente, hizo surgir envidias y cuestionamientos de ciertos colegas de letras. A fines de 1934 fue acusado de plagio y considerado solo un «estimable poeta»<sup>6</sup>, categorización que no aceptó y que, tras ser festejado en Madrid por los principales poetas españoles, en abril de 1935, se rebeló escribiendo el elocuente «Aquí estoy». Poema en donde, junto con identificar a sus principales detractores

<sup>4</sup> «Panorama lírico (a través de un recital poético)», *La Nación*, Santiago, 2 de abril de 1933, p. 11.

<sup>5</sup> Chocano, José Santos, «Panorama lírico (a través de un recital poético)», en *Repertorio Americano*, 734, 1935, p. 337.

<sup>6</sup> Según afirma Vicente Huidobro en su artículo «Pablo Neruda, plagiaro o gran poeta», *Vital*, enero 1935, p. 2.

—Vicente Huidobro y Pablo de Rokha—, reafirma su valía, consagra su vocación y define el estatus que hasta ese momento creía merecer en el firmamento poético, señalándoles:

AQUÍ ESTOY

Con mis labios de hierro  
Y un ojo en cada mano  
Y con mi corazón completamente.  
Y viene el alba y viene el alba  
Y viene el alba  
Y aquí estoy  
A pesar de perros, a pesar de lobos  
A pesar de pesadillas,  
a pesar de ladillas,  
a pesar de pesares.

Estoy lleno de lágrimas y amapolas cortadas  
Y pálidas palomas de energía,  
Y con todos los dientes y los dedos escribo,  
Y con todas las materias de mar,  
Con todas las materias del corazón escribo<sup>7</sup>.

Sin duda, desde el punto de vista de la reafirmación del sujeto poético, estos versos serán un verdadero hito complementado, felizmente, con la magnífica edición de *Residencia en la Tierra* I y II de la editorial Cruz y Raya de Madrid, aparecida en octubre de 1935, y con la posterior edición de *España en el corazón*. Testigo de esos intereses y de esas defensas serán César Vallejo, Xavier Abril y Armando Bazán, todos escritores provenientes del país virreinal también presentes en el Madrid asediado. Con el primero de los mencionados participa en el Primer y Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, celebrados en París en 1935 y en Valencia en 1937, respectivamente, vinculándose a una pléyade de literatos e

<sup>7</sup> Poema «Aquí estoy» (fragmento), Madrid, 2 de abril de 1935. En Loyola, Hernán, ed., *Pablo Neruda. Obras completas*, vol. IV, Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2001, p. 375.

intelectuales provenientes de diversas partes. Su opción de defensa de la República española y su actitud antifascista y antitotalitaria hizo que, hacia fines de esa década, emergiera como un notorio intelectual comprometido, el que, sin dudas ni vacilaciones, defendía la causa aliada y los fueros de la democracia, esmerándose en promover, particularmente, la lucha que estaba librando la Unión Soviética de contención y derrota de los ejércitos del *Reich*.

### *Visitas y amistades*

En el plano privado, la segunda mitad de los años treinta lo sorprendió con una hija nacida en la capital española, pero con un matrimonio irremediamente quebrado. No tardó en emparejarse con la argentina Delia del Carril, la famosa «Hormiga», quien no solo lo llevó por los caminos del partido de los trabajadores, dado que «la comunista era ella»<sup>8</sup>, sino que también fue un importante y permanente soporte para su creación literaria. Juntos visitarán numerosos países, en los cuales traba relaciones de amistad y literarias, las que andando el tiempo serán de extrema utilidad en la difusión de su quehacer. En octubre de 1937, por primera vez visita Lima, ciudad a la cual regresa en diciembre de 1939. Reconociéndose el prestigio alcanzado, es el invitado de honor al homenaje que se rendía al senador cusqueño José Uriel García, ocasión en que además será recibido por el presidente de la República Manuel Prado Ugarteche, quien hacía poco había asumido su cargo.

En Chile, en medio de esas contingencias, pudo interactuar con refugiados peruanos, principalmente militantes apristas, quienes venían huyendo de las persecuciones y asedios de los regímenes militares de Sánchez Cerro y de Óscar Benavides. El vínculo se fortaleció a través de la labor que realizaba en la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura (AICH) y en la editorial Ercilla, su casa editora desde octubre de 1937, instancias en las que alternó directamente con peruanos de destacada trayectoria política, literaria y periodística, como Luis Alberto Sánchez, Manuel Seoane y Luis López Aliaga, entre otros.

<sup>8</sup> Edwards, Jorge, 1990, p. 65.

Así, los lazos gestados en Madrid y luego en Lima y en Santiago, con escritores y políticos de izquierda, facilitarán su regreso a la capital virreinal en octubre de 1943 por espacio de casi tres semanas, oportunidad en que experimenta una gran acogida, que incluirá, nuevamente, una recepción ofrecida por el primer mandatario y una visita a la sierra sureña, que consideró Arequipa, Cusco, Machu Picchu y Puno, y el otorgamiento de la calidad de huésped ilustre en algunas de ellas. Jornadas que serán de indeleble recuerdo y de notable refuerzo para su trabajo poético, así como decisivas para el conocimiento y la difusión de su obra. Consciente de su potencia literaria y activismo, y del ocasional acoso que ello podía despertar, al finalizar esta visita respondió ataques provenientes de algunos diarios colombianos, del siguiente modo:

Mi genealogía poética es conocida por todos los escritores de América... he dado y continuaré dando a la literatura americana extensos libros que no solo se preocupen de los problemas personales y pasionales de los hombres, sino que servirán de castigo permanente a los tiranos, tiranuelos y resentidos aspirantes a la tiranía... no soy uno de esos indefensos portaliras de otros tiempos... tengo en mi corazón y en mi poesía bastante fuerza como para combatirlos y exterminarlos...<sup>9</sup>.

Más allá de los merecimientos literarios, se constata a esta altura la atención, y cierta inquietud, que ya generaba un Neruda de menos de cuarenta años en la comunidad de inteligencia estadounidense, cuando la embajada de Estados Unidos en Lima despacha al Departamento de Estado sendos reportes *Strictly Confidential*, que describían en detalle las actividades realizadas, así como los encuentros sostenidos en esa capital<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> Falcón, Jorge, , 1943, p. 20.

<sup>10</sup> Por ejemplo, ver *Report* n°. 8285 de 15 de noviembre de 1943 enviado al Departamento de Estado por Jefferson Patterson, encargado de Negocios a.i. de la embajada de Estados Unidos en Perú y que tiene como referencia: *Covering activities of Pablo Neruda, Chilean poet who recently visited Perú*, p. 3. En *The National Archives and Records Administration of usa (nara)*.

*Premios y expectativas*

Consecutivamente, en torno a 1945, adoptará decisiones que en un primer momento parecieron alejarlo del propósito central, como su elección de senador por las provincias del norte y el posterior ingreso formal a la militancia comunista, pero la ocurrencia de un hecho significativo a mediados de ese mismo año vino a confirmar su compromiso permanente con lo esencial, al ganar el Premio Nacional de Literatura. Así, sus deberes «civiles» «siguieron marchando con su canto». Reafirmando esa decisión, desde septiembre en adelante, y previo permiso otorgado en el Congreso, se abocó a la tarea de redacción del poema «Alturas de Machu Picchu», al tiempo que se enteraba con enorme satisfacción que Gabriela Mistral ganaba el Premio Nobel de Literatura. La publicación de esos versos a fines de 1946 y oficialmente incluidos en *Canto general* en 1950, le acarrearán gran popularidad y una relación muy estrecha con Perú, confirmando, de paso, la dimensión americanista indiscutible en ese poemario y en su discurso político.

El triunfo de la autora de «Los sonetos de la muerte» lo sintió como un poderoso y personal aliciente, acrecentado con posteriores declaraciones de la misma premiada, quien, en una entrevista fechada en enero de 1946, para la revista *Adam International Review* de Londres, señaló sin falsa modestia: «Si el Premio Nobel ha sido un gran honor para mi país, siento que no se le haya dado a Neruda, que es nuestro más grande creador»<sup>11</sup>. Espaldarazo que, sin duda, le permitió sopesar sus propias capacidades para acceder a ese reconocimiento. Algunos años más tarde se lo confirmará exultante a la misma poeta al informarle que en una carta recibida desde Suecia «a propósito de candidaturas», le comentan: «Artur Lundkvist is sending you his best regards. He proposed you to the Nobel Prize this past year, though he knew that Lagerkvist was designed by the Academy long before, but he believes it to be a phase in the work for your candidature (sic)»<sup>12</sup>.

<sup>11</sup> Citado por Vial, Sara, «Gabriela y Neruda, poetas y cónsules», en *Cuadernos Fundación Pablo Neruda*, 22, 1995, p. 35.

<sup>12</sup> Carta de Pablo Neruda a Gabriela Mistral, Capri, 7 de abril de 1952, en Quezada, Abraham, 2009, p. 107.

En ese clima de valoración de su talante poético, la persecución política experimentada en Chile, si bien afectó inicialmente la adecuada difusión de su poesía y a «Alturas de Machu Picchu» en particular, como era su anhelante deseo, al final operaría favorablemente en su beneficio. La presencia mediática que despertó su situación a nivel internacional hizo que publicaciones de diversas partes del mundo, incluidas las peruanas, siguieran atenta y detalladamente esas vicisitudes, publicando íntegramente los textos de la «Carta íntima para ser leída por millones de hombres», en octubre de 1947, o el «Yo acuso», en enero de 1948. Por lo mismo, la notoriedad y la solidaridad internacional para con su situación se acrecentó. Luego del año de clandestinidad logra escapar al extranjero, siendo recibido en París a fines de abril de 1949 en la sesión de clausura del Primer Congreso Mundial de Partidarios de la Paz, recepción que fue una verdadera apoteosis, en donde intelectuales venidos de todas partes del mundo, de pie y por largos minutos, lo ovacionaron y le expresaron su respaldo. Si bien unos años antes, en julio de 1945, había leído su poesía ante más de 130 mil personas en el estadio Pacaembú de Sao Paulo, en el homenaje que se le efectuaba a Luis Carlos Prestes, aquella noche parisina sería un momento axial y que marcaría un punto de inflexión en su biografía y en su conciencia acerca de sus propias potencialidades.

En este sentido, tempranamente en 1932, a su regreso de Oriente, uno de sus futuros archienemigos explicaba, en un diario capitalino, la estrategia empleada por Neruda para alcanzar nombradía:

Neruda ha trabajado y va trabajando y administrando su renombre con paciencia y con cautela. A las cartas absurdas y estúpidas él contesta largos folios cordialísimos y envía poemas al admirador epistolar, poemas y saludos sentimentales. Todos los críticos de arte de Chile fueron visitados y saludados por Pablo Neruda. He ahí entonces un renombre de estafa. He ahí entonces un renombre que obedece a una gran máquina, perfectamente montada y administrada por el astuto criollo que hay adentro de Pablo Neruda, he ahí entonces un bluf comercial editado por Nascimento<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> De Rokha, Pablo. «Pablo Neruda, poeta a la moda», *La Opinión*, Santiago, 11 de noviembre de 1932, s/p. en Sanhueza, Leonardo, 2004, p. 60.



Cerraría esta primera etapa con la publicación de *Canto general*, en cuya parte final incorporaría el canto autobiográfico, no por casualidad titulado «Yo soy», en donde orgullosamente recapitula y evalúa su hasta ese momento ascendente carrera literaria, afirmando:

Mi infancia recorrió las estaciones entre  
los trenes, los castillos de madera reciente,  
la casa sin ciudad, apenas protegida,  
por reses y manzanos de perfume indecible.  
Fui yo, delgado niño, cuya pálida forma  
se impregnaba de bosques y bodegas...

Para rematar con el poema «Voy a vivir»:

Yo no voy a morirme. Salgo ahora,  
en este día lleno de volcanes,  
hacia la multitud, hacia la vida.  
Aquí dejo arreglada estas cosas  
...  
Aquí me quedo,  
con palabras y pueblos y caminos  
que me esperan de nuevo, y que golpean  
con manos consteladas en mi puerta...<sup>14</sup>

Ya no solo era uno de tantos. Un poeta que estaba ocupando un espacio en el mundo literario, bien ganado a punta de su talento y trabajo, como lo había proclamado en abril de 1935 a sus, por entonces, principales denostadores. Ahora anunciaba a los cuatro vientos que ese poeta, más allá de meramente «estar», «era», que «existía» plenamente consciente de sus virtudes, capacidades y méritos y que estaba muy dispuesto a dar la batalla por alcanzar todas sus metas, no importando los obstáculos a vencer. Apuntando a la

---

<sup>14</sup> De *Canto general*, capítulo «Yo soy» y poema «Voy a vivir» (fragmentos) en Loyola, Hernán, ed., 1999, pp. 808 y 834-835.

misma valoración nerudiana, el escritor paulista, Orígenes Lessa, acentúa este proceso señalando:

Hay un instante en la carrera de Pablo Neruda en que deja de ser un gran poeta para convertirse en el gran poeta. Es cuando se confunde con el hombre la multitud, cuando se integra a las masas en marcha y se transforma en el intérprete supremo de sus dolores, de sus angustias, de sus aspiraciones. En ese momento engrandeció y se aproximó al mundo hacia el cual caminamos<sup>15</sup>.

Al confirmar su prestigio y la recepción de los otros, cayó en la cuenta que ya era tiempo de hablar en serio acerca de la posibilidad de acceder al reconocimiento universal, para lo cual había que empezar a trabajar con una nueva modalidad; rescatando lo necesario y enfatizando las fortalezas y todo aquello que, a lo largo del tiempo, le facilitaría sus propósitos. El sujeto civil tenía en ese momento 46 años y estaba comenzando a vivir un amor clandestino. El sujeto literario, en cambio, con la publicación de *Canto general*, estaba empezando a cerrar su etapa épica y comprometida. Constataba que su mérito literario lo había instalado, sin mayores problemas, como el principal poeta de Chile, para rápidamente rebasar las fronteras del país y del continente, llevándolo a adquirir una sólida presencia internacional. Había, por lo tanto, que reenfocar y afinar el *modus operandi* para alcanzar el nuevo objetivo.

### *Época de la gestión del talento*

Tras una larga ausencia, regresó al país en agosto de 1952 y en vez de retirarse y concentrarse en su trabajo literario, se instaló en el espacio público con inusitada energía. Por de pronto, en el discurso para agradecer la bienvenida brindada por el pueblo de Santiago, señaló en la plaza Bulnes:

Me siento orgulloso de pertenecer a un pueblo que tanto ha luchado por la libertad; me siento orgulloso de ser chileno

---

<sup>15</sup> Ver Quezada, Abraham, «El Brasil de Neruda», en *Atenea*, 513, 2013, p. 62.

entre los chilenos, como me sentí en el destierro unido a mi tierra, a mi bandera, a mi pueblo, a los bosques y a los ríos, a las flores de los campos y a las estrellas del cielo de la patria<sup>16</sup>.

Confirmaba así un elemento fundamental de su relato poético-político, cual era el cariño por su patria como la base, el fundamento, la plataforma sobre la cual se asentaba su activismo hacia el exterior. Además, y pese a que todavía persistían las prohibiciones para el Partido Comunista, algunos observadores peruanos confirmaban que desde fines de los años treinta Neruda daba cuenta, con cierto orgullo, del desarrollo y continuidad democrática que exhibía el país en medio de una región atenazada de golpes de Estado<sup>17</sup>. Al año siguiente será el factótum del Congreso Continental de la Cultura al cual asistieron importantes personalidades de América, entre ellas, Diego Rivera, Nicolás Guillén y Jorge Amado, recibándose colaboraciones de muchos otros, incluidos los peruanos José Uriel García y José María Arguedas, todos amigos y defensores del poeta. Una muestra clara de su capacidad de convocatoria y de las redes logradas en el continente, y más allá.

## UNA NUEVA VIDA COMIENZA

Una gran aportadora al éxito del *modus operandi* en esta segunda etapa habrá de ser su nueva compañera, Matilde Urrutia, «discreta, dulce y silenciosa», según la visualizó la prensa limeña en su momento, «como una sombra buena o un hada protectora... del poeta»<sup>18</sup>. Su contribución inspiradora y ordenadora será fundamental. Los tiempos de juerga, de la llegada de los amigos a cualquier hora y sin aviso previo, con su presencia se acabaron. Un peruano residente en Santiago recordaba que al regreso de

<sup>16</sup> Palabras incluidas en discurso «Soy chileno del sur» pronunciado el 18 de agosto de 1952 en la plaza Bulnes de Santiago, en Loyola, Hernán, ed., vol. I, *op. cit.*, 1999, p. 843.

<sup>17</sup> Falcón, Jorge, ed., *Cantos*, Lima: Ediciones Hora del Hombre, 1943, s.n.p. y Pavletich, Esteban en «Perú, un cebiche y...Neruda», *La Crónica*, Lima, 4 de febrero de 1975, p. 13.

<sup>18</sup> Bendezú, Francisco, «Entrevista arrítmica», en *Oiga*, 182, 1966, p. 19.

España, Neruda y Delia se instalaron con los González Tuñón, en una casa enorme en avenida Irarrázaval, la cual diariamente recibía «torrentes de visitantes. Se bebían semanalmente hectólitros de vino. Derrochaban algunas cantidades respetables de cordero, chanco, pasteles de choclo, langostas, jaibas, erizos, ostras, locos, cholgas, pollos, centollas del sur». Dicha casa, después de las seis de la tarde, definitivamente parecía «un comprimido manicomio». En medio de excesos «venucianos y báquicos [...] La Hormigueta servía acuciosa, fina, impasible, superando aquella conflagración dionisiaca»<sup>19</sup>. A contar de 1955, los cambios en la vida doméstica impuestos por Matilde implicaron la molestia y la separación del bando «hormiguista» respecto del «matildista»<sup>20</sup>, junto al consecuente alejamiento de determinado grupo de amigos. Esta especie de cerco protector tendido a su alrededor, con horarios y los necesarios anuncios previos y aceptados de visitas y jornadas de trabajo específicas e imperturbables, tuvo efectos muy positivos. Junto con aumentar sostenidamente el ritmo de trabajo, le permitió abocarse, casi exclusivamente, a su quehacer literario, encargándose Matilde de todo lo demás, facilitándole la vida al poeta cincuentón. No por otra razón, de las seis visitas que realizó a Perú entre 1957 y 1970, en todas lo acompañó, y no solo para apoyarlo en minucias domésticas, sino que igualmente para apuntalarlo en presentaciones literarias concretas, al compartir, por ejemplo, el escenario en la lectura del «extenso» poema «Alturas de Machu Picchu» en el Teatro Municipal de Arequipa una luminosa noche de julio de 1966<sup>21</sup>, ante una expectante y entusiasta audiencia.

El número de libros poéticos escritos, en consecuencia, en esta segunda etapa aumentó sensiblemente. Si en la primera, hasta 1950, había publicado solo ocho, ahora, en esta nueva fase, habría de transformarse, como lo apuntó un escritor limeño, «en una verdadera siderúrgica de poesía»<sup>22</sup>, multiplicando por cuatro el número de

<sup>19</sup> Sánchez, Luis Alberto, 2004, pp. 136-142.

<sup>20</sup> Quezada, Abraham, ed., 2011, p. 15.

<sup>21</sup> «Neruda llenó el Municipal», *Correo*, Arequipa, 9 de julio de 1966, p. 1.

<sup>22</sup> «Neruda a los 60 años», suplemento *El Dominical*, *El Comercio*, Lima, 19 de julio de 1964, p. 6.

nuevas publicaciones, totalizando 36 libros hasta febrero de 1973<sup>23</sup>. Así las cosas, no había tiempo que perder ni tema que dejar de lado para incluir en sus poemarios. Al final, todo ello redundó en una vasta y singular producción, que en el tiempo fue evolucionando en extensión y en variedad.

## LOS OBSTÁCULOS EN EL CAMINO

Su desarrollo poético hasta entonces, acompañado de un enorme ascendiente, parecían ser factores muy favorables para alcanzar rápidamente sus metas; sin embargo, fueron apareciendo inconvenientes. Uno relevante era tener muy presente que, como el Premio Nobel ya había recaído en una ciudadana chilena, resultaba inusual que fuese otorgado seguidamente a un escritor o escritora de esa misma nacionalidad, por mucho mérito que pudiese exhibir, particularmente en una región con grandes escritores y ninguno de ellos, a la sazón, premiado de esa forma. Por otra parte, el enfrentado e ideologizado clima de guerra fría tampoco ayudaba a esa intención. Su condición de activo militante comunista, sobre todo después de los sucesos de 1956, cuando se dio a conocer el informe Jrushchov sobre el terror estalinista en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y el aplastamiento de la rebelión húngara, desataron una serie de cuestionamientos, así como rupturas y desencuentros que derivaron en situaciones difíciles de explicar, de manera razonable, para cualquier militante o simpatizante de esa colectividad, por muy escritor o intelectual afamado que fuese. Neruda no fue la excepción.

Las campañas y estrategias llevadas adelante por ambos polos de la Guerra Fría, afectaban también esa aspiración. En el caso de Estados Unidos, este, a través de sus distintas agencias, promovía ideas como el «mundo libre» y la «libertad de pensamiento», en oposición a la censura y opresión impuestas por los soviéticos en los países tras la «cortina de hierro». Todo ello a través de la prensa

<sup>23</sup> A ello hay que sumar los otros seis libros publicados luego de la muerte y que tenía en preparación: *El mar y las campanas*, *Jardín de invierno*, *El libro de las preguntas*, *2000*, *Elegía* y *Defectos escogidos*.

adicta, así como de la organización de congresos, del financiamiento de publicaciones y de la promoción de escritores antimarxistas e independientes, logrando estructurar una vasta red de relaciones internacionales y, de paso, generar una tensa cercanía con los más eximios simpatizantes y promotores del campo socialista, entre los que Neruda descollaba. En este contexto, serían memorables los emplazamientos del poeta al llamado Congreso por la Libertad de la Cultura, respecto del cual, a fines de diciembre de 1956, junto con sindicarlo de ser una «institución norteamericana» y antes de allanarse a responder cualquier emplazamiento, lo conminaba a responder pública y perentoriamente las siguientes preguntas:

1. ¿Qué piensa el «Congreso» sobre la dominación norteamericana en Puerto Rico?
2. ¿Qué piensa sobre la participación de tropas, armamento y diplomáticos norteamericanos en la caída del último gobierno democrático de Guatemala?
3. ¿Qué piensa el «Congreso» sobre los derechos de la nación panameña respecto a su soberanía en el Canal de Panamá?<sup>24</sup>.

A ello se venía a sumar una variable no menos importante, apreciada ante de los años cincuenta. Si los opositores tradicionales en el pasado habían sido Vicente Huidobro y *Perico de los Palotes* (Pablo de Rokha), ahora quien sobresalía en materia de antinerudismo militante era el uruguayo Ricardo Paseyro, quien no solo realizará un ataque literario sistemático sobre su obra, sino también político<sup>25</sup>. En menor medida, cumpliría un papel parecido en Perú, Eudocio Ravines, un ex dirigente comunista y viejo conocido de Neruda del tiempo de la guerra en España y que en los años cincuenta

---

<sup>24</sup> Carta de Pablo Neruda a *El Mercurio*, Santiago, 23 de diciembre de 1956, p. 23.

<sup>25</sup> En 1958 publicó un opúsculo titulado *La palabra muerta de Pablo Neruda*, Madrid: H.E. Munuesa, traducido más tarde al francés, con el título *Le mythe Neruda*, París: L'Herne, editado en 1965 y en 1972. En este sentido, a mediados de 1972 le escribe a Mario Vargas Llosa, afirmándole: «Siempre habrá un uruguayo para joder, en algún lado o en otro. Escríbete otro libro en dos tomos: *La Cordillera de la envidia*. Tú sabes que pasa por todos nuestros países dejándonos el aire enrarecido». Ver carta de Pablo Neruda a Mario Vargas Llosa, París, 28 de agosto de 1972. En Archivo Mario Vargas Llosa, Lima.

había devenido en un furibundo crítico de esas posiciones. En consecuencia, los obstáculos a vencer eran reales y de distinto calibre. Una de las herramientas para contrarrestar esos embates fue el uso abundante de la palabra escrita, en donde las revistas y los diarios ocuparon un lugar de privilegio.

## LA PRENSA Y OTROS MEDIOS

En un primer momento en Perú, antes de los años cincuenta, el diario *La Tribuna*, de filiación aprista, destacó por las invectivas en su contra, las que en años posteriores se dieron a través de matutinos como *La Prensa*, de propiedad de Pedro G. Beltrán, diario sindicado como defensor de los intereses de la oligarquía local y que fue majadero en exponer y criticar las explicaciones dadas por aquel sobre la invasión de los tanques soviéticos a Hungría, sin dejar de lado el caso del escritor ruso Boris Pasternak, impedido de aceptar el Premio Nobel obtenido legítimamente en 1958. Además, estaba el semanario *Vanguardia*, editado por Eudocio Ravines, quien, aprovechando especialmente sus visitas a Lima, a través de cartas públicas y notas de prensa incesantemente lo conminaban a responder por un sinnúmero de imputaciones.

Para contrarrestar los ataques o emplazamientos, Neruda, salvo contadas excepciones, no se tomó la molestia de responder directamente, sino que se preocupó de estructurar una red de contactos y amistades, quienes, a través de la prensa, no dudaron en salir en su defensa intentando detener las embestidas. En los años cuarenta se destacó en su incondicionalidad la revista *Hora del Hombre*, dirigida por Jorge Falcón, la cual no solo publicó sus trabajos y poemas, sino que cada vez que pudo lo amparó de acusaciones específicas que le achacaban. Incluso mantuvo esa solidaridad en momentos de persecución política desatada en Chile, a fines de esa década. En los años siguientes tomó el relevo la revista *Semanario Peruano*, dirigida por su amigo Genero Carnero Checa, renombrado periodista local, a través de la cual se promovían sus visitas y su obra, sin dejar de darle amplia cobertura

a sus opiniones políticas. Esta revista, además, se daba el lujo de incluir entrevistas y sendos reportajes gráficos acompañados de dedicatorias autógrafas, saludando a los escritores e intelectuales locales y haciendo llamados a preservar la paz y fomentar la cooperación e intercambios. En los años sesenta, mientras los diarios *El Comercio* y *La Crónica*, así como *Expreso*, mantenían una cierta neutralidad en el tratamiento de su figura, el diario *Unidad*, del Partido Comunista peruano, también las revistas *Caretas* y *Oiga*, lo destacaban constantemente.

De los promotores que habitualmente firmaban reportajes en su favor, antes de los cincuenta destacó Jorge Falcón y Luis Nieto Miranda. Posteriormente lo promovieron Esteban Pavletich, Genaro Carnero Checa, Sebastián Salazar Bondy, Francisco «Paco» Bendezú, Javier Heraud, César Lévano, Arturo Corcuera y Mario Vargas Llosa. En julio de 1964, con motivo de sus sesenta años, Pavletich escribía:

Qué gran manera y con cuanta hondura, se halla ligada a nuestra patria el más encumbrado poeta americano, el más alto y completo si sumamos a su arte su vivencia. Múltiples han sido las oportunidades en que Neruda ha visitado al Perú ha permanecido entre nosotros, penetrando en nuestra vida, compartiendo nuestras inquietudes conociéndonos y comprendiéndonos, vale decir, queriéndonos. En cada una de esas ocasiones, se ha sentado a manteles con nosotros, le hemos rodeados y aprendido a amarle y admirarle, así como es él, desprevenido y sencillo, cordial e ingenuo, situado a nivel de lo terrestre, ajeno a magisterios y desplantes, millonario en austral bonhomía, realmente camarada. Pero tanto como paladear nuestro pisco y saborear nuestra comida apetitiva —en carta fechada en Balboa recordaba alguna vez «el último cebiche glorioso en su apresuramiento» tanto como asombrarse de las candorosas expresiones de nuestro arte popular y sentirse a plenitud en la atmósfera de nuestra bohemia revolucionaria, el Perú anidó en su poderoso corazón para siempre, imperecedero, genetal, pasado y promesa, historia y perspectiva<sup>26</sup>.

<sup>26</sup> Pavletich, Esteban, «Pablo Neruda en el Perú», en *Figuras Gráfica*, 2, 1964, p. 19.



Una actitud paralela a la presencia en los medios y que en la fase anterior no se observó, que vino a complementar adecuadamente su accionar «mediático» en esta nueva etapa, estuvo en el papel de columnista desempeñado en medios mundiales, como la Agencia Novosti de Moscú y la Agencia Literaria ALA de Nueva York, ambas capitales claves durante la Guerra Fría. Ello le aseguró, aparte de un pago constante, una amplia caja de resonancia hacia periódicos y diarios en diferentes idiomas de distintas partes del mundo. Del mismo modo mantuvo colaboraciones directas y específicas, como con el diario *El Nacional* de Caracas y con la revista *Ercilla* en Santiago. Hacia Perú estructuró el mismo esquema al remitir sus aportes, aunque esporádicos, al diario *Unidad*, oportunidades en que escribe para celebrar la figura de Mariátegui, para saludar al Partido Comunista y a los intelectuales cusqueños, para denostar a gobiernos militares de la región o para conmemorar algún hecho de interés. Un elemento adyacente, que también sirvió para revalorizar y ampliar el reconocimiento de su figura, fue la redacción y el envío de ocasionales notas, algunas *in memoriam*, como en el caso de Javier Heraud, joven poeta mártir fallecido trágicamente en mayo de 1963 en Puerto Maldonado, la cual se publicó en una revista universitaria<sup>27</sup>, o la redacción de ocasionales prólogos para presentar la poesía de Mariátegui y las gestiones en favor de un desconocido poeta arequipeño, quien le compartió sus escritos concluyendo con la edición por parte de la editorial Universitaria de Santiago de su poemario titulado *Piel del tiempo* y que, al mismo tiempo, habría de ser presentado cariñosamente por Neruda<sup>28</sup>.

## LAS VISITAS Y OTRAS FORMAS DE DIFUSIÓN

Una modalidad importante en esta etapa, menos habitual en la anterior, fueron las periódicas y prolongadas visitas efectuadas al Viejo Mundo que realizó junto a Matilde, algunas de las cuales

<sup>27</sup> Neruda, Pablo, «He leído con gran emoción», en *Pielago*, 3, 1963, p. 4.

<sup>28</sup> Prólogo al libro de Enrique Huaco, *Piel del tiempo*, Santiago: Editorial Universitaria, 1967, pp. 9-10, que contenía una selección de poemas y que en 1965 habían sido publicados en *Anales de la Universidad de Chile*, 136, pp. 149-159.

incluyeron escalas previas o posteriores en la capital virreinal. Si bien ellas tenían una razón contingente —participar como jurado en el discernimiento anual de los premios Lenin y reunirse con sus editores o traductores—, también las aprovechaba para no dejar de estar presente en el debate intelectual-literario europeo y en el de los otros países en que recalaba. Por ello estaba siempre dispuesto para dar entrevistas y efectuar comentarios de prensa variados, o aceptaba participar en la inauguración de ferias de libros o de reuniones selectas u otro tipo de encuentros a los que era invitado. Desde ese punto de vista, una ciudad eje en ese cometido habitualmente fue París. No por otra razón, a comienzo de los años setenta aceptará ser embajador en esa capital. La experiencia «nobelística» exitosa de Miguel Ángel Asturias vivida en 1967 así lo aconsejaba. Además, al arribar a Chile, luego de una larga temporada de viajes, citaba a conferencias de prensa recapitulativas, informando de los detalles de los encuentros sostenidos y de las actividades realizadas, así como las personalidades y autoridades con las cuales se había encontrado. Así lo hizo en noviembre de 1943 al regresar de Cusco y Machu Picchu, situación que se repetiría en julio de 1966 y en julio de 1970, tras reunirse en Lima al más alto nivel. Todas esas puestas en escena fueron cubiertas ampliamente por la prensa nacional y rebotadas a los medios internacionales. En ello tuvo un papel muy destacado el diario *El Siglo*<sup>29</sup>, en perfecta coordinación con el diario *Unidad*.

La difusión de sus libros, antiguos y nuevos, a través de ediciones, reediciones o traducciones fue una variable que en esta etapa no descuidó y de la cual se encargó personalmente, operando a través de representantes oficiosos en los diversos países y manteniendo un activo y regular contacto con su casa editora en Buenos Aires con exigencias específicas, casi obsesivas algunas de ellas. Tan importante como el contenido, para él era la forma final de la publicación. Proponía el tipo de letra y papel a utilizar, así como el diseño de la

<sup>29</sup> Ver, por ejemplo, «Pablo Neruda habla», *El Siglo*, Santiago, 5 de diciembre de 1943, p. 12.; «A los propios EE.UU. fui a hablar de antiimperialismo», *El Siglo*, Santiago, 16 de julio de 1966, p. 3 y «Pablo Neruda: en el general Velasco Alvarado encontré amabilidad, franqueza y sencillez», *El Siglo*, Santiago, 24 de julio de 1970, p. 4.

tapa y portada, sin dejar de opinar acerca de las guardas, colores y otras materias.

Aparte de su famoso poemario de amor y sus poemas residenciarios, rápidamente «Alturas de Macchu Picchu» pasó a ser también de interés de las editoriales, con sus respectivas traducciones, peticiones a las cuales solía allanarse con entusiasmo. Un hecho significativo y que da cuenta de la delicadeza y preocupación de vincularse culturalmente con el medio peruano, se apreció en 1954, al momento de las celebraciones de su cumpleaños número 50, en que la editorial Nascimento de Santiago lanzó una cuidada edición de *Alturas de Macchu Picchu*, acompañada de fotografías inéditas tomadas por Martín Chambi, artista puneño de excepcional destreza y prestigio. Y por si ello fuera poco, quiso estar acompañado en esa ocasión de varios de sus amigos, incluido el intelectual cusqueño y renombrado indigenista, José Uriel García, a quien le extendió una fraternal invitación.

Entretanto, las invitaciones a convites las recibía siempre con apertura y jovialidad, también los reconocimientos que quisieran rendirle. A fines de 1953 se anuncia que se le ha otorgado el Premio Stalin para la Consolidación de la Paz entre los Pueblos, el «otro Premio Nobel»<sup>30</sup>, al cual igualmente intentó postular a Gabriela Mistral y a uno de sus más estrechos amigos peruanos<sup>31</sup>. Años más tarde aceptará hacerse miembro correspondiente del Instituto de Lenguas Romances de la Universidad de Yale y miembro académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Recibirá asimismo la Medalla al Mérito de la Sociedad Checoslovaca de Relaciones Exteriores, y en Italia accederá al premio literario internacional de Viareggio-Versilia. Todo ello acompañado de la recepción de varios doctorados honorarios, entre los que destacó el de la Universidad de Oxford, el cual sin duda

<sup>30</sup> Expresión utilizada en carta privada de Delia del Carril a Gabriela Mistral para señalarle la importancia del Premio Lenin, Santiago, mediados de 1954, en Quezada, Abraham, ed., 2009, *op. cit.*, p. 135.

<sup>31</sup> Propone para ese galardón a Genaro Carnero Checa o a la revista que editaba, en carta de Pablo Neruda a Jorge Zalamea, Lima, 18 de abril de 1959. En «Perú, un cebiche y... Neruda», *La Crónica*, Lima, *op. cit.*, p. 13.

constituyó la «segura antesala del Premio Nobel»<sup>32</sup>, pues no era menor que una prestigiada casa de estudios del occidente europeo, con siglos de tradición y excelencia, reconociera a un poeta latinoamericano con una clara y militante posición de izquierda. Con la misma soltura y bonhomía, en julio de 1966 aceptará el doctorado honorario ofrecido en Lima por la Universidad Nacional de la Ingeniería y la orden El Sol del Perú, otorgado por el gobierno peruano.

No mermó su ánimo cuando en 1959 se le otorgó el Nobel al poeta siciliano Salvatore Quasimodo, quien había traducido algunos de sus poemas al italiano, tampoco en 1964, cuando en su carta de rechazo al premio, Jean Paul Sartre manifestó su profunda extrañeza por que aún no se le hubiere otorgado a Neruda. Pese a los asedios y especulaciones periodísticas de cada octubre, que lo daban como seguro ganador, comprendió que no tenía otro camino sino el ya trazado, soterrando la ansiedad y reemplazándola por la paciencia y la persistencia.

La misma disposición de ánimo tuvo para efectuar visitas, algo más prolongadas, a Lima y otras ciudades, como Arequipa, en donde ofreció concurridas lecturas poéticas, atendiendo, siempre de buen humor, a la prensa y reuniéndose con la juventud, con escritores y académicos y con las más altas autoridades locales. Así lo hizo con el presidente Fernando Belaúnde Terry y con el general Juan Velasco Alvarado. Sin importarle demasiado si ello acarreaba problemas en los diferentes sectores de la izquierda regional, pues eran años de profundas controversias acerca de la viabilidad de la lucha guerrillera para la toma del poder *vis à vis* la adopción de la vía institucional, es decir, la electoral o democrática con el mismo propósito, planteamiento este último que apoyaba el Partido Comunista chileno basado en la siempre recomendada prudencia soviética sobre el particular.

La cuestionadora carta que escribieron y difundieron sus colegas de letras cubanos a fines de julio de 1966, citando como argumento su presencia en Estados Unidos y el amistoso encuentro sostenido con el gobernante peruano en Lima y la condecoración recibida, fue una piedra más en el zapato en el camino trazado. Más

<sup>32</sup> «La antesala del Premio Nobel; Neruda en Oxford», suplemento Revista de Libros, *El Mercurio*, Santiago, 28 de septiembre de 2008, p. E23.

allá de la severa crítica que contenía, de ser condescendiente con el imperialismo y con gobiernos reformistas, como el de Belaúnde Terry, mientras este combatía a las guerrillas al interior del país, la sintió como una inesperada e injusta estocada, que no merecía, menos viniendo de ese proceso revolucionario, que había apoyado y defendido desde un comienzo, ni de amigos de años que aparecían como firmantes y, según se sabría después, sus principales redactores. Más allá del enfado, gatilló en él una preocupación por los efectos colaterales que, de seguro, este tipo de emplazamientos, ampliamente difundidos, podían llegar a tener en las comunidades intelectuales de Occidente, en particular en Europa y en la Academia Sueca, ante la cual podía quedar como un impostor e inconsecuente, o como un escritor problemático o divisionista, que no cumplía con el estándar político mínimo que el mismo decía defender *urbi et orbi*.

Por esa razón y sin dejar de pensar en las posibles consecuencias políticas para su partido, materia que jamás descuidó, decidió que su mejor opción era no entrar en dimes y diretes con los cuestionadores ni responder fuerte ni públicamente, prefiriendo mascullar en silencio su amargura y desazón y seguir adelante. No obstante, haría llegar a La Habana documentos privados expresando su molestia<sup>33</sup>.

## DISCURSO Y PUBLICACIONES

Un elemento que no descuidó en estas relaciones públicas de alto nivel, orientadas a un propósito, fue la mantención y profundización de un discurso político-estético que venía desarrollando desde fines de los años treinta. Si en la fase anterior, y muy en consonancia con los planteamientos promovidos por su colectividad, devino en un intelectual comprometido, ahora, en medio de los avatares de la Guerra Fría mantuvo su tradicional y férrea adhesión a la Unión

<sup>33</sup> Cable público de respuesta de Pablo Neruda a la «Carta abierta» de los intelectuales cubanos. Además, está el mensaje privado de Neruda a José Llanusa Gobel, ministro de Educación de Cuba, Isla Negra, 28 de diciembre de 1967. En Loyola, Hernán, ed., vol. V, *op. cit.*, 2002, pp. 102-106. También la carta privada de Pablo Neruda a Casa de las Américas, Isla Negra, 8 de agosto de 1973. En Archivo de Correspondencia Fundación Pablo Neruda.

Soviética, subrayando que bajo el liderazgo de Stalin, en solo una generación, el país había abandonado las tinieblas medievales para transformarse en una potencia espacial, exhibiendo logros sociales y científico-técnicos impresionantes, al mismo tiempo de profundizar su crítica al capitalismo y a sus promotores. No obstante, ello no impidió que consolidara la imagen de un actor no estatal que visualizaba las relaciones internacionales desde una perspectiva más bien idealista, es decir, que promovía la paz, la cooperación y el entendimiento entre los pueblos. A la prensa en Lima, en las visitas efectuadas los años 1957, 1959, 1966, 1968 y 1970, y en las numerosas veces que fueron a entrevistarlo a Isla Negra, así como en otras partes, les entregó opiniones variadas en ese sentido, pero sin dejar de exaltar la importancia de la adecuada integración bilateral y su convencida visión acerca de los logros soviéticos y los del campo socialista alcanzados, ni de criticar duramente la política internacional de Washington<sup>34</sup>.

Aunque tenía contrato de exclusividad con Losada, también accedió a autorizar la publicación en Perú de alguno de sus más importantes trabajos. En julio de 1958, en el Cuarto Festival del Libro de Lima, Manuel Scorza publicó *Veinte poemas* y *Alturas de Macchu Picchu*, en un solo volumen y con una tirada inicial de 25 mil ejemplares de una edición popular, o más tarde, con Juan Mejía Baca, quien publica *Nuevas piedras sobre Macchu Picchu* en 1961, que incluyó, junto a otros dos importantes poetas locales, su famoso canto a ese portento arqueológico. Más adelante, este mismo editor solicitará su autorización para editar ese canto, con la voz del propio Neruda, en formato discográfico. Entusiasmado con esos desarrollos, promovió que Losada editara sus *Obras completas*, en una

<sup>34</sup> A modo de ejemplo, en diciembre de 1957, en Lima, entregó variadas impresiones acerca de los éxitos del programa espacial soviético con los lanzamientos del Sputnik I y II, en contraste con los fracasos del fallido lanzamiento del cohete Vanguard de Estados Unidos, en «Pablo Neruda está de paso; de Rusia se dirige a Santiago», *La Prensa*, Lima, 16 de diciembre de 1957, p. 14. Más tarde, en la misma capital, interrogado por el clima general en el plano internacional expresó su desagrado por el triunfo de Richard Nixon, quien había ganado las elecciones presidenciales hacía solo tres días, y condenó las acciones de ese país en el sudeste asiático, en «Poeta Pablo Neruda pasó ayer por Lima», *El Comercio*, Lima, 9 de noviembre de 1968, p. 8.

primera edición a comienzos de 1957, cuando todavía no cumplía los 53 años y estaba en el apogeo de su fecundidad creadora. Entre otras cosas, consideraba que ello podía llegar a constituir un elemento a favor para una decisión favorable en Estocolmo, en el sentido que, si ya contaba con un trabajo recapitulativo de esta naturaleza publicado, se trataba de un escritor suficientemente maduro y con una obra consolidada, que había que distinguir y premiar. Ese mismo año, dicho trabajo estaba disponible en las librerías limeñas a través de la representación de Losada en esa capital. En este sentido y, como en enero de 1954, la «pulsión autobiográfica» se apreciaría en 1961, cuando para una revista brasileña entregó 10 capítulos a modo de memorias tempranas, confirmando con ello que se trataba de un escritor que ya estaba en el pináculo, cuya vida y trayectoria eran dignas de conocer a través de este tipo de escritos.

## GESTIONES INDIRECTAS Y AMISTADES

El *modus operandi* en ejecución además tuvo una ocasional dimensión indirecta o privada. A los apoyos y recomendaciones permanentes de su amigo, el poeta sueco Artur Lundkvist, quien recién en 1968 pasará a ser miembro de la Academia Sueca, se unieron las gestiones de los años sesenta efectuadas por el escritor y diputado Baltazar Castro, también cercano al poeta. Más tarde será el mismo Neruda quien se animará a dirigir, personalmente, operaciones más o menos subrepticias, y algo inocentonas, para tratar de influir y relevar su nombre en la capital sueca en fechas previas a las decisiones anuales que adoptaba la docta Academia. Ello fue particularmente perceptible luego de hacerse pública la carta inquisitorial cubana. Uno de los ejecutores de estas maniobras, a regañadientes, será el escritor y funcionario del servicio exterior Jorge Edwards<sup>35</sup>, cercano al poeta y quien posteriormente residirá en Lima y lo acogerá fraternalmente en su visita de julio de 1970.

<sup>35</sup> Al respecto, ver intercambio de cartas entre Pablo Neruda y Jorge Edwards principalmente entre agosto y septiembre de 1966, en Quezada, Abraham, ed., *Cartas que romperemos de inmediato y recordaremos siempre*. Santiago: Alfaguara, 2007, pp. 84-107.

También habría de ser parte de esas tentativas su amigo, el escritor venezolano Miguel Otero Silva, a quien sugiere por escrito efectúe gestiones específicas ante terceros<sup>36</sup>.

Hacia fines de este segundo periodo, Neruda daba cuenta en Perú de la estructuración de una sociabilidad literario-política singular, que no muchos escritores e intelectuales extranjeros, hasta esa época, habían logrado desarrollar. Mantenía estrecho y regular contacto con sus amigos, como venía haciéndolo hacía décadas, siendo Genaro Carnero Checa y Esteban Pavletich, los más cercanos, y con quienes compartía el oficio de las letras y el discurso izquierdizante, antiimperialista y anticapitalista. Con el primero compartió en México, cuando se desempeñaba como cónsul general, y al segundo lo conoció en el banquete ofrecido en esa capital a José Uriel García, en diciembre de 1939. Este habría de acompañarlo en su memorable visita a Cusco, Sacsayhuamán y Machu Picchu y en todas las visitas posteriores realizadas. Ambos serán los organizadores de muchas jornadas de acogida en los diversos círculos y tertulias literarias y, a través de la prensa, en múltiples oportunidades escribirán para relevar su figura, ayudando a generar siempre una corriente de opinión favorable a la exaltación y difusión de su obra. Sin mezquindades, otros escritores, poetas e intelectuales del país virreinal se sumarán a estos empeños.

## COMENTARIO FINAL

Que Neruda vivió su vida con plenitud en los diferentes aspectos que involucró su existencia, no cabe ninguna duda. No podía ser de otra manera tratándose de una personalidad gozadora y abierta a las sensaciones y a los disfrutes más variados. Desde muy joven tuvo la resolución de marchar hacia sus propias epopeyas, realizando esfuerzos denodados de afirmación de su vocación y destino. La decisión de ser un verdadero poeta se reflejó al asumir

---

<sup>36</sup> Como le solicita «confidencialmente» a Miguel Otero Silva que interceda ante Miguel Ángel Asturias y este proponga su candidatura al citado galardón. Ver texto anexo de carta de Pablo Neruda a Miguel Otero Silva, Isla Negra, 7 de agosto de 1969. En Archivo de Redacción *El Nacional*, Caracas.



tempranamente un seudónimo y en sus estudios de francés, así como en la posterior construcción de un personaje y en la edición de sus libros y buscando un lenguaje poético personalísimo, que en gran parte dio cuenta de su propia experiencia de vida. Todo ello en menos de 10 años y en condiciones que no favorecían del todo ese quehacer. En este camino perseveraría durante más de seis décadas. Hubo de enfrentar privaciones, incomprendiones y hostilidades, pero se atrevió a persistir, no importándole, incluso, ingresar a la burocracia del Estado ni salir al exterior con tal de sobrevivir para la poesía.

Para buena suerte de él, además, poseía «otras virtudes», funcionales a ese importante designio. A la experiencia consular-diplomática, que le había permitido conocer el ancho mundo y hablar idiomas (inglés y francés, en este caso), agregaba su militancia en un partido de implantación planetaria, al cual había representado en el Congreso, permitiéndole acceder a redes de apoyo y promoción político-intelectual ampliamente diseminadas, las que, con intereses similares, lo acogían, promovían, en definitiva, le ayudaban a instalarse en el sitio que necesitaba para ese propósito.

El prestigio y la valoración de su obra fueron reconocidos con el Premio Nacional de Literatura. Luego, la demorada llegada del premio mayor lo obligó a profundizar un *modus operandi* caracterizado por gestiones múltiples, en donde él, con algún grado de sutileza, fue el principal promotor de su obra. No se trataba de un mero «Canto a [sí] mismo», al decir de su admirado Walt Whitman, sino de algo mucho más sutil. Una especie de relaciones públicas de alto nivel, mezcladas con recurrente presencia en los medios, pero siempre vigente literariamente hablando, es decir, con un alto ritmo y calidad de su poesía. Ayudó, además, que comentaristas y críticos hablaran de ella, su difusión a otros idiomas y los contactos regulares mantenidos con instituciones y personalidades políticas, sociales o culturales. Su discurso basado en el humanismo occidental, que promovía valores como los derechos de las personas y las libertades fundamentales, acompañado de invocaciones pacifistas e integradoras, fue el apropiado. En resumen, el personaje que había

construido y al cual había dotado de «suficiente poesía», ahora lo promovía e instalaba en el sitio que le correspondía.

De este modo, es posible afirmar que durante sus varias visitas al Perú se apreciaron los diversos aspectos que involucró su *modus operandi* de posicionamiento literario-intelectual. Allí encontró un país acogedor, el cual, incluso antes que lo visitara, ya se había fijado y valoraba su poesía, dejando de lado cualquier atisbo de resquemor histórico o las suspicacias existentes en el plano bilateral. Al llegar por primera vez, pudo apreciar que se estaba avanzando desde fines de los años veinte en una relación positiva y colaborativa, clima de distensión que le fue propicio, y muy bien aprovechado por este actor no estatal, que promovía causas consistentes con la agenda regional e internacional. No fue difícil para él lograr aceptación y avanzar en la promoción de su obra, así como estructurar una red amplia de contactos e intereses, compuesta de editores, escritores e intelectuales locales y de diferentes medios. Con su visita a Cusco y la redacción del canto a la ciudadela legendaria ganó amplitud americana su *Canto general*, pero también su obra incrementó en prestigio. Desde ese momento sus relaciones con Perú, en su conjunto, tuvieron otra catadura.

Estaba plenamente consciente de la importancia que tenían las relaciones bilaterales con el país vecino del norte, razón por la cual, al llevar adelante su tarea intelectual, fue siempre cuidadoso y deferente en su tratamiento y aproximación. En definitiva, esta convivencia, junto a muchas que se dieron en otros países, le permitió consolidar una presencia y prestigio inigualado, así como templar y vigorizar todavía más su discurso político-estético, encauzando su *modus operandi* hacia el objetivo trazado. Pero no iba a ser tan fácil, pues había un camino erizado de obstáculos a vencer, en donde destacaban factores asociados a su militancia política y al escenario internacional en desarrollo. Ellos iban a retardar el desenlace ambicionado, pero como se apreció desde Perú, no iba a dejar de persistir en su intento. Entonces sería solo cuestión de tiempo alcanzar la meta mayor, definitiva y consagratoria.

## BIBLIOGRAFÍA

### *Correspondencia*

- De Pablo Neruda a Gabriela Mistral, Capri, 7 de abril de 1952.  
De Delia del Carril a Gabriela Mistral, Santiago, mediados de 1954.  
De Pablo Neruda a *El Mercurio*, Santiago, 23 de diciembre de 1956.  
De Pablo Neruda a Jorge Zalamea, Lima, 18 de abril de 1959.  
De Pablo Neruda a Jorge Edwards, agosto-septiembre de 1966 (varias).  
De Pablo Neruda a José Llanusa Gobel, Isla Negra, 28 de diciembre de 1967.  
De Pablo Neruda a Miguel Otero Silva, Isla Negra, 7 de agosto de 1969.  
De Pablo Neruda a Mario Vargas Llosa, París, 28 de agosto de 1972.  
De Pablo Neruda a Casa de las Américas, Isla Negra, 8 de agosto de 1973.

### *Diarios*

- Correo*, Arequipa, 1966.  
*El Comercio*, Lima, 1964, 1968 y 2008.  
*El Mercurio*, Santiago, 1956.  
*El Siglo*, Santiago, 1943, 1966 y 1970.  
*La Crónica*, Lima, 1975.  
*La Nación*, Santiago, 1933.  
*La Opinión*, Santiago, 1932.  
*La Prensa*, Lima, 1957.

### *Revistas*

- Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, 1965.  
*Atenea*, Concepción, 2013.  
*Cuadernos Fundación Pablo Neruda*, Santiago, 1985.  
*Escritura*, Caracas, 1983.  
*Figura Gráfica*, Lima, 1964.  
*Hora del Hombre*, Lima, 1943.  
*Oiga*, Lima, 1966.  
*Pielago*, Lima, 1963.  
*Repertorio Americano*, Costa Rica, 1935.  
*Vital*, Santiago, 1935.

*General*

- EDWARDS, JORGE, *Adiós, poeta*. Santiago: Editorial Universitaria, 1990.
- FALCÓN, JORGE, ed., *Cantos*. Lima: Ediciones Hora del Hombre, 1943.
- HIDALGO, ALBERTO *et al.*, eds., *Índice de la nueva poesía americana*. Lima: Sur Librería Anticuaria, 2007.
- HUACO, ENRIQUE, *Piel del tiempo*. Santiago: Editorial Universitaria, 1967.
- LOYOLA, HERNÁN, ed., *Pablo Neruda. Obras Completas*, vols. I, IV y V. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1999, 2001 y 2002.
- NERUDA, PABLO, *Confieso que he vivido*, Bogotá: Editorial Planeta Colombiana, 2018.
- PASEYRO, RICARDO, *La palabra muerta de Pablo Neruda*, Madrid: H.E. Munuesa, 1958.
- \_\_\_\_\_, *Le mythe Neruda*, París: L'Herne, 1965 y 1972.
- QUEZADA, ABRAHAM, ed., *Cartas que romperemos de inmediato y recordaremos siempre*. Santiago: Alfaguara, 2007.
- \_\_\_\_\_, ed., *Cartas a Gabriela*. Santiago: RIL Editores, 2009.
- \_\_\_\_\_, ed., *Pablo Neruda-Claudio Véliz, Correspondencia camino al Premio Nobel*. Santiago: Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 2011.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, *Visto y vivido en Chile*. Santiago: Tajamar Ediciones, 2004.
- SANHUEZA, LEONARDO, ed., *El bacalao*. Santiago: Ediciones B, 2004.

### 1.3 CIRO ALEGRÍA: UN PUENTE HACIA LA MEMORIA

*Ximena Troncoso Araos*

*Es hermoso ver que las páginas que uno ha grabado  
con su vida sirven también a otras vidas.*

CIRO ALEGRÍA

#### INTRODUCCIÓN

Conocer la vida y releer las obras de Ciro Alegría resulta hoy un ejercicio de reflexión sobre el devenir histórico y cultural de América Latina, la migración, el exilio, la libertad, la justicia, la memoria, el papel de la literatura en relación con la sociedad y las formas que adopta para crear y recrear el mundo exterior e interior.

En el presente ensayo realizo un recorrido por parte de la vida del escritor peruano, a saber, el periodo en que vivió expatriado en Chile y su relación con Gabriela Mistral. Enseguida analizo las obras escritas durante su permanencia en el país —*La serpiente de oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1939) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941)—, las que constituyen su producción más relevante. Finalmente, derivo algunas conclusiones para nuestro tiempo.

Ciro Alegría nace en una hacienda llamada Quilca, en la provincia andina de Huamachuco, departamento de La Libertad, Perú, el 4 de noviembre de 1909. Desde pequeño tiene gran cercanía con los libros porque su padre, hijo de un irlandés, pasaba tardes y noches leyendo. Es él quien le enseña a leer y a escribir. El pequeño Ciro se familiariza con los relatos indígenas, especialmente a través de las historias que narraba su abuela Juana. A los siete años lo trasladan a Trujillo para iniciar estudios. Ahí vive con su abuela y su tía Rosa,

a quien él consideró como una madre y maestra, cuya biblioteca y fina sensibilidad lectora, junto con la admiración por la poesía de César Vallejo, lo acercan a la literatura.

Su profesor de primer año es nada menos que el poeta Vallejo, quien le causa una impresión imborrable por su catadura, por la condición desgarrada que intuía en él, por el interés que muestra al escuchar las historias de sus alumnos y por la misteriosa grandeza de su poesía, que su entendimiento de niño logra atisbar. Por todo ello y más, Vallejo despierta en él la nostalgia por los paisajes que había dejado: «El hombre Vallejo se me antojó como un mensaje de la tierra y seguí contemplándolo»<sup>1</sup>.

A los diez años, Alegría debe regresar a los Andes y continuar ahí sus estudios, ya que contrae fiebre palúdica. Siendo un adolescente, trabaja como capataz en la hacienda Marcabal Grande, a cargo de doce peones entre indígenas y cholos, quienes lo acercan a las labores agrícolas y le permiten conocer su forma de ver y vivir la vida, como escribiría más tarde. Entre el peonaje se encontraba Manuel Baca, extraordinario contador de historias que después formaría parte de sus libros.

En 1924, Ciro Alegría vuelve a Trujillo a proseguir sus estudios. En esa época, alentado por su madre, comienza a escribir poemas y relatos. Junto a algunos compañeros crea un pequeño periódico llamado Juventud, lo que le ayuda como ejercicio formativo. Su interés por esta actividad prosigue en el periódico del colegio donde cursaba la secundaria: *La Tribuna San Juanista*. Tal experiencia le permite trabajar en el diario *El Norte*, de Trujillo, a cuyo director, Antenor Orrego, le gustó su forma de escribir. Luego ejerce en el diario *La Industria*, en 1930, año en que ingresa a la Universidad Nacional de Trujillo a estudiar en la Facultad de Letras. Pero no dura mucho allí, ya que es expulsado junto a otros estudiantes por participar en las manifestaciones realizadas en favor de reformas universitarias.

Alegría fue una persona de gran sensibilidad y compromiso social, lo que canaliza a través de la actividad política, aun cuando

---

<sup>1</sup> Alegría, Ciro, 1976, pp. 35-36.

ello le cuesta encarcelamientos, tortura y exilio. En 1931 ingresa al partido Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), y pasa a formar parte del Comité Ejecutivo. El partido, de inspiración marxista, nace como reacción a la dictadura de Leguía, al imperialismo y a la rampante desigualdad y explotación. Con los años Alegría se decepciona y renuncia al partido por considerar que el oportunismo interesado y el liderazgo autoritario de su fundador, Haya de la Torre, lo ha desvirtuado: «En todo eso había más idealismo que doctrina [...] lo hicimos porque creíamos que haría la renovación que el Perú esperaba»<sup>2</sup>, dirá en sus memorias, *Mucha suerte con harto palo*, libro que reúne escritos autobiográficos redactados por Alegría a lo largo de su vida y que Dora Varona, su última esposa, publica años después de la muerte del escritor, ocurrida en 1967.

El compromiso social de Ciro Alegría no es artificial, sino que nace de su experiencia de vida, motor de su escritura literaria, la que se nutre de sus vivencias, de los paisajes en los que creció y de las personas con las que se relacionó, sobre todo de los cholos e indígenas pobres, aquellas «minorías» que en buena parte de Latinoamérica son mayoría. La narrativa de Ciro Alegría corresponde al verosímil realista, específicamente a un realismo social. Carlos García Bedoya (2009) inscribe la obra de Alegría en la literatura regionalista hispanoamericana, novela de la tierra o mundonovista. En esta línea se destacan las novelas *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos; *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes y *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, publicadas antes que las de Alegría. En cambio, Cedomil Goic (1992) plantea que este continuismo es aparente, diferencia que el crítico funda en una perspectiva interiorizada del narrador en el grupo humano ficcionalizado en su primera novela: los cholos de Calemar. Creo que, si bien existe continuidad en algunos aspectos, la obra de Alegría también se distancia de esa narrativa, lo que la ubica en un punto de inflexión entre el regionalismo y la novela transcultural, el neoindigenismo y el boom posteriores.

---

<sup>2</sup> Alegría, Ciro, 1976, p. 112.

García Bedoya (2009) reprocha la evaluación parricida de la novela de la tierra y de la obra de Alegría, por parte de algunos escritores del boom, quienes en su momento no entendieron su aporte a la narrativa posterior. Sin embargo, luego de la muerte de Alegría, en 1967, Mario Vargas Llosa reconoció el valor y la importancia de su obra, especialmente de *El mundo es ancho y ajeno*: «esta novela es [...] el punto de partida de la literatura narrativa moderna peruana y su autor nuestro primer novelista clásico»<sup>3</sup>.

El concepto de *heterogeneidad* acuñado por Antonio Cornejo Polar permite caracterizar y seguir profundizando en la obra de Alegría, no en el sentido de determinar si es o no heterogénea, sino de qué manera lo es. El devenir cultural de América Latina está signado por la heterogeneidad, pese a que la colonización española intentó homogeneizarla. Cuando ese proceso cultural se traduce en las formas de representación —estructura, discurso y los significados que comporta— estamos ante lo que Cornejo<sup>4</sup> denomina literaturas heterogéneas, es decir, aquellas que nacen de la intersección conflictiva de dos o más universos socioculturales que se infiltran en las distintas instancias del texto, especialmente en la literatura indigenista: «Caracteriza a las literaturas heterogéneas la duplicidad de los signos socioculturales de su proceso productivo: se trata, en síntesis, de un proceso que tiene, por lo menos, un elemento que no coincide con la filiación de los otros y crea, necesariamente, una zona de ambigüedad y conflicto»<sup>5</sup>.

Conocer la vida del autor, así como leer y analizar su producción, ofrece la posibilidad de descubrir aristas de interés para entender con mayor amplitud histórica al escritor y su obra, y para nutrir nuestra experiencia y comprensión del espacio-tiempo que habitamos.

<sup>3</sup> García Bedoya, en línea, párr. 1.

<sup>4</sup> Cornejo Polar, 1978, 1994.

<sup>5</sup> Cornejo Polar, 1978, pp. 7-8.





Ciro Alegría

## DE LOS PALOS Y DE LA SUERTE

Ciro Alegría llega a Chile el 7 de diciembre de 1934, deportado por el gobierno del entonces presidente del Perú, Óscar Benavides, después de ser encarcelado en tres ocasiones. También exiliado, le acompaña en este viaje el escritor y correligionario Luis Alberto Sánchez. Alegría decía que había llegado el día que mataron al poeta José Santos Chocano, destacado modernista peruano autoexiliado en Chile. Arturo Alessandri Palma era presidente del país en su segundo periodo y se gestaba el Frente Popular, que aglutinaba a partidos de izquierda y de centro, y que llevaría a Pedro Aguirre Cerda a la presidencia en 1938.

Los primeros meses de Ciro Alegría en Chile fueron muy difíciles. En marzo de 1935 contrae matrimonio con Rosario Amézquita, quien lo había visitado en sus días de presidio en Perú, y con quien tendrá dos hijos chilenos. Busca trabajo como periodista, pero no lo contratan en ningún medio. Por esta razón decide pedir ayuda económica a sus familiares y a sus amigos de Perú: «Jara Letelier, Edwards Matte, etc., no me dieron nada»<sup>6</sup>, escribe en carta enviada a su tía Ofelia. También intercambia correspondencia con Manuel Seoane, segunda figura del APRA, con quien mantendrá amistad

<sup>6</sup> Alegría, Ciro, 1976, p. 160.

toda la vida: «Yo lo que quiero es salir de aquí, pues hasta ahora no veo en qué pueda trabajar para poder vivir»<sup>7</sup>. A pesar de las penurias, reconoce con sorpresa «la extensa cultura, el buen juicio y el pensamiento constructivo de la juventud»<sup>8</sup>, lo que el escritor atribuye a la calidad de la educación y a la orientación humanista legada por Andrés Bello.

Meses después logra que algunos de sus cuentos sean publicados en el suplemento de literatura del diario *La Crítica* de Buenos Aires, por los cuales recibía 50 nacionales, con los que sobrevivía en Chile. Es a este diario al que decide enviar su cuento «La balsa», que rechazan por ser demasiado extenso: tenía 50 páginas y el suplemento solo publicaba relatos de 10 páginas. Luego de su frustración, releo el cuento y decide transformarlo en novela: «[...] ampliando escenas y aumentando el texto con narraciones de mi padre y asuntos de mi propia experiencia. Nací cerca de Sartín y he recorrido la zona desde Shicún hasta Jecumby, donde el río había surgido con una fuerza avasallante. Se llamaba, por eso, *Marañón*»<sup>9</sup>.

Presenta su libro a dos editoriales, pero lo rechazan sin siquiera leerlo, lo que él atribuye a su juventud, estatura y forma de vestir. Una mañana se entera por un diario del concurso literario que realiza la Sociedad de Escritores de Chile junto a la editorial Nascimento. Decide participar con su novela *Marañón*, la que amplía a doscientas páginas para cumplir con la extensión. Le cambia el título por *La serpiente de oro*, ya que el original era relativamente conocido y la presenta con el seudónimo Fausto. La novela gana el primer lugar y es bien recibida por la crítica.

Alegría es invitado a formar parte del directorio de la Sociedad de Escritores de Chile. En ella se relaciona con otros escritores y se vuelve cercano a Alberto Hernández Cata y a Manuel Rojas, de quien escribirá elogiosamente: «Es uno de los pocos escritores de origen proletario que ha producido América Latina [...] Además de escritor notable, Rojas es hombre de corazón bien puesto»<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> Alegría, Ciro, 1976, p. 161.

<sup>8</sup> Alegría, Ciro, 1976, p. 161.

<sup>9</sup> Alegría, Ciro, 1976, p. 164.

<sup>10</sup> Alegría, Ciro, 1976, p. 172.

Su novela sale a la luz a fines de 1935. Decide enviar seis ejemplares a escritores que admiraba, entre ellos, el mexicano Alfonso Reyes, quien le escribió: «No es de todos los días el encontrarse con escritores nuevos de tanta fibra y tanto talento»<sup>11</sup>. Alegría consigna que el hispanista germano Neuendorff tradujo la obra al alemán a fin de publicarla, pero no pudo porque fue censurada por el régimen nazi debido a que trata de «cholos y de cholos descritos sin desdén»<sup>12</sup>. La censura en tal contexto habla a favor de la obra en términos éticos, ayer y hoy. De todas formas, el libro se publicó en Alemania Oriental, después de la guerra, con el título *Menschen am Marañón*.

Entretanto, Alegría había entablado amistad con el escritor argentino Enrique Espinoza, a quien consideraba un hombre de vasta cultura y con el que solía tener largas conversaciones que, como él diría, eran una tregua en su vida. En 1936 comienza a trabajar como corrector de textos originales en la editorial Ercilla. Gracias a este trabajo lee dos obras inéditas del escritor peruano Enrique López Albuja, *Nuevos cuentos andinos* y *El hechizo de Tamayquichua*, cuyo indigenismo alienta su escritura por esta senda. En ese mismo año contrae nuevamente una de sus ya reiteradas gripes, la que se complica y le provoca una tuberculosis.

En 1938, Alegría se enferma otra vez de gravedad: se le declara una pleuresía, por la que es operado en el Sanatorio San José de Maipo, donde permanece un tiempo en estado de coma. Cuando despierta, se siente confundido y medio ciego. Recuerda «haber visto a los hombres como en un espejo de risa»<sup>13</sup>, aunque, obviamente, estar en esas condiciones no le provocaba risa. También siente la mitad de su cuerpo paralizado, presenta pérdida parcial de la memoria y serias dificultades para escribir. Como terapia, el médico le sugiere escribir para recuperar paulatinamente la movilidad de sus manos y la agilidad de su memoria. Así fue.

Una noche, estando hospitalizado, escucha aullar a unos perros encerrados en la caseta del sanatorio. Esto le evoca la sequía que se

<sup>11</sup> Alegría, Ciro, 1976, p. 170.

<sup>12</sup> Alegría, Ciro, 1976, p. 397.

<sup>13</sup> Alegría, Ciro, 1976, p. 181.

vivió en la sierra norte de Perú, cuando tenía entre cuatro o cinco años. También rememora los relatos de su abuela Juana, quien le contaba de otros periodos de hambruna que hubo en el país. Todo ello le hizo recordar un cuento que había escrito tiempo atrás: «Los perros hambrientos». En ese momento decide escribir una novela a partir de dicho texto. Cuando estuvo terminada, y habiendo dejado el sanatorio, decide participar en el concurso literario de la editorial Zig-Zag para novelas, en el que obtendrá el segundo lugar. Si bien el resultado le es satisfactorio, genera una seria controversia, porque hubo quienes consideraron que debió recibir el primer lugar. Después escribirá que *Los perros hambrientos* «nacieron de la lucha por la vida en un sentido estrictamente biológico»<sup>14</sup>. Por lo tanto, la obra surge de un vínculo entre la sobrevivencia del escritor, la de los perros y de los campesinos del Perú andino que viven en su memoria.

1939 parecía ser un mejor año para Ciro Alegría y su familia: *La serpiente de oro* es traducida al inglés y se publican *Los perros hambrientos*. Pero las dificultades económicas continúan debido a su frágil estado de salud, a la inestabilidad laboral y a los derechos de autor no reconocidos. Varias recaídas lo llevan de regreso al sanatorio. En 1940 su vida da un giro, cuando su amigo Enrique Espinoza le lleva las bases del Concurso Latinoamericano de Novela convocado por la editorial Farrar and Rinehart de Nueva York, que se realiza en dos etapas: la primera en Chile y la última en Estados Unidos. El jurado estadounidense estaba compuesto por Blair Nilles, Ernesto Montenegro y John Dos Passos. Pero sus problemas económicos le impiden dedicarse exclusivamente a la literatura. Aunque Ciro Alegría seguía escribiendo artículos para revistas, vendiendo sus cuentos, corrigiendo pruebas y textos originales de otros escritores y traduciendo, no logra tener estabilidad económica. Además, con todo el trabajo que realiza, poco tiempo queda para su novela. Entonces, un grupo de amigos encabezados por Federico Chávez decide ayudarlo económicamente, otorgándole una beca para que pudiera escribir tranquilo. Los otros amigos del grupo eran Otto Hoffman, Franz Hoffman, Carlos Van Eyweik, Mauricio

---

<sup>14</sup> Alegría, Ciro, 1976, p. 181.

Prado, Emilio Prado, Gustavo Molina, Óscar Avendaño y Federico Mekis, todos conocedores de la obra del escritor peruano. A medida que va avanzando en el trabajo, Alegría entrega páginas a Enrique Espinoza para conocer su opinión: «Cambiar algunas palabras, corregir algunos párrafos»<sup>15</sup> estarían dentro de sus sugerencias. Por esos días, también recibe la visita de Manuel Rojas, cuyo apoyo lo anima muchísimo. El producto de ese esfuerzo se titula *El mundo es ancho y ajeno*.

La novela de Ciro Alegría fue seleccionada para ser enviada a Estados Unidos, junto a otros 20 escritores que participaron del concurso. En febrero de 1941 recibe la gran noticia: su obra había obtenido el primer lugar. Como premio, 2.500 dólares más un viaje con todos los gastos pagados a ese país. Atrás quedaban los años de pobreza en Chile y las persecuciones políticas en Perú que debilitaron su salud, pero no su talento. Para entonces, decide radicarse en Estados Unidos, donde dicta charlas sobre literatura y da clases de español. En este país entablará amistad con Gabriela Mistral y Waldo Frank. A fines de ese año, su novela es traducida al inglés y ocupa el cuarto lugar entre los libros más leídos por los estadounidenses.

Alegría fue un temprano conocedor y admirador de la obra de Mistral. Cuando aún era un adolescente, publica el poema «La maestra rural» en un periódico estudiantil. Ya en Chile, el encuentro entre Ciro Alegría y Gabriela Mistral se dilata por diversos motivos. Luego de publicar *Los perros hambrientos*, el escritor le hace llegar un ejemplar a la poeta, el que ella agradece en una nota; pero el comentario que le promete no llega. Esto le produce cierto resquemor. Años después, gracias al poeta y diplomático Fausto Soto, Alegría se entera de que Mistral apreciaba su obra. Estando Alegría radicado en Nueva York con su segunda esposa, Ligya Marchand, recibe una carta en la que la nobel lo invita a visitarla en Santa Bárbara, California, donde ella vivía con Consuelo Saleva en 1947.

Tal encuentro fue el inicio de una amistad que se prolongaría hasta la muerte de Mistral y que lo motivaría a escribir una biografía

<sup>15</sup> Alegría, Ciro, 1976, p. 189.

testimonial: *Gabriela Mistral íntima*. En este libro el autor señala: «Diré lo que conozco de ella por mí, cómo ha sido nuestra amistad. Trataré que no se entrometan las lágrimas y silenciaré algunas cosas que malentenderían los necios»<sup>16</sup>. Alegría dice que Gabriela no era dada a las zalamerías ni a compartir la intimidad de su casa con personas que no fueran de su agrado, por lo que su invitación a quedarse más tiempo y su intento de que el escritor fuera a vivir a California evidencian la gran estima que Alegría le despertó. Ella encuentra en él un espíritu similar al suyo, lo que atribuye a su origen andino común. Lo llama «mi hermano andino» y «mi peruano». En carta que Mistral le envía, le habla del descubrimiento de esta fraternidad al leer *Los perros hambrientos*: «Eso es el valle de Elqui —en el ambiente—, pero en todo él, y no digamos en los adentros de cada uno. Lo cual quiere decir que nosotros somos ‘paisanos’ no en el Perú sino... en los Andes»<sup>17</sup>. Mistral percibe una identidad común por las semejanzas con la vida en el valle de Elqui. Así como a Alegría se le graban intensamente los paisajes y las hablas de su infancia y juventud, a Mistral la acompaña toda su vida el valle donde creció.



Ciro Alegría, Gabriela Mistral y Margaritte Peterson en Santa Bárbara, 1947

<sup>16</sup> Alegría, *Ciro*, 1989, p. 31.

<sup>17</sup> Alegría, *Ciro*, 1989, p. 130.

La valoración del mestizaje y de los pueblos indígenas es una preocupación común. Alegría recuerda que, cuando se conocieron, Mistral se presentó diciendo: «Ciro, yo soy india». La impresión de él no la contradice: «Su rostro, pese a los ojos verdes, me hizo recordar el de las indias que acunaron mi infancia»<sup>18</sup>. En su evocación, el escritor encomia en ella la asunción de una identidad indígena: «Es como comenzar la reivindicación, dentro del propio ser, de cuanto los demás quieren oprimir»<sup>19</sup>. El interés de Mistral por los pueblos originarios se aprecia ya en su segundo libro, *Ternura*, con el poema «Canción quechua». La vena indígena adquiere en *Tala* una dimensión profunda y personalísima, mientras que en *Poema de Chile* es materia esencial para configurar una identidad transgresora del imaginario nacional militarista y patrioter, una identidad diversa y solidaria que hermana a los pueblos quechua y mapuche. No obstante, su relación con las culturas indígenas no estuvo libre de conflictos en lo personal y en lo social, como es posible apreciar en sus textos, especialmente ensayísticos, y como el propio Alegría testimonia: «En su ser pugnaban los elementos indígenas e hispánicos de modo tenaz»<sup>20</sup>. Ciro Alegría tampoco es ajeno a esa tensión cultural, aunque de distinta manera, lo que refleja las problemáticas de intelectuales y escritores con respecto a la identidad y las relaciones interculturales en América Latina.

Alegría y Mistral coincidían en el compromiso político y social que trascendió su adscripción a una ideología partidista. La empatía y la solidaridad nacían de la experiencia y de la sensibilidad ante las flagrantes injusticias. De ahí que César Miró atribuya la inmediata simpatía entre ambos a la impresión que le causó la obra del peruano: «Alegría acababa de recoger en su recia obra esa realidad del mundo americano que la escritora chilena advertía en su llaga y en su harapo»<sup>21</sup>.

<sup>18</sup> Alegría, Ciro, 1989, p. 39.

<sup>19</sup> Alegría, Ciro, 1989, p. 41.

<sup>20</sup> Alegría, Ciro, 1989, p. 47.

<sup>21</sup> Alegría, Ciro, 1989, p. 24.

*LA SERPIENTE DE ORO*

*La serpiente de oro* es la primera novela que Ciro Alegría escribe en Chile. Ella emerge como el mismo río Marañón y el mundo natural y humano al que da vida, pues el texto crece desde un cuento («La balsa») a una novela en que fluyen diversas historias, con distintas voces. Al leer la novela, participamos del escenario a través de las vívidas descripciones de la selva, de la vegetación y de los animales. La obra es exaltación y reafirmación de la vida mediada por la supervivencia, la que también constituye denuncia social.

La novela presenta una galería de personajes cuyos protagonistas son los balseros de Calemar: los que lo fueron y los jóvenes, por los que el autor transmite su admiración y respeto. Por esto Siebenmann (1980) califica a *La serpiente de oro* como «novela cholista». Matías, un viejo balsero retirado del oficio representa la experiencia, la sabiduría y la tradición oral, que transmite a través de relatos, dichos y refranes. Sus hijos, Arturo y Rogelio, representan el ímpetu, la habilidad, la laboriosidad y la nobleza de estos hombres, aunque con diferencias importantes entre ambos. Arturo se perfila como un sujeto superior porque su prudencia le hace ponderar el riesgo, lo que resulta crucial para sobrevivir. En cambio, el impulso temerario y jactancioso de Rogelio lo lleva a la muerte en el río. Si bien estos personajes tienen características individuales, prevalecen las comunes, por lo que también constituyen un personaje colectivo. En ellos el autor cifra la relación que se teje entre los habitantes y el río.

Los demás personajes, especialmente las mujeres, pasan a segundo plano. La perspectiva es predominantemente masculina, al igual que el mundo representado, que refleja características de las sociedades patriarcales, como el valor de las mujeres por su fertilidad. Así, el narrador transmite el pensamiento de Arturo al pensar en su hijo con Lucinda: «Él los unió a firme porque ¿de qué valdría una mujer machorra?»<sup>22</sup>. La condición desventajada de las mujeres empeora a razón de clase y etnia en la relación con los que

<sup>22</sup> Alegría, Ciro, 1982, p. 11.



detentan privilegios en la escala social. Esto se evidencia en el talante dominador del ingeniero y en el trato diferente para las mujeres de su clase y las cholos. Si bien se observan algunos atisbos de una mirada crítica de ciertos comportamientos machistas, el autor no puede sustraerse al sexismo que impregna la cultura.



Primera edición de *La serpiente de oro*

Los guardias civiles, el hacendado, el ingeniero y el cura representan distintas formas de poder que sacan partido de los indígenas y de los cholos de Calemar. En el caso del ingeniero, su actitud de superioridad desafiante, jactancia y ambición son castigadas finalmente, pues el conocimiento científico que esgrime poco le vale en un medio que le resulta hostil, que subestima y que lo llevará finalmente a la muerte.

El río es un motivo recurrente que actúa como eje temático y como símbolo de la vida que alberga, imprimiendo cierto carácter a los vallinos: «El hombre es igual al río, profundo y con sus reveses [...], pero voluntarioso siempre»<sup>23</sup>. El río entraña la dualidad vida-muerte que se asume como destino, como dos caras de una misma moneda: «Aquí es bello existir. Aquí hasta la muerte alienta vida»<sup>24</sup>. De ahí el título de la novela, que alude al río Marañón por

<sup>23</sup> Alegria, Cirio, 1982, p. 42.

<sup>24</sup> Alegria, Cirio, 1982, p. 4.

el aspecto sinuoso y amarillo con que se ve de la altura, así como por el oro que contiene. Los habitantes no intentan domoñar a la naturaleza, sino vivir en armonía con ella y sortear los escollos para sobrevivir. La novela también recoge el tópico de la *vita flumen*, en que la vida se compara con un río, cuyo curso va hacia la muerte, en la que nos igualamos<sup>25</sup>.

Lo agonístico de la novela radica en una buena lid entre el ser humano y la naturaleza, lo que le otorga un carácter épico. Sin embargo, también está presente la crítica social, reflejada en la denuncia de la explotación por parte de los hacendados, la discriminación social y etnocultural, el abandono y el centralismo del gobierno, la corrupción de la guardia civil y la hipocresía de la curia.

*La serpiente de oro* introduce una inflexión con respecto a la literatura latinoamericana criollista e indigenista anterior e incluso coetánea, pues subvierte el mito del progreso y de la superioridad de la sociedad occidental sobre la de los pueblos originarios de América. La ironía con la que el narrador describe al ingeniero y mediatiza su pensamiento dan cuenta de ello: «El ingeniero ríe con toda su civilización y su gramática parda. Ya le habían dicho que esos indios son unos estúpidos, pero también llegarán buenos tiempos para ellos»<sup>26</sup>. El desfonde de la doctrina sarmientina de la civilización versus barbarie y la desmitificación de la civilización, que Pérez Blanco (1982) atribuye a *El mundo es ancho y ajeno*, ya está presente en la primera novela de Alegría. Al respecto, Cornejo Polar advierte: «Frente al heroísmo cotidiano de los balseros, uniformemente ensalzado a lo largo de la novela, la gloria de los pioneros, de los portadores del ‘progreso’ y de la civilización termina por desdibujarse y perderse»<sup>27</sup>.

El discurso se caracteriza por la presencia de distintos narradores: un narrador testigo, Lucas Vilca, que cuenta en primera persona

<sup>25</sup> Esto bien lo expresan las «Coplas por la muerte de su padre», de Jorge Manrique, de fines del siglo xv: «Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar en la mar,/ que es el morir:/ allí van los señorías,/ derechos a acabar/ y consumir;/ allí los ríos caudales,/ allí los otros medianos/ y más chicos;/ y llegados, son iguales/ los que viven por sus manos/ y los ricos».

<sup>26</sup> Pérez Blanco, Lucrecio, 1982, p. 99.

<sup>27</sup> Cornejo Polar, Antonio, 1980, p. 63.

plural y primera persona singular; y un narrador omnisciente, en tercera persona, que por momentos da la palabra a personajes que narran en situaciones de diálogo. Sin embargo, la crítica difiere con respecto a si existe un narrador omnisciente o esa voz corresponde a la de Lucas. La ambigüedad puede producirse porque tanto el narrador omnisciente como Lucas-narrador adoptan un registro culto formal, en cambio, en los diálogos, Lucas y los demás personajes adoptan un registro informal, asimilado a su variedad dialectal, es decir, hablan como los cholos de la selva. El doble registro de Lucas no deja de resultar extraño. El discurso fluctúa entre los estilos indirecto, directo e indirecto libre. El autor opta por imitar el habla de los personajes según su dialecto en lo fonético, morfosintáctico y léxico, con lo que apreciamos diferencias lingüísticas, culturales y sociales de los personajes según su procedencia: hacendado, ingeniero de Lima, cholos balseros e indígenas. El aspecto discursivo y cultural se enriquece con las canciones populares, las payas, las leyendas y los refranes. Según Velázquez (2007), «nunca antes se había planteado con tanta rigurosidad la problemática representación de la voz de los otros. El texto nos adentra en la selva de las hablas regionales»<sup>28</sup>.

El lenguaje de los diálogos contrasta con el refinamiento modernista del discurso del narrador, en que destacan los cuadros detallistas con abundante adjetivación, imágenes con metáforas, comparaciones y personificaciones, especialmente en las descripciones de la naturaleza: «Los árboles se abrazan», «la aurora llegará a besar la aldea con su amplio beso de luz». Los seres humanos se asimilan a la naturaleza y esta parece una extensión de los personajes: «Arturo es como el río o el río es como el Arturo»<sup>29</sup>.

El cuento del Diablo, que relata don Matías en el último capítulo del libro, reafirma la actitud de resistencia frente a la vida y a las adversidades. El Diablo, que vendía males, esparce el desaliento porque nadie quería comprarlo por considerarlo poca cosa. Don Matías termina su relato con una exhortación: «Cristianos e Calemar: quel

<sup>28</sup> Velázquez, Marcel, en línea, párr. 12.

<sup>29</sup> Alegría, Ciro, 1982, p. 22.

desaliento nuempuñe nunca nuestro corazón» [sic]<sup>30</sup>. Lucas Vilca hace suya esta idea en su discurso, en las palabras con que cierra su relato: «Si morimos, ¿qué más da? Hemos nacido aquí y sentimos en nuestras venas el violento y magnífico impulso de la tierra. En la floresta canta el viento un himno a la existencia ubérrima. El río ruge contra nuestro afirmativo destino»<sup>31</sup>.

El padre de *Ciro Alegría*, a solicitud de este, le comenta la novela en una carta. En ella repara en que los cholos distan de los verdaderos: «Tú has hecho un *Calemar* a tu gusto, tal cual quisieras que fueran todos los lugares ribereños del Marañón; has hecho un *Calemar* ideal, con hombres fuertes, sanos, robustos, avezados al peligro [...] Y cuán distinta es la realidad»<sup>32</sup>. Esto nos revela que los habitantes de esas tierras insuflaron en el autor un espíritu que se transformó en postulado que atraviesa la novela a nivel de historia y discurso. El autor reelabora y representa la realidad en un acto creativo en que convergen el pasado, el presente y la proyección de futuro. La afirmación de vida no solo se traduce en lucha, sino también en celebración del goce de los sentidos en las manifestaciones más atávicas, como ocurre en el capítulo «Fiesta»: «Comamos, bebamos y bailemos simple y rudamente [...] Nuestros dolores y nuestras alegrías giran ahora hechas una sola euforia de ebriedad y de danza»<sup>33</sup>. De esta manera, *Ciro Alegría* crea un mundo ficcional impresionista inspirado en la realidad conocida en parte por vivencias y en parte por relatos contados por su padre y por lugareños, pero interpretados a partir de su experiencia personal, de su visión política y de su situación de vida en Chile, cuando luchaba por subsistir.

<sup>30</sup> Alegría, *Ciro*, 1982, p. 89.

<sup>31</sup> Alegría, *Ciro*, 1982, p. 92.

<sup>32</sup> Alegría, *Ciro*, 1976, p. 179.

<sup>33</sup> Alegría, *Ciro*, 1982, p. 142.

*LOS PERROS HAMBRIENTOS*

La novela continúa la celebración de la vida de *La serpiente de oro*, como la contracara del lamento por la subsistencia ante la inclemencia de la hambruna que produce la sequía y la pobreza que afecta a los campesinos y a los perros de la sierra peruana, personajes principales. La intensidad de los hechos contrasta con el estoicismo de los personajes y la naturaleza extiende el sentimiento humano: «Las noches parecían interminables. Nunca fueron tan negras, nunca tan hondas»<sup>34</sup>. El narrador transmite su percepción sobre la actitud ante la vida del campesinado andino, la que es buena en tanto la tierra es fecunda. Por lo tanto, pese a la catástrofe y a la tragedia que ocasiona, el final de la historia no es trágico, pues, cuando llega por fin la lluvia, se renueva la vida, y con la vuelta a casa de la perra Wanka se recobra la armonía de la triada naturaleza-animal-ser humano.

La mayoría de los capítulos en que se estructura la novela tiene como referentes a los perros. El primer capítulo, «Perros tras el ganado», introduce el escenario geográfico en que ocurre la acción y una de las actividades de sus habitantes y de los perros: el pastoreo de animales. La manera en que Antuca, niña pastora, interactúa con los perros, nos sumerge en la dinámica animal-humano que atraviesa la novela y de la que se desprenden otros temas. Los perros colaboran en el pastoreo, protegen ante los peligros, acompañan y dan abrigo en la soledad y el frío de la puna. La convivencia constante crea un vínculo no solo pragmático basado en el mutuo beneficio, sino también afectivo: Antuca los acaricia y les habla con cariño. Existe una especial comunicación y entendimiento, hasta lo que es posible por las semejanzas y diferencias entre la especie canina y la humana: «Los perros la entendían por señas, y acaso por las breves palabras con las que mandaba ir de un lado a otro»<sup>35</sup>; «El perro, comprendiéndola, movía la cola coposa y reía también con los vivaces ojos»<sup>36</sup>.

<sup>34</sup> Alegría, Ciro, 1993, p. 318.

<sup>35</sup> Alegría, Ciro, 1993, p. 10.

<sup>36</sup> Alegría, Ciro, 1993, p. 13.

El gran acierto de la novela consiste en la forma en que *Ciro Alegría* consigue configurar a los perros como personajes sin abandonar un verosímil realista: sin necesidad de dotarlos de habla ni pensamiento equivalente al de seres humanos. Si bien por momentos el narrador omnisciente cuenta desde la perspectiva de los perros, la emoción o el pensamiento que transmite corresponden a la experiencia de vida como animales domésticos. El narrador traduce su lenguaje de forma tal que los perros resultan perfectamente verosímiles como animales, a la vez que profundamente expresivos como personajes. El perro no asume una voz como narrador. Un recurso es el estilo indirecto libre, con que se funde el pensamiento del personaje con el discurso del narrador, como cuando Gueso intenta liberarse de su atadura: «El hombre era duro y la cuerda sólida. Aunque no, quizá mordiéndola tenazmente, royéndola, destrozándola»<sup>37</sup>. El extrañamiento del mundo también ofrece la ilusión de transmitir el punto de vista del perro, como cuando el narrador se refiere al rifle como «tubo llameante y detonante». En el plano de la historia, muchas son las situaciones en que actúan los perros y que la fina sensibilidad del autor capta y ficcionaliza.



Primera edición de *Los perros hambrientos*

<sup>37</sup> Alegría, *Ciro*, 1993, p. 137.

Las historias de los perros tienen interés y valor en sí mismas, aunque también adquieren sentidos simbólicos en relación con la vida de los habitantes. La analogía entre los perros y los campesinos de la sierra peruana tiene tal fuerza porque surge de la condición real de los perros, quienes comparten con mujeres y hombres un mismo destino de supervivencia. Los perros hambrientos son los cholos e indígenas, como lo explicita el cholo Simón casi al final de la novela, cuando los indígenas de la extinguida comunidad de Huaira, desesperados por la hambruna, van a pedir comida a la casa-hacienda. Luego de la negativa, Simón le recrimina al hacendado: «Nosotros sí que somos los perros hambrientos»<sup>38</sup>.

La armonía de la relación animal-humano empieza a romperse cuando Gueso es robado por un cuatrero y es obligado a obedecer con el látigo: «Descubrió que era terco e implacable el hombre»<sup>39</sup>. La vida de los perros se vuelve más difícil cuanto más se le complica a las personas por causa de la sequía y de la consecuente hambruna. Los perros de Simón y de Antuca son expulsados de la familia por comerse una oveja, y se convierten en perros vagabundos librados a su suerte; otros mueren en las trampas que les ponen para que no se coman los choclos. Los perros quedan en mejor pie que los humanos desde la axiología del texto, pues adoptan comportamientos más nobles. Gueso muere defendiendo al amo que lo violentó y Wanka vuelve a la casa de Simón a pesar de que la había expulsado. La mayor nobleza del humano la encarna el niño Damián, quien acompaña a su perro cuando queda herido luego de que alguien les roba el caballo. Posteriormente, será el perro quien acompañe al niño en su agónica caminata y defienda su cadáver de las aves carroñeras, en una escena desgarradora.

Efectivamente, los perros, como los cholos, también son mestizos: «¿Raza? No hablemos de ella. Tan mezclada como la del hombre peruano. Ancestros peruanos y nativos se mezclan en Wanka y Zambo tal como en Simón Robles y toda la gente atravesada de esos lados»<sup>40</sup>. La analogía se completa con la marcada diferencia con los

<sup>38</sup> Alegría, Ciro, 1993, p. 432.

<sup>39</sup> Alegría, Ciro, 1993, p. 134.

<sup>40</sup> Alegría, Ciro, 1993, p. 38.

perros de los hacendados: «gente blanca, grandes paredes y enormes perros de pelo chico, ladrido bronco y tremendas mandíbulas»<sup>41</sup>.

También encontramos crítica social a la política de reclutamiento forzado, como se relata cuando se llevan al cholo Mateo, ante la impotencia y tristeza de su esposa Martina, su hijo Damián y su perro. Ellos no comprenden bien de qué se trata ni dónde se lo llevan, con lo que la obra configura al campesinado andino arraigado al terruño, al paisaje con el que convive. Poco o nada le dicen la patria y la nación y las consignas asociadas a ellas.

Así como hay continuidad, la obra también adelanta el indigenismo ligado al problema de la tierra, que se profundizará en *El mundo es ancho y ajeno*, novela en ciernes en el capítulo 11, «Un pequeño lugar en el mundo», que cuenta la llegada de 50 personas de la comunidad indígena de Huaira, un *ayllu* desde tiempos incaicos, del que son expulsados por el hacendado Juvencio Rosas. En el diálogo entre el huairino Mashe y Simón se expresa la impotencia ante el latifundismo y el gamonalismo, cuyas estructuras de dominación subyugan al campesinado pobre, como lo hiciera ver Carlos Mariátegui (1955).

—Y es así como hemos llegao [sic] a mendigar un pequeño lugar, más que seya [sic] un sitio chico en la grande tierra...

Y el Simón dijo:

—Qué me dirá onde [sic] mí... Güenas leguas tenía sobre yo cuando llegué pacá... Yesto tamién nues mío, nues e nosotros [sic] que lo sembramos. Uno busca su pequeño sitio en el mundo y nuay, o se lo dan presta... [sic] Yes solamente un pequeño, un pequeño lugar en el mundo...<sup>42</sup>.

La novela *Los perros hambrientos* cobra actualidad en un contexto en que asistimos, a nivel planetario, a una debacle por el antropocentrismo obtuso. Por lo mismo, se presta mayor atención a los lenguajes de los animales e incluso de las plantas, también a sus formas de habitar el mundo. Sabemos que la sequía es, en gran medida, resultado de la acción del ser humano, y que golpea más

<sup>41</sup> Alegría, Ciro, 1993, p. 36.

<sup>42</sup> Alegría, Ciro, 1993, p. 290.



fuerte a los países más desventajados en el mapa geopolítico y a las personas más pobres, entre los que se cuenta la mayor parte de la población indígena.

Con el estallido social ocurrido en Chile el año 2019 surgieron algunas figuras que se enarbolaron como símbolos de resistencia. Una de ellas no fue ni política ni intelectual, fue un perro: el Negro Matapacos, un mestizo, un huacho, un *huairapamuschca*. Aquel fiel compañero de los estudiantes en las protestas trascendió las fronteras nacionales. Muchos son los perros hambrientos en América Latina que padecen la «sequía de justicia» que narra con crudeza y ternura la novela de Ciro Alegría.

### *EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO*

La narración en la novela indigenista es reveladora de la problemática social y cultural de Perú<sup>43</sup>. Vivir en un territorio heterogéneo racial, lingüística y culturalmente, con un proceso de mestizaje irregular y conflictivo, obliga a generar estrategias de escritura para moverse entre mundos disímiles. El recurso, el artificio que entraña un proceso de ‘traducción’ del mundo indígena, en alguna medida traiciona el intento de representarlo, pero también permite experimentar modos de acercamiento a lo marginado<sup>44</sup>.

La comunidad altiplánica de Rumi padece los abusos de los latifundistas y de la milicia, y enfrenta las inclemencias de la naturaleza sin apoyo del gobierno. Lo que desata el conflicto de la narración es el empeño del latifundista Amenábar por apoderarse de las tierras de los comuneros. Esto obligará a la comunidad a entrar en litigios con el hacendado, por lo que serán perseguidos, encarcelados y asesinados. La historia se abre con el presagio y finaliza con su cumplimiento. Rosendo Maqui, el alcalde de la comunidad de Rumi, asocia el mal augurio consigo mismo, con su mujer y con la comunidad. El primer cumplimiento (la muerte de la esposa) ocurre al final del primer capítulo y se trata en el segundo. Luego

<sup>43</sup> Mariátegui, Juan Carlos, 1955; Cornejo Polar, Antonio, 1980.

<sup>44</sup> Troncoso Araos, Ximena, 2005.

comienza el litigio de tierras, seguido por el despojo y, finalmente, la matanza. Entre estos dos últimos hechos ocurre el encarcelamiento y la muerte de Rosendo.

En *El mundo es ancho y ajeno*, el narrador, cuya visión corresponde a la del autor implícito, establece una distancia crítica entre las creencias de los indígenas y su propia forma de pensar, así como entre la realidad y su visión comprometida con la justicia social. El discurso del narrador obedece a una doble tentativa: mostrar el mundo indígena desde dentro, motivado por la compasión y la admiración, e interpretarlo para un lector no indígena. El narrador hace patente su racionalismo. El progreso implicaría el abandono de ciertas creencias que signifiquen una limitante y que son percibidas por el narrador como supersticiones: las brujerías de Nasha Suro y el encantamiento de la laguna Yanañahui.



Primera edición de *El mundo es ancho y ajeno*

El texto plasma la idea de que el progreso occidental es positivo, como en el caso del personaje Benito Castro, quien encarna al mestizo cultural. Benito sale de la comunidad y vuelve influenciado por la occidentalidad urbana. Significativamente, él no conoce a su padre;

es producto de una violación. Benito sabe leer y escribir, no cree en brujerías ni encantamientos, ni se viste como los indígenas. Él releva a Rosendo Maqui en la alcaldía y retoma el proyecto de escuela que Rosendo añoraba. Como señala Cornejo Polar, el narrador y Benito Castro asumen la necesidad de ajustarse a la modernidad: «Imaginada como un universo clausurado en su perfección natural, la comunidad indígena parece incapaz de desarrollarse históricamente por sí misma e incapaz también de responder con sus propias fuerzas al reto de nuevas y más hostiles condiciones sociales»<sup>45</sup>.

Aunque la novela plasma una visión progresista, esta se vuelve problemática al momento de observar sus estragos sociales, a diferencia de la relación armónica de la comunidad con el entorno. El pensamiento indígena, fundamentalmente analógico y animista, contagia en algunos momentos el discurso del narrador, como cuando describe a Rosendo Maqui. El lenguaje metafórico cobra una significación especial si lo entendemos relacionado con la vivencia indígena, concretamente con las correspondencias entre los seres humanos y la naturaleza, así como entre todas las cosas: «Gozaba viendo el nevado Urpillau, canoso y sabio, como un antiguo amauta; el arisco y violento Huarca, guerrero en perenne lucha con la niebla y el viento; el aristado Huilloc, en el cual un indio dormía eternamente de cara al cielo»<sup>46</sup>. Lo que da mayor valor estético a esta descripción es la consonancia entre el lenguaje metafórico utilizado y la propia visión que el personaje tiene de su entorno y de sí mismo. Los indígenas se perciben y viven ligados indefectiblemente a la naturaleza, con lo que son «un poco vegetal», «un poco piedra». El indígena no quiere imitar, deviene tales elementos por el modo de relacionarse con ellos. Aquí Alegría percibe un aspecto fundamental de lo indígena: se abandona lo humano como categoría superior, proyectándose hacia otras formas del ser que tienden a lo colectivo.

Rosendo Maqui y la comunidad de Rumi están traspasados por elementos cristianos, en un sincretismo religioso característico del devenir histórico de la mayoría de los pueblos originarios de

<sup>45</sup> Cornejo Polar, Antonio, 1980, p. 85.

<sup>46</sup> Alegría, Ciro, 1961, p. 24.

América Latina. Además, la representación y ficcionalización del mundo también son influenciadas por el acervo cultural cristiano del autor. Rosendo propone la huida de la comunidad a la puna, a la laguna Yanañahui, que viene a ser como una tierra prometida, en el sentido de concebirla como un lugar donde podrán trabajar la tierra dentro de su propio orden, libres del yugo del gamonal. Pero esa tierra prometida no es tal porque también se les niega. En el episodio de la partida se mezclan los elementos de los éxodos bíblicos. El remanente que busca un lugar para vivir como pueblo se transforma en un Cristo crucificado, al igual que los indígenas que se dispersan por el mundo ancho y ajeno: «El indio es un Cristo clavado en una cruz de abuso. ¡Ah, cruz maldita! ¡Ah, cruz que no se cansa de estirar los brazos!»<sup>47</sup>. Aunque se utiliza un marco bíblico que podría resultar ajeno a la configuración indígena, este funciona hábilmente substanciado y la favorece en cuanto asume algunos de sus aspectos liberadores, aquellos que tienen que ver con las fugas.

En el pasaje en que Rosendo Maqui está próximo a la muerte, después de la golpiza de que fue víctima a manos de los gendarmes de la cárcel, accedemos a una fuga imaginativa o espiritual del personaje, como complemento de la fuga física del Fiero Vásquez. En este momento conocemos el pensamiento, sentimientos y emociones del alcalde de Rumi en su estado de semiconciencia: el espíritu de Rosendo Maqui escapa de la cárcel y se traslada al espacio de la comunidad. Los personajes y el espacio rememorados configuran a la comunidad como el lugar ideal para vivir. Lo analógico trasciende la retórica y proyecta una forma de relación entre todo lo que habita el mundo conocido. El monte Rumi contiene un espíritu que se comunica, en las formas de las nubes pueden verse ovejas que avanzan por el cielo, el maizal luce barba, las espigas del trigo son haces de sol, las listas del poncho son semejantes a los surcos de la quinua...

Rosendo se acerca a lo vegetal: se le ha secado como a los troncos viejos el corazón, es como tronco yerto que no puede llorar. Esta imagen funciona a la vez como una metáfora de la

<sup>47</sup> Alegría, Ciro, 1961, p. 710.

situación de los indígenas. Finalmente, Rosendo desaparece como sujeto gramatical, al igual que Anselmo y Demetrio. No hay aquí sujeto gramatical que designe persona, en su lugar encontramos la flauta, la acequia, la quebrada, la bandada de pájaros. Lo musical se conecta con lo vegetal, lo animal y lo mineral, acercando así todas las materias.

Ya sabemos, con Cornejo Polar y Mariátegui, que existe diferencia entre lo indigenista y lo indígena, pero la escritura puede generar estrategias de acercamiento. La novela de Alegría exhibe movimientos de acercamiento y distanciamiento, de fugas y repliegues.

## CONCLUSIONES

Las tres obras de Ciro Alegría adoptan características que las ubican entre la narrativa regionalista, signada por el paradigma civilización versus barbarie, y la novela indigenista transcultural posterior, que tiene en José María Arguedas su mayor exponente, como bien lo muestra Ángel Rama (1987). La heterogeneidad de elementos culturales que se plasman en las obras de Alegría no llega a fusionarse, lo que exhibe una tensión. Efectivamente, esta tensión se evidencia en el discurso, con registros y variedades lingüísticas diferentes para las instancias del narrador y de los personajes. El narrador actúa como un traductor o mediador, a la vez que como intérprete que emite opiniones sobre lo narrado, en un castellano culto formal. Otra tensión se da a nivel de la historia, en los personajes y sus acciones, de acuerdo al lugar que ocupan en la sociedad. Este conflicto obedece al mundo que el autor se propone construir en relación con referentes contextuales reales y desde su visión y compromiso político-social. Sin embargo, la tensión no solo ocurre en la realidad representada, sino también en el propio autor, quien, en definitiva, no es una entidad abstracta sino un sujeto situado, es un latinoamericano, un peruano, un hombre que compartió junto a cholos e indígenas, que sintió el suelo de la celda y que supo de la pobreza y del exilio; también es un escritor, un profesional, un activista político, un sujeto inmerso en la ciudad letrada.

Si en las dos primeras novelas los protagonistas son los cholos, los mestizos por antonomasia, en *El mundo es ancho y ajeno* son los indígenas. No obstante, ambos experimentan la heterogeneidad cultural como fenómeno inevitable por el contacto cultural y las formas que los pueblos originarios pusieron en práctica para sobrevivir. En las obras de Alegría, en especial en *El mundo es ancho y ajeno*, se renueva críticamente la dicotomía civilización versus barbarie, reprobando la negación de lo indígena, superando la visión romántica piadosa y cuestionando la occidentalidad como bloque cultural intachable, aunque se rescata cierto progresismo, especialmente en la escuela como proveedora de conocimiento. Sin duda, es iluso pensar que los pueblos originarios debieran mantenerse inmutables, sin derecho a cambiar según sus propios intereses para convivir y resistir al mismo tiempo.

La vida y la obra de Alegría pueden apelarnos hoy, en un escenario mundial en que se renuevan los antagonismos y la intolerancia, en que la guerra, la guerrilla, la pobreza y los regímenes dictatoriales provocan desplazamientos masivos, en que a los más poderosos poco les importa la debacle ambiental. Nos apela en una América Latina en que campea la corrupción; en que la brecha entre los ricos y los pobres es mayor que antaño; en que los indígenas aún son estigmatizados y asesinados; en que los políticos, los grandes empresarios y la fuerza policial actúan en contubernio, en que las demandas legítimas se acallan con la bota policial y militar. Nos apela también con la porfía del ser humano por aferrarse a la vida, con la ternura de la compañía noble de los animales y de su saber estar en el mundo, con la sabiduría de los pueblos originarios para relacionarse con su entorno, con la escritura como forma de expresión, de denuncia y de comunión. Nos apela con la memoria que es dolor y regeneración, que es resistencia, la porfiada resistencia e insistencia en la vida y en una humanidad mejor.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEGRÍA, CIRO. *Los perros hambrientos*. Madrid: Alianza, 1993.
- , *Gabriela Mistral íntima*. Santiago: Antártica, 1989.
- , *La serpiente de oro*. Madrid: Alianza, 1982.
- , *Mucha suerte con harto palo: Memorias*. Buenos Aires: Losada, 1976.
- , *El mundo es ancho y ajeno*. Buenos Aires: Losada, 1961.
- CORNEJO POLAR, ANTONIO. *Escribir en el aire: Ensayo sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas*. Lima: Horizonte, 1994.
- , «La novela indigenista: una desgarrada conciencia de la historia», en *Lexis*, 1 Vol. IV, julio, pp. 77-89, 1980.
- , «El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto sociocultural», en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año IV, N° 7- 8, pp. 7-21, 1978.
- GARCÍA-BEDOYA, CARLOS. «La recepción crítica de la novelística de Ciro Alegría: una aproximación», en: *Letras*, 80, Vol. 115, pp. 27-37, 2011. Recuperado de <http://revista.letras.unmsm.edu.pe/index.php/le/article/view/151>
- GOIC, CEDOMIL. *La serpiente de oro: de Ciro Alegría. Los mitos degradados: ensayos de comprensión de la literatura hispanoamericana*. Holanda: Ediciones Rodopi B.V, pp. 191-198, 1992.
- MANRIQUE, JORGE. *Coplas por la muerte de su padre*. Madrid: Espasa-Calpe, 1981. Recuperado de [http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/obra-completa--0/html/ff6c9480-82b1-11df-acc7-002185ce6064\\_5.html#I\\_56\\_](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/obra-completa--0/html/ff6c9480-82b1-11df-acc7-002185ce6064_5.html#I_56_)
- MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Santiago: Universitaria, 1955.
- MIRÓ, CÉSAR. «Prólogo», *Gabriela Mistral íntima*. Santiago: Antártica, 1968.
- PÉREZ BLANCO, LUCRECIO. «Canto, drama y tragedia en la narrativa de Ciro Alegría», en *Boletín Millares Carlo III*, 5, pp. 9-38, 1982.
- RAMA, ÁNGEL. *Transculturación narrativa en América Latina*. Ciudad de México: Siglo XXI, 1987.
- SIEBENMANN, GUSTAVE. «La serpiente de oro, novela cholista», en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 9, Vol. 255, pp. 255-272, 1980. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/view/ALHI8080110255A>
- TRONCOSO ARAOS, XIMENA. «*El mundo es ancho y ajeno*, de Ciro Alegría: traducción y traición en la novela indigenista», en *Acta literaria*, 31, pp. 47-61, 2005. Recuperado de <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-68482005000200005>
- VARGAS LLOSA, MARIO. «Ciro Alegría según Mario Vargas Llosa», en *Caretas*, marzo 1967. Recuperado de <http://www.leeporgusto.com/ciro-alegria-segun-mario-vargas-llosa/>

VELÁZQUEZ CASTRO, MARCEL. «*La serpiente de oro: La naturaleza y el lenguaje*», Dominical, suplemento de diario *El comercio*, Lima, 28 de julio del 2007. Recuperado de <http://www.librosperuanos.com/autores/articulo/00000000126/La-serpiente-de-oro-La-naturaleza-y-el-lenguaje>



Ciro Alegría con el crítico literario Enrique Espinoza en La Cisterna, Santiago de Chile, 1940

(Fuente: *La sombra del cóndor de Dora Varona*)



Ciro Alegría entrega la Orden del Sol a Pablo Neruda promovida por la Asociación Nacional de Escritores y Artistas (ANEA), Municipalidad de Lima, julio de 1966 (Fuente: *La sombra del cóndor de Dora Varona*)



## CIRO ALEGRÍA: UN PUENTE HACIA LA MEMORIA



Ciro Alegría entrega la Orden del Sol a Pablo Neruda promovida por la Asociación Nacional de Escritores y Artistas (ANEA), Municipalidad de Lima, julio de 1966  
(Fuente: *La sombra del cóndor* de Dora Varona)



Reportaje a Ciro Alegría luego de haber obtenido el Premio de la Novela Americana con *El mundo es ancho y ajeno*  
(Fuente: Suplemento LEA, N° 259, 1941, Editora Zig-Zag)



Homenaje tributado a Ciro Alegria por los peruanos exiliados en Chile por la obtención del Premio Nascimento, Santiago de Chile, 1935 (Fuente: *La sombra del cóndor de Dora Varona*)



Artículo de Magda Portal sobre el Premio de Novela Americana obtenido por Ciro Alegria con *El mundo es ancho y ajeno* (Fuente: *Repertorio Americano*, N° 8, San José, 17 de mayo de 1941)





## 1.4 CIRO ALEGRÍA EN CHILE: LA EXPERIENCIA DEL EXILIO Y EL NACIMIENTO DE UN GRAN NOVELISTA

*Nécker Salazar Mejía*

*A Dora Varona, viuda de Alegría,  
y a Ciro Benjamín Alegría Varona.  
In memoriam.*

### INTRODUCCIÓN

El presente artículo estudia la experiencia del exilio de Ciro Alegría (1909-1967) en Chile, el proceso creador que el escritor desarrolla en dicho país durante su destierro y el ambiente cultural y literario en que se forjó su producción novelística, una de las mayores expresiones del ciclo de la narrativa de la tierra en Latinoamérica. Periodo decisivo en el destino de Alegría como escritor, dicha estadía lo sitúa en la escena literaria del circuito santiaguino y, en perspectiva, permite valorar el lazo entre la literatura peruana y chilena durante el siglo xx<sup>1</sup>.

Alegría, uno de los mayores escritores de la literatura peruana, vivió la dura experiencia del destierro al igual que otros escritores e intelectuales peruanos. Deportado a Chile en diciembre de 1934 por razones políticas, el escritor permaneció en Santiago hasta abril de 1941, cuando partió a Nueva York para recibir el Premio

---

<sup>1</sup> Alonso Cueto realiza una interesante aproximación a los vínculos entre los escritores peruanos y chilenos en los artículos «Amistades literarias», texto leído en un acto de reconocimiento al escritor Jorge Edwards en la Pontificia Universidad Católica del Perú en noviembre del 2009, y «Escritores peruanos y chilenos: asombros comunes», texto de la conferencia que dictó en la Universidad Diego Portales en abril del 2011.

de Novela Farrar & Rinehart. Durante los casi siete años de su estancia en Chile, Alegría desarrolló una importante labor creativa, escribiendo novelas, cuentos, poesías y artículos; mantuvo contacto con escritores peruanos que se encontraban también desterrados y participó de las redes literarias y culturales a través del estrecho vínculo que cultivó con escritores e intelectuales chilenos y de otras nacionalidades. Igualmente, alternó su trabajo de creación realizando traducciones para las editoriales Ercilla y Zig-Zag. Sus cuentos y colaboraciones se publicaron en periódicos y revistas de Santiago, Argentina, Perú, Cuba, Costa Rica y Estados Unidos.

Los años de Alegría en Santiago de Chile coinciden con el periodo de auge de su industria editorial, que, a través de editoriales como Nascimento, Ercilla y Zig-Zag, contribuyó a la creación de un importante foco cultural y literario en la escena de esos años. La célebre trilogía novelística de Alegría, conformada por *La serpiente de oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1939) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941), mereció reconocidos premios; en particular, su tercer libro lo convirtió en un escritor de fama internacional al ser elegido la mejor novela del continente americano. La experiencia del destierro brindó al escritor la oportunidad para afirmar su talento creador, que no cedió ante la enfermedad, además, el apoyo y la fraternidad de sus amistades fueron un estímulo en el proceso de escritura de sus novelas. El vínculo de Alegría con los escritores chilenos se renueva años más tarde en Estados Unidos, cuando conoce a Gabriela Mistral. Testimonio de esta amistad es el libro *Gabriela Mistral íntima* (1969), publicado póstumamente, en cuyas páginas el novelista nos brinda un retrato de la dimensión humana de la poeta nacida en el valle del Elqui, en sus últimos años de vida, afectada por la enfermedad.

## EL CONTEXTO POLÍTICO DE ALEGRÍA Y SU DESTIERRO A CHILE

En las primeras décadas del siglo xx, el socialismo, representado por José Carlos Mariátegui, y el aprismo, encarnado en Víctor Raúl Haya de la Torre, son las dos principales corrientes ideológicas que dominan la escena política en el Perú. Fundada en México en 1924 por Haya de la Torre y basada en la unión de los trabajadores manuales e intelectuales, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) definió un programa de lucha contra el imperialismo estadounidense, que representaba una amenaza mundial. Entre sus planteamientos proponía la unidad económica y política de América Latina y la nacionalización de tierras e industrias. Al fundarse el Partido Aprista Peruano en 1930, su intervención en la vida política nacional, a pesar de sus propuestas de reformar el Estado y de buscar la justicia social, tuvo como respuesta de los sucesivos gobiernos la persecución y el destierro de sus principales líderes, lo que dio lugar a levantamientos populares, sobre todo en el norte del Perú. Ello, a su vez, determinó que los regímenes autoritarios decretaran la proscripción del Partido Aprista de participar en la vida política del país.

Militante aprista en su juventud, Alegría se involucra en la revolución de Trujillo en julio de 1932<sup>2</sup>, durante el gobierno del general Manuel Sánchez Cerro, que concluye de manera sangrienta con el fusilamiento de miles de apristas en las ruinas de Chan Chan. Alegría es llevado a la Penitenciaría de Lima en noviembre de ese mismo año, donde permanece encarcelado hasta noviembre de 1933, cuando es liberado gracias a una ley de amnistía otorgada por el gobierno del general Óscar Benavides. Alegría volvería a la cárcel al ser apresado en el levantamiento promovido por el Partido Aprista

---

<sup>2</sup> En el artículo «Interpretación de la Revolución de Trujillo», escrito en 1934 e incluido en *Novela de mis novelas* (2004), Alegría estudia el origen de dicho movimiento. El poder del capital, asociado al régimen de las haciendas y al comercio, y la explotación de los trabajadores desencadenaron una conciencia social y política que, sumadas a la tiranía de Sánchez Cerro, determinaron el surgimiento de la rebelión.

en El Agustino, distrito de Lima, en noviembre de 1934 contra el gobierno de Benavides; un mes después, es desterrado a Chile.

Luis Alberto Sánchez, quien también es desterrado a Chile en la misma embarcación, rememora la partida:

[...] éramos una docena los que viajábamos sin nuestra voluntad y sin dinero: Carlos Manuel Cox, Ciro Alegría, Juan José Lora, Pedro Muñiz, Américo Pérez Treviño, Carlos Alberto Izaguirre, Fernando Rosay, «Cuchiipe» Lizarzaburu, Buenaventura Vargas Machuca, el obrero Fierro, el coronel César E. Pardo, Esmaro Salas<sup>3</sup>.

En su mayoría eran militantes apristas que se dedicaban a la actividad política, al periodismo, a la literatura y a la vida intelectual. Tras arribar a Valparaíso, parten en tren a Santiago, adonde llegan el 13 de diciembre de 1934, el mismo día en que el poeta José Santos Chocano moría asesinado en un tranvía de la ciudad<sup>4</sup>. La amarga experiencia del destierro, a pesar de la incertidumbre inicial, exige a los exiliados abrirse camino en una nueva realidad, lo que se va logrando progresivamente cuando ingresan a trabajar en el periodismo, la actividad editorial y la gestión administrativa. De esta manera pueden paliar las angustias económicas que viven en los primeros años de su destierro. El caso de Alegría es excepcional ya que, enfrentando una serie de dificultades económicas y carencias, logra desarrollar una importante carrera como escritor.

En la primera mitad del siglo xx, el exilio se había convertido en una amarga experiencia que vivían tanto escritores y políticos latinoamericanos como los de otros continentes debido a la

<sup>3</sup> Sánchez, Luis Alberto, 1990, p. 40.

<sup>4</sup> En su libro de memorias *Mucha suerte con harto palo*, Alegría evoca el impacto que produjo la muerte del poeta en Chile: «Recuerdo que llegué a Santiago de Chile el día que mataron al poeta José Santos Chocano, allá por diciembre de 1934. En la estación Mapocho, terminal del ferrocarril de Valparaíso a Santiago, corría la noticia: '¡Han matado a Chocano!'. Lo enterró la Sociedad de Escritores de Chile. Los diarios derramaron loas. Colmaron sus escaparates las librerías con ejemplares del recién editado *Primicias de oro de Indias*. Al poco tiempo, Chocano comenzó a ser revisado. [...] Chocano murió apuñalado en un tranvía, cerrando la aventura de la búsqueda de un fabuloso tesoro escondido» (1976, p. 159).



persecución y el autoritarismo de gobiernos dictatoriales. En ese contexto, la nación chilena representaba un espacio de apertura que proporcionaba a los desterrados las posibilidades de desarrollarse en el ámbito intelectual, académico o creativo. Fabio Moraga y Carla Peñaloza explican las razones por las cuales Chile se convirtió en un escenario favorable y de muchas posibilidades para la vida de los exiliados recién llegados a la capital:

Exceptuando México, durante la década de 1930 Chile tenía dos características difíciles de encontrar en otros países del continente: un régimen democrático y una política no explícita de apertura frente a los exiliados. Refugiados políticos de varios países del continente habían llegado en busca de la tranquilidad que no tenían en su tierra de origen: peruanos apristas, comunistas y de otras organizaciones, que huían de la represión política de las dictaduras de Sánchez Cerro (1930-1933) y de Óscar Benavides (1933-1939); bolivianos apristas e izquierdistas de distintas organizaciones; venezolanos que huían del régimen dictatorial de Juan Vicente Gómez (1908-1935); además de colombianos y ecuatorianos. Todos conformaron un variado contingente de sudamericanos que contribuyó a cambiar el etnocéntrico ambiente intelectual local<sup>5</sup>.

La cita nos hace ver la diversidad de deportados que arribaban a Chile, su pertenencia a ideologías políticas de carácter contestatario y el haber sido expulsados de sus países por la represión. Además, es importante el rol que cumplirán los exiliados, ya que intervendrán en la vida cultural, intelectual y política chilena, dinamizándola significativamente<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Moraga, Fabio y Peñaloza, Carla, 2011, p. 61.

<sup>6</sup> Javier Pinedo (2015) estudia la experiencia de un grupo de pensadores y escritores iberoamericanos, como José Santos Chocano, Luis Alberto Sánchez, Mariano Picón-Salas, Ciro Alegría, Manuel Seoane, Rómulo Betancourt, Alfredo Pareja Diez-Canseco y Samuel Glusberg, entre otros, que llegan a Chile por razones políticas en el contexto de los años treinta y cuarenta. Pinedo sostiene que los intelectuales ejercieron una importante influencia en el ámbito cultural y se caracterizaron por poseer una visión latinoamericanista en el plano político.

## EL AUGE EDITORIAL Y LAS REDES LITERARIAS Y CULTURALES EN SANTIAGO

Bernardo Subercaseaux (2008) afirma que las décadas del treinta al cincuenta del siglo xx constituyen «la época de oro de la industria editorial y del libro en Chile»<sup>7</sup>, lo que se puede apreciar en los catálogos de las editoriales durante esos decenios. Subercaseaux explica que varios factores inciden en este proceso de expansión: la especialización del trabajo editorial, que se orienta a una mayor profesionalización; la necesidad de impulsar el mercado interno de libros ante los problemas derivados de la realidad política europea y la Segunda Guerra Mundial; la posibilidad de traducir y reproducir libros extranjeros sin tener que abonar derechos de autoría; el abaratamiento de precios, lo que consigue poner a disposición de los lectores las principales obras de la literatura universal; el crecimiento autosostenido del espacio editorial que, por su propia dinámica, crea condiciones propicias para el incremento de la lectoría, la diversificación de las publicaciones que orientan su contenido de acuerdo con las preferencias y gustos de los grupos sociales de manera diferenciada, etcétera. La industria editorial también promueve y auspicia la publicación de la obra de jóvenes escritores que encuentran en ella el apoyo para dar a conocer su creación, además, las propias editoriales editan revistas literarias que contribuyen a difundir la obra de los escritores.

Gracias a una política económica que fomenta mejoras salariales y busca nuevas condiciones sociales como objetivo de los gobiernos chilenos, las capas medias tienen un mayor acceso a la educación y a la cultura. Dado este nuevo escenario, se hace mayor el nivel de educación, el interés por el libro y la lectura de las obras de los autores nacionales. Se explica así la inserción de los textos de los escritores chilenos en los programas de la escuela básica, que desplazó la primacía de la literatura extranjera; viraje que posibilitó una ampliación de las lecturas que empezaron a centrarse más en la cultura y la literatura chilena. De este modo, el impacto de las publicaciones realizadas por las editoriales de Santiago contribuyó

<sup>7</sup> Subercaseaux, Bernardo, 2008, p. 221.

a reconfigurar el corpus de las obras y a formar el canon de la literatura chilena.

Entre las editoriales santiaguinas, Zig-Zag, nombre nacido de una revista aparecida en 1905 y que devino en una empresa editorial en 1919, orientó su línea de publicaciones basada en revistas que respondían a diversos tipos de lectores, lo que después cedió su paso a catálogos de libros cuyas ventas se destinaban al ámbito nacional e internacional. Estos catálogos incluían obras de autores chilenos, latinoamericanos, norteamericanos y europeos. Por su parte, la editorial Nascimento, que Carlos George Nascimento impulsa a partir de 1917, se convierte, con sus primeras publicaciones, en una de las más importantes de Chile; en particular, es la que, con mayor influencia, intervendrá en la configuración de la literatura chilena a través de la difusión, auspicio y publicaciones de la obra de escritores nacionales, en especial de los más jóvenes. Los primeros textos de Pablo Neruda y Gabriela Mistral, por ejemplo, aparecieron publicados en dicho sello. Igualmente, es clave el rol que cumplió la editorial en la industria del libro en lo referente a la calidad del material, el diseño y el tratamiento estético de la presentación, aspectos básicos del formato del libro que tuvieron un especial impacto en la lectoría. Las tertulias literarias que se desarrollaban en la sede de la editorial, en las que, durante varias décadas, participaron los principales escritores chilenos, también contribuyó a afirmar la celebridad de Nascimento.

En la escena chilena, la editorial Ercilla, fundada en 1933 por Laureano Rodrigo y Luis Figueroa, ocupa un lugar especial entre las editoriales por su incesante política de publicación, que alcanzó su época dorada en las décadas del treinta y del cuarenta. La firma, que se especializó en la divulgación de obras de la literatura universal, tuvo entre sus colaboradores a escritores e intelectuales apristas. Sebastián Hernández explica que la presencia aprista en el espacio editorial se encuentra dentro de una influencia mayor: «Los circuitos intelectuales y redes políticas que generaron los exiliados apristas en Santiago durante los años 1930 se observan a través de proyectos editoriales, nexos políticos y debates ideológicos en

Chile», a partir de lo cual llegaron a «influcidar y transformar el escenario político-cultural chileno»<sup>8</sup>.

En Ercilla, Luis Alberto Sánchez se desempeñó como su director durante 14 años, Américo Pérez Treviño fue contador de la empresa, Luis López Aliaga trabajaba como vendedor, Manuel Seoane tuvo a su cargo la dirección de la revista *Ercilla* y, entre los traductores, estuvieron el propio Sánchez, Ciro Alegría, José Lora y Lora, Alberto Hidalgo, Antero Peralta y Carlos Manuel Cox. Denominando a dicho momento «el peruanismo de Ercilla», Sánchez recuerda lo que representó la editorial para los peruanos: «Rodeada de maleficios, fama y agradecimientos, ella fue particularmente para los desterrados apristas del Perú, un oasis»<sup>9</sup>. Como lo señala Subercaseaux, la influencia aprista también incide «en las líneas editoriales y en lo que se publicaba», como se plasma en la temática de los libros y en la pertenencia o cercanía de sus autores al aprismo. De acuerdo con el testimonio de Sánchez (1990), en Ercilla se publican *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría, *El antiimperialismo y el APRA, ¿Adónde va Indoamérica?* y *Excombatientes y desocupados* de Haya de la Torre, *Rumbo argentino y Nuestra América y la guerra* de Manuel Seoane, *Pueblo continente* de Antenor Orrego, *Hombres y rejas* de Juan Seoane, *Duque* de José Diez Canseco y *Penetración imperialista* de Pedro Muñiz, entre otros títulos. Los libros de Sánchez también se publican en la editorial Ercilla; entre ellos, *Panorama de la literatura peruana actual*, *Historia de la literatura americana (desde los orígenes hasta 1936)*, *Historia general de América* y *Haya de la Torre o el político*.

Las redes literarias y culturales del circuito santiaguino adquieren enorme importancia, ya que permiten a los exiliados apristas establecer estrechos vínculos con escritores, intelectuales y políticos chilenos y de otros países<sup>10</sup>. Las redes hacen posible que la dinámica

<sup>8</sup> Hernández, Sebastián, 2014, p. 77.

<sup>9</sup> Sánchez, Luis Alberto, 1990, p. 47.

<sup>10</sup> En un detallado estudio del periodo comprendido entre las décadas del veinte y del cuarenta, Fabio Moraga (2013) demuestra la importancia de la dinámica surgida a partir de las fluidas relaciones entre políticos e intelectuales del Perú y Chile durante esos años en el marco de la tradición del exilio. Esas relaciones, que marcan un hito en la historia de ambos países, se manifiestan en la

del campo cultural se vea enriquecida gracias a la capacidad y el potencial que representaban la experiencia, el conocimiento y el talento de los desterrados e inmigrantes. Subercaseaux precisa que se trata de «ciertos ámbitos de sociabilidad intelectual, literaria y política que se inscriben en una larga serie de relaciones, flujos, redes, cruces y sinergias entre las elites intelectuales y culturales de América Latina»<sup>11</sup> que expresan una «confraternidad americana». La consolidación de estos lazos, que afianzan una serie de interacciones entre los exiliados peruanos y los escritores y los intelectuales chilenos, se debe también a la existencia de ideales políticos compartidos, articulados en base a un nacionalismo continental.

En el escenario político, la lucha contra el imperialismo, el alcance continental del pensamiento aprista, las influencias de las ideas socialistas a partir de la recepción de la Revolución rusa, el surgimiento del trotskismo, la oposición radical al fascismo y la identificación de Latinoamérica con la resistencia del pueblo español determinan una actitud crítica y el compromiso social y político de los intelectuales y escritores del continente. En ese sentido, las redes no son ajenas a la acción social y a la praxis política, por lo que asumen también un papel importante en el espacio público y en el debate de las ideas.

En ese contexto, es importante la fundación de la Sociedad de Escritores de Chile en 1931, que promueve la lectura a través de ferias de libros, edita la *Revista de la Sociedad de Escritores de Chile* en 1936, organiza el Primer Congreso de Escritores en 1937 y consigue instaurar el Premio Nacional de Literatura en 1942. Su objetivo es posicionar al escritor en la escena literaria, tal como lo manifiesta en el primer número de la revista: «se dará preferencia a los asuntos que atañen al escritor como productor y creador»; ello, a la vez, responde a la exigencia de crear espacios para la difusión de las obras de los escritores. Los 10 números de la revista son un

---

colaboración mutua en revistas de prestigio, la presencia de intelectuales en Lima y en Santiago, el protagonismo de políticos apristas y de filiación izquierdista, y la afirmación del indoamericanismo y su influencia en el movimiento estudiantil chileno.

<sup>11</sup> Subercaseaux, Bernardo, 2008, p. 228.

claro indicador de las reflexiones sobre la literatura que eran predominantes en las décadas del treinta y del cuarenta, referidas a la función social de la literatura, la posición política de los escritores, las tendencias en la literatura latinoamericana y la valoración de los poetas del continente. El énfasis en el verdadero significado que adquiere el oficio del escritor en una época de mayor conciencia sobre su rol en la sociedad contemporánea determina la agenda del Primer Congreso de Escritores, presidido por Manuel Rojas. Se debate sobre el papel del escritor, sus vínculos con el Estado, su actuación en el ámbito político, social y gremial, así como aspectos relacionados con los derechos legales de los escritores. En el fondo, se busca asignar al escritor y al artista el lugar que les corresponde en la sociedad y en la cultura de esos años.

En Chile, a partir de la década del treinta, la relación entre la literatura y la acción política adquiere mayor fuerza y una dimensión histórica. En ese escenario, el poeta Pablo Neruda se convierte en el líder que asume la defensa de la libertad de los pueblos de Chile y de Latinoamérica. Alegría recuerda su intervención en la creación de una conciencia social y política en Chile:

He sido testigo de cómo, dentro de la acción política directa, formó en su patria la Alianza de Intelectuales, publicó *La Aurora de Chile* —nombre del periódico vinculado a la Independencia y a la figura prócer de Camilo Henríquez— y colaboró decididamente en la formidable campaña que dio triunfo, por primera vez, al Frente Popular, llevando a la presidencia a Pedro Aguirre Cerda, líder del Partido Radical<sup>12</sup>.

Neruda encarna la lucha contra el poder opresor frente al auge del fascismo y el estallido de la guerra civil española. En 1937 funda la Alianza de Intelectuales de Chile para la Defensa de la Cultura y organiza, ese mismo año, el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, que se desarrolló, durante la guerra civil, en Valencia, Madrid y París, y que contó con delegados de países hispanoamericanos, Europa y Rusia. La representación de Chile estuvo conformada, además de Neruda, por Vicente Huidobro,

---

<sup>12</sup> Alegría, *Ciro*, 1976, p. 419.

poeta vanguardista afiliado al Partido Comunista, y Alberto Romero, como presidente de la Sociedad de Escritores de Chile; por Perú, participó el poeta César Vallejo. En 1938, Neruda funda la revista *Aurora de Chile*, de cuyos 10 primeros números es director. Con una firme actitud acusatoria expuesta en su primer editorial, la revista edita 20 números hasta diciembre de 1940<sup>13</sup>.

Moraga y Peñaloza (2011) explican que «la Alianza, a través de la *Aurora*, no solo se preocupó por la lucha contra el fascismo internacional, también desarrolló campañas destinadas a combatir su avance en Chile»<sup>14</sup>. En esa generación de intelectuales, que hicieron un llamado a la acción política, se enfrentaron al franquismo y contribuyeron a consolidar la izquierda local, sobresalió el papel de Neruda, quien alcanzó «con la Alianza y *Aurora de Chile* un liderazgo intelectual y político largamente forjado desde sus años de juventud»<sup>15</sup>.

En la escena cultural de esos años, las revistas literarias contribuyen en la consolidación de un campo crítico mediante reseñas, artículos y ensayos. Revistas como *Atenea*, *Aurora de Chile*, *Ercilla*, *Revista de la Sociedad de Escritores de Chile*, *Zig-Zag*, *Índice*, *Anales de la Universidad de Chile* y *Babel*, además de dar a conocer las obras de los escritores y comentarlas, abren un espacio de reflexión crítica que aborda el curso y las tendencias de la literatura chilena, así como su relación con los hechos de la realidad histórica

<sup>13</sup> En el primer número de *Aurora de Chile*, Neruda rinde homenaje a Vallejo luego de su muerte acaecida en París en abril de 1938. Precedidas de una carta de la Asociación Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, las sentidas palabras de Neruda lo recuerdan como un «viejo combatiente de la esperanza» y se preguntan: «Y qué haremos en este mundo para ser dignos de tu silenciosa obra duradera, de tu interno crecimiento esencial». En un conmovedor elogio que se halla a la altura de la genialidad del poeta peruano, Neruda resalta el valor de su lucha por la libertad, que siempre se realizó «pensando en los hombres, en la justicia de esta tierra»; el padecimiento que significó la guerra civil fue un duro golpe para su espíritu, pero no acabó con la grandeza de Vallejo: «Lo de España ya te iba royendo el alma. Esa alma tan roída por tu propio espíritu, tan despojada tan herida por tu propia necesidad ascética. Lo de España ha sido el taladro de cada día para tu inmensa virtud. Eras grande. Vallejo. Eras interior y grande» (Cit. de Schidlowsky, 2008, p. 386).

<sup>14</sup> Moraga y Peñaloza, 2011a, p. 76.

<sup>15</sup> Moraga y Peñaloza, 2011b, p. 79.

y política contemporánea. Entre los críticos literarios, los juicios de Hernán Díaz Arrieta (conocido con el seudónimo de Alone), Enrique Espinoza (seudónimo de Samuel Glusberg), quien realiza una importante gestión cultural y literaria en Santiago, y Raúl Silva Castro, publicados en revistas, periódicos y suplementos literarios, son un referente del estado de las letras chilenas y de su recepción en la primera mitad del siglo xx.

### LA VIDA DE ALEGRÍA EN SANTIAGO: EL TRABAJO, LA ENFERMEDAD, LA CREACIÓN LITERARIA Y EL TRIUNFO

Cuando Alegría llega a Chile, se inicia una larga etapa en su vida marcada por un exilio que lo alejaría del Perú desde diciembre de 1934 hasta diciembre de 1957, cuando retornó triunfalmente a tierras peruanas después de 23 años. La estadía en Santiago fue bastante dura para Alegría, tal como lo recuerda en las cartas que envía a sus familiares en el Perú y en sus escritos testimoniales<sup>16</sup>. Hallándose en esas condiciones, contrae matrimonio con Rosalía Amézquita, llegada del Perú pocos meses después de ser desterrado el autor, con quien tiene dos hijos que nacen en Santiago. Su esposa será un gran apoyo durante el tiempo que Alegría permanece en Chile; sobre todo, lo ayudará en los duros momentos en que es aquejado por la enfermedad y en sus proyectos de creación<sup>17</sup>.

Durante los primeros meses de su arribo a Chile, Alegría se dedica a escribir breves narraciones y al periodismo. Recomendado por su amigo Américo Pérez Treviño, ingresa a trabajar a la editorial Ercilla como corrector de originales: «Mi labor consistía en

<sup>16</sup> En una de las cartas dirigidas a su hermano Gerardo, el autor escribe: «Yo estoy en cama. La Negra [su esposa Rosalía Amézquita] también se ha enfermado y atravesamos por una situación muy apurada. Por eso te ruego que me envíes algún dinero. [...] Vivo acogotado por las necesidades y haciendo tareas subalternas para poder vivir. Proyectos no me faltan, eso sí. Poco a poco, a medida que puedo, los realizo. Mi vida es triste y muy vulgar» (1976, p. 85).

<sup>17</sup> En la semblanza «Ciro Alegría en el recuerdo de Rosalía Amézquita de Alegría», Rosalía Amézquita (1969) da a conocer aspectos de la etapa santiaguina del escritor: los recuerdos del autor como origen de sus novelas, las dificultades familiares en Chile, la especial dedicación de Alegría a la creación y la sencillez como rasgo de su personalidad.



enmendar las faltas notorias para darles menos tela que cortar a los críticos»<sup>18</sup>; además, componía solapas de libros. Alegría también realiza traducciones para las editoriales Ercilla y Zig-Zag. Entre 1935 y 1940, tradujo *El miedo* de Stefan Zweig (Ercilla, 1935), *Quince años de combate* del escritor Romain Rolland (Ercilla, 1936), *Sin tomar aliento* de Illia Erenburg (Ercilla, 1937), *La ciencia y las investigaciones criminales* de Henry T.F. Rhodes (Ercilla, 1938), *¿Nuestras alianzas?* de Charles Gautier (Zig-Zag, 1939), *Defienda sus pulmones* de Claude François (Zig-Zag, 1940) y *Estados Unidos en 1939: diario de un viaje a Norteamérica* de André Maurois (Ercilla, 1940).

En Chile, Alegría escribe cuentos, novelas, poesías y el esbozo de una obra dramática como parte de su actividad creativa. Antes de ser desterrado, Alegría tenía la intención de convertirse en algún momento en escritor, tal como reza el título de su primer cuento «Quiero ser novelista». Poseía talento, vocación por la creación, experiencia periodística, lecturas y sólida formación. En su juventud cultivó la vena creativa ensayando poesías, cuentos, incluso escribió una novela corta hoy perdida; a ello se suman sus crónicas, que se publicaron en los diarios *El Norte* y *La Industria* de Trujillo, y en *La Tribuna* de Lima. Alegría formó parte del Grupo Norte de Trujillo, liderado por Antenor Orrego, integrado por ideólogos, poetas, narradores y artistas, entre ellos, Alcides Spelucín, Macedonio de la Torre, César Vallejo<sup>19</sup>, Alfonso Sánchez (Camilo Blas), Juan Espejo Asturrizaga, Leoncio Muñoz, Haya de la Torre, Carlos Valderrama y Daniel Hoyle. El Grupo Norte, vinculado con la vanguardia literaria y la bohemia de Trujillo, se caracterizó por adquirir un sentido político y promovió la denuncia y el rol histórico del intelectual.

<sup>18</sup> Alegría, Ciro, 2004, p. 172.

<sup>19</sup> En el artículo «El César Vallejo que yo conocí», publicado en la revista Cuadernos Americanos (Vol. XVIII, N° 6, 1944) e incluido en *Novela de mis novelas* (2004), Alegría recuerda al célebre poeta. En un tono confesional, ofrece un vivo retrato de Vallejo, a quien tuvo como profesor en el primer año de primaria en el Colegio Nacional San Juan de Trujillo en 1917. Su testimonio nos permite conocer las impresiones que causaban las poesías del vate de Santiago de Chuco en el ambiente trujillano en esos años.

De acuerdo con el propio testimonio del autor, su oficio como escritor adquiere un singular impulso y motivación al llegar a Santiago:

Fue ahí cuando me decidí escribir a hacer lo que yo había querido hacer siempre, aunque a veces no había podido. En Chile, dentro de la perspectiva de la distancia y del tiempo, pues estaba en otro país, vi distantemente al Perú: muchas cosas se me aclararon y las vi con más claridad<sup>20</sup>.

El escritor nos explica sus opciones narrativas: «Lo primero que se me ocurrió fue escribir cuentos que publicaba en el diario *Crítica*»<sup>21</sup>. El cultivo de este género se hallaba en la misma línea narrativa de sus composiciones de antes del destierro. Por otro lado, publicar en el diario *Crítica* de Buenos Aires no solamente era auspicioso para un joven escritor, sino que significaba también la posibilidad de que su talento sea conocido más allá de Chile. Cabe indicar que dicho periódico gozaba de mucho prestigio en las décadas del veinte y del treinta, contaba con una notable plana de redactores que alternaba el periodismo y la literatura, y su suplemento cultural tuvo como directores a Jorge Luis Borges y Ulyses Petit de Murat.

La primera novela de Alegría, *La serpiente de oro* (1935), obtiene el primer lugar en el concurso de novelas organizado por la editorial Nascimento e inicia su brillante trayectoria como escritor. Con la aparición de sus dos siguientes novelas, *Los perros hambrientos* (1939), que ocupa el segundo lugar en el concurso convocado por la editora Zig-Zag, y *El mundo es ancho y ajeno* (1941), que consigue el Premio de Novela Americana convocado por la editorial Farrar & Rinehart de Nueva York, Alegría alcanza la consagración y se convierte en un escritor de reconocimiento internacional. Logrando una hazaña inédita en esos tiempos, la celebridad de Alegría fue el punto culminante de su triunfo en tierras santiaguinas, tras un periodo en el que su vida encarnó el drama humano del escritor desterrado que supo superar la angustia y abrirse un espacio en la creación.

<sup>20</sup> Alegría, Ciro, 2004, p. 336.

<sup>21</sup> Alegría, Ciro, 2004, p. 336.

En la narrativa alegriana, el sentido acusatorio es un rasgo muy importante, lo que se acrecienta con la perspectiva que determina la distancia. En uno de sus testimonios, Alegría evoca que, en sus años de destierro, «comprendí mejor la realidad del Perú. De lejos se ven mejor las cosas; se abren otros horizontes. Así fue como lo primero que afloró a mi pluma fue mi propia experiencia social»<sup>22</sup>. Para el novelista, la hospitalidad que encuentra en Chile representa un espacio de libertad para el creador: «Hay ambiente intelectual por el hecho fundamental de que no existen vallas que detengan la libre expansión de la cultura, cosa que no sucede en mi patria. Los artistas, los escritores auténticos solo pueden darse donde hay libertad, como la hay, por ejemplo, aquí»<sup>23</sup>.

Los cuentos escritos por Alegría fueron publicados en revistas chilenas como *Aurora de Chile* y *Atenea*, y en periódicos como *El Mercurio*, o de manera independiente con ilustraciones para un público infantil; algunos de ellos fueron enviados al suplemento cultural del diario *Crítica* de Buenos Aires, como el autor lo menciona, y a las revistas *Crónica social*, *Excelsior* y *Panorama* de Lima<sup>24</sup>. Los cuentos se recopilaron después de la muerte del escritor conformando volúmenes con diferentes títulos, entre ellos, *Panki y el guerrero* (1968) y *Leyendas y fábulas americanas* (1985), publicados por Dora Varona, su viuda. Entre los cuentos se encuentran «Caminantes» (*Panorama*, N° 5 Lima, 1937), «La desconocida» (*Atenea*, N° 171, Concepción, 1939), «Desmonte» (primera versión del cuento «Cuarzo», *Crónica social*, N° 193, Lima, 1939), *El castillo de Maese Falco* (Santiago, Zig-Zag, 1939), «La flauta de pan», anunciado como el inicio de una novela (*Excelsior*, N° 90, Lima, 1940)<sup>25</sup>, *La leyenda del nopal* (Zig-Zag, Santiago, 1940) y *El sapo y el urubú* (Santiago, Zig-Zag, 1940).

<sup>22</sup> Castro Arenas, Mario, 1964, p. 320.

<sup>23</sup> José, Juan, 1941, p. 155.

<sup>24</sup> Durante ese tiempo, Alegría tiene una permanente actividad creativa, pero aún falta determinar el número de narraciones que escribió para publicaciones de Santiago de Chile; de igual modo, sigue pendiente documentar y recopilar los cuentos que envió a Buenos Aires. Solo se sabe de sus narraciones a través de la información del propio autor.

<sup>25</sup> En una carta a su hermano Gerardo, fechada en marzo de 1940, el autor escribe: «Mi próxima novela se llama La flauta de pan y es la historia de un tocador de antara» (1976, p. 185). El texto, sin embargo, quedó inconcluso. El primer

La vena creativa de Alegría se expresaba también en la poesía, lo que motivó la composición de un poemario, tal como el autor refiere en uno de sus escritos testimoniales. Dicho libro, sin embargo, quedó inédito, al igual que otros textos del autor<sup>26</sup>. De aquellos años se conservan «El caballo fraterno» y «El poema inacabable», que se incluyen en el *Índice de la poesía peruana contemporánea (1900-1937)* de Luis Alberto Sánchez (Ercilla, 1938)<sup>27</sup>; el primero se publica también en la revista *Palabra* (N° 2, Lima, 1936). Por último, Alegría compuso una obra teatral en su estancia en Chile, cuyo original fue leído por Alfonso Reyes, que no llegó a publicar. Conocemos sobre este drama de acuerdo con la información que el autor proporciona en su libro de memorias *Mucha suerte con harto palo*<sup>28</sup>.

---

capítulo «Nacimiento de Zenón Cusma» está incluido en el libro *La ofrenda de piedra*, publicado póstumamente en 1969.

<sup>26</sup> Alegría desarrolló diversos proyectos literarios en Santiago de Chile. Dora Varona (1972) refiere que, mientras se hallaba recuperándose en el sanatorio de San José de Maipo, Alegría escribió un libro de cuentos titulado *Los Andes tienen sed* y otro libro de poemas; no obstante, ambos libros no se han conservado. En cartas dirigidas al escritor Pedro Barrantes en febrero de 1936, reproducidas por Luzmán Salas en la revista *Pueblo Continente*, el autor le solicita que le envíe información con el fin de poder documentarse adecuadamente para continuar con una novela: «Estoy escribiendo un libro que ha de llamarse ‘Leticia’, pintando el momento peruano de la disputa con Colombia y la lucha del estudiantado y el proletariado contra la guerra. [...] para este libro necesito un dato: el nombre del loretano que murió en la Intendencia. Su hermano Octavio es quien debe saber, según me cuentan. Yo le agradecería mucho que él me diera todos los detalles» (Salas, 2009, p. 274). Rosalía Amézquita (1969) señala que, cuando Alegría empieza a escribir *El mundo es ancho y ajeno*, en junio de 1940, tenía dos novelas inconclusas: *Surcos nuevos* y *Sinfonía de sombras*.

<sup>27</sup> Agradezco a Mauro Mamani Macedo, docente investigador de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, por facilitarme dicha información.

<sup>28</sup> Alegría explica las circunstancias en que escribe el drama: «Llegó a Chile doña Margarita Xirgu o sea teatro de calidad. Me sentí dramaturgo de buenas a primeras y compuse una pieza en tres actos y muchos cuadros. Se la envié a un compatriota amigo que residía en Buenos Aires para que se la entregara a la actriz, que ya estaba en esa ciudad». El amigo de Alegría le mostró el texto a Alfonso Reyes, quien «después de leerlo, fue el que hizo la entrega». El autor comenta que, finalmente, prefirió seguir escribiendo novelas: «[...] doña Margarita me devolvió mi drama con una carta que contenía una atinada crítica. Entre las alternativas de reescribirlo para que fuera representable o componer más novelas, preferí lo último. La elección no fue mala, creo yo» (1976, pp.

Debido a las penurias que le afectaron, el intenso trabajo y a sucesivos estados griposos, Alegría enferma de tuberculosis, por lo que es internado en el sanatorio de San José de Maipo, donde permanece entre agosto de 1936 y noviembre de 1938. El autor recuerda los duros momentos de la enfermedad:

Dos años estuve en el sanatorio de San José de Maipo y, en total, permanecí cuatro sin fumar. Muy deliberadamente, muy voluntariosamente no fumaba, no tomaba café, ni té, no bebía. Quise que mi organismo recobrara las fuerzas derrochadas, para poder escribir. Los sacrificios tienen a veces su compensación<sup>29</sup>.

Luego de que se le aplica un neumotórax, sufre una embolia cerebral que lo deja con medio cuerpo paralizado. Por recomendación médica, se le aconseja que escriba con el fin de poder recuperar el movimiento y la memoria; el resultado de la terapia es positivo, ya que escribe su segunda novela, *Los perros hambrientos*. Como el mismo autor lo dice, la novela «nació de la lucha por la vida en un sentido estrictamente biológico».

Los triunfos de Alegría acrecentaron sus vínculos con la escena literaria y cultural de la época. Un signo de estos lazos es su elección como miembro del directorio de la Sociedad de Escritores de Chile en 1936, lo que amplió aún más la presencia de Alegría en las redes literarias en el circuito santiaguino<sup>30</sup>. De esta manera, el novelista entabla amistad con numerosos escritores e intelectuales chilenos que formaban parte del ambiente cultural de la capital. Entre ellos, figuran los escritores Ernesto Montenegro, Alberto Romero, Alfonso

---

170-171). En una entrevista que data de diciembre de 1940, publicada en *Repertorio Americano*, el autor menciona un título: «Hace dos años escribí *Génesis*, un drama. Su representación requiere el empleo de algunos recursos de la técnica moderna, cosa que me ha impedido pretender que se le ponga en escena aquí» (Juan José, 1941, p. 155).

<sup>29</sup> Alegría, *Ciro*, 1976, pp. 184-185.

<sup>30</sup> Alegría destaca el verdadero significado de su ingreso a la escena literaria santiaguina: «Comencé a frecuentar los círculos literarios y los compañeros me hicieron el honor de elegirme miembro del directorio de la Sociedad de Escritores de Chile. Un peruano en la directiva de una sociedad chilena. Desde entonces, se hizo tradición que hubiese un extranjero en la misma» (1976, p. 169).

Hernández Catá, embajador cubano en Chile, Manuel Rojas, quien llegó a ser presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, Rubén Azócar y José González Vera; el editor Carlos George Nascimento; y los críticos literarios Enrique Espinoza (seudónimo de Samuel Glusberg), director de la revista *Babel*, y Hernán Díaz Arrieta (quien firmaba sus escritos con el seudónimo de Alone). Para Alegría, la importancia de ambos críticos es decisiva en la historia de la literatura chilena, ya que orientaron el campo literario y ejercieron influencia directa en la recepción de las obras de los escritores mediante reseñas y ensayos escritos con rigor y seriedad.

En sus testimonios, Alegría reconoce el valor de la amistad de sus años santiaguinos. Así, sobre la calidad humana de Alonso Hernández Catá nos dice: «Don Alonso, como se le llamaba, no solo era el diplomático más popular en Chile, sino el escritor que compartía la vida de las demás gentes de letras casi diariamente, aun fuera de salones y sociedades»<sup>31</sup>. Un personaje fundamental en la historia de la gestión literaria y cultural en Santiago es Enrique Espinoza, quien brinda a Alegría un importante apoyo en su carrera como escritor. El novelista lo recuerda con especial consideración: «Mi amistad personal con Enrique Espinoza data de 1935. Bastante debía aprender yo de su enorme cultura»; específicamente, destaca sus cualidades personales y su trabajo en bien de la cultura chilena: «Generoso y noble, apasionado de todo lo que juzga bueno, y que de hecho lo es porque tiene una singular capacidad de enjuiciamiento, a Espinoza le debe la cultura mucho más de cuanto aparece registrado en *Babel*»<sup>32</sup>.

En las palabras de Alegría, se proyecta la imagen de Manuel Rojas como un creador ejemplar que se hizo un nombre en la literatura

<sup>31</sup> Alegría, *Ciro*, 1976, p. 169.

<sup>32</sup> Alegría, *Ciro*, 1976, p. 171. Un testimonio de esta amistad son las cartas que Alegría le escribe a Espinoza entre 1940 y 1960 y que forman parte del Fondo Samuel Glusberg del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas de Buenos Aires. A través de dicha correspondencia, podemos conocer la actividad de Alegría en los últimos meses de su etapa santiaguina y, de modo especial, información sobre las novelas que se encontraba escribiendo mientras residía en Estados Unidos y Cuba (*La Amazonía* y *el conquistador*, *Los viajeros iluminados* y *Lázaro*).

chilena a pesar de las dificultades que enfrentó. Hijo de obreros y nacido en medio de la pobreza, Rojas recibe una valoración que enaltece su trayectoria creativa y su cabalidad como persona. Como lo dice Alegría, su dedicación a las letras «las descubrió en sí, ya mayor, después de una áspera existencia»; su condición social no fue impedimento para surgir en la literatura: «El chileno Manuel Rojas es uno de los pocos escritores de origen proletario que ha producido América Latina». Para el escritor peruano, «ese hecho hará que, quienes son verdaderamente cultos, valoricen mejor a Rojas»<sup>33</sup>.

Después de dejar Chile en 1941 para viajar a Nueva York, Alegría, fiel a la tradición latinoamericana de la fraternidad, siempre guardó una gratitud hacia quienes conoció en Santiago antes de convertirse en un novelista de reconocimiento internacional. En su larga permanencia en Estados Unidos y Centroamérica, no dejó de valorar el aprecio que recibió del ambiente cultural santiaguino, tal como lo expresa en artículos y otros escritos<sup>34</sup>. Estos lazos se renuevan gracias a su amistad con Gabriela Mistral en Estados Unidos durante 1947. De regreso al Perú en 1957, invitado para inaugurar un festival de libros, Alegría se reencuentra en Lima con Pablo Neruda, a quien conocía desde su estadía en Chile<sup>35</sup>. Años después, en 1966, el escritor, en su condición de presidente de la

<sup>33</sup> Alegría, Ciro, 1976, p. 172.

<sup>34</sup> La fraternidad con los escritores latinoamericanos se fortaleció con los años y la distancia. Encontrándose en Estados Unidos, el autor prefirió estar alejado de «la vanidad de los cenáculos»: «Lo cual no quiere decir que no siga con interés el trabajo de los otros, y puedo decir que casi todos los escritores latinoamericanos son amigos míos. Algunos por carta; otros personalmente, y otros porque los considero así por derecho de estimación». Esta actitud positiva de Alegría se expresa también cuando confía contar con su colaboración en proyectos que desarrollará en Estados Unidos: «Ahora ya estoy trabajando en Nueva York una agencia de prensa que será servida por periodistas y escritores latinoamericanos. Ya he recibido adhesiones tan valiosas como la de Alfonso Reyes, Germán Arciniegas, Ernesto Montenegro, Mariano Picón Salas, María Rosa Oliver y muchos más» (1976, p. 221).

<sup>35</sup> Invitado para inaugurar el Primer Festival del Libro Peruano, evento organizado por Manuel Scorza, Alegría regresa al Perú en diciembre de 1957. Jorge Icaza y Pablo Neruda también reciben la invitación y acompañan a Alegría en el evento. Los tres hombres de letras recibieron un especial reconocimiento del pueblo peruano, tal como lo recuerda Dora Varona (1993) en la biografía que escribió sobre Alegría.

Asociación de Escritores y Artistas (ANEA), logra que el poeta chileno sea distinguido en el Perú por haber dedicado «Alturas de Macchu Picchu»<sup>36</sup>, poema de *Canto general*, a la capital del Imperio del Tahuantinsuyo. Neruda recibe de manos de Alegría la Orden del Sol, la mayor distinción que el Estado peruano puede conceder a una personalidad importante, lo que, a la vez, representa un reconocimiento a la gran calidad de su obra poética. Dicha distinción, que reafirma los vínculos existentes entre escritores peruanos y chilenos, así como la voluntad gremial de rendir un homenaje al autor de *Residencia en la tierra*, es una muestra del verdadero significado de las letras chilenas para el Perú<sup>37</sup>. De este modo, se evidencia que el aprecio de Alegría por los representantes de la literatura chilena permaneció latente inclusive en los últimos años de su vida<sup>38</sup>.

<sup>36</sup> En un viaje al Perú en octubre de 1943, Neruda, luego de permanecer en Lima, fue invitado por el escritor José Uriel García a visitar la ciudad del Cusco, donde conoce el recinto monumental de Macchu Picchu, que le produce gran admiración. Dos años después escribió «Alturas de Machu Picchu», inspirado en su visita a la antigua capital del Imperio de los incas.

<sup>37</sup> Al igual que en sus otras visitas al Perú, la presencia de Neruda en julio de 1966 despertó especial admiración entre los peruanos, tal como consta en artículos y crónicas publicados en periódicos y revistas. El célebre poeta participó en recitales en Lima y Arequipa, donde recibió ovación unánime. La crónica «Neruda: apoteosis en Lima» de Mario Vargas Llosa, publicada en la revista *Caretas* y recopilada en *Piedra de toque I (1962-1983)* (2012), nos refiere el impacto que produjo su visita a Lima. Para Vargas Llosa, el reconocimiento al autor de *Canto general* corresponde «a quien efectivamente por su genio, su coraje, su pureza o su gracia, merece admiración y gratitud humana»; desde su punto de vista, la figura del poeta se engrandece aún más al haber alcanzado una dimensión mítica cuya popularidad es resultado de «un curioso, largo, complicado proceso cuya razón es la literatura» (p. 299).

<sup>38</sup> A los pocos días de ser concedida la Orden del Sol, surgió una controversia por haber recibido Neruda dicha distinción, a la que se sumaron las críticas al poeta chileno por asistir al Pen Club de Nueva York. A raíz de ello, Alegría escribió el artículo «Pablo Neruda, el poeta y el comunista», recopilado en *Mucha suerte con harto palo*, en el que no tuvo reparos en apelar a la trascendencia de su obra poética y a su dimensión como personalidad universal para atenuar las críticas. Para el escritor peruano, la calidad poética de su obra, que se halla marcada por un signo social y un sentido acusatorio, no está en contradicción ni desmerece la ideología y posición política del poeta.



## LA «TRILOGÍA NOVELÍSTICA CLÁSICA» DE ALEGRÍA

La novelística de Alegría representa la cúspide del regionalismo literario, al cual pertenecen *Raza de bronce* (1919) de Alcides Arguedas, *La Vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, *Don Segundo Sombra* (1926) de Ricardo Güiraldes, *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos, *Huasipungo* (1934) de Jorge Icaza y *El indio* (1935) de Gregorio López. En ellas se plantea el conflicto básico del hombre con el medio físico y en el que el indio de la sierra, el cauchero de la selva amazónica, el gaucho de la pampa argentina y el habitante del llano venezolano son los protagonistas. En este ciclo, los hechos se narran desde la perspectiva del realismo, los autores utilizan procedimientos tradicionales y las novelas adquieren un sentido de denuncia. En la literatura peruana de esos años predomina la narrativa indigenista<sup>39</sup>, en cuyas páginas se ofrece una imagen desgarrada de la realidad social y económica de los pueblos del ande que revela las grandes contradicciones históricas del Perú. Es importante mencionar que la influencia del pensamiento sociológico y político de la época, en especial las ideas de José Carlos Mariátegui, Hildebrando Castro Pozo y José Uriel García sobre el problema del indio y de la propiedad de la tierra, se proyecta en el mundo representado en la narrativa alegriana.

En el conocido texto testimonial «Novela de mis novelas» (1938), Alegría explica el origen de *La serpiente de oro*, que nació de la ampliación del cuento «La balsa» y cuya primera versión se tituló *Marañón*<sup>40</sup>. La novela se nutre de los recuerdos de la niñez del autor, de sus experiencias vividas en Marcabal Grande, la hacienda

<sup>39</sup> Entre los títulos, el volumen de cuentos Agua de José María Arguedas y la novela Cumblera del mundo (Relato cholo) de Pedro Barrantes se publican en 1935, el mismo año en que aparece La serpiente de oro; el libro de cuentos Sombras de arcilla. Cuentos apurimeños de Manuel Robles Alarcón aparece en 1939; y la conocida novela Yawar fiesta de Arguedas se publica en 1941, año en que Alegría escribe El mundo es ancho y ajeno.

<sup>40</sup> En algunas referencias, el autor menciona otro título: «[...] La serpiente de oro primitivamente se denominaba Los balseiros del río Marañón y constaba de 120 páginas. Nadie la quería publicar. Cuando me enteré que habían convocado un concurso de novela le agregué algunos episodios, pues el mínimo que pedían era de 200 páginas y le cambié el título» (Castro Arenas, 1964, p. 220).

paterna, colindante con el río Marañón, y de sus conocimientos de la sierra norteña y de la ceja de selva. Rol importante en la narrativa de Alegría desempeña el recuerdo, lo que le permite evocar relatos que escuchó a los narradores populares a quienes conoció en su infancia, así como historias de los comuneros que volvían de la selva a la sierra.

*La serpiente de oro* se conforma de una sucesión de estampas, cuadros y relatos que demuestran la influencia de la oralidad y de la narración aditiva en su composición. «El río, los hombres y las balsas», «El relato del viejo Matías», «La uta y el puma azul», «Charlas de bohío» y «La balsa solitaria» son algunos de los capítulos. La novela, narrada en la voz de Lucas Vilca, personaje cuya identidad se revela en sus últimos capítulos, transcurre en el valle de Calemar y tiene como núcleo central la historia de los balseros que viven a orillas del río Marañón. Para ellos, la existencia de cada día oscila entre los extremos de la vida y la muerte debido a la bravura del enorme río, a través de cuyas aguas deben desplazarse hacia otros pueblos y caseríos. Esta relación antagonica se expresa en la conocida copla que entonan los calemarinos en su incursión en la feroz correntada en las páginas iniciales de la novela: «Río Marañón, / déjame pasar: / eres duro y fuerte, / no tienes perdón. / Río Marañón, tengo que pasar: / tú tienes tus aguas, / yo mi corazón»<sup>41</sup>.

En Calemar viven el viejo Matías Romero, su esposa Melcha y sus hijos Arturo y Rogelio, quienes son protagonistas de numerosas aventuras; a ellos se suman los lugareños, algunos de ellos pintorescos, como el cura Casimiro Baltodano y el teniente gobernador de Calemar Florencio Obando. La fluidez de los capítulos nos brinda una serie de escenas sobre la vida en Calemar. Así, uno de los episodios coloridos de la novela son las aventuras del cholo Arturo para conquistar el amor de Lucinda y la veloz fuga que emprende con la bella chica enfrentando la fuerza del río Marañón. Una escena de hondo dramatismo es protagonizada por los hermanos Rogelio y Arturo cuando, al enfrentarse a la furia del río, desafían uno de los trayectos más peligrosos de su curso denominado La Escalera,

<sup>41</sup> Alegría, *Ciro*, 1971a, p. 12.

reunión de peñascos que emergen del río. Esta osadía trae como resultado la muerte de Rogelio, ahogado en las aguas del Marañón. En la novela, Inacio Ramos, apodado el Riero, es un personaje que vive al margen de la ley y su historia se vincula con los hechos de violencia social que se vivían en la sierra del norte del Perú en las primeras décadas del siglo xx. Defendiéndose ante el abuso de un hacendado, el Riero reaccionó y le causó la muerte, a raíz de lo cual su vida devino en desgracia y empezó a ser perseguido por la justicia.

La novela también plantea el problema de la incorporación de la selva al sistema de explotación, asociada con los proyectos de modernización desde la perspectiva económica e industrial impulsada por el capital. Esta percepción de la selva se encarna en la empresa que quiere crear el ingeniero limeño Osvaldo Martínez con el objetivo de explotar los minerales de la selva amazónica. El personaje se instala en la floresta para conocer la posible área de explotación y explora las cuencas cercanas donde se puede encontrar oro; su empresa se llamaría La Serpiente de Oro, «porque el río, visto desde arriba desde el cerro Campana [...] parece una gran serpiente... ¡y como es tan rico! [...] ¡La Serpiente de Oro!»<sup>42</sup>. El proyecto del ingeniero, sin embargo, se frustra, ya que, en un irónico destino, sufre el ataque de una víbora y muere en medio de la selva.

La presencia de cuentistas populares es una característica de la narrativa alegriana. El viejo Matías y personajes como Silverio Cruz, por ejemplo, relatan cuentos y leyendas que representan la memoria oral de las comarcas del Marañón, así como la experiencia y el saber de la comunidad. Esta sabiduría popular se expresa mediante sentencias, dichos y proverbios que condensan un conocimiento cimentado en la tradición y la filosofía del pueblo. Así, frente al riesgo de la vida en el Marañón, un personaje dice: «no le juimos poque semos hombres y tenemos que vivir comues la vida»<sup>43</sup>. En la novela, en un plano lingüístico, la expresión de los hablantes se sirve de la lengua regional, caracterizada por la oralidad, el uso de localismos, el empleo de un léxico colorido y de una sintaxis

<sup>42</sup> Alegría, Ciro, 1971a, p. 144.

<sup>43</sup> Alegría, Ciro, 1971b, p. 165.

fragmentada propia del discurso hablado. Dichos rasgos distinguen al «dialecto de Calemar» y, a la vez, informan de las variaciones del castellano andino.

El jurado del concurso de novelas de la editorial Nascimento, conformado por Marta Brunet, Ernesto Montenegro y Alberto Romero, acordó concederle el primer puesto a *La serpiente de oro*; el acta reza que, aun cuando «la obra se desarrolla en un ambiente extraño al nuestro, su belleza, vigor y originalidad la acreditan como digna de recompensa»<sup>44</sup>. La primera novela de Alegría obtuvo una recepción favorable en la crítica literaria, tal como lo demuestran un amplio comentario sobre la novela bajo el título «Crónica literaria» de Alone (*La Nación*, Santiago de Chile, 2 de febrero de 1936, reproducida en *Repertorio Americano*, N° 14, San José, 1936), el artículo «El mito de la selva adusta de la tragedia americana» de Luis Alberto Sánchez, donde estudia aspectos de la selva en la narrativa latinoamericana y comenta la primera novela de Alegría (*Repertorio Americano* N° 16, San José, 1936), y las reseñas de Nicanor Mujica Álvarez Calderón (*Claridad*, N° 299, Buenos Aires, 1936) y de Andrés Townsend Ecurra (*Claridad*, N° 304, Buenos Aires, 1936)<sup>45</sup>.

La novela *Los perros hambrientos* nació «de la lucha por la vida en el sentido general que le damos a tal expresión». Mientras se recuperaba de una embolia cerebral en el sanatorio de San José de Maipo, Alegría quedó con medio cuerpo paralizado y el médico le recomendó que escribiera: «Sería un buen ejercicio para flexibilizar los resortes afectados y volver las funciones a su punto»<sup>46</sup>. El aullido de unos perros por las noches fue suficiente para despertar en el escritor viejos recuerdos de su niñez:

<sup>44</sup> Alegría, *Ciro*, 1935, p. 5.

<sup>45</sup> En Lima, el periódico *El Universal* publicó noticias y referencias entre diciembre de 1935 y febrero de 1936 sobre la obtención del premio: «Un peruano obtiene premio literario en Chile», «El triunfo intelectual de *Ciro Alegría* en Chile» y «La novela de *Ciro Alegría*» eran algunos de los titulares (Varona, 1993). Debemos indicar que las novelas de Alegría estuvieron prohibidas en el Perú debido a la militancia política del autor; sin embargo, algunos ejemplares llegaron a circular en Lima. Las primeras ediciones peruanas de sus novelas recién empiezan a publicarse a partir de 1957.

<sup>46</sup> Alegría, *Ciro*, 2004, p. 194.

Con la noche solían aullar algunos perros encerrados en la caseta ubicada en medio del pinar que rodea al sanatorio. Eran broncas sus voces pero una de ellas, débil, pequeña, alargaba un agudo acento. [...] En tiempos lejanos, siendo un niño de cuatro o cinco años, había escuchado yo voces parecidas a la pequeña y aguda, mientras la sombra ceñía apretadamente la cordillera andina. Había escrito también un cuento llamado *Los perros hambrientos*. Viendo el asunto con más amplitud, una novela saldría de allí<sup>47</sup>.

Un drama basado en la historia de unos canes que producían aullidos desesperados en la penumbra de la noche se convertiría en el asunto de su siguiente novela, cuyo primer antecedente era un cuento, al igual que en *La serpiente de oro*. El título del cuento daría el nombre a la novela y es también el título del capítulo XVIII. La novela aborda el drama de la sequía que padecen los comuneros del valle de Páucar y los canes ovejeros de la familia de Simón Robles. La sequía produce una hambruna descomunal que trastoca por completo la apacible vida del campo y ocasiona rivalidad entre hombres y animales por la obtención de agua y alimentos para sobrevivir. El ámbito geográfico de la novela es la región andina, pero algunos capítulos lo extienden a la región amazónica, en particular, a una zona situada próxima a las riberas del río Marañón.

La novela se desarrolla entre un inicial estado de bienestar (capítulos I-IX), que es interrumpido violentamente por la sequía y la hambruna (capítulos XI-XVIII), y el retorno de la lluvia como momento final (capítulo XIX). Antonio Cornejo Polar observa que, en el desarrollo de la novela, «se interpolan considerables núcleos de acontecimientos marginales: algunos correlativos al asunto de la sequía, pero otros autónomos o semiautónomos con respecto a ese núcleo»<sup>48</sup>. Ello se explica, como en *La serpiente de oro*, debido a la secuencia aditiva de los capítulos, por lo que algunos de ellos tienen una raíz cuentística y son, en cierta manera, independientes, como «Historias de perros», «Peripeca de Mañu» y «El consejo del Rey Salomón».

<sup>47</sup> Alegría, Ciro, 2004, p. 194.

<sup>48</sup> Cornejo Polar, Antonio, 2004, p. 88.

Según Cornejo Polar, para tratar el fenómeno de la sequía el autor emplea dos recursos fundamentales: «la antítesis y el retardamiento del desarrollo de las acciones»; el primer procedimiento tiene por propósito contrastar la imagen eglógica del mundo andino con el estallido de la desgracia mediante la oposición «alegría-dolor» y el segundo consigue que, luego de aparecer la sequía, se pospongan sus trágicas consecuencias hasta reaparecer con poder avasallante y destructor. El cese de la inclemencia de la naturaleza se produce al final de la novela con el retorno de la lluvia.

Los comuneros, dedicados al cultivo del campo y al pastoreo, poseen sus tierras cerca de la casa hacienda del terrateniente local. La familia de Simón Robles, integrada por su esposa Juana, sus hijos Timoteo, Antuca, Vicenta y Martina, constituyen el núcleo de referencia de la novela, pues, en torno a ellos, se desarrollan la vida de los perros ovejeros y los avatares que tanto los hombres y los animales sufren a partir de la aparición de la sequía. Al igual que otros narradores orales en la novelística alegriana, Simón Robles tiene un don especial en el arte del cuento y una capacidad artística, pues gustaba de tocar la flauta y la caja. La llegada de decenas de campesinos de Huaira al valle de Páucar, liderados por el indio Mashe, plantea en la novela el tema de la desaparición de las comunidades en la sierra del Perú. Los huairinos encuentran un cobijo gracias a la solidaridad de los lugareños luego de sufrir el despojo de sus tierras a manos del hacendado local, quien se apoderó de ellas luego de unos trámites judiciales. Como otros personajes alegrianos, los hermanos Blas y Julián Celedón son temidos bandoleros, cuya vida transcurre al margen de la ley por dedicarse al abigeato. Los Celedonios —como se les conoce— enfrentan la persecución policial encabezada por el alférez Chumpi, quien, valiéndose de engaños, consigue acabar con ellos en su escondite en el caserío de Cañar, ubicado en la selva amazónica.

Las historias, aventuras y peripecias de los perros ovejeros Wanka, Güeso, Pellejo, Máuser, Mañu, Tinto, Chutín y Shapra constituyen el centro de la novela. Entre los canes y los hombres se desarrolla, en un primer momento, un especial vínculo de amistad, que solo se rompe cuando estalla la sequía; entonces, el hambre convierte a los animales

en un serio peligro para las ovejas y en una grave amenaza para los dueños. En la novela destacan las historias de Mañu, que demuestra valentía al cuidado de la casa de Mateo Tampu, luego de ser llevado este por los gendarmes, y la de Güeso, convertido en «perro de bandolero» al servicio de los hermanos Celedonios. Sin embargo, la desgracia también marca el destino de los perros, ya que varios de ellos tienen una muerte trágica. Una feroz dentellada de Raffles acaba con la vida de Tinto; Shapra es baleado al ingresar a una chacra del valle; Zambo muere envenenado; Pellejo, al comer su carne, también muere y, debido al hambre, Mañu corre la misma suerte. Por último, la vida de Güeso termina cuando es baleado por el oficial Chumpi.

El drama que viven hombres y animales, finalmente, concluye con un signo esperanzador: luego de un largo periodo de sequía, retornan las primeras lluvias y la vida renace. Es muy conmovedora la última escena de la novela, cuando Simón Robles ve llegar a Wanka a la casa: «—Wanka, Wankita, vos sabes lo que cuando el pobre y el animal no tienen tierra ni agua... Sabes, y puedo haber güelto... [...] Has güelto como la lluvia güena...»<sup>49</sup>.

La segunda novela de Alegría también mereció comentarios positivos en la crítica literaria, entre los cuales figuran las reseñas de Januario Espinoza (*Anales de la Universidad de Chile*, N°s 35-36, 1939), Enrique Espinoza (*Anales de la Universidad de Chile*, N°s 37-38, 1940), Concha Meléndez (*Revista Iberoamericana*, N° 5, Pensilvania, 1941) y Luis Eduardo Valcárcel (*Excelsior*, N° 89, Lima, 1940). Las reseñas destacan, entre otros puntos, el talento literario de Alegría, la caracterización de los perros como protagonistas de la novela, el acento trágico de la sequía, la estructuración de los episodios que acrecienta su intensidad, el sentido de denuncia contra los abusos que sufren injustamente los campesinos y la presentación de los personajes.

*El mundo es ancho y ajeno* surgió a partir del tema de la explotación de las tierras, representado en el drama de los comuneros encabezados por el indio Mashe, tratado en el capítulo XI de *Los perros hambrientos*. Al respecto, el autor nos explica:

<sup>49</sup> Alegría, Ciro, 1996, p. 275.

[...] escribía mi novela *Los perros hambrientos*, y estaba por titular uno de los capítulos *El mundo es ancho y ajeno*, cuando se me ocurrió que había una novela allí. En ese momento me azotó una inmensa ráfaga de ideas y recuerdos. Si no con todos los detalles y su completa estructura, panorámicamente vi el libro casi tal como está hoy<sup>50</sup>.

La oportunidad de escribir la nueva novela surgió cuando la editorial Farrar & Rinehart de Nueva York convocó, mediante la Unión Panamericana, a un concurso de novelas dirigido a escritores de Latinoamérica. Debido a la cercanía del plazo final, el novelista contó con un apoyo decisivo: «Un grupo de amigos resolvió darme una subvención mensual a fin de que tuviera todo el tiempo disponible [...]. Esa beca del aprecio y la generosidad me permitió escribir *El mundo es ancho y ajeno*»<sup>51</sup>. La colaboración del crítico literario Enrique Espinoza resultó clave en el proceso de elaboración y redacción de la novela, ya que se encargó de leer el avance del manuscrito y proponer algunas recomendaciones: «Espinoza sugirió eliminar tal o cual palabra, corregir este párrafo y el de más allá y, como tengo confianza en su juicio, lo hice». La ayuda de Rosalía Amézquita también fue importante en la lectura y corrección de los originales. El autor terminó de escribir la novela en cuatro meses y el jurado de Chile, conformado por Rubén Azócar, Alberto Romero y José Santos González Vera, la seleccionó para el concurso. A su vez, el jurado de Nueva York, integrado por John Dos Passos, Blair Niles y Ernesto Montenegro, acordó conceder el primer puesto a *El mundo es ancho y ajeno*<sup>52</sup>.

<sup>50</sup> Alegría, Ciro, 2004, p. 200.

<sup>51</sup> Alegría, Ciro, 2004, p. 201.

<sup>52</sup> Veremundo Carrillo Reveles (2019) ofrece un amplio estudio del concurso, su propósito, convocatoria, organización y resultados. El concurso, que buscaba dar a conocer las mejores novelas de la literatura latinoamericana en Estados Unidos dentro del marco del panamericanismo, nos hace ver las impresiones de la crítica literaria estadounidense sobre la narrativa del continente. En las principales reseñas sobre las novelas premiadas, predomina una imagen de los países de Latinoamérica vinculada con un mundo rural y agrario. Por otro lado, Carrillo precisa que el concurso revela también la existencia de una novela genuinamente latinoamericana.



Considerada como una «novela total», *El mundo es ancho y ajeno* se centra en el despojo de las tierras de la comunidad de Rumi en beneficio del hacendado Álvaro Amenábar, poderoso terrateniente local, quien cuenta a su favor con el sistema de justicia. Sus capítulos dan a conocer en toda su contradicción y tensionalidad la compleja realidad social y económica de la nación peruana de la primera mitad del siglo xx. La novela tiene como escenario la sierra del norte del Perú, pero el periplo de sus personajes y la migración de los comuneros debido al despojo de las tierras extienden su espacio geográfico hacia la costa y la selva, con lo que la tercera novela de Alegría ofrece una mayor visión crítica de la sociedad a través de su ampliación narrativa. Anclada en la poética de la novela de la tierra y afín a sus procedimientos de construcción narrativa, la modernidad de *El mundo es ancho y ajeno* se puede apreciar en su estructura interna, en el empleo de técnicas narrativas de la novela contemporánea y en el recurso de las interpolaciones, que diversifican la trama central presididas por un principio de unidad artística.

Heredera del antiguo *ayllu*, la comunidad de Rumi, cuyos miembros «creían ser descendientes de los cóndores»<sup>53</sup>, se caracteriza por el trabajo colectivo, la búsqueda del bien común y la equidad entre sus integrantes. Es liderada por el alcalde Rosendo Maqui, figura entrañable para los comuneros, con fama de hombre sabio, justo y honesto. No obstante, la comunidad se ve amenazada por la ambición del terrateniente local, cuyo poder avasallador se apodera de las tierras cercanas a su hacienda. Son elocuentes las palabras del anciano comunero Chauqui: «Cada día, pa pena del indio, hay menos comunidades. Yo he visto desaparecer a muchas arrebatadas por los gamonales. Se justificaban con la ley y el derecho. ¡La ley! ¡El derecho!»<sup>54</sup>. El enfrentamiento de la comunidad de Rumi con el hacendado evidencia el antagonismo entre dos clases sociales en el seno de una sociedad semifeudal, donde el terrateniente ejerce un poder ilimitado, amparado en el sistema de justicia y la fuerza pública.

<sup>53</sup> Alegría, Ciro, 1971b, p. 32.

<sup>54</sup> Alegría, Ciro, 1971b, p. 35.

La comunidad de Rumi, defendida por Rosendo Maqui, y a su muerte, por Clemente Yacu, enfrenta un juicio, en el que el hacendado hace prevalecer supuestos derechos sobre la propiedad de las tierras mediante argucias legales; el fallo judicial dispone injustamente la expropiación, lo que determina una diáspora que lleva a los comuneros a destinos con diferente suerte. Algunos buscan nuevas tierras; otros marchan a la puna para trabajar en la minería, como Calixto Páucar, muerto trágicamente, o parten a la selva amazónica, como Augusto Maqui, quien pierde la vida en la explotación del caucho. Debido a las interpolaciones que experimenta la trama narrativa, el temible bandolero Fiero Vásquez aparece en escena, se une a la lucha de los comuneros y convierte a su banda «en una suerte de ‘brazo armado no oficial’ de la comunidad de Rumi»<sup>55</sup>.

Luego de haber recorrido pueblos y ciudades de la costa, donde conoció la realidad obrera, la lucha sindical y conceptos básicos de la ideología marxista, el personaje Benito Castro retorna a la comunidad y es elegido último alcalde de Rumi. Como líder, encarna un proyecto transformador cuyo propósito es la modernización de la comunidad indígena, para lo cual cuestiona el sistema tradicional de creencias y busca implementar acciones para revertir el estado de sometimiento de los indios ante el poder económico de las haciendas. Encabezados por Benito Castro, la sublevación indígena es la única alternativa de defensa ante el fallo judicial que dispone un segundo despojo de las tierras que habitan los campesinos. Sus palabras reflexionan sobre el atropello que han experimentado los comuneros:

[...] ha llegao la hora de defendernos [...]. La ley ha sido contraria y con un fallo se nos quiere aventar a la esclavitud, a la misma muerte. [...] yo, comuneros, conozco el mundo ancho donde nosotros, los pobres, solemos vivir. Y yo les digo con toda verdá que pa nosotros los pobres, el mundo es ancho pero ajeno. [...] Defendamos nuestra tierra, nuestro sitio en el mundo, que así defenderemos nuestra libertá y nuestra vida<sup>56</sup>.

<sup>55</sup> Escajadillo, Tomás, 1983, p. 78.

<sup>56</sup> Alegría, Ciro, 1971b, pp. 486-487.

Las arengas de Benito Castro representan la protesta histórica de los pueblos del ande frente al abuso y la explotación del Estado criollo; su discurso se hace eco de las demandas de los líderes indígenas y mestizos que, en defensa de sus derechos y sus tierras, se enfrentaron al poder económico y político a lo largo de la historia de la nación peruana. De este modo, *El mundo es ancho y ajeno* nos ofrece una gran lección de lucha cuyo mensaje se mantiene vigente en el Perú de hoy, donde todavía predominan la injusticia social, la desigualdad y otras formas de explotación que reactualizan la opresión sobre los otros.

A nivel continental, la recepción crítica celebró la aparición de la novela. Entre los textos, se pueden mencionar las reseñas de Luis Alberto Sánchez (*La Nueva Democracia*, N° 105, Nueva York, 1941), de Luis Eduardo Valcárcel (*Excelsior*, N° 106, Lima, 1941), el texto «Noticia sobre Ciro Alegría» de Magda Portal (*Repertorio Americano*, N° 8, San José, 1941) y el reportaje «Ciro Alegría, el novelista N° 1 de América Latina» del suplemento *LEA* (Informe N° 259, Santiago de Chile, 1941). Los artículos «*El mundo es ancho y ajeno*. Novela de Ciro Alegría» de Concha Meléndez (*Revista Iberoamericana*, N° 9, Pensilvania, 1942), «Alrededor de *El mundo es ancho y ajeno*, novela sudamericana» de Moisés Fuentes Ibáñez (*Tres*, N° 9, Lima, 1941) y «Ciro Alegría en la novela americana» de Luis Alberto Sánchez (*Excelsior*, N°s 101-102, Lima, 1941) brindan importantes aproximaciones a la novela de Alegría. Entre los temas tratados, los textos críticos abordan la humanización del paisaje, la comunidad como protagonista colectivo, el éxodo derivado del despojo de las tierras, el diseño de los personajes, la denuncia contenida en sus páginas y la búsqueda de justicia.

## LOS TEXTOS CRÍTICOS DE ALEGRÍA ESCRITOS EN SANTIAGO

Además de textos de ficción, Alegría escribe artículos críticos sobre literatura, sociología y política que se publican en diarios y revistas de Chile o se envían como colaboraciones a revistas del Perú, Argentina, Cuba, Estados Unidos y Costa Rica. Entre los

artículos podemos mencionar «Posibilidad de un teatro nuevo en Indoamérica» (*Claridad*, N°s 306-307, Buenos Aires, 1936), «La Venezuela actual y la 'Renave' (Reportaje a Mariano Picón Salas)» (*Repertorio Americano*, N° 20, San José, 1936), que aborda la realidad política de dicho país, «Aprismo y literatura» (*Books Abroad*, Vol. 12, Oklahoma, 1938), «Encuentro y breve exploración del cholo» (*Universidad de La Habana*, N° 16, La Habana, 1938) y «Estampa de nuestro Garcilaso» (*Crónica social*, N° 198, Lima, 1939). También figuran el conocido texto testimonial «Novela de mis novelas» (*Sphinx*, N° 3, Lima, 1938) y los prólogos de las novelas *Hombres y rejas* de Juan Seoane (Ercilla, 1937) y *Un niño nació judío* de Efraín Szmulewicz Gelbart (Editorial Zig-Zag, 1940). Debemos añadir los artículos que escribe Alegría para la revista *Babel*, invitado a colaborar por Enrique Espinoza; en sus páginas, aparecen «Impresión de José Carlos Mariátegui» (N° 13, 1940), «Perfil de un revolucionario», dedicado a León Trotsky (N°s 15/16, 1941), y «Una lección de Hudson» (N° 18, 1941).

El prólogo que Alegría escribe para la novela *Hombres y rejas* (1937) de Juan Seoane, uno de los libros de escritores peruanos publicados por la editorial Ercilla, nos permite apreciar su perspectiva crítica de la literatura de inspiración política. Hermano del líder aprista Manuel Seoane, el autor estuvo encarcelado durante 10 años en la Penitenciaría de Lima, donde Alegría lo conoció. La novela aborda desde un punto de vista testimonial la dura experiencia en el panóptico y reconstruye hechos conmovedores que nos ofrecen una imagen de los padecimientos de los presos políticos en el Perú en las primeras décadas del siglo xx. *Hombres y rejas* se enmarca dentro de la vertiente de la literatura política, que se centra en la recreación de acontecimientos revolucionarios y las experiencias de líderes políticos e ideólogos en la prisión, entre otros temas<sup>57</sup>.

<sup>57</sup> *Hombres y rejas* de Seoane inaugura en la literatura peruana la tradición de la novela carcelaria, en la que figuran *Sol: están destruyendo a tus hijos* (1942) de Serafín Delmar, *Prisiones junto al mar* (1943) de Armando Bazán, *La prisión* (1951) de Gustavo Valcárcel, *Vagancia* (1957) de Miguel de la Mata, *El sexto* (1961) de José María Arguedas, *El frontón* (1966) de Julio Garrido Malaver, *Los hijos del orden* (1973) de Luis Urteaga y *El dilema de Krause* (1979), novela póstuma de Alegría.

En su prólogo, Alegría valora el sentido de lucha de la militancia aprista, lo cual muchas veces significa morir, ir a la cárcel o partir al destierro. Sus palabras nos ofrecen la imagen de Juan Seoane, correligionario suyo, como «un hombre sensitivo y firme», con quien comparte los mismos padecimientos: «Pero el alma sufría en lo profundo. La de él, la nuestra. Sufrimos»<sup>58</sup>. Ese sufrimiento del político combativo es el motivo que inspira la novela: «[e]ste dolor ha escrito las páginas del libro de Seoane». Alegría nos hace ver que el autor opta por no hacer referencia en la novela a la tragedia familiar que le produjo la prisión, tampoco explicita «cómo se lo ha encerrado cometiendo una monstruosa injusticia», ya que el proceso que lo condenó fue «la farsa de una acusación sin mediar pruebas y menos culpabilidad»<sup>59</sup>.

Desde el punto de vista de Alegría, la lucha de Seoane busca la libertad como una aspiración mayor del hombre y de la justicia, lo que se proyecta en una dimensión trascendente, ya que va más allá de la circunstancia personal del líder combativo: «Es un alegato por la total liberación humana de la injusticia. Este generoso acento colectivista es uno de los grandes méritos del libro». Alegría nos explica, a partir de episodios de la novela, que la fraternidad es una virtud que se mantiene entre los presidiarios y que, en el mundo soterrado de la cárcel, todo lo que sucede es conmovedor.

Es importante el juicio de Alegría al señalar que la novela «no ha caído en la vulgaridad de una barata propaganda», ya que su autor «ha conducido el relato por el justo camino». Este punto lo lleva a plantearse la conveniencia, o no, de enfocar la literatura desde el campo de la política. Para Alegría, si la política se entiende en su verdadera dimensión, en «su profundo sentido director», la obra de creación tendrá siempre esa naturaleza: «Y de allí que toda obra tenga siempre una causa y una consecuencia políticas, inclusive la obra de arte. Ella será influenciada e influenciará políticamente»<sup>60</sup>. Alegría percibe en la novela un sentido aleccionador, ya que nos hace prever la amenaza que se yergue sobre el hombre cuando el destino se vuelve incierto:

<sup>58</sup> Alegría, Ciro, 2004, p. 22.

<sup>59</sup> Alegría, Ciro, 2004, p. 23.

<sup>60</sup> Alegría, Ciro, 2004, p. 25.

«En una hora en que la inquietud del mundo ve desdibujarse, sobre un horizonte de fuego, el renovado peligro de las cadenas opresoras, es necesario que surjan, sin mengua de la estética, libros como este»<sup>61</sup>.

En el artículo «Impresión de José Carlos Mariátegui», Alegría traza una semblanza del conocido ensayista peruano, autor de los *7 ensayos de interpretación de la realidad nacional* y fundador de la revista *Amauta*. Su condición de aprista no le impide al novelista realizar una justa valoración de uno de los pensadores más lúcidos del Perú y del continente americano, contemporáneo de Haya de la Torre, José de Vasconcelos, Germán Arciniegas, Ezequiel Martínez Estrada y Mariano Picón Salas, entre otros intelectuales. Llamándolo «un artista y un conductor», para Alegría es valioso el trabajo de Mariátegui por haberse dedicado al estudio riguroso de la realidad social y los problemas del Perú, asumiendo «el conflicto fundamental del hombre». La influencia del marxismo, clave en el pensamiento del ensayista peruano, orientó su trabajo crítico y su posición política: «Según el método marxista, él tomó su lugar al lado de los pobres del Perú y del mundo. Luchó, penó, predicó. Pocas voces americanas han sonado con tanta claridad»<sup>62</sup>.

Alegría reconoce el impacto que produjo la revista *Amauta* en las generaciones de jóvenes de su tiempo y el gran aporte que representó el contenido de la publicación para la cultura y al pensamiento nacional:

*Amauta* influyó notablemente en la juventud peruana. Yo era estudiante del Colegio Nacional de San Juan cuando la revista hizo su entrada triunfal en los claustros. [...]

En *Amauta* aprendimos los nuevos valores del mundo. En hombres y en ideas. Ese era un panorama muy completo de todo lo que insurgía en artes, letras, ciencias, filosofía y política. Pero no había allí un mero trabajo de exposición ni un barato forcejeo propagandista. La revista aparecía tocada por la emoción superior de la fe; en toda ella se respiraba un clima de noble pasión. El espíritu del director marcaba su impronta<sup>63</sup>.

<sup>61</sup> Alegría, Ciro, 2004, p. 25.

<sup>62</sup> Alegría, Ciro, 2004, p. 77.

<sup>63</sup> Alegría, Ciro, 2004, pp. 77-78.

El rol de la revista en el Perú fue altamente positivo en las primeras décadas del siglo XX —su legado se mantiene vigente hasta nuestros días—, ya que se trataba de una publicación que ofrecía una variedad de temas de actualidad pertenecientes a diferentes disciplinas del conocimiento. Para Alegría, es importante el alto nivel de la publicación en el tratamiento y rigor de los temas gracias al talento de Mariátegui, cuya huella es fundamental en la historia de las ideas en el continente americano en las décadas del veinte y del treinta.

Por otro lado, el juicio de Alegría nos hace ver la amplitud de la mirada de Mariátegui sobre el arte y la estética, en especial, a la hora de reconocer el talento creador de escritores y poetas: «Aun reconsideramos antiguos nombres, entre ellos el del poeta José María Eguren, tercamente silenciado y prácticamente desconocido. *Amauta* le dedicó un número de homenaje»<sup>64</sup>. La obra de Eguren, de clara influencia simbolista, conformada de poesías que nos hablan de seres misteriosos y de mundos de ensueño, representa una tendencia de la creación desligada de la realidad objetiva; esta particularidad, sin embargo, no es óbice para que Mariátegui deje de apreciar las posibilidades expresivas y estéticas del inmanentismo en la poesía de Eguren, tal como lo señala el novelista:

Este acto provocó después bajos ataques o romas «interpretaciones». Se dijo que cómo una revista revolucionaria y proletaria podía rendir un homenaje a un poeta de minorías y si se quiere de *elites*. Es que Mariátegui era un espíritu profundo que tomaba para la revolución todas las grandes manifestaciones del hombre. Su vigilancia destacaba al producto típico de la expresión popular —tal el caso del escritor criollo Abelardo Gamarra— como al artista fino que por el momento campeaba en reducidos estadios<sup>65</sup>.

Las palabras de Alegría demuestran la perspectiva crítica del ensayista al valorar tanto las manifestaciones de la cultura nacidas en el pueblo como aquellas creaciones estéticas de naturaleza insular,

<sup>64</sup> Alegría, Ciro, 2004, p. 78.

<sup>65</sup> Alegría, Ciro, 2004, pp. 77-78.

que también revelan elevadas expresiones del espíritu. Al margen del origen y de la procedencia del arte, Mariátegui, un hombre familiarizado con las tendencias creativas de su tiempo, sabe apreciar la sensibilidad estética frente a un concepto muy limitado de la creación humana.

El artículo, por último, destaca la apropiación de los aportes de la cultura occidental que Mariátegui, «el gran americano», supo asimilar, pero, sobre todo, procesar para su debida aplicación al estudio de las particularidades de la realidad nacional y latinoamericana. Llamarlo «americano» no implica ubicarlo en un reducido concepto de «pintoresco autoctonismo», tampoco equivale a decir «no europeo y menos antieuropeo»; para Alegría, ello se explica «[p]orque Mariátegui supo ser de aquí, afirmándose en la tierra nuestra sin renunciar a ninguna de las conquistas —europeas— del hombre moderno [...] [que] es la más sabia y original de sus características»<sup>66</sup>. En la misma línea de reflexión de Alegría, es importante recordar que el propio Mariátegui estaba convencido de la naturaleza específica de sus ideas políticas, en particular, sobre cómo debía entenderse el socialismo: «No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano»<sup>67</sup>.

Uno de los artículos de carácter político que escribe Alegría en Chile es el titulado «Perfil de un revolucionario», que trata sobre la figura de León Trotsky y que se publica en los números 15-16 de la revista *Babel*. En estos dos números publicados en un solo volumen, la prestigiosa revista rinde un homenaje al revolucionario ruso a raíz de su reciente muerte acaecida en México en agosto de 1940. El texto de Alegría tiene por finalidad reivindicar su imagen frente a quienes trataban de desprestigiar su vida y acción política, y es, a la vez, una muestra de la importancia que tiene para el autor la trayectoria de los verdaderos líderes que luchan por una revolución auténtica.

<sup>66</sup> Alegría, Ciro, 2004, p. 81.

<sup>67</sup> Mariátegui, José Carlos, 1990, p. 249.



En el artículo, Alegría expresa su adhesión a la Revolución rusa, lo que el novelista explica por ser el hecho histórico que marcó a su generación. Más que la influencia de las ideas de la Revolución francesa, los jóvenes de la época de Alegría vieron en aquella la verdadera antorcha de luz: «Lo que nos alumbraba, la nuestra, era la rusa. Siguiendo su luz hemos caminado durante largos años»<sup>68</sup>. El escritor destaca las virtudes de Trotsky y sitúa al líder ruso en un marco adecuado para poder apreciar su dimensión real: «Trotsky fue, en vida y obra, un hombre de pensamiento y un hombre de acción y, sobre todo, en la acepción más amplia del término, un revolucionario»<sup>69</sup>. De esta manera, Alegría toma distancia de quienes lo descalifican y, por el contrario, enfatiza «su fuerza dialéctica y su capacidad de acción» para desvirtuar la idea sostenida por sus detractores de que no era capaz de actuar sobre el estado de cosas de la realidad. Su acción, que apelaba al método marxista, «arquitecturó un plan revolucionario factible y cuya eficacia, en todo caso, es imposible negar»; ello estuvo precedido de su rol en la puesta en práctica de técnicas revolucionarias, en la organización del Ejército Rojo y en los demás logros de la Revolución de Octubre.

Una supuesta «falta de *realismo*» en Trotsky es invocada por sus opositores para limitar el poder transformador de su acción y el alcance certero de su pensamiento. Frente a ello, Alegría resalta que el revolucionario caído en México «ha vivido una existencia heroica de cuyo mérito está llamado a atestiguar el tiempo»<sup>70</sup>. Es importante valorar no solo su actuación política, sino también el papel de Trotsky como escritor, pues para él «escribir era también una manera de actuar [...] significaba combatir, atacar, defender, sembrar»<sup>71</sup>. De este modo, la escritura afirmaba su temple político, su capacidad combativa y la lucidez de su pensamiento.

Para Alegría, una vez que se supere el rechazo surgido en contra de Trotsky, se podrá apreciar el verdadero valor de su ortodoxia y el papel que cumplió en la historia; se podrá analizar en su amplio

<sup>68</sup> Alegría, Ciro, 2004, p. 26.

<sup>69</sup> Alegría, Ciro, 2004, p. 26.

<sup>70</sup> Alegría, Ciro, 2004a, p. 27.

<sup>71</sup> Alegría, Ciro, 2004b, p. 28

sentido su intervención «en una gran parte de la jornada del mundo». Sobre el enfrentamiento entre Trotsky y Stalin, en la perspectiva del escritor peruano, pese al triunfo del último, es posible que la ortodoxia del primero adquiriera mayor beligerancia con el tiempo y que, como en su momento, «sea llevada a la vanguardia del combate».

**GABRIELA MISTRAL ÍNTIMA: TESTIMONIO DE LA AMISTAD ENTRE ALEGRÍA Y GABRIELA MISTRAL**

Una de las grandes personalidades de la literatura chilena y latinoamericana con quien Alegría compartió una especial amistad es la poeta Gabriela Mistral, la primera y única mujer de Latinoamérica galardonada con el Premio Nobel de Literatura. El testimonio de esa amistad quedó plasmado en su libro *Gabriela Mistral íntima*, publicado póstumamente en 1969, donde el autor se propone ofrecer una imagen «inédita» de la poeta, con quien, según recuerda, «nos unía un afecto fiel y profundo»<sup>72</sup>. La amistad, que se inició en 1947, dos años después de que obtuviera el Premio Nobel, cuando ambos residían en Estados Unidos, se extendió hasta la muerte de la poeta, acaecida 10 años después, y es una muestra de los estrechos vínculos de Gabriela Mistral con escritores y artistas peruanos<sup>73</sup>. Gracias a

<sup>72</sup> El libro se organiza a partir de las crónicas que Alegría escribió luego de la muerte de Gabriela Mistral publicadas entre febrero y marzo de 1947 en el diario *Alerta* de Santiago de Cuba. El libro también incluye cartas de la poeta al escritor, cartas de Ligia Marchand, segunda esposa de Alegría, y el poema «Herramientas» del libro *Lagar* de Gabriela Mistral dedicado al novelista.

<sup>73</sup> En el reciente libro *Encuentro con Perú* (2019), editado por Pedro Pablo Zegers, se puede observar el vínculo de Gabriela Mistral con escritores, intelectuales y artistas peruanos, como Luis Alberto Sánchez, Haya de la Torre, Carlos Camino Calderón, Xavier Abril, Teresa María Llona y José Sabogal. La llegada de Gabriela Mistral al Perú en julio de 1938, rumbo a Nueva York, produjo un enorme interés por conocerla; al puerto del Callao, concurrieron entusiasmados varios escritores jóvenes, entre ellos, José Alvarado Sánchez, José A. Hernández, Augusto Tamayo Vargas y Pilar Laña Santillana. En Lima, la poeta conoció a José María Eguren, por cuya poesía sentía especial admiración; además, suscitó muestras de aprecio de instituciones y asociaciones culturales de Lima y Arequipa, que saludaban y reconocían su talento creativo. En las cartas y documentos conservados en la Biblioteca Nacional de Chile, podemos conocer el americanismo de la época y los lazos de hermandad que existían entonces entre los escritores de Perú y Chile.

una invitación, Alegría la conoció personalmente en su residencia ubicada en Santa Bárbara (California), lo que no fue posible cuando se encontraba en Santiago de Chile, 10 años antes.

Para Alegría, visitar y conocer a Gabriela Mistral fue una experiencia de hondo significado, sobre todo porque le permitió apreciar su verdadera dimensión humana y el sentir de su alma como mujer. El testimonio nos acerca a ella en el periodo final de su existencia, empeñada en seguir escribiendo, con una agenda de compromisos y viajes y, en particular, agobiada por la enfermedad. Gabriela Mistral, urgida de narrar episodios de su vida y evocar hechos del pasado, encuentra en Alegría a una persona que le puede escuchar, a un interlocutor atento a su confesión, a quien puede confiar y compartir aspectos de su vida personal. Quizás asistimos en el testimonio de Alegría al recuerdo más conmovedor, sentido e intenso de los últimos años de vida de la poeta chilena.

Mujer alta, fuerte, con rasgos mestizos en que confluía su origen ancestral y vasco, a la vez, muy sensible, fina, apasionada y con sentimientos de tristeza, es la imagen de Gabriela Mistral en las palabras de Alegría. Es también una mujer sencilla, humana, cristiana y creyente. El retrato nos presenta la personalidad de una mujer en toda su complejidad, en la que destacan características y rasgos personales que revelan una particularidad esencial, sin contradicciones, sino más bien armonizadas en la configuración de una mujer excepcional. En Gabriela Mistral debemos apreciar a una mujer amante de lo mejor de la literatura española y de las obras representativas de la literatura universal, ligada a la América indígena, católica y lectora de los Salmos de David, identificada con el sufrimiento judío, conocedora del hinduismo y del misticismo, con compromiso social y actitud crítica frente a los problemas de la realidad americana. El signo de lo trágico también acompaña la vida de Gabriela Mistral desde que era joven: el suicidio de su primer amor, la extraña muerte de un querido sobrino suyo, la ausencia del padre y la muerte del abuelo; por ello, un sentimiento de dolor, pesar y melancolía latía en el fondo de su alma.

El autor recuerda las palabras de la poeta: «Ciro, yo soy indio»; decía «tener sangre quechua» y evocaba que «su región de nacimiento perteneció al Imperio de los incas»<sup>74</sup>. La preocupación por el indio y la valoración del legado indígena en los pueblos del continente americano son temas de interés en el pensamiento de Gabriela Mistral. Para la poeta, el componente indígena de su condición mestiza tiene un especial significado; una muestra de su origen indio es el amor que siente por las plantas y las expresiones de la naturaleza. En sus conversaciones con Alegría, a quien llama «hermano andino», la poeta pregunta por la cultura incaica, se entusiasma con la fuerza terrígena del continente y se adhiere al sentido telúrico del alma americana. Para el novelista, «[e]ra la nuestra una amistad surgida de la América ancestral». Gabriela Mistral, familiarizada con la lectura de las novelas de Alegría, evoca el valle del Elqui, su tierra natal, motivada por la lectura de *Los perros hambrientos*, cuya historia transcurre en la sierra del Perú, y calificaba a *El mundo es ancho y ajeno* como «el libro más vital que se ha escrito en América Latina, en los últimos años»<sup>75</sup>.

En la impresión del novelista, la valoración de objetos típicos de la artesanía de México y Perú conservados por la poeta denota su alma americana. En la primera mitad del siglo xx, el valor espiritual de lo indio recorre las venas de la literatura latinoamericana. Para Alegría, en la constitución del ser americano priman «las influencias telúricas del continente», que acriollan los elementos externos con «la sangre de las razas nativas». Este arraigo del telurismo y de lo indígena es la base de la americanidad y se manifiesta en escritores como Gabriela Mistral, el Inca Garcilaso de la Vega, Rubén Darío, César Vallejo y José Carlos Mariátegui. En ellos, al igual que en la narrativa de Alegría, late un sentimiento de autoctonía y un lazo vital con la América terrígena. En particular, podemos decir «Gabriela Mistral americana» para señalar que su poesía se halla ligada a la tierra y que, en sus versos, late un alma ancestral.

<sup>74</sup> Alegría, *Ciro*, 1980, p. 17.

<sup>75</sup> Alegría, *Ciro*, 1980, p. 54.

Escrito en 1957 a raíz de la muerte de Gabriela Mistral, el testimonio de Alegría nos permite apreciar, comprender y valorar la dimensión humana de la poeta chilena, una de las mayores voces de la literatura del continente y a nivel mundial. Las palabras del escritor peruano trazan el derrotero de sus últimos años de vida, su drama personal, el proceso de deterioro de su salud, y nos brindan una sentida aproximación a su excepcional personalidad. Este testimonio y las cartas que ambos intercambiaron durante varios años son documentos de gran valor para poder conocer aspectos de la biografía de la célebre poeta.

## CONCLUSIÓN

La amarga experiencia del destierro en Santiago de Chile, pese a las dificultades iniciales, la angustia y la enfermedad, representa para Ciro Alegría una oportunidad para afirmar su vocación por la literatura y el periodismo y, sobre todo, para desarrollar una brillante carrera como escritor. Desde el año 1934 hasta abril de 1941, Alegría permaneció en Chile; durante ese tiempo escribió su conocida «trilogía novelística», conformada por *La serpiente de oro*, *Los perros hambrientos* y *El mundo es ancho y ajeno*. La tercera novela, que ganó el primer puesto en el concurso de novelas de la editorial Farrar & Riehnart de Nueva York, le abrió las puertas de la celebridad y el autor se convirtió en un escritor de talla mundial.

La estancia de Alegría en Santiago de Chile coincide con la época de oro de la industria editorial que, impulsada por las editoriales Ercilla, Zig-Zag y Nascimento, contribuyó a dinamizar la escena literaria y cultural en las décadas del treinta y del cuarenta. En ese contexto, Alegría logra un reconocimiento por su talento creativo, ingresa a formar parte de las redes literarias y es elegido miembro de la Sociedad de Escritores de Chile, con lo que se afianzan aún más sus lazos con los escritores e intelectuales del circuito santiaguino. En ese ambiente, en el que se desarrollan proyectos literarios y culturales y se produce la reaparición de la revista *Babel*, se aboga

por el compromiso social del artista, del escritor y del intelectual a partir de determinadas tendencias ideológicas y políticas.

La novelística de Alegría, inspirada en la realidad del mundo andino, plantea el problema del indio y de la tierra con un sentido de denuncia social. Sus obras, que tuvieron una especial recepción en la crítica literaria, se inscriben en el marco del regionalismo latinoamericano y representan la cima de la literatura indigenista. Alegría, fiel a un sentimiento latinoamericanista, siempre valoró la amistad y el aprecio de los escritores e intelectuales a quienes conoció en Santiago de Chile. Su amistad con Gabriela Mistral, a quien no pudo conocer en su estancia santiaguina, es una muestra de esa valoración y aprecio. El testimonio de Alegría es, tal vez, uno de los mejores retratos de la dimensión humana de la poeta y una aproximación a su excepcional personalidad.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALEGRÍA, CIRO, *Novela de mis novelas*, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2004.
- , *El mundo es ancho y ajeno*, Buenos Aires: Losada, 1971b [1941].
- , *Gabriela Mistral íntima*, Bogotá: Oveja Negra, 1980 [1969].
- , *La serpiente de oro*, Buenos Aires: Losada, 1971a [1935].
- , *Los perros hambrientos*, edición de Carlos Villanes Cairo, Madrid: Cátedra, 1996 [1939].
- , *Mucha suerte con harto palo*, ordenamiento, prólogo y notas de Dora Varona, Buenos Aires: Losada, 1976.
- AMÉZQUITA, ROSALÍA, «Ciro Alegría en el recuerdo de Rosalía Amézquita de Alegría», en *La Prensa*, Lima, 30 de junio de 1969, p. 13, 1969.
- CARRILLO REVELES, VEREMUNDO, «‘Las Américas’, una historia de novelas. El Concurso Literario de la Unión Panamericana como instrumento diplomático», en *Revista de Historia de América*, N° 16, pp. 279-319, 2019.
- CASTRO ARENAS, MARIO, *La novela peruana y la evolución social*, Lima: Ediciones Cultura y Libertad, 1964.
- CORNEJO POLAR, ANTONIO, *La «trilogía novelística clásica» de Ciro Alegría*, Lima,: Latinoamericana, 2004.
- CUETO, ALONSO, «Escritores peruanos y chilenos: asombros comunes», 2011. En: <https://www.revistadossier.cl/escritores-peruanos-y-chilenos-asombros-comunes/>

- , «Amistades literarias», en *Quehacer*, N° 176, pp. 115-122, 2009.
- ESCAJADILLO, TOMÁS, *Alegría y el mundo es ancho y ajeno*, Lima: Instituto de Investigaciones Humanísticas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1983.
- HERNÁNDEZ TOLEDO, SEBASTIÁN, «Apristas en Chile: circuitos intelectuales y redes políticas durante los años 1930», en *Revista de Historia y Geografía*, N° 31, pp. 77-94, 2014.
- JOSÉ, JUAN, «Con Ciro Alegría», en *Repertorio Americano*, N° 10, junio de 1941, p. 155, 1941.
- MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS, *Ideología y política*, Lima: Amauta, 1990.
- MISTRAL, GABRIELA, *Encuentro con Perú*, compilación de Pedro Pablo Zegers, Santiago: Ediciones Biblioteca Nacional, 2019.
- MORAGA, FABIO, «Una convivencia reanudada. Exilios e intercambios culturales y políticos entre Chile y Perú (1920-1940)», en González, Sergio y Parodi, Daniel, comps., *Las historias que nos unen. Episodios positivos en la relaciones peruano-chilenas, siglos XIX y XX*, Santiago: RIL Editores y Universidad Arturo Prat, pp. 177-203, 2013.
- PEÑALOZA, CARLA, «España en el corazón de los chilenos. La alianza de intelectuales y la revista *Aurora* de Chile, 1937-1939», en *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, Vol. 38, N° 2, pp. 55-81, 2011.
- PINEDO, JAVIER, «El asilo contra la opresión. Pensadores iberoamericanos en Chile 1930-1940: exilios, conceptos y visiones del país», en: *Taller de Letras*, N° 56, pp. 67-87, 2015.
- SALAS, LUZMÁN, «Ciro Alegría y Pedro Barrantes, hitos de la novela peruana», en: *Pueblo Continente*, Vol. 20, N° 2, pp. 273-275, 2009.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, *Visto y vivido en Chile*, Lima: DESA, 1990.
- SCHIDLOWSKY, DAVID, *Neruda y su tiempo. Las furias y las penas. Tomo I. 1904-1949*, Santiago: RIL Editores, 2008.
- SUBERCASEAUX, BERNARDO, «Editoriales y círculos intelectuales en Chile 1930-1950», en *Revista Chilena de Literatura*, N° 72, pp. 221-233, 2008.
- VARONA, DORA, *La sombra del cóndor. Biografía ilustrada de Ciro Alegría*, Lima: DISELPESA, 1993.
- , ed., *Ciro Alegría. Trayectoria y mensaje*, Lima: Universo, 1972.
- VARGAS LLOSA, MARIO, *Piedra de toque I (1962-1983)*, Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 2012.





2.0.

ACADÉMICOS, POLÍTICOS Y ARTISTAS



## 2.1 LAUTARO NÚÑEZ ATENCIO, TRANSHUMANTE DEL DESIERTO DE ATACAMA

*Sergio González Miranda*

### INTRODUCCIÓN

En el estudio sobre la genealogía de la sociología chilena como disciplina, realizado por J.J. Brunner en Flacso, el autor dice que se «empieza a hablar en nuestro país más o menos coetáneamente con su origen en Europa. En cambio, su institucionalización y profesionalización son mucho más tardías»<sup>1</sup>. Señala que primero nace como discurso y posteriormente como profesión científica. *Mutatis mutandis*, se puede decir algo similar respecto de las otras ciencias sociales, y también de la arqueología e historiografía chilenas.

Con relación a la arqueología chilena, según José Antonio González, el arqueólogo Mario Orellana establece una periodización en cinco etapas: «la inicial —periodo de las exploraciones— que se extiende entre 1842 y 1882, siendo la obra de José Toribio Medina el cierre de la fase; la segunda —periodo inicial de la disciplina— la que va desde 1882 hasta 1911, que termina con el arribo de Max Uhle; la tercera —el periodo de las primeras secuencias cronológicas culturales— que discurre entre 1911 y hasta 1940, que constituye el despliegue de los investigadores chilenos, Latcham, Oyarzún, Guevara, Capdeville, Looser, junto a Gusinde y Uhle; la cuarta —periodo de la influencia de la arqueología estadounidense— entre 1940 y 1960 donde se subraya las obras de Cornely, Mostny, Iribarren y Ryden; una quinta que abarca desde 1960 hasta 1990, caracterizada por

---

<sup>1</sup> Brunner, J.J., 1984, p. 5.

los estudios universitarios arqueológicos y nuevas sociedades»<sup>2</sup>. J.A. González, pensando en el norte antofagastino, agrega los nombres de José María Casassas y Bente Bittmann. Cada región podría tener su propia periodización porque, sacándonos el pesado abrigo del nacionalismo metodológico, algunas regiones podrían estar más vinculadas al devenir de otras regiones de países fronterizos, especialmente si en algún periodo histórico formaron parte de un mismo espacio.

La región de Tarapacá, antigua provincia peruana, desde comienzos del siglo XIX fue testigo del arribo de viajeros interesados especialmente en la incipiente industria del salitre. Los nombres de algunos de ellos alcanzaron fama por la calidad de sus observaciones. El primer investigador que se podría definir de científico llegó a Iquique en 1826 (en rigor a Huantajaya). Su nombre: William Bollaert. Entre 1827 y 1828 realizó un trabajo etnográfico a petición del gobierno del Perú —con la colaboración de un empresario salitrero, inventor, dibujante y conocedor del desierto, George Smith— cuyos resultados los presentaría en la Royal Geographical Society de Londres. El libro de Bollaert se tituló: *Antiquarian, Ethnological and other Researches in New Granada, Ecuador, Perú and Chile, with the Observations on the Preincarial, Incarial and other Monuments of Peruvian Nations* (Ed. Trübner C°, London, 1860). A Bollaert le seguirían otros de gran renombre. El geógrafo Francisco Riso Patrón, en 1890, afirma en el prólogo de su *Diccionario geográfico de las provincias de Tacna y Tarapacá* que, «después de 1830, época, en que principió a exportarse el salitre, varios naturalistas y viajeros han recorrido el territorio de Tarapacá, entre los cuales están consultados: Darwin, Forbes, Smith, Philippi, Raimondi, etc»<sup>3</sup>. Podríamos agregar muchos nombres.

A través de esos viajeros e investigadores, arribaron a Tarapacá los discursos arqueológicos, antropológicos e históricos, más o menos al mismo tiempo que a las grandes ciudades como Santiago, Valparaíso y Lima. La expansión de la industria del salitre puso en la mirada

<sup>2</sup> González, J.A., 2011, pp. 391-438. Esta obra se gestó precisamente a raíz del otorgamiento del Doctorado Honoris Causa al académico Lautaro Núñez, donde publicaron artículos diversos colegas vinculados con sus investigaciones.

<sup>3</sup> Riso Patrón, Francisco, 1890, p. 2.

del mundo al desierto de Atacama, transformándose en un lugar muy atractivo para la exploración, que abrió los primeros derroteros para el estudio de las poblaciones precolombinas y también de la sociedad contemporánea. Posiblemente, uno de los últimos de esos viajeros «decimonónicos» fue Isaiah Bowman, quien estuvo a cargo de una expedición de la Universidad de Yale en 1911, estudiando los Andes peruanos<sup>4</sup>. En total realizó tres expediciones. En una de ellas recorrió Tarapacá y el desierto de Atacama<sup>5</sup>, conoció los puertos salitreros, como Iquique y Caleta Buena, y supo de los socavones en Pica. Se impresiona con el desierto y se pregunta si el hombre es el conquistador o el conquistado. Agregamos nosotros la pregunta: ¿qué sucede cuando ese hombre o mujer son hijos del desierto?

Los hijos del desierto, desde su niñez, escuchan historias del desierto. Algunas de ellas les persiguen hasta que se transforman en arqueólogos, antropólogos, sociólogos, geógrafos, historiadores...

El reconocido historiador del salitre y geógrafo, que llegara a la presidencia del Perú en 1912, en su *Estudio sobre la geografía de Tarapacá* de 1886, nos entrega una de las «historias del desierto»:

Hace poco tiempo, al cavarse el pozo de la oficina San Jorge situada en la pampa de Huara, que no es sino el remate occidental de la pampa del Tamarugal se encontró, en medio de las capas sedimentarias que hubo que perforar para conseguir las corrientes o filtraciones subterráneas de agua, y a una profundidad de 48 metros, varios fragmentos de ollas de barro curiosamente barnizadas por dentro y fabricadas con una clase de material que no usan, en la actualidad, los indios en sus obras de alfarería.

Se pregunta y reflexiona Billinghamurst:

¿Proviene aquellos despojos, testimonio irrecusable de una antigua civilización, de los habitantes de alguna aldea de época preincásica, como las que poblaban las llanuras de Tiahuanaco, que se levantaba alegre y pintoresca en la pampa Huara o de Iluga...?<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> Bowman, Isaiah, 1980.

<sup>5</sup> Bowman, Isaiah, 1942.

<sup>6</sup> Billinghamurst, Guillermo, 1886, p. 30.

Este casual descubrimiento ha sido uno de tantos que se transformaron en el acicate para los futuros arqueólogos y arqueólogas del Norte Grande de Chile.

Lautaro Núñez Atencio escuchó muchas de esas historias del desierto, o, como a él le gusta decir, de «la comarca tarapaqueña»<sup>7</sup>. Algunas de ellas las recibió en su propia familia, su padre le recordaba los viejos lagares de Matilla, Pica y Quisma que lograron esa gran producción de vinos que hizo fama hasta en Potosí y su triste desaparición cuando las aguas fueron expropiadas para llevarlas a las grandes ciudades<sup>8</sup>; su madre, que fue una de las pocas elegidas para vestir a la Virgen del Carmen, la «Chinita del Tamarugal»<sup>9</sup>, le dejó una imagen imborrable<sup>10</sup>. Del salitre tuvo testimonio directo del ingeniero Bertie Humberstone, nada menos que hijo del más ilustre de los salitreros: James Thomas Humberstone. Posteriormente, sus ojos se llenaron de curiosidad científica con las colecciones que dejó el farmacéutico danés Ancker Nielsen, arqueólogo aficionado que llegó a Iquique en 1918 y quien excavó la costa tarapaqueña<sup>11</sup>. Lautaro Núñez aprendió de muchos, pero él llevó la arqueología del Norte Grande de Chile a un nivel diferente.

No ha sido un solitario, pues compartió ese interés por las historias del desierto con sus amigos de la juventud. Algunos, como Juan Varela Barbagelata, lo acompañaron en sus aventuras e investigaciones arqueológicas e histórico-arqueológicas. Las historias del desierto se han ido renovando y las nuevas generaciones tienen por acicate aquellas que se cuentan de Lautaro Núñez.

Me atrevo afirmar que existe un hilo de plata entre William Bollaert y Lautaro Núñez, que ninguna periodización académica podría cortar. Lautaro Núñez Atencio, junto a Grete Mostny, Gustavo Le Paige, Mario Orellana, Carlos Munizaga, Juan Munizaga, Julio

---

<sup>7</sup> Núñez, Lautaro, 2003.

<sup>8</sup> Núñez, Lautaro, Chungará, N° 14, pp. 157-167.

<sup>9</sup> La Virgen de La Tirana, la principal imagen religiosa del Norte Grande, contiene ese sincretismo entre lo indígena, en tanto que es Pachamama; lo peruano, por el registro histórico que la asocia con la minería de la plata y del salitre; y lo chileno, por ser la patrona del Ejército.

<sup>10</sup> Núñez, Lautaro, 1989.

<sup>11</sup> Ojeda, Orietta, 2011, p. 31.

Montané, Percy Dauelsberg, Guillermo Focacci, Hans Niemeyer, Virgilio Schiappacasse, Bernardo Berdichewsky, Jorge Iribarren, etcétera, han sido puentes por donde cruzaron las generaciones que entraron a las universidades a una carrera de arqueología plenamente profesional y científica.

No cometería ninguna exageración al decir que Lautaro Núñez Atencio, es la principal cumbre de la arqueología chilena desde que ella se hizo científica y profesional. Por cierto, su campo de estudio ha sido el Norte Grande de Chile y, en cierta forma, toda esa región que él mismo —junto con sus colegas peruanos, bolivianos y argentinos— definieron como Centro Sur Andina. Incluyo en ese grupo a los investigadores de otras latitudes del planeta, que se especializaron, se identificaron y se sintieron parte de estos tres países. No es hoy un detalle decir que una parte significativa de ese grupo eran investigadoras notables. Nombres como John Murra<sup>12</sup>, Luis Guillermo Lumbreras, Alberto Rex González, Myriam Tarragó, Victoria Castro, Tom Lynch, Marta Ruiz, Ana María Lorandi, Jorge Hidalgo, Gabriel Martínez, Tom Dillehay, entre otros, fueron la base de una nueva comunidad científica, que incluía a arqueólogos, antropólogos y etnohistoriadores.

El profesor norteamericano Tom Dillehay escribió en el 2011 de Lautaro Núñez:

Recientemente se convirtió en uno de los primeros arqueólogos en ser nombrado miembro correspondiente de la Academia de Ciencias Sociales y Morales del Instituto de Chile. Lautaro ha sido investigador asociado en el Museo Natural de la Smithsonian Institution, y dirigió el Programa de Investigación Paleoindio en Chile en los años 1973 y 1980, patrocinado por dicho organismo internacional»<sup>13</sup>.

Debemos agregar que en el 2002 se convirtió en el segundo arqueólogo en recibir el Premio Nacional de Historia.

<sup>12</sup> Lautaro Núñez también observó en Murra ese espíritu de andariego del desierto: Núñez, Lautaro, «De las apariciones y andanzas de John Murra por el desierto de Atacama y cómo construyó su misión innovadora», en Chungará, N° 42, Vol. 1, pp. 127-139, año.

<sup>13</sup> Dillehay, Tom, 2011, pp. 79-87.

Lautaro Núñez estudió su pregrado en la Universidad de Chile, se doctoró en Japón, fue formado como arqueólogo de campo en Checoeslovaquia, hoy diríamos República Checa, pero sobre todo en ese inmenso laboratorio natural que es el desierto de Atacama con todos sus pisos ecológicos, desde el altiplano al litoral. El arqueólogo Calogero Santoro nos indica que sus trabajos en el desierto le permitieron describir «un sistema de rutas de tráfico que roturan el desierto en todas direcciones», lo que se transformaría en un modelo teórico y metodológico de «movimientos giratorios»<sup>14</sup>, aplicado por especialistas como José Berenguer, entre otros.

Lautaro es muy conocido como organizador de grandes congresos y como expositor, porque muy pocos tienen ese don de encantar a la audiencia, a tal punto que pasan los años y se siguen recordando sus intervenciones memorables. Sus inicios públicos comenzaron en el Encuentro Internacional de Arqueología celebrado en Arica el año 1961, organizado por la sede de la Universidad de Chile y el Museo Regional. En 1963 se realizó el Primer Congreso Nacional e Internacional de Arqueología en San Pedro de Atacama (Universidad del Norte), donde colaboró con la fundación de la Sociedad Chilena de Arqueología. A partir de entonces, las universidades nortinas han organizado eventos que han dejado huellas, como el Primer Congreso del Hombre Andino, coordinado por Lautaro bajo la presidencia honoraria del profesor Dr. Alejandro Lipschutz, que, por cierto, ahora lo llamaría de la sociedad andina, realizado entre las ciudades de Arica, Iquique y Antofagasta bajo la organización de la sede regional de la Universidad de Chile, justo antes del golpe de Estado de 1973. A partir de ese momento hubo un «silencio»<sup>15</sup> académico que se rompió en 1979 con el Congreso del Hombre Andino en Machu Picchu, donde participaron nuevas generaciones de arqueólogos. No tenía nada de extraño que se realizara en Perú, pues la arqueología, la antropología y la historia peruana estaban en pleno desarrollo, con investigadores de la estatura de Alberto

<sup>14</sup> Santoro, Calogero, 2011, pp. 99-121.

<sup>15</sup> Término que emplean los arqueólogos para señalar periodos donde no se han encontrado vestigios de ocupación humana en un determinado espacio.



Flores Galindo, Heraclio Bonilla, Luis Guillermo Lumbreras, María Rostworowski, entre otros.

*Pude ver en acción a Lautaro Núñez en 1994, en el congreso que conmemoraba críticamente los quinientos años del encuentro de dos mundos, en San Pedro de Atacama. Las ponencias se recogieron en un libro titulado La integración surandina cinco siglos después, impreso en 1996 en los Talleres Gráficos del Centro Bartolomé de las Casas, en Cusco, Perú.*

Los organizadores eran los destacados investigadores Xavier Albó, María Inés Arratia, Jorge Hidalgo, Agustín Llagostera, María Isabel Remy, Bruno Revesz y Lautaro Núñez. Entre los expositores venidos del Perú estaban, entre otros, Liliana Regalado de Hurtado, Jaime Urrutia Ceruti, Elías Mujica y Alexis Dueñas.

En Arica e Iquique habían surgido algunas organizaciones no gubernamentales con jóvenes antropólogos, sociólogos, historiadores y arqueólogos que desarrollaban disciplinas con investigaciones en terreno, llenando el vacío dejado por las universidades regionales. Luego del regreso de la democracia, prácticamente todos se integraron al mundo académico, por tanto, el Congreso de San Pedro de Atacama de 1994 fue para ellos muy importante.

Lautaro, siempre rodeado de colegas y estudiantes, como buen sabio escogió una noche para compartir una cena con esos jóvenes investigadores procedentes de Arica, Iquique y Antofagasta, donde él estuvo en la cabecera de mesa. Allí dejó establecido su origen tarapaqueño, iquiqueño y morrino. Desde entonces, siempre ha sido un referente para los emergentes investigadores provenientes de la «comarca tarapaqueña» y de muchas otras, lo que se conoce en el habla académica como un «maestro». Para nadie fue una sorpresa que la comunidad académica y la República de Chile le otorgaran el Premio Nacional de Historia «por su contribución y dedicación en el campo arqueológico y prehistórico del país». Ese día —22 de agosto del 2002—, al recibir el premio, Lautaro Núñez señaló:

Yo siempre me he sentido como un médium entre los indígenas prehistóricos enterrados y a lo que este país aspira como cultura y como ciencia para hoy y el futuro. Un medio no

puede ser premiado, un medio es alguien que está traspasando la información y la voz de aquellos que están sepultados y si a ese medio había que premiarlo era un premio a aquella sociedad arqueológica antigua que ha domesticado este país por 14 mil años, más que a este arqueólogo que lo ha estudiado<sup>16</sup>.

¿Quién es realmente Lautaro Núñez Atencio?

## SU NOMBRE ES LAUTARO

Lo bautizaron «Lautaro», porque su padre lo escogió como expresión del anticlericalismo que recorría la pampa salitrera en esa época<sup>17</sup>. En 1938, año de su nacimiento, aún se sentían ráfagas medio anarquistas. Es posible que se tratara de una reminiscencia que su progenitor tenía de una época anterior, porque del gran Ciclo del Salitre quedaba solo el rescoldo, o, más bien, una explicación que escogió el propio Lautaro para responder la pregunta por su nombre (lo digo conociendo su autenticidad con las palabras). Lautaro, un nombre que es la quintaesencia de lo chileno, podría ser para él —cuyas raíces peruanas-tarapaqueñas procedentes del valle de Quisma eran tan evidentes—, además, un escudo protector para detener a las punzantes indagaciones por la identidad. Siempre los tarapaqueños hemos sido, medio en broma medio en serio, puestos en el banquillo de la lealtad patria, tengamos o no raíces peruanas. Hace un tiempo me comentó al respecto: «¿Qué hacía un niño llamado Lautaro en el medio de un desierto? Tuve que aprender muy bien quién fue y qué hizo este notable héroe mapuche, cuando me preguntaban por qué me llamaba así... Estos episodios me transformaron en un precoz promotor de los valores indigenistas».

De niño siempre escuché bromas, dichas con cierta ironía, sobre la gente de Pica, un oasis en medio del desierto de Tarapacá que incluía a otras dos localidades: Matilla y Quisma. Se decía que tenían bandera propia, que eran peruanos, que tenían mucha riqueza, que eran

<sup>16</sup> En <https://www.emol.com/noticias/nacional/2002/08/22/93063/otorgan-a-lautaro-nunez-el-premio-nacional-de-historia.html>

<sup>17</sup> Calogero, 2011, p. 118.

muy cerrados, que votaban por los partidos políticos de derecha, que eran tradicionalistas, que les habían requisado el agua para llevarla a Iquique y, desde entonces, abandonaron sus vides y sus lagares. Con mucha envidia, se decía que tenían la cocha de aguas termales más grande y bella de la provincia, que allí se hacían los mejores alfajores de todo Tarapacá, que su fiesta patronal a San Andrés era la que tenía más reminiscencias coloniales. Incluso existe un cachimbo que expresa ese orgullo piqueño: «Pica es edén de todo Tarapacá, lo mejor, no hay como él, pueblo de mi corazón...». Cuando mi amigo del colegio, Jorge Alache, piqueño, me invitó a su casa en el oasis, quizás no aquilaté la importancia del gesto. Todavía nada había escuchado de Lautaro Núñez Atencio, a pesar de que vivió en el barrio de mi niñez, el Morro, pero era de la generación de los «mayores».

El viejo Iquique conserva en el casco antiguo la famosa calle Baquedano, la más emblemática por sus casonas de balcones y miradores, todo en pino oregón. No es colonial como cree la mitad de los turistas, es salitrera. Tampoco es peruana, como cree la otra mitad, fue rediseñada bajo la jefatura política de Francisco Valdés Vergara. Si algún turista camina unas pocas calles hacia el poniente, podrá efectivamente encontrar alguna casona con aire colonial, como «la de los Marquesados», familiares del prócer Ramón Castilla Marquesado. Y, por cierto, casonas de corredores y balcones del periodo peruano, también de esa época, y corridas de casas pequeñas cuyas maderas ya no resisten más la labor implacable de las polillas iquiqueñas. Todavía las familias antiguas reconocen su linaje peruano y conservan sus vínculos con los suyos del Callao y de Lima, aunque todos son chilenos. Bailan cueca chilena y valsecito peruano. Nada les emociona más que el himno a Iquique.

De los barrios que vieron nacer a este puerto, solo se conserva el Morro. De la Puntilla y el Colorado, prácticamente no queda nada, en cambio, el Morro resiste, a pesar de que cada año los incendios nos recuerdan que el patrimonio tangible es, a veces, más frágil que la memoria. Por ello, cada año los «morrinos» queman y entierran en el mar al Rey Momo del carnaval, con un cura improvisado, rogando que en el año próximo sigan siendo los mismos.

El Morro es todavía un barrio de pescadores, aunque, en realidad, ya no se diferencia mucho de los demás barrios de la ciudad, y sus límites, antaño tan marcados, solo persisten en la mente de sus vecinos. El diario *La Estrella de Iquique* del jueves 24 de febrero del 2011, publicó un reportaje donde se habla de la «morrinidad», que expresa ese deseo profundo de no perder la identidad, la necesidad del refugio, del barrio como espacio familiar. Esa identidad que nació en calles con aromas a ceviche, pescado frito, azúcar de caña y té con yerba luisa a las cinco de la tarde. Cuando se proyecta una costanera moderna para Iquique, de cemento y altura, entonces los vecinos se reúnen y llaman al hijo pródigo, el arqueólogo del barrio, para que diga qué es preciso preservar a todo evento, por su carácter patrimonial, como zona típica. Y el académico de las grandes excavaciones, de los congresos internacionales, de las publicaciones en revistas de corriente principal, en silencio y sin prensa, inicia el trabajo. La última imagen que tengo de Lautaro es —en este verano del 2020— excavando en el borde costero del barrio El Morro a los 82 años, donde estaban los muelles de la antigua oficina salitrera Barrenechea. Al verlo, le grité<sup>18</sup>:

—¡Avisale, Lautaro!

Y él me respondió:

—¡Avisándole, Sergio!

## ENTREVISTA ÍNTIMA A LAUTARO NÚÑEZ ATENCIO

*¿Cuáles son los momentos más significativos para ti, como un tarapaqueño con raíces peruanas y chilenas?*

Hay varios momentos. Cuando reviso los documentos, notas, fotos, la caja de herramientas y objetos que me dejó mi abuelo peruano Higinio Núñez, cuando puedo tocar de cerca su ferviente peruanidad, me acerco a reconstituir las pocas imágenes que mantengo de él en

---

<sup>18</sup> En el barrio El Morro de Iquique sus pobladores se saludan de esa forma, que procede de un antiguo vecino conocido coloquialmente como Gancho Guille. Con ese saludo tituló Lautaro Núñez un libro-homenaje a su amigo, el geógrafo iquiqueño-morrino Freddy Taberna Gallego: Núñez, Lautaro, 2015.

vida: sus dichos, sus «tristes» cantos «yaravíes» arequipeños, nuestras visitas a Pica y Tarapacá donde me mostraba sus lugares más recordados. Es cierto, he convivido junto con una familia originaria de Pica, un oasis tarapaqueño mestizo con orígenes hispánicos desde el temprano siglo XVII, que formó parte de la independencia del Perú y que, en consecuencia, vivió y sufrió la guerra del Pacífico, incluida la acción de las «ligas patrióticas» que obligaron a mi abuelo con su señora y mi padre, bajo una cruz de alquitrán marcada en su casa de la Puntilla (Iquique), a refugiarse entre los tarapaqueños que obligadamente pasaron a residir en el Callao y Lima. Sin embargo, nunca sentí una sensación de antiperuanidad ni de antichilenidad. Así es que siempre fuimos y somos primero tarapaqueños y luego, al ser criados con la chilenidad y la peruanidad previa, hemos logrado crear una identidad que acogió esa diversidad que viene de los pueblos prehispánicos y sus herederos, los pueblos originarios, las tradiciones españolas, criollas, afrotarapaqueñas y mestizas, además de las provenientes de las tradiciones portuarias, salitreras y migratorias europeas y orientales que, obviamente, son más largas y formativas en su conjunto y que sustentan a los dos siglos de vida republicana gestada por ambos países hermanos.

Al menos, nuestra generación se formó alejada de esas viejas tensiones nacionalistas, acogiendo los signos integracionistas de nuestros tiempos. Al contrario, nuestros ancestros nos enseñaron a respetar todo indicio de peruanidad y chilenidad, como un hecho social que estaba allí antes de nosotros y con nosotros. Nuestras tías-abuelas que radicaron y murieron en Pica nos enseñaron a recordar con respeto nuestros orígenes tarapaqueños-peruanos. Cada vez que tuve la oportunidad, ya profesional y estudioso de nuestro pasado panandino, de estar con ellas en una cena con otras familias antiguas, a puerta cerrada un 28 de julio, se recordaba a nuestros ancestros y se cantaba el himno del Perú. Creo no haberles explicado claramente a mis colegas peruanos por qué en los actos oficiales, cuando se iniciaban los eventos científicos en Lima, lo cantaba completo...

Por otra parte, como mi abuelo Higinio se casó con María Luisa Vernal de San Lorenzo de Tarapacá, cerca de Pica, donde se articularon familias peruanas de ancestros coloniales que iniciaron la explotación salitrera, mantengo fotos de la familia Vernal a la que perteneció Alfonso Ugarte Vernal, de quien conservo una de oficial del Ejército peruano durante el conflicto, con una dedicatoria de su madre y, por cierto, otra de ella de edad avanzada en París. En nuestras memorias, él es un ejemplo de lealtad a esta tierra y la entrega de su vida por una causa. La misma del oficial chileno Eleuterio Ramírez, abatido en Tarapacá en una vieja casa de adobe, cuya ruina me la mostrara mi abuelo en señal de afecto por las causas que él llamó: «nobles». De la misma manera como mi padre aceptó su auténtica chilenización, cumpliendo voluntariamente con su servicio militar, y mi madre su amor a la vida salitrera multiétnica en tiempos de fronteras abiertas, yo he asumido una temprana y auténtica «doble» nacionalidad, una más antigua que la otra, pero de raíces profundas, al fin y al cabo. Quizás estos antecedentes expliquen que, sin darme cuenta, asistiendo a un congreso de arqueología peruana, pasé inadvertido por mis colegas más cercanos, como Luis Guillermo Lumbreras, que sí estaban al tanto de estas confesiones necesarias.

*¿Tu elección de ser arqueólogo de la región andina tuvo relación con tu origen tarapaqueño?*

Al comprender el contexto anterior, tal vez no era adecuado involucrarme con una arqueología «del norte de Chile», toda vez que esta disciplina me acercaba más a una comprensión prerrepública, y que durante el largo régimen colonial los territorios no se correspondían con las divisiones políticas actuales. De hecho, durante mis primeros estudios como universitario, tanto la expansión inca como Tiwanaku, registradas en el actual norte de Chile, provenían de espacios originarios muy retirados del tarapaqueño-atacameño... El propio desierto de Atacama, como escenario común, se extiende desde el sur peruano... Fue entonces que ocurrió un hecho trascendente para mi vocación «andinista». Intercambiaba cartas con el

decano de la Universidad de Huamanga, Luis Lumbreras, desde el año 1960, sobre cómo internacionalizar los estudios andinos. Cómo llegar a una arqueología panandina «sin fronteras», a la cual aspiraba desde mi crianza tarapaqueña, rodeado de límites que ni siquiera lo habrían imaginado las poblaciones prehispánicas y coloniales.

Para alcanzar estos ideales fue necesario participar de una generación que compartía la idea de crear eventos consecuentes. Ocurrió en el año 1961, cuando se celebró en Arica el Encuentro Internacional de Arqueología, conducido por los arqueólogos pioneros locales, entre ellos Percy Dauelsberg. Allí pasamos de las cartas a larguísimas conversaciones con los colegas peruanos (L.G. Lumbreras y M. Neira A.) y bolivianos (C. Ponce S.), lamentando la notable ausencia a última hora del argentino Alberto Rex González, quien, sin embargo, no faltó al próximo encuentro de San Pedro de Atacama. Es decir, en este Congreso Nacional e Internacional de Arqueología, realizado en el año 1963, se continuó con esa apertura más allá de las arqueologías nacionales por un «mundo» andino que lo advertíamos diverso, largo y ancho, pero no ajeno. Ese espíritu se reflejó cuando el mismo Rex González nos convocara al Primer Congreso de Arqueología Argentina, celebrado en Rosario en el año 1970, también abierto a las relaciones limítrofes.

Siguieron otros brotes integracionistas el año 1973 en la ciudad de La Paz, cuando se llevó a cabo un análisis de la movilidad andina y el rol de las tierras altas en el marco del llamado Seminario sobre Reinos Lacustres, coordinado por su promotor John Murra, otro gran activista de estos ideales. El año próximo ocurría en Salta el Congreso de Arqueología Argentina, donde se había consolidado esa visión panandina.

Este espíritu se reflejó en un segundo evento panandino que organizamos en el año 1973, en las vísperas del golpe militar, y por lo mismo no publicado. Ciertamente, bajo la organización de la Universidad de Chile de Antofagasta justo antes de su disolución, a través de las sedes de las ciudades de Arica, Iquique y Antofagasta, se trataron en diversos simposios en lo que llamamos el Primer Congreso del Hombre Andino, sin límites fronterizos, varios temas

que abarcaron problemáticas desde el pasado prehispánico a los cambios sociales contemporáneos, bajo un discurso inaugural muy estimulante a cargo del profesor Dr. Alejandro Lipschutz. Es cierto, queríamos seguir juntando a aquellos que aspirábamos a debatir bajo orientaciones más holísticas los particulares procesos sociales a lo largo de los Andes, desde las selvas al litoral y hasta los desiertos de más al sur.

Durante el año 1979 observamos que había un tema que preocupaba a nuestra generación al punto que recuerdo haber sostenido una reunión con Luis Lumbreras y Sylvio Mutal, que conducía las políticas de Unesco desde Lima: cómo crear un encuentro internacional donde se planteara la diversidad de los procesos socioculturales en los diferentes espacios andinos, que aún no se habían consensuado. Se debe al particular convencimiento de Luis Guillermo, quien logró el financiamiento y apoyo de Unesco para convocarnos en Paracas. Efectivamente, logramos un activo intercambio sobre los alcances del área andina y sus delimitaciones internas, conducido por L.G. Lumbreras, quien expuso una «Propuesta preliminar para una redefinición del área Andina» con los especialistas, primero a través de la correspondencia y más adelante en el coloquio específico denominado «Críticas y perspectivas de la arqueología andina». Ese año se publicó un informe del coloquio, y más tarde Lumbreras recuperó los debates en *Arqueología de la América andina*.

Habíamos acordado con L. G. Lumbreras y Sylvio Mutal que otro acuerdo, derivado del Coloquio de Paracas, sería prolongar este evento, esta vez para atender la particular problemática del área centro-sur andina, esto es, los espacios más al sur de los Andes Centrales. Para este efecto, tenía de mis autoridades de la Universidad del Norte la aprobación para hacernos cargo de su organización en Antofagasta. Desde Paracas y por tierra nos desplazamos Alberto Rex González, Myriam Tarragó, L.G. Lumbreras y el suscrito para abordar, con invitados de Chile y Argentina, el enfoque de las particularidades del área centro-sur, meridional y extremo sur, con publicaciones derivadas y editadas por la Universidad del Norte.



He puesto aquí estos antecedentes para entender cómo nuestra generación percibió el desarrollo de diversos escenarios donde interactuó la sociedad prehispánica. En este marco, fuera de dudas, pienso que el ser tarapaqueño fue una precondition altamente estimulante para acercarnos a esta visión más abierta del pasado andino. Podía observar muy tempranamente que vivía en un territorio sociocultural que no cayó en paracaídas... Que se había enraizado con aportes multiculturales desde el pasado prehispánico, con vínculos extralocales e interculturales establecidos durante la Colonia, sumado a la cuantiosa participación internacional y particularmente con las comunidades limítrofes a raíz del foco salitrero, incluyendo los aportes migracionales y la actual activa conexión con los países vecinos. Todo esto nos condujo a apoyar una fascinante arqueología sin fronteras que se amarró a una generación de arqueólogos(as) que percibieron nuestros pasados como una trama tejida con distintos puntos y que cubrió una buena parte del pasado sudamericano.

*¿Qué significó para ti liderar la conmemoración de los quinientos años del Encuentro de dos Mundos en San Pedro de Atacama?*

En ese año, 1992, decidimos continuar con el discurso anterior, esta vez a propósito de los quinientos años del célebre «encontronazo» que rupturó el proceso histórico y antropológico del «mundo» andino que, de una u otra forma, los arqueólogos(as) lo habíamos reconstituido para ahora verlo enfrentado a una invasión europea que extrañamente se festejaba, insólitamente hasta no hace mucho, cada 12 de Octubre como el Día de la Raza (*sic*). Se celebraría el Encuentro de dos Mundos, un raro «descubrimiento...» de América, de un espacio andino que tenía humanos hace 13 mil años culminados con estados complejos desde antes de la invasión. Era la oportunidad para evaluar desde distintas miradas su impacto entre las sociedades andinas durante el coloquio Cinco Siglos después: la Integración Surandina. No fue difícil buscar su puesta en valor, por cuanto ya manteníamos una red amistosa de investigadores(as) en el norte del país y con aquellos de los países vecinos. Se integró en su organización al Taller de Estudios Andinos (TEA/Arica), el

Centro de Estudios Andinos Bartolomé de las Casas de Cusco y al Instituto de Arqueología y Museo de la Universidad Católica del Norte (San Pedro de Atacama). Precisamente, los temas tratados abarcan las problemáticas en secuencia: I. La integración y sociedad precolombina; II. Señoríos étnicos en el área surandina; III. Desestructuración del espacio colonial y formación de los estados nacionales; IV. Integración contemporánea surandina: visión y propuestas socioculturales y políticas; V. Políticas y programa de desarrollo en el área surandina.

Hacer este encuentro entre el 26 y el 30 de octubre del año 1992, en la «capital» de la etnia atacameña, cerca de sus vecinos —los aymaras tarapaqueños—, con investigadores de los países vecinos, fue una experiencia inolvidable. Pienso que, por primera vez, junto al rol de los académicos(as), participaron varios líderes aymaras y atacameños que expusieron sus visiones en un ambiente de mutua confianza y reconocimiento de la alteridad. Porque, además, podíamos hablar con más soltura sobre nuestra multietnicidad e interacción andina, en cuanto el retorno de la democracia lo hacía posible. En las palabras de nuestro invitado desde Bolivia, Xavier Albó, sacerdote jesuita y promotor de las reivindicaciones aymaras, aquí no solo se observó la naturaleza de lo que llamamos entre nosotros el «desencuentro», sino también en sus propias palabras predictivas: «no pretendíamos simplemente marcar un hito histórico, sino más bien buscábamos identificar la relevancia de nuestras respectivas labores, puesto que estamos en el umbral del siglo XXI, nuestros países están encaminados en procesos redemocratizantes y las relaciones norte-sur van modificándose de acuerdo a las nuevas estructuraciones de los mercados internacionales»<sup>19</sup>. Precisamente, los resultados de este coloquio fueron publicados en un volumen: *La integración surandina cinco siglos después*, un esfuerzo editorial patrocinado por las instituciones antes referidas y sus compiladores: X. Albó, M.I. Arratia, J. Hidalgo, L. Núñez, A. Llagostera, M.I. Remy y B. Revesz (1996). Confidencialmente debería agregar que este evento me produjo un impacto enorme al obligarme a publicar

---

<sup>19</sup> Albó *et al.*, 1996, p. 13.

en el mismo año el libro *Fiesta en la antípoda: reflexiones sobre el ocultamiento de América*, editado por nuestra Universidad Católica del Norte (Antofagasta).

*¿Qué recuerdos tienes de tus familiares limeños y cuánto influyeron en tu vida?*

El padre de mi abuelo Higinio, Francisco Núñez Loayza, vivió en Quisma, cerca de Pica, donde logré ubicar el piso habitacional y los restos de su lagar, una vez que el Estado chileno les quitara el agua en el año 1925, tanto al pueblo del Valle como a Matilla. Logré, no hace mucho, ubicar la ruina de la casa de su hermano Policarpo entre los cultivos abandonados (canchones), junto al pueblo abandonado de Comiñalla. Su hija, Genoveva Núñez Huaracaya, casada con Ralph Cragg, dio lugar a una familia que pasó a radicar en Lima, con quienes he interactuado cada vez que, por las reuniones del oficio, tuve que viajar allí, y así hemos compartido nuestros vínculos. Ciertamente, ubiqué la casa abatida donde vivió la joven Genoveva, pero ya no estaba ni ella ni ahora su hija Mery Cragg de Landa. Con mis dos primos limeños guardo una profunda amistad. Reconstituir estas relaciones parentales fue como una arqueología familiar. En efecto, al ubicar la casa en ruina de Comiñalla, descubrí que alguien de la familia que estaba al tanto de estas relaciones, proveído de pintura, escribió en un muro a medio caer la descendencia a partir de Policarpo, coincidente con datos genealógicos que había recibido de mi padre José...

Dicho lo anterior, se desprende que en Lima podía, y aún lo hago, sentir de cerca la peruanidad original, manteniendo los lazos sanguíneos con una familia que compartió, y todavía lo hace, su pertenencia a ambos países, sin perder sus vínculos y sus historias paralelas. Sin embargo, tenía pendiente en Lima una prospección «arqueológica» diferente. José, primero, e Higinio, después, terminaron su exilio obligado en Lima y volvieron esta vez a Iquique por el año 1926, quizás porque la vida en Tarapacá era diferente al contexto limeño o porque el verdadero país es aquella tierra donde se nace y se quiere por ser parte indivisible de ella. Como lo dice

el vals precisamente peruano: «Todos vuelven a la tierra en que nacieron». En cuanto a su señora, mi abuela María Luisa Vernal, fallecida en Lima en el año 1925, nunca más supe sobre su paradero hasta que en una libreta del abuelo apareció el dato: estaba sepultada en el Cementerio General Presbítero Matías Maestro de Lima. No hace mucho llegamos allí, y al segundo día le consultamos a un funcionario del cementerio dónde estarían los restos de los refugiados tarapaqueños. Nos indicó un sector muy amplio y después de varias horas de búsquedas, en un nicho perpetuo encontramos a mi abuela María Luisa. Se había completado en parte la misión. Faltaba ahora saber dónde se encontraba su esposo Higinio. Mi abuelo falleció en casa, de modo que estaba en Iquique. Por eso fuimos al cementerio donde se sabía que estaban sepultados los antiguos peruanos: el Cementerio General n°. 1, fundado el año 1862, y como sabíamos que estaba afiliado a una mutual que los acogía, nos detuvimos frente al Mausoleo de la Sociedad Peruana de Beneficencia. No obstante, su reja metálica estaba sellada con un candado por completo oxidado e inutilizado. Obviamente, ya no quedaban descendientes de aquellos peruanos enterrados allí, podría yo ser el último y, si fuera así, habría razones para abrir esa puerta y decirle que por fin los tengo a ambos en mi memoria real, aquella que permite verlos y tocarlos juntos, adentro de esta pequeña historia que terminó precisamente en nuestros dos países más queridos.

*¿Qué significan para ti Pica, Quisma o Matilla, como un repositorio de la memoria peruana en Tarapacá?*

Una de las ventajas de los que estudiamos las raíces de nuestros pueblos es revelar también nuestros propios pasados. Así, en estos oasis logramos reconstituir la vida antes de los españoles, también encontramos las viejas habitaciones y lagares de las familias españolas y criollas, incluida la documentación parroquial donde se reconocen las mezclas españolas e indígenas, dando lugar al intenso mestizaje tarapaqueño, incluida la presencia de las familias afrotarapaqueñas derivadas de la esclavitud colonial. También observamos

la arquitectura, los predios, las costumbres y la religiosidad de los descendientes de las familias que vivieron durante el periodo peruano, y de todos aquellos que se incorporaron posteriormente, con orígenes diversos, desde los puertos, de las oficinas salitreras, de los pueblos aymaras limítrofes y de las migraciones europeas que, en conjunto, ahora le dan a estos oasis un carácter multiétnico y cultural. Entonces, es posible aún escudriñar y tocar la memoria peruana vigente en el patrimonio material y espiritual que nos habla de apellidos, comidas, religiosidad, labores de chacras, de las sagas familiares, del canto de las cuculíes madrugadoras y, hasta no hace mucho, del habla bien pronunciado. Claro está que las memorias peruanas se comparten con aquellas que posteriormente se incorporaron al oasis, dada la propia dinámica del patrimonio inmaterial de los pueblos. Por lo anterior, permítaseme evocar también una escena que sucedió el año 1993 cuando en casa de Camila Vargas, reunimos con Luis Briones a personajes consagrados en los círculos tradicionales de Pica: Enrique Luza, sabio y pianista, y las voces de la señora Dina Zegarra, Julio Arroyo y Ernesto Vargas. Allí escuchamos relatos de viejas memorias que bajaban hasta el comienzo del siglo XIX, evocados por las herencias vivas durante una auténtica tertulia que implicó hasta el traslado de un piano... Fue entonces que surgieron los cachimbos bien bailados y esos viejos vales de nuestros antepasados. Ahí descubrimos que podíamos también cantarlos, porque eran como eslabones entre generaciones que aún estaban firmes, como si se tratara de un encuentro donde el espacio creado había superado a los tiempos. En ese momento recordé que ambas banderas se despliegan hasta ahora al celebrarse, en el valle de Quisma, el día de nuestra patrona Santa Rosa de Lima.

## A MODO DE COLOFÓN

Los tarapaqueños de inicios del siglo XIX se caracterizaron por ser grandes cateadores. Ellos se adentraron al desierto, hombres y mujeres, en la búsqueda de ese caliche caprichoso, escondido debajo de la chuca y la costra, que es la piel del desierto. Allí estuvieron en

esa tarea los Almonte, los Carpio, los Loayza, los Vernal, los Castro, los Cano, los Tinajas, los Zavala, los Granadino, los Ceballos, los Luza, los Quisucala, los Vilca y un largo etcétera. Lautaro Núñez, que lleva en sus venas el nitrato de esos tiempos, es una versión moderna de esos cateadores, transformado en arqueólogo. Por ello, vayan estas palabras del poeta del Norte Grande, Andrés Sabella, para este hombre que, buscado los misterios de culturas pretéritas, supo de los cuatro rumbos del desierto, con el sol golpeando en la espalda como patada de mula y las noches frías como sal:

Conozco el sabor de la sorpresa y tuteo el azar. Como charqui y polvo de amargos derroteros; bebo mi sorbo de agua, mezclado con lágrimas y sudores. Mis ojos crecen, crecen hasta llenar el horizonte. ¡Yo soy el cateador, hombre de cuatro rumbos y cuarenta cóndores despiertos en medio del instinto!<sup>20</sup>.

Hoy, Lautaro sigue con esa vitalidad incomparable de un cateador transhumante del desierto y así seguirá por muchos años más, alargando ese hilo de plata a las nuevas generaciones de arqueólogos, antropólogos y etnohistoriadores, inculcándoles la importancia de la región centro-surandina, esa que integra en una misma prehistoria e historia al sur del Perú, el occidente de Bolivia, el noroeste de Argentina y el Norte Grande de Chile<sup>21</sup>.

Lautaro —como aquellos pocos que ya pueden compilar los prólogos que les fueron requeridos por discípulos o seguidores— tituló a su libro *Palabras amistosas desde el desierto*<sup>22</sup>, pues no podía ser de otro modo. Una compilación que se extiende desde 1975 hasta 2013, incluyendo nada menos que un prólogo a un libro<sup>23</sup> del más reconocido historiador del salitre en Chile, Óscar Bermúdez Miral,

---

<sup>20</sup> Sabella, Andrés, 1978, p. 46.

<sup>21</sup> Fue coeditor del libro *Las rutas de capricornio andino*, editado por el Consejo de Monumentos Nacionales de Chile, el año 2011.

<sup>22</sup> Editado en 2013 por Ediciones Universitarias de la Universidad Católica del Norte.

<sup>23</sup> Bermúdez, Óscar, 1975.

y un prólogo al libro *Arqueología de la cuenca del Titicaca, Perú*<sup>24</sup>, de los arqueólogos peruanos Luis Flores y Henry Tantaleán.

Su respeto por amigos, maestros y colegas lo manifiesta también en estas *Palabras amistosas*, donde compila homenajes y recuerdos a Junius Bouton Bird, Juan Varela Barbagelata, Gustavo Le Paige, Freddy Taberna, Juan Roberto Munizaga Villavicencio, Alberto Rex González, Virgilio Schiappacasse, Luis Álvarez Miranda, Hans Niemeyer Fernández, Olaff Olmos Figueroa, Friedrich Max Uhle, John Murra, Patricio Advis Vitaglich, Betty Meggers, Julio Montané Martí y Sergio González.

La generosidad es un «don» que todo buen arqueólogo y antropólogo conoce y aprende de los pueblos antiguos, porque es la base de la reciprocidad<sup>25</sup>, la misma que debería ser también la base de la integración de los pueblos americanos.

¡Avísale, Lautaro!

## BIBLIOGRAFÍA

- BERMÚDEZ, ÓSCAR, *Estudios de Antonio O'Brien sobre Tarapacá. Cartografía y labores administrativas 1763-1771*. Antofagasta: Ediciones Universitarias, 1975.
- BILLINGHURST, GUILLERMO, *Estudio sobre la geografía de Tarapacá*. Santiago: Imprenta de El Progreso, 1886.
- BOWMAN, ISIAHA, *Los Andes del sur del Perú*. Lima: Editorial Universo, 1980.
- , *Los senderos del desierto de Atacama*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria, 1942.
- BRUNNER, JOSÉ JOAQUÍN, «Estudios en el campo científico IV: la sociología chilena antes de su fase de profesionalización plena». Documento de Trabajo n°. 11, Santiago, Flacso, octubre de 1984.
- DILLEHAY, TOM, «Palabras de reconocimiento al Prof. Dr. Lautaro Núñez», en Hubert, A., González, J.A. y Pereira, M., eds., *Temporalidad, interacción y dinamismo cultural. Homenaje. La búsqueda del hombre*. Santiago: Ediciones Universitarias Universidad Católica del Norte, pp. 79-87, 2011.

<sup>24</sup> Editado por el Instituto Francés de Estudios Andinos y Cotsen Institute of Archaeology, University of California.

<sup>25</sup> Temple, Dominique, 1983.

- GONZÁLEZ, JOSÉ ANTONIO, «La arqueología y antropología y el rescate patrimonial e identitario del Norte Grande. La estandarización de los estudios sobre los pueblos originarios en los años cincuenta y sesenta», en Hubert, A., González, J.A. y Pereira, M., eds., *Temporalidad, interacción y dinamismo cultural. Homenaje. La búsqueda del hombre*. Santiago: Ediciones Universitarias Universidad Católica del Norte, pp. 391-438, 2011.
- NÚÑEZ, LAUTARO, «La comarca tarapaqueña: de pertenencias y desiertos», en Montecino, S., *Revisitando Chile*. Santiago: Comisión Bicentenario de la Presidencia de la República, 2003.
- , «Recuérdalo, aquí estaba el lagar: la expropiación de las aguas del valle de Quisma (I Región)», en *Chungará*, 14, pp. 157-167, 1985.
- , *La Tirana del Tamarugal: del misterio al sacramento*. Antofagasta: Ed. Universidad Católica del Norte, 1989.
- , «De las apariciones y andanzas de John Murra por el desierto de Atacama y cómo construyó su misión innovadora», en *Chungará*, 42, Vol. 1, pp. 127-139. 2010.
- , *Avisale, Freddy. Historia de un hombre y sus razones 1943-1973*. Santiago: LOM ediciones, 2015.
- OJEDA, ORIETTA, *Museo Regional de Iquique y sus colecciones, Cerro Esmeralda, Ancker Nielsen, Isluga, Salitre*. Santiago: impreso en Quebecor World, Santiago, 2011.
- RISO PATRÓN, FRANCISCO, *Diccionario geográfico de las provincias de Tacna y Tarapacá*. Iquique: Imprenta de la Industria, 1890.
- SABELLA, ANDRÉS, *Hombre de cuatro rumbos. Antología del Norte Grande*. Santiago: Nascimento, 1978.
- SANTORO, CALOGERO, «Lautaro Núñez, cincuenta años de conciertos sin silencios arqueológicos», en Hubert, A., González, J.A. y Pereira, M., eds., *Temporalidad, interacción y dinamismo cultural. Homenaje. La búsqueda del hombre*. Santiago: Ediciones Universitarias Universidad Católica del Norte, pp. 99-121, 2011.
- TEMPLE, DOMINIQUE, *La dialéctica del Don*. La Paz: HISBOL, 1983.

### *Internet*

- Entrevista a Lautaro Núñez en emol.com, en: <https://www.emol.com/noticias/nacional/2002/08/22/93063/otorgan-a-lautaro-nunez-el-premio-nacional-de-historia.html>





Lautaro Núñez Atencio



## 2.2 VÍCTOR A. PUJAZÓN: EL ORFEBRE DE LA CONFRATERNIDAD OBRERA CHILENO-PERUANA

*Ivanna Margarucci*

### INTRODUCCIÓN

El movimiento de confraternidad obrera chileno-peruana, que se inicia en 1913 con los encuentros de las delegaciones de trabajadores en Lima y en Santiago, ha despertado el interés de algunas investigaciones durante la última década<sup>1</sup>. Sin embargo, los sujetos que le dieron vida a ese movimiento, promoviendo y participando activamente en él, recibieron escasa atención por parte de la historiografía. Salvo algunas menciones fragmentarias, conocemos bastante poco sobre ellos. ¿Quiénes eran? ¿Qué oficios tenían? ¿En qué creían? ¿Por qué decidieron ser los protagonistas de esta importante historia? ¿Qué nos dicen sus vidas acerca del pasado de la región, sobre su entorno social y su cultura política?

En el presente artículo nos proponemos profundizar en la trayectoria del tipógrafo y mutualista peruano Víctor A. Pujazón, cuyo aporte fue crucial para acercar a estas dos naciones a las que, por nacimiento y por opción, hizo suyas. Como veremos, la relevancia de la figura de Pujazón no se agota en su destacada actuación durante las visitas obreras de 1913, sino que, además, esta se proyecta entre las décadas de 1910 y 1930. Tiempos de nuevos acercamientos plasmados en experiencias organizativas binacionales y eventos continentales y, también, de la ruptura entre los trabajadores de

---

<sup>1</sup> Rodríguez Hernández, 2012 y 2014; Tejada Ripalda, 2019.

ambos países a partir de 1918. Es que Pujazón siempre estuvo en el centro de la escena, por eso su historia de vida resulta clave para iluminar nuevos aspectos de este movimiento de confraternidad encabezado por el mutualismo chileno y peruano, así como para problematizar y tensionar lo que ya conocemos sobre él.

## DE PERÚ A CHILE: EL JOVEN VÍCTOR PUJAZÓN Y EL PRESIDENTE GUILLERMO BILLINGHURST

Víctor Avelino Pujazón Beramendi nació a comienzos de 1873, en la ciudad de Lima, Perú. Allí, en la iglesia de Santa Ana, fue bautizado el 9 de mayo<sup>2</sup>. Sus padres fueron Andrés Avelino Pujazón, de profesión militar, y Marcelina Beramendi. Los anales de la guerra del Pacífico registran la participación del sargento mayor Pujazón al mando de la Primera Compañía del Batallón Granaderos, en la batalla de Los Ángeles, durante mayo de 1880<sup>3</sup>. Un episodio clave para el desarrollo posterior de la guerra, en el que la derrota de las fuerzas locales permitió la ocupación del departamento de Moquegua y la interrupción de las comunicaciones de Tacna y Arica con Arequipa y el resto de Perú. Paradoja o no, su hijo pasará gran parte de su vida intentando aproximar a los pueblos que este conflicto vino a distanciar.

Nada se sabe de la infancia de Víctor Pujazón, a quien encontramos, 23 años después de su nacimiento, afincado en Valparaíso, ciudad donde se ganaba la vida como litógrafo. El 21 de mayo de 1896 contrajo matrimonio en Santiago con una joven chilena de su misma edad, la señorita Ana Luisa Carrasco Jorquera, con quien permaneció casado hasta su fallecimiento en 1937<sup>4</sup>. Tuvieron ocho

<sup>2</sup> «Perú, bautismos, 1556-1930. Víctor Abelino Pujazón, 1873», Base de datos FamilySearch. En: <https://familysearch.org/ark:/61903/1:1:V592-HTP> (fecha de consulta: 13.2.2020).

<sup>3</sup> Dellepiane Cálcena, 1936, p. 550.

<sup>4</sup> «Chile, Registro Civil, 1885-1932. Víctor Pujazón Beramendi y Ana Luisa Carrasco Jorquera, acta de matrimonio», p. 43, certificado n.º. 84, Base de datos FamilySearch. En: <https://familysearch.org/ark:/61903/1:1:QLXM-RLDL> (fecha de consulta: 10.4.2020); «Ha fallecido la Sra. Ana Luisa Carrasco de Pujazón», *La Nación*, Santiago, 24 de abril de 1937, p. 21.

hijos e hijas: Víctor César II (1897-¿?), María Luisa (1899-¿?), Lorenzo Antenor (1900-1963), Estela Guillermina (1902-1905), Andrés (1909-1970), Margarita Victoria (1912-1912), Corina Esther (1913-1976) e Irma Sara Pujazón Carrasco (1917-1986)<sup>5</sup>. Hasta la década de 1920, Pujazón y su familia residieron en Valparaíso y en Santiago (allí nacieron cinco de sus ocho hijos), permaneciendo en Lima de manera ocasional.

En ese entonces, la de Pujazón llegó a ser una de las «principales familias de la colonia peruana»<sup>6</sup> de Valparaíso, hecho que le permitió relacionarse de forma estrecha con el poder político y religioso local. En octubre de 1906, su nombre acompañaba al de otros tres «prestigiosos peruanos» —el padre Mateo Crawley Boevey, Pedro Muñoz Larenas y Octavio de los Heros—, comisionados por el

<sup>5</sup> «Chile, Registro Civil, 1885-1932. Víctor César Segundo Pujazón Carrasco, acta de nacimiento», p. 98, certificado n.º 194, Base de datos FamilySearch. En: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:Q24R-JYKG> (fecha de consulta: 10.4.2020); «Chile, Registro Civil, 1885-1932. María Luisa Pujazón Carrasco, acta de nacimiento», p. 75, certificado n.º 674, Base de datos FamilySearch. En: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:Q24R-SKNP> (fecha de consulta: 10.4.2020); «Chile, Registro Civil, 1885-1932. Lorenzo Antenor Pujazón Carrasco, acta de nacimiento», p. 74, certificado n.º 2840, Base de datos FamilySearch. En: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:Q24R-3K8C> (fecha de consulta: 10.4.2020); «Perú, Lima, Registro Civil, 1874-1996. Estela Guillermina Pujazón, acta de defunción», p. 287, certificado n.º 287, Base de datos FamilySearch. En: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:FCW4-26F> (fecha de consulta: 11.4.2020); «Perú, Lima, Registro Civil, 1874-1996. Andrés Pujazón Carrasco, acta de defunción», certificado n.º 658, Base de datos FamilySearch. En: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:QLMR-JQNR> (fecha de consulta: 11.4.2020); «Chile, Registro Civil, 1885-1932. Margarita Victoria Pujazón Carrasco, acta de nacimiento», p. 134, certificado n.º 6267, Base de datos FamilySearch. En: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:QPHF-2G8Z> (fecha de consulta: 10.4.2020); «Perú, Lima, Registro Civil, 1874-1996. Estela Guillermina Pujazón, acta de defunción», p. 287, certificado n.º 287, Base de datos FamilySearch. En: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:FCW4-26F> (fecha de consulta: 11.4.2020); «Perú, Lima, Registro Civil, 1874-1996. Corina Esther Pujazón Carrasco, acta de nacimiento», p. 2565, certificado n.º 2565, Base de datos FamilySearch. En: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:QVN9-VZKX> (fecha de consulta: 11.4.2020); «Perú, Lima, Registro Civil, 1874-1996. Irma Sara Pujazón Carrasco, acta de nacimiento», Base de datos FamilySearch. En: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:7HGV-69MM> (fecha de consulta: 11.4.2020).

<sup>6</sup> «Banquete al cónsul Colmenares», *El Comercio*, Lima, 11 de enero de 1912 (edición de la mañana), p. 1.

cónsul para auxiliar a sus paisanos luego del terremoto que prácticamente había destruido la ciudad en agosto<sup>7</sup>. Un año después, algunas de estas importantes personalidades despidieron juntas al padre Crawley Boevey, en viaje hacia Roma<sup>8</sup>.

La figura del religioso resulta interesante para explicar la propia trayectoria de Pujazón, conectado quizás con el mundo del mutualismo desde esta época temprana. Según destaca una biografía del cura, «su primer apostolado fue entre los obreros de Valparaíso en el seno de la llamada Acción Social, obra de la Iglesia para paliar y remediar en lo posible la triste situación de explotación que sufrían los trabajadores»<sup>9</sup>.

Pese a que Pujazón parece no haber sido un hombre de fe, los contactos con el sacerdote persistieron en el tiempo. En marzo de 1910, integraron junto a otras figuras de renombre la comitiva que recibió en Valparaíso al alcalde de Lima, el empresario salitrero Guillermo Billingham<sup>10</sup>. Durante este año, Pujazón habría acompañado a Billingham en una gira de negocios por Chile<sup>11</sup>. El vínculo que unió a ambos personajes poco tiempo después es corroborado por Luis E. Válcárcel en sus memorias:

De aquella oportunidad recuerdo también a un obrero apellidado Pujazón, uno de los cabecillas de la candidatura [a la presidencia] de Billingham, experto en movilizar a las masas partidarias y organizador de conferencias en diversos centros gremiales e institucionales. Era un hombre de carácter fuerte y muy paternalista. Fue quien nos llevó a Abel Angulo, Abraham Valdelomar y a mí a dar nuestras primeras conferencias ante público obrero [...] Integrábamos la secretaría de Billingham pero no éramos lo que propiamente podía llamarse

<sup>7</sup> «Ecos del terremoto de Valparaíso», *El Comercio*, Lima, 5 de octubre de 1906 (edición de la mañana), p. 3.

<sup>8</sup> «Carta de Chile», *El Comercio*, Lima, 21 de marzo de 1907 (edición de la tarde), p. 2.

<sup>9</sup> «Biografía del padre Mateo Crawley-Boevey (1875-1960)», Sitio web Radio Cristiandad. En: <https://radiocristiandad.wordpress.com/2014/12/31/biografia-del-padre-mateo-crawley-boevey-actualizada/> (fecha de consulta: 15.4.2020).

<sup>10</sup> «Chile. Llegada del señor Billingham», *El Comercio*, Lima, 8 de marzo de 1910 (edición de la tarde), p. 1.

<sup>11</sup> Rodríguez Hernández, 2014, p. 140.

secretarios, sino más bien miembros de la secretaría, al igual que una serie de personas más que tenían misiones distintas a las nuestras, como Pujazón por ejemplo, especializado en el trabajo con los obreros. Quienes ahí colaboramos no recibimos ninguna paga [...] Todos nos sentíamos amigos y partidarios de Billinghamurst, no veíamos por qué debían remunerarnos, además, éramos tratados con gran hospitalidad<sup>12</sup>.

Para llegar a la presidencia, Billinghamurst contó, con este valiosísimo nexo, con el apoyo de las principales asociaciones mutuales de la capital peruana, nucleadas en dos entidades matrices: la Confederación de Artesanos Unión Universal (CAUU) y la Asamblea de Sociedades Unidas (ASU). También, con el de las clases populares limeñas, beneficiadas de diferentes maneras durante su gestión como alcalde. La movilización de estos sectores en las calles fue, en efecto, la clave que destrabó, entre mayo y agosto de 1912, la conflictiva elección del candidato<sup>13</sup>, quien a partir de una agenda social y política progresista emergió como un verdadero «precursor del populismo»<sup>14</sup>.

«Hombre de frontera», nacido en Arica y vinculado durante mucho tiempo a Iquique<sup>15</sup>, a Billinghamurst le interesó desde el inicio de su mandato promover un acercamiento entre Chile y Perú, enemistados desde marzo de 1910. Dos años y medio después, en septiembre de 1912, el nuevo presidente dejaba en claro ante el Congreso en su discurso de posesión de mando, cuál iba a ser su principal objetivo de gobierno.

En los grandes como en los pequeños centros de población y hasta en las aldeas más reducidas y apartadas [...] se clama por la paz; se siente la necesidad de ella, y se la reputa la más sólida base de prosperidad y de ventura pública. A esa paz, honorables señores, a ella, principalmente debe el Perú esta portentosa reacción incruenta, que ha de llevar, no solo a nuestros pueblos, sino más allá de nuestras fronteras.

---

<sup>12</sup> Válcárcel, 1981, p.168.

<sup>13</sup> Rodríguez Hernández, 2012, pp. 78-88.

<sup>14</sup> Blanchard, 1977.

<sup>15</sup> González Miranda, 2000.

Acerca del «orden internacional» explicaba, reiterando su argumento:

He manifestado, antes de ahora, y es deber mío repetirlo, que «en el concierto de la vida americana el Perú necesita hacer una política de paz exterior, así como asegurar su tranquilidad interna. La paz es para el Perú, su vida, la condición esencia de su existencia económica e industrial, y, por lo tanto una sana política le aconseja evitar toda complicación; pero sin comprometer jamás su honra»<sup>16</sup>.

De inmediato, en noviembre de 1912, Billinghamurst acercó al gobierno chileno una propuesta de resolución del conflicto, que establecía un aplazamiento del plebiscito por las «provincias cautivas», Tacna y Arica, y un monto a pagar a Perú en concepto de indemnización por la postergación. El congreso peruano, que debía ratificar el protocolo Huneeus-Varela —nombre con el que se conoció el acuerdo—, acabó por rechazarlo por considerar sus términos favorables a Chile. Pese a este traspíe, Billinghamurst persistió en su afán de reconciliar a las dos naciones. Los vínculos trabados con el mutualismo, en especial, con Pujazón, le sirvieron de correa de transmisión para concretar por otra vía sus propósitos de paz externa.

#### EL «EMISARIO DE PAZ Y AMISTAD» CHILENO-PERUANA

Dos meses antes de estos sucesos, en septiembre de 1912, el «caballero peruano» recibió una importante carta procedente de Lima. Fechada el día 17, llevaba la firma «Por la comisión. Lorenzo Ríos». Este personaje, sobre el cual volveremos más adelante, escribía a Pujazón con el «objeto de [...] comunicarle los nobles sentimientos que nos guían a todos nosotros, los obreros, para hacer una unificación y solidarizar todos [*sic*] las clases trabajadoras de las repúblicas americanas, y en especial con la de Chile, que como usted muy bien sabe, nos allamos [*sic*] separados». El autor de la epístola había estado antes en Santiago y encontró entre «varios

<sup>16</sup> «La transmisión del mando supremo», *El Comercio*, Lima, 24 de septiembre de 1912 (edición de la tarde), pp. 1-2.



obreros muy distinguidos y respetados», las mismas tendencias de acercamiento que los peruanos habían manifestado en julio en ocasión de los festejos por la independencia, cuando recibieron de la forma «más correcta y fraternal» a los delegados chilenos al Tercer Congreso Estudiantil y los despidieron con una manifestación cívica «que se les hizo a iniciativa mía y de otros compañeros, secundada por la ‘Confederación Universal de Artesanos’». Ríos describió la «colosal» despedida y apuntó en su relato que «para hacer resaltar las simpatías hacia la clase obrera de Chile, hicimos entrega al presidente de la delegación chilena [...] un emblema para que fuera entregado a las sociedades obreras de Santiago». Concretamente, Ríos le pidió a la persona «más preparada» que conocía en Santiago, tres cosas: averiguar si el emblema había sido entregado, «hacer propaganda efectiva» y «acercarnos a todas las sociedades obreras establecidas en esa capital», a fin de establecer relaciones y darles a conocer lo que «pensamos hacer en bien de la confraternidad americana y particularmente de la armonía entre nuestros países»<sup>17</sup>.

Pujazón pasó algunos meses en Lima, en algún momento entre finales de 1912 y comienzos de 1913. El 27 de enero se celebró una asamblea especial de la CAUU para que «su delegado en Santiago de Chile, señor Víctor A. Pujazón diera cuenta de su cometido con la entrega del emblema del Perú» a la Sociedad Unión de Artesanos de Santiago, que se había hecho efectiva en una ceremonia oficial en noviembre del año anterior. «El señor Justo A. González, presidente de la institución, presentó al delegado señor Pujazón ante los confederados, en un adecuado discurso, explicando el alcance de la labor de este delegado ante las sociedades obreras de Santiago. El señor Pujazón dio lectura a una exposición de sus actos, los cuales fueron aprobados por aclamación». En esa reunión acabó siendo nombrado por unanimidad miembro honorario de la CAUU y «delegado oficial en Chile»<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> «Acercamiento obrero chileno-peruano», *La Época*, Arica, 7 de octubre de 1912, p. 2.

<sup>18</sup> «En la Confederación de Artesanos», *El Comercio*, Lima, 28 de enero de 1913, p. 2.

Para inicios de marzo, Pujazón estaba próximo a partir de vuelta a este país. «Sus amigos», «muchos miembros de la Confederación de Artesanos», le ofrecieron un banquete despedida en el restorán del Parque Zoológico<sup>19</sup>. «Se dice que don Víctor Pujazón será nombrado vicecónsul en Santiago», anunciaba *El Mercurio* de Valparaíso<sup>20</sup>. La información no era del todo exacta. Pujazón tenía una importante «misión diplomática» que cumplir en Chile, pero no esa. El mismo diario, unos días antes, había publicado la siguiente noticia, replicada a mediados de marzo por *La Crónica* de Lima:

La Confederación de Artesanos del Perú ha enviado una comunicación a don Pedro Malbrán, iniciador de la Confederación Obrera Sudamericana, en la cual le comunica que dentro de poco llegarán a Chile seis obreros peruanos, los cuales vendrán a demostrar la alta admiración que el obrero de esa república guarda para el de Chile al mismo tiempo a hacer presente que jamás serán partidarios de una guerra entre los dos países<sup>21</sup>.

Una vez en Santiago, Pujazón se movió rápido para poner en marcha la misión que le había sido encomendada.

Valparaíso, abril 3. —Se formaliza en los círculos obreros de Santiago, la realización de la visita proyectada por una comisión de sus personeros a los obreros de Lima. Se puede asegurar que muy pronto nueve representantes de las diversas instituciones obreras, acompañados de varios reporteros de diarios, visitarán la capital peruana. Se asegura que los obreros peruanos harán igual cosa, ya que esta feliz iniciativa nació en Lima<sup>22</sup>.

El 12 de abril, las visitas recíprocas ya tenían fecha. «La delegación chilena encamina sus pasos para que el 28 de julio vaya a Lima la delegación obrera de Chile, y en cambio, la delegación

<sup>19</sup> «De Lima», *El Mercurio*, Valparaíso, 4 de marzo de 1913, p. 6.

<sup>20</sup> «De Lima», *El Mercurio*, Valparaíso, 11 de marzo de 1913, p. 6.

<sup>21</sup> «Los obreros chilenos y peruanos», *El Mercurio*, Valparaíso, 25 de febrero de 1913, p. 13.

<sup>22</sup> «Chile. Próxima visita de los obreros chilenos al Perú», *El Comercio*, Lima, 4 de abril de 1913 (edición de la mañana), p. 2.

peruana vendrá a esta para el 18 de septiembre». El mismo periódico informaba sobre la reunión que había mantenido el «Comité de Confraternidad Chileno-Peruana en el local de la Sociedad Unión de Artesanos de Santiago, a fin de comenzar con los preparativos para recibir a los delegados peruanos»<sup>23</sup>.

Desde su llegada, Pujazón se había puesto en contacto con sociedades mutualistas y personalidades chilenas y latinoamericanas. Políticos, la mayoría de ellos vinculados al Partido Demócrata, e intelectuales «americanistas» como Manuel Ugarte, con quien coincidió en Santiago tras su arribo desde Bolivia y, también, probablemente, había coincidido en Lima en febrero de ese año. «Grata impresión han producido las informaciones de la prensa [chilena] referentes a los agasajos de que ha sido objeto el señor Víctor Pujazón, delegado de los obreros de Lima». El clima que reinaba en estos encuentros era por demás fraternal. En ellos, sus oradores se manifestaron con «gratos y honrosos recuerdos del Perú, ovacionando calurosamente a sus hombres dirigentes, sus clases trabajadoras y sus periodistas» destacaba a mediados de mayo *El Comercio* limeño<sup>24</sup>.

Mientras tanto, Pujazón se expresaba solo a partir de gestos que hablaban de integración. En Santiago tomó contacto con la Sociedad Unión de Artesanos. Entre ellos «se han intercambiado atentas notas con motivo de la entrega hecha por el señor Pujazón del diploma de honor que acredita a la Sociedad [...] con el título de institución honoraria de la Confederación Obrera del Perú»<sup>25</sup>. En Valparaíso hizo lo propio con la Liga de las Sociedades Obreras, que el 30 de abril puso «en discusión la nota del señor Pujazón, por la cual se invita a la Liga [...], para que designe una comisión para que se traslade a Lima a saludar a los obreros peruanos en el día de su aniversario patrio, siendo retribuida esta visita por otra comisión de obreros peruanos en septiembre»<sup>26</sup>.

<sup>23</sup> «Chile. Cordialidad. Entrega de diplomas y notas», *El Comercio*, Lima, 12 de abril de 1913 (edición de la tarde), p. 1.

<sup>24</sup> «Chile», *El Comercio*, Lima, 14 de mayo de 1913 (edición de la tarde), p. 1.

<sup>25</sup> «Confraternidad obrera chileno-peruana», *El Mercurio*, Valparaíso, 20 de mayo de 1913, p. 1.

<sup>26</sup> «Liga de las Sociedades Obreras. Sesión en 30 de abril de 1913», *El Mercurio*, Valparaíso, 4 de mayo de 1913, p. 13.

Conforme la popularidad de Pujazón iba creciendo, el movimiento de confraternidad fue ganando adhesión entre las mutuales chilenas. Sin embargo, la aceptación de la propuesta que venía a traer el «emisario de paz y amistad»<sup>27</sup> no fue unánime ni inmediata. Ese mismo 30 de abril, la Liga de las Sociedades Obreras de Valparaíso debatió en extenso su invitación, «acordándose que quedara pendiente [...] hasta que este caballero acredite oficialmente su carácter como delegado de la Confederación Obrera de Lima»<sup>28</sup>. A finales de junio, la Sociedad Unión de Artesanos de Santiago mostró similares dudas sobre las credenciales de Pujazón. También consideró «que no es propicia la época para tal viaje [a Lima], ya que el problema internacional entre ambos países sigue sin resolverse»<sup>29</sup>. Recién a comienzos de julio —es decir, pocas semanas antes de los festejos patrios de Perú—, los obreros de Valparaíso resolvieron viajar<sup>30</sup>, luego de insistir sobre el asunto de la acreditación del delegado peruano y enviar un cablegrama a Lima consultando acerca de ella<sup>31</sup>.

Según refería Pujazón en una carta dirigida a un integrante del comité de confraternidad porteño, Pedro Malbrán había sido «sugestionado» por un viejo conocido suyo, Lorenzo Ríos, vinculado ahora a la Confederación General de Trabajadores (CGT) de Lima<sup>32</sup> —asociación «rival» de la CAUU, a medio camino entre el mutualismo y otras tendencias más combativas, como el anarquismo—. Al parecer, Ríos había acusado a Pujazón de «espía del gobierno de Billingham», calificación que *La Época* de Arica rebatió categóricamente por considerarla «ridícula»<sup>33</sup>. Pujazón, por su parte, se defendió en la carta señalando: «nada autoriza hasta hoy dudar

<sup>27</sup> «Chile. Información de los diarios de Santiago», *El Comercio*, Lima, 30 de mayo de 1913 (edición de la tarde), p. 2.

<sup>28</sup> «Liga de las Sociedades Obreras. Sesión en 30 de abril de 1913», *El Mercurio*, Valparaíso, 4 de mayo de 1913, p. 13.

<sup>29</sup> «Obreros chilenos y peruanos», *El Mercurio*, Valparaíso, 24 de junio de 1913, p. 8.

<sup>30</sup> «Acercamiento obrero», *El Mercurio*, Valparaíso, 5 de julio de 1913, p. 9.

<sup>31</sup> «Liga de las Sociedades Obreras. Sesión en 25 de junio de 1913», *El Mercurio*, Valparaíso, 30 de junio de 1913, p. 8.

<sup>32</sup> «El viaje de los obreros al Perú», *El Mercurio*, Valparaíso, 12 de julio de 1913, p. 11.

<sup>33</sup> «Ridículo», *La Época*, Arica, 5 de julio de 1913, p. 1.

de mis procedimientos y de mi actuación, que ha estado subordinada en todo momento a las instrucciones que recibí en Lima de la Confederación de Artesanos del Perú». El acusado cerraba la carta asegurándole a su destinatario: «Puedo anticipar a usted que los delegados serán recibidos como merecen en Lima, y con mayor entusiasmo hoy que han tratado de obstaculizar su realización elementos malsanos de las clases trabajadoras. El gobierno del Perú se ha adherido ya a estas fiestas: esto es oficial»<sup>34</sup>.

La figura de Pujazón, la CAUU y su empresa fueron también cuestionadas por el principal periódico anarquista de Lima, *La Protesta*. En su edición del 30 de junio, el panadero Manuel Carracciolo Lévano —hombre clave del anarcosindicalismo peruano— reivindicaba la «previsión» de Malbrán y calificaba al «delegado de la agonizante Confederación de Artesanos Unión Universal» con el epíteto de «semiburgués». A continuación, se mostraba escéptico sobre la confraternidad chileno-peruana: «Si ‘tanta belleza fuese realidad’ [...] ensalzaríamos tan magna obra [...] Pero ¿creen nuestros compañeros de Chile que la clase obrera del Perú, o por lo menos la de Lima, ha olvidado toda rivalidad, todo rencor por cuestiones de fronteras, y por los sangrientos desastres de la guerra del 79?». Y añadía, develando el entramado «político» que existía detrás de ella:

Nosotros [...] con exclusión de las sociedades de resistencia y del elemento libertario de Chile, creemos que en este interesante asunto de la confraternidad obrera mundial se juega más que nada una mera combinación política y con fines políticos [...] La Confederación de Artesanos y las demás instituciones obreras son cuerpos políticos, patrioteros, conservadores, de auxilios mutuos [...] El nombramiento de delegados es una pura farsa, hecho quizás por influencias palaciegas y en personas serviles, capituleros de oficio y que no tienen por qué llamarse proletarios ni obreros<sup>35</sup>.

<sup>34</sup> «El viaje de los obreros al Perú», *El Mercurio*, Valparaíso, 12 de julio de 1913, p. 11.

<sup>35</sup> «M. Chumpitás» (seudónimo), «Confraternidad obrera chileno-peruana», *La Protesta*, Lima, 30 de junio de 1913, p. 1.

Pese a estos cruces, el 24 de julio de 1913 la comitiva chilena integrada por 15 hombres llegó al puerto del Callao. «El personal de la delegación ha sido bien escogido. Está compuesto en su totalidad por personas cultas, de vasta influencia personal en los gremios a que pertenecen»<sup>36</sup>, destacaba *El Comercio*. La mayoría eran artesanos, varios de ellos dirigentes e integrantes del Partido Demócrata. Representaban a diferentes ciudades de Chile: Santiago, Valparaíso, Antofagasta, Iquique, Arica, Concepción y Valdivia<sup>37</sup>. Víctor Pujazón se encargó en persona de acompañarlos en el vapor y una vez desembarcados, en el Teatro Mazzi, «pronunció [...] un discurso presentando a cada uno de los delegados obreros de la vecina república, así como también a las instituciones que representaban»<sup>38</sup>.

En la tarde del 25,

los señores Ortiz Rodríguez y Víctor Pujazón presentaron la delegación chilena a S.E. el presidente de la República, quien los recibió en el salón Dorado designado para las recepciones diplomáticas. El presidente departió algunos instantes con los delegados y antes de retirarse les espresó [*sic*] sus simpatías por la confraternidad obrera peruano-chilena y sus deseos por que su estadía en el país les fuese grata<sup>39</sup>.

El mismo 28 de julio, aniversario de la independencia peruana, Pujazón fue galardonado con un banquete de honor «para agradecer los esfuerzos que ha venido realizando en pro del acercamiento entre los obreros de uno y otro país. La manifestación se efectuará en el Palace Concert, que ha sido especialmente

<sup>36</sup> «Recepción de la delegación chilena de obreros», *El Comercio*, Lima, 24 de julio de 1913, p. 1.

<sup>37</sup> «El acercamiento obrero chileno peruano», *La Vanguardia*, Buenos Aires, 2 de febrero de 1919, p. 4.

<sup>38</sup> «Recepción de la delegación chilena de obreros», *El Comercio*, Lima, 24 de julio de 1913 (edición de la tarde), p. 1.

<sup>39</sup> «La estadía de los obreros chilenos en el Perú», *El Mercurio*, Valparaíso, 7 de agosto de 1913, p. 13.

arreglado»<sup>40</sup>. Luego del banquete, los delegados concurrieron a una velada organizada en honor de Billinghamurst en el Teatro Municipal, a la que habían sido especialmente invitados.

Hacia el final de la visita, los delegados chilenos y el «comité representativo de obreros peruanos» —entre quienes, por supuesto, se encontraba Pujazón— se reunieron para sentar las bases de un acuerdo. El «pacto de alianza», suscrito el 2 de agosto, establecía entre sus puntos más relevantes:

- 1.- Firmar un pacto de solidaridad entre las corporaciones sociales obreras de Chile y el Perú, comprometiéndose a trabajar en cada país hasta levantar un movimiento de opinión que ponga fin a las cuestiones que tienen separados a ambos pueblos.
- 2.- Provocar esos mismos pactos con las corporaciones sociales obreras de las demás naciones latinoamericanas [...]
- 5.- Convocar a un Congreso Obrero que tendrá lugar en Santiago de Chile el 10 de septiembre de 1914, con la concurrencia de todas las naciones latinoamericanas, a las cuales invitará el comité peruano-chileno<sup>41</sup>.

Pocos días después de regresar a su país, los obreros chilenos comenzaron a prepararse para recibir a sus pares peruanos. Mientras tanto, Pujazón y el delegado de la Sociedad de Artes Gráficas, Arturo Moreno Cerda, hicieron escala en Tacna, Arica y Tocopilla, para ser agasajados por diversas instituciones y personalidades locales. A su llegada a Valparaíso, Pujazón fue recibido por el senador de esa ciudad y el cónsul peruano. Además «concurrió a la sesión de la Liga de las Sociedades Obreras, siendo recibido con entusiastas manifestaciones de aplausos. En conceptuosos términos fue saludado por el señor M.J. Olivares, que presidía la sesión. Contestó el señor Pujazón, manifestando que ya ha quedado cimentada firmemente la amistad entre los obreros de Chile y el Perú»<sup>42</sup>. Un cambio de actitud evidente de parte de los miembros de la Liga porteña, quienes a raíz

<sup>40</sup> «Acercamiento chileno-peruano», *El Mercurio*, Valparaíso, 28 de julio de 1913, p. 11.

<sup>41</sup> «Delegación obrera de Chile en Lima», *El Comercio*, Lima, 3 de agosto de 1913 (edición de la mañana), p. 3.

<sup>42</sup> «Delegados obreros», *El Mercurio*, Valparaíso, 21 de agosto de 1913, p. 14.

de la buena impresión causada por el reciente encuentro de Lima, habían dejado atrás sus reparos acerca de la investidura del peruano.

Pujazón prosiguió con su actividad pública en el Teatro Politeama de Santiago, donde se efectuó una reunión de varias sociedades obreras en la que los delegados que habían ido a Lima presentaron un informe. En ella, este transmitió «los agradecimientos de las sociedades obreras de su país por la visita hecha por la delegación de los obreros chilenos»<sup>43</sup>. Para finales de agosto, Pujazón se había embarcado de vuelta con destino a Lima para ultimar los detalles del viaje con sus camaradas a Chile. Antes de partir, visitó la redacción del diario *La Unión* de Santiago, en calidad de «corresponsal del diario *El Comercio* de Lima», y *El Mercurio* de Valparaíso, periódico ante el cual se manifestó «mui [*sic*] satisfecho de la participación que había tenido la prensa porteña en la obra de acercamiento»<sup>44</sup>. El entusiasmo que encontró Pujazón ente los obreros, los políticos y los periodistas chilenos fue generalizado. La misión que le confiaron en su país parecía haber tenido un éxito rotundo.

Sin embargo, pese al optimismo reinante, la confraternidad obrera chileno-peruana hizo aflorar en ambos países las fisuras y pujas de poder que desde antaño dividían al mutualismo. La organización de la visita, pautada para septiembre, generó algunas disputas tanto entre los grupos chilenos como peruanos. En Valparaíso, por ejemplo, funcionaron en paralelo dos comités encargados de la recepción de los artesanos de Lima: el Comité Confraternidad Sudamericana (que reunía delegados de las Sociedades Marítimas y Artes Mecánicas) y la Liga de Sociedades Obreras. Pese al pedido de Pujazón que llegó vía telegrama desde Arica «rogando» unificación<sup>45</sup>, la última asociación acabó creando el «Comité pro Acercamiento Chileno-Peruano»<sup>46</sup>. El Comité Confraternidad, a propósito

<sup>43</sup> «Delegados obreros que fueron a Lima», *El Mercurio*, Valparaíso, 25 de agosto de 1913, p. 1.

<sup>44</sup> «Manifestación», *El Mercurio*, Valparaíso, 28 de agosto de 1913, p. 4; «Don Víctor A. Pujazón», *El Mercurio*, Valparaíso, 28 de agosto de 1913, p. 11.

<sup>45</sup> «La recepción a la delegación de obreros peruanos», *El Mercurio*, Valparaíso, 3 de septiembre de 1913, p. 11.

<sup>46</sup> «El acercamiento obrero chileno-peruano», *El Mercurio*, Valparaíso, 7 de septiembre de 1913, p. 9.



de la asamblea del 16 de septiembre a la que invitó «a todos los obreros, de verdad, de Valparaíso [...] sin distinción alguna», salió al cruce del Comité pro Acercamiento, acusando públicamente a sus miembros de haber «querido tomar la dirección de los festejos unos figurones obreros de balcón que solo quieren conquistar glorias y atraparse representaciones que no merecen»<sup>47</sup>. En Lima, mientras tanto, la elección de los delegados que iban a viajar a finales de mes provocó importantes tensiones en la CAUU y la CGT, hecho que llevó a intervenir a Billinghamurst para designar «en decisión salomónica» una comitiva de 20 hombres<sup>48</sup>, 18 obreros y dos periodistas, procedentes de Lima, El Callao, Cuzco, Junín, Trujillo, Arequipa y «Tacna libre». Víctor Pujazón, hombre de probada confianza y suficientes méritos, fue nombrado su presidente<sup>49</sup>.

Mientras permaneció en Lima, Pujazón fue reconocido no solo por el gobierno peruano, sino también por los artesanos de la CAUU, con quienes compartió el 5 de septiembre una velada en la que «dio cuenta en un extenso discurso de sus trabajos en Chile [...] La Confederación, a propuesta de su presidente [...] dio un voto de aplauso al señor Pujazón, por la manera activa e inteligente, como había llevado a cabo la labor que se le encomendara»<sup>50</sup>.

Tres días más tarde, la delegación partió en vapor hacia Chile, deteniéndose en Arica, Iquique y Coquimbo, siendo «mui [*sic*] agasajada» por sus respectivas sociedades obreras<sup>51</sup>. En la mañana del 18, día de las fiestas patrióticas de Chile, finalmente arribó al puerto de Valparaíso. Allí, fue recibida con una «imponente [y] [...] soberbia manifestación popular» y varias actividades<sup>52</sup>. Por

<sup>47</sup> «Acercamiento chileno-peruano», El Mercurio, Valparaíso, 16 de septiembre de 1913, p. 11.

<sup>48</sup> Rodríguez Hernández, 2014, pp. 178-179.

<sup>49</sup> «Delegados obreros a Chile», El Comercio, Lima, 6 de septiembre de 1913 (edición de la tarde), p. 1.

<sup>50</sup> «En la Confederación de Artesanos. El señor Pujazón da cuenta de sus trabajos en Chile», El Comercio, Lima, 6 de septiembre de 1913 (edición de la mañana), p. 2.

<sup>51</sup> «Acercamiento chileno-peruano», El Mercurio, Valparaíso, 16 de septiembre de 1913, p. 11.

<sup>52</sup> «Grandioso recibimiento de los delegados del Perú», El Mercurio, Valparaíso, 19 de septiembre de 1913, p. 11.

la noche, los obreros peruanos se trasladaron a Santiago, para ser presentados en el Teatro Municipal durante la jornada siguiente. «El asiento de honor fue ocupado por el primer alcalde, don Ismael Valdés Vergara, quien tenía a su lado a los señores Pujazón, Lindorfo Alarcón y Malaquías Concha»<sup>53</sup>, los dos últimos, diputados por el Partido Demócrata. En el banquete ofrecido a la comitiva, Alarcón «entregó medallas de oro conmemorativas, a los señores Federico Ortiz Rodríguez, Víctor A. Pujazón y Darío Chumpitaz, que fueron los iniciadores del movimiento de confraternidad en el Perú. Además se entregó otra medalla de oro al señor Pujazón, para que la pusiese en manos del señor Billinghurst, presidente del Perú»<sup>54</sup>.

Las comitivas, asimismo, ratificaron el pacto celebrado en agosto entre los delegados obreros chilenos y peruanos, con un «juramento de paz y confraternidad hecho en [...] la Universidad de Chile»<sup>55</sup>. Este incluyó varios puntos concretos, entre los que se destacaban el llamamiento a las clases dirigentes y gobiernos a limitar la militarización y establecer un equilibrio discreto, fomentar los vínculos económicos (lo que incluía intercambios recíprocos, liberalidad en los regímenes aduaneros y facilidad en las comunicaciones) y mejorar la condición material y moral de las masas. En cuanto al programa de acción para los miembros de las delegaciones, estos se comprometían a permanecer unidos y formalizar dicha unión a partir de la constitución de una organización que los agrupara<sup>56</sup>.

Todavía en Santiago, el 22 de septiembre, los delegados fueron recibidos por el presidente chileno Ramón Barros Luco en el Palacio de la Moneda, quien los felicitó «por el importante paso que acaban de dar los obreros de Chile y del Perú, pues ayudará [...] a la pronta solución de las dificultades que han tenido separado a nuestros [...] países» y señaló que «si los gobiernos, obedeciendo [...] al pensamiento jeneral [*sic*] de la opinión dominante, se ven

<sup>53</sup> «La presentación de los delegados peruanos en Santiago», *El Comercio*, Lima, 20 de septiembre de 1913 (edición de la mañana), p. 1.

<sup>54</sup> «La presentación de los delegados peruanos en Santiago», *El Comercio*, Lima, 20 de septiembre de 1913 (edición de la mañana), p. 1.

<sup>55</sup> «Sociedades. Comité de Solidaridad Latino Americana», *El Comercio*, Lima, 2 de noviembre de 1913 (edición de la mañana), p. 3.

<sup>56</sup> Rodríguez Hernández, 2014, pp. 152-153.

obligados a declarar la guerra a otros países, toca a los pueblos la imposición de la paz»<sup>57</sup>. Por su parte, los obreros peruanos le entregaron una solicitud de indulto para 12 reos que le habían acercado el día anterior a Pujazón durante su visita a la penitenciaría<sup>58</sup>.

La «gira al sur» de la delegación incluyó además un viaje de más de una semana que llevó a sus integrantes desde Concepción, pasando por Valdivia hasta Osorno<sup>59</sup>. Tras su regreso a Santiago a comienzos de octubre, Víctor Pujazón destacó la importancia de su recorrido por el Chile austral y señaló que:

Los festejos que se les había hecho ponían de manifiesto la reanudación de las relaciones chileno-peruanas [...] En cada ciudad se nos han ofrecido regalos de gran significado [...] Hemos establecido relaciones con las sociedades obreras de Concepción, Lota, Pitrufulquen, Corral, Valdivia, Osorno, Temuco, Coronel y Talcahuano. Todas ellas nos han obsequiado diplomas que nosotros retribuiremos apenas regresemos al Perú<sup>60</sup>.

De vuelta en la capital, la comitiva continuó participando de actos de camaradería. El 3 de octubre, una velada literario-musical desarrollada en la Sociedad de Empleados de Comercio sirvió de marco para que Pujazón hiciera entrega a los obreros chilenos de medallas, así como de una placa conmemorativa de bronce elaborada por la Escuela de Artes y Oficios de Lima, en retribución a una placa de fierro fundido que habían obsequiado los ferroviarios a sus pares peruanos durante su visita de julio de ese año<sup>61</sup>.

<sup>57</sup> «Cuestiones obreras. La jira al sur de los delegados peruanos. Impresiones de viaje VII», *El Mercurio*, Valparaíso, 18 de octubre de 1913, p. 13.

<sup>58</sup> «Cuestiones obreras. La jira al sur de los delegados peruanos. Impresiones de viaje V», *El Mercurio*, Valparaíso, 10 de octubre de 1913, p. 12.

<sup>59</sup> Una minuciosa descripción de la travesía completa a Chile, en la que aparecen los lugares visitados, las actividades realizadas y los agasajos recibidos por la delegación peruana, puede encontrarse en las memorias de Luis A. Santibáñez G., miembro de la Liga de Sociedades Obreras de Valparaíso que acompañó a los peruanos. Ellas fueron publicadas por entregas en *El Mercurio* de esa ciudad, entre el 5 de octubre y el 20 de diciembre de 1913, bajo el título «La jira al sur de los delegados peruanos. Impresiones de viaje».

<sup>60</sup> «Telegramas. Chile. Los delegados peruanos», *El Comercio*, Lima, 3 de octubre de 1913 (edición de la tarde), p. 1.

<sup>61</sup> Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericana (CIOSLA), 1928, pp. 10-13.

Las últimas ciudades que recibieron a los peruanos fueron Quilpué, Valparaíso y Viña del Mar. En esta última pasaron algunos días hasta embarcarse de nuevo rumbo a Lima. Uno de los eventos más destacados fue el intercambio de diplomas que tuvo lugar en el salón de la Asociación de Artesanos, el 12 de octubre. El banquete de despedida contó entre sus oradores al presidente de la delegación. Después de manifestar su «simpatía» y su «afecto sincero» hacia «el noble y progresista pueblo de Valparaíso», Pujazón hizo un balance de la gira en el que aseguraba

que el paso de sur a norte, en el territorio de la República de Chile, por los trabajadores del Perú, ha dejado una huella tan bien marcada y ha sido tan bien comprendida por los trabajadores chilenos, que la acción conjunta de ambas nacionalidades ha señalado nuevas orientaciones a los proletarios de ambos países, que unidas sus masas buscando comunidad de ideales y aspiraciones iguales [...] señalarán a sus dirigentes [*sic*] el camino de las verdaderas conveniencias de todo orden para el mayor progreso y desarrollo del comercio, de las industrias y de las artes, únicos factores que hacen grandes, fuertes y respetables a las naciones honradas.

Pujazón cerró su intervención agradeciendo a las «distinguidas personalidades políticas y sociales» y reivindicando al presidente chileno, «probo magistrado que con tanto acierto rije [*sic*] los destinos de este país próspero»<sup>62</sup>. Lo saliente del discurso no eran estas palabras de cortesía hacia los poderes constituidos, fórmula reiterada entre los mutualistas, sino el programa de «progreso y desarrollo» integral que planteaba a esos poderes, el cual traería beneficios para las sociedades chilenas y peruanas en su conjunto y actuaría como una base sólida en la que anclar la paz. Amistad entre naciones en el orden externo, armonía entre clases en el interno, tal parecía ser la fórmula propuesta por Pujazón, que replicaba los conceptos del primer discurso de Billinghamst como presidente.

<sup>62</sup> «El banquete de las sociedades tipográfica y de las artes gráficas», *El Mercurio*, Valparaíso, 13 de octubre de 1913, p. 11.

## PUJAZÓN DESPUÉS DE 1913: ENTRE NUEVOS ACERCAMIENTOS Y LA RUPTURA

El 21 de octubre de 1913, después de una visita a Chile que duró más de un mes, los delegados peruanos llegaron a Lima. «El gentío» los recibió «alzo en hombros [...] y los condujo por las calles» del Callao. El mismo día por la tarde fueron recibidos en el Palacio de Gobierno por Billinghurst. «Entraron por la puerta principal y a despecho de los esfuerzos hechos por la guardia para impedir el acceso del pueblo al palacio, siempre penetró a él gran cantidad de gente [...] Al presentarse en el salón S.E, el presidente de la República fue saludado con aplausos y vítores por las personas que ahí estaban». Luego de entregarle la medalla de oro que le enviaban los obreros chilenos, Pujazón «pronunció un extenso discurso, dando cuenta de su misión de confraternidad que los llevó a la República de Chile, donde dijo, habían sido tratados con sinceridad y cariño por todas las clases sociales. El discurso del señor Pujazón fue muy aplaudido». Billinghurst, por su parte, felicitó a los delegados «por la manera como se habían conducido durante su permanencia en Chile, sentando las bases de un próximo acercamiento internacional»<sup>63</sup>.

La actuación de Pujazón y del mutualismo que logró encolumnar detrás de sí, había generado una enorme expectativa entre sus bases artesanales. Sin embargo, como quedó evidenciado en varias ocasiones durante la visita de la comitiva peruana, no todos los trabajadores limeños se sentían representados por ella. El periódico anarquista *La Batalla* de Santiago reproducía, esa segunda quincena de octubre, un artículo escrito por Amador Gómez, miembro de la Federación Obrera Regional Peruana, en el que no ahorra en calificativos dirigidos hacia la

delegación oficial que no lleva la voluntad del pueblo productor [...] Patriotas recalcitrantes, acérrimos enemigos de toda tendencia algo avanzada, solo chapoteaban por alcanzar el sueldo de las arcas fiscales, llenar su panza de neutrales en los banquetes y champañadas y dar rienda suelta a sus apetitos lujuriantes. Para ellos la unión de ambos pueblos les importa

<sup>63</sup> CIOSLA, 1928, pp. 4-5.

un bledo. Solo ven en esa unión un tablado donde exhibir sus personalidades cotizables, su desfachatez cretina. Y por medio de su palabrería divagadora y cursi, servir al *amo* que los ha enviado, lo mejor que pueden conseguir a su regreso, un puesto, un acomodo recompensativos a sus *jenerosos* [*sic*] y *desprendidos* servicios de comediantes de mala lei [*sic*]<sup>64</sup>.

Los intentos de boicotear las actividades desarrolladas en Chile y los pronunciamientos procedentes del anarquismo peruano, no frenaron el ímpetu de las asociaciones mutuales. Siguiendo los lineamientos del pacto suscrito en Chile, el 20 de noviembre importantes personalidades de distintas sociedades obreras del país discutieron y aprobaron la propuesta del señor Uldarico Gonzales Jara, realizada a comienzos de mes, de crear un «Comité de Solidaridad Latinoamericana»<sup>65</sup>. La directiva de esta institución, que adoptó el nombre de Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericana (CIOSLA), estaba encabezada —como no podía ser de otra forma— por Víctor Pujazón.

Entre marzo y mayo de 1915 terminó de constituirse el directorio de una organización similar en Santiago<sup>66</sup>, que compartió con la peruana su nombre, sus ideales y su programa<sup>67</sup>. En paralelo, le tocó llevar adelante las tareas de organización del primer Congreso Obrero Latinoamericano, «como fue el acuerdo unánime» en agosto de 1913, para «que legisle y tome acuerdos no solo de carácter social o proletario, sino que, además, busque los medios conducentes a impedir que la tea funesta y fratricida de la guerra pueda [...] enlutar [...] el suelo todavía inesplotado [*sic*] de las naciones de América». La reunión obrera debía celebrarse en septiembre de 1914 en la capital chilena, pero el golpe de Estado perpetrado contra Billinghamurst (quien murió poco después, en 1915) y los trastornos económicos causados por la Primera Guerra Mundial, provocaron

<sup>64</sup> Amador Gómez, «Desde el Perú. La fraternidad obrera», La Batalla, Santiago, segunda quincena de 1913, pp. 1-2.

<sup>65</sup> Tejada Ripalda, 2019, p. 79.

<sup>66</sup> «Sociedad Unión de los Tipógrafos», El Mercurio; Santiago, 24 de marzo de 1915, p. 13; «Centro Obrero Internacional Latinoamericano», El Mercurio, Santiago, 5 de mayo de 1915, p. 14.

<sup>67</sup> ciosla, 1928, p. 5.

que esta se postergara para septiembre del año siguiente<sup>68</sup>. Pujazón apoyó desde el comienzo una y otra iniciativa<sup>69</sup>. Así, durante el transcurso de 1915 fue designado para integrar la comisión responsable de redactar el programa del congreso<sup>70</sup> y la Oficina Internacional Ejecutiva —luego Oficina Internacional del Trabajo— encargada de llevar a la práctica dicho programa y otras importantes funciones<sup>71</sup>.

Finalmente, ese septiembre de 1915 no hubo congreso obrero. Sí tuvo lugar un acto que, desde su simbología, intentó recuperar el espíritu que había animado las visitas de las delegaciones chilenas y peruanas en 1913. El día 19, en ocasión de las fiestas patrias chilenas, las sociedades laborales de Santiago colocaron la placa de bronce que los peruanos les habían obsequiado, en un lugar de gran significado: el Monumento al Roto Chileno emplazado en la Plaza Yungay. Durante la ceremonia, Pujazón pronunció un discurso en el que destacó los múltiples lazos que desde el pasado unían a ambos pueblos y la importancia de estos de cara hacia el futuro:

El bronce, que desde hoy día queda expuesto al proletariado chileno [...] es el exponente más sincero de las sociedades obreras de Lima, el Callao, Arequipa, Cuzco y Junín, de lo que sienten y piensan aquellas colectividades [...] dentro de un acuerdo armónico con las demás colectividades obreras hispanoamericanas y de manera especial, con las de la República de Chile, por ligarnos a ella, vínculos de sangre, vecindad inmediata, comunidad de ideales, conveniencias terrestres y marítimas, intercambio de nuestros productos, todos factores que tienden exclusivamente al mejoramiento de los obreros de las dos repúblicas<sup>72</sup>.

<sup>68</sup> «Sociedades obreras. En el día del Perú. Recuerdos íntimos», *El Mercurio*, Valparaíso, 28 de julio de 1915, p. 10.

<sup>69</sup> «Primer Congreso Latinoamericano Obrero», *El Mercurio*, Santiago, 31 de enero de 1915, p. 16; «Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericana», *El Mercurio*, Santiago, 5 de mayo de 1915, Santiago, p. 14.

<sup>70</sup> «Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericana», *El Mercurio*, Santiago, 23 de agosto de 1915, p. 12.

<sup>71</sup> «Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericana», *El Mercurio*, Santiago, 22 de octubre de 1915, p. 14; «La Oficina Internacional del Trabajo del Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericano», *El Mercurio*, Santiago, 1 de enero de 1916, p. 23.

<sup>72</sup> Carranza, 1939, pp. 68-69.

Este acto fue quizás la última manifestación pública y masiva de la confraternidad obrera chileno-peruana del periodo. Entre 1915 y 1917, el primer Congreso Obrero fue postergado en repetidas ocasiones, no solo como consecuencia de las dificultades organizativas, sino fundamentalmente de las luchas de poder entre asociaciones mutuales y, en definitiva, la propia crisis que a finales de la década de 1910 estas comenzaban a atravesar<sup>73</sup>. Pese a ello, durante esos años Pujazón aparece en la prensa de ambos países como uno de sus más activos promotores. En agosto de 1918, previa visita al presidente chileno Juan Luis Sanfuentes, que otorgó su total apoyo al evento<sup>74</sup>, viajó a Lima. Llevaba una «voz de aliento a sus camaradas peruanos» y el «compromiso de honor» de todos los obreros representados en el Centro Internacional Obrero de Santiago «de hacer el Congreso Internacional en fecha próxima»<sup>75</sup>. Pujazón regresó a esa ciudad y la segunda semana de noviembre comunicó en la asamblea del centro «los poderes amplísimos que le confieren [...] los obreros del Perú para que los represente en las repúblicas de Chile, Argentina, Uruguay y Bolivia, para que haga la propaganda necesaria y para que el primer congreso obrero latino se realice a la brevedad posible en Santiago». También, como antes, Pujazón continuaba siendo el mensajero de los saludos cordiales de confraternidad entre organizaciones chilenas y peruanas<sup>76</sup>. Sin embargo, no lo sería por mucho tiempo.

Lo cierto es que la confraternidad de la que hablaban se estaba resquebrajando. Así lo demuestra el editorial del semanario *Sudamérica* de Lima de mediados de septiembre, cuando consideró a esta, a propósito de la visita del «propagandista chilenizado», una «farsa» y se preguntaba: «¿es posible emplear esa palabra cuando aún están frescos todos los atropellos de que fueron víctimas en Iquique, Pisagua, Tacna,

<sup>73</sup> Tejada Ripalda, 2019, pp. 93-97.

<sup>74</sup> «Visita de cortesía. El próximo congreso internacional»; El Mercurio, Santiago, 16 de julio de 1918, p. 17.

<sup>75</sup> «Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericana», El Mercurio, Santiago, 24 de julio de 1918, p. 14.

<sup>76</sup> «Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericana» y «Confraternidad peruano-chilena», El Mercurio, Santiago, 11 de noviembre de 1918, p. 11 y 17.



Arica, etcétera, los trabajadores peruanos, de parte de las autoridades chilenas y también de parte de muchos obreros del sur?». Igualmente, el editorial criticaba las «indignas gestiones» llevadas a cabo desde hacía cinco años por Pujazón y «unos cuantos socios de su empresa [...] empeñados en que el obrero peruano se degrade hasta el punto de concurrir al congreso de trabajadores en Santiago, cuando la bandera chilena flamea todavía en Tacna, Arica y Tarapacá»<sup>77</sup>.

Pocos meses después, en noviembre de 1918, estalló el conflicto anticipado por *Sudamérica*. Los disturbios nacionalistas promovidos por las Ligas Patrióticas en Antofagasta y Tarapacá provocaron la repatriación de ciudadanos peruanos y la ruptura de los vínculos consulares. También el fin de la confraternidad obrera, pues las organizaciones laborales de Perú cuestionaron la falta de protesta de los obreros chilenos contra esos ataques<sup>78</sup>.

Ese mismo noviembre, después de su paso por Lima, Pujazón viajó a Buenos Aires como delegado del Centro Internacional Obrero de Lima con el propósito de estudiar las organizaciones obreras de Argentina (una delegación similar había sido enviada a Estados Unidos y Cuba). El centro peruano apostaba a sellar pactos de solidaridad bilaterales y diversificar sus lazos internacionales, más allá de la relación que hasta entonces había mantenido con Chile. Fue así como Pujazón tomó contacto con el Partido Socialista argentino<sup>79</sup>. Si bien públicamente este se manifestó en contra de la guerra que parecía inminente entre Chile y Perú, de manera privada otro habría sido su mensaje.

De acuerdo a la declaración del Partido Socialista publicada el 18 de diciembre por *El Mercurio* de Santiago, «los delegados peruanos» presentaron ante el Consejo Nacional un informe que acabó definiendo su orientación sobre el conflicto chileno-peruano. En él, entre otros puntos, sugería «que la paz y la fraternidad americanas exigen la devolución de las provincias cautivas de Antofagasta,

<sup>77</sup> «El Congreso Obrero de Chile», *Sudamérica*, Lima, 14 de septiembre de 1918.

<sup>78</sup> Pan-American Federation of Labor, 1919, p. 14.

<sup>79</sup> «Visita de un delegado obrero peruano», *La Vanguardia*, Buenos Aires, 20 de noviembre de 1918, p. 1; «El movimiento obrero peruano. Hablando con el delegado Pujazón», *La Vanguardia*, Buenos Aires, 22 de noviembre de 1918, p. 1; «Federación Obrera Regional Argentina. X congreso ordinario», *La Vanguardia*, Buenos Aires, 30 de diciembre de 1918, pp. 1-2.

Tarapacá, Arica y Tacna, pues de otro modo habrá en el continente una causa eterna de rencor que impedirá el desarme y las relaciones afectuosas entre los pueblos». El socialismo porteño «tomaba partido» por uno de los dos bandos en el diferendo y designaba a Pujazón como intermediario para expresar «sus simpatías [...] a los trabajadores de las repúblicas del Perú y de Bolivia, que manifiestan decidida y altiva voluntad de luchar por la devolución de las provincias cautivas y propiciar una acción de solidaridad de todos los trabajadores iberoamericanos, especialmente de Chile, para que se opongan a la política imperialista del Gobierno de esa República»<sup>80</sup>.

De este modo, en pocos días Pujazón dejó de ser el paladín de la confraternidad chileno-peruana, vivado a coro por gobernantes, prensa y trabajadores de Chile, para convertirse en «el mismo lobo que disfrazado con piel de cordero estuvo actuando entre nosotros con esa rara y solapada habilidad desquiciadora en que tan consumados maestros se demuestran los hijos del Rimac»<sup>81</sup>. En un «espía peruano»<sup>82</sup> dirá la revista *Zig Zag* de Santiago, que no merecía perdón.

De inmediato, en «vista de las publicaciones tan faltas de verdad como ofensivas al patriotismo de todo buen chileno» aparecidas en la prensa argentina por «iniciativa o participación directa» de Pujazón, varias personas que habían participado de la organización del congreso obrero, convocaron a delegados y exdelegados a una reunión «para discutir la actuación de dicho sujeto en la vecina República y tomar alguna resolución [...] que ponga término a la malévola campaña de Pujazón»<sup>83</sup>. Dos de los convocantes —Manuel Hidalgo, miembro del Partido Obrero Socialista, y Domingo Fuentes, obrero católico— viajaron en enero a Buenos Aires y se

<sup>80</sup> «La cuestión de Tacna y Arica. Resolución del Partido Socialista Argentino», *El Mercurio*, Santiago, 18 de diciembre de 1918, p. 17.

<sup>81</sup> «El problema del norte según nuestros obreros», *El Mercurio*, Valparaíso, 20 de diciembre de 1918, p. 1.

<sup>82</sup> «ZIG-ZAG de mañana», *El Mercurio*, Santiago, 21 de diciembre de 1918, p. 16.

<sup>83</sup> «Congreso Internacional Obrero de Solidaridad Americana», *El Mercurio*, Santiago, 20 de diciembre de 1918, p. 19.

contactaron con el Partido Socialista<sup>84</sup>. Según el Ministro Plenipotenciario de Chile en Argentina, durante su visita Hidalgo «desemascaró» a Pujazón y desautorizó su representación como delegado de los peruanos<sup>85</sup>.

A finales de marzo, mientras este intentaba «convencer» a su auditorio en una conferencia en Paraguay que «Tacna y Arica pertenecen al Perú y no a Chile»<sup>86</sup>, Hidalgo y Fuentes daban cuenta ante una junta general del Centro Internacional Obrero de Santiago acerca del «verdadero alcance del movimiento obrero chileno desvirtuado por el delegado del Gobierno peruano»<sup>87</sup>. Probablemente, allí se decidió su expulsión de Chile. El «desaire» fue internacional, pues a causa de «las susceptibilidades [...] producidas en los países vecinos», Pujazón ni siquiera fue recibido en Bolivia por José Caldeón, presidente de la Federación Obrera de La Paz, con quien hasta entonces había mantenido una muy buena relación<sup>88</sup>.

Terminando el mes de abril, Pujazón regresó a Buenos Aires para asistir con otros delegados peruanos a la primera Conferencia Socialista y Obrera Panamericana auspiciada por el Partido Socialista<sup>89</sup> y, poco después, en julio, integró el Comité Internacional Obrero de Lima que participó del Segundo Congreso Panamericano de Nueva York, organizado por el sindicalismo libre norteamericano<sup>90</sup>. En los dos eventos, uno de los principales temas tratados fue el asunto del Pacífico. *Sudamérica*, que un año antes había criticado a Pujazón y en varios números llegó incluso a ridiculizar el fracaso de su misión, destacaba ahora de los «distinguidos obreros» que fueron al

---

<sup>84</sup> «Una visita de delegados chilenos», La Vanguardia, Buenos Aires, 16 de enero de 1919, p. 1.

<sup>85</sup> «El ministro de Chile en Argentina», El Mercurio, Santiago, 12 de febrero de 1919, p. 11.

<sup>86</sup> «El agente peruano Pujazón», El Mercurio, Valparaíso, 18 de abril de 1919, p. 2.

<sup>87</sup> «Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericana», El Mercurio, Santiago, 24 de marzo de 1919, p. 16.

<sup>88</sup> «Pujazón desairado en La Paz», El Mercurio, Valparaíso, 23 de abril de 1919, p. 9.

<sup>89</sup> «Primera conferencia socialista y obrera panamericana», La Vanguardia, 26 de abril de 1919, p. 1.

<sup>90</sup> Pan-American Federation of Labor, 1919.

congreso panamericano de Nueva York su labor «muy encomiable y patriótica, pues, mediante su actividad, ha conseguido [...] hacer aprobar una conclusión por la cual se acordó pedir al gobierno de los Estados Unidos su intervención para conseguir la más rápida solución y de este enojoso asunto mediante el arbitraje»<sup>91</sup>. Lo que *Sudamérica* ocultaba es que dicha resolución se apoyaba en otra precedente, alcanzada de común acuerdo en un clima fraterno por las comitivas chilenas y peruanas que concurrieron a la conferencia de Buenos Aires y votada unánimemente por el pleno de la asistencia<sup>92</sup>. Una prueba de cómo los medios de prensa, de Chile y Perú por igual, jugaron un importante papel en dividir las aguas entre la población de ambos países.

Ese mismo año, Pujazón fue nombrado como delegado por las asociaciones laborales peruanas en la primera Conferencia Internacional del Trabajo de la Liga de las Naciones, desarrollada entre octubre y noviembre en Washington. En ella se establecieron una serie de acuerdos para mejorar las condiciones de trabajo de los obreros representados<sup>93</sup>. La agenda del evento excluyó la discusión sobre el conflicto del Pacífico. Los trabajadores de uno y otro país ya se habían pronunciado sobre esta cuestión y no iban a modificar su posición hasta no recibir una señal, un guiño de parte del poder político. Mientras tanto, permanecerían distanciados durante casi una década.

## COLETAZOS DE LA CONFRATERNIDAD OBRERA CHILENO-PERUANA EN LAS DÉCADAS DE 1920 Y 1930

Durante los años veinte, Pujazón mantuvo un perfil bajo. Inferimos por su participación en el homenaje ofrecido al intelectual José Santos Chocano como delegado provincial de Anta (departamento

<sup>91</sup> «El Congreso Obrero Panamericano», *Sudamérica*, Lima, 13 de septiembre de 1919.

<sup>92</sup> «Primera conferencia socialista y obrera panamericana», *La Vanguardia*, 29 de abril de 1919, p. 1; Alfredo Palacios, «Derecho internacional obrero», *Revista de Ciencias Económicas*, Buenos Aires, septiembre de 1920, pp. 870-873.

<sup>93</sup> *República del Perú*, 1919, p. 115; Humberto Fernández Dávila, «La creación del Departamento de Trabajo en el Perú», *Revista de Ciencias Económicas*, Buenos Aires, julio-diciembre de 1919, pp. 299-300.

de Cusco), que se radicó en Perú, aunque no sabemos con certeza hasta cuándo<sup>94</sup>. Durante este periodo, seguramente se desempeñó como diputado<sup>95</sup>. También mantuvo su vínculo con el mutualismo local, a raíz de lo que continuó siendo el blanco de ataque del anarquismo limeño<sup>96</sup>.

Solo recién en 1928 salió del anonimato. Ese año, el Centro Internacional Obrero de Santiago publicó un folleto titulado *Confraternidad obrera chileno-boliviana, una actuación histórica, 1913-1917*. El escrito se compone de las palabras preliminares de Víctor Pujazón y Mario Centore, «delegado periodista, conocido escritor peruano y antiguo residente en Chile»<sup>97</sup>, con las que reseñaban los eventos más salientes de la confraternidad obrera entre 1913 y 1917, seguidas de una compilación de artículos de prensa publicados en Santiago cuando fuera colocada la placa de bronce en el monumento de la plaza Yungay.

Su edición, pendiente desde octubre de 1915<sup>98</sup>, venía a abrir el «paréntesis cerrado de diez años» que, según el mismo Pujazón, había separado los trabajadores de Chile y Perú, «tiempo dilatado, más que suficiente para apreciar en su más alto grado, aquella gran jornada de confraternidad, de entendimiento y de sinceridad obreras». En julio de 1928, los gobiernos de Chile y Perú habían reestablecido sus relaciones diplomáticas con la ayuda de Estados Unidos, «vigorosa acción» que contó «con el amplio apoyo y eficaz cooperación de sus pueblos»<sup>99</sup>. Con la edición del folleto, estos celebraban el advenimiento de una nueva etapa de la confraternidad obrera chileno-peruana.

Es posible que, a comienzos de 1931, Pujazón haya vuelto a Chile. Allí retomó el contacto con el Centro Internacional Obrero

<sup>94</sup> Santos Chocano, 1924, p. 6.

<sup>95</sup> «Centro peruano», *La Nación*, Santiago, 18 de mayo de 1931, p. 16.

<sup>96</sup> «Corresponsal», «Desde Perú. El imperio del machete.— Sigue en auge la reacción.— Un llamado al proletariado internacional», *La Protesta*, Buenos Aires, 21 de mayo de 1922, p. 3.

<sup>97</sup> CIOCLA, 1928, p. 6.

<sup>98</sup> «Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericana», *El Mercurio*, Santiago, 22 de octubre de 1915, p. 14.

<sup>99</sup> CIOCLA, 1928, pp. 5-6.

de Santiago, en calidad de delegado de las sociedades obreras de Lima, con las que nunca dejó de mantener lazos<sup>100</sup>. Las manifestaciones públicas de confraternidad —menos estridentes que en 1910—, volvieron a ser noticia durante esta década<sup>101</sup>. En ocasión del primer Congreso Obrero Latinoamericano, finalmente realizado en Santiago en mayo de 1932, bajo la presidencia del señor Manuel Correa Olate, «una representación especial [peruana] concurrió a sus deliberaciones»<sup>102</sup>. También llegaron delegaciones de Bolivia, Colombia, Guatemala y Paraguay, más un observador en representación del Estado mexicano. El evento recibió además el apoyo de organizaciones laborales que no pudieron estar presentes de Argentina, Panamá y España. Aparte de las resoluciones adoptadas, se anunció que el próximo congreso tendría lugar en Lima, aunque no se fijó una fecha precisa<sup>103</sup>. En julio de 1934, «en el aniversario peruano, coincidiendo con el Cuarto Centenario del Cuzco, una comitiva societaria chilena, confraternizará en la histórica ciudad de los incas, con una parte apreciable del obrerismo peruano»<sup>104</sup>, publicaba, en un suelto, *La Nación* de Santiago.

Pese a los agasajos discretos que Pujazón recibió en la década de 1940<sup>105</sup>, en 1943, el diputado del Partido Democrático Pedro Cárdenas Núñez llamó la atención en el recinto sobre la delicada situación económica que aquel estaba atravesando, «una situación que no corresponde a la que deben permitir nuestros verdaderos sentimientos de confraternidad interamericana y de reconocimiento de la labor desarrollada por él», señalaba. Asimismo, propuso, haciéndose eco del «anhelo de todas las instituciones obreras,

<sup>100</sup> «Un dirigente obrero peruano llega hoy», *La Nación*, Santiago, 14 de enero de 1931, p. 12.

<sup>101</sup> «Conmemoración del aniversario patrio peruano», *La Nación*, Santiago, 28 de julio de 1932, p. 11; «Celebró su 25º aniversario el Centro Intern. Latinoamericano», *La Nación*, Santiago, 19 de julio de 1938, p. 15.

<sup>102</sup> «Vinculaciones de amistad chileno-peruana», *La Nación*, Santiago, 28 de julio de 1934, p. 39.

<sup>103</sup> Pan American Union, 1932, pp. 734-735.

<sup>104</sup> «Vinculaciones de amistad chileno-peruana», *La Nación*, Santiago, 28 de julio de 1934, p. 39.

<sup>105</sup> «Manifestación a Don Víctor Pujazón», *La Nación*, Santiago, 18 de mayo de 1940, p. 20.

especialmente las mutuales [...] que el Gobierno chileno realice un acto de efectivo reconocimiento hacia este verdadero adalid de la amistad y confraternidad chileno-peruana»<sup>106</sup>. Pero el reconocimiento oficial nunca llegó.

Pujazón volvió a ser mencionado en la misma Cámara en 1945. El diputado obrero Juan Vargas Puebla sugirió homenajear al mutualismo chileno, a propósito de los 92 años de existencia de la Unión de los Tipógrafos (organismo del cual Pujazón había sido miembro). Vargas Puebla destacaba la amplia contribución del mutualismo en el campo de las reivindicaciones sociales. Otros diputados sumaron sus voces a la conmemoración. Cárdenas repitió algo que había acompañado su intervención de 1943: la labor del mutualismo no solo tenía «un carácter interno», en beneficio de la clase trabajadora, «sino también un notable carácter internacional. Han sido las sociedades mutualistas las que han enviado mensajeros de paz a todas las repúblicas de Sudamérica, y muy especialmente a nuestras hermanas del Perú y Bolivia. Son ellas, precisamente, las precursoras del estado de paz que existe hoy día, y se acrecienta, con la República hermana del Perú». El diputado Juan Bautista Rossetti, integrante del Partido Socialista, añadió: «Cuando aquí en el país el ‘chauvinismo’ cundía en todas partes, cuando los partidos políticos no se preocupaban de trabajar por la paz, los obreros mutualistas enviaban delegaciones a todas partes de América, tratando de provocar el fin de los odios internacionales. Quiero, en esta oportunidad, rendirle un homenaje a un obrero mutualista que desarrolló una labor muy notable, el señor Víctor Pujazón»<sup>107</sup>.

Todavía en 1949, Cárdenas reclamaba ante los diputados un reconocimiento oficial. Se conformaba con «un diploma o una medalla, que significará la gratitud chilena por la labor pacifista por él desarrollada»<sup>108</sup>. Pujazón tenía en este momento 72 años. ¿Cuánto más vivió? No lo sabemos. La fecha de su muerte es una

<sup>106</sup> Cámara de Diputados, acta de la sesión 54 ordinaria, 17 de agosto de 1943, p. 2223.

<sup>107</sup> Cámara de Diputados, actas de la sesión 76 ordinaria, 15 de septiembre de 1945, pp. 2937-2938.

<sup>108</sup> Cámara de Diputados, acta de la sesión 45 ordinaria, 13 de septiembre de 1949, p. 2393.

incógnita. Los gobiernos de Chile y Perú suscribieron «pactos que aseguraron la paz indestructible entre ambas naciones»<sup>109</sup>, pero pocas, muy pocas personas recordaban —menos aún, recordaron después— quiénes eran, quiénes fueron los hombres de carne y hueso, miembros del movimiento que a comienzos de siglo, por abajo, anticipó e impulsó que esos pactos se hicieran realidad.

## CONCLUSIÓN

La trayectoria de Víctor A. Pujazón tiene mucho para decirnos acerca del movimiento de confraternidad obrera chileno-peruana. Un movimiento que no se resume a dos meses de 1913, que no se sintetiza en hitos que siguen una parábola ascendente, sino que a partir de la propia historia de vida de este singular personaje, puede ser pensado en la larga duración, con idas y vueltas, con avances y retrocesos.

Pujazón fue, en efecto, el artífice y uno de los protagonistas principales de las visitas de las delegaciones de trabajadores chilenos y peruanos a Lima y a Santiago en julio y septiembre de ese año. Surge un interrogante, ineludible: ¿actuó Pujazón en este momento como delegado «de los obreros de Lima»? O, alternativamente, ¿bajo las órdenes del gobierno peruano? Ello remite a otra pregunta: ¿a cuál de los dos le correspondió la iniciativa de promover un acercamiento entre naciones a partir de esas visitas? Si bien es evidente la fuerte relación que existió entre el mutualismo y Billinghamurst, desde antes que este asumiera como presidente, algunos artesanos y asociaciones mutuales limeños mostraron un especial interés en tender lazos de amistad con sus pares chilenos. Con la elección de Billinghamurst y el fracaso del protocolo Huneeus-Varela, este espíritu de confraternidad acabó siendo «cooptado». La de Pujazón entonces, antes que ser una misión oficial desde su inicio, pareciera ser una misión progresivamente «oficializada», hecho que se comprueba con su actuación y su discurso durante la visita a Chile, en

<sup>109</sup> Cámara de Diputados, acta de la sesión 54 ordinaria, 17 de agosto de 1943, p. 2223.



la que aparece interpretando más el rol de un embajador que el de un representante obrero. Sin embargo, lo anterior no significa una total y absoluta instrumentalización, ya que el mutualismo tuvo cierto margen de maniobra para, por ejemplo, proponer al poder político un programa de desarrollo que consideraba compatible con los intereses de sus representados y con la paz.

El movimiento de confraternidad, gracias a esta dinámica propia, prosiguió después de 1913 y se acomodó en cada país a nuevos contextos políticos. Víctor Pujazón continuó cumpliendo un rol clave para llevar adelante las tareas que los delegados chilenos y peruanos, acordaron realizar durante sus encuentros en Lima y Santiago. Desde 1915, Pujazón fue el personaje que apuntaló y cimentó los centros internacionales obreros de esas dos capitales, así como un infatigable organizador del primer Congreso Obrero Latinoamericano, evento con el que la confraternidad chileno-peruana aspiró a convertirse en la base de una propuesta de integración latinoamericana.

El chauvinismo y la pelea por Tacna y Arica pudo más que cualquier proyecto, y los vínculos, frágiles como el cristal, se rompieron. Primero, entre los gobiernos; poco después, entre los obreros. Pujazón, una vez más, estuvo en el ojo del huracán. Fue el chivo expiatorio de la pelea; el responsable, primero, de agitar y después de aquietar las aguas en torno a este conflicto en los foros internacionales obreros. También fue, 10 años después, una de las caras visibles de la reconciliación.

Osvaldo López Mellafe definió muy bien a este hombre en su *Diccionario biográfico obrero de Chile*, escrito y reescrito contemporáneamente al desarrollo de esta compleja historia. Para él, Pujazón hizo un trabajo de orfebre, fino y preciso: «entrelazar los eslabones de la confraternidad»<sup>110</sup>. Una labor que pocos ven, deslumbrados por el producto final de la obra. De ahí el olvido al que fuera condenado, en vida, por sus pares; más tarde, por las historiografías nacionales. El mismo diccionario biográfico obrero es un ejemplo

---

<sup>110</sup> López Mellafe, 1912, p. J 5.

de ello. La referencia a Pujazón aparece en la entrada reservada a otra persona, pues él carece de una propia.

Queda mucho por rescatar y escribir sobre la historia de la confraternidad obrera chileno-peruana. De sus hitos, pero también de la trayectoria de esta clase de personajes que, como Pujazón, encarnaron en sus propias vidas —con todas las luces y las sombras, con todos los aciertos y las contradicciones propias del ser humano— la amistad y fraternidad entre pueblos hermanos.

## BIBLIOGRAFÍA

- BLANCHARD, PETER, «A Populist Precursor: Guillermo Billinghurst», en *Journal of Latin American Studies*, N° 2, Vol. 6, pp. 251-273, 1977. Disponible en: [www.jstor.org/stable/156128](http://www.jstor.org/stable/156128) (fecha de consulta: 15.4.2020).
- CARRANZA RAFAEL, *La batalla de Yungay. Monumento al Roto Chileno*. Santiago: Imprenta Cultura, 1939.
- Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericana (CIOSLA), *Confraternidad obrera chileno-peruana, una actuación histórica, 1913-1917*. Lima: Imprenta Lux, 1928.
- DELLEPIANE CÁLCENA, CARLOS, *Historia militar del Perú*. Lima: Impr. y Lib. del Gabinete Militar, 1936.
- GONZÁLEZ, SERGIO, «Guillermo Billinghurst Angulo: una biografía regional», en *Revista de Ciencias Sociales*, N° 10, Vol. 9, 2000. Disponible en: <http://www.revistacienciasociales.cl/ojs/index.php/publicacion/article/view/75> (fecha de consulta: 15.4.2020).
- LÓPEZ MELLAFAE, OSVALDO, *Diccionario biográfico obrero de Chile*. Santiago: Imprenta y Encuadernación Bellavista, 1912.
- Pan American Union, *Bulletin of the Pan American Union*, Vol. 66 (January-December), 1932.
- Pan-American Federation of Labor, *Report of the Proceedings of the Second Congress of the Pan-American Federation of Labor*, Nueva York, 7 al 19 de julio, 1919.
- RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, MIGUEL, «Pragmáticos y rebeldes: el movimiento obrero en el gobierno de Billinghurst (1912-1914)», tesis para optar al grado de licenciado en Historia, Universidad Nacional Federico Villarreal, Lima, 2012.
- RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, MIGUEL, «El movimiento de confraternidad obrera peruano-chilena y el final del gobierno de Guillermo Billinghurst», en Parodi, Daniel y González, Sergio, *Las historias que*

*nos unen. 21 relatos para la integración entre Perú y Chile.* Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, pp.133-162, 2014.

SANTOS CHOCANO, JOSÉ, *La coronación de José Santos Chocano.* Lima: Imprenta La Opinión Pública, 1924.

TEJADA RIPALDA, LUIS, *El americanismo. Trabajadores y estudiantes en la historia de la integración continental latinoamericana: 1907-1928.* Lima: Villarreal Editorial Universitaria, 2019.

VÁLCARCEL, LUIS E., *Memorias.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1981.

### *Publicaciones periódicas*

*El Comercio*, Lima, 1906-1913

*El Mercurio*, Santiago, 1915-1919

*El Mercurio*, Valparaíso, 1913-1919

*La Batalla*, Santiago, 1913

*La Época*, Arica, 1912-1913

*La Nación*, Santiago, 1931-1940

*La Protesta*, Buenos Aires, 1922

*La Protesta*, Lima, 1913

*La Vanguardia*, Buenos Aires, 1918-1919

*Revista de Ciencias Económicas*, Buenos Aires, 1919-1920

*Sudamérica*, Lima, 1918-1919

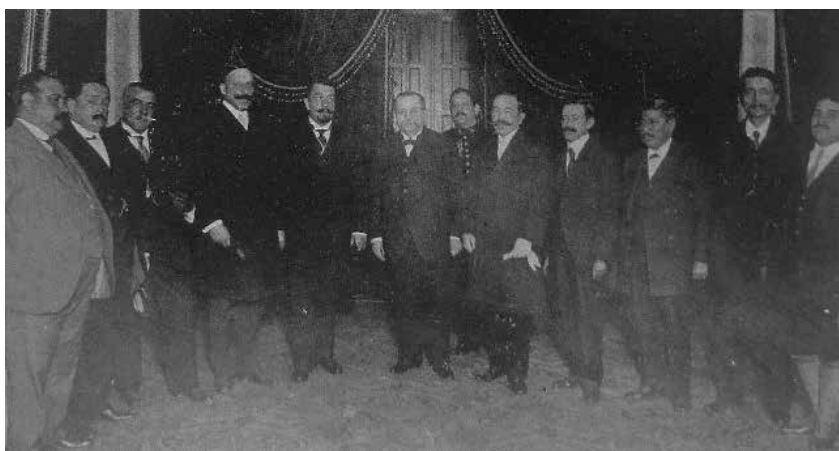
### *Documentos oficiales*

República del Perú, *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores*, N° 61-63. Lima: Imp. Americana, 1919.

Cámara de Diputados de Chile. Actas de las sesiones ordinarias, 1943, 1945 y 1949. Sitio web *Biblioteca del Congreso Nacional de Chile* en: <https://www.bcn.cl> (fecha de consulta: 20.4.2020).



Foto de Víctor Pujazón, publicada al comienzo del folleto editado por el Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericana de Santiago en 1928. Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericana (CIOSLA) 1928 *Confraternidad obrera chileno-peruana, una actuación histórica, 1913-1917.* Lima: Imprenta Lux, p.1.



Los delegados chilenos presentando sus respetos al presidente de Perú Guillermo Billinghurst (ubicado en el centro de la foto). A su izquierda, el segundo hombre es Víctor Pujazón. Lima, 27 de julio de 1913. Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericana (CIOSLA) 1928 *Confraternidad obrera chileno-peruana, una actuación histórica, 1913-1917.* Lima: Imprenta Lux, p. 21.

## 2.3 LOS ALCALDES FIDEL CARITA Y SALVADOR URRUTIA EN LA REDEFINICIÓN DE LA HISTORICIDAD FRONTERIZA: TACNA Y ARICA EN LAS COYUNTURAS NACIONALES DEL SIGLO XXI

*Felipe Valdebenito Tamborino*

### INTRODUCCIÓN

Las ciudades de Tacna y Arica adquirieron sus modernas cualidades fronterizas a partir del año 1929, cuando un largo litigio por sus destinos nacionales definitivos sería al fin resuelto por acuerdo salomónico entre Chile y Perú<sup>1</sup>. Aunque desde entonces, una vez terminadas las hostilidades anidadas desde la fatídica guerra del Pacífico, varias otras «frontericidades» chileno-peruanas acompañaron aquella moderna disección limítrofe: 1) la construcción de un relato cultural chileno en el que dicho Estado se autorrepresentó como «civilizado» frente a un pretendido «salvajismo» del Estado peruano<sup>2</sup>; 2) la construcción de relatos historiográficos chilenos y peruanos marcados por una pretendida enemistad nacional en la frontera y la exaltación de diversos tipos de hostilidades en ella<sup>3</sup> y; 3) la tendencia a un tratamiento analítico estadocéntrico de Tacna y Arica —por parte de Perú y Chile—, como si ambas consistieran en realidades radicalmente divergentes, si es que son vistas desde una perspectiva enfáticamente estatal.

---

<sup>1</sup> González, 2008, p. 13.

<sup>2</sup> Valdebenito y Guizardi, 2014, pp. 296-300.

<sup>3</sup> Morong y Sánchez, 2006, pp. 97-103.

No obstante lo anterior, el tiempo transcurrido desde 1929 hasta la actualidad, específicamente a partir de nuestro actual siglo XXI, ha venido a subvertir aquellos tradicionales constructos historiográficos, convirtiendo a las ciudades de Tacna y Arica en un particular escenario de simultaneidades socioespaciales durante las últimas décadas. En efecto, y contrariando todas las expectativas separatistas del nacionalismo recalcitrante, el conjunto tacnoariqueño se ha convertido hoy en la segunda zona fronteriza más transitada en todo Sudamérica<sup>4</sup>, presentando 2.857.293 más de cruces fronterizos respecto a los que ocurría hace 15 años. Lo anterior implica un promedio entre los 10 mil y 15 mil cruces diarios de frontera, sosteniéndose una estimación anual de siete millones de cruces fronterizos desde el año 2017. Tratándose todas estas de cifras que, por lo demás, muestran una sistemática tendencia al alza desde el año 2005<sup>5</sup>.

Pero mucho más allá de las cifras, lo verdaderamente interesante de las últimas décadas son las cualidades que ellas han ido adquiriendo en el diario vivir, como por ejemplo: importantes migraciones laborales desde Tacna hacia Arica; productividad agrícola tacneña que abastece los mercados ariqueños con variados alimentos peruanos, hoy indisociables de las dietas chilena; e intercambios socioculturales y económicos que han repercutido inclusive en la modificación de la geografía urbana, en locaciones tan céntricas como la prolongada avenida Bolognesi en Tacna y los alrededores del Terminal Internacional, ubicado en la ancha avenida Diego Portales de Arica<sup>6</sup>.

De manera que la historia de Tacna y Arica, en este contexto, ha devenido, cuando menos, en una contrariedad respecto a su construcción historiográfica tradicional: una pretendida enemistad ha dado paso a una innegable complementariedad. Ello sugiere, como de hecho se propone sustentar aquí, un momento contemporáneo en el que ambas ciudades transitan hacia la redefinición

<sup>4</sup> Podestá, 2011, p. 128.

<sup>5</sup> Valdebenito, 2018, pp. 24-25.

<sup>6</sup> Lube-Guizardi, Heredia, Muñoz, Riquelme y Valdebenito, 2014, pp. 167-170; Valdebenito y Guizardi, 2015, pp. 9-10; Valdebenito, 2017, pp. 51-60.

socioespacial de su mutua historicidad fronteriza. Y esto es, pues, de los términos que alguna vez definieron aquella dimensión en que el pasado, el presente y el futuro de Tacna y Arica se mancomunan y adquieren sentido en el diario vivir de sus habitantes. Procesos y cifras aparte —por ahora—, aquí se propone ilustrar esta redefinición mediante el análisis específico de las discursividades que mostraron dos reciente alcaldes de Tacna y Arica, Fidel Caritas y Salvador Urrutia, respectivamente, frente a una de las coyunturas políticas chileno-peruanas más relevantes de las últimas décadas: el fallo de la Corte Internacional de La Haya por el diferendo de límites marítimos que tenían pendiente resolver ambos países desde 1929 (y que será debidamente descrito en el tercer apartado del presente capítulo). Apostando, estos personeros, por hacer prevalecer la amistad, frente a este hecho (acaecido en el año 2014) se sostiene que sus posicionamientos discursivos reflejaron una nueva forma de historicidad fronteriza, específicamente manifiesta en formas de gobernanza mucho más próximas a lo «local» que a lo «estatal», tanto en Tacna como en Arica.

A continuación, se exponen estas materias en tres apartados independientes. En el primero, se propone comprender el objeto de estudio que suponen las fronteras desde el concepto historio-gráfico de régimen de historicidad. En el segundo, se describen los respectivos posicionamientos políticos que mostraron Fidel Carita y Salvador Urrutia, así como el correspondiente panorama del momento en las ciudades de Tacna y Arica, cuando aconteció el fallo de La Haya referente al diferendo de límites marítimos entre Chile y Perú. En el tercero, se ofrece un análisis discursivo sobre aquellos posicionamientos desde el concepto de régimen de historicidad. Finalmente, se ofrecen comentarios sobre lo abordado aquí, resaltándose las posibilidades analíticas para construir una nueva historicidad fronteriza tacnoariqueña.

## LAS FRONTERAS COMO OBJETO: REGÍMENES DE HISTORICIDAD

Comprender las fronteras como objetos de estudio involucra un simultáneo esfuerzo histórico, geográfico y antropológico. Histórico porque ellas, claro está, no son en absoluto «naturales» (a excepción, por cierto, de aquellas que son, o han sido, «naturalizadas», como ríos, desiertos, cordones montañosos, mares y océanos, que se comprenden culturalmente así), sino resultado de intensas actividades sociales que, a través del tiempo, les otorgaron sus respectivos aspectos. Geográfico porque, además, constituyen hoy el paradigma innegable para el ordenamiento espacial del mapamundi global, al menos desde la firma del Tratado de Westfalia y la emergencia del Estado-nación moderno, de mediados del siglo XVIII. Y antropológico porque, por si fuera poco, están impregnadas de múltiples significados que, dependientes del tratamiento particularizado que se otorgue a la historia y espacialidad que conllevan, dotan, en tanto, de sentido identitario a la propia idea de las fronteras.

Así que las fronteras son, irrenunciablemente, objetos de estudio cuyas cualidades básicas son la flexibilidad temporal, espacial y cultural, liberándose así, analíticamente, de las pretendidas cualidades hiperrígidas que alguna vez les otorgaran, a mediados del siglo XIX y principios del siglo XX, los paradigmas deterministas y predestinistas de la geografía comercial inglesa<sup>7</sup>, también de la hipotética hiperflexibilidad, que alguna vez les otorgara el paradigma posmodernista en los albores del siglo XXI<sup>8</sup>. Las fronteras son, de esta manera, relativas en sí mismas: reacias a la universalización, la generalización y la totalización. Pero ¿involucra tal definición una renuncia anticipada a comprender cabalmente los comportamientos observados o analizados en las fronteras? Dicho de otro modo, ¿involucra un necesario esfuerzo por explorar nuevas hipótesis y conceptos que permitan comprender aquello de una manera particularizada y relativizada?

<sup>7</sup> Smith, 2008, pp. 137-140.

<sup>8</sup> Appadurai, 2001, pp. 41-61.



Inclinándose este capítulo por la última opción, aquí se sostiene que las particularidades fronterizas, específicamente las correspondientes a la situación tacnoariqueña, pueden ser abordadas desde el concepto de régimen de historicidad<sup>9</sup>, es decir, como un asunto histórico, cuyo sentido temporal, social y espacial —incluso—, es constantemente variable:

[...] Una forma de engranar pasado, presente y futuro o de conformar una mixtura de estas tres categorías... [...] No es una realidad dada... [...] No debe ser asimilada como instancias de prevalencia: un régimen viene a suceder mecánicamente a otro, haciéndolo descender del cielo o ascender de la tierra... [...] [con esta noción se puede] Inclusive comparar las grandes tensiones de las relaciones con el tiempo en diferentes sociedades, próximas o lejanas<sup>10</sup>.

Visto así, el concepto de régimen de historicidad supone tres importantes virtudes al estudiar fronteras: 1) las comprende como objetos flexibles, puesto que un «engranaje» entre pasado, presente y futuro es cultural e históricamente variable; 2) las comprende, luego, como objetos no «dados», sino dependientes de procesos sociales que les dotan de sentido y, 3) las comprende como objeto tensionado con otras representaciones sociales, temporales y espaciales sobre ella (las que han venido a construir historiográficamente, por ejemplo, los dos estados modernos de Perú y Chile a través de conflictos bélicos y otros mecanismos).

Con estas virtudes, la hipótesis a trabajar en el caso específicamente tacnoariqueño será entonces la siguiente: esta frontera aloja un régimen de historicidad que difiere de aquellos tradicionalmente considerados como «naturales», por parte de los estados modernos de Perú y Chile. A su vez, este régimen específico de historicidad se ha consolidado mediante los posicionamientos discursivos que ostentaron los alcaldes Fidel Carita, de Tacna, y Salvador Urrutia, de Arica, al momento de ocurrir la coyuntura política peruano-chilena más importante de las últimas décadas: el fallo de la Corte

<sup>9</sup> Hartog, 2012, pp. 13-16.

<sup>10</sup> Hartog, 2012, pp. 13-16. Toda la traducción y corchetes incluidos en la cita son propios.

Internacional de la Haya por el diferendo de límites marítimos, que dichos países tenían pendiente de resolver desde 1929.

A continuación, se desarrolla esta hipótesis desde el concepto de régimen de historicidad y mediante un análisis discursivo sobre acciones y pareceres de los alcaldes Fidel Carita y Salvador Urrutia.

## EL FALLO DE LA HAYA: DOS ALCALDES Y UNA HISTORICIDAD COMÚN

Siguiendo el concepto de régimen de historicidad, una adecuada problematización sobre la situación fronteriza tacnoariqueña debería partir ilustrando aquellas «grandes tensiones de las relaciones con el tiempo en diferentes sociedades, próximas o lejanas», a las que se referían más arriba. De manera que, en el contexto específico que supuso el fallo de la Corte Internacional de la Haya para Perú y Chile en 2014, un buen comienzo podría ser el siguiente: durante años, previos al referido fallo (destinados a los litigios, dúplicas y contradúplicas jurídicas), las ciudades de Tacna y Arica concentraron todos los focos de la atención mediática nacional (de Perú y Chile, respectivamente), al encontrarse pretendidamente conflictuadas a raíz del diferendo. Pero cuando al fin arribó el día oficial del fallo (27 de enero de 2014) y, junto con él, Santiago Pavlovic, famoso reportero chileno, presuroso recorría la calle 21 de Mayo en Arica buscando polémicas impresiones locales, la respuesta más reiterada por los transeúntes fue de tranquilidad. Todo ese «peso» que suelen tener las historias nacionales, todo ese pasado, parecía haberse revertido en el presente local.

El diferendo que había conducido al litigio era el siguiente: finalizada la guerra del Pacífico entre Perú y Chile (mediante el Tratado de Ancón firmado en 1883), y habiéndose solucionado materias pendientes sobre límites territoriales entre ambos países mediante el Tratado de Lima de 1929 (quedando la ciudad de Tacna bajo soberanía peruana y la ciudad de Arica bajo soberanía chilena), restaba aún delimitar claramente los límites marítimos de cada país en la zona costera adyacente al límite territorial. Correspondiendo el espacio disputado al de las universales 200 millas marítimas que pertenecen a la soberanía de los estados con territorialidades

costeras, pero difiriendo específicamente en un área triangular de 38.000 km<sup>2</sup>, y siendo iniciada esta demanda ante La Haya por parte de Perú, este país alegaba que aquella delimitación marítima no se había oficializado por ningún medio, mientras que Chile apelaba a su favor que dicha delimitación habría sido establecida con el Tratado de Lima: es decir, el límite marítimo debía entenderse, entonces, como una extensión del propio límite terrestre, desconociéndose, por lo tanto, aquellos 38.000 km<sup>2</sup> a favor del Perú.

Sumando a esta prerrogativa la validez que habrían tenido una serie de acuerdos comerciales firmados por ambas partes, el Estado chileno asumió en el litigio su ya clásica posición juricista cuando se trata de relaciones internacionales; mientras que el Estado peruano se inclinó por una opción mucho más historicista y arraigada en una suerte de *ethos* nacional; posiciones políticas mantenidas por los comparecientes desde el final de la guerra del Pacífico<sup>11</sup>. Esto quería decir, en sencillo, que para el Estado chileno no había verdaderamente mucho que discutir, al punto de tratar comunicacionalmente el asunto como una materia más bien restringida a la discusión ciudadana; mientras que el Estado peruano, por su lado, prefería tratar abiertamente el litigio con los ciudadanos, publicándose completos reportajes en periódicos, discutiéndose los términos en la televisión pública y abordándose abiertamente el tema por parte de la clase política en general. Chile prefirió la reserva comunicacional, en tanto que Perú optó por la enfática opción de «gran cruzada nacional» durante el litigio. El fallo fue finalmente favorable para este último tras dictarse sentencia vinculante por la Corte Internacional de la Haya, el 27 de enero del 2014<sup>12</sup>. Así que las respuestas esperadas por parte de cada Estado, para con sus respectivas ciudades de frontera, debía ser, pues, un eco de sus insignes estrategias comunicacionales. Y, más allá de cualquier estrategia, un compromiso irrestricto con aquel moderno valor nacional usualmente denominado como «patriotismo». Pero las «tensiones» entre lo esperado

<sup>11</sup> González, 2008, pp. 169-175.

<sup>12</sup> La sentencia oficial puede descargarse y leerse en detalle mediante el siguiente enlace web: <https://web.archive.org/web/20150210084913/http://www.icj-cij.org/docket/files/137/17930.pdf>

y lo que realmente ocurrió no tardaron en reflejarse durante las semanas previas al fallo, a saber: una marcha peruana de cortes nacionalistas, con destino a la propia frontera, fue rápidamente sosegada por la policía peruana<sup>13</sup>, y un grupo de jóvenes chilenos y peruanos, luego de emitir un comunicado integracionista entre las ciudades de Tacna y Arica, oficializaron un Consejo Binacional de la Juventud con ánimos pacifistas<sup>14</sup>. Siendo esta última acción saludada también por los alcaldes de Tacna y Arica. Parecía ser, en tal contexto, que los animosos alegatos de los estados de Perú y de Chile habían desaparecido del mapa local. ¿Cómo entender exactamente estas respuestas? ¿Era acaso que Tacna y Arica habían renunciado a las posiciones políticas de sus estados?

Consultados por tales materias, los entonces alcaldes de Tacna y Arica refirieron lo siguiente:

Tacna y Arica, son dos ciudades hermanas... [...] Es natural encontrar lazos familiares entre tacneños y ariqueños, es recurrente el intercambio comercial, cultural y deportivo entre ambas ciudades. Recuerdo en mis épocas escolares, en la década de los setenta, los encuentros deportivos con colegios de Arica. Tanto en primaria como secundaria. Por lo tanto, las relaciones de amistad son grandes y fraternas (Fidel Carita, exalcalde de Tacna, entrevista personal, marzo del 2020).

[El fallo de la Corte Internacional de la Haya sería] bueno para Arica, que es la ciudad que recibe con mayor potencia el efecto de cualquier relación que tengamos con Perú... [...] Vemos que este fallo ayuda a mejorar la relación de inmediato, porque al eliminar un problema de incertidumbre sobre el límite marítimo, creaba una situación de conflicto que demoraba el proceso de integración que hay entre Chile y Perú y Arica y Tacna (Salvador Urrutia, exalcalde de Arica, entrevista al portal Emol, enero del 2014).

---

<sup>13</sup> Puede leerse un completo reportaje sobre esta materia mediante el siguiente enlace web: <https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/relaciones-exteriores/peru/la-marcha-nacionalista-peruana-hacia-el-triangulo-terrestre/2014-08-27/072343.html>

<sup>14</sup> Pueden conocerse más detalles sobre estos gesto de integración mediante el siguiente enlace web: <https://prensa24.cl/contenido/1102/consejo-binacional-el-referente-de-la-juventud-que-busca-la-paz-desde-el-fallo-d>

Siguiendo estas declaraciones, parece haber sido entonces que, a todas luces, y más allá de cualquier opinión de ambos alcaldes, la cotidianidad del tránsito humano y comercial fronterizo adquiere un peso cualitativo que supera, por mucho, las restrictivas representaciones tradicionales que han construido los estado de Perú y Chile en torno a la relación tacnoariqueña. Y que, todavía más, debería considerarse esta cotidianidad como una realidad fronteriza proclive a la generación de un desarrollo económico y social, e inclusive político, conjunto; tensionando, así, toda representación histórica de esta zona fronteriza como un lugar en conflicto. Ambos alcaldes tienden a considerar o sugerir que lo anterior, de llegar a ser cierto desde algún punto de vista, solo lo sería en la medida que se habitara en Lima (capital peruana) o en Santiago (capital chilena), pero nunca si se habitara en la frontera:

[Tacna y Arica son] dos pueblos cuya relación entre sus habitantes es diferente o contraria a lo que piensan los de Lima o en Santiago. Limeños o santiaguinos creen que estamos en una permanente enemistad o rivalidad, cuando en la realidad los vínculos son de estrecha fraternidad y relaciones interdiarias [*sic*], que se fundamentan más con el intercambio comercial y de servicios que se da entre ambas ciudades, desde siempre (Fidel Carita, exalcalde de Tacna, entrevista personal, marzo del 2020).

[En Arica, durante días previos al fallo de la Corte Internacional de la Haya], la población está tranquila y va a estar trabajando ese día normalmente, saben que su vida diaria va a continuar igual y la amistad con Perú también... [...] [Aunque] en ambos países hay grupos ultranacionalistas que tratan de darle una trascendencia desmesurada y están haciendo de esto un problema de triunfos nacionalistas, absolutamente fuera de foco, y que como alcaldes rechazamos totalmente (Salvador Urrutia, exalcalde de Arica, entrevista al portal Emol, enero del 2014).

De manera que habitar en la frontera implica a todas luces un sentido de pertenencia simultánea tacnoariqueña, que no se replica ni se comprende, lamentablemente, en ciudades capitales como Lima o Santiago. Y que, por cierto, fueron las única locaciones donde el debate del fallo de La Haya adquirió un carácter más acalorado, e inclusive hostil, en términos variados. Al principio de todo el litigio, hacia el año 2008, el general del Ejército peruano, Edwin Donayre, emitió una polémica y beligerante declaración<sup>15</sup> que inauguró los ánimos desconfiados entre las partes. La comisión de relaciones exteriores chilena, liderada siempre por el también polémico congresista Jorge Tarud, se destacó por declaraciones confrontacionales a la propia Haya<sup>16</sup>. Tanto en Perú como en Chile hubo periódicos que también aportaron con una buena cuota de sensacionalismo, respecto del diferendo marítimo.

Por supuesto que, en la política, sobre todo cuando se trata de una con alcances nacionales, las discursividades y posicionamientos de los mandatarios siempre ostentan aquella impronta de pretendida «eternidad» o «sacralidad» con el que suelen estar relacionados los grandes relatos estatales del espacio y del tiempo. Y esta es, precisamente, una de las grandes «tensiones» que, al decir de Francois Hartog, podrían detectarse en el contexto aquí abordado: la «eternidad» o «sacralidad» histórica que pretenden comunicar los estados, no es necesariamente la misma «eternidad» o «sacralidad» que le confieren a sus respectivos tiempos y espacios a aquellos que habitan en las fronteras de ellos. Y esto por cuanto —aunque adscribiendo aquí al clásico carácter de «comunidades imaginadas» que pueden otorgarse a las naciones y al nacionalismo<sup>17</sup>— debe convenirse que las fronteras de los estados no siempre (por no decir

<sup>15</sup> El general Donayre sugirió que ciudadanos o visitantes chilenos que entraran al Perú podrían salir después en «cajones» o en «bolsas», como deslizando una amenaza. Pueden leerse más detalles en la web: [https://elpais.com/internacional/2008/11/26/actualidad/1227654005\\_850215.html](https://elpais.com/internacional/2008/11/26/actualidad/1227654005_850215.html)

<sup>16</sup> Dentro de las declaraciones, se encuentra por ejemplo un llamado a desconocer la competencia de la Corte Internacional de La Haya en el diferendo marítimo peruano-chileno. Más detalles en el siguiente enlace web: <https://www.emol.com/noticias/nacional/2012/07/28/552902/tarud-llama-a-pedir-incompetencia-de-la-corte-de-la-haya-en-demanda-maritima-de-peru.html>

<sup>17</sup> Anderson, 1993, pp. 17-25.

nunca) coinciden con las fronteras socioculturales de quienes se ven delimitados por ellas, siendo esta incompatibilidad una constante disputa entre lo que se considera como «propio» y «ajeno»<sup>18</sup>.

El punto de todo esto es el siguiente: si los relatos estatales que se han construido sobre los tiempos y espacios fronterizos —en este caso, de Perú y Chile— suelen diferir de los relatos que han elaborado sobre sí mismos los habitantes de aquellos tiempos y espacios, estas «tensiones» no solo tienen un alcance «político», sino histórico y, más específicamente, de historicidad. También de regímenes de historicidad —como se ha propuesto comprender los espacios fronterizos en este capítulo—, involucrando, por tanto, una diferencia más estructural que coyuntural, más duradera que pasajera y más «fronteriza» que «límitrofe», si se quiere. Es decir, una diferencia mucho más alojada en el espacio y el tiempo de lo «disputado» que de lo «finalizado». De manera que, visto así, una disputa por diferendos marítimos entre dos países se convierte, de alguna u otra manera, en una disputa mucho más concerniente a los significados que los estados y ciudades de frontera han venido a conferir a un suceso de corte jurídico, en este caso. Junto con ello, también concerniente a los respectivos significados que aquellos estados y ciudades confieren a la idea de frontera. Tal como se vio expresado en las discursividades de los alcaldes de Tacna y Arica al momento de ocurrir el fallo de La Haya por el diferendo marítimo peruano-chileno, a saber:

Antes de emitirse el fallo de la Corte de la Haya, la tensión entre ambos países era notoria. Los presidentes estaban muy presionados, y a nuestro entender, había otros intereses muy parecidos a los de la guerra de 1879, empujando para que se desate un conflicto bélico. Nos reunimos con don Salvador. Entendíamos que en ambas ciudades no había afán belicista, al contrario, muestras evidentes de aceptar los resultados de la Corte de la Haya. Entonces, en ese momento difícil para ambos países, en las decisiones de ambos gobernantes optamos por firmar un Acuerdo por la Paz, en el que dos pueblos hermanos, Arica y Tacna, acuerdan aceptar el resultado que

<sup>18</sup> Grimson, 2005, p. 2-5.

emita la Corte de la Haya. Consultamos previamente con nuestras cancillerías, les agradó la idea, aceptaron y firmamos el documento en Arica y Tacna. Es evidente que ello sirvió para calmar las aguas que movían los belicistas, y les sirvió a los presidentes para atenuar la presión que recibían. Después, por intermedio de don Salvador, en un evento en Arica, recibí el agradecimiento y las felicitaciones por este hecho de parte de la Cancillería, solo de palabra. Considero que, por la importancia del acto y el significado del hecho en tan difíciles circunstancias, entonces, en la que muy pocos se pronunciaban en ese sentido, ambos pueblos deberían ser reconocidos, pues estos actos probablemente fueron el punto de inflexión que evitó un conflicto entre dos ciudades queridas, entre dos países hermanos (Fidel Carita, exalcalde de Tacna, entrevista personal, marzo del 2020).

Y es que, a fin de cuentas, las acciones a menudo suelen valer más que las palabras y en el tiempo-espacio de una frontera esto adquiere ribetes de particular importancia. Puesto que, más allá de lo discursivamente expresado por parte de los gobernantes estatales y comunales involucrados, fueron precisamente sus acciones las que terminaron contraviniéndose radicalmente en la frontera. Unos animando la rivalidad y otros la amistad, unos universalizando la causa «nacional» y otros valorando la causa «local», unos mirando mucho más al pasado, en tanto que otros colocando la mirada en el futuro. Ya sea comunicando tal o cual cosa, realizando maniobras militares en la frontera o exaltando valores patrióticos con buen tiempo de añejamiento, lo cierto es que todo ello, todo ese frenesí fronterizo desatado a partir del fallo de La Haya en Tacna y Arica, vino a evidenciar una gran verdad: las distancias entre tales o cuales cosas no siempre son físicas o literales sino también simbólicas y aliterales, sobre todo en los espacios fronterizos, cargados de representaciones simultáneamente históricas, geográficas y antropológicas. De forma que el trayecto entre Tacna y Arica y las respectivas capitales de sus países —ambas a más de 2.000 km de distancia—, no solo tiene que ver con una «cantidad», sino con una cualidad cuanto más importante: ellas solo son relevantes como fronteras cuando existen, precisamente, desavenencias estatales que sacan a relucir todo el pasado.



Pero las fronteras, como se apuntaba más arriba, tienen siempre una triple cualidad asociada con la flexibilidad temporal, espacial y cultural, favoreciéndose con ello una permanente translocación de los términos que definen el pasado, el presente y el futuro en, entre y a través de los propios espacios fronterizos. Y que, en el caso específico de la situación tacnoariqueña, implica que no solo el Estado puede dotar de significado a la frontera, sino también y, sobre todo, los propios habitantes de ella, quienes la portan y hacen suya cotidianamente, de cara al presente e inclusive al mañana. Tal como lo sugirieran los entonces alcaldes Fidel Carita y Salvador Urrutia, o los propios jóvenes de Tacna y Arica cuando emitieron su comunicado conjunto. Quizás llega el tiempo-espacio en que la frontera debe comenzar a mirar mucho más al presente o al futuro que al pasado, y todavía más, a la cooperación que a la competencia. Cambiar tiempos y discursos construidos en y de las fronteras: desafío no menor considerando que el gran narrador de estos relatos ha sido el propio Estado-nación moderno. ¿Significa esto que todo está perdido para Tacna y Arica? ¿O significa, más bien, que estamos presenciando allí los prolegómenos de una nueva historicidad fronteriza?

#### ANÁLISIS DISCURSIVO: ENTRE LA HISTORICIDAD FRONTERIZA NACIONAL Y LOCAL

Muy usualmente, cuando se habla o hace referencia al ámbito de lo discursivo, el lector puede sentirse llamado a realizar una asociación con todo aquello alojado en las «palabras», «frases», o «planteamientos» que son enunciados o sugeridos por un actor o conjunto de actores frente a una situación o hecho en particular. Lo cierto del caso es que, desde la antigua Grecia y considerando las reglas lógicas de la retórica aristotélica, pasando por la afamada escuela sociológica de Chicago y la etnometodología promovida por el sociólogo Harold Garfinkel, hasta las más vanguardistas escuelas que a partir de Michel Foucault comenzaron a analizar los discursos desde el inevitable problema del poder, el ámbito de lo discursivo tiene mucho más que ver con aquel liminal espacio que intermedia

entre la «realidad» y la «imaginación», si se quiere. También con aquel que intermedia simbólicamente —dicho en términos más antropológicos— entre los tabúes de lo que se puede decir y lo que no, de la vida social y la vida cultural. Alojado en la oralidad y el intangible recoveco del recuerdo, o en la escritura y la tangible seguridad de los hechos, el ámbito de lo discursivo constituye una compleja pero ventajosa alternativa analítica, por cuanto permite otorgar igual importancia a la «realidad» e «imaginación» de los fenómenos sociales, comprendiéndolos como indisociables.

De forma que, aun cuando las amenazas deslizadas en su momento por personajes como el general Donayre, en Perú, o Jorge Tarud, en Chile, no se cumplieran, de igual forma tuvieron trascendencia e importancia. Precisamente porque no es necesario que sus respectivas declaraciones fueran más de lo que fueron, pero sí que es posible imaginar lo que pudieron haber sido, lo que pretendieron ser o lo que podrían llegar a ser. Aquello que los antiguos griegos preferían denominar como *doxa*: una especie de comportamiento social, observado y esperado, en una relación imbricada con la forma de imaginar el mundo que porta una persona. Y que, en el caso del estudio específico que aquí se aborda, tratándose con materias fronterizas correspondería a todos aquellos ámbitos desde donde se enuncia o se actúa el propio espacio fronterizo, en una relación imbricada con la particular forma en que ello se imagina. En Lima y Santiago con sus respectivos imaginarios nacionales, por un lado, y desde Tacna y Arica, cada uno con sus imaginarios en la frontera, por el otro, son *doxas* diferentes.

Siguiendo este concepto griego y lo que implica, nótese, además que en los parámetros de la retórica más clásica, existen tres ámbitos internos de todo discurso que, de articularse simultáneamente, y siempre de acuerdo a Aristóteles, garantizarían el éxito de lo que se busca comunicar: el *ethos* (que equivale al contexto multidimensional que antecede o respalda al propio discurso y al hablante), el *logos* (asociado a la habilidad del hablante para elaborar una adecuado articulación interna de lo comunicado, sus características e ideas fundamentales) y el *pathos* (la habilidad del hablante para

construir una conexión sentimental entre él mismo, el discurso y la audiencia que atiende sus comunicados). De manera que la *doxa* es una forma de hacer-ser la retórica y la retórica una forma de saber-hacer la *doxa*; dimensiones indisociables, complementarias y codependientes. Implicando así que, en el caso abordado por este capítulo, toda *doxa* emitida o accionada sobre el objeto-frontera que se busca comunicar, tiene su respectivo *ethos*, *logos* y *pathos*; dependiente siempre de los hablantes, si estos últimos hacen pleno sentido, o no, a todos aquellos quienes reciben el mensaje y acciones que se ha buscado comunicar.

El punto de todo esto es interrogar lo siguiente: cuál es el *ethos*, el *logos* y el *pathos* del objeto-frontera que se emite o actúa mediante *doxas* originadas desde lo nacional y lo local, desde Lima-Santiago y desde Tacna-Arica, a partir de quienes no habitan la frontera y quienes sí. De manera que, si ahora recordamos los acontecimientos y las opiniones descritas en el anterior apartado, las respuestas saltan a la vista. Y es que, por un lado, hay una serie de *doxas* nacionales (desde declaraciones polémicas hasta maniobras militares en la frontera), cuyos *ethos* se corresponden mayormente con sucesos del pasado (rencillas políticas y militares), cuyos *logos* se articulan siempre en función de extender interminablemente dicho *ethos* (actualizándolo a través de remembranzas a valores «eternos» como el patriotismo) y cuyos *pathos* buscan exaltar esos mismos sentimientos «eternos» (gobernantes en tenidas militares). Mientras que, por el otro lado, hay una serie de otras *doxas* locales (desde declaraciones juveniles tacnoariqueñas conjuntas hasta la disolución de una marcha de ribetes nacionalistas hacia la frontera), cuyos *ethos* atienden más bien al presente y el futuro (oportunidades de acercamiento y desarrollo fronterizo conjunto), cuyos *logos* se articulan buscando extender este *ethos* (prefiguración de nuevas formas de cooperación e intercambio fronterizo) y cuyos *pathos* exaltan nuevos sentimientos fronterizos (amistad, por sobre todo).

Visto esto desde el concepto de régimen de historicidad que más arriba se ha propuesto utilizar, lo anteriormente apuntado quiere decir que, por lo tanto, las *doxas* nacional y local recién expuestas

se encuentran tensionadas en la medida que sus respectivos *ethos*, *logos* y *pathos* se alojan en localizaciones de enunciación / acción sobre / en la frontera que son del todo divergentes entre sí: aquella arraigada en un tiempo pasado, en un espacio lejano (las capitales de Lima y Santiago) y en un ámbito sociocultural «ajeno» (con referencias a sentimientos o *pathos* que pretenden encontrar respuestas favorables en el patriotismo recalcitrante); y aquella arraigada en un tiempo presente, en un espacio cercano (la propia frontera) y en un ámbito sociocultural «propio» (con referencias a sentimientos o *pathos* que encuentran mucho más sentido en el valor de la amistad y la integración fronteriza cotidiana). Siendo el punto de todo esto el sentido que hace una u otra *doxa* en relación con el contexto que le circunda; no es que las *doxas* nacional o la local sean «correctas» o «incorrectas» de por sí, sino el hecho de que ellas se piensan-hacen como «más» o «menos» adecuadas en relación a un objeto sobre el que se busca comunicar algo: la frontera y sus habitantes, en este caso.

Y es precisamente en este último sentido que los discursos de los alcaldes Fidel Carita y Salvador Urrutia pueden tomar todo su valor, en el contexto específico del fallo sobre el diferendo marítimo peruano-chileno. No fue solo su mutua concordancia en resaltar el valor de la amistad por sobre la rivalidad, ni el valorar siempre la integración por sobre la competencia entre Tacna y Arica, ni tampoco fue solo el hecho de saber reconocer que los conflictos limítrofes son mucho más atingentes a los estados nacionales que a las propias fronteras que se disputan, sino el hecho de que ambos personeros, muy hábilmente en términos retóricos, cabe destacar, «supieron-hacer» un pleno eco comunicativo del habitar cotidiano en / de la frontera, haciendo así, por lo tanto, pleno sentido en quienes habitan la propia frontera tacnoariqueña. Sabiendo-hacer eco, por ejemplo, de todos los datos cuantitativos y cualitativos presentado en la introducción de este artículo; de los cambios contemporáneos que ellos han venido a significar para la relación fronteriza aquí estudiada; de los sentimientos de amistad que, hoy por hoy, los jóvenes de Tacna y Arica exaltan por sobre los del antaño patriotismo

recalcitrante, y del próspero futuro que todo esto supone para el mañana de las relaciones fronterizas tacnoariqueñas. Sus *doxas*, por tanto, adquieren pleno y total sentido.

En fin. Apelando al poder sintético que suelen tener los propios espacios fronterizos y sus fenómenos, aquel destacable tino que supieron tener los alcaldes Fidel Carita y Salvador Urrutia, quizás podría ser muchísimo mejor ilustrado con un par de últimos ejemplos. Los únicos dos eventos medianamente violentos derivados del fallo de La Haya en el año 2014 ocurrieron, lamentablemente, en Chile: uno en la ciudad capital y el otro en la propia ciudad fronteriza de Arica. Respecto del primero, el hecho consistió en un cobarde ataque por parte de neonazis chilenos a un grupo de ciudadanos peruanos que suelen reunirse y socializar en la concurrida Plaza de Armas de Santiago<sup>19</sup>. En cuanto al segundo acontecimiento, se concentró en una minoritaria marcha de pescadores ariqueños que alegaban verse afectados por las millas marítimas con que el fallo de La Haya favorecía al Perú<sup>20</sup>. El primer caso culminó en unos ridículos llamados a iniciar una guerra con Perú, una miserable trenza a golpes entre nacionalistas trasnochados y algunos transeúntes de la Plaza de Armas de Santiago, además de un neonazi detenido. Mientras que, en Arica, la situación culminó con una marcha que, aunque pacífica, estaba cargada de hostilidades hacia la decisión del Tribunal de La Haya —y cuanto más a las autoridades políticas chilenas— por abandonar a los pescadores de la ciudad. El punto común de ambos casos: poca resonancia y transcendencia en un nuevo contexto histórico, social y espacial en que la frontera tacnoariqueña está por cierto cambiando, y lo seguirá haciendo de cara al futuro, en pro de la amistad y la integración.

Serán, quizás, otros alcaldes de Tacna y Arica los que seguirán a cargo de cimentar aquel nuevo camino, pero una cuestión permanecerá cierta: más saben las fronteras que los estados acerca

<sup>19</sup> Pueden leerse más detalles en el siguiente enlace web: <https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2014/01/27/grupo-de-neonazis-atacan-verbalmente-a-peruanos-reunidos-en-la-plaza-de-armas/>

<sup>20</sup> Pueden leerse más detalles en el siguiente enlace web: <https://www.elmundo.es/internacional/2014/01/27/52e696c722601d8d3c8b4578.html>

de los reales sentires y expectativas que tienen aquellos que las habitan. Transitando aún entre el pasado, el presente y el futuro del propio espacio fronterizo tacnoariqueño, al menos cabe tener la certeza de que la frontera, como ayer bajo el liderazgo de Fidel Carita y Salvador Urrutia, seguirá anidando nuevos sentimientos locales-particulares que tensionarán los nacionales-universales. No porque ello sea «naturalmente» así, sino porque es así, más bien, como se han venido a constituir dos regímenes de historicidad que difieren, en intereses y sentires, radicalmente entre sí. Mientras así sea, cualquier discurso o acción emanado o realizado *en / desde* la frontera seguirán teniendo y haciendo, por extensión, más sentido de *ethos* y *logos* respecto a los emanados o realizados *en / desde* ciudades capitales como Lima o Santiago. De igual forma que estos últimos seguirán haciendo honor al origen etimológico del propio concepto *patético*: exaltarán en demasía un conjunto de sentires, que por cierto carecen de sentido en la frontera.

#### CONCLUSIONES: HACIA NUEVA HISTORICIDAD FRONTERIZA TACNOARIQUEÑA

Este artículo ha querido destacar las voluntades de amistad tacnoariqueña que relucieron durante el contexto del fallo de la Corte Internacional de la Haya por el diferendo marítimo peruano-chileno. Así también, relevar la especial importancia que en ello tuvieron los entonces alcaldes de Tacna y Arica, Fidel Carita y Salvador Urrutia, respectivamente.

Más en específico, en lo que respecta al ser portavoces de un sentir fronterizo integracionista que se tensiona contemporáneamente, con sentires nacionales que viven más del conflicto. Prefiriéndose el concepto de regímenes de historicidad para comprender todo este asunto, y complementándose aquello con un análisis discursivo sobre los decires y acciones que circundaron al fallo de La Haya, que aquí se ha abordado.

Las principales conclusiones de este capítulo podrían resumirse en tres: 1) las construcciones teórica y metodológica escogidas en este análisis, permiten la exploración de nuevos debates e

interpretaciones referentes al fallo de la Corte Internacional de la Haya sobre el diferendo marítimo peruano-chileno, apostando mucho más por el conocimiento localizado, en lugar del conocimiento de tipo «estadocéntrico», respecto a esta temáticas, además de dar cabida a importantes ramas analíticas como la de las gobernanzas y liderazgos locales; 2) esta apuesta por el conocimiento más localizado permite abrir un nuevo campo de discusiones sobre la historia y contemporaneidad fronteriza de Tacna y Arica, específicamente en lo que concierne al ámbito de sus tensiones socioespaciales y temporales, respecto a los predominantes relatos historiográficos contruidos por parte de los estados-naciones de Perú y de Chile y, 3) ambos puntos abren la posibilidad de iniciar un interesante proceso de exploración conceptual sobre el campo histórico y contemporáneo de las relaciones fronterizas tacnoariqueñas, iniciando así una comparación sistemática de similitudes y diferencias con otros procesos de escala regional, latinoamericana y global.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alcaldes de Arica y Tacna descartan actos hostiles en la frontera por fallo de La Haya. Portal *emol.com* Recuperado de: <https://www.emol.com/noticias/nacional/2014/01/21/640798/alcaldes-de-arica-y-tacna-descartan-actos-hostiles-en-la-frontera-por-fallo-de-la-haya.html> (21.1.2014).
- ANDERSON, BENEDICT, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Ciudad de México: FCE, 1993.
- APPADURAI, ARJUN, *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Buenos Aires: FCE, 2001.
- GONZÁLEZ, SERGIO, *La llave y el candado. El conflicto entre Perú y Chile por Tacna y Arica (1883-1929)*, Santiago: LOM ediciones, 2008.
- GRIMSON, ALEJANDRO, «Fronteras, estados e identidades en el Cono Sur», en Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, *Cultura, política y sociedad. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 1-10, 2005.
- HARTOG, FRANÇOIS, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, Paris: Points, 2012.
- LUBE-GUIZARDI, MENARA; HEREDIA, ORLANDO; MUÑOZ; ARLENE; RIQUELME, GRECIA; Y VALDEBENITO, FELIPE, «Experiencia migrante y apropiaciones espaciales: una etnografía visual en las inmediaciones

- del Terminal Internacional de Arica (Chile)», en *Revista de Estudios Sociales*, N° 48 (s/v), pp. 166-175, 2013.
- MORONG, GERMÁN Y SÁNCHEZ, EUGENIO, «Pensar el norte: la construcción historiográfica del espacio de frontera en el contexto de la chilenización 1883-1920», en *Diálogo Andino*, N° 27 (s/v), pp. 95-112, 2006.
- PODESTÁ, JUAN, «Regiones fronterizas y flujos culturales: la peruanidad en una región chilena», en *Revista Universum*, N° 26 (s/v), pp. 123-137, 2011.
- SMITH, NEIL, *Uneven development. Nature, capital and the production of space*, Georgia, Estados Unidos: The University of Georgia Press, 2008.
- VALDEBENITO, FELIPE Y GUIZARDI, MENARA, «Espacialidades migrantes. Una etnografía sobre la experiencia de mujeres peruanas en Arica (Chile)», en *Gazeta de Antropología*, N° 31(1), pp. 1-25, 2015.
- VALDEBENITO, FELIPE, «Movilidad y espacialidad en la (trans)frontera tacnoariqueña. Sur peruano y norte chileno», en *Si Somos Americanos*, N° 17 (s/v), pp. 39-63, 2017.
- VALDEBENITO, FELIPE, «La cuestión urbana, la cuestión escalar y la cuestión fronteriza: el espacio fronterizo tacnoariqueño (sur peruano y norte chileno) de cara al futuro», en *Arquitek*, N° 14 (s/v), pp. 24-32, 2018.



## 2.4 UN URTICANTE PLEBEYO: LUCHO BARRIOS EN CHILE

*Mariano Muñoz-Hidalgo*

### PRELUDIO (ES DECIR, INTRODUCCIÓN)

A guisa de homenaje de concordancia, este capítulo será redactado con una intensidad tremendista, semejante a la doliente afectación que nuestro Lucho Barrios consiguió tanto en su canto como en su estilo interpretativo. Esa misma intensidad que le valió el apelativo, dudoso en sus comienzos y desembozadamente consagratorio más tarde, de Rey de la Cebolla.

Empero, no es esta la única razón para que adoptemos un tono de desmesura en este escrito: ocurre que estamos paladinamente convencidos, si la cultura popular es nuestro objeto académico de estudio, de que debemos sacudir la acartonada actitud de seriedad monocorde y seca que suele infestar nuestros artículos en el rubro. A veces llegamos a pensar, con doliente autocrítica, que las ciencias sociales se sienten acomplejadas ante las ciencias naturales o exactas, y que buscan denodadamente la aprobación de la comunidad científica mediante rituales de travestismo discursivo y epistemológico, pretextando una objetividad y un rigor en el estilo que suelen empobrecer nuestra profundidad y volvernos patéticos imitadores de algo que no somos. No somos astrofísicos ni químicos inorgánicos, no tenemos niveles intervalares de medición, no podemos controlar exhaustivamente en laboratorio alguno el comportamiento de nuestro sujeto experimental, y si de vez en cuando lo hemos hecho, ha sido a costa de emascular casi todo lo de integralmente humano que tenía el fenómeno antes de que lo disectáramos con nuestro

escalpelo espurio. Y nos hemos revestido de metodologías serviles, intentando a todo trance que se nos acepte como científicos «objetivos», descuidando el hecho de que la conducta humana requiere la inteligencia de comprender, mucho más que la burocracia de medir. De tanto querer asemejarse a las ciencias físicas, las disciplinas sociales han llegado a parecer su pariente pobre endomingado.

Y cuando algún amable colega nuestro lea el párrafo anterior y, precisamente, se sienta molesto con la comparación, que parece dejarnos —a los investigadores sociales e historiadores— en situación desventajosa, tal vez estemos empezando a empatizar con la molestia larvada que Lucho Barrios produjo en la clasista e hipócrita cultura chilena desde 1960.

¿Para quién escribimos? ¿Y para qué? ¿Para sentirnos acogidos con deferencia aburrida por nuestros pares o para cosechar un módico aplauso al término de nuestros 20 minutos en un congreso? Es como si trabajásemos e investigásemos acerca de la sociedad, pero viviéramos de espaldas a nuestros vecinos; sin ser ni buenos comunicadores, ni cabales maestros, ni honestos pensadores, reducidos al aburrido desempeño de una repetitiva ritualidad académica. Por ello el tono desenfadado de este capítulo: porque queremos que lo pueda disfrutar el habitante, aunque incomodemos al intelectual orgánico, del mismísimo modo en que Lucho Barrios entró primeramente a través del contrabando a Chile, luego —muy rápidamente— a través de la emoción y el sentimiento en las audiencias y, finalmente, se hizo un lugar pese al desprecio de la burguesía conservadora y el rechazo de la *intelligentsia* chilena.

Por todo ello nos resulta emblemático el tránsito de este ya consagrado artista, desde los inicios algo desorientados de la década del cincuenta en Perú hasta su inserción progresiva e irreversible en la cultura popular chilena desde 1960.

DESDE PERÚ CON INCERTIDUMBRES (O NACE UN PLEBEYO)

Nuestro peruano internacional tuvo un nacimiento modesto en el puerto de Callao, en 1935. Si deseamos hacer una sobreinterpretación histórica con gratuidad y desmesura, digamos que desde aquí comienza a manifestarse el destino que toda su vida lo uniría a los puertos y a la vida con vaivén de marea. Por supuesto que lo anterior no es cierto, ni nosotros creemos en el destino, que a lo sumo nos parece una bonita patraña para dejar inexplicadas las variables históricas del acontecer humano. Es solo que estamos escribiendo sin moderación, como lo cantaría nuestro compatriota de marras, con voz destemplada y capacidad emblemática. Porque sí existe una mitología profusa en torno a lo portuario, una legendaria proyección del deseo de evasión junto a la nostalgia de regresos míticos. Cantar de puerto en puerto, como veremos que le ocurrió a Lucho Barrios, podría ser una recreación azarosa del retorno a Ítaca, con todos los avatares y desencuentros de Ulises que Lucho reencarnó. Y con ventaja comparativa respecto a nuestro ídolo: porque Odiseo era todo un señor en su tierra, con palacio, esclavos y mujer tejedora y vergonzosamente fiel y paciente, mientras que Luis Barrios Rojas provenía de un origen pobre (el eufemismo que suele emplearse aquí para eludir el concepto de pobreza es «modesto y esforzado») o, como había escrito años antes Felipe Pinglo Alva:

Mi sangre aunque plebeya  
También tiñe de rojo  
El alma en que se anida  
Mi incomparable amor  
Ella de noble cuna  
Y yo humilde plebeyo  
No es distinta la sangre  
Ni es otro el corazón  
¡Señor! ¿Por qué los seres  
no son de igual valor?  
(*El plebeyo*)

Con tal ventaja proletaria, la voz lírica de Barrios queda en condición ventajosa para, en el futuro, encarnar la desdicha individual de las penas de amor, cuyo máximo e indiscutido vehículo lírico en la historia de la música popular ha sido el bolero.

Nueve años luego de nacido nuestro futuro personaje, la familia se ha trasladado desde El Callao a Lima y vive en un barrio popular y populoso. Ello constituye un afortunado infortunio (?) pues todos los catedráticos coincidimos en señalar, engoladamente, que la cultura popular nace en los arrabales y es carne de periferia (música criolla, pasillo y tango incluidos). Y no será esta la excepción: el niño Luis crecerá escuchando a Augusto Polo Campos, Felipe Pinglo, Zambo Cavero y otros próceres de la marginalia, que son su primera siembra de sensibilidad auditiva. Por lo tanto, el aprendizaje espontáneo será de todo cuanto se escuche en la radio de ese entonces (porque nuestro héroe era demasiado joven para estar familiarizado con la música de cantinas todavía): marineras, pasillo ecuatoriano, vals limeño, tango y un poco de bolero. Es decir, jamás conoció la elegancia, y agradecemos hondamente dicho privilegio de autenticidad. Podemos imaginar al niño de aquel tiempo escuchando las emisiones radiofónicas hasta hacerse adolescente, formando su imaginario sentimental e interpretativo con gran fuerza identitaria (pues nuestros hermanos peruanos siempre han cultivado sus raíces musicales y folclóricas con mayor autenticidad que los chilenos). Ya entraba en edad de jarana, de alboroto y bullicio, como para compensar o equilibrar tanta zalagarda o tal vez obedeciendo a un incipiente llamado interior (no olvidemos el tonillo mítico que deseamos dar a estas páginas), decide a los 17 años ser cantante lírico y entra a estudiar a la Escuela Nacional de Ópera de Lima. Guárdense los lectores la sonrisilla de suficiencia ante esta información tan paradójica: después de todo, el cantante podría haber llegado a hacer un respetable Otelo si hubiera proseguido, y hasta podemos hipostasiar que la vida de *boîte* y bohemia que más adelante alegró (en realidad, entristeció alegremente) por medio siglo equivaldría a un gigantesco e inacabable *nessun dorma* con millones de insomnes entusiasmados, incluidos nosotros mismos.

Por lo demás, fue en dicha escuela y en el coro polifónico al que perteneció por dos años, donde aprendió a solfear, vocalizar y respirar (pues suspirar y sollozar creemos que ya sabía, desde El Callao). Nuestra deuda eterna de sensibilidad agradecida elige, como primer objeto de culto, a su voz: doliente, vulgar y poderosa, encarnación sonora de la congoja, la pobreza y la fuerza, respectivamente, tres componentes que nunca más abandonarán la interpretación de este plebeyo egregio que superó ampliamente a Caruso, al menos en la cantidad de discos y de auditores, que es lo mismo que decir en obras y seguidores. Etapa fundacional de un futuro rey, que tendrá su época y su épica propias.

#### APRENDIZAJE ECUATORIANO O EL OLFATO DE UN MAESTRO

Fue en aquel tiempo de búsqueda vocacional infructuosa (esta es una forma cliché para decir que entonces todavía no le importaba a nadie como cantante y que necesitaba, cosa rara, comer para vivir) que enteró cuatro años de intentos fallidos por sobrevivir por medios orales. Casi como un símil de la oposición directa entre alta y baja cultura (aunque nunca hemos sabido dónde está el cénit ni cuál es el nadir o grado cero de esta división arbitraria y molesta), el cantante basculaba entre el canto coral y lírico, por una parte, y la música folclórica y criolla, por otra, que equivalía a desgarrarse entre el referente europeo del conquistador y la pertenencia nacional a la plebe. Y como en tantísimo folletón novelesco, esta es la ocasión en la que aparecerá en escena un maestro, cuya función será, como siempre, ayudar al futuro campeón en su aventura. Pues está Lucho cantando regularmente en radio Callao, en 1957, cuando conoce al ecuatoriano Julio Jaramillo. Este, que era y sigue siendo el mayor artista del ombligo del mundo, ya era un consagrado con un rol verdaderamente simbólico en el bolero, que luego de cantar por años el bolero sobrio (en Chile era lo único que se conocía por entonces), transitaba hacia un estilo más cantinero o rockolero y era muy conocido en México, por aquel tiempo el mayor mercado mundial de la música latinoamericana. Casi como despedida del

estilo de salón, Jaramillo grabó precisamente en Chile sus boleros más elegantes, con arreglos y orquestación de Vicente Bianchi.

Y cuando Jaramillo escuchó el cantar de nuestro paladín, lo invitó para ir a Guayaquil a grabar. No fue empresa magra: en dos años el cantor grabó la friolera de 60 discos *single*, justo en el periodo en que la industria fonográfica se modernizaba al pasar del disco de 78 revoluciones por minuto al vinilo de microsurco de 45 revoluciones por minuto, de mayor calidad sonora. Como las grabaciones se realizaban al unísono y con un solo micrófono para cantante y acompañamiento simultáneamente, se requería gran oficio por parte de todos los músicos para que el trabajo resultara satisfactorio, pues un solo error individual de tiempo o de fraseo obligaba a grabar toda la pieza de nuevo. Allí fue cobrando oficio nuestro gorjeador: a su particular estilo vocal que ya empezaba a consolidarse sollozantemente, se unió el notorio enriquecimiento de su repertorio musical. Se especializó en vals peruano (que está lleno de emoción y, por lo tanto, no es en absoluto el vals vienés, ¡qué vergüenza!) y en boleros. Y aquí aparece un matiz que resultará muy significativo en el futuro: el vals que Barrios canta no es el vals limeño sino el norteño, una melancólica mezcla del área andina (con color incluso de yaraví, si nos apuran) con algo de puertos del norte de Perú como Trujillo y Chiclayo (con su nocturnidad que ya prefiguramos en otra parte de este entusiasmo puesto en prosa) y el pasillo ecuatoriano de alargadas notas, sumándose, además, el tono de los tríos populares que en Guayaquil ejercen insubstituible oficio de serenateros. Al respecto, no pudimos evitar recordar que alguna vez, hace décadas, contratamos un trío para dar una serenata a una bella que pretendíamos, y que el efecto afrodisíaco fue fulminante, especialmente cuando se llegó, en el repertorio elegido, a «Nuestro juramento».

Hemos jurado amarnos  
Hasta la muerte  
Y si los muertos aman  
Después de muertos

Amarnos más [...]  
Si tú mueres primero  
Yo te prometo:  
Escribiré la historia  
De nuestro amor  
Con toda el alma llena  
De sentimiento  
La escribiré con sangre,  
Con tinta sangre  
Del corazón  
(*Nuestro juramento* / Benito de Jesús)

Toda esta amalgama de estilos interpretativos y de sentimentalidad afectada fue configurando un nuevo estilo para nuestro protagonista, que ya podía decir que había encontrado un estilo propio. De hecho, y como suele ser ley de la vida, al menos en la literatura, ya pronto el discípulo peruano igualaría y superaría al maestro ecuatoriano. Para ello habría de retornar a su Ítaca limeña para comprobar cómo cuernos le iría en sus nuevas hazañas cantoras.

#### PRIMER RECONOCIMIENTO PERUANO (O LA MADURACIÓN FORZADA)

Regresar es recorrer en dirección inversa el puente de nuestra partida: se usa todo tipo de frases estereotipadas al respecto, desde «vuelta del hijo pródigo» hasta «retorno del descarriado». Evidentemente, nada de ello es verdad para el caso de nuestro jilguero: en realidad, al retornar a Perú en 1959 equivocó nuevamente el rumbo. Púsose a cantar vales peruanos y no consiguió encantar. En su patria nunca gustaron sus interpretaciones de valsecitos, en parte porque no fue visto como genuino cantante criollo. Su estilo melancólico parecía teñir el vals de una cadencia que no resonaba con la cultura criolla clásica, si cabe el contrasentido. A lo sumo lo soportaban pues no cantaba mal, pero no reflejaba la identidad criolla. Ese veredicto inapelable duró para siempre. Fue así como se decidió a dar el paso que cambiaría definitivamente su rumbo

artístico (hemos logrado otra frasecita de titular de revista): comenzó a cantar boleros. Cantarlos con el estilo, novedosísimo para ese entonces, que había él derivado de su aprendizaje en la cantina Donde Bravo, de Guayaquil. Pura extracción popular, sentimentalismo desgarrado popular, extroversión emotiva popular. Se estaba entrando por primera vez en ruptura con los estilos ya consagrados de interpretar boleros, que habían llegado a constituirse en la balada de amor por antonomasia en toda Latinoamérica. Quedaría atrás la imagen del bolerista como cantante educado que entona cada estrofa con impecabilidad algo artificiosa. El propio Jaramillo ya estaba de lleno entregado a interpretar boleros más sueltos y espontáneos, y la imagen estilo Leo Marini, con su bigotito recortado, o Lucho Gatica o Pedro Vargas, con sus voces educadas e irreprochables, del gusto de todas nuestras madres (aunque madre hay una sola), comenzaba a ceder ante la irrupción de este cantar acongojado, esta curiosa amalgama de sollozo y canto sin delicadeza ni elegancia alguna. Ello sería, en lo venidero, lo que le abriese puertas de *boîtes*, estadios, prostíbulos, cantinas y grandes teatros y le cerrase por años la puerta delantera (solo la delantera) de los hogares consagrados por obispos y curiales. Y en Perú por fin tuvo éxito, y empezó a ser considerado como un bolerista de fuste, el mayor de toda la historia musical del país. La melancolía vulgar ocupaba el trono de la balada melindrosa y lo hacía con absoluta propiedad, apoyada por el vals norteño y las antiguas clases, ya degradadas, de canto lírico. Nadie sabe para quién trabaja...

#### 1960 (O EL INESPERADO ÉXITO DEL CONTRABANDO)

El «bolero n.º 1 del Perú» (ya tenía fama suficiente como para que se le inventara todo tipo de mote rimbombantes) grabó numerosos discos para Capitol en México y al mismo tiempo las radios peruanas —por entonces, el verdadero vehículo de toda difusión musical— lo estaban haciendo conocido, muy conocido, masivamente conocido en el norte de Chile, donde sus discos se escuchaban y se compraban de contrabando, por caros que resultasen.



Y fue contratado para cantar durante las fiestas de la independencia de Chile, en Arica, que en aquel entonces era «puerto libre», lo que significaba que el tráfico de mercancías y, sobre todo, el contrabando, eran fuente de negocios para miles de personas. Bendito contrabando, en realidad, pues al igual que la piratería puede favorecer la circulación de bienes culturales que de otro modo se desconocerían. Ello trae un delicioso sabor y resabio a reivindicación cultural. Por otra parte, sus canciones ya sonaban en toda la zona, entiéndase norte de Argentina, occidente de Bolivia y Norte Grande de Chile. Miles de ariqueños acudieron a escucharlo y ello inclinó irreversiblemente la balanza de su derrotero artístico: Chile sería el país de su consagración multitudinaria en el corazón de la gente común (¡dimos con el tono otra vez!). Debe agregarse a esto la competente, la excelente, la insustituible compañía (!) de dos guitarristas peruanos de sólida formación y estilo, Santiago *Cato* Caballero y Raúl *Chalo* Reyes, compañía que durará vitaliciamente. El virtuosismo de sus acompañantes posibilitará el contrapunto y los fondos rasgueados que son una marca de estilo que apoyará un ritmo del bolero más percusiva y melódicamente marcado, con ligera aceleración respecto al *tempo* típico, lo que construyó una imagen sonora completa del nuevo tipo de bolero, perfectamente afiada con la interpretación desgarrada y desmadejada que Barrios inmortalizó y que jamás cambió en medio siglo. La penuria llenaba cantinas y corazones mientras vaciaba ojos y vasos, en un diálogo dionisiaco que era el inicio de un movimiento musical completo que fue bautizado con todo género de epítetos, desde consagratorios hasta denigratorios. Es la suerte contradictoria de Baco y Venus, que lucen siempre mejor en la nocturnidad cómplice y marginal.

#### LA VOZ DESTEMPLADA (O LA CONSOLIDACIÓN DE UN GÉNERO)

Tras la primera y exitosa incursión en Chile, nuestro ícono capitular llega en 1961 a grabar en el país para el sello EMI. Ello será el inicio de una friolera de 20 años seguidos grabando para la misma empresa. La principal razón de esta decisión fue que el contrabando

de discos de Lucho Barrios desde Perú estaba copando el mercado chileno de modo creciente, pues la aceptación popular de sus canciones había comenzado a ser masiva. Con el fin de aprovechar un negocio que prometía pingües ganancias para el sello (no para el cantante, que recibía un escaso 3% del lucro final), la entonces Odeon chilena lo incorpora a la lista de sus intérpretes, y ya para 1968 las ventas de discos suyos, que en Latinoamérica llegaban a los dos millones de unidades, en el pequeño mercado chileno superaban los 500 mil discos. Estaba instalándose un estilo interpretativo (para algunos, un género) que contaba con otros cultores que comienzan a replicar entusiastamente el modo de Barrios, quienes contribuyen a consolidar su impronta en las quintas de recreo y en los sitios públicos de música popular. Jorge Farías y Lalo Escobar en Valparaíso, Luis Alberto Martínez y Ramón Aguilera, Germaín de la Fuente, Rosamel Araya, desde la misma década del sesenta cantaban con igual tonalidad afectada y quejumbrosa, en lo que dio en llamarse el estilo «cebolla». La denominación es despectiva, aludiendo a la capacidad de hacer llorar que tiene este bulbo y que se usó por comparación con el sentimentalismo efectista del tipo de canto, supuestamente destinado a producir llanto. Lo que se está estigmatizando es un estilo que posee características muy definidas, expresadas en los textos y acompañadas por el modo de canto. Esas características textuales, de las que distinguimos hasta siete categorías que suelen combinarse, aparecen aquí ilustradas con letras que nuestro vocero de marras cantó cientos de veces...

*1. Exageración hiperbólica en los textos:*

Muy desesperado,  
 busqué en el ropero  
 un arma de fuego  
 y la acribillé.  
 Ella era mi vida,  
 ella era mi todo  
 ahora que está muerta,  
 para qué vivir.

Por eso le ruego,  
señor abogado,  
no quiero defensa,  
prefiero morir  
(*Señor abogado / César Arboleda*)

2. *Poética rudimentaria:*

Eres un arcoiris  
De múltiples colores  
Tú mi Valparaíso  
Puerto principal...  
(*Valparaíso / Víctor Acosta*)

3. *Argumento truculento:*

Toma este puñal  
Ábreme las venas  
Quiero desangrarme  
Hasta que me muera  
(*Amor gitano / Héctor Flores*)

4. *Imágenes rudas:*

Tantas veces me has mentido  
Tantas veces sin piedad  
Que hasta callos en el alma  
Me sacaste con maldad  
(*Ya no puedo quererte / Armando y García*)

5. *Exaltación de la pobreza:*

Amor de pobre solamente puedo darte  
Amor de pobre con orgullo y humildad  
Amor de pobre no es mentira ni pecado...  
(*Amor de pobre / P. Ávila*)

6. *Bravata alcohólatra:*

Si Dios me hizo así  
Qué puedo yo hacer  
Cambiar no podré  
Ni tampoco quiero  
Nací parrandero, bohemio y galán  
Mi vida es alegre  
Yo soy bien bacán  
(*Bohemio y bacán* / R. Calero)

7. *Machismo misógino:*

Tú eres una hipócrita porque me prometiste  
Dejar ese camino de mentira y de maldad  
Porque tú cada paso que das lo das en falso  
Eres árbol torcido que no enderezará  
(*Hipócrita* / G. Ángel y O. Gana)

Como se ve, los textos de estas músicas «cebolla» no son ningún dechado de lirismo. No podemos considerarlos poesía ni con la mejor buena intención. Son letras muy toscas, propias de una subcultura popular con muy bajo nivel de educación formal. No obstante, son conocidas y muchas veces cantadas por millones de latinoamericanos, entre los que nos incluimos holgadamente. ¿Cuál es el valor antropológico de estas canciones tan primitivas y entrañables a la vez? ¿Cuál es el secreto que explica la masividad de lo «cebolla» y su persistencia en el tiempo?

Surgió como alternativa en una época en la que Latinoamérica tuvo un cierto repunte de resistencia cultural ante la invasión del enemigo de siempre —Estados Unidos—, que bombardeaba el continente con sus mensajes sonoros a través de la industria cultural. Esta resistencia exigía y disfrutaba textos en castellano. En Chile, en especial —que es donde alcanzará su apogeo nuestra estrella—, faltaba música popular urbana que no fuese el folclor tradicional (que provenía de un campo que ya no era el eje de desarrollo cultural nacional), ni la balada extranjera en inglés. Además, narraba

la peripecia de miles de habitantes que vivían su vida de acuerdo con los cánones típicos de los marginales y postergados: penuria, fracaso, pobreza, un sostenido desamparo que era (y debemos decir que sigue siendo) la condición de todo el continente ante un sistema inexorable de explotación. Era música de postergados, interpretada por pobres, para audiencias populares y poco o nada ilustradas. La cebolla, entonces, consigue una empatía biográfica gigantesca con las audiencias y comienza a masificarse en numerosos lugares, mediante el encuentro cara a cara entre el intérprete y el público, que además compra los discos y los repite hasta hacer ingresar algunos temas en el imaginario colectivo nacional. Subrayamos lo de «cara a cara» porque los medios de comunicación chilenos ignoraron olímpicamente a Lucho Barrios por toda una década. Y es que los pobres siempre han sido ninguneados por el país más arribista y conservador de Latinoamérica.

#### LA AMBIVALENCIA CHILENA (O UN CRÓNICO DOBLE ESTÁNDAR)

La invisibilización y el amordazamiento fueron actitudes típicas del Chile medial sesentero ante el trabajo de Lucho Barrios.

En primer lugar, invisibilización, porque su imagen no era recogida por la prensa, ni su figura era masivamente divulgada, pese a lo exitoso de su recepción popular. Es que nuestro bolero no lucía elegante, ni educado, ni glamoroso. El bolero en Chile había sido desposeído de todo resabio de la negritud de sus orígenes: había sido blanqueado al gusto de la racista clase media chilena y circulaba cantado por voces irreprochables e impecables, de gran belleza y calidad y con estilo de salón (Antonio Prieto, Lucho Gatica, Los Quincheros, Sonia y Myriam: una elite de conservatorio). Y, así, Lucho Barrios jamás llegó al Festival de Viña del Mar (por ese entonces un barómetro creíble de la popularidad de un artista en Chile), ni actuó en esas décadas iniciales en la televisión chilena, pese a que en Perú era artista exclusivo de Canal 5, ostentaba el apodo de Mister Televisión y en México se presentaba regularmente en los canales nacionales más masivos.

En segundo lugar, amordazamiento, porque su obra era ignorada o silenciada en las radios nacionales, pese a las solicitudes sostenidas de muchos auditores. En los años setenta, por ejemplo, el conocido locutor de radio Santiago, Gerardo Bastidas, no puede programar música de Lucho Barrios porque no tenía un solo disco del susodicho, pese a que este había grabado 36 *singles* y seis LP en el sello nacional. Hubo de recurrir a los auditores para que le regalaran discos de Lucho y así poder tocar sus canciones.

El rechazo que provoca la corriente cebollera tiene una doble vertiente: por una parte, hay una animadversión despreciativa de gran parte de la sociedad chilena, que mira con desdén los productos culturales de la capa más pobre del país (recordemos, como ejemplo vergonzante, que esa fue la década en que Violeta Parra termina suicidándose sin reconocimiento nacional masivo y en medio de la más inmerecida indiferencia).

Por otra parte, y esta vertiente es más compleja, la *intelligentsia* chilena, decana del pensamiento de izquierda, también rechaza abiertamente a la música cebolla. Citemos como ejemplo que Ricardo García, hombre de radio y vocero de la Nueva Canción Chilena, movimiento al que apadrina generosamente y que supuso una renovación muy importante en la anémica cancionística chilena de la época, elevando el nivel de compromiso de los creadores culturales y fundando posteriormente, ya en tiempos de la dictadura militar, el sello discográfico Alerce, verdadero bastión de la cultura musical de calidad y resistencia, declaró en 1968, muy suelto de cuerpo, que no programaba música *cebollera* en sus masivos espacios radiales.

Asimismo, en 1969, el compositor y escritor Patricio Manns, posiblemente el máximo y mejor autor de textos en la historia de la canción chilena, creador de algunas canciones consideradas inmortales y eterno perdedor del Premio Nacional de Literatura por su condición de comunista, escribió un artículo en la revista *El Musiquero*, donde publicaba regularmente, en el que señaló que «la cebolla es un peligro público» (*sic*). Basaba su crítica en la poética populachera y facilista de los textos, destinados a hacer llorar. Aquí aparece una aporía muy frecuente en el análisis social marxista: el

error lógico de arrogarse la representación del pueblo, definiendo teóricamente lo que es «pueblo» y apartándose de lo popular real. Se idealiza lo proletario exagerando una supuesta «conciencia de clase» que es mucho menos frecuente de lo que nuestro pope Manns quisiera, por deseable que nos resulte tal optimismo ideológico, que consideramos más una actitud de la elite intelectual. Así, Manns cometió el error de denostar una actitud eminentemente popular porque no coincidía con la noción programática de cuál debía ser el sentir popular, tan alejado de la canción protesta. La música cebollera o cantinera o rockolera o huachaca es una expresión indudablemente auténtica de un fatalismo que no aprobamos, pero cuya existencia y masividad no podemos dejar de reconocer. Nosotros también quisiéramos menos resignación lastimera y más combatividad por los derechos sociales, pero ello no es tarea de la música cebolla, que solo acompaña empáticamente una penuria humana (exclusivamente masculina, debemos agregar) con su existencialismo tabernario y nocherniego. Luego de que la dictadura pinochetista aniquilara la vida nocturna chilena, la bohemia tiene al menos un enclave sonoro de sobrevivencia en las canciones de nuestro peruano universal (aquí hemos logrado otra frase popular, para mantener el tono del escrito).

El propio Manns terminaría componiendo boleros en una tesitura poética inigualable (tal vez los únicos boleros que se hayan escrito con una poesía bella), si bien para interpretarlos recurrió a Inti Illimani, el mejor conjunto musical de la historia chilena, virtuosos, sensibles y comprometidos, aunque sin trazas de *swing*. El producto final es un bello poema musicalizado.

Como símbolo, digamos que una cebolla tiene dos inmensos «defectos culturales»: es comida de pobres, con sabor picante y olor fuerte (y por eso es despreciada en público por la derecha arribista) y hace llorar con facilidad (y por ello tiene el rechazo de la izquierda ante su fatalismo resignado y no revolucionario). Agreguemos que el fenómeno cebollero, más allá de Lucho Barrios mismo y con todos los cultores contemporáneos o sucesivos, desnuda, quizás involuntaria pero frontalmente, una de las características más

acentuadas de la cultura chilena: la hipocresía y el doble estándar, expresados en el rechazo público y la aceptación privada de que este movimiento ha sido objeto. Admitimos que estas reflexiones nos han colocado en un estado de ánimo más bien beligerante, más cercanas al redentorismo de una canción de Patricio Manns que al fatalismo sollozante de Barrios. Oh, humanidad...

### LA INTERNACIONAL DE LA PENURIA (O LA EXPANSIÓN LATINOAMERICANA)

El estilo cebolla llegó a hacerse escuela continental, seguramente por su capacidad de escenificación del drama privado cotidiano, mediante una vasta proyección sentimental en su microcosmos. A partir de los años setenta, cuando nuestro ya célebre infrascrito está acompañado en su quehacer por toda una cohorte de colegas que también escenifican en sus canciones el drama individualista, se hace conocida su interpretación más emblemática para Chile entero: el vals de Víctor Acosta, «La joya del Pacífico», que fue cantada por Jorge Farías (¡salve, Negro querido!) en el largometraje *Valparaíso mi amor* del cineasta Aldo Francia en 1969 y que Lucho Barrios convirtió (más bien, el público chileno lo hizo) en un verdadero himno portuario. Hace algunas páginas señalamos que puede inventarse una cierta relación predilecta entre el artista y los puertos, que si no es necesariamente cierta puede, al menos, alimentar al mito que estamos jugando a reforzar. Desde el nacimiento en El Callao hasta su formación recibiendo influencias de interpretación popular en Trujillo, Chiclayo y Guayaquil, donde además desarrolla el estilo de interpretación que nunca abandonará, hasta para él, la sorprendente aceptación en Arica, Valparaíso y San Antonio. Hay quienes desean agregar a este rosario portuario su lugar final de residencia, Nueva York, pero creemos que no tiene importancia alguna en su obra. Los otros puertos sí: se trata de ciudades costeras muy vivas en aquellas décadas, todas ellas llenas de bares, prostíbulos y quintas de recreo para marineros sedientos y lugareños bohemios, ansiosos de romanticismo sombrío en ambientes que oscilan entre el espectáculo y la transgresión legal, y donde no se desprecia a los



cebolleros porque «todos somos cebolleros». Estamos en la periferia de los escenarios sociales hegemónicos, pero en el centro de una sensación de comunidad patriarcal y, a la vez, sufrida, que nos empareja ante lo trágico de la existencia.

#### LA CURIOSIDAD EUROPEA (O EL EXILIO COMO *LEITMOTIV*)

De allí en adelante la vida de nuestro cantor se consagra a la difusión de todo cuanto pase por su garganta patética, desde la alegría sollozante hasta la desilusión resentida, sin dejar fuera su rictus de sonrisa tensa que no lo abandona, ni sus guitarristas que no lo sueltan. Y pese a las críticas que esta música suscita entre la izquierda, parece ser que la nostalgia es algo universal. Así lo protagonizarán, en 1987, la gran cantidad de exiliados chilenos que acudieron a aplaudir a Lucho en el Olympia de París, uno de los cinco más importantes escenarios del mundo para artistas del canto y la música, y el único francés, por cierto. Los otros están en Londres, Nueva York, Milán y Buenos Aires. Es, junto a Tania Libertad, el único enclave peruano en la historia de esa sala. El Olympia no fue una consagración artística, sino un efecto de nostalgia de exiliados y solidaridad de europeos amigos (lo que no quita... y nos encanta).

Esa noche memorable (porque el corazón no olvida, como diría un bolero) nuestro peruano universal ocuparía el escenario vestido de frac y con su sonrisa incómoda de siempre. En verdad que aquello era un contraste inusitado en el tránsito histórico de postergación y desprecio que la canción cebolla había suscitado en el pacato Chile. Desde Valparaíso con su American Bar, hasta París con su Deux Magots, hay unos 14 mil kilómetros de distancia, y de pronto ocurría que la cebolla saltaba el Gran Charco y llegaba a plena orilla izquierda del Sena. El Olympia es un teatro que no se advierte desde lejos: su fachada es estrecha, casi como la de un edificio de apartamentos, flanqueada por otras fachadas semejantes en un *boulevard* modernista —que no es lo mismo que moderno—. Vamos caminando como al descuido por una acera del Boulevard des Capucines (lo que significa, ¡vaya realismo descarnado e

insolente de París!, «paseo de las monjas capuchinas»). Venimos de conocer el Salon des Indiens, donde en 1895 los hermanos Lumière estrenaron, en el sótano del número 14, su primera película en celuloide, dando nacimiento oficial al cinematógrafo. Nuestro paseo nos lleva casi inopinadamente al 28 del mismo *boulevard*. En realidad, queremos ir más lejos: allá hacia Montmartre, a no más de un kilómetro de aquí, están Place Pigalle y el cabaret Moulin Rouge, centros de la vida prostibularia del París nocturno. Pero nos detenemos aquí en la puerta del Olympia y decidimos entrar, pues los carteles rezan «Lucho Barrios et la chanson cebolla», y el público en la boletería nos parece llamativamente latinoamericano, especialmente peruanos y chilenos exiliados de la dictadura militar. Y resultará cierta esta somera demografía visual que practicamos al entrar: a Barrios lo llevó la colonia chilena de exiliados residentes en Europa, desde Suecia hasta Francia, y fue un empresario chileno quien gestionó su actuación en el Olympia. No se trataba de una genuina consagración internacional como artista universal, pero ¿a quién le importaría eso? Lo cierto es que las puertas del inmarcesible teatro se le abrieron. Si visitamos el lugar, hay una secuencia arquitectónica inevitable que recorrer: primero una galería con alfombra roja y numerosas imágenes que predisponen a la nocturnidad (y al consumo, qué diablos). Luego se llega al foyer con su alfombra roja que cubre suelo y muros, con detalles negros que acentúan la sensación de nocturnidad. Es casi idéntico al del cabaret Moulin Rouge. La alfombra es extremadamente tupida, lo que acalla cualquier ruido de pasos, y los asistentes parecemos flotar en una atmósfera de expectativa que va acumulando deseos y quizás ganas de entregarse al espectáculo que sobrevendrá, que habrá que ir a buscar allá abajo, descendiendo por unos peldaños circulares que preanuncian el escenario que encontraremos en la sala, que tiene una de las mejores acústicas del mundo, y donde el artista queda situado casi en el centro de un círculo de gente que lo aclama, desde unos asientos que siguen sin renunciar al nocturno color rojo, como si Toulouse Lautrec estuviera retratando a Jane Avril y sus piernas interminables. Y cuando nuestro paladín gordito

entra y saluda, visiblemente emocionado, su discurso de entrada nos identifica a tantos varones machistas del continente, pues alude a lo inusitado de que esté allí en ese escenario alguien que proviene del Barbanegra de Santiago de Chile (dudosísimo lugar de vida nocturna sesentera), La Tía Peta de Lima (tan excomulgable como el anterior), el Apolo de Guayaquil (peor, si cabe) o los Siete Espejos (famoso prostíbulo porteño), mientras entre el público se escuchan aplausos de vergonzoso reconocimiento. Hay en sus palabras un casi lloroso (todo en su actuación fue siempre casi lloroso) orgullo por compartir escenario nada menos que con The Beatles, Aznavour, Adamo, Sinatra, Armstrong, Madonna, Bécaud, Brel, Brassens, la —mejor que todos ellos— Gigliola Cinquetti, Piazzolla, Los Jaivas, Raimon o Matoub Lounés (¡ah, solo por citar a alguno que tal vez nadie conozca!) o Edith Piaf. Los europeos presentes acuden por acompañar a sus amigos chilenos y peruanos, entienden poco o nada pero aplauden igual. Es que Lucho Barrios cantando es algo que había que escuchar, aunque uno fuera un holandés tieso y seco. Sobre todo si dicho holandés giraba su flamenca cabeza y observaba la emoción indiscutible con la que tanto marxista chileno lloraba de pie coreando «La joya del Pacífico», que esa noche Lucho cantó dos veces. Es que Valparaíso, el tema de la canción, encarnaba el ansiado retorno de los exiliados, el anhelado regreso de los desterrados, que siempre parecen soñar su vuelta desde un barco a lo Winnipeg en altamar mucho más que en un *boeing*, pues en Valparaíso hay todavía bohemia para llorar la nostalgia y en el aeropuerto de Santiago, en cambio, solo servicios con taxistas facinerosos. Con su canto, Lucho Barrios mitificó involuntariamente el puerto como símbolo del desexilio, lo que contribuye a su aura de santo patrono del pueblo chileno. A la salida de aquellos recitales antológicos, solo había que caminar mil metros hasta Montmartre para reencontrar el erótico olor a pescadería del Cardonal transportado a una esquina de Pigalle... y llorar hasta el amanecer soñando el regreso, abrazado a una Magdalena anónima.

LA INMORTALIDAD AL MORIR (O LA DEMAGOGIA TARDÍA)

Tras culminar (que es más que enterar o completar, si a alguien le interesan los matices semánticos pasados de moda) medio siglo de carrera artística, en el año 2010 Míster Marabú es internado en el hospital limeño Dos de Mayo, de donde saldrá su cuerpo para recibir homenajes con la misma cuota de desborde con la que había cantado toda su vida: capilla ardiente en la Sala Nazca, en el Museo de la Nación. Durante sus exequias el entonces presidente de Perú —de cuyo nombre no queremos acordarnos—, acompañado de tres ministros del régimen cantó improvisadamente unas estrofas de «Boda y lágrimas» junto a Ramón Avilés. El chileno Américo, vestido de solemne luto, viajó desde Chile para cantarle «Mi niña bonita». Creemos que su emoción pudo haber sido sincera: también lo fue la nuestra cuando nos enteramos... De otras emociones «póstumas» dudamos comprensiblemente, pero pueden citarse como para añadir gracejo variopinto al ya mítico Barrios: embajador chileno afirmando con voz grave que «ha muerto un compatriota de Chile en Perú», alcalde porteño señalando que era «embajador póstumo de Valparaíso» (expresión algo surrealista, por cierto), condolencias oficiales de la Cámara de Diputados (deplorando el futuro vacío que encontrarían en los cabarets cercanos al Congreso). Se habló con la grandilocuencia de siempre de un «terremoto» con epicentro en Valparaíso, amplificado más tarde a «cataclismo» con epicentro en los corazones (que aunque literariamente siga siendo precario, es un enunciado con la congoja patética del «Me engañas, mujer», por lo muy menos).

Ya dentro de manifestaciones más sinceras y creíbles, vecinos juntaron firmas para que se pusiera su nombre a una calle del puerto (debió ser un callejón, sugerimos), se hizo un encuentro de boleteristas en el mercado El Cardonal, un velatorio callejero en Plaza Victoria y se cantó en improvisados coros públicos sus canciones más entrañables, con homenajes tardíos de gentes que no lo conocieron en público pero que llevaban ya medio siglo entonándolo. Esas muestras de sinceridad popular espontánea serían más hondas, aunque no menos importantes, que el reconocimiento de la

OEA en 1988, con una placa que destacaba su labor de integración de los pueblos latinoamericanos a través del arte y el canto, y el homenaje del Gobierno chileno del 2002, con —¡por fin!— amplia cobertura medial, aunque el personero de turno señaló el mérito de su obra pero no agregó las disculpas que la sociedad chilena le debía a este cultor de la nostalgia, por ningunearlo en los medios oficiales y excluirlo del discurso elegante de los políticos de turno, es decir, todos. De seguro, en el más allá la Tía Carlina le otorgaría su beneplácito y algo más...

#### DISCURSO DEL MACHO VIOLADOR (O UNA ÉTICA MORIBUNDA)

Y como deseamos ser honestos hasta la demasía en este homenaje a nuestro ídolo, debemos declarar que en su cancionística hay textos que hoy serían (y, de hecho, son) inaceptables, verdadero heraldo del violador. Un machismo latinoamericano aborrecible, misógino y brutal, campea criminalmente en muchos de sus temas. A veces resulta horripilante el violentismo patriarcal que enturbia valóricamente el cerebro de muchos autores de letras, hasta componer una grotesca galería del horror, que millones de varones han —hemos— cantado sin hacerse —hacernos— cargo de la criminalidad delincuente que suelen vehicular. No fue responsabilidad de Lucho: él solo cantó lo que tenía a su disposición, y la verdad es que tanto el tango como el bolero son frecuentemente dos virulentas formas de desprecio de la mujer, a la que cubre de denuestos y culpa de todos sus males, el vil machito cantor en las quintas de recreo y los burdeles. Al examinar los miles de letras de que disponemos, observamos con pasmo histórico que el despecho del bolero y el resentimiento del tango son dos formas inmaduras y masculinas de eludir toda responsabilidad en la relación de pareja y que miles de canciones derivan su belleza desde el afeamiento más villano de los vínculos de amor y, sobre todo, desde la más cobarde actitud masculina de culpar a la mujer por su propia impotencia relacional. Y cuando Lucho Barrios canta esos dramas crueles, la música y la interpretación parecen borrar toda la letrina actitudinal,

negar todo femicidio y enaltecer un romanticismo que nunca ha pasado más allá de ser un discurso alcoholatra e irresponsable. La verdad es que toda la música popular —la misma que amamos escuchar a diario— a veces no es más que un museo sonoro de la neurosis masculina, en una sociedad que ha ido cambiando tan drásticamente, que hoy muchos temas que nuestro gorrión entonó serían recibidos con abucheos por numerosas mujeres inteligentes y libres, dejando a los varones con un palmo de narices porque no entenderían mucho. Es que es necesario que reconozcamos que en las mismas clases populares donde Lucho comenzó triunfando se da el incesto, la violencia intrafamiliar, el abuso sexual de menores, la golpiza alcohólica o el asesinato sin que las canciones que tanto nos gustan hagan más que celebrarlo líricamente. Al bolero suele salvarlo su bella melodía, pero a nivel letrístico, su lírica primaria y simplona aparece infestada de tópicos y lugares comunes de la peor y más patriarcal subcultura machista latinoamericana. Y a él le sonaba tan bonito este conjunto de disparates...

Yo creo que a todos los hombres  
Les debe pasar lo mismo  
Que cuando van a ser padres  
Quisieran tener un niño  
Luego te nace una niña  
Sufres una decepción...  
(*Eres mi niña bonita* / P. del Río)

Lo que vi esa noche,  
No es para decirlo,  
Ella me engañaba  
Con otro querer.  
Muy desesperado,  
Busqué en el ropero  
Un arma de fuego  
Y la acribillé.  
(*Señor abogado* / C. Arboleda)

Entre naipes y pañuelos de colores  
Practicabas tus dañosas brujerías  
Y a mi pobre corazón aprisionabas  
Con el manto de tu vil hechicería  
(*Brujerías* / C. Reynoso)

#### LA CONTRIBUCIÓN PERUANA (O EL DESHIELO CHILENO)

Como balance cultural, nos parece valiosísimo que esta música se haya entronizado en la cultura chilena: definitivamente, a nuestra anémica vocación musical le hacía falta este sabor a sangre negra que dinamizó nuestro ritmo y nuestro canto. Toda una inyección de energía y emotividad cuyo mayor mérito fue remover una cultura acartonada y quietista, sacudiendo su tuétano desde la penuria del amor no correspondido hasta la identificación colectiva con estos rasgos de inconsciente colectivo, que hemos dado en llamar «una internacional del sentimiento». Un fenómeno que es propio de toda la música popular latinoamericana, la más vigorosa de Occidente, la más cercana al sentir real de los habitantes, la más clara en ilustrar (aunque frecuentemente sin cuestionar todavía) las tensiones y contradicciones sociales que padecemos y protagonizamos a diario en nuestro continente y que estas canciones vulgares y vulgarizadas encarnan, quizás con una más dolorosa verosimilitud que los cultos textos de cantautores y artistas elevados los que, por lo demás, si son sensibles, no pueden ignorar estos bellos desatinos cantados.

#### CODA: LA ACADEMIA BEODA (O LA CONSAGRACIÓN DE LO POPULAR)

Y si de influencias saludables se trata, nada mejor que concluir destacando la importancia de que estudiemos estos fenómenos sociales para conocernos mejor. La cultura popular tiene un lugar secundario en los discursos oficiales de la historiografía. Es decir, que el estudio de los márgenes es, en sí mismo, marginal. Nuestra esfera de interés suele todavía ser considerada con parecido desdén

al que el propio Lucho Barrios encontró en los círculos oficiales. Y con la misma convicción con la que él cantó siempre, creemos que los estudios en cultura popular son fuente imprescindible de conocimientos respecto de la cosmovisión que diversos grupos humanos, en diferentes tiempos y lugares, han sostenido y protagonizado, y que todo ello puede arrojar una mejor luz de entendimiento para la comprensión de fenómenos sociales que habitualmente han sido narrados desde la perspectiva hegemónica del discurso de los vencedores. Y quizás esta academia dionisiaca que siempre hemos querido protagonizar desde nuestra gozosa trinchera conceptual, en este capítulo escrito con la garganta desollada de quien vocifera o canta una verdad que le duele y que gradualmente otros aplauden, haya conseguido la paradoja de narrar desde la marginalidad el triunfo histórico de un movimiento marginal que se hizo central en la música popular chilena. Y en el fulcro de ese centro, en el eje de ese ascenso y en el vórtice de ese torbellino de llanto, nostalgia y canto entreverados, refulge artificioso un señor bajito, obeso y entrañable, con chaqueta brillante de lentejuelas, ojos agradecidos y garganta telúrica. Un señor plebeyo con dignidad de rey y corona de cebolla.

*Fin*

Nota bene: para escribir este capítulo quisimos, en un acto de decidida reivindicación ante el posible neocolonialismo español, emplear giros y sintaxis y, sobre todo, acentuaciones que nos parecen mejores que varias sugerencias de la RAE, que ha andado descaminada en numerosas ocasiones y cuyo criterio definitivamente no compartimos en su totalidad. Latinoamérica lleva la palma en materia de idioma, y nos parece muy bien que así sea.



## UNA SOMERA BIBLIOGRAFÍA (O ¡ADEMÁS ESTUDIAMOS!)

- BARRIOS, LUCHO, «¡Gracias Chile!», en *El Musiquero*, N° 118, vol. VIII, pp. 26-27, 1970.
- GONZÁLEZ, JUAN PABLO Y ROLLE, CLAUDIO, *Historia social de la música popular en Chile, 1890-1950*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2004.
- MUÑOZ-HIDALGO, MARIANO, *El cuerpo encantado. De la antigua canción occidental al canto popular en Cuba y Chile*. Santiago: Usach, 2003.
- MUÑOZ-HIDALGO, MARIANO, «Canción y cultura popular: imaginario poético del cancionero huachaca», en *Literatura y Lingüística*, N° 16, pp. 69-85, 2005.
- PODESTÁ, JUAN, *Te odio y te quiero. Las dudas del sujeto popular*. Iquique: CREAR, 1988.
- RUÍZ, AGUSTÍN, «Lucho Barrios, el rey de la cebolla», en Torres, Rodrigo, ed., *Música popular en América Latina. Actas del Segundo Congreso Latinoamericano IASPM*, pp. 148-155, 1999.
- SALINAS, MAXIMILIANO, *En el cielo están trillando. Para una historia de las creencias populares en Chile e Iberoamérica*. Santiago: Usach, 2000.
- SINAY, SERGIO, *Inolvidable. El libro del bolero y del amor*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1994.





## 2.5 CHILE: «UN ASILO CONTRA LA OPRESIÓN» AL APRA. MEMORIA Y EXILIO DE LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

*José Chaupis Torres y Emilio Rosario Pacahuala*

### INTRODUCCIÓN

[...]esos dolorosos ciclos de exilio, de obligada presencia aquí, y de ausencia allá. Vi, palpé y penetré a Chile. La palabra pasión (que en ella floreció) despierta el automático rechazo de la sensibilidad: ¿predominan las pasiones en los países prácticos como Chile; es decir predomina la obnubilación de la inteligencia? Creo que muy poco. Desde mi primera visita a principios de 1930 me pareció una tierra objetivista. La gente decide sin mayores reticencias los pro y los contra de cada coyuntura, inclusive resuelve presto sus propias situaciones personales.

Luis Alberto Sánchez,  
*Visto y vivido en Chile. Bitácora chilena: 1930-1970*

El pensamiento integracionista ha tenido a lo largo del tiempo un par de limitaciones que se convirtieron en sus principales obstáculos: el nacionalismo y la soberanía de los estados nacionales<sup>1</sup>. La historiografía más reciente está trazando nuevas perspectivas para los estudios históricos de las relaciones peruano-chilenas, explorando diferentes temáticas y aplicando novedosos enfoques teóricos y metodológicos que van permitiendo una lectura diferente de las fuentes guardadas en los archivos. Es importante destacar los trabajos realizados por el chileno Eduardo Cavieres y el peruano Cristóbal Aljovín (2006) y José Chaupis Torres (2016), también

---

<sup>1</sup> González y Ovando, 2008.

los del chileno Sergio González y el peruano Daniel Parodi (2014). En estas publicaciones se reunió a académicos peruanos y chilenos para reflexionar diferentes temáticas con un enfoque de historia binacional, al interior de unas historiografías donde predominaban los estudios que resaltaban más las diferencias que las similitudes.

Algo que destaca la obra de González y Parodi (2014) es que son más los hechos que unen a los que separan a Perú y Chile, para ello es necesario ver más allá de lo político y militar; detenerse a observar la experiencia cotidiana, las lealtades asociativas, los pequeños episodios, como el combinado de fútbol peruano-chileno que se fue de gira por Europa entre 1933 y 1934, el extendido culto al Señor de los Milagros y Santa Rosa en Lima y Santiago, etcétera. Nosotros estudiaremos uno de los más importantes del siglo xx, el de los exiliados apristas que fueron asilados en Chile, centrándonos en la figura de Luis Alberto Sánchez (LAS).

Como señala Ángel Rama<sup>2</sup>, el escritor exiliado actúa a través de tres públicos: el de su país de origen, el del país asilado provisionalmente y el de sus compatriotas desterrados. A partir de esta triple lectura se puede comprender la memoria de destierro *Visto y vivido en Chile. Bitácora chilena 1930-1970*, escrita por Sánchez y publicada en 1975, permitiéndonos delimitar los objetivos de la presente investigación, relacionando la memoria individual con la experiencia de exilio político. A través del análisis principalmente de esta memoria complementada con otras fuentes primarias como fue *Testimonio personal. Memorias de un peruano del siglo xx. Tomo II, El Purgatorio, 1931-1945*, publicado en 1987, y *Correspondencia. Tomo I, 1924-1952*, que incluye el intercambio epistolar<sup>3</sup> entre Víctor Haya de la Torre y Luis Alberto Sánchez publicado en 1982, es como estudiaremos en una primera parte el relato de alteridad de Chile que construye Sánchez al recorrer el país, geográfica y socialmente, como intelectual-político expatriado a pocos años de

<sup>2</sup> Rama, 1978, p. 102.

<sup>3</sup> La cultura epistolar caracterizó al aprismo, su uso fue importante en la primera mitad del siglo xx. De manera particular, las cartas fueron un elemento articulador y un medio de comunicación entre los exiliados políticos, Bergel, 2014-2015, p. 71.

haberse resuelto las disputas territoriales entre Perú y Chile y de iniciarse un nueva ola de gobiernos militares. En una segunda parte nos enfocaremos en la experiencia vivida por LAS como parte de una comunidad intelectual transnacional en la editorial Ercilla, los lazos interpersonales construidos y cómo fue articulando la escala local, binacional y continental, forjando múltiples solidaridades y confraternidades. Finalmente, en la tercera parte analizaremos la condición identitaria aprista de Sánchez a partir de su accionar político, a través de la labor propagandística y de difusión ideológica desplegada entre el Chile democrático del exilio y el Perú dictatorial de la clandestinidad.

### VIAJE DE EXILIO Y ALTERIDAD CHILENA: ENTRE EL HUMANISMO Y EL PAISAJISMO

El exilio es una de las condiciones históricas más complejas por su carácter de desplazamiento forzado por diversas circunstancias, ubicándose en una realidad dual de dos espacios y tiempos distintos; el país que se deja y el país al que se llega. La experiencia del destierro, cuando produce un testimonio, no debe ser leída necesariamente como lo que realmente aconteció. Más bien su importancia radica en su capacidad para expresar a través de la escritura emociones y sentimientos de cómo fue representado y recordado el exilio en ese «otro» lugar donde se refugió. Cuando el destierro es colectivo y político, como ocurrió con la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), la cual surgió como una experiencia vinculada directamente con la expatriación<sup>4</sup>, el análisis de la vivencia individual a través de las representaciones de la memoria se hace imprescindible. Uno de los insumos más sugerentes es el ensayo de carácter testimonial<sup>5</sup>, que en el caso de Sánchez fue parte de la configuración de una cultura de exilio al recoger complejos procesos de transformación política y cultural operados en Chile<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> Sessa, 2014, p. 2.

<sup>5</sup> Roniger y Yankelevich, 2009, p. 8.

<sup>6</sup> Roniger, p. 201.

Los estudios sobre el APRA, en el Perú, se han concentrado en el Partido Aprista Peruano, analizándolo como un fenómeno básicamente peruano, siendo los investigadores extranjeros los que más se han interesado en el exilio aprista en Chile, Argentina y México, resaltando las experiencias de los partidarios apristas y sus mecanismos de inserción en los diversos países donde se asilaron, para comprender mejor su impacto en el Perú. Los enfoques y temáticas han sido de lo más diverso, concentrándose en la primera mitad del siglo xx, destacando la década de los treinta, cuando se produjo la primera migración forzada importante de apristas. Los intereses temáticos son enfocados mayormente en los procesos intelectuales, culturales y políticos, enfatizándose el accionar de sus principales cuadros y sus redes de exilio transnacionales.

Una de las figuras apristas más representativas es Luis Alberto Sánchez, quien, entre 1934 y 1945 estuvo desterrado en Chile. Su experiencia de exilio lo convirtió en un testigo privilegiado de los cambios por los que atravesó este país, recopilados en *Visto y vivido en Chile. Bitácora chilena: 1930-1970*, publicada en 1975. El título sugerente del testimonio no debe hacernos creer que reproducirá con autenticidad la historia que le tocó vivir como expatriado, sino que la crónica debe ser comprendida como un ejercicio narrativo de memoria elaborada por un «sujeto del exilio»<sup>7</sup> que es una persona académica, un intelectual<sup>8</sup>. Como lo destaca el mismo LAS (1975), es un relato al «alcance de mi capacidad y de mi sentimiento y mi memoria» (p. 11). Si bien la sociología de los intelectuales no se encuentra demasiado desarrollada en América Latina, para el caso de Perú contamos con los importantes trabajos de Osmar Gonzales (2002, 2010), donde propone un estudio de los intelectuales que vaya más allá de las ideas analizándolos como productores de ellas, tomando como eje al propio intelectual como sujeto social, lo que permitiría una mejor comprensión en la forma como influye en la

<sup>7</sup> Nitschack, 2010, p. 232.

<sup>8</sup> El APRA, en sus inicios, fue un partido de intelectuales educados en las universidades y provenientes «en su mayoría de familias de clase media o acomodadas del interior del país —aunque no pertenecientes a las elites económicas y políticas». Bergel, 2007, pp. 5-6.

sociedad. Complementaremos nuestro análisis con los aportes brindados por la historia de las emociones, corriente historiográfica en expansión desde fines de los noventa del siglo xx, que tiene como principales representantes a Carol Stearns, William Reddy, Peter Stearns y Barbara Rosenwein. La emoción, como experiencia de carácter afectivo, puede expresarse a través del lenguaje, pues giro afectivo y lingüístico se unen en un espacio intersubjetivo<sup>9</sup>.

En *Visto y vivido en Chile*, la historia y la memoria se unen para brindarnos una imagen desde la alteridad de la identidad chilena. Para Sánchez, países como Chile se parecen a las momias que se conservaban «saturados de bálsamos», no embalsamados que recuerdan a la muerte. Especialmente en Santiago es donde se le quedaron «pedazos de vida», por ello busca «expresar lo que vi y lo que me hicieron sentir». Las vivencias que abarcan casi medio siglo de contacto con el país del sur son una reconstrucción histórica de recuerdos, donde dialogan la historia y la memoria a través de la escritura<sup>10</sup>. Su valor fue resaltado por Pablo Neruda:

Mira, Luis Alberto, tú tienes una deuda con Chile [...] No, solo me refiero a una deuda literaria y política, ustedes los peruanos no saben la influencia que ejercieron tanto en la política como en la cultura de Chile. Desde *Ercilla*, en los periódicos, en los grupos, hicieron mucho. Nadie como tú para contarlo. Será un libro indispensable, para conocernos mejor nosotros mismos<sup>11</sup>.

La derrota en la guerra del Pacífico y la irresuelta situación de las provincias cautivas de Tacna y Arica, ocupadas por Chile, fueron los hechos que marcaron a la generación de la posguerra y también a Sánchez, para quien «[c]hilenos y bandidos eran sinónimos». Este resentimiento con aroma revanchista fue cambiando cuando conoció a chilenos «que no persiguieran a mis tías y matasen a mi tío abuelo». Tras la firma del Tratado de Lima de 1929, como subdirector de la Biblioteca Nacional del Perú viajó por mar a Santiago

<sup>9</sup> Belli, 2009, p. 36.

<sup>10</sup> Fávoro, 2014.

<sup>11</sup> Sánchez, 1975, p. 10.

invitado por la Universidad de Chile en 1930. En su recorrido pasó por el Morro de Arica, donde lo envolvió un sentimiento de orgullo y melancolía por lo perdido, pero también de aventura ya que conocería chilenos en su propio ambiente, llegándose a preguntar: ¿cómo era Santiago a los ojos de un peruano recién reconciliado con aquel país? Al contemplar la ciudad y sus habitantes, los prejuicios y estereotipos fueron cambiando para LAS. Los procesos de reconciliación son complejos y no siempre las memorias pueden describir con palabras la propia experiencia vivida, por ello, todo recuerdo del pasado es selectivo estando marcado por el olvido y silencio, al cual hay que agregar la distancia del tiempo, que lo van modificando<sup>12</sup>. Prefiriendo omitir esta traumática sensación de dolor colectivo, resumiría este primer viaje: «Chile me dio la impresión de un país en vía de ascenso cultural, la dictadura no podía durar. Inteligencia y franqueza rechazan a la autocracia deprimente» (p. 23). Ejemplo de ello es la diferencia que observó en el carácter desinhibido de los escritores y periodistas chilenos con relación a los peruanos, que guardaban silencio frente al autoritarismo.

Con la crisis de 1929 acabaría la década, dando fin a un marco temporal histórico comparable entre Perú y Chile. Durante los años treinta, ambos países tomarían diferentes rumbos políticos. En el Perú, la dramática caída del régimen de Leguía en 1930 propició la llegada al poder —otra vez— de los militares y, de cierta forma, un reacomodo de los sectores oligárquicos en la estructura de poder. A esto se sumó la emergencia de las nuevas ideologías y organizaciones políticas como el aprismo y el socialismo, que llevaron a los sectores conservadores de la oligarquía, gamonales y militares, a implementar un régimen de carácter autoritario y, durante sus primeros años, incluso represivo, con tendencias cercanas al fascismo<sup>13</sup>. En Chile, por el contrario, se retornó a la democracia con la segunda elección de Alessandri, lo cual produjo un clima de estabilidad que permitió la renovación política, ideológica y cultural, convirtiéndolo en «centro político y cosmopolita para muchos exiliados del continente»<sup>14</sup>.

<sup>12</sup> Jelin, 2001, p. 29.

<sup>13</sup> Molinari, 2006.

<sup>14</sup> Hernández, 2014, p. 79.



El periodo democrático abierto en la década de 1930 fue lugar de refugio para los perseguidos políticos en el Perú, principalmente del APRA, fundado por Haya de la Torre. Se calcula que entre los trescientos y cuatrocientos exiliados peruanos que arribaron a Santiago, Valparaíso y Concepción, la mayoría de ellos eran apristas<sup>15</sup>. En 1934 Luis Alberto Sánchez retornaría a Chile. Las diferencias entre ambos viajes fueron significativas. En el primero arribó libremente invitado como funcionario del régimen de Leguía alejado del aprismo, mientras que el segundo fue un viaje de exilio, por parte de un preso expatriado por los militares<sup>16</sup>, con esposa e hijos incluidos, como un cuadro destacado del Partido Aprista Peruano<sup>17</sup>, según Hernández<sup>18</sup>. Sánchez recuerda que «éramos una docena los que viajábamos sin nuestra voluntad y sin mucho dinero», a quienes les «aguardaba porvenir incierto»<sup>19</sup>. La incertidumbre del desarraigo creció por las dificultades para desembarcar y luego por la trágica noticia del asesinato de José Santos Chocano por «un loco apellidado Bruce había asestado cuatro puñaladas mortales al poeta que iba en un tranvía. Mal presagió»<sup>20</sup>. Pese a ello, sintió como si retornara a su hogar a través «de un intransferible sentimiento de simpatía»<sup>21</sup>.

<sup>15</sup> Moraga, 2014, p. 191.

<sup>16</sup> Después del asesinato del presidente Luis M. Sánchez Cerro (1931-1933) por una conspiración organizada por el APRA, asumió el poder Óscar R. Benavides, quien impulsó una «política de apaciguamiento» expresado a través de la Ley de Amnistía General. Con el retorno aprista a la legalidad, Haya fue liberado y muchos otros militantes regresaron del exilio. Como consecuencia de la insurrección aprista de El Agustino en noviembre de 1934, la dictadura militar reinició la persecución, la cual se mantuvo durante el gobierno de Manuel Prado Ugarteche (1939-1945).

<sup>17</sup> Sobre su ingreso al APRA, Sánchez (1987) mencionará con un sentimiento de incertidumbre que «Mi ingreso oficial en la política, o sea mi afiliación al Partido Aprista Peruano, no me acarreó de momento ventajas ni desmedros. Placer, en cierto modo, sí, porque por acto de mi propia voluntad me encaraba al destino» (p. 11).

<sup>18</sup> Hernández, 2020, p. 87. Agradezco al historiador chileno Claudio Veliz el haberme facilitado la valiosa tesis doctoral de Sebastián Hernández recientemente sustentada en el Colegio de México, la cual es la investigación más completa hasta el momento sobre la presencia del APRA en Chile durante los años de la Gran Clandestinidad.

<sup>19</sup> Sánchez, 1975, p. 34.

<sup>20</sup> Sánchez, p. 34.

<sup>21</sup> Sánchez, 1987, t. II, p. 111.

Como miembro del Comité Aprista Peruano de Santiago (CAPS) fue uno de los intelectuales y propagandistas políticos más visibles del exilio peruano<sup>22</sup>. Su viaje a Chile fue producto de un juego de azar. Encerrado en un «nauseabundo calabozo»<sup>23</sup> pudo enterarse de que se había dispuesto su deportación, pero que, por deferencia hacia su persona, podía elegir el lugar de destierro. Intuyendo que el destino final sería opuesto al escogido, se decidió por el norte para poder viajar al sur. Luis Alberto Sánchez justificaría su viaje a Chile por una invitación hecha por el argentino Laureano Rodrigo para que lo apoyase en la modesta y recién fundada editorial Ercilla, donde asumiría el cargo de jefe de Propaganda y asesor literario, con el «increíble sueldo» de 1.500 pesos al mes, que, sumado a un par de traducciones y colaboraciones en la prensa, cubría el presupuesto mensual, haciendo frente a la «austeridad forzada» que imponía las circunstancias.

Convertirse en expatriado era una situación difícil de sobrellevar tal como lo testimonia Manuel Seoane, quien narra la precaria situación económica que le tocará afrontar a los apristas:

nosotros, los desterrados por cuestiones sociales, hemos llegado rodando en la segunda clase de los ferrocarriles sudamericanos, sufriendo un poco de miseria y otro poco de incomodidad. Venimos de pelear intensamente con las dificultades económicas en países desconocidos<sup>24</sup>.

Con visión de cronista de viaje, Sánchez llegó a la conclusión que Chile, en la década de los treinta, era «prácticamente un oasis democrático». El rasgo esencial de los chilenos era «la conformidad con ser inconforme, la satisfacción de sentirse insatisfecho»<sup>25</sup>. A su capital —Santiago— la miraba como una ciudad agitada y cosmopolita, donde se podrían escuchar conversaciones en todos los idiomas, siendo tan «importante como Buenos Aires». Su mirada de las provincias fue totalmente diferente. Le llamaban la atención la geografía, los lugares

<sup>22</sup> Hernández, 2020, p. 149.

<sup>23</sup> Carlos Aguirre (2014) realiza un importante estudio sobre la experiencia de la prisión política aprista en el Perú.

<sup>24</sup> Seoane, 1934, p. 11.

<sup>25</sup> Sánchez, 1987, t. II, p. 167.

de socialización y el carácter de la población. LAS había recorrido prácticamente todo Chile, excepto Chiloé y Puerto Montt. La imagen que le generó esta especie de atlas mental fue «imborrable de hombres y cosas». Con relación a Valparaíso, donde pasaba los veranos con la familia, la editorial Ercilla contaba con una agencia y una librería, afirmaba que sus pobladores estaban más conectados «a los asuntos lugareños que a los universales»<sup>26</sup>. Como intelectual le encantaron la gente, los cerros y las playas, aunque lamentaba que la ciudad no tuviera propiamente un ambiente literario que, por ejemplo, sí observaba en Rancagua, al que consideró un lugar maravilloso de «descanso dominical». Por el sur, Temuco le resultó más complicado de poder recorrer por su lejanía, aunque consideró a «La Frontera» un lugar cómodo y amable. Aunque recordaba poco de Punta Arenas, la observaba como la ciudad más desolada y bella por su «terrible soledad». Valdivia, con sus «meandros o canales» que rodeaban la urbe, no tenía paralelo con ninguna otra. Osorno lo creyó distinto; sus hermosos lagos y volcanes, su actividad ganadera y la presencia de alemanes, le hicieron ver gente bastante disciplinada, discutidora, generosa y hospitalaria. Por el norte, Antofagasta tenía también una sucursal de Ercilla dirigida por el peruano Sixto del Campo, apodado *el Hijo del Sol*. Por su clima casi tropical y el mar tibio y tranquilo, le rememoraba a un «trozo del Perú». El intento por comprender al otro geográficamente lo remitía al país natal, definiéndose su propia identidad nacional del país que lo había desterrado en relación con el que lo cobijaba<sup>27</sup>.

La imagen que evoca de Chile, desde la alteridad como exiliado, es de un sentimiento de gratitud por lo que representó su estadía durante los años del destierro aprista conocidos como la Gran Clandestinidad (1932-1945)<sup>28</sup>. Esto le permitió generar una empatía con el territorio donde fue reconstruyendo paulatinamente su vida, pudiendo omitir de la memoria los recuerdos sobre los que se habían levantado los rencores entre ambos países. Luis Alberto Sánchez corrigió el libro de Benjamín Subercaseaux *Chile, una loca geografía*, publicado por Ercilla y del cual escribió:

<sup>26</sup> Sánchez, 1975, p. 147.

<sup>27</sup> Sanhueza, 2006, p. 23.

<sup>28</sup> Bergel, 2016-2017, p. 185.

Con intuición de artista y conocimientos de antropólogo y geógrafo escribe y analiza la realidad de su patria. Pone el énfasis en las contradicciones territoriales y marítimas chilenas, pampa y cordillera, trópico y zona polar, archipiélago y desierto, cobre y carbón, frutas y maderas, bosques, lagos y ríos, alemanes y españoles, mapuches e ingleses, oligarcas y proletarios. El estilo de Subercaseaux se adhiere a los pliegues de aquellas variantes como la malla al cuerpo, destacando los relieves, disimulando los vacíos. Diría que es, en prosa, a Chile lo que en verso el *Canto general* de Neruda<sup>29</sup>.

Estas mismas palabras podrían utilizarse para representar la experiencia vivida por Sánchez en su recorrido por el país austral. La nostalgia también lo embargó cuando tuvo que retornar al Perú para mediados de los cuarenta, dejando atrás un Chile que estaba en proceso de transformación. A pesar de ello, seguirá viajando, aunque intermitentemente, al sur para dictar cursos de temporada en «Santiago, Viña, Osorno, Valdivia, Punta Arenas, Antofagasta», escribía Sánchez<sup>30</sup>. Junto a la experiencia que buscaba acercarse al otro en clave paisajística y humana, emerge una cultura de alteridad del exilio desde la intelectualidad y la política. Es lo que vivirá Luis Alberto Sánchez en la editorial Ercilla.

#### FORJANDO LA RED INTELECTUAL TRANSNACIONAL APRISTA EN ERCILLA

Entre las décadas de 1930 y 1950 Chile atravesó por un periodo vertiginoso de expansión editorial, de los circuitos intelectuales y del mercado de lectores como consecuencia del proceso de modernización<sup>31</sup>. Esto permitió el establecimiento de nuevas editoriales como Ercilla, constituida en 1932, donde LAS cumplió un papel destacado desde su arribo en 1934, permitiendo el ingreso de exiliados apristas, quienes, a pesar de las críticas, justificaban sus contrataciones por los importantes contactos intelectuales y las amplias redes de circulación partidaria que estructuraron durante los años de

<sup>29</sup> Sánchez, 1975, pp. 140-141.

<sup>30</sup> Sánchez, 1975, p. 164.

<sup>31</sup> Subercaseaux, 2008, p. 221.

destierro<sup>32</sup>. Su ascenso en la editorial fue rápido, pasando de «jefe de Propaganda a asesor literario, luego corrector de originales, cogente de libros, traductor, etcétera»<sup>33</sup>. Sobre el encargado de la empresa Ismael Edwards Matte, menciona con efusividad que fue «uno de los chilenos más generosos que haya conocido», y sobre la editorial que lo acogió:

Los hispanoamericanos que hoy pasan de los cuarenta, recuerdan con simpatía el nombre de editorial Ercilla. Rodeada de maleficios, fama y agradecimientos, ella fue particularmente para los desterrados apristas del Perú un oasis. Algunos se quejaban de los salarios: no fueron altos, pero tampoco miserables<sup>34</sup>.

La posibilidad de construir una nueva vida le permitió, en su condición de exiliado, ir superando en la convivencia con el otro los resentimientos hacia un país que era visto como expansionista y antiperuano, envuelto en un discurso de superioridad cultural civilizatorio excepcional en América Latina<sup>35</sup>. Los procesos de reconciliación son difíciles de procesar, generando sentimientos encontrados. Junto a los sinceros agradecimientos que describimos en su recorrido por el país del sur se mezclaron también con las críticas hacia los chilenos, como cuando le lanzaron la «imputación» de que Ercilla parecía una editorial peruana, Luis Alberto Sánchez respondió enfáticamente que no había tal «peruanismo», que los expatriados peruanos que trabajaban en la editorial eran eficientes y rendían más que nadie. Si bien los apristas fueron los más influyentes en la editorial, debían convivir laboralmente con chilenos y colaboradores de diferentes nacionalidades que consolidaron su cosmopolitismo editorial. Por la propia situación del destierro aceptaban salarios inferiores a su capacidad, aunque no se sentían explotados, habría que «estar desterrado para saber lo que esa palabra significa. Uno se encuentra en mitad del camino sin báculo ni sandalias, y a veces

<sup>32</sup> Hernández, 2020, p. 196.

<sup>33</sup> Sánchez, 1987, t. II, pp. 120-121.

<sup>34</sup> Sánchez, 1975, p. 41.

<sup>35</sup> Cid, 2012, p. 331.

con una carga inexorable. El trabajador en destierro es lo que más se parece al filo del siglo anterior»<sup>36</sup>. Sobre las condiciones laborales, le parecía natural que los chilenos trabajaran menos y ganasen más que los peruanos (el mismo LAS trabajaba 10 horas al día). El sufrimiento, el dolor y las privaciones de los otros se hacen los de uno, el recuerdo individual se vuelve colectivo, es una forma de aproximarse a sus compatriotas exiliados, aunque el testimoniante no hubiera pasado necesariamente por la misma situación<sup>37</sup>.

Un concepto que nos permite articular la memoria personal y grupal que se sienten en los recuerdos de Sánchez como entremezcladas, es el de comunidad emocional propuesto por Barbara Rosenwein, quien la define como «grupos en los cuales las personas se adhieren a las mismas normas de expresión emocional y valoran —o desvirtúan— emociones iguales o relacionadas»<sup>38</sup>. La comunidad emocional equiparable a comunidad social permite articular distintos grupos como el de los expatriados apristas que comparten similares sistemas de sentimientos, haciendo que las distintas voces confluyen en el actor que brinda el testimonio a través de sus emociones<sup>39</sup>. Sánchez, por los múltiples lazos interpersonales establecidos con los militantes desterrados, no puede como sujeto del exilio romper totalmente con la carga que tienen las normas organizativas del partido aprista y sus identidades colectivas<sup>40</sup>.

La condición de desarraigo se extendió a su situación de forastero comprendiendo «que no dejaría de ser extranjero y que no ganaría la voluntad de muchos escritores chilenos. Desde luego comunistas y oligarquistas, ambos extremos atacaban acerbamente»<sup>41</sup>. Por esta situación, que no se oponía a sus afectos hacia el país de asilo, es que su forma de incorporarse desde la alteridad a la sociedad receptora era respetando los términos de su «temperamento ejecutivo» de hacer y hacer cosas, aunque no estén a la «altura de nuestras

<sup>36</sup> Sánchez, 1975, p. 43.

<sup>37</sup> Rama, 1978, p. 102.

<sup>38</sup> Rosenwein, 2006, p. 2.

<sup>39</sup> Rosenwein, 2010, p. 11.

<sup>40</sup> Iglesias, 2007, p. 13.

<sup>41</sup> Sánchez, 1975, p. 44.

posibilidades y esperanzas». Como hombre de acción reconocía también los defectos, debido a la urgencia de ejecutar para poder cubrir sus necesidades económicas. Por ello lo acusaban despectivamente de trabajar para lucrar, a lo cual respondió: «Mi “lucro”, no fue el vulgar, no fue ganancia inmoderada ni ilícita, me costó sudor, lágrimas y sangre»<sup>42</sup>. En el tomo II de *Testimonios personales* (1987), recuerda LAS que nunca había trabajado tanto ni con tanta alegría, pues tenía necesidad de «emborracharme con el trabajo», suprimiendo horas de esparcimiento: «Escribir equivalía a escapar de mí mismo. Escribir era mi opio y mi cocaína»<sup>43</sup>.

Fue a través de esta editorial, donde implementó dinámicas estrategias creativas que permitieron ampliar el mercado de Ercilla, que pudo conocer en profundidad el ambiente cultural chileno, sus virtudes y sus defectos<sup>44</sup>. Uno de los aspectos que más sobresale en su memoria de exilio fue su capacidad para construir contextos de referencia, usar con precisión las palabras para describir en profundidad los aspectos físicos y personales de intelectuales y políticos. El lenguaje en Sánchez busca expresar emociones y hace que se activen de tal manera las percepciones, que se puede sentir afectivamente el entorno captando la atención del lector, para que pudiera compartir los mismos valores de la comunidad emocional<sup>45</sup>. Esto se observa en las imágenes que elabora de Augusto D'Halmar, Joaquín Edwards Bello, Manuel Eduardo Hübner, Armando Donoso, Vicente Huidobro, George Frederik Nikolai, Rafael Maluenda, Pablo Neruda, Conrado Ríos Gallardo, Natalio Botana, Ximena Amunátegui, Gabriela Mistral, etcétera. Enumerar a todos sería bastante largo, pues aparecen retratadas personas de las más diversas tendencias intelectuales y políticas, que expresan el cosmopolitismo de la comunidad transnacional articulada por Sánchez, quien, por su pragmatismo, no cayó en faccionalismos ni marginaciones, aunque hubo algunas excepciones. Los espacios de socialización para la circulación de ideas resultan ser de los más diversos: cafés, restaurantes, hospedajes, oficinas, reuniones, veladas, tertulias, eventos, etcétera.

<sup>42</sup> Sánchez, 1975, p. 44.

<sup>43</sup> Sánchez, 1975, p. 126.

<sup>44</sup> Fávoro, 2016, p. 1.

<sup>45</sup> Zaragoza, 2012, pp. 5-7.

Con respecto a las formas de difusión de Ercilla, le criticaban que preferían publicar autores extranjeros que nacionales y que no respetaban los derechos de autor, siendo una editorial «pirata». La refutación de LAS fue que tal ataque era injusto en la medida que fueron publicados diferentes escritores chilenos, aunque reconocía que tenían mayor demanda los libros latinoamericanos y europeos, en la medida que se prefería la «universalidad». Incluso, en 1935 la editorial impulsó la Biblioteca Patria, para empujar la chilenidad a través de la difusión de su historia y sus autores<sup>46</sup>. Con respecto a la segunda, manifestó que, como consecuencia de la Guerra Civil Española, el mercado de traducciones había quedado paralizado debiendo ser cubierto por Ercilla, por lo cual fueron menos escrupulosos con los derechos de autor, reconociendo que «fue parcialmente una editorial pirata» pero, a partir de 1935, la María Magdalena de las editoriales comenzó a pagar a los autores. Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial retornaron a las prácticas de piratería, «a pesar nuestro».

Las traducciones de libros importados, producto de un vacío legal, permitía la edición sin consentimiento de sus autores<sup>47</sup>. Esta fue una de las actividades que le generaba significativos ingresos a Sánchez, junto con las correcciones de libros y redacción de artículos, aunque fue una terrible tarea, llegando a traducir «prácticamente, dos cada tres meses o sea ocho por año». Si bien los cobros iban subiendo, sentía que malbarateaba su trabajo: «nunca he sabido discutir precios, por un estúpido pudor hispánico de no parecer “necesitado” a pesar de estarlo»<sup>48</sup>.

Con la llegada de los expatriados apristas Ercilla se convirtió en una empresa editorial importante. Para 1936 tenía ochocientos títulos publicados, siendo su aspiración «venderlos a precio casi igual al costo», llegando a todo Chile y diferentes países latinoamericanos, entre los que Perú era una plaza importante. Tal fue la influencia peruana en la compañía que tuvo una organización similar a la de un partido político, los puestos se distribuían considerando el papel

<sup>46</sup> Hernández, 2020, p. 200.

<sup>47</sup> Méndez, 2009, p. 48.

<sup>48</sup> Sánchez, 1963, p. 4.



que desempeñaban en el APRA<sup>49</sup>. Junto con Sánchez destacó Manuel Seoane, quien convirtió a la revista *Ercilla*<sup>50</sup> en la más importante de Chile. Este «periodista de raza» aprovechó muy bien las redes políticas y los amplios contactos que tenía para hacer circular las publicaciones de la editorial, incluida la propaganda aprista. El rubro de las revistas magazinescas<sup>51</sup> para *Ercilla* fue esencial, puesto que como forma editorial se acomodaba mejor al impulso de una empresa cultural de un mercado informativo y cultural en crecimiento<sup>52</sup>. La edición de libros se complementaba con los magazines. Junto con la revista *Ercilla* destacaba *Hoy*; mientras que la primera era más cultural y literaria, la segunda más política e internacional, caracterizándolas su cosmopolitismo. Ambas revistas magazinescas fueron distribuidas en el Perú a través de diferentes agentes de circulación, muchos de los cuales eran apristas, escribiendo constantemente en *Hoy* —entre ellos Sánchez— al ser una publicación de masas, con circulación semanal de dos mil ejemplares y un promedio de cien páginas, la convirtieron en un espacio de lucha política bastante bien aprovechado<sup>53</sup>. Con respecto a la trajinada sala de redacción de *Hoy*, LAS mencionará: «Los jueves al mediodía aquello era como un consejillo del palacio de gobierno. Entraban y salían grandes figurones. Todos se interesaban por el Perú y por el APRA»<sup>54</sup>.

Es así como *Ercilla* brindaba a los expatriados apristas un espacio de apoyo intelectual y económico, pero también ideológico<sup>55</sup>. Sánchez, desde su cargo como director literario, buscó «difundir la literatura aprista». Al líder aprista Haya de la Torre le publicaron

<sup>49</sup> Hernández, 2020, p. 201.

<sup>50</sup> La revista *Ercilla*, durante el periodo de la Gran Clandestinidad, tendrá dos directores: Luis Alberto Sánchez (1934-1937) y Manuel Seoane (1937-1945). Juan Manuel Reveco (1992, p. 71) plantea que durante la dirección de LAS se difundió la literatura aprista, informaron sobre los principales acontecimientos europeos y analizaron la coyuntura situacional de América Latina.

<sup>51</sup> Aunque suene redundante denominarlas revistas magazinescas, en la medida que la palabra magazine significa revista en inglés, es un concepto útil ya que el magazine o revista es un género bastante flexible con relación a su estructura y contenido (Santa Cruz, 2014, p. 55).

<sup>52</sup> Santa Cruz, 2002, p. 170.

<sup>53</sup> Hernández, 2020, pp. 207-215.

<sup>54</sup> Sánchez, 1987, t. II, p. 122.

<sup>55</sup> Méndez, 2009, p. 49.

tres libros, siendo el más representativo *El antiimperialismo y el APRA*, que tuvo dos ediciones: una de cinco mil y otra de 10 mil ejemplares. La primera edición fue un «desastre tipográfico, producto de haberse ensayado con un papel y tinta nacionales, que resultaron un espanto aparte de los originales sumamente desastrosos y una corrección que merecen todos los epítetos de Haya»<sup>56</sup>. A pesar de ello, la impresión de su principal texto doctrinario emocionó tanto a su autor que escribió a Sánchez el 22 de enero de 1936, para sugerirle formas de difusión y propaganda y, así, potenciar su impacto:

Insisto en que no basta una propaganda usual de Ercilla. Insisto en que debemos hacer esta propaganda como de algo continental del Partido. Pero si no se hace así, perderemos una gran oportunidad dejando al tiempo lo que debemos acelerar con la acción. La propaganda continental del libro debe reflejarse en la prensa y repercutir en el Perú<sup>57</sup>.

Haya también demandaba la impresión masiva de diversa folletería propagandística donde «Cada hoja volante en estos tiempos es valiosísima. No sabes cómo se las disputan. ¡Cuánto daría por estar ahí dirigiendo una ofensiva guttemberesca!»<sup>58</sup>. La comunidad emocional de militantes apristas traspasaba las fronteras chilenas, buscando nuevos espacios para la circulación de sus ideas articuladas a través de una diversidad de objetos impresos<sup>59</sup>. Sánchez, a través de Ercilla, fue una especie de intelectual imán<sup>60</sup> que desplegó una multiplicidad de lazos interpersonales que unieron la experiencia emocional de exilio en diferentes escalas espaciales, de «redes para captar la nube de la actualidad», teniendo a Chile como centro de sus operaciones.

A finales de la década de los treinta se produjo un éxodo de funcionarios y colaboradores de la editorial Ercilla. El régimen del Frente Popular contrató a muchos de sus redactores para que asumieran cargos en el exterior. El mismo Sánchez viajó a Norteamérica,

<sup>56</sup> Haya y Sánchez, 1982, t. I, p. 261.

<sup>57</sup> Haya y Sánchez, 1982, t. I, p. 175.

<sup>58</sup> Haya y Sánchez, 1982, t. I, p. 67.

<sup>59</sup> Bergel, 2016-2017.

<sup>60</sup> Pinedo, 2015, p. 86.

«la falta de grandes nombres y títulos reconocidos a nivel continental fueron un síntoma de lo que se venía»<sup>61</sup>.

En 1938 empezó el colapso de Ercilla. Habían almacenado papel impreso en demasía; los precios variaban, faltaba liquidez (como hoy en Lima la falta de dinero); los intereses del capital inmovilizado ahogaban a la empresa; las leyes sociales contribuían al estrangulamiento económico<sup>62</sup>.

Esto conllevó a que la gerencia de dicha editorial fuera asumida por el belga Mauricio Fabry, quien había trabajado en la minería boliviana. A pesar de que se redujeron las publicaciones a dos libros por semana (en contraposición a sus mejores momentos, cuando llegaron a imprimir un libro diferente cada día), la editorial aún brindaba significativas ganancias. Fabry le fue quitando el espíritu de camaradería, bohemia y cosmopolitismo ercillista, convirtiéndola en un «ente típicamente industrial»<sup>63</sup>. Finalmente, en 1942 terminó por cerrarla, siendo «un proyecto editorial único en Chile que no pudo sostener la publicación de literatura de masas con pensamiento político»<sup>64</sup>. Aunque su influencia fue significativa, aportando los exiliados apristas a través de sus escritos en el ámbito intelectual de la cultura y la discusión política ideológica en Chile, desmitificando la supuesta «superioridad chilena»<sup>65</sup>.

La experiencia emocional acumulada por el destierro no solo fue vivida en el país del sur; los intensos lazos, la amistad, la camaradería, el compañerismo, la fraternidad, la solidaridad y también las diferencias no fueron olvidada por Sánchez ni por la comunidad emocional de la cual formaba parte, por el contrario, se tornó más intensa y creativa cuando tuvo que retornar al Perú en 1945.

---

<sup>61</sup> Hernández, 2020, p. 226.

<sup>62</sup> Sánchez, 1975, p. 47.

<sup>63</sup> Sánchez, 1975, t. II, p. 44.

<sup>64</sup> Hernández, 2020, p. 204.

<sup>65</sup> Moulian, 1997.

## EL SENTIMIENTO IDENTITARIO DE UN POLÍTICO APRISTA EN CHILE

Para comprender el desarrollo del APRA hay que recorrer un camino de ida y vuelta entre Perú y Chile, donde el exilio cumplió un papel destacado pues permitió a los apristas expatriados modificar su accionar político, adecuándose a las coyunturas apuestas de dictadura-democracia que vivían ambos países. En Perú durante la Gran Clandestinidad (1932-1945), debido a la persecución llevada a cabo por los militares, la cúpula del partido debió ocultarse, como ocurrió con el líder fundador Haya de la Torre. Los que no tuvieron éxito fueron encerrados en prisión<sup>66</sup>, siendo muchos posteriormente exiliados, como Luis Alberto Sánchez, quien terminaría expatriado a Chile.

Sánchez fue uno de los más altos dirigentes apristas que no se desconectó de su país a pesar del destierro y que tuvo mayor influencia en Víctor Raúl Haya de la Torre, en especial a finales de los treinta, cuando se produjeron importantes virajes ideológicos en la doctrina aprista producto de su pragmatismo. Nelson Manrique observa que Sánchez, por su «prestigio continental del que este gozaba como intelectual acortaba las distancias y lo convertía en un interlocutor privilegiado»<sup>67</sup>.

En Chile cumplió una destacada labor propagandística y de difusión política-ideológica del APRA, tendiendo puentes con la izquierda austral. Por ello le pareció oportuno incluir en su memoria de exilio la relación que hubo entre el aprismo y el socialismo sureño, haciendo énfasis en la fundación de la Nueva Acción Pública (NAP):

El Partido Aprista fundado en el Perú, el 20 de septiembre de 1930, se reprodujo con naturales variantes en Chile bajo el nombre de Nueva Acción Pública (NAP). Eugenio Matte Hurtado, joven e inquieto líder izquierdista, ocupó en el Mapocho una posición análoga a la que Haya de la Torre empezaba a tomar en el Perú. Por desgracia la vida de Matte se cortó prematuramente. La NAP abrió paso al Partido Socialista de

<sup>66</sup> Aguirre, 2015.

<sup>67</sup> Manrique, 2009, p. 63.

Chile, el cual adoptó como su himno «La Marsellesa Aprista», es decir, la música de Rouget de L'Isle con la letra escrita por un obrero textil peruano Arturo Sabroso. Solo introdujeron una modificación: una sola palabra. La Marsellesa socialista decía «peruanos»: «Peruanos a abrazar / abrazar la nueva religión» hermandad promisor<sup>68</sup>.

Fabio Moraga<sup>69</sup> resalta que esta organización política es tradicionalmente conocida por el testimonio de LAS, siendo usada sus aseveraciones sobre la estrecha relación que hubo entre ambas sin cuestionarlas, idea que no es seguida totalmente por el autor. En la versión de Sánchez destaca el papel cumplido por Eugenio Matte Hurtado como uno de los fundadores, en 1933, de la NAP, equiparándolo con Haya; la NAP como organización base en la fundación del Partido Socialista<sup>70</sup> y el himno de «La Marsellesa» aprista, usada por el Partido Socialista modificando una sola palabra: «peruanos». Sobre el primer punto, la equiparación de Matte con Haya es excesiva por la longeva trayectoria del líder aprista, aunque la influencia del APRA en la NAP no significó dependencia. En torno al segundo aspecto, fueron un conjunto de pequeños grupos socialistas los que se unieron para fundar el Partido Socialista, no solo la NAP. Con respecto al tercer punto, las letras de ambas Marsellesas tuvieron significativas diferencias. En realidad, lo que buscaba Sánchez fue crear un mito de origen fundacional a la estrecha relación que hubo entre ambos partidos y países.

Los socialistas fueron quienes primero lo visitaron tras su arribo a Chile en 1934, estableciendo fuertes vínculos con el correr de los años, llegando a la conclusión que «mis mejores amigos fueron, sin duda políticamente los socialistas<sup>71</sup>». Chile se convirtió en uno de los espacios de mayor resonancia del aprismo, la influencia en el Partido Socialista se expresó en símbolos como el himno aprista de «La Marsellesa» y en las ideas latinoamericanistas, antiimperialistas,

<sup>68</sup> Sánchez: 1975, pp. 31-32.

<sup>69</sup> Moraga, 2009, pp. 120-121.

<sup>70</sup> Sobre esta idea Sánchez incide nuevamente en la página 62, cuando escribe que «El Partido Socialista se formó, repito, a raíz de la muerte de Eugenio Matte Hurtado, que fundó la NAP».

<sup>71</sup> Sánchez, 1975, p. 168.

indoamericanistas<sup>72</sup>. Con los socialistas chilenos recuerda que celebraban fiestas bipartidarias y actuaban en ceremonias comunes: «Nuestras inquietudes políticas tuvieron por fuerza que identificarse con las que ocurrían en Chile. Estábamos fundamentalmente ligados a los socialistas»<sup>73</sup>.

Para articular a los apristas perseguidos del Perú con los exiliados en Chile se organizó un Comité de Desterrados que regía en «voluntaria disciplina», el cual se hallaba unido al Comité Aprista Peruano de Santiago (CAPS), siendo Sánchez uno de sus secretarios generales. Juan Manuel Reveco<sup>74</sup> señala que las funciones del CAPS eran operar como la instancia de reunión y ordenación de los expatriados apristas, funcionar como el eje central del conjunto de comités del exterior, actuar como órgano de conexión con el Perú, desarrollar una intensa labor comunicativa y divulgadora de la realidad política del Perú, y contribuir a propagar la ideología aprista y a ensalzar la figura de Haya.

A pesar de ello, Sánchez se desvió prematuramente de alguno de los principios doctrinarios apristas, no teniendo reparo alguno en reunirse con personajes de derecha y la extrema derecha nazi. En el caso del primero, ni bien llegó a Chile en 1934 el influyente y acaudalado hombre de negocios Agustín Edwards, propietario de *El Mercurio*, le consiguió una reunión con el presidente derechista Arturo Alessandri, quien le dijo al recibirlo: «yo he sido también desterrado y sé por experiencia ¡qué fregada es esa vida! [...] mire, pu, Sánchez, a ustedes lo van a jorobar mientras estén desterrados, y ustedes van a tratar de desquitarse; el destierro crea problemas. Pero yo quiero ayudarlos para que la pasen bien en Chile»<sup>75</sup>. Con respecto el segundo, en 1935 fue invitado a visitar la sede del partido «naci» para reunirse con Jorge González Von Marées, apodado *el Jefe*. Del encuentro recuerda dos cosas: que conversaron «largamente de todo lo que suele hablar un político proscrito y otro que trata de

<sup>72</sup> Reveco, 1992, p. 61.

<sup>73</sup> Sánchez, 1987, t. II, p. 185.

<sup>74</sup> Reveco, 1992, p. 68.

<sup>75</sup> Sánchez, 1987, t. II, p. 116.

llegar al poder: temas críticos»<sup>76</sup> y que «No me gustó el ambiente y naturalmente no regresé»<sup>77</sup>. Mientras que al presidente Alessandri le solicitó tres favores que fueron cumplidos rápidamente, dándole «prueba de su lealtad», a González Von Marées la muerte del poeta y escritor socialista Héctor Barreto<sup>78</sup> —quien asistía a las reuniones del APRA— terminó alejándolos.

Más allá de las diferencias que hubo entre Haya y Sánchez por cuestiones de carácter, el líder fundador le guardó una más alta estima por encima de otro cuadro aprista<sup>79</sup>. Mencionamos esto ya que en su memoria reconstruye los hechos acaecidos en mayo de 1935, cuando a Ismael Edwards Matte, viendo la angustia de Sánchez, «se le ocurrió inventar que Haya había viajado a Santiago», para disminuir la persecución que sufría en Perú el líder aprista al involucrarse en el asesinato del director del periódico *El Comercio*, Antonio Miró Quesada, y su esposa María Laos Argüelles.

Mediante un truco fotográfico se obtuvo una escena en la que apareció conversando con Ismael [Edwards Matte] y conmigo en el Parque Forestal. Laureano Rodrigo «prestó» su cuerpo (impreso) para sostener la cabeza de Haya (también impresa). Mucha gente se tragó el canard [pato]. Era lo que buscábamos<sup>80</sup>.

La «entrevista» de Haya fue publicada en el magazine *Hoy*. Sánchez debió contestar todo el día las múltiples llamadas de los amigos que buscaban reunirse con el líder aprista. La respuesta siempre fue la misma: «no puedo decir nada, parece que es cierto, en todo caso Haya no está en la ciudad, en todo caso llame después»<sup>81</sup>. Seoane desde la Argentina consideró que fue una acción «infantil», la cual no sería tomada con seriedad. La respuesta de LAS fue contundente: «que si eso ocurría no se habría perdido de nada, pero que en cambio

<sup>76</sup> Sánchez, 1975, p. 87.

<sup>77</sup> Sánchez, 1987, p. 186.

<sup>78</sup> Según Fabio Moraga (2009), el asesinato de Héctor Barreto lo convirtió en héroe del recientemente constituido Partido Socialista.

<sup>79</sup> Manrique, 2009, p. 72.

<sup>80</sup> Sánchez, 1975, p. 71.

<sup>81</sup> Sánchez, 1987, t. II, p. 123.

sí tan solo unas horas el infundio adquiriría visos de verosimilitud, habríamos ganado tiempo a favor de nuestro líder»<sup>82</sup>. Haya era visto como un «mentor doctrinario» que sufría en Perú como los apristas expatriados en Chile. El sentimiento de dolor se incrementó cuando comenzaron a llegar más apristas a partir de 1936, debido a que el triunfo electoral de Eguiguren fue desconocido con el argumento de que se vio beneficiado con los votos apristas. Recordemos que el APRA era en esos momentos un partido al margen de la legalidad, pues la Constitución vigente prohibía las organizaciones políticas de carácter internacional.

Enfocado en el trabajo en *Ercilla* pudo, en algunos momentos, olvidar el drama del Perú, aunque se lo hacía recordar constantemente Haya «en cada carta, impregnada de angustia, de protesta, de pasión»<sup>83</sup>. Sebastián Hernández señala que durante los años de la Gran Clandestinidad se publicaron en la editorial *Ercilla* aproximadamente «400 notas en la prensa chilena, entre artículos, noticias y crónicas relacionadas con la situación política peruana y el APRA»<sup>84</sup>. Bergel (2016-2017) denomina a este conjunto de publicaciones el libro político aprista, el cual incluía además folletos, volantes, panfletos, libros, materiales de propaganda que Haya le demandaba a Sánchez que debían ser impresos por *Ercilla* y difundidos a través de la red transnacional, principalmente en el Perú. Los intercambios epistolares entre Sánchez y Haya fueron de los más intensos, a través de la escritura intentaron reconstruir particulares emociones políticas. La correspondencia, por su carácter íntimo, no fue pensada y escrita para ser publicada, por eso, a diferencia de las memorias (que tuvieron una actitud consciente por parte del testificante —en el caso de Sánchez, con posterioridad a los hechos—), la carta se mantiene en la esfera de lo privado, expresando múltiples interacciones verbales que no pueden repetirse. Las cartas entre Haya y Sánchez fluctuaron entre la calma y la tensión. Uno de los principales puntos de fricción política fue el trabajo propagandístico de difusión ideológica. En carta del 26 de marzo de 1936, Haya le exigía a Sánchez mayor compromiso de *Ercilla* con la causa aprista:

<sup>82</sup> Sánchez, 1987, t. II, p. 123.

<sup>83</sup> Sánchez, 1987, t. II, p. 129.

<sup>84</sup> Hernández, 2020, p. 170.



La propaganda del esfuerzo intelectual aprista es mala, malísima, perversa, primitiva (ya no hallo adjetivos, porque cada vez que pienso en esto me dan ganas de dar puñetazos y más). MUY MALA, sí señor, sin sentido psicológico ni táctica provinciana. El 50% del público de clase media ignora que tú hayas escrito algún libro durante este año o que yo haya publicado algo. O que Muñiz o que Ciro, o que Cox. Bastarían 20 mil hojitas bien hechas para echar de casa en casa. Nosotros verificamos esto, la propaganda de Ercilla (que podría ayudarnos mucho) es CERO, o menos que cero (—0) o raíz cúbica de cero<sup>85</sup>.

Haya se caracterizaba por su intolerancia, no aceptaba las opiniones de los desterrados a los que llamaba despectivamente *Capuaexilia*, acusándolos de llevar en el extranjero vidas lujosas, indisciplinadas y fáciles<sup>86</sup>. Sánchez era uno de los pocos que por la amistad que tenían podía dirigirse sin temor: «No creo que la amistad y el compañerismo consistan en decir siempre sí; ni tampoco en sarcasmos fatuos, silencios cómplices ni negativas cerradas»<sup>87</sup>. El intercambio epistolar fue el vínculo que conectaba la clandestinidad de Haya en Perú con el exilio de Sánchez en Chile. Una de las más intensas descripciones, que expresa con claridad la nostalgia por el retorno a la patria sufriente y la lealtad al líder fundador, la realiza LAS comenzando el capítulo XXVII —«Bodas de sangre»— del tomo II de *Testimonios personales*:

En medio de aquellos vertiginosos acontecimientos, no se atenuaba en ningún instante la dolorosa imagen del Perú. La llevábamos tatuada sobre el corazón. Los proscritos vivíamos como atalayas en permanente oteo, tomando el pulso a las noticias de la patria, más cerca de ella que nunca. Era una pasión, una hiperestesia a ratos delirante. Habíamos constituido un comité de desterrados apristas que nos regía en voluntaria disciplina. Tratábamos de mantenernos listos para acudir al reclamo del partido. La voz de este, a través de las cartas de Haya de la Torre, cada día más espaciadas, nos instaba a mantenernos juntos; nos estimulaba con el ejemplo

<sup>85</sup> Haya y Sánchez, 1982, tomo I, p. 221.

<sup>86</sup> García-Bryce, 2018.

<sup>87</sup> Haya y Sánchez, 1982, tomo I, p. 408.

de los perseguidos y encarcelados; nos ponía contra la pared de nuestra comodidad, más o menos relativa, presentándola casi como una defraudación<sup>88</sup>.

La melancolía por el retorno parecía llegar a su fin cuando se optó nuevamente por la vía insurreccional ante el rechazo de la candidatura de Haya para las elecciones presidenciales de 1936. El APRA actuaba en dos frentes en simultáneo: por un lado, su líder fundador defendía la línea democrática electoral, por el otro, más cautelosamente se organizaba la línea insurreccional armada<sup>89</sup>. Sánchez destaca que entre 1936 y 1940 se intentó poner fin a la dictadura militar en el Perú: «fraguamos complots y penosamente reunimos dinero para financiar viajes clandestinos, adquirir armas, organizar expediciones revolucionarias»<sup>90</sup>. El plan insurreccional sureño se preparó con entrenamientos de tiro al blanco y desembolsos de dinero, la «fe y la esperanza» eran más fuertes que cualquier cálculo político, el «APRA era la estrella que nos guiaba». El sentimiento heroico de ser un aprista revolucionario era más fuerte que uno mismo y la propia familia, la emoción del partido «absorbía nuestro interés y nuestra actividad». Más allá del fracaso de los levantamientos, Sánchez exaltaba la fraternal unidad aprista, la disciplina, la lealtad, el activismo, etcétera, en un país como Chile, que se había convertido en un verdadero «asilo contra la opresión».

Un hecho que marcó a la expatriada comunidad emocional aprista fue la guerra civil española, «su drama nos conmovió más de lo que conmovió al mundo entero, y puso sobre el tapete las más violentas de las contradicciones de la problemática política y social contemporánea»<sup>91</sup>. El conflicto ibérico fue visto como una reproducción a gran escala de la tragedia peruana, tomando posición en favor del bando republicano en su lucha contra el fascismo de los nacionalistas. LAS recordó con heroísmo y orgullo al teniente

<sup>88</sup> Sánchez, 1987, t. II, p. 173.

<sup>89</sup> Según Manrique (2009, p. 101) de 1931 a 1948 se organizaron una veintena de levantamientos aproximadamente, los cuales terminaron siendo derrotados.

<sup>90</sup> Sánchez, 1987, t. II, p. 181.

<sup>91</sup> Sánchez, 1987, t. II, p. 153.

republicano Bernardo García Oquendo<sup>92</sup>, «aprista, desterrado, a quien el gobierno de España, en premio de su sacrificio, le otorgó el galón de capitán casi al borde de la frontera al conducir su grupo a Francia»<sup>93</sup>. Los expatriados apristas y una cantidad significativa de intelectuales impulsaron la creación de la Alianza de Intelectuales en Defensa de la Cultura y en Rechazo del Fascismo, que contó con el patrocinio de la Embajada de España y de las instituciones democráticas chilenas<sup>94</sup>.

Contradictoriamente, mientras el Frente Popular era derrotado en España, el chileno iba en ascenso para alcanzar el triunfo en las elecciones presidenciales. Si bien Haya era opuesto al Frente Popular por la infiltración comunista aupada en una alianza de partidos de izquierda para tomar el poder, la CAPS, por el contrario, si bien mantuvo sus diferencias con el Partido Comunista chileno, apoyó la candidatura de Cerda por una «razón de supervivencia». El día de las elecciones, recuerda LAS, «los apristas prestamos servicios de información y enlace entre los comités y las mesas receptoras de votos, lo hicimos del Frente Popular<sup>95</sup>». El triunfo bastante estrecho del Frente Popular fue celebrado y «la muchedumbre invadió el Palacio de Gobierno como casa propia».

El accionar político de Sánchez y de la transnacional comunidad emocional aprista, de la cual formaba parte, desarrolló las más diversas estrategias proselitistas al mezclar la difusión de las publicaciones ideológicas, la organización de insurrecciones armadas y la lucha democrática electoral. En todas, el lenguaje del recuerdo destaca idealistamente la unidad y el heroísmo de los militantes apristas y rescata la voz de los otros a través de Sánchez. Recursos de alteridad donde la autoridad del testimonio de Sánchez proviene de haber experimentado los hechos que relata. Como sostiene Beverley, «[l]o que da forma y sentido a esos acontecimientos —es decir, lo que los hace historia— es la relación

<sup>92</sup> Según Fernando Pinzáz (2017, p. 51), Bernardo García Oquendo fue el aprista que más trascendencia tuvo en la guerra civil española.

<sup>93</sup> Sánchez, 1987, t. II, p. 172.

<sup>94</sup> Sánchez, 1975, p. 111.

<sup>95</sup> Sánchez, 1975, p. 127.

entre la secuencia temporal de los acontecimientos y la secuencia de la vida del narrador o narradores, plasmada en la estructura verbal del texto testimonial»<sup>96</sup>.

## EPÍLOGO

Después de 11 años de exilio en Chile, Sánchez retornó al Perú, pronto a cumplir los 45 años. «El balance no era desalentador, pero, en verdad, arrojaba un saldo de muchas más penas que alegrías»<sup>97</sup>. Luego tuvo que volver al exilio ante un nuevo gobierno militar, el de Manuel A. Odría (1948-1956). En 1956, con el fin de la dictadura odríista, Luis Alberto Sánchez retornó definitivamente al Perú, dejando en Chile una parte de su familia, «muchos recuerdos, no pocas expectativas; tuve muchas experiencias, dejé también algunas penas»<sup>98</sup>. A pesar de ello, la necesidad de sosiego hacía que cada año, hasta 1972, retornara a Santiago para visitar a la familia y los amigos. Tenía la costumbre de recorrer las casas de sus colegas intelectuales y políticos. En Lima, cuando se reencontró con Neruda a mediados de 1970, le solicitó que escribiera las memorias de su experiencia chilena, la cual con esmero intentó cumplir «dejando mucho que contar, sin hacerlo, contando mucho que debí callar, mezclando emociones y experiencias, la memoria y el sentimiento y quizás alguna vez, por qué no, el resentimiento y algún remordimiento. Que todos salimos del polvo y al polvo hemos de regresar»<sup>99</sup>. Sus testimonios expresan la biografía del siglo xx desde una mirada cosmopolita, pero también binacional, uniendo los distintos caminos que les tocó recorrer a Perú y Chile.

---

<sup>96</sup> Beverley, 2002, p. 10.

<sup>97</sup> Sánchez, 1987, t. II, p. 356.

<sup>98</sup> Sánchez, 1975, p. 164.

<sup>99</sup> Sánchez, 1975, pp. 164-165.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, CARLOS. «Hombres y rejas. El APRA en prisión, 1932-1945», en *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 43 (1), pp. 7-30, 2014.
- AGUIRRE, CARLOS. «La cárcel y la ciudad letrada: hacia una historia cultural de la prisión en el Perú del siglo XX», en D. Palma, ed., *Delincuentes, policías y justicias. América Latina, siglos XIX y XX*. Santiago: Universidad Alberto Hurtado, pp. 144-192, 2015.
- BERGEL, MARTÍN. «La desmesura revolucionaria. Prácticas intelectuales y cultura del heroísmo en los orígenes del aprismo peruano (1923-1931)», en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, 2007. Recuperado de: <https://journals.openedition.org/nuevomundo/5448>
- BERGEL, MARTÍN. «Un partido hecho de cartas. Exilio, redes diaspóricas y el rol de la correspondencia en la formación del aprismo peruano (1921-1930)», en *Políticas de la Memoria*, 15, pp. 71-85, 2014-2015.
- BERGEL, MARTÍN. «Para una historia de la no-lectura en América Latina. Los usos de los objetos impresos en el proceso de popularización del aprismo peruano (1930-1945)», en *Políticas de la memoria*, 17, pp. 184-203, 2016-2017.
- BELLI, SIMONE. «La construcción de una emoción y su relación con el lenguaje: Revisión y discusión de un área importante de las ciencias sociales», en *Theoria*, 18 (2), pp. 15-42, 2009.
- BEVERLEY, JOHN Y ACHUGAR, HUGO, comps., *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Guatemala: Universidad Rafael Landívar, 2002.
- CAVIERES, EDUARDO Y ALJOVÍN, CRISTÓBAL, eds., *Perú-Chile / Chile-Perú 1820-1920. Desarrollos políticos, económicos y sociales*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Convenio Andrés Bello / Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, 2006.
- CAVIERES, EDUARDO Y CHAUPIS TORRES, JOSÉ, eds., *La guerra del Pacífico en perspectiva histórica. Reflexiones y proyecciones en pasado y en presente*. Tarapacá: Universidad de Tarapacá, 2015.
- CID, GABRIEL. «La nación bajo examen. La historiografía sobre el nacionalismo y la identidad nacional en el siglo XIX chileno», en *Polis*, 11(32), pp. 329-350, 2012.
- FÁVARO, MATEUS. «El asesinato de Héctor Barreto y la cultura política de la izquierda chilena en la década de 1930», en *Revista Universum*, 24(2), pp. 114-138, 2009.
- FÁVARO, MATEUS. «O Chile dos apristas: exilio, mercado editorial e atuação política, (1930-1945)», en Segundas Jornadas de Trabajo. Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX, Montevideo, 5, 6 y 7 de noviembre, s/p, 2014.

- FÁVARO, MATEUS, «Algunas reflexiones sobre el exilio en los periódicos *Ercilla* y *Marcha*, entre las décadas de 1930 y 1970», en Terceras Jornadas de Trabajo. Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo xx. Agendas, Problemas y Perspectivas Conceptuales, Santiago, 9, 10 y 11 de noviembre, pp. 1-10, 2016.
- GARCÍA-BRYCE, IÑIGO. *Haya de la Torre and the pursuit of power in twentieth-century Peru and Latin America*. USA: The University of North Carolina Press, 2018.
- GONZÁLES, OSMAR, *Pensar América Latina: hacia una sociología de los intelectuales latinoamericanos, siglo xx*. Lima: Ediciones Mundo Nuevo, 2002.
- GONZÁLES, OSMAR, *Prensa escrita e intelectuales periodistas*. Lima: Universidad San Martín de Porres, 2010.
- GONZÁLEZ, SERGIO Y OVANDO, CRISTIAN, «Hacia un nuevo pensamiento integracionista latinoamericano: aproximación a una lectura de segundo orden», en *Polis*, 7 (21), pp. 265-285, 2008.
- HAYA DE LA TORRE, VÍCTOR RAÚL Y SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, *Correspondencia. Tomo I (1924-1952)*, Lima: Mosca Azul Editores, 1982.
- HERNÁNDEZ, NOMBRE, «Apristas en Chile: circuitos intelectuales y redes políticas durante los años 1930», en *Revista de Historia y Geografía*, 31, pp. 77-94, 2014.
- HERNÁNDEZ, SEBASTIÁN, *Propaganda, debates y edición. Redes intelectuales y circuitos políticos de los exiliados apristas en Chile (1922-1945)*. Tesis para optar al grado de doctor en Historia, México, Colegio de México, 2020.
- IGLESIAS, DANIEL, «Articulaciones relacionales y redes transnacionales: acercamiento crítico para una nueva historiografía del aprismo continental», en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 2007. Recuperado de: <https://journals.openedition.org/nuevomundo/8602>
- JELIN, ELIZABETH, *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI, 2001.
- MANRIQUE, NELSON, «Usted fue Aprista». *Bases para una historia crítica del APRA*. Lima: Pontificia Universidad Católica / CLACSO, 2009.
- MÉNDEZ, SERGIO, *Redes intelectuales y políticas del exilio aprista en Chile de 1930 a 1939: del Comité Aprista de Santiago al Comando Revolucionario del Sur*. Tesis para optar al grado de licenciado en Estudios Latinoamericanos, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- MOLINARI, TIRSO, *El fascismo en el Perú. La Unión Revolucionaria. 1931-1936*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2006.
- MORAGA, FABIO, «¿Un partido indoamericanista en Chile? La Nueva Acción Pública y el Partido Aprista Peruano (1931-1933)», en *Histórica*, 33(2), 2009, pp. 109-156, 2009.

- MORAGA, FABIO, «Una convivencia reanudada: exilios e intercambios culturales y políticos entre Chile y Perú (1920-1940)», en D. Parodi y S. González, eds., *Las historias que nos unen. Episodios positivos en las relaciones peruano-chilenas siglos XIX y XX*. Santiago: Universidad Arturo Prat / RIL Editores, pp. 53-78, 2014.
- MOULIAN, TOMÁS, *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago: LOM ediciones / Arcis, 1997.
- NITSCHACK, HORST, «El sujeto del exilio», en C. Sanhueza y J. Pinedo, eds., *La patria interrumpida. Latinoamericanos en el exilio. Siglo XVIII-XX*. Santiago: LOM ediciones, pp. 231-240, 2010.
- PARODI, DANIEL Y GONZÁLEZ, SERGIO, eds., *Las historias que nos unen. Episodios positivos en las relaciones peruano-chilenas siglos XIX y XX*. Santiago: Universidad Arturo Prat / RIL Editores, 2014.
- PINEDO, JAVIER, «'El asilo contra la opresión'. Pensadores iberoamericanos en Chile 1930-1940: exilios, conceptos y visiones del país», en *Taller de Letras*, 56, pp. 67-87, 2015.
- PINZÁS, FERNANDO, *La participación de combatientes peruanos en el bando republicano durante la guerra civil española (1936-1939)*. Tesis para optar al grado de maestría en Historia, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2017.
- RAMA, ÁNGEL, «La riesgosa navegación del escritor exiliado», en *Nueva Sociedad*, 35, pp. 95-10, 1978.
- REVECO, JUAN MANUEL, «La influencia del APRA en el Partido Socialista de Chile». ciudad de publicación: editorial, 1992.
- REVECO, JUAN MANUEL, VALLENAS, HUGO, PEREDA, ROLANDO Y ROMERO, NOMBRE, eds., *Vida y obra de Víctor Raúl Haya de la Torre*. Lima: Cambio y Desarrollo, pp. 15-124, año.
- RONIGER, LUIS Y YANKELEVICH, PABLO, «Exilio y política en América Latina: nuevos estudios y avances teóricos». *E.I.A.L.*, 20 (1), pp. 7-17, 2009.
- RONIGER, LUIS, «Destierro y exilio en América Latina: un campo de estudio transnacional e histórico en expansión», en *Pacarina del Sur. Revista de pensamiento crítico latinoamericano*, 2011. Recuperado de: <http://pacarinadelsur.com/home/abordajes-y-contiendas/318-destierro-y-exilio-en-america-latina-un-campo-de-estudio-transnacional-e-historico-en-expansion>
- ROSENWEIN, BARBARA, *Emotional Communities in the early middle ages*. Ithaca: Cornell University Press, 2006.
- ROSENWEIN, BARBARA, «Problems and methods in the history of emotions», en *Passions in Context*, 1 (1), pp. 1-32, 2010. Recuperado de: [https://www.passionsincontext.de/uploads/media/01\\_Rosenwein.pdf](https://www.passionsincontext.de/uploads/media/01_Rosenwein.pdf)

- SANHUEZA, CARLOS, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX*. Santiago: Diego Barros Arana / LOM ediciones, 2006.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, «Cómo vivía un escritor desterrado», en *Journal of Inter-American Studies*, 5(1), pp. 1-17, 1963.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, *Visto y vivido en Chile. Bitácora chilena (1930-1970)*. Lima: Editoriales Unidas, 1975.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, *Testimonio personal. Memorias de un peruano del siglo XX. Tomo II, El Purgatorio, 1931-1945*. Lima: Mosca Azul Editores, 1987.
- SANTA CRUZ, EDUARDO, «Modernización y cultura de masas en el Chile de principios del siglo XX: el origen del género magazine», en *Revista de Comunicación y Medios*, 13, pp. 169-184, 2002.
- SANTA CRUZ, EDUARDO, *Prensa y sociedad en Chile, siglo XX*. Santiago: Editorial Universitaria, 2014.
- SEOANE, MANUEL, *Nuestros fines*. Lima: sin editorial, 1934.
- SESSA, LEANDRO, «Los exiliados como «traductores». Las redes del exilio aprista en la Argentina en la década de los treinta», en *Trabajos y Comunicaciones*, 40, pp. 2-16, 2014. Recuperado de: <http://www.trabajosycomunicaciones.fahce.unlp.edu.ar/article/view/TyC2014n40a07>
- SUBERCASEAUX, BERNARDO, «Editoriales y círculos intelectuales en Chile», en *Revista Chilena de Literatura*, 72, pp. 221-223, 2008.
- ZARAGOZA, JUAN MANUEL, «Historia de las emociones: una corriente historiográfica en expansión», en *Revista de Historia de la Medicina y de las Ciencias*, 65(1), pp. 2-11, 2013.



3.0  
CIUDADANOS,  
SOLDADOS Y RELIGIOSAS



### 3.1 PERSONAJES Y EPISODIOS DE LA HISTORIA DE LA PROVINCIA DE TARAPACÁ DEL SIGLO XIX: UN VÍNCULO INELUDIBLE ENTRE PERÚ Y CHILE

*Luis Castro Castro*

#### INTRODUCCIÓN

La historia de la provincia de Tarapacá del siglo XIX es, aún, poco conocida. Ha primado en el interés por su pasado tanto la segunda mitad del siglo XVIII, a raíz de la importancia que llegaron a tener las faenas extractivas en los yacimientos de plata de Huantajaya, Santa Rosa y El Carmen, como a partir de la década de 1870, por la guerra del Pacífico y el *boom* de la industria salitrera, quedando el lapso transcurrido entre los decenios de 1800 a 1860 en una gran nebulosa. Es importante consignar, además, que aún para los años setenta poco se sabe de otros aspectos que tuvieron un desarrollo en paralelo a los dos grandes procesos-episódicos señalados. También ha sido una causa de este desconocimiento, el peso de las historias nacionales estadocéntricas de Perú y Chile, que ha llevado a obviar esta temporalidad de la historia de la provincia de Tarapacá, tanto por el trauma de haberla perdido como por la necesidad de chilenizarla. De esta manera, los diversos aspectos políticos, sociales y económicos desatados en el siglo XIX siguen sumergidos en las polvorientas fojas de los archivos diseminados en, al menos, cinco países y dos continentes.

Lo poco que sabemos sobre lo acontecido entre las décadas de 1800 y 1870 se lo debemos a los valiosos aportes de Óscar Bermúdez, Lautaro Núñez, Sergio González, Mario Zolezzi, Carlos

Donoso, Carolina Figueroa, Alberto Díaz y Paulo Lanas, quienes han indagado en aspectos tales como los primeros momentos de la industria salitrera, el origen de la fiesta de La Tirana, la transformación del desierto en la pampa y la cristalización de la identidad pampina, la minería del guano y sus puertos antes de la guerra, el azaroso desarrollo de Iquique como una ciudad portuaria, las comunidades indígenas y la problemática de la ciudadanía republicana, la carga tributaria y su impacto en las comunidades de indios, y la invasión de San Lorenzo de Tarapacá como secuela de la revuelta del Cuzco provocada por los afanes independentistas<sup>1</sup>. Injusto de mi parte sería no mencionar cuatro tesis de pregrado que, al osar adentrarse en la espesa camanchaca de la historia decimonónica de Tarapacá, también son una importante contribución. Dos de ellas —cuyos autores son Mauro Álvarez y Guillermo Saavedra— del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, que analizan algunas ideas políticas plasmadas en la prensa tarapaqueña durante las décadas de 1860 y 1870; la tercera —de Pablo Guerrero— del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, que aborda la revuelta de peones mineros de Huantajaya de 1822; la cuarta —de Patricio Marambio—, del Departamento de Historia y Geografía de la Universidad de Playa Ancha, que se adentra, mediante la revisión de un conflicto por aguas entre dos autoridades republicanas transcurrido entre 1815 y 1825, en los imbrincados cambios político-administrativos que generó la transición desde el orden colonial al republicano<sup>2</sup>.

En dichos términos, el objetivo central de este trabajo es aportar al conocimiento de la historia del siglo XIX de la provincia de Tarapacá, en el entendido que esta época es una herencia tanto para la historia del Perú como para la de Chile. Puntualmente, se hace un recorrido por distintos personajes y episodios, hasta ahora parcial o absolutamente desconocidos, que marcaron las esperanzas y los sinsabores de sus habitantes en un siglo cruzado tanto por las

<sup>1</sup> Bermúdez, 1963; Núñez, 2015; González, 2004; Zolezzi, 1993; Donoso, 2003 y 2007; Figueroa, 2008 y 2011; Díaz y Morong, 2005, pp. 59-77; Lanas, 2016 y 2017.

<sup>2</sup> Álvarez, 2018; Saavedra, 2018; Guerrero, 2010; Marambio, 2016.

complejas transiciones políticas y económicas como por la imbricada formación de la nación peruana, más aún tomando en cuenta su condición de región periférica.

## LOS ALBORES DEL SIGLO XIX: EL INICIO DEL FIN DE HUANTAJAYA Y LA INDEPENDENCIA

Al despuntar el siglo XIX, nada hacía presagiar entre los tarapaqueños que, a poco andar, se desataría una crisis política y militar de tal envergadura que los llevaría, al igual que a muchos otros, por un derrotero inesperado. En ellos cabía una sola preocupación: las minas de plata ya no estaban entregando la riqueza de antaño. Si bien la minería argentífera siguió siendo el rubro más importante de su economía, un conjunto de factores, tales como el agotamiento de las vetas de alta ley, la escasez de capital al cual recurrir y la ausencia de mejoras tecnológicas, provocaron que los yacimientos de Huantajaya, Santa Rosa y El Carmen entraran en un decaimiento sostenido del que nunca lograron recuperarse<sup>3</sup>, todavía más con el inicio de las guerras de la independencia.

En 1808 el diputado territorial de minería, Antonio Viguera, dio cuenta de esta crisis al informar que los yacimientos argentíferos habían alcanzado a generar exiguos 22.355 marcos<sup>4</sup>. Finalmente, la producción de 5.000 marcos en 1823 fue el corolario de la crisis no solo de la minería tarapaqueña de la plata, sino igualmente de la peruana que, en su conjunto, alcanzó apenas un 6% de lo que había logrado en 1804<sup>5</sup>. Esta situación —una minería en sostenida crisis— llevó en junio de 1801 al cura de Pica, Manuel José Morales, a comentar con desazón, tanto al vicario de San Lorenzo como al obispo de Arequipa, que no tenía ninguna opción de reparar la iglesia dañada por el terremoto ocurrido un mes antes, debido que «no se presenta ningún Sugeto [*sic*]» a colaborar, menos para

<sup>3</sup> Condori, 2010; Donoso, 2008; Gavira, 2005; Humboldt, 1822, pp. 260-266.

<sup>4</sup> Archivo General de la Nación del Perú (en adelante AGNP), Real Tribunal de Minería, leg. 24, doc. 460, Oficio del diputado territorial Antonio Viguera al real tribunal de Minería de Lima sobre la visita y azoguería del mineral de Huantajaya, Tarapacá 9/2/1809, fj.1v.

<sup>5</sup> Deustua, 2011, p. 166; Brown y Graig, 1994, p. 317.

donar dinero con el propósito de financiar las refacciones «por la pobreza en que está todo el Partido, con la decadencia de las minas de Guantajaya»<sup>6</sup>. En junio de 1813, el cura de San Lorenzo, José Mariano Salazar, fue más explícito en la descripción de la gravedad de la situación:

En la época presente esta [*sic*] el Mineral en la suma pobreza, que no hay una mina en producción, la Limosna de días se ha acabado, las misas y fiestas del Santísimo no se pagan desde que se fue el caballero Fuente aunque se dicen, por mi oferta de pagarme si las minas diesen en algún tiempo. El obencional es muy poco y ese al fiado, que no pagan jamás, porque no les da las minas para comer, y todo me lo deben y tan lejos de cobrarles, me dan compasión, que parece que el dinero se ha extinguido, por que no corre, y aun los comuneros y pagos de los Jornaleros se entienden con efectos. Que por estas razones se aumentado más de dos tercios de gentes; y que los Barcos no giran por la nobedades de Chile. A esto se agrega ser un mineral que toda providencia les ha de entrar de afuera, aprecio crudos, y aun el agua, que es tan presisa para la vida, la conducen de 8 leguas asta 18 en pellejos de carneros del país de dozen Llamas, baliendo cada uno según la estación desde seis a doze reales; de modo que se halla oy en tan miserable estado este Mineral que da compasión ber las gentes a manadas por los desmontes, o terrenos de las minas, rebolbiendolos de abajo para arriba para encontrar con que comprar pan, y despues con que comer; y se ben por las calles pidiendo limosna personas que jamás la habían pedido [*sic*]<sup>7</sup>.

El declive de la minería de la plata no fue el único problema que experimentaron los tarapaqueños al inicio del siglo XIX, sino también la emergencia de una intensa inestabilidad política y social que se instaló a partir del decenio de 1810 y que perduró por más de dos décadas, condicionando su diario vivir. En efecto, la crisis

<sup>6</sup> Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, Archivo de Límites (en adelante mrep.al), TAC-15, leg. 419, Carta del cura de Pica al obispo de Arequipa, Pica, 12.6.1801, fj.11v.

<sup>7</sup> Archivo del Arzobispado de Arequipa (en adelante AAA), leg.2, Vicaría de Tarapacá (en adelante VT), Cuenta del cura José Mariano Salazar al obispo de Arequipa Lios Gonzaga de la Encina, Huantajaya 2.6.1813, s/f.

política que se instaló en las colonias americanas tras la invasión de las tropas napoleónicas a España y la salida forzada de Fernando VII, generó un escenario propicio para la activación de diversos y disímiles estallidos revolucionarios y alzamientos indígenas, algunos de los cuales adquirieron, al poco tiempo, declarados afanes independentistas. El extremo sur del virreinato del Perú, Arica y Tarapacá no estuvo ausente de esta dinámica, sobre todo ligada a los efectos que comenzaron a generar las incursiones de los ejércitos rioplatenses de Juan José Castelli, Manuel Belgrano y José Rondeau en el Alto Perú<sup>8</sup>. En este contexto, Tarapacá tuvo su primera experiencia, en 1815, como correlato de un conjunto de acontecimientos de armas que provocaron que el área geográfica que lo circundaba estuviera en un persistente estado de guerra<sup>9</sup>, entre ellos las sublevaciones de La Paz y Oruro de 1810; el levantamiento general de indígenas ocurrido entre 1811 y 1812, que involucró fuertemente al altiplano boliviano; los alzamientos de Tacna del 20 de junio de 1811 y del 3 de octubre de 1813, y la importante asonada del Cuzco de 1814, que se expandió a todo el sur del virreinato peruano<sup>10</sup>.

Fue precisamente esta atmósfera insurreccional que hizo fértil la decisión del general rioplatense José Rondeau de enviar, desde el pueblo de Llica al partido de Tarapacá, al teniente coronel Julián Peñaranda y al indígena José Choquehuanca, con el objeto de que aglutinaran a los patriotas y comenzaran un alzamiento en un zona que, de controlarla, posibilitaba el acceso directo a las costas del Pacífico<sup>11</sup>. Así, el 22 de octubre de 1815 Peñaranda se tomó el pueblo de San Lorenzo, en complicidad con los tenientes coroneles José Francisco Reyes y Francisco Olazábal y los oficiales Pedro Mena y Nicolás Palomino que, en calidad de jefes de la guarnición realista, días antes, el 18 de octubre, habían acordado pasarse a la

<sup>8</sup> Basadre, 2015, p. 81; Asebey, 2012, pp. 385-432.

<sup>9</sup> Soux, 2010b, p. 129; Asebey, 2012, pp. 405-430.

<sup>10</sup> Arévalo, 2011; Basadre, 2015; Cahill, 1988; Glave, 2013; Sala i Vila, 1996; Soux, 2010a y 2011.

<sup>11</sup> Peñaranda era oriundo del Cuzco y tuvo una activa participación en las revueltas de Tacna de 1813 y de Cuzco en 1814. Por su parte, las referencias sobre José Choquehuanca son muy genéricas. Apenas se menciona su condición de indígena y tener trayectoria como patriota.

causa patriota poniendo a disposición del emisario de Peñaranda, el capitán de caballería Pio Leandro Maldonado, la tropa y todo el armamento<sup>12</sup>. El subdelegado de Arica, Mariano Portocarrero, ratificó esta información en su misiva dirigida al virrey ya concretada la ocupación, al señalar que los «conjurados eran muchos», que él «carecía de fuerzas para respetar el orden» y que la invasión de los sediciosos se había visto facilitada por el surgimiento de un «escandaloso disturbio» entre el subdelegado de Tarapacá Manuel Almonte y el mencionado comandante Reyes, al «extremo de hacerse fuego» uno contra el otro<sup>13</sup>, diferencias que venían desde la fallida expedición al partido de Atacama que, en vez de sofocar los intentos de rebeldía, había generado «alboroto» por hallarse los de «aquel partido mal contentos con dicho subdelegado»<sup>14</sup>. Esta pugna, y la decisión de los oficiales de la guarnición realista de pasarse al bando patriota, no solo provocó que de manera abrupta el partido de Tarapacá se quedara sin fuerza militar para la defensa del orden establecido, sino que adicionalmente hizo que el subdelegado Manuel Almonte se fugara hacia Arica, llevándose consigo «todos los intereses de los ramos del estado y lo que ha quitado en Atacama y Lípez», como una manera de impedir que el ejército invasor accediera a estos recursos para su financiamiento<sup>15</sup>, lo único que estaba en condiciones de hacer en ese momento como delegado del virrey para aminorar el éxito de los rebeldes<sup>16</sup>.

<sup>12</sup> Archivo General de la Nación Argentina (en adelante AGNA), sala X, leg. 4-1-2, Razón del armamento, tropa, municiones y pertrechos entregados el teniente coronel D. Julian Peñaranda, Tarapacá 28.10.1815, s/f; AGNA, sala X, leg. 4-1-2, Carta de Peñaranda a Rondeau, Tarapacá 29.10.1815, s/f; Gazeta de Buenos Aires, 30.12.1815, p. 144; Carta de José Rondeau al gobernador de Córdoba José Díaz, Sipe 22.11.1815, en Güemes, 1980, tomo 3, p. 87.

<sup>13</sup> Mendiburu, 1931, p. 125; Dagnino, 2010, p. 21.

<sup>14</sup> Carta de Remigio Arias, Tacna 28.9.1815, en Vargas Ugarte, 1932, p. 16.

<sup>15</sup> AGNA, sala X, leg. 4-1-2, Carta de Peñaranda a Rondeau, Tarapacá 29.10.1815, s/f; Gazeta de Buenos Aires, 30.12.1815, p. 143.

<sup>16</sup> Manuel Almonte, como muchos otros, terminó por pasarse al bando patriota, antecedente que se ratifica en una serie de cartas emitidas, entre agosto y septiembre de 1816, entre los militares rioplatenses Martín Güemes y Juan José Fernández Campero, donde se indica al que había sido subdelegado de Tarapacá como «el teniente coronel que se nos ha pasado del enemigo» (Güemes, 1980, tomo 4, p. 30 y tomo 6, pp. 111-120).



Asegurado el control de Tarapacá, Peñaranda procedió, el 24 de octubre, a elegir las nuevas autoridades adherentes a la causa revolucionaria mediante la convocatoria a un «cabildo patriótico» a todos los vecinos de la capital del partido y los representantes de las localidades de Pica (Santiago Zavala), Camiña (Fernando Oviedo) y Huantajaya (Simón Ugarte), menos los de Sibaya «por ser puramente Yndios»<sup>17</sup>. Mediante este procedimiento, que implicaba generar lealtades y compromisos con los sectores más influyentes, instauró al nuevo comandante militar y subdelegado, cargo que recayó en Reyes, quien, por esta vía, en pocos días pasó de ser el guardián de la autoridad del rey a ser la cabeza política de los intereses independentistas rioplatenses en los lejanos parajes tarapaqueños<sup>18</sup>. El cabildo, en tanto, quedó compuesto por Gaspar Loayza como alcalde, Atanacio Tinajas como regidor decano, Valentín de la Fuente, Andrés Soto, José Bacilio Carpio y Mariano Blas Vernal como regidores, y Felipe Bustos como síndico procurador<sup>19</sup>. Junto con lo anterior, la asamblea nombró al propio Julián Peñaranda como comandante general<sup>20</sup>.

Para fines de 1815, la ocupación patriota aún persistía activamente, siendo infructuosos los débiles intentos realistas por expulsarlos. Sin embargo, la derrota del general argentino José Rondeau en el pueblo de Viluma, el 29 de noviembre de 1815, a manos del comandante Joaquín de la Pezuela, provocó el fin de la ocupación al debilitarse la posición de las huestes invasoras. Puntualmente, ante la noticia de la derrota del general argentino, José Francisco Reyes, por descarada conveniencia o planificada estrategia, procedió a apresar a los líderes de la sedición mediante un engaño. Simulando que Rondeau requería la presencia urgente de ambos, logró que Peñaranda y Choquehuanca salieran el 16 de diciembre desprotegidos

<sup>17</sup> AGNA, sala X, leg. 4-1-2, Acta de constitución del Cabildo Patriótico, Tarapacá 24.10.1815, s/f.

<sup>18</sup> *Gazeta de Buenos Aires*, 30.12.1815, p. 144; Carta de José Rondeau al gobernador de Córdoba José Díaz, Sipe 22.11.1815, en Güemes, 1980, tomo 3, p. 87.

<sup>19</sup> AGNA, sala X, leg. 4-1-2, Acta de constitución del Cabildo Patriótico, Tarapacá 24.10.1815, s/f.

<sup>20</sup> Vargas Ugarte, 1932, p. 15.

del pueblo de San Lorenzo, apresándolos a las nueve de la noche con la ayuda de los vecinos. Al día siguiente fueron remitidos a «Pabellones o Guano Grande» (Pabellón de Pica) con la orden de embarcarlos a Arica<sup>21</sup>. El destino de Peñaranda y Choquehuanca fue la muerte por fusilamiento el 16 de febrero de 1816, el primero en Tacna y el segundo en Arica<sup>22</sup>.

Tras la invasión de las huestes patriotas rioplatenses, el ambiente en el partido de Tarapacá quedó marcado por una latente y sostenida incertidumbre, tal como lo hizo saber el cura del pueblo de Pica, Antonio Baltierra, al obispo de Arequipa a mediados de 1817 cuando le señaló que la razón principal por la cual no le había podido remitirle lo recaudado desde hacía tres años a la fecha, por concepto de imposición a los muertos, obedecía a la inestable situación política en que se hallaba el partido tras estar «dominada por las tropas porteñas»<sup>23</sup>. En agosto de 1819, como reacción a este incierto escenario, el general del regimiento de reserva de Tacna, José Carratalá, impartió al comandante militar del partido de Tarapacá, Felipe Velando, la instrucción de organizar con urgencia dos compañías de caballería, para unirse a la de infantería ya existente, a objeto de tener una «fuerza respetable para observar e imponer al enemigo en los movimientos que pudiera hacer desde lo interior o por la costa», además de establecer «inmediatamente una sólida comunicación de espionaje desde [San Lorenzo de Tarapacá] al Tucumán no perdonando medio para verificarlo»<sup>24</sup>. En octubre de 1819, complementando la disposición anterior, se instaló en San Lorenzo una guarnición compuesta de 25 hombres entre soldados y oficiales<sup>25</sup>. Ambas medidas encontraron plena justificación cuando, a mediados del mes de noviembre de 1819, los caciques de Isluga, Miguel García, y de Cariquima, Luciano Mamani, informaron a

<sup>21</sup> Carta de Remigio Arias, Tacna 21.12.1815, en Vargas Ugarte, 1932, pp. 16-17.

<sup>22</sup> Dagnino, 1910, p. 22.

<sup>23</sup> MREP.AL, tac-20, leg. 420, Carta del cura de Pica Antonio Baltierra al vicario capitular Francisco Xavier Echeverría, Pica 27.5.1817, fjs. 29v-29r.

<sup>24</sup> AGNP, Real Tribunal de Minería para otros Fondos (en adelante rtmof), Revista de la Compañía Militar de Infantería del partido de Tarapacá (en adelante RCMIT), leg. 60, doc. 58, Tacna 16.8.1819, fjs. 25v-26v.

<sup>25</sup> AGNP, RTMOF, RCMIT, leg. 60, doc. 58, Tarapacá 5.10.1819, fjs. 1v-3v.

Felipe Velando la captura de tres patriotas y la liberación de cuatro soldados realistas que estaban en su poder en las inmediaciones de sus respectivas comunidades, es decir, en el altiplano tarapaqueño que era el espacio fronterizo al Alto Perú donde actuaban las huestes rioplatenses<sup>26</sup>. En premio a este servicio al rey, cada cacique recibió 25 pesos<sup>27</sup>, además de 15 pesos que fueron entregados por partes iguales a los indios que ayudaron en esta acción<sup>28</sup>, dineros que fueron sacados de las Cajas Reales de Tacna.

A mediados de 1820, las autoridades realistas tomaron la decisión de reforzar el destacamento que resguardaba Iquique con soldados de la guarnición de San Lorenzo, a consideración de que los movimientos patriotas hacían presumir el intento de desembarco por este punto de la costa sur del virreinato<sup>29</sup>, sobre todo tras el triunfo obtenido por San Martín en la batalla de Maipú en Chile, el 5 de abril de 1818. Tal escenario no tardó en concretarse cuando, tras la autorización del gobierno chileno encabezado por O'Higgins, el almirante Thomas Cochrane dio curso, el 1 de marzo de 1819, al bloqueo de caletas y puertos entre El Callo y Atacama<sup>30</sup>, una medida que fue reiterada por San Martín el 15 de octubre de 1821, lo que llevó a que el puerto de Iquique fuera sitiado por el bergantín Belgrano y otros tres navíos de menor envergadura<sup>31</sup>. En noviembre de 1822, como parte de una expedición naval patriota a las costas del sur al mando de Rudesindo Alvarado, que había zarpado desde el Callao en octubre, las tropas independentistas finalmente desembarcaron en Iquique con la fragata *Protector* y en la caleta Vitor con la *Mecedonia*. En Iquique dejaron un destacamento integrado por soldados del batallón n.º 2 a efecto de reclutar hombres y fomentar la insurrección de los indios; en cambio, en Vitor se retiraron sin

<sup>26</sup> AGNP, RTMOF, RCMIT, leg. 60, doc. 58, Tarapacá 17.11.1819, fj. 9v y Tarapacá 17.1.1820, fj. 19v.

<sup>27</sup> AGNP, RTMOF, RCMIT, leg. 60, doc. 58, Tarapacá 17.11.1819, fj. 9v y Tarapacá 17.1.1820, fj. 19v.

<sup>28</sup> AGNP, RTMOF, RCMIT, leg. 60, doc. 58, Tarapacá 17.1.1820, fjs. 20v-20r.

<sup>29</sup> AGNP, RTMOF, RCMIT, leg. 60, doc. 58, Tarapacá 19.9.1820, fj. 32v; Lanás, 2017, pp. 136-137.

<sup>30</sup> Odriozola, tomo 3, 1872, pp. 359-360.

<sup>31</sup> Donoso, 2003, p. 127 y 2007, pp. 102-103.

dejar contingente alguno<sup>32</sup>. Al enterarse de esta operación militar rebelde, el virrey La Serna ordenó al brigadier Pedro Antonio Olañeta el desplazamiento de sus tropas desde Oruro a Tarapacá para expulsarlos, pero en el transcurso del cumplimiento de este mandato, el grueso de las tropas insurgentes, desplegadas al norte de Tacna, se enfrentaron en las cercanías de Moquegua, el 13 de febrero de 1823, al ejército realista comandado por el brigadier Valdés, siendo duramente derrotados. En esta condición diezmada, Rudesindo Alvarado se dirigió hasta el puerto de Ilo para embarcarse a Iquique con el propósito de reunirse con el batallón n.º 2. Sin embargo, al llegar a este puerto, el 13 de febrero de 1823, es sorprendido por un destacamento realista que estaba oculto, generándose una escaramuza que lo llevó a una nueva derrota que le costó más de 80 prisioneros y 12 muertos, entre ellos el teniente coronel Pedro de la Rosa y el sargento mayor Manuel Taramona<sup>33</sup>, quienes serán señalados, años más tarde, como los primeros héroes tarapaqueños de la independencia del Perú<sup>34</sup>.

## LA SUBLEVACIÓN DE HUANTAJAYA

Para inicios del decenio de 1820, Tarapacá comenzó a experimentar un ambiente cargado de incomodidades políticas y sociales que hacía prever la emergencia de un conflicto en su interior bastante distinto a la amenaza de una invasión patriota, cuestión para la que se habían preparado tanto las autoridades leales al rey como muchos vecinos desde la ocupación de 1815. Por una parte, estaba latente el cuestionamiento por los ingentes recursos que implicaba

<sup>32</sup> Donoso, 2003, p. 127 y 2007, pp. 108-110; García Camba, tomo II, 1916, pp. 40-41; Campaña en las costas de Arequipa; terminada por la batalla de Moquehua el 21 de enero de 1823. Escrita por un oficial de Estado Mayor, 1823, pp. 1-4.

<sup>33</sup> Odriozola, tomo 5, 1873, pp. 317-318; García Camba, tomo II, 1916, pp. 71-72; Campaña en las costas de Arequipa; terminada por la batalla de Moquehua el 21 de enero de 1823. Escrita por un oficial de Estado Mayor, 1823, pp. 17-18, 24; *Gazeta del Gobierno Legítimo del Perú*, Cuzco 4.3.1823, en *Colección Documental de la Independencia del Perú*, Tomo XXII, vol. 1, 1971, pp. 193-194.

<sup>34</sup> *El Mercurio de Tarapacá*, Iquique 25.3.1861, p. 2.

el mantener el aparato militar destinado a resguardarse de las eventuales incursiones de los rebeldes a costa de problemas económicos en la agricultura y la minería<sup>35</sup>, como los que manifestaron los indígenas de Sibaya por el cobro del tributo no obstante su estado de pobreza<sup>36</sup>. Por otra, la explicitación de un estado de beligerancia creciente entre los vecinos que comenzó a intensificar riñas y fuertes diferencias que se catalizaron a partir de problemas tales como deudas de dinero, deslindes, compraventas de productos y tierras, entre otras, pero que terminaban en argumentos que hacían alusión a la situación política derivada de la guerra. El conflicto desatado en 1821 entre los moradores de Santa Rosa y Huantajaya, que casi termina en un enfrentamiento a balazos suscitado por la agresión al cura de este último asiento minero, Valentín Vargas Reyes, a raíz de una prédica que hizo en este último mineral durante el Corpus Christi a favor del presbítero de Iquique, Blaz de la Fuente, es el mejor ejemplo de la delicada situación que estaba inundando la vida de los tarapaqueños<sup>37</sup>.

Es en esta antesala que ocurre un alzamiento popular en el mineral de Huantajaya, el 11 de mayo de 1822, a raíz de la convocatoria realizada por Felipe Velando, que en ese momento actuaba como subdelegado interino además de comandante militar, a los vecinos ilustres de este yacimiento, además de Santa Rosa e Iquique, para constituir un nuevo cabildo<sup>38</sup>. Reunidos en la casa consistorial de Huantajaya<sup>39</sup>, la sesión fue interrumpida por los vítores de una

<sup>35</sup> Archivo de la Municipalidad de Arequipa, lac-29, Libro de Sesiones de la Excelentísima Diputación Provincial instalada el día 3 de junio de 1822, Sesión 21, Arequipa 23.8.1822, *s/f*.

<sup>36</sup> Díaz y Morong, 2005, pp. 69-74.

<sup>37</sup> AAA, leg. 4, vt, Carta del cura de Huantajaya Valentín Vargas Reyes al obispo de Arequipa, Huantajaya 29.11.1821, *s/f*.

<sup>38</sup> Archivo Nacional de Chile, Fondo Judicial de Iquique (en adelante AJI), Criminal, leg. 1514, pza. 4, Declaración del teniente coronel Felipe Velando, Tarapacá 20.5.1822, f. 10v.

<sup>39</sup> La asamblea para elegir las nuevas autoridades se realizó entre los días 10 y 11 de mayo, recayendo las nuevas designaciones en Manuel Demetrio Contreras (vecino de Huantajaya) como alcalde; Francisco de Soto, Manuel Quevedo, Juan Bautista Romero de Santa Rozas y Jacinto Velazco (los dos primeros residentes de Huantajaya y los dos últimos de Iquique) como regidores; y Ermenegildo García Manzano como síndico procurador.

multitud congregada en las afueras del recinto que exigía se les admitiese «su voto, por ser ciudadanos por el ministerio de la ley». Acto seguido los líderes de la manifestación, Pascual Flores, Manuel Vera, Juan Rivera y Mariano Pérez, irrumpieron en el recinto con garrote en mano, alzando la voz, profiriendo insultos y golpeando la mesa en actitud desafiante para exigir la participación de aquellos que habían sido excluidos de la votación<sup>40</sup>. Ante una mezcla de sorpresa y pánico, Velando se dirigió hacia la multitud, con ayuda del cura Anselmo Reyes, para señalarles que la ley lo facultaba para efectuar la conformación del cabildo sin la participación de todo el vecindario, ya que no reunían las condiciones necesarias para tener derecho a voto por ser «gente inferior» y en «estado servil» dedicados al laboreo de minas, a lo que se agregaba la situación de que algunos tenían «su nacimiento y procedencia de la África», además de los «vicios de embriagues general». Evidenciando el descontento y malestar frente a tales argumentos, la multitud mantuvo detenida la ceremonia con consignas a viva voz hasta que, dándose cuenta de que no se les admitiría, se retiraron. Así se pudo llevar a cabo la elección de las nuevas autoridades consistoriales<sup>41</sup>.

Sin embargo, el día 16 de mayo, en horas de la tarde, un importante número de hombres y mujeres liderados por los citados Flores, Vera, Rivera y Pérez se apersonaron en casa del electo alcalde Manuel Demetrio Contreras, manifestando ruidosamente que «no obedecían al cabildo, ni al alcalde consistorial», para entregarle un escrito con varias firmas donde señalaban su intención de acudir hasta el jefe de la provincia para hacer cumplir sus derechos y delatar a Velando de tirano por haber «excluido de voz y voto a todos los vecinos de este mineral». En respuesta, Demetrio Contreras señaló que su nombramiento se había realizado, para su desgracia, sin que él hubiese tenido participación alguna y que, por lo mismo, no

<sup>40</sup> AJI, Criminal, leg. 1514, pza. 4, Declaración de Manuel Suza, Tarapacá 20.5.1822, fj. 41v; AJI, leg. 1514, pza. 4, Declaración del escribano público, minas y registro de San Lorenzo Prudencio Luza, Tarapacá 20.5.1822, fj. 51v.

<sup>41</sup> AJI, Criminal, leg. 1514, pza. 4, Declaración del administrador de renta y correo Francisco Marquezado, Tarapacá 20.5.1822, fj. 21v.

obraría disposición alguna que generara disgusto<sup>42</sup>. Transcurrido los días, y ante la inexistencia de señales de que el movimiento popular cesara, generando con ello una fuerte desobediencia a las nuevas autoridades del ayuntamiento e impidiendo su labor, el recién electo síndico procurador, Ermenegildo García Manzano, junto a los vecinos Atanacio Tinaja, Francisco Romero, Juan de Dios Verdugo, Andrés Torrealoza y Felipe Bustos, le señalaron a la máxima autoridad del partido de Tarapacá que si no se practicaban medidas para persuadir de su actitud a los alzados, es decir enviar tropas de auxilio, se podía generar una «guerra civil», más aún cuando se corría el rumor de que Pascual Flores tenía el propósito de convocar entre 14 y 15 hombres armados para asaltar la casa consistorial de Huantajaya, exigir el voto ciudadano y, en caso de rechazo, matar a las autoridades de este pueblo minero como a las del cercano yacimiento de Santa Rosa<sup>43</sup>.

Ante la envergadura que había adquirido la revuelta popular, el 22 y 23 de mayo se iniciaron diligencias destinadas a imponer el orden, apresar y enjuiciar a los responsables de la asonada mediante el envío de un piquete de 12 milicianos y un sargento bajo las órdenes del oficial Juan Jara Zúñiga, que ya estaba destacado en Huantajaya con apenas cuatro hombres<sup>44</sup>. La llegada de este contingente generó en la noche del 24 de mayo, producto de las órdenes perentorias que tenía de apresar a los cabecillas de la revuelta, un enfrentamiento en la casa de Pascual Flores que produjo la muerte del soldado realista Ramón Martínez y la aprehensión de seis de los amotinados. Sin embargo, este hecho de fuego no logró

<sup>42</sup> AJI, Criminal, leg. 1514, pza. 4, Declaración del escribano público, minas y registro de San Lorenzo Prudencio Luza, Tarapacá 20.5.1822, fj. 50v; AJI, Criminal, leg. 1514, pza. 4, Carta al alcalde Manuel Demetrio Contreras, Huantajaya 16.5.1822, fj. 111v.

<sup>43</sup> AJI, Criminal, leg. 1514, pza. 4, Carta del síndico procurador Ermenegildo García Manzano, Huantajaya 20.5.1822, fj. 61v; AJI, Criminal, leg. 1514, pza. 4, Carta de los vecinos de Huantajaya y Santa Rosa, Huantajaya 22.5.1822, fj. 60v; AJI, Criminal, leg. 1514, pza. 4, Carta de Juan Bautista Romero, Santa Rosa 20.5.1822, fj. 71v.

<sup>44</sup> AJI, Criminal, leg. 1514, pza. 4, Oficio de Felipe Velando, Tarapacá 22.5.1822, fj. 81v; AJI, Criminal, leg. 1514, pza. 4, Carta de Felipe Velando al alcalde de Huantajaya Manuel Demetrio Contreras, Tarapacá 23.5.1822, fj. 90v.

su propósito de apresarlo, ya que pudo huir a Iquique y embarcarse en una chalupa de propiedad de Antonio Albarracín con destino desconocido<sup>45</sup>. No obstante que los rumores posteriores a la ocurrencia del enfrentamiento decían que Flores estaba en Pisagua porque en sus alrededores Albarracín tenía producción de salitre, como también que se encontraba escondido en Pica<sup>46</sup>, nunca pudo ser hallado y sometido a juicio. En realidad, Pascual Flores, tras los hechos de Huantajaya, no huyó ni se escondió, sino que salió de manera planificada desde las tierras tarapaqueñas al puerto del Callao para unirse formalmente en calidad de oficial al ejército de San Martín<sup>47</sup>, actuando seguramente en más de alguna batalla en los parajes del sur de virreinato hasta el ocaso de la guerra. De este modo, solo tuvo curso el proceso judicial contra los detenidos en la refriega del 24 de mayo por la noche, es decir Mariano Pérez, Mariano Flores (hermano de Pascual), Manuel Rodo, Juan Rivera, Pedro González y Francisco Flores, el que se cerró en noviembre de 1822 con la liberación de todos ellos por considerarse que habían tenido una participación poco relevante en los hechos<sup>48</sup>, llegando, formalmente, la asonada a su fin.

<sup>45</sup> AJI, Criminal, leg. 1514, pza. 4, Nota de Juan Jara Zúñiga a Felipe Velando, Huantajaya 25.5.1822, fj. 151v; AJI, Criminal, leg. 1514, pza. 4, Nota de Felipe Velando, Tarapacá 26.5.1822, fj. 161v; AJI, Criminal, leg. 1514, pza. 4, Parte del comandante de la guarnición de Huantajaya Juan José Zúñiga, Santa Rosa 28.5.1822, fj. 201v.

<sup>46</sup> AJI, Criminal, leg. 1514, pza. 4, Nota de Manuel Hidalgo Bustamante, Pampa del Tamarugal 29.5.1822, fjs. 240r-241v; AJI, Criminal, leg. 1514, pza. 4, Parte del comandante de la guarnición de Huantajaya Juan José Zúñiga, Santa Rosa 28.5.1822, fj. 201v.

<sup>47</sup> Archivo del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú, leg. 15, doc. 1, Oficio de Mariano Portocarrero al secretario del departamento de guerra y marina, Lima 13.2.1823, s/f y Lima 20.2.1823, s/f.

<sup>48</sup> AJI, Criminal, leg. 1514, pza. 4, Oficio del auditor general del Perú, Cuzco 16.11.1822, fj. 112v.



## EL PUEBLO Y LA IGLESIA DE LA TIRANA

El origen del pueblo de La Tirana y su festividad todavía genera muchas interrogantes. Lautaro Núñez, en base al plano de la pampa del Tamarugal de Antonio O'Brian y documentos del Archivo del Obispado de Iquique, señala que se «ubicaría en alguno de los pozos de la comarca» y que la primera referencia como toponímico consta en una acta de bautizo de 1780, que menciona la ocurrencia de este sacramento en el «Pozo de Nuestra Señora del Carmen de La Tirana» de la viceparroquia de los Pozos del Tamarugal, lo que permite presuponer que fue durante el transcurso de la segunda mitad del siglo XVIII que el Pozo del Carmen se comenzó a poblar, lentamente, al jerarquizarse con la habilitación de la única capilla de los alrededores. En estos términos, concluye que el origen del lugar donde estuvo la primera iglesia de La Tirana es posterior a 1765 y anterior a 1780, coincidiendo con el auge del ciclo argentífero de Huantajaya, y que para las décadas de 1820 y 1830 los asentamientos azogueros de la viceparroquia de los Pozos del Tamarugal estaban bastante consolidados<sup>49</sup>.

Un juicio, iniciado en octubre de 1820 por los hermanos Luis y Manuel Arias, en contra de la solicitud de varios vecinos azogueros del Tamarugal de retornar la viceparroquia desde el Pozo de Santa Rosa, que era de su propiedad, al Pozo del Carmen, ilustra los vaivenes que tuvo a inicios de la centuria decimonónica tanto el poblamiento en torno a lo que llegaría a ser el actual pueblo de La Tirana como el derrotero de su iglesia<sup>50</sup>. De acuerdo al presbítero Francisco José de Elena, que tenía a su cargo atender a los feligreses de la Pampa del Tamarugal, con fecha 1 de junio de 1817 recurrió al gobernador capitular del obispado de Arequipa, Francisco Javier y Echeverría, a efecto de que le concediese licencia para edificar una nueva capilla en los parajes del Tamarugal, ya que la que estaba desde antes en esta jurisdicción eclesial, en el Pozo del Carmen, había

<sup>49</sup> Núñez, 2015, pp. 61-64.

<sup>50</sup> AAA, leg. 3, vt, Demanda de don Luis de Arias sobre instalación de una capilla en los Pozos de la Pampa nombrada el Tamarugal en el Partido de Tarapacá, San Lorenzo 20.10.1820, s/f.

sido destruida por el terremoto de 1815. Al ser autorizado por el gobernador capitular, convocó a los vecinos de la viceparroquia de los Pozos del Tamarugal, José Morales, Juan de Dios Hidalgo y Luis Arias, para que determinaran el mejor lugar para su construcción y financiaran las obras, la que recayó en el Pozo de Santa Rosa de propiedad de los hermanos Arias, quienes desembolsaron de su peculio 1.350 pesos para construir una iglesia de 32 varas de largo y siete de ancho<sup>51</sup>, contando con bautisterio, sacristía y cementerio. Únicamente quedó inconclusa la torre donde se tenía pensado instalar dos campanas, la que se había traído desde la iglesia derruida que estaba en el Pozo del Carmen y la que había mandado a hacer el propio Luis Arias<sup>52</sup>.

De acuerdo a diversos testimonios, la capilla del Pozo del Carmen estuvo abandonada alrededor de siete meses desde que el terremoto de 1815 destruyó sus murallas y hundió el techo, situación que se acrecentó con el total despoblamiento que sufrió por esta y otra causas. De hecho, tras el sismo, los únicos que quedaron habitando este lugar, por un tiempo acotado, fueron los hermanos Antonio y Agustín Bioldo, quienes pusieron unos puntuales en la iglesia con la ayuda de tres a cuatro indios que eran peones de «un tal Liquilgua Relabero», para evitar su total desplome; además de un viejo, llamado José Arroyo, que se dedicó a cuidar «las cosas de la Yglesia» hasta que los hermanos Luis y Manuel Arias se llevaron la imagen de la Patrona de El Carmen a su oratorio en el Pozo de Santa Rosa<sup>53</sup>.

En estos mismos términos, Manuel García Manzano, minero de Huantajaya y azoguero, menciona que en 1805, al fallecer el presbítero José Blas de Olazabal, impulsor de la construcción de la capilla de la «Vise Parroquia nombrada el Carmen» que era «primitiva en aquellas Pampas del Tamarugal», tomó a su cargo la conclusión

<sup>51</sup> Aproximadamente 30 metros de largo por 8 metros de ancho.

<sup>52</sup> AAA, leg. 3, vt, Declaración del presbítero Francisco José de Elena, Pica 26.10.1820, s/f.

<sup>53</sup> AAA, leg. 3, vt, Declaración de Antonio Bioldo, Pozo de la Candelaria 11.10.1820, s/f.; AAA, leg. 3, vt, Declaración de José González, Pozo de la Candelaria 12.10.1820, s/f.; AAA, leg. 3, vt, Declaración de Doroteo Morales, Francisco Zevallos y Agustín Bioldo, Pozo de la Candelaria 13.10.1820, s/f.

de «esta Santa obra», que apenas tenía parcialmente levantadas sus paredes. Sin embargo, con «la decadencia de los minerales [de Huantajaya], y haberse retirado los dueños de oficinas [azogueras], el que menos una legua, en solicitud de Leña, tan presisa para el veneficio, se dejó a aquel Pozo y Yglesia en total desamparo», siendo su tiro de gracia los «estragos que isieron los Temblores» y el nulo interés por «su refaccion»<sup>54</sup>. Juan de Dios Hidalgo, también dueño de buitrón y «casa de azoguería», ratifica lo señalado por Manuel García Manzano al afirmar que por los años de 1816 y 1817 se «hallaba la Yglesia nata y Vice Parroquia de los Pozos del Tamarugal (única en su antigüedad, como en su título) demolida y desamparada dela concurrencia de gentes a causa dela decadencia delos Minerales» y que la construcción de la «Yglesia referida [de Santa Rosa]» por parte de los hermanos Manuel y Luis Arias, se «hiso con crecido costo, el que corresponde a la decencia que tiene». Agregando un antecedente muy interesante, que siendo él dueño de un buitrón concurrió financieramente en lo que pudo, y a mayor servicio se hizo «cargo de la mayordomia de Nuestra señora del Carmen su Patrona, pasándole anualmente su fiesta, como de igual modo la de Nuestra Señora de la Candelaria, con la ayuda de muy corta limosna que a espensas de [sus] fatigas se junta»<sup>55</sup>.

Siendo Juan de Dios Hidalgo y los hermanos Luis y Manuel Arias azogueros, el hecho de que el primero asumiera la mayordomía de la fiesta de Nuestra Señora del Carmen y los segundos fueran muy diligentes en llevarse su imagen para instalarla en la iglesia que habían construido en el Pozo de su propiedad, da cuenta de la importancia que llegó a tener este culto en la Pampa del Tamarugal en razón del prestigio que otorgaba. También, el que se acentuara la cantidad de residentes para justificar, tanto el traslado de la iglesia y sus objetos de culto desde el Pozo del Carmen al Pozo de Santa Rosa, como la posterior solicitud de su retorno, conviniendo en ello una evidente jerarquización: la capilla y la imagen de la Virgen del

<sup>54</sup> AAA, leg. 3, vt, Declaración de Manuel García Manzano, Santa Rosa 29.10.1820, s/f.

<sup>55</sup> AAA, leg. 3, vt, Declaración de Juan de Dios Hidalgo, Pozo de la Candelaria 28.10.1820, s/f.

Carmen debía estar en un lugar más relevante. De este modo, por un lado, se argumentó que «quando se favrico la Yglesia [del Pozo de Santa Rosa] no habia en [el Pozo del Carmen de] la Tirana la Poblacion que hoy hai, sino [apenas] algunos peones con sus familias y tres Pulperias, y aunque habían dos oficinas estaban sin giro»<sup>56</sup>. Por otro, que transcurrida por algunos años la crisis, el Pozo del Carmen adquirió «forma de Pueblo» al refaccionarse los «Buitrones antiguos», contruir «dos nuevos a todo costo», formar una plaza, demarcar las calles y construir nuevas paredes en el templo abandonado para «alcanzar la oportuna licencia para la nueva Yglesia y traslacion delos Muebles dela de Santa Rosa», aún más todavía, que eligieron «este sitio» para reunirse «en sociedad, y a manera de Pueblo formal se cuentan mas de quatrocientas Almas radicadas en el con sinco ofisinas, incluso una que esta al concluirse, progresando de tal modo el giro y comercio, que increíble se hace a los que antes conocían estas Pampas el pie que en el dia se hallan»<sup>57</sup>.

Las «oficinas» en cuestión, es decir los buitrones con sus pozos de agua y viviendas que estaban alrededor del Pozo del Carmen de La Tirana, eran las de San José, el Rosario, Portillo o de la Candelaria, San Antonio y Santa Rosa, esta última la más cercana al oasis de Pica<sup>58</sup>. No cabe duda que este incremento de buitrones activos en el bosque de la Pampa del Tamarugal, en pleno periodo de las guerras de la independencia, fue reflejo del último respiro de la minería argentífera tarapaqueña.

<sup>56</sup> AAA, leg. 3, vt, Declaración de José González, Pozo de la Candelaria 12.10.1820, s/f.

<sup>57</sup> AAA, leg. 3, Vicaría de Tarapacá, San Lorenzo de Tarapacá, Capellanías y Expedientes Civiles, Exposición del Alcalde Ordinario y vecinos de los Pozos del Tamarugal, Pozo de la Candelaria 14.8.1820, s/f.

<sup>58</sup> AAA, leg. 3, vt, Exposición del alcalde ordinario y vecinos de los Pozos del Tamarugal, Pozo de la Candelaria 17.11.1820, s/f.

## LOS PRIMEROS AÑOS DE VIDA REPUBLICANA Y LA PRIMERA BATALLA DE TARAPACÁ

Las décadas iniciales de vida independiente implicaron para las repúblicas nacionales en formación grandes desafíos y recurrentes conflictos. Uno de ellos tuvo que ver con la conformación de los territorios nacionales, donde se entrecruzaron imaginarios, proyectos políticos e intereses de todo tipo y a distintas escalas. En el caso del Perú, la frontera más meridional fue un nudo de conflicto, tanto por el interés de Bolivia de tener acceso soberano al Pacífico por Arica e Iquique como por la discusión respecto de si el límite, a partir de las delimitaciones administrativas coloniales adscritas a la Audiencia de Charcas, llegaba hasta el río Loa o estaba más al sur. Es al amparo de este escenario, nutrido desde 1825 de negociaciones, amenazas y enfrentamientos armados de distintas intensidades que, en el verano del año 1842, una fuerza boliviana invade San Lorenzo de Tarapacá.

La materialización de esta ocupación no fue sorpresiva. Ya desde diciembre del año anterior se tenía plena certeza de que la amenaza de una incursión boliviana en Tarapacá era inminente, tal como lo dejó de manifiesto el subprefecto Calixto Gutiérrez de la Fuente al informar al prefecto del departamento que, al comentar con los oficiales de la guardia nacional y los vecinos de San Lorenzo la información verificada que tenía, de que una fuerza boliviana se acercaba por la ruta del pueblo de Chusmiza desde la ciudad de Oruro, emergió un profundo pesimismo, al «no tener armas para oponerse a cualquier tentativa»<sup>59</sup>. Sentimientos que se ahondaron todavía más al recibir, el 1 de enero de 1842, un mensaje escrito del comandante de las tropas bolivianas, coronel José María García, informándole de sus órdenes e invocándole a «que evitase cualquier derramamiento de sangre que pudiera haber por causa suya». La reacción del subprefecto Gutiérrez de la Fuente al leer el contenido de la misiva fue inesperada. Tomó preso al emisario de la carta, el teniente boliviano Hilarión Ortiz, y envió de vuelta con los subalternos que acompañaron a Ortiz una

<sup>59</sup> Archivo Regional de Tacna, Subprefectura de Tarapacá (en adelante ART.ST), leg. 1, pza. 8, Iquique, 4.1.1842, s/f.

dura nota de reclamo<sup>60</sup>. Finalmente, el 2 de enero de 1842 la columna boliviana ocupó la capital de la provincia tarapaqueña sin mayor resistencia «por faltar elementos de guerra»<sup>61</sup>, una situación que caló hondo en la máxima autoridad de la provincia y que lo llevó a manifestar su frustración al prefecto por no estar a su «alcance y medida» disponer una columna armada para repeler a los invasores, erosionando con ello su «amor propio, honor y patriotismo»<sup>62</sup>.

Al día siguiente de la ocupación, el subprefecto Gutiérrez de la Fuente hizo un recorrido por toda la jurisdicción a su cargo con el objetivo de organizar la resistencia, logrando que todos los residentes más influyentes, además de una buena parte de los otros grupos sociales, abandonaran el pueblo de San Lorenzo de Tarapacá y se reunieran tanto en el puerto de Iquique como en algunas oficinas salitreras, para aportar financiera y humanamente a la conformación de una fuerza restauradora<sup>63</sup>. Esta medida fue tan efectiva, que el coronel García le comentó a sus superiores ubicados en la ciudad de Oruro que «hoy día me encuentro sin tener un solo individuo con quien tratar, porque hasta el cura es uno de los emigrados» y, por si fuera poco, en «este pueblo no hay como sacar un peso para el socorro de la tropa porque el tercio de Navidad ya lo había cobrado el subprefecto de la Fuente, y este es motivo que al portador de esta, no se han abonado más que seis pesos»<sup>64</sup>.

De este modo, ocurrida la ocupación y al no ser posible contrarrestarla a fuego, el subprefecto Gutiérrez de la Fuente decidió implementar acciones de espionaje y un «cercado del hambre», medidas que le permitieron enterarse de que las fuerzas

<sup>60</sup> El Comercio, Lima 22.1.1842, p. 4.

<sup>61</sup> La carencia de armas había sido una realidad regular en la provincia. Por ejemplo, en enero de 1839 el subprefecto Salvador Bayarri comunicaba que habían «apenas catorce fusiles» en poder de la Guardia Nacional, estando los «demás inútiles» (ART.ST, leg. 1, pza. 3, Tarapacá, 18.1.1839). Mismos términos que usó el subprefecto Gutiérrez de la Fuente al informar, en abril de 1840, que en la provincia a su cargo no había más que ocho fusiles y «ninguna clase de otra arma», pidiendo en consecuencia el envío de 50 fusiles e igual número de carabinas y sables (ART.ST, leg. 1, pza. 5, Tarapacá, 03.4.1840).

<sup>62</sup> ART.ST, leg. 1, pza. 8, Iquique, 4.1.1842, s/f.

<sup>63</sup> ART.ST, leg. 1, pza. 8, Iquique, 4.1.1842, s/f.

<sup>64</sup> El Comercio, Lima 22.1.1842, p. 4.

de ocupación solo la componían un «número de cuarenta infantes», lo que lo animó a poner en «marcha sobre aquel punto» una «columna a pie y montados y perfectamente armados». Una vez recompuestas las fuerzas tarapaqueñas, con el aporte financiero de salitreros y azogueros de La Tirana como José Manuel Riveros, Gerardo Marquesado, Luis Arias, Vicente Granadino, Lorenzo Cevallos, Ignacio Ugarte, Leandro Morales y José Antonio Barreda, el mayor Juan Buendía salió de Iquique con una columna de voluntarios hacia la oficina salitrera La Peña, siguiendo al pie de la letra la estrategia diseñada por el subprefecto De la Fuente. En esta salitrera no solo aglutinó hombres y armamentos, sino que despachó, entre el 4 y el 5 de enero, un batallón de caballería para hostilizar de noche a la columna de ocupación, procedimiento que llevó al coronel boliviano García a señalar que «van dos noches que me tiene abrumado con sus tiros, con los 12 de caballería que tiene»<sup>65</sup>. De este modo, la fecha y la hora escogida para repeler a los invasores obedeció a una articulada planificación a efecto de asegurarse enfrentar a una tropa boliviana sin dormir durante dos noches seguidas, mal alimentadas y cansadas. El relato del combate ocurrido en la «Pascua de los Negros», el 6 de enero en la noche, por parte de Buendía es el siguiente:

A mi aproximación a Tarapacá, se me reunió bastante gente aunque sin armas los más. Ello es que el 6 a las 11 de la noche estuve frente al enemigo que ocupaba una posición casi inexpugnable; favorecido de la cual me rompió un vivo fuego que fue contestado por los nuestros con no menor ardor por lo que al poco rato me encontré sin municiones, mas el entusiasmo del pueblo remedió esta falta, pues mientras nos batíamos, ellos construían cartuchos con los que me sostuve hasta las 7 de la mañana del 7, habiendo habido toda la noche un fuego sin interrupción. Los paisanos que tenía sin armas hice fuesen a tirar piedras y galgas al enemigo desde un cerro que domina la casa que ocupaban; y se llenaron tanto de terror que a la hora dicha se me rindieron a discreción quedando muerto el coronel García jefe de la fuerza invasora; mal herido el mayor Coloma hermano de

<sup>65</sup> El Comercio, Lima 22.1.1842, p. 4.

mi compadre, y nueve individuos de tropa. Nuestra pérdida consiste en la muerte de un soldado y cinco heridos<sup>66</sup>.

El triunfo de las fuerzas peruanas, en la primera batalla de Tarapacá, se sustentó en dos dinámicas sociales: la reproducción de un discurso nacionalista por parte de la elite tarapaqueña que visibilizara, en Lima y los otros centros de poder, su incuestionable pertenencia al Perú; y la recomposición de las fuerzas políticas locales en referencia a los caudillismos y las pugnas palaciegas. En efecto, la crisis político-militar de 1841 impulsó, al generar un escenario propicio, la voluntad de la población de la provincia, sobre todo de la más encumbrada, para generar una agencialidad vinculante con un imaginario nacional. Las palabras emitidas por el subprefecto Gutiérrez de la Fuente, una vez concluido el combate del 6 y 7 de enero de 1842, delataron con fuerza este hecho:

El 6 del presente Enero será el día más memorable en las páginas del heroísmo y valor: seis horas de obstinada resistencia y fuego, con conocidas ventajas de los conquistadores, han dado lección al continente peruano, y a pueblos que aun retardan sacudir el yugo y el improperio». Por lo mismo, «Paisanos [...] preparaos a nuevos ensayos, y nuevas lecciones de patriotismo»<sup>67</sup>.

La batalla de San Lorenzo del 6 de enero de 1842 marcó un antes y un después en la historia decimonónica de la provincia de Tarapacá. Por un lado, dejó atrás nuevos intentos de ocupación, a pesar que las tensiones entre peruanos y bolivianos por cuestiones territoriales siguieron latentes por mucho tiempo. Por otro, dio pie a un escenario donde entraron en escena el caudillismo y las pugnas locales, convulsionando los desérticos parajes tarapaqueños por más de dos décadas.

---

<sup>66</sup> El Comercio, Lima 22.1.1842, p. 3.

<sup>67</sup> El Comercio, Lima 22.1.1842, p. 4.



## LOS PARTIDARIOS Y LOS RIVALES DE RAMÓN CASTILLA

No cabe duda que a partir de la década de 1840, y hasta su muerte a fines de la década de 1860, un militar oriundo de Tarapacá, Ramón Castilla Marquezado, se convirtió en el más importante artífice de la formación del Estado peruano, generando apasionadas adhesiones y enconadas rivalidades. La provincia de Tarapacá no estuvo al margen de este fenómeno, provocando que cada acontecimiento de armas fuera una oportunidad para evidenciar a sus partidarios y detractores. El origen de esta rivalidad y sus causas son muy poco claras, aunque sí se pueden describir algunos rasgos: se nutrió de diferencias personales que escalaron a nivel político; hubo despliegue de intereses económicos, particularmente por parte de quienes se aventuraron a transformarse en salitreros; también anhelos de imponer ciertas miradas políticas sobre el proceso que estaban experimentando en un entorno de alta inestabilidad, y la presencia de la tensión generada por la cada vez más bullente pugna entre regionalismo y centralismo.

La primera manifestación de esta rivalidad se dio a partir del acta de San Lorenzo de Tarapacá del 11 de abril de 1843, que reconocía como director supremo a Manuel Ignacio Vivanco, no obstante ser uno de los cabecillas de la revolución contra este, Ramón Castilla. El acta y la asamblea, a la que asistieron el subprefecto accidental, el párroco, los jueces de paz, los síndicos, los vecinos principales y «una porción considerable del pueblo», generó una alineación congruente con lo ocurrido con ciertos aportes corporativos destinados a financiar la expulsión de la fuerzas bolivianas hacía un poco más de un año atrás: la coincidencia de quienes ya se hacían identificar como salitreros, entre ellos, José Luza, José Basilio Carpio, Santiago Zavala, Eduardo Caucoto, Ildefonso Palacios, Manuel Olcay, Manuel Hidalgo, Manuel Vicentelo, Miguel de la Fuente, entre otros, y no precisamente para apoyar a Castilla. De esta manera, los partidarios de Castilla no pudieron aglutinar a su favor a los hombres y familias más prominentes de la provincia, tal como había ocurrido dos años antes, en enero de 1841, cuando Gamarra reconoció la lealtad de los tarapaqueños ante la

sublevación de los departamentos del sur que buscaban proclamar a Vivanco. Mientras en 1841 Castilla marchó decidido hacia San Lorenzo para combatir a Vivanco, contando para ello con el amplio apoyo de las familias poderosas de la provincia de Tarapacá<sup>68</sup>, en 1843 sus tropas no solo tuvieron que acantonarse un tiempo en Iquique al no poder avanzar con fluidez hacia el interior<sup>69</sup>, sino que, además, cuando lograron llegar a la capital de la provincia tomando posición política, enfrentaron una decidida y extendida oposición de linajudos miembros de la sociedad tarapaqueña dedicados a la extracción de salitre y sus adherentes. A tal punto llegó este adverso escenario, que el subprefecto impuesto por Ramón Castilla, José Félix Iguain, tuvo que convocar precisamente la postura antivivanquista sostenida dos años antes por los tarapaqueños para conseguir apoyo político: «Si en otras épocas habéis dado tantas pruebas de vuestro patriotismo, ¿cómo no lo daréis en la presente en que se hallan echadas por tierra vuestras garantías y derechos?»<sup>70</sup>. Aun más, la postura a favor de Vivanco plasmada en el acta, provocó que el prefecto del departamento de Moquegua, Baltazar Caravedo, se vanagloriara del apoyo de los tarapaqueños al director supremo, declarando «vuestro nombre es grato al general Vivanco, porque ocupa una página gloriosa en la historia del Perú, y porque le habéis dado pruebas de adhesión a su persona»<sup>71</sup>.

Si bien en la batalla de Carmen Alto, ocurrida el 22 de julio de 1844 en las cercanías de Arequipa, las tropas de Castilla y Nieto derrotaron a Manuel Ignacio Vivanco, en Tarapacá el desenlace de este conflicto no fue precisamente la supremacía de los castillistas, sino más bien una inestabilidad política que perduró hasta la década de 1850 producto de una persistente, a ratos violenta<sup>72</sup>, disputa entre los adherentes y detractores de Castilla. Por lo tanto, no hubo

<sup>68</sup> *El Comercio*, Lima 13.4.1841, p. 3.

<sup>69</sup> *El Comercio*, Lima 26.9.1843, p. 2 y 12.10.1843, p. 3.

<sup>70</sup> *El Fénix*, Tacna 8.6.1843, p. 1.

<sup>71</sup> *El Innovador*, Tacna 1.4.1843, p. 3.

<sup>72</sup> Por ejemplo, el 4 de enero de 1844 el comandante general de la escuadra informó al ministro de Guerra y Marina que la «provincia de Tarapacá está violenta y solo espera una pequeña fuerza para liberarse de los opresores» (*El Comercio*, Lima 11.1.1844, p. 2).

ni vencedores ni vencidos, simplemente el despliegue de una pugna por el desplazamiento paulatino de las relaciones de poder desde las localidades precordilleranas de raigambre colonial (San Lorenzo, Camiña, Sibaya, Pica) hacia los pueblos y las oficinas salitreras (La Nueva Noria, Pampa Negra, Cocina, La Peña) y los puertos (Iquique, Pisagua), proceso que se intensificó en cada revuelta que ocurrió entre las décadas de 1840 y 1850.

Este fenómeno fue el que señaló, en noviembre de 1845, con cierto grado de preocupación el subprefecto Carlos Carpio a su superior jerárquico a propósito del atentado contra el gobernador del distrito de Camiña, José Mariano Zavala, a manos de Manuel Montealegre Lecaros y su hermano Francisco, activos partidarios de Castilla. El conflicto de Camiña se originó por un bando publicado el 14 de octubre de 1845, por orden del gobernador José Mariano Zavala, a objeto de terminar con una serie de desórdenes provocados en la víspera de la fiesta de la patrona del pueblo de Camiña, la Virgen del Rosario, por un grupo liderados por Manuel Montealegre Lecaros y Buenaventura Astigueta con el propósito de aludir insolentemente a los directoriales, es decir, a los que habían apoyado a Vivanco contra Castilla y Nieto en la revuelta de los años 1843 y 1844. La emisión del bando, que sancionaba la prohibición de las referidas manifestaciones políticas, hizo que por la noche del día 14 los aludidos castillistas, o constitucionalistas, actuaran con fuerza emitiendo duros improperios contra el gobernador y otros ilustres camiñanos, lo que provocó el arresto de uno de ellos, Mariano Zambrano, generando una fuerte reacción de los alzados que, en número que superaba los 20 individuos, atacaron con golpes de piedra, garrotes y botellas de vidrio a la patrulla de seis soldados y un oficial mientras se dirigían a la cárcel con el detenido<sup>73</sup>. Esta

<sup>73</sup> Archivo Regional de Arequipa, Prefectura de Arequipa (en adelante ARA.PA), leg. 15, Oficio del juez de paz Antonio de Loayza al presidente de la Corte Superior de Justicia de Arequipa, Tarapacá 2.12.1845, s/f; ARA.PA, leg. 15, Oficio del juez de paz Antonio Loayza a subprefecto Carlos Carpio, Tarapacá 9.12.1845, s/f; ARA.PA, leg. 1, pza. 4, Oficio del subprefecto Carlos Carpio, Tarapacá 4.11.1845, s/f.

trifulca de proporciones<sup>74</sup>, que dejó con lesiones al comandante del piquete, Mariano Rivera, recién vino a ser dispersada a la una de la mañana, momento en que los alzados se refugiaron a la fuerza en la casa del cura Manuel León Zaredo. En estas circunstancias, el día 15 de octubre se dio un largo asedio que, por la tarde, ya habiendo oscurecido, desembocó en una negociación que hizo que el gobernador Zavala ingresara a la casa del cura para finiquitar un acuerdo de rendición con los amotinados. Sin embargo, apenas cruzó la puerta fue objeto de un golpe de azadón en la cabeza proferido por Francisco Montealegre a incitación de su hermano Manuel, procediendo de inmediato los aludidos a cerrar la puerta para evitar el ingreso de los soldados, además de apagar las lámparas, de modo de generar una oscuridad que les facilitara la fuga. La reacción a esta inesperada agresión fue la arremetida del piquete logrando rescatar al gobernador gravemente herido y detener 11 sediciosos, los que fueron trasladados a San Lorenzo de Tarapacá para, por orden de la Corte Superior de Justicia de Arequipa a solicitud del prefecto, finalmente llevarlos a Tacna donde fueron exculpados, un procedimiento que generó el enojo del juez de paz de Camiña, que vio en esta disposición una grave alteración de sus potestades jurisdiccionales por parte de las autoridades de gobierno a efecto de favorecer a los amotinados<sup>75</sup>, resentimiento que también caló en el ánimo del subprefecto Carlos Carpio, al verse obligado a conminar al juez de paz a acatar lo mandado únicamente por su obligación de obediencia debida a su superior jerárquico<sup>76</sup>, un inconveniente que trajo secuelas tres años más tarde respecto a la postura política que asumió en contra de Ramón Castilla.

La revuelta encabezada por Carlos Carpio en apoyo de José Félix Iguain en 1848, escenificó el giro del que había sido subprefecto, pasando de ser un actor más bien neutral a un decidido

<sup>74</sup> De proporciones, en referencia al contexto demográfico y político de la provincia de Tarapacá como del pueblo de Camiña.

<sup>75</sup> ARA.PA, leg. 15, Oficio del juez de paz Antonio Loayza a subprefecto Carlos Carpio, Tarapacá 9.12.1845, s/f; ARA.PA, leg. 15, Anotaciones del secretario de Cámara Tadeo Chávez, Arequipa 2.3.1846, s/f.

<sup>76</sup> ART.ST, leg. 1, pza. 4, Oficio del subprefecto Carlos Carpio, Tarapacá 4.11.1845, s/f.

opositor a Castilla, liderazgo que asumió junto con José Basilio Carpio y por la cercanía política que comenzó a tener con Iguain que, a partir de su participación en la intentona fraguada en Tacna el 6 de febrero de 1846, también pasó a ser un empecinado adversario del militar tarapaqueño que ostentaba el cargo de presidente del Perú. Carlos Carpio y José Basilio Carpio representaron el prototipo de los primeros salitreros, que terminaron convirtiendo sus intereses económicos, luego políticos, en la plataforma de su sostenida rivalidad con Ramón Castilla. Ambos, con una extensa trayectoria de vida pública, dieron cuenta de la intensa transición que experimentó la lejana provincia de Tarapacá tras el término del Antiguo Régimen y la instalación dificultosa del orden republicano. En el caso puntual de José Basilio Carpio, para la década de 1830 ya había forjado un sitio en la escena tarapaqueña en base a una riqueza contenida tanto en sus haciendas, ubicadas en los valles de Tarapacá, Camiña y en el oasis de Pica, como por la explotación del salitre, lo que le permitió tener una vasta influencia que lo llevó con regularidad a ocupar cargos públicos<sup>77</sup>. Incluso en 1815, como ya vimos, asumió el rol de regidor en el «cabildo patriótico» instaurado por Julián Peñaranda en el periodo que ocupó San Lorenzo de Tarapacá, una función que no le generó perjuicio alguno tras la restauración del orden, aún más, fue integrante de varios cabildos realistas posteriores hasta que, en la década de 1820, se manifestó partidario de la rebeldía independentista. Instaurada la república, ejerció hasta la década de 1840 casi todos los cargos posibles, salvo el de subprefecto<sup>78</sup>. Carlos Carpio, por su parte, en su juventud fue soldado del piquete de infantería realista que resguardaba el partido de Tarapacá en 1819. En la década de 1820, como muchos otros, se pasó al bando patriota, forjando en los años 1830 una posición económica mediante la explotación de salitre que le posibilitó, en el decenio de 1840, emerger como un actor político relevante. Si bien en un comienzo no tuvo una postura declaradamente contraria a Castilla, las diferencias que comenzó a tener desde la revuelta de

<sup>77</sup> Marambio, 2016.

<sup>78</sup> Juez privativo de Aguas, juez de Paz de Distrito, juez Accidental de Primera Instancia, diputado de Minería, alcalde municipal y regidor.

Camiña de 1843 y 1844 con algunos destacados miembros de la sociedad tarapaqueña, férreamente castillistas, a raíz del comentado proceso judicial y su cercanía con los postulados salitreros de José Basilio Carpio, provocaron que en 1846 se declarara su opositor, encontrando en Iguain un perfecto aliado<sup>79</sup>.

Los antecedentes disponibles evidencian que la revuelta de 1848 se fraguó concertadamente en base a los recursos económicos y la disponibilidad de hombres que tenían Carlos Carpio y José Basilio Carpio. Pues bien, lo primero que hizo Iguain apenas salió del puerto boliviano de Cobija, donde llegó desde el exilio para encabezar la revolución, fue dirigirse al pueblo de Pica a juntarse con los mencionados salitreros el 19 de julio de 1848 para, al día siguiente, ser proclamado jefe de gobierno en la oficina salitrera Pampa Negra de propiedad de Carlos Carpio. Reunidos todos los conjurados, entre ellos Mariano Loayza, Asencio Almonte, el exgobernador de Camiña José Mariano Zavala, Guillermo Vera y José Mariano Zarzola, el 22 se dirigieron a la capital de la provincia, con el apoyo de un contingente de 60 hombres, con el propósito de apoderarse de ella, acción que se materializó el 23 de julio a las cuatro de la mañana, a la par de la marcha por tierra desde Arica de las fuerzas gobiernistas, a cargo del coronel Francisco Chocano, por orden del prefecto Rivero. El resultado de esta batalla, que tuvo por centro de operaciones la cárcel (donde se apertrechó el subprefecto Juan Vernal junto al comandante de la Guardia Nacional José María Castilla para defender la capital de la provincia), fue la derrota de las tropas dirigidas por Carpio e Iguain, quienes, a pesar de los numerosos detenidos pertenecientes a sus filas, lograron huir a la pampa salitrera junto a Almonte. De los arrestados, José Basilio Carpio y Mariano Loayza fueron trasladados a Iquique, en cambio Guillermo Vera fue fusilado por medio de un consejo de guerra dirigido por el jefe de la Guardia Nacional, José María Castilla, quien era nada menos que sobrino de Ramón Castilla. Finalmente,

<sup>79</sup> Francisco Esteban García, «Piquete de infantería de línea que guarece el Partido de Tarapacá», en *Revista del Comisario, Tarapacá* 15-1.1819, s/f; *ARA.PA*, leg. 15, Demanda de Carlos Carpio contra Mariano Vernal, Tarapacá 29.7.1845, s/f; *El Comercio*, Lima 1.4.1846, p. 4.

Carlos Carpio fue capturado en Iquique, el 26 de julio, por la fuerza comandada por el gobernador accidental y capitán de puerto Ildefonso Loayza, al intentar tomarse este puerto. Iguain, en tanto, fue apresado el día 29 del mismo mes en la oficina salitrera Pampa Negra, es decir, donde se había iniciado la revuelta, tras fugarse de la batalla de Iquique. Ambos fueron embarcados, junto a los otros detenidos, al Callao<sup>80</sup>.

Si bien al año siguiente, el 20 de agosto de 1849, se decretó una amnistía general con la anuencia del gobierno de Ramón Castilla, en la provincia de Tarapacá los ánimos no se amainaron, más aún con la muerte de Guillermo Vera a raíz del consejo de guerra verbal que llevó a cabo José María Castilla el mismo día 23 de julio de 1848, lo que fue catalogado por los detractores del castillismo como una venganza injustificable y por el propio prefecto Mariano Eduardo Rivero como «monstruoso e ilegal», únicamente entendible «por la exaltación de las pasiones, espíritu de partido y odios personales», dejando con ello en evidencia que en los parajes tarapaqueños se había desatado una encarnizada pugna que se sostenía en lógicas sustancialmente locales y personales. Prueba palpable de lo anterior fueron las protestas contra Castilla y su partidarios en San Lorenzo de Tarapacá en febrero de 1849 durante los días de carnaval, todas ellas catalogadas por José María Castilla como «atentatorias contra la estabilidad del gobierno y sosiego público», ofensivas «a la moral pública» y trastornadoras de «la soberanía de las leyes vigentes de nuestra sagrada constitución», adjetivos que tuvieron que ver más con su postura política y los duros insultos propinados por sus detractores, que con la gravedad de los acontecimientos<sup>81</sup>.

Lo cierto es que estas manifestaciones, impulsadas por Ildefonso Reyes, Francisco Morales, Juan Vernal Claro, Eugenio Carpio,

<sup>80</sup> ART.ST, leg.1, pza.19, Oficio del jefe de la fuerza Francisco Chocano al prefecto, Iquique 4/8/1848, s/f; El Peruano, Lima 6/8/1848, pp. 49-52; 9/8/1848, p. 56 y 12/8/1848, pp. 50-60; El Comercio, Lima 7/8/1848, pp. 4-5.

<sup>81</sup> El Peruano, Lima 6/6/1848, pp. 50-51; 25/8/1849, p. 63 y 1/9/1849, p. 74; ART. ST, leg.1, pza.20, Oficios del comandante militar de la provincia José María Castilla al subprefecto, Tarapacá 24/2/1849 y 1/3/1849, s/f; ART.ST, leg.1, pza.20, Oficio del subprefecto Juan Chocano al prefecto, Tarapacá 28/2/1849, s/f.

Cornelio Capetillo, Pedro Rodríguez, Bernardo Morales, Miguel Morales, Rudecindo Torbalay e Isabel Olcay, más allá de la embriaguez propia del desanfado carnavalesco, tuvieron un propósito político delatado en las consignas «mueran los castillistas», «castillistas ladrones» y «viva Iguaín, muera Castilla», lo que fue aquilatado vivazmente por los aludidos que reaccionaron o reconviniendo a los vociferantes tomando en cuenta el estado de embriaguez, tal como lo hicieron los parientes directos del presidente Petrona Castilla y Mariano Vernal Marquezado, o bien intentando responder con agresión física, tal como ocurrió con José Santos Barreda, que quiso darle bofetadas a Isabel Olcay por sentirse «irritado por semejante atentado», lo que fue evitado por la oportuna intervención de su esposa. De esta manera, la excusa del estado etílico, que fue usada por los sumariados para desligarse del proceso judicial —lo que finalmente lograron, al decretar la corte de Tacna la libertad inmediata de todos ellos—, no logró opacar la matriz del conflicto en torno a la pugna entre los adherentes y los detractores de Ramón Castilla<sup>82</sup>. La declaración que parte de los inculpados le hicieron llegar al subprefecto Chocano, el día 4 de marzo de 1849 desde la cárcel de San Lorenzo de Tarapacá, bajo el rótulo «hombres como nosotros dedicados a nuestros continuos trabajos de la elaboración de salitre», dio cuenta de los alcances que había adquirido la trama política local:

Desde tiempos muy atrás cuando se proclamó Constitución y Leyes en esta Provincia se formó un club de oposición que quería ahogar esta voz de Libertad ¿Quienes la componían Sr. Coronel Subprefecto? Le diremos a VS y se lo dirá la Provincia entera, los SS. Zavalas, Vernales, Dr. Luza y otros pocos; para felicidad dela nación y felicidad nuestra, venció la causa de los pueblos y hubo Leyes y Constitución; pero al mismo tiempo quedó un odio reconcentrado y permanente en el corazón de los referidos contra todos aquellos que sostuvieron la causa

<sup>82</sup> ART.ST, leg. 1, pza. 20, Sumario de los interrogatorios por los hechos ocurridos durante los días de carnaval, Tarapacá 24.2.1849, s/f; ART.ST, leg. 1, pza. 20, Oficio del comandante militar de la provincia José María Castilla, Tarapacá 29.2.1849, s/f; ART.ST, leg. 1, pza. 20, Oficio del agente fiscal al prefecto, Tacna 12.3.1849, s/f; ART.ST, leg. 1, pza. 20, Instructivo del prefecto al subprefecto de Tarapacá, Tacna 13.3.1849, s/f.



triunfante; desde esa fecha Sr. no han desperdiciado la ocasión más pequeña para hostilizar, oprimir y aun desaparecer a estos; por un castigo sin duda de la Providencia y estando de Gobernador de este Distrito D. Juan Vernal separó del Supremo Gobierno de la Subprefectura al Sr. Vidaurre también por influjo de ellos y con miras particulares y recayó este puesto en el dicho Gobernador; llegó el momento aciago de las venganzas, se persiguió tenazmente a los Constitucionales, en una palabra se trató de exterminarlos. Oprimidos estos y vejados en todo sentido trataron deshacer el Yugo que los tenía uncidos y esto fue lo que ocasionó el trastorno de Julio del año pasado en que como fieras se lanzaron los ya citados anticonstitucionales a resarcirse en la sangre de sus hermanos, y lo que tubo dolorosamente lugar en cierto modo<sup>83</sup>.

Más allá de los acomodos argumentales de los declarantes, orientados a obtener tanto un resultado judicial a su favor aludiendo inocencia, como también político al involucrar al subprefecto, lo que dejaron en evidencia con sus declaraciones fue la trama de fondo, es decir, un «odio reconcentrado y permanente en el corazón» entre los partidarios y los detractores de Castilla que no había terminado de cerrar, cuestión que se plasmó aún más, denotando la persistencia del conflicto, con la detención, en marzo de 1850, del industrial salitrero Gregorio Aranibar, según el subprefecto Chocano un individuo «faccioso del año 48 en la revolución estallada en esta provincia», por haber proferido en público que el presidente Castilla era un «asesino, estafador y ladrón del tesoro público y de los intereses nacionales»<sup>84</sup>.

La revolución de 1854 vino a ser un nuevo campo de batalla para resolver las diferencias políticas locales entre los que estaban a favor y en contra de Castilla. No por nada en los parajes tarapaqueños esta revolución, que involucró a todo el sur del Perú, se inició el 8 de marzo con la proclama emitida por los castillistas de Iquique a

<sup>83</sup> ART.ST, leg. 1, pza. 20, Declaración dirigida al subprefecto, Tarapacá 4.3.1849, s/f. Los subscriptores de la carta fueron Bernardo Morales, Rudecindo Torbalay, Ildefonso Reyes, Pedro Rodríguez, Miguel Morales e Isabel Olcay.

<sup>84</sup> ART.ST, leg. 1, pza. 21, Oficio del subprefecto Juan Chocano al prefecto, Tarapacá 5.3.1850, s/f; AJI, leg. 1425, pza. 5, Juicio por desacato, Tarapacá 30.3.1850, fj. 1-17v.

favor de los preceptos liberales y en contra de la presidencia de Echenique, proclama que tuvo una réplica en la localidad de Camiña<sup>85</sup>. Como era previsible, la designación de autoridades por parte de los castillistas encontró una férrea oposición por parte de sus detractores que residían en San Lorenzo, inconveniente que lo reconoció el subprefecto impuesto por los rebeldes, Juan Bautista Zavala, en un informe enviado a mediados de marzo al prefecto del departamento de Moquegua, también de facto, al comentar que no había podido marchar hacia Iquique para «hacer algunos arreglos importantes al servicio de la causa que hemos abrazado» por las «serias atenciones que me han rodeado en esta capital», queriendo señalar con ello los hechos ocurridos en la mañana del día siguiente a su nombramiento, y que tuvieron por protagonista al gobernador del distrito de Tarapacá Juan Vernal, destituido a la distancia el mismo día 8 de marzo por haber adherido a la postura gobiernista<sup>86</sup>.

Pero no solo en San Lorenzo los revolucionarios castillistas encontraron resistencia, también en Iquique donde el 2 abril se realizó una manifestación en contra del designado gobernador del distrito, Manuel Legay, un acontecimiento que para Juan Bautista Zavala venía a «destruir la convicción de que nuestra causa no tenía ningún enemigo en la provincia»<sup>87</sup>. Legay no solo fue groseramente insultado, sino además los manifestantes destrozaron a pedradas las ventanas y la puerta de su casa. Esto obligó a Zavala a mandar desde San Lorenzo un contingente de 32 hombres para restaurar el orden, los que llegaron en la tarde del día 3. El 4 de abril se desató en distintas calles del puerto un nuevo enfrentamiento entre tropas anticastillistas, partidarias de Echenique y acaudillados por Isidoro Márquez, e integrantes del bando castillista, provocando tres muertos y siete heridos, todos de la facción gobiernista, los que salieron derrotados de esta confrontación armada. Esto obligó a los

<sup>85</sup> ART.ST, leg. 1, pza. 25, Oficio del subprefecto Zavala al prefecto, Tarapacá 14.3.1854, s/f; ART.ST, leg. 1, pza. 25, Oficio del gobernador de Camiña al subprefecto, Camiña 28.4.1854, s/f.

<sup>86</sup> ART.ST, leg. 1, pza. 25, Oficio del subprefecto Zavala al prefecto, Tarapacá 14.3.1854, s/f.

<sup>87</sup> ART.ST, leg. 1, pza. 25, Oficio del subprefecto Zavala al prefecto, Tarapacá 14.3.1854, s/f.

derrotados a refugiarse en las oficinas salitreras que controlaban sus líderes<sup>88</sup>. Un importante periódico limeño dijo sobre estos hechos que el «pronunciamiento de Tarapacá prueba que hubo resistencia para la revolución y para las simpatías que el general Castilla disfruta en su propio país»<sup>89</sup>.

Tras la batalla de enero de 1855 en la hacienda La Palma, ubicada al sur de Lima, entre los actuales distritos de San Isidro y Miraflores, y que selló el triunfo de Ramón Castilla, las tropas adversarias, que apoyaban a Echenique, abandonaron San Lorenzo e Iquique, recuperando los partidarios de Castilla toda la provincia, siendo su primera determinación iniciar un juicio contra los «prestadores de servicio de la tiranía», entre ellos José Julián Luza, Calixto Gutiérrez de la Fuente, Ildefonso Loayza, Mariano Vernal, José Osorio, Manuel Montealegre, Mariano Oviedo, Rafael Butrón, Juan Vernal y José Santos Paniagua, todos ellos ilustres tarapaqueños ligados, directa o indirectamente, a la actividad salitrera<sup>90</sup>. Sin embargo, el acontecer de los tarapaqueños estuvo lejos de la absoluta tranquilidad. En junio de 1855 el gobernador de Iquique le informó al subprefecto que los chilenos reclutados por los opositores a Castilla se habían levantado, el día 21 de ese mes, en las oficinas salitreras La Nueva Noria y La Peña. Ante este peligro, el 24 reunió a 28 nacionales y sus respectivos oficiales para marchar hacia las oficinas salitreras mencionadas. En La Peña tomaron registro de los trabajadores chilenos y luego procedieron a embarcarlos de regreso a su país a efecto de impedir «escándalos alarmantes y peligrosos al sosiego de la provincia». En La Nueva Noria este procedimiento no se pudo llevar a cabo porque los alborotadores habían huido hacia Bolivia<sup>91</sup>.

Aquietadas parcialmente las aguas confrontacionales, los tórridos y desiertos parajes de Tarapacá volvieron a agitarse producto de la

<sup>88</sup> ART.ST, leg. 1, pza. 25, Oficio del comandante militar al subprefecto, Tarapacá 4.4.1854, s/f; ART.ST, leg. 1, pza. 25, Oficio del subprefecto Zavala al prefecto, Tarapacá 4.4.1854, s/f.

<sup>89</sup> El Comercio, Lima 10.4.1854, p. 3.

<sup>90</sup> ART.ST, leg. 1, pza. 26, Oficio del subprefecto Juan Olcay al prefecto, Tarapacá 14.2.1855, s/f y 2.3.1855, s/f.

<sup>91</sup> ART.ST, leg. 1, pza. 26, Oficio del subprefecto Celestino Vargas al prefecto, Tarapacá 30.6.1855, s/f.

revolución encabezada, una vez más, por Manuel Ignacio Vivanco, entre 1856 y 1858. Este estado de latencia e incertidumbre provocó que a fines de enero de 1856 el subprefecto José Taramona le comunicara al comandante de la corbeta de guerra *Loa*, jefe de la estación sur, que estaba tomando registro de aquellos individuos que pudieran perturbar la tranquilidad pública, más aún cuando la provincia se encontraba sin guarnición que pudiese resguardarla. Esta preocupación, finalmente, se hizo realidad dos años más tarde cuando, en enero de 1858, las fuerzas del general Rivas, leales a Vivanco, desembarcaron en Iquique aislando a los pueblos del interior. Esta ocupación, al no poder acceder a los valles por estar controlados por los castillistas, y al no contar con un decidido apoyo de los salitreros que sufrieron la paralización de su comercio, duró poco y ya a fines de febrero se retiraron para invadir Arica. Así, a inicios de marzo, a dos días de la salida de Rivas, el subprefecto Manuel Almonte Viguera, férreo partidario de Castilla, retomó Iquique con una fuerza de 250 hombres, de los cuales 50 quedaron en el pueblo de San Lorenzo, siendo los restantes enviados a Moquegua para unirse a las fuerzas leales a Castilla para recuperar Tacna en manos de los partidarios de Vivanco<sup>92</sup>. Si bien esta guerra civil, la más extensa del siglo XIX, terminó con el triunfo indiscutible de Ramón Castilla, en la provincia de Tarapacá su hegemonía política siguió siendo pábulo de una intensa disputa por parte de sus detractores que, en los años venideros, incrementaron aún más su poder económico al expandirse el comercio salitrero, un escenario que tasó con agudeza el periódico limeño *El Comercio* al comentar que, a propósito de la convocatoria del propio Castilla a una elección presidencial que le permitiera al Perú pasar de un presidente provisional (que él mismo detentaba) a uno constitucional (al que aspiraba), no había duda alguna que el «castillismo de las masas» triunfaría en Arica y Moquegua, pero que en Tarapacá tal victoria electoral era una «interrogante»<sup>93</sup>.

<sup>92</sup> ART.ST, leg. 1, pza. 27, Oficio del subprefecto José Taramona al jefe de la estación sur, Tarapacá 29.1.1856, s/f; *El Comercio*, Lima 10.1.1858, p. 3; 25.2.1858, p. 2 y 11.3.1858, p. 2.

<sup>93</sup> *El Comercio*, Lima 25.6.1858, p. 3. Un interesante, aunque discutible análisis de la relación de Castilla y los sectores populares en Pinto, 2016, pp. 547-578.

## LA IRRIGACIÓN DEL DESIERTO Y LA COMISIÓN AGRÍCOLA PAMPA DEL TAMARUGAL

Durante la década de 1870 Tarapacá experimentó tres procesos, además de la guerra entre Perú, Chile y Bolivia, que marcaron con un acelerado arrebato su acontecer: la expansión definitiva de la industria salitrera, la crisis terminal de la renta guanera y, como correlato de las anteriores, la llegada del gobierno civilista de Manuel Pardo y su política salitrera, que involucró el estanco y la expropiación. Todo (la política, la economía, la vida social), con justa razón, parecía oler y saber a salitre; sin embargo, tras este arrollador vértigo llamado «oro blanco» hubo una persistente y larga dinámica asociada a la obtención de recursos hídricos asociada a la posibilidad de desarrollar en los desérticos parajes tarapaqueños una «industria agrícola», sobre todo en la Pampa del Tamarugal. Así, desde muy temprano se desarrolló una seguidilla de iniciativas con este fin, entre ellos, el proyecto del ingeniero estadounidense John H. Blake de 1843; la propuesta que presentó, a fines de 1856 a la Convención Nacional, el diputado Juan Bautista Zavala y que consistía en crear una junta de irrigación que administrara e impulsara obras financiadas mediante el cobro de un impuesto a la exportación del bórax; el proyecto del ingeniero chileno Francisco Puelma de 1855; la evaluación de factibilidad para la irrigación de la Pampa del Tamarugal realizada por ingeniero M.J. Church en 1863, y la formación durante 1869 en San Lorenzo de una comisión compuesta por Joaquín del Carpio (gobernador del distrito), Pedro José Mercado (miembro del concejo municipal), Manuel O. Vega, José Quiroga, Esteban Vernal y Manuel Capetillo, destinada al «reconocimiento para el desarrollo de obras hidráulicas en el valle de Tarapacá para fomento agrícola», incluída la opción de «fertilizar las hermosas pampas de Iluga en la desembocadura de la del Tamarugal»<sup>94</sup>.

<sup>94</sup> Blake, 1843, pp. 1-12; Informe de la Comisión de Agricultura sobre el Proyecto de Irrigación de la Provincia de Tarapacá presentado a la Convención Nacional, Lima 1857, pp. 3-10; Puelma, 1855, pp. 665-673; Billingham, 1886, p. 104 y 1893, pp. 88-89; El Eco de Tarapacá, N° 13, Año 1, Tarapacá 28.12.1869, p. 2. Anexado en: AGNP, Expedientes Oficiales del Ministerio de Hacienda (en

Este conjunto de iniciativas hizo que una buena parte de la opinión pública tarapaqueña, sobre todo la prensa, instalara una verdadera campaña de apoyo a la fertilización del desierto, lo que llevó al prefecto Miguel Valle-Riestra a pedirle al ministro de Gobierno que a «esta sección de la República» no la favorecieran ni con «vías férreas, ni suntuosos monumentos de crecido valor», sino «únicamente con la irrigación de la pampa del Tamarugal y el aumento de las aguas de Tarapacá»<sup>95</sup>. Así, a fines de 1870, un editorial de *El Mercurio de Iquique* espetó que había «llegado el tiempo de que el Supremo Gobierno en cumplimiento de las diferentes disposiciones que ha dado a este respecto mande una o dos personas competentes de entre el selecto cuerpo de ingenieros con el loable fin de irrigar la [provincia]»<sup>96</sup>.

La persistencia de esta campaña durante todo el transcurso del año 1871, llevó a que en 1872 el gobierno le solicitara al ingeniero Oton Buchwald la realización de un acabado estudio del sistema hidrológico de la Pampa del Tamarugal y su potencialidad económica agrícola<sup>97</sup>. Este estudio, a diferencia de los anteriores, tuvo como resultado la primera propuesta que se conoce de manejo integral y sustentable del recurso forestal del desierto de Atacama amparado en análisis científicos. La proposición de Buchwald consignó, primero, la reforestación de toda el área de Canchones y Refresco desde La Tirana a la Huayca-Cumiñalla, de norte a sur, y de la línea La Calera-Pica-Puquio Núñez a los bordes de los salares de Bellavista y Pintados, de este a oeste. Segundo, la utilización privilegiada del algarrobo por sus cualidades como pasto, leña, alimento para ganado y consumo doméstico de su fruto. Tercero, la plantación de 10 mil a 12 mil árboles en una superficie de 10 hectáreas hasta llegar a un promedio de 100 mil unidades cada un kilómetro. Cuarto, la administración del área reforestada por un guardabosque<sup>98</sup>.

---

adelante MH), leg. OL-503, pza. 3206, caja 937, Informe del prefecto sobre obras hidráulicas para el valle de Tarapacá, Iquique 1869, s/f.

<sup>95</sup> El Mercurio de Iquique, Iquique 5.2.1870, p. 3.

<sup>96</sup> El Mercurio de Iquique, Iquique 12.12.1870, p. 1.

<sup>97</sup> Billinghamurst, 1886, p. 104; Bermúdez, 1977, p. 415.

<sup>98</sup> Billinghamurst, 1886, p. 105 y 1887, pp. 152-153; Bermúdez, 1977, pp. 415-416.

Para concretar esta iniciativa, el presidente Manuel Pardo promulgó el 13 de mayo de 1873 un decreto que, por una parte, legalizó la vigilancia de las áreas boscosas y, por otra, penalizó su destrucción<sup>99</sup>, además de formalizar la creación de la Comisión Agrícola Pampa del Tamarugal, una instancia que tuvo por meta principal la recuperación de la masa de árboles de copa alta con capacidad de atracción de la humedad atmosférica en zonas despo- bladas de vegetación e incentivar la agricultura<sup>100</sup>. Puntualmente, mediante este decreto se autorizó al prefecto de Tarapacá para que concediera a quienes lo solicitaran hasta 20 hectáreas para ser cultivadas con sementeras y árboles, con un plazo de vencimiento de inicio de las plantaciones de un año para la mitad y de tres para la totalidad del terreno entregado. Cumplido con lo anterior, la concesión se extendería por 10 años para las sementeras y de 20 para los árboles, además de consignar el pago de un canon anual de 10 soles por hectárea a partir del cuarto año para las sementeras y del sexto para los árboles<sup>101</sup>. Debido a numerosas críticas sobre los plazos y condiciones, el decreto se modificó el 8 de octubre de 1873, estableciéndose esta vez el tiempo máximo para cumplir con el inicio de los cultivos de dos años para la mitad y de cuatro para el total de las hectáreas concesionadas<sup>102</sup>.

No obstante las intenciones de esta medida gubernativa, los logros no fueron sustanciales. Contra su efectividad actuó desde un comienzo la recurrente falta de recursos tanto para implementar una red de vigilancia, como para sostener los requerimientos de funcionamiento de la Comisión Agrícola, tal como lo recalcó su encargado, Miguel Valle-Riestra, al solicitar a fines de noviembre de 1873 una asignación adicional de tres mil soles para reforzar la operatividad<sup>103</sup>, como en un oficio que le dirigió el 20 de diciembre del mismo año al ministro de Hacienda indicándole que desde que se hizo cargo de la repartición, algo más de seis meses atrás, había

<sup>99</sup> Billingham, 1893, p. 166.

<sup>100</sup> Bermúdez, 1977, p. 416.

<sup>101</sup> El Mercurio de Iquique, Iquique 24.5.1873, p. 2.

<sup>102</sup> El Mercurio de Iquique, Iquique 14.10.1873, p. 3.

<sup>103</sup> AGPN-MH, leg. OL-514, pza. 2036, caja 97, Iquique 12.11.1873, s/f.

«tenido que luchar con inconvenientes casi insuperables provenientes de las dificultades que la caja fiscal de aquella provincia ha tenido para cubrir los gastos más urgentes de la comisión»<sup>104</sup>.

La falta de recursos económicos no solo tuvo que ver con un tema estricto de gestión, sino con una barrera estructural casi insalvable a debida cuenta que el gobierno de Manuel Pardo recibió al país con una crisis financiera de proporciones<sup>105</sup>, lo que dificultó desde un comienzo tanto la entrega a tiempo de los aportes regulares comprometidos desde el nivel central, como, a medida que pasaron los meses, la posibilidad de obtener montos adicionales tanto en Lima como en Iquique. A este inconveniente se le sumó, a poco andar, la Comisión Agrícola, una férrea oposición a Valle-Riestra desde ciertos sectores influyentes de la zona a causa de una predisposición difícil de subsanar que provenía desde que en 1868 asumió, por disposición del presidente José Balta, el cargo de primer prefecto de la recién creada Provincia Litoral no siendo oriundo de la zona, pero además por tomar la decisión de ejercer su rol de máxima autoridad política radicándose en Iquique y no en San Lorenzo de Tarapacá, a pesar de que esta última localidad todavía era la capital de la provincia<sup>106</sup>. Por tanto, Valle-Riestra se encontró con una doble dificultad para conseguir aportes monetarios que le permitieran poner en marcha la Comisión Agrícola. Por una parte, no le era posible obtenerlo desde el gobierno central por la crisis económica que atravesaba el país al declinar el ciclo guanero; por otra, tampoco desde el gobierno provincial, al no ser bien acogido por quienes tomaban decisiones tanto en Iquique (el centro financiero-mercantil) como en San Lorenzo de Tarapacá (la capital político-administrativa).

<sup>104</sup> AGPN-MH, leg. OL-516, doc. Comisión Agrícola del Tamarugal, Lima 20.12.1873, s/f.

<sup>105</sup> Basadre, 2014, pp. 150-185; Flores, 2000, pp. 39-44 y 2018, pp. 64-65.

<sup>106</sup> La prensa iquiqueña de la época (1867-1868) deja en evidencia que en vastos sectores influyentes de Tarapacá hubo una expectativa muy alta para que el presidente Balta nombrara, como primer prefecto de la creada Provincia Litoral, a un genuino tarapaqueño, el cual tendría más que ningún otro el entendimiento, interés y capacidad para llevar a cabo los anhelos de progreso económico, como la capacidad de frenar el abandono en que se encontraba por parte del gobierno central. Como esto no sucedió, la resistencia a Valle-Riestra fue creciendo a medida que transcurrió su desempeño como prefecto, críticas que terminaron cuando dejó el cargo los primeros días de 1870.



Por si fuera poco, en un momento clave respecto a la constitución operativa de la Comisión Agrícola Pampa del Tamarugal, Valle-Riestra debió enfrentar adicionalmente un creciente rechazo hacia esta iniciativa de protección del bosque de tamarugos y algarrobos por ser vista como una movida subrepticia del gobierno de Pardo para contener la férrea oposición a su proyecto del estanco salitrero, medida que desde un inicio fue asumida transversalmente por los tarapaqueños como un perjuicio para los intereses de la zona y un indicio más del poco interés del gobierno central por esta parte del territorio nacional<sup>107</sup>. En consecuencia, ante un Valle-Riestra cuestionado y una Comisión Agrícola rechazada *a priori* por ser vista como un paliativo al interés del gobierno central y la oligarquía limeña por hacerse de la renta salitrera, sacrificando el destino de los tarapaqueños, hizo inviable el sostener la iniciativa de cuidar y recuperar el bosque del Tamarugal mediante la gestión de un área protegida. Precisamente esto delató el editor de *El Mercurio de Iquique*, en una de sus ediciones de mediados de 1873:

¿Qué género de concesión es aquella que se hace solo por 10 años, y que impone la condición de que se pague un canon al Estado al hacerse productivo ese terreno eriazoso que en el día posee ningún valor? [Evidentemente] concesiones liberales, que son tan frecuentes en el día [y que] destruyen para siempre la esperanza de vernos un día independientes, ya que un capítulo de mezquindad anima al gobierno a reducir a la condición de feudos a nuestros labradores del Tamarugal<sup>108</sup>.

Bajo estos términos, la única posibilidad de que esta iniciativa siguiera funcionando fue que primaran los criterios económicos de corto plazo por sobre los beneficios medioambientales de mayor alcance, sobre todo para mitigar la idea, extendida entre los rivales al gobierno de Pardo, de que la Comisión Agrícola era más bien un instrumento para afianzar las pretensiones monopólicas del Estado controlado por los civilistas que una herramienta de desarrollo para la provincia. Entonces, como era de esperar, tanto los inconvenientes

<sup>107</sup> González, 2012; Castro, 2017.

<sup>108</sup> El Mercurio de Iquique, Iquique 1.6.1873, p. 2.

operativos como la férrea obstrucción de los sectores locales vinculados al empresariado salitrero terminaron por provocar que, al poco tiempo, se desvirtuara el propósito inicial de esta Comisión Agrícola, al derivar sus esfuerzos hacia el fomento del cultivo de la alfalfa, una planta de valor comercial inmediato al estar destinada al consumo de los animales de carga utilizados en las faenas extractivas del salitre. De esta manera, la Comisión Agrícola Pampa del Tamarugal dejó de ser funcional a la recuperación del bosque nativo, decretándose su disolución a mediados de 1875 para beneplácito de sus detractores<sup>109</sup>, los mismos que llegaron a decir, un año más tarde, que era necesario y obligatorio dejar constancia «para toda época» del «escandaloso derroche que hizo el gobierno de don Manuel Pardo en las pampas del Tamarugal»<sup>110</sup>, aduciendo con ello tanto al sueldo que le fue asignado a Valle-Riestra, como a su equivocada política del estanco y monopolio del salitre y la idea de compensar a la provincia con la activación de planes de riego y reforestación. Lo curioso de estos cuestionamientos es que, en paralelo, un grupo de agricultores del valle de Tarapacá con intereses salitreros, entre ellos Antonio Cevallos, Fermín Vernal, Félix Olcay, Eduardo Cauco, Manuel Vernal, Marcelino Luza, Andrés Loayza, Mariano Perea y otros, estaban creando una sociedad anónima destinada a implementar un proyecto de irrigación, tanto de la quebrada como de una área aledaña a la Pampa del Tamarugal, desaguando aguas cordilleranas<sup>111</sup>, poniendo, de este modo, en entredicho los argumentos desacreditadores de la Comisión Agrícola.

<sup>109</sup> El Comercio, Iquique 4.7.1875, p. 2.

<sup>110</sup> El Comercio, Iquique 16.9.1876, p. 2.

<sup>111</sup> Archivo Nacional de Chile, Fondo Notarial de Tarapacá, vol. 14, protocolo 1876, minuta 79, San Lorenzo de Tarapacá 20.6.1876, f. 73-77; Archivo Nacional de Chile, Fondo Notarial de Iquique, vol. 18, registro 62, doc. 22, Iquique 21.6.1876, f. 27v-28.

## CONCLUSIONES

Perú y Chile tienen un vínculo indisoluble, la historia de Tarapacá del siglo XIX es la mejor muestra de ello. De ahí que es necesario que los tarapaqueños, como los peruanos y chilenos, comiencen a reconocer esos personajes que fueron forjando, en los áridos parajes del desierto de Atacama, la conformación de una sociedad vital, transfronteriza y regional, con aportes nativos y migrantes. Nuestra memoria está en deuda con Julián Peñaranda, aunque cuzqueño, fue la ruta inicial que tomó el proceso de la independencia, en un momento donde los estados nacionales eran apenas una vaga utopía para arrimarse al partido de Tarapacá; con Pascual Flores, un peón minero probablemente mulato, que se alzó en Huantajaya para reivindicar ciudadanía, demostrando de paso que la independencia no solo fue una cuestión de elites, sino también de sectores populares; con José María Castilla, el leal sobrino de Ramón Castilla que estuvo dispuesto a defender sus intereses a cualquier costo, disposición que no se puede condenar *a priori* sin tomar en cuenta que fue el villano que evitó que a su tío le salpicaran las gotas de violencia y le mancharan su vistoso traje de general; con Carlos Carpio, uno de los grandes adversarios del militar más ilustre de San Lorenzo y uno de los salitreros pioneros que supo avizorar el destino manifiesto del llamado oro blanco; con José Basilio Carpio, un viejo minero que llegó a ser, qué duda cabe, el arquetípico agente que supo navegar con éxito la transición política, social y económica que experimentó Tarapacá durante la primera mitad del siglo XIX; con Juan Bautista Zavala, no solo uno de los personajes tarapaqueños más leales a Ramón Castilla, sino también el diputado que supo apreciar la riqueza agrícola de la Pampa del Tamarugal; con Calixto Gutiérrez de la Fuente, el subprefecto que aglutinó a la sociedad tarapaqueña y logró expulsar a las fuerzas invasoras en 1842; con Miguel Valle-Riestra, el primer subprefecto de la provincia Litoral de Tarapacá e impulsor del proyecto de la Comisión Agrícola Pampa del Tamarugal; con los hermanos Antonio y Agustín Bioldo que apuntalaron, con la ayuda de algunos indios, la derruida iglesia de el Pozo del Carmen para evitar su desplome y del viejo José Arroyo, que se consagró

a custodiar las cosas de la iglesia como la imagen de la Virgen del Carmen; con Juan de Dios Hidalgo, que asumió la mayordomía de la fiesta de Nuestra Señora del Carmen en el Pozo de Santa Rosa, y con el propio Ramón Castilla que, con sus virtudes y defectos, fue el constructor del Estado peruano. Nada justifica que una calle o avenida de Iquique no lleve su nombre.

## BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, MAURO, «Un pueblo que a grito herido pide remedio para la miseria: el proyecto republicano del Perú entre el centralismo limeño y el regionalismo tarapaqueño visto a través de los editoriales de *El Comercio* y *El Mercurio de Iquique* (1870-1879)». Tesis de licenciatura en Historia con mención en Ciencia Política. Viña del Mar: PUCV, 2018.
- ARÉVALO, ALEXIS, «En honor al bicentenario de Francisco Antonio de Zela y el primer grito libertario», en *Mercurio Peruano. Revista de Humanidades*, N° 524, pp. 51-66, 2011.
- ASEBEY, RICARDO, «Charcas y Buenos Aires: guerrilla, relación e independencia», en Rossana Barragán *et al.*, *Reescrituras de la Independencia. Actores y territorios en tensión*. La Paz: Coordinadora de Historia, Plural, Academia Boliviana de la Historia, pp. 385-432, 2012.
- BERMÚDEZ, ÓSCAR, *Historia del salitre desde sus orígenes hasta la guerra del Pacífico*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1963.
- BERMÚDEZ, ÓSCAR, «La 'agricultura sin riego' en la zona de Canchones (Tarapacá, Norte de Chile)». Altos de Vilches: Actas del Séptimo Congreso de Arqueología de Chile, Tomo II, pp. 409-428, 1977.
- BLAKE, JOHN H., «Geological and Miscellaneous Notice of Tarapaca», en *The American Journal of Science & Arts*, N° 4, pp. 1-12, 1843.
- BILLINGHURST, GUILLERMO, *Estudio sobre la geografía de Tarapacá*. Santiago: Imprenta de El Progreso, 1886.
- BILLINGHURST, GUILLERMO, *El abastecimiento del agua potable del puerto de Iquique*. Iquique: Imprenta Española, 1887.
- BILLINGHURST, GUILLERMO, *La irrigación de Tarapacá*. Santiago: Imprenta Ercilla, 1893.
- BROWN, KENDALL Y GRAIG, ALAN, «Silver mining at Huantajaya, Viceroyalty of Peru», en Alan Craig y Robert West, eds., *In Quest of Mineral Wealth. Aboriginal and Colonial Mining and Metallurgy in Spanish America*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, pp. 303-327, 1994.

- CAHILL, DAVID, «Una visión andina: el levantamiento de Ocongate de 1815», en *Histórica*, vol. XII, N° 2, pp. 133-159, 1988.
- CASTRO, LUIS, «Demanda de ciudadanía, construcción de nación y rentismo minero: los planteamientos regionalistas de los habitantes de la provincia peruana de Tarapacá (1827-1874)», en *Temas Americanistas*, N° 39, pp. 37-66, 2017.
- CONDORI, JOSÉ VÍCTOR, «Sociedad, identidad y regionalismo en Arequipa, 1780-1830», en *Historia*, N° 9, pp. 47-71, 2010.
- DAGNINO, VICENTE, *El ayuntamiento de Tacna*. Tacna: Taller Tipográfico de Carlos García Dávila, 1910.
- DEUSTUA, JOSÉ, «Guano, salitre, minería y petróleo en la economía peruana, 1820-1830», en Carlos Contreras, ed., *Compendio de historia económica del Perú*, tomo 4. Lima: IEP-BCRP, pp. 165-237, 2011.
- DÍAZ, ALBERTO Y MORONG, GERMÁN, «De miserias y desiertos. Indios y tributación en el sur peruano. Sibaya 1822», en *Diálogo Andino*, N° 26, pp. 59-77, 2005.
- DONOSO, CARLOS, «El puerto de Iquique en tiempos de administración peruana», en *Historia*, vol. 36, pp. 123-158, 2003.
- DONOSO, CARLOS, «Estado y sociedad en Iquique bajo administración peruana 1821-1873». Tesis de doctorado en Historia. Santiago: Universidad de Chile, 2007.
- DONOSO, CARLOS, «Prosperidad y decadencia del mineral de Huantajaya: una aproximación», en *Diálogo Andino*, N° 32, pp. 59-70, 2008.
- FIGUEROA, CAROLINA, «Continuidad y cambio: la institución del cacicazgo y la problemática de la ciudadanía en Tarapacá (norte de Chile), desde el periodo tardocolonial hasta 1837», en *Revista Andina*, N° 46, pp. 61-84, 2008.
- GARCÍA CAMBA, ANDRÉS, *Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú 1822-1825*, tomo II. Madrid: Editorial América, 1916.
- GAVIRA, MARÍA CONCEPCIÓN, «Producción de plata en el mineral de San Agustín de Huantajaya (Chile), 1750-1804», en *Chungará*, vol. 37, pp. 38-40, 2005.
- GONZÁLEZ, SERGIO, «La lixiviación cultural del hombre y el desierto (1830-1930): la transformación del desierto en pampa y del enganchado en pampino», en *Polis*, N° 9, pp. 1-12, 2004. Disponible en: <http://journals.openedition.org/polis/7351>
- GONZÁLEZ, SERGIO, «La resistencia de los tarapaqueños al monopolio salitrero peruano durante el gobierno de Manuel Pardo, desde el estanco a la expropiación (1872-1876)», en *Chungará*, vol. 44, N° 1, pp. 101-114, 2012.

- GLAVE, LUIS MIGUEL, «Guerra, política y cultura en la génesis de la independencia andina, 1808-1815», en *Nueva Corónica*, N° 2, pp. 189-230, 2013.
- GÜEMES, LUIS, *Güemes documentado*, tomos 3, 4 y 6. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra Viamonte, 1980.
- GUERRERO, PABLO, «Buscando la ciudadanía: las demandas sociales y el discurso oficial (San Agustín de Huantajaya 1815-1825)». Tesis de licenciatura en Historia. Valparaíso: Universidad de Valparaíso, 2010.
- HUMBOLDT, ALEXANDER VON, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, vol. 3. París: En Casa de Rosa, 1822.
- LANAS, PAULO, «El partido de Tarapacá y el extremo sur del virreinato peruano durante la revolución cuzqueña de 1814», en Scarlett O'Phelan, ed., *1814: la Junta de Gobierno del Cuzco en el sur andino*. Lima: IFEA, PUCP, pp. 409-433, 2016.
- LANAS, PAULO, «Tarapacá: una periferia virreinal en tiempos de independencias», en Juan Carlos Estenssoro y Cecilia Méndez, eds., *Narra la independencia desde tu pueblo 1. Huacho, Arequipa, Tarapacá*, Lima: IFEA, IEP, pp. 105-141, 2017.
- MARAMBIO, PATRICIO, «Una guerra por correspondencia: el juicio entre el juez privativo de aguas y el subprefecto de la provincia de Tarapacá por la potestad jurisdiccional en un escenario de cambio durante la formación republicana del Perú (1829-1847)». Seminario para optar al título de profesor de Historia y Geografía. Valparaíso: Universidad de Playa Ancha, 2016.
- MENDIBURU, MANUEL DE, *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, tomo I. Lima: Imprenta Enrique Palacios, 1931.
- NÚÑEZ, LAUTARO, *La Tirana. Desde sus orígenes hasta la actualidad*. Antofagasta: Ediciones del Desierto, 2015.
- ODRIOZOLA, MANUEL DE, *Documentos históricos del Perú colectados y arreglados por el coronel de caballería de ejército fundador de la independencia*, tomo 3. Lima: Imprenta del Estado, 1872.
- ODRIOZOLA, MANUEL DE, *Documentos históricos del Perú colectados y arreglados por el coronel de caballería de ejército fundador de la independencia*, tomo 5. Lima: Imprenta del Estado, 1873.
- PINTO, JULIO, «La construcción social del Estado en el Perú: el régimen de Castilla y el mundo popular, 1845-1856», en *Historia*, N° 49, vol. 2, pp. 547-578, 2016.
- PUELMA, FRANCISCO, «Apuntes geológicos y geográficos sobre la provincia de Tarapacá en el Perú, acompañado de una ligera noticia sobre la explotación del nitrato de soda», en *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XII, pp. 665-673, 1855.

- SALA I VILA, NÚRIA, *Y se armó el Tole Tole. Tributo indígena y movimientos sociales en el virreinato del Perú, 1784-1814*. Huamanga: IER José María Arguedas, 1996.
- SAAVEDRA, GUILLERMO, «Estado, nación y región en la provincia peruana de Tarapacá: una lectura del concepto de 'patria' a través de los órganos de prensa locales, 1870-1879». Tesis de licenciatura en Historia con mención en Ciencia Política. Viña del Mar: PUCV, 2018.
- SOUX, MARÍA LUISA, *El complejo proceso hacia la independencia de Charcas (1808-1826). Guerra, ciudadanía, conflictos locales y participación indígenas en Oruro*. La Paz: IFEA, Plural, ASDI, IEB, 2010a.
- SOUX, MARÍA LUISA, «El proceso de la independencia en Oruro: guerra, movimientos sociales y ciudadanía 1808-1826». Tesis de doctorado en Ciencias Sociales. Lima: UNMSM, 2010b.
- SOUX, MARÍA LUISA, «Rebelión, guerrilla y tributo: los indios en Charcas durante el proceso de independencia», en *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 68, N° 2, pp. 455-482, 2011.
- VARGAS UGARTE, RUBÉN, «Insurrección de Tacna y Tarapacá. Nuevos documentos», en *Revista de la Universidad Católica*, Año 1, N° 1, pp. 9-22, 1932.
- ZOLLEZI, MARIO, *Historia de los puertos Guaneros del Litoral de Tarapacá (hasta 1879)*. Iquique: Centro de Investigación de la Realidad del Norte, 1993.





## 3.2 VETERANOS CHILENOS Y PERUANOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO: HÉROES DESDE UNA MISMA TRINCHERA

*Carlos Méndez Notari*

### INTRODUCCIÓN

Desde el mismo conflicto y durante los primeros treinta años del siglo XX, los veteranos de guerra chilenos y peruanos comenzaron a presentar un número creciente de demandas económicas y sociales a sus respectivos estados. Como respuesta, sus países pusieron los mejores oficios para otorgar las peticiones pregonadas por ellos. Lo interesante es que ambos estados entregaron beneficios económicos, sanitarios, sociales y simbólicos muy similares: aun cuando los veteranos estaban físicamente en países distintos, finalmente se encontraban en una misma trinchera.

### CARACTERIZACIÓN DE LOS VETERANOS DE GUERRA DE CHILE Y PERÚ

El diccionario<sup>1</sup> define la palabra *veterano* como un experto en algo. Si a este concepto agregamos el epíteto *de guerra*, entonces queda como un experto en cosas de la guerra; en definitiva, es toda aquella persona, sin perjuicio de su sexo, edad o profesión, que haya participado en un conflicto bélico.

Enunciada la definición de *veterano de guerra*, nos situaremos en el caso de los movilizados del 79. En su mayoría, los veteranos

<sup>1</sup> *Diccionario Enciclopédico Ilustrado*. Editorial Ramón Sopena, S.A. Barcelona. Tomo IV. 1970, p. 3660.

provenían desde las principales ciudades de Chile. Se habían enrolado en el centro y centro-sur del país, alcanzando al 72%; solo entre las provincias de Santiago y Chillán se reclutó el 42%, mientras que en el norte se completó con un 20%. En este mismo sentido, diremos que en el Perú no fue tan distinto. En ese país, el 30% fue aportado por Lima y el 10% por el Callao, estos últimos enrolados para la marina de guerra.

En cuanto al nivel educacional, el 60% de los enrolados chilenos sabía leer y escribir, mientras que en el Perú este guarismo era del 70%. Otro dato interesante de los enganchados fue su condición civil, lo que estaba directamente relacionado con la situación etaria. En Chile el 82% declaró ser soltero, el 15% casado legalmente y el 2% se registró como viudo. Respecto del Perú, la situación fue distinta: los solteros llegaron al 37% del total movilizado, el 45% manifestó estar legalmente casado y los viudos constituyeron un 6%. Con estas cifras se puede establecer que los combatientes chilenos en su mayoría eran más jóvenes, incluso un número apreciable era menor de 14 años.

En cuanto a la cantidad de civiles enrolados en el Ejército y la Armada chilena, estos sumaron el 95% de la fuerza total de movilizados, quienes provenían de los más variados oficios, en tanto que una cifra menor eran profesionales. Para el caso peruano podemos mencionar que los civiles de ese país aportaron el 63% de la fuerza movilizada. El cuadro siguiente ofrece una caracterización de los movilizados.

## VETERANOS CHILENOS Y PERUANOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

CUADRO I. ELEMENTOS COMPARATIVOS DE LA CARACTERIZACIÓN DE LOS VETERANOS CHILENOS Y PERUANOS

ELEMENTOS DE COMPARACIÓN	VETERANOS CHILENOS	VETERANOS PERUANOS
Civiles movilizados	95%	63%
Procedencia de los movilizados	Zona central, centro-sur y centro-norte del país.	Centro del país.
Situación etaria	La mayoría se concentra entre los 18 y los 29 años.	La mayoría se concentra desde los 25 en adelante, e incluso hay mayores de 50 años.
Situación civil (soltero, casado o viudo)	Soltero (82%), casado (15%), viudo (2%).	Soltero (37%), casado (45%), viudo (6%).
Profesión u oficio	Alto número de obreros, mineros, carpinteros y gañanes.	Campesino, agricultor, minero, empleado público y estudiante.
Nivel educacional (según lo declarado en las fichas de enrolamiento)	Lee y escribe el 60%.	Lee y escribe el 70%.

Fuente: elaboración propia

## PREMIOS Y ESTÍMULOS

En este sentido se debe hacer un distingo: por una parte, los reconocimientos entregados en vida y, por otra, los de carácter simbólico que se otorgaron después de fallecidos, transformándose en un reconocimiento póstumo. Es así como los congresos de Chile y Perú tempranamente comenzaron a legislar sobre este tema y, muy especialmente, para las viudas y sus hijos huérfanos. En este sentido Chile fue pionero, ya que el 22 de diciembre de 1881, el Congreso Nacional aprobó una ley para sus movilizados. En efecto, se trató de un documento tomado de la experiencia francesa y norteamericana, de manera que este cuerpo legal, que no dejaba nada al azar, se estructuraba a base de 35 artículos, poniendo énfasis en la situación de los inválidos de guerra, las viudas y los hijos huérfanos, convirtiéndose en un documento primario cuyo espíritu no era otro que favorecer a todos, sin distingo entre un civil movilizado a la guerra y un militar o marino de carrera.

De este modo podemos advertir que, en el Perú, las sucesivas leyes que se fueron decretando durante la posguerra mostraban diferencias entre los beneficiarios, clasificándolos, por una parte, en «concurrentes» y, por otra, en «participantes»<sup>2</sup>, categoría que se les otorgaba en atención al grado de participación de cada uno de ellos en la guerra.

Otro aspecto es que en Chile se resolvió, muy temprano, aprobar una ley que se preocuparía primordialmente de los movilizados que regresarían del frente en condición de inválido absoluto o inválido relativo, otorgando los mismos beneficios para todos, sin hacer distingo por la condición social, por la jerarquía militar, ni por la profesión.

Luego de la mencionada y completa ley de 1881, hubo muy pocas disposiciones o leyes para los veteranos del 79. Transcurrido los primeros años del siglo xx se comienzan a publicar algunas medidas, enfocadas en las escuálidas pensiones de los veteranos y los disminuidos montepíos de las viudas e hijas solteras. En cambio, el Congreso peruano continuó promulgando leyes desde el término de la guerra y hasta avanzado el siglo xx, y en algunos casos, dependiendo del grado de cercanía que tuviera con la elite política, el beneficiario o la viuda conseguían que se aprobara rápidamente la ley. Esa misma cercanía permitía, incluso, acceder a un monto más alto, con relación a otros veteranos de similar grado y méritos.

Otra de las similitudes que existieron en los procesos recompen-satorios fue la entrega de terrenos a sus veteranos de guerra. Para el caso chileno, el diputado Ramón Barros Luco planteó la iniciativa de entregar terrenos en el sur de Chile, proponiendo también el tamaño de la propiedad, que oscilaba entre las dos mil hectáreas para los grados más altos de la jerarquía militar y 15 para los más bajos del escalafón, que precisamente eran los soldados. Esta iniciativa no llegó a concretarse porque se optó por esperar el resultado de la guerra. Sin embargo, una vez finalizado el conflicto, el Estado resolvió premiarles entregándoles medallas de participación.

---

<sup>2</sup> Méndez (1), 2009, p. 148.

VETERANOS CHILENOS Y PERUANOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

CUADRO 2. CANTIDAD DE HECTÁREAS ENTREGADAS

VETERANOS DEL EJÉRCITO Y LA GUARDIA NACIONAL	VETERANOS DE LA ARMADA NACIONAL	CANTIDAD DE HECTÁREAS
General de división	Contralmirante	2.000
General de brigada	Capitán de navío	1.000
Coronel	Capitán de fragata	500
Teniente coronel	Capitán de corbeta	200
Sargento mayor y capellán militar	Teniente 1° capellán naval	100
Capitán	Teniente 2°	60
Teniente	Guardiamarina examinado	50
Subteniente y alférez	Guardiamarina no examinado	40
Aspirante alférez	Aspirante a guardiamarina	30
Sargento	Sargento	25
Cabo	Cabo Marinero 1°	20
Soldado	Marinero	15

Fuente: elaboración propia

Curiosamente, en la trinchera peruana también se legisló en este mismo sentido, ofreciéndole a sus veteranos terrenos bajo el nombre de granjas o colonias agrícolas ubicadas en la zona selvática de Madre de Dios, al noreste de Lima. Para que pudieran acceder a este beneficio, los interesados debían llenar una solicitud, comprometiéndose a ver de qué manera ocuparían el predio asignado por el Estado. La extensión del terreno asignado guardaba directa relación con el número de hijos. Al respecto hubo muy poco interés y los escasos interesados permanecieron por pocos años, de manera que este proyecto no prosperó<sup>3</sup>.

En relación a la preocupación por las viudas y los hijos huérfanos, podemos señalar que en Chile a las primeras se les concedió una pensión de viudez que alcanzaba al 33% del sueldo de un militar o marino activo con el mismo grado del difunto esposo, en tanto para los huérfanos hubo especial preocupación por su educación:

<sup>3</sup> Cámara de Diputados, N° 3, 1880.

se fundaron escuelas que impartían enseñanza minera y agrícola, se levantaron escuelas e internados para señoritas y para varones, además se entregaron becas para hijos de veteranos que desearan ingresar a la Escuela Militar o a la Escuela Naval. En Perú también hubo iniciativas en la misma línea. Se construyeron amplios y cómodos centros de acogida para niños y niñas desamparados, donde podían continuar sus estudios de manera gratuita. Una de estas medidas benefició a los estudiantes de Medicina, por la cual el Estado peruano reconocía los destacados servicios de estos jóvenes que se enrolaron voluntariamente a la guerra y que retornaron para continuar sus estudios y obtener el título de médico cirujano.

#### ORGANIZACIONES EXISTENTES Y SUS CARACTERÍSTICAS PARTICULARES

Una de las sociedades primigenias de este conflicto fue Patria y Libertad, constituida en Chile por los prisioneros de guerra peruanos capturados en la batalla naval de Angamos, en octubre de 1879. Sus integrantes eran oficiales y marineros, quienes una vez capturados y hechos prisioneros, fueron confinados en San Bernardo; en circunstancias que la primera organización de veteranos de la guerra del 79 surgió de la iniciativa peruana y, curiosamente, se formó en Chile.

Este tipo de organización se creó en ambos países, estableciéndose inicialmente como entidades de ayuda para los veteranos inválidos. Más tarde se extienden para apoyar a las viudas y a los hijos huérfanos. Se organizaban con una estructura más bien militar y solo para sus veteranos de guerra, pero a contar de los años cuarenta del siglo pasado se extienden al mundo civil, abriendo sus salones a todos aquellos que desearan formar parte de estas sociedades, incluso sin tener ninguna relación familiar o de descendencia para con los combatientes de la guerra.

En general, estas sociedades velaban por la preocupación y el cuidado de sus veteranos y familiares directos. Una de ellas fue la

Sociedad de Veteranos del 79, de la provincia de Antofagasta<sup>4</sup>. Los primeros tres artículos de su documento fundacional demostraban la razón de su creación:

Art. 1° Procurar el adelanto moral i [*sic*] material de los socios a fin de que puedan cooperar eficazmente al bien público.

Art. 2° Formar una Caja de Ahorros, destinada al socorro de sus asociados, siempre que lo soliciten por algún motivo justo.

Art. 3° En ningún caso se ocupará la Sociedad de asuntos políticos o religiosos.

Otra institución similar fue la Sociedad de Militares, Civiles y Veteranos del 79, de la ciudad de Copiapó<sup>5</sup>, que mediante un completo artículo expone las razones de su creación: «Art. 1° Los objetivos que le dieron existencia serán mantenidos y ampliados, traducidos en las siguientes fórmulas».

Finalmente, tenemos a la Sociedad de Socorros Mutuos y Veteranos del 79, de la provincia de Valparaíso establecida en la ciudad de Valparaíso en 1896<sup>6</sup>. Dos artículos de su documento fundacional definen su objetivo de creación:

Art.3° Las finalidades de la corporación serán propender al bienestar de sus socios mediante el desarrollo de actividades sociales culturales y el otorgamiento de beneficios mutuales o de asistencia social de acuerdo con sus posibilidades económicas.

Art. 4° La corporación no persigue ni se propone fines sindicales o de lucro ni aquellos que sean de las entidades que deban regirse por un estatuto legal propio. Se excluyen de su seno toda clase de distingos, religiosos o raciales.

A la fecha solo se encuentra en actividad la sociedad de Valparaíso y cuenta con una cincuentena de socios. De ellos, solo tres tienen alguna relación consanguínea con algún combatiente de la guerra del 79.

---

<sup>4</sup> Estatuto (1), 1902, p. 4.

<sup>5</sup> Estatuto (2), 1886, p. 17.

<sup>6</sup> Estatuto (2), 1886, p. 8.

En cuanto a las necesidades económicas emanadas del funcionamiento de las corporaciones, estas fueron apoyadas mediante colectas públicas, donaciones de particulares y el apoyo de la Iglesia. Con estos aportes se lograba alimentar y entregar algún vestuario a los veteranos más menesterosos. En buena cuenta, la totalidad de los recursos recolectados iban en directa ayuda de los exmovilizados y sus familias. En Perú también hubo colectas y se recibieron muchos donativos, que en algunos casos llegaban directamente al Ejército o a la Armada. Con estos aportes se buscaba apoyar la compra de armamento, incluso en una ocasión se adquirió un buque de guerra para la alicaída Marina Nacional.

La mayoría de las organizaciones peruanas en los años treinta quedaron reunidas bajo el alero de la Benemérita Sociedad Fundadores de la Independencia, Vencedores el 2 de Mayo de 1866 y Defensores Calificados de la Patria. Su origen se remonta a los primeros años de la vida republicana, una vez producidas las victorias de Junín y Ayacucho en 1824:

Muchos de los que participaron en la extensa campaña fueron licenciados y regresaron a sus pueblos de origen, después de haber dedicado sus mejores esfuerzos a la lucha por la independencia de la Patria. Muchos carecían de recursos para llevar una vida digna, llegando al extremo de no tener quién se hiciese cargo de sus funerales al fallecimiento de algunos, es por esta razón que tempranamente se crea la citada Sociedad<sup>7</sup>.

Finalmente, podemos sostener que en ambos países hubo una efectiva preocupación por la suerte de sus veteranos de guerra y sus familiares directos. Uno de los esfuerzos principales fue llevado a cabo por los sucesivos gobiernos, que intentaron entregar recursos en la medida que les fue posible. Otro gran esfuerzo lo constituyen las iniciativas privadas, e incluso una de las instituciones que más apoyo entregó a los veteranos, viudas e hijos huérfanos, fue sin duda alguna la Iglesia católica, que, en coordinación con el gobierno, estableció algunas organizaciones religiosas y privadas con aporte

---

<sup>7</sup> Ingunza, 1998, p. 17.



VETERANOS CHILENOS Y PERUANOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

estatal, como fue el caso del Asilo de la Patria<sup>8</sup>, instituida en Santiago como internado para la educación y alimentación de hijos de veteranos de la guerra del Pacífico.

A continuación, se expondrán algunas organizaciones creadas por iniciativa estatal, por iniciativa privada y por la Iglesia católica, tanto en Chile como en el Perú.

CUADRO 3. ORGANIZACIONES PARA VETERANOS DE GUERRA

NOMBRE DE LA ORGANIZACIÓN	OBJETIVO Y FUNCIONAMIENTO GENERAL
Sociedad de Veteranos e Inválidos del 79, años más tarde pasa a denominarse Cuartel de Inválidos del 79	Es una de las sociedades más importantes pues tuvo presencia en todo el país. Las sedes más antiguas datan de 1884 (Santiago e Iquique), mientras que la última (Osorno) fue fundada en 1906.
Sociedad de Veteranos del 79, del Departamento de Valparaíso	Se establece en el Departamento de Valparaíso en 1896, con el objetivo central de prestarse ayuda mutua entre sus integrantes. En 1925 cambia su nombre por Sociedad de Socorros Mutuos y Veteranos del 79. Su objetivo principal era buscar un fin patriótico, social, cultural y económico. El 2014 contaba con 27 socios, de los cuales, solo dos son descendientes de veteranos de la guerra del 79.
Cuerpo de Inválidos de Copiapó	Se funda el 3 de abril de 1886. Se organiza sobre la base de los movilizados por el Batallón Atacama, con fines patrióticos, sociales y culturales. En 1923 pasa a denominarse Sociedad de Inválidos Militares y Civiles. En el 2001 aún estaba en funcionamiento y contaba con 19 socios, ninguno descendiente de veterano.
Casa de Convalecientes Militares de Santiago	Se funda en 1880 con el fin de otorgar hospedaje a los inválidos de la guerra que no contaban con recursos económicos.
Casa de Convalecientes Lo Contador	Fundada en Valparaíso en 1880. Su principal objetivo era recibir soldados heridos y enfermos dados de alta de los hospitales o de los servicios de ambulancias del Ejército en campaña, de modo que su paso más bien era transitorio. Este establecimiento estaba administrado por las Hermanas de la Caridad.

<sup>8</sup> Home, 2006, p. 50.

Asilo de la Purísima	Organización benéfica creada en Santiago a comienzos de 1880 por iniciativa de una agrupación de damas de la alta sociedad capitalina. Proporcionaba asilo, educación y alimentación a las hijas de los veteranos.
Sociedad del Perpetuo Socorro	Su creación data de 1881 y su objetivo era proporcionar albergue y alimentación a las mujeres de los movilizados en la guerra, más tarde amplía su función a los hijos de estos. Su funcionamiento era posible gracias a los aportes que le entregaba la Iglesia católica.
El Asilo de la Patria	Fundada en Santiago en 1879 gracias a una iniciativa de la Iglesia católica. Su administración fue confiada al presbítero Ramón Ángel Jara. Este establecimiento recibía aportes del Estado y las erogaciones del mundo católico. Su objetivo principal era albergar a los hijos huérfanos de la guerra. Luego de algunas dificultades administrativas, es cerrada definitivamente en 1885.

Fuente: elaboración propia

CUADRO 4. LAS ORGANIZACIONES CREADAS POR INICIATIVA ESTATAL Y PRIVADA EN EL PERÚ

NOMBRE DE LA ORGANIZACIÓN	OBJETIVO Y FUNCIONAMIENTO GENERAL
Benemérita Sociedad de Fundadores de la Independencia, Vencedores el 2 de Mayo de 1866 y Defensores Calificados de la Patria	Si bien para la guerra del Pacífico esta entidad ya existía, pues había sido creada en 1856, cobra una gran importancia como elemento motivador para agrupar no solo a los veteranos del 79, sino a movilizados de las guerras de la Independencia, de la Confederación Perú-Boliviana y de la guerra del Cóndor. Finalmente, el Decreto Supremo 387-a del 2 de diciembre de 1937, dispuesto por el presidente de la República Óscar R. Benavides, resuelve fusionar algunas organizaciones de carácter histórico, quedando estas bajo el alero de la Benemérita Sociedad de Fundadores de la Independencia, Vencedores el 2 de Mayo de 1866 y Defensores Calificados de la Patria.
Patria y Libertad	Creada en 1880 por los propios prisioneros de guerra que se encontraban relegados en la localidad de San Bernardo, en Chile.
Liga Peruana	Entidad creada en 1883, cuyo objetivo esencial era preservar y mantener la identidad de la patria ocupada. Agrupaba a militares y marinos.

## VETERANOS CHILENOS Y PERUANOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Liga Patriótica	Aparece en Lima a inicios 1884. Estuvo formada por agrupaciones de civiles y militares jóvenes.
Liga Patriótica Nacional	Es fundada en 1894 por marinos activos y retirados. El espíritu de su establecimiento fue apoyar con recursos económicos a la alicaída Armada peruana.
Damas de Lima	Agrupación formada por damas de la sociedad limeña. Esta organización buscaba ayudar a las viudas y a los hijos huérfanos de los veteranos del 79.  Una de sus acciones más memorables ocurrió a comienzos del siglo XX, cuando les entregaron máquinas de coser Domestic a las viudas para que pudieran trabajar en la reparación y confección de vestuario y, de esa manera, obtener ingresos para la mantención de su grupo familiar.
Héroes de la Guerra del Pacífico	Se organiza en Tacna junto con la ocupación chilena y se prolonga hasta 1960.

Fuente: elaboración propia

## LEYES Y DECRETOS PARA LOS VETERANOS DEL 79

Las leyes y decretos que se publicaron fueron esenciales para la solución de los problemas económicos, médicos y sociales, entre otros. Como ya se señaló páginas más arriba, una de ellas fue la Ley de Recompensas por la campaña contra el Perú y Bolivia, de diciembre de 1881, y la del Perú un poco antes, exactamente en 1880. La diferencia con la ley chilena era que esta fue de carácter general, mientras que la peruana, conocida como Ley Piérola, fue un estatuto muy particular y simbólico, ya que en su artículo único disponía la entrega de diplomas a los vencedores de la Batalla de Tarapacá, siendo similar a la que había promulgado Chile con motivo de los caídos en el Combate Naval de Iquique.

Como podemos observar, el Estado chileno tempranamente pretendió buscar soluciones globales a la problemática de la guerra, es por esta razón que la ley de recompensas de 1881 fue una ordenanza moderna que intentó no dejar nada sin resolver, ya que en su extenso texto entregaba soluciones a un considerable número de eventuales problemas, tal vez previniendo las futuras y complejas

situaciones que el país debería enfrentar una vez acabado el conflicto e iniciado el proceso de la posguerra, como efectivamente fueron los miles de veteranos que regresaron en calidad de inválidos absolutos o relativos, la situación de las viudas de los casi nueve mil muertos y desaparecidos, los hijos e hijas huérfanas, el pago de las pensiones y montepíos, la entrega de los aparatos ortopédicos, entre otros. Un ejemplo de esto último fue lo que se dispuso para la entrega de las prótesis ortopédicas, disponiéndole al Estado que se «Suministre a cada uno de los inválidos del Ejército y Marina los aparatos ortopédicos necesarios para suplir artificialmente los miembros mutilados»<sup>9</sup>.

Hemos observado que en ambos países se promulgaron importantes leyes, las que pretendieron otorgar soluciones concretas a las demandas de los veteranos necesitados, a los enfermos y a las familias de los fallecidos en la guerra. Dicha preocupación también se manifestó de manera permanente por las autoridades del Rímac, incluso una ley, del 25 de agosto de 1890, reiteraba esta medida y ampliaba el plazo para los reclamos o demandas sanitarias. Al respecto expresaba:

Solo pueden ser considerados como inválidos en plaza, dependientes de un depósito, los jefes, Oficiales é [*sic*] individuos de tropa, que por consecuencia de heridas recibidas o por circunstancias semejantes determinadas en el mismo Reglamento, hayan de reputarse como militares vivos y efectivos; debiendo ser estimados como inválidos dispersos los que no reúnan estas condiciones, y estén, no obstante, incapacitados para el servicio activo<sup>10</sup>.

Los cuadros siguientes presentan las principales leyes promulgadas en Chile y Perú:

<sup>9</sup> Méndez (2), 2009, p. 123.

<sup>10</sup> Méndez (3), 2009, p. 126.

VETERANOS CHILENOS Y PERUANOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

CUADRO 5. LEYES PROMULGADAS EN CHILE

IDENTIFICACIÓN	FECHA DE PROMULGACIÓN	CONTENIDO
Decreto Supremo N° 752. A los héroes del Combate Naval de Iquique y Punta Gruesa.	15 de septiembre de 1879	Se levantará un imponente monumento a nombre de la República, se entregarán medallas por actos heroicos, se otorgarán recompensas a las viudas y a las madres de aquellos que perecieron siendo solteros y a los hijos e hijas huérfanas.
Ley N° 1.022. Recompensas para los que hicieron la campaña contra el Perú y Bolivia.	22 de diciembre de 1881	Completa ley general que consta de 35 artículos.
Diario Oficial. Ley de Presas para la Armada Nacional.	16 de septiembre de 1879	Todas las presas individuales o copulativas capturadas en la guerra serán distribuidas en el personal de la Armada que haya participado en cada operación. Conocida como la Ley de las Ocho Octavas. Solo benefició a aquellos marinos que se encontraban con vida en el año 1887.
Ley intermedia.	4 de octubre de 1882	En virtud de los derechos que otorga la ley del 22 de diciembre de 1881, se proroga el plazo por un año para reclamar los beneficios.
Ley intermedia.	6 de octubre de 1883	En virtud de los derechos que otorga la ley del 22 de diciembre de 1881, se proroga hasta el 1 de enero de 1885 para reclamar los beneficios.
Ley intermedia.	7 de septiembre de 1887	En virtud de los derechos que otorga la ley del 22 de diciembre de 1881, proroga un año más para reclamar los beneficios.
Ley de Bonos.	19 de febrero de 1906	Se otorga a todos aquellos que participaron en la guerra. Solo benefició a los que se encontraban con vida en 1906.
Decreto Supremo N° 139. Modifica Ley N° 1.022 y amplía beneficios a todos los veteranos de la guerra del Pacífico.	6 de septiembre de 1924	Básicamente se les otorga pensión a todos los veteranos del 79, aun cuando hayan resultado ilesos en la guerra.
Decreto Supremo N° 258.	20 de febrero de 1934	Se otorga ascenso a jefes y oficiales, el ascenso es sin derecho a mayor sueldo.

CARLOS MÉNDEZ NOTARI

Decreto Supremo N° 890.	6 de agosto de 1951	Se asciende a todos al grado de subteniente. Se beneficia a 88 veteranos, que desde ahora serán oficiales del Ejército o de la Armada.
Ley N° 11.201.	8 de julio de 1953	Todos los veteranos del 79 que permanecen con vida son ascendidos tres grados. La ley beneficia a 67 personas.
Nombramiento Presidencial.	21 de febrero de 1967	Se otorga el grado de general de división como reconocimiento póstumo a la muerte del último veterano del 79, Ricardo Orellana Olate.

Fuente: elaboración propia

CUADRO 6. LEYES PROMULGADAS EN EL PERÚ

IDENTIFICACIÓN	FECHA DE PROMULGACIÓN	CONTENIDO
Ley Piérola.	31 de enero de 1880	Se entregarán diplomas de vencedores de Tarapacá a todos los individuos del Ejército Nacional que tomaron parte en ese combate. Se dispone, además: - ascensos, - distingo entre sobreviviente y héroe y - forma del diploma.
Decreto Supremo de la República del Perú. Acción Heroica del Huáscar.	28 de octubre de 1879	Se otorgan pensiones solo a los oficiales fallecidos en la Batalla Naval de Angamos (fueron siete).
Decreto Supremo de la República del Perú. Ley de Avelino Cáceres.	31 de diciembre de 1888	Se suspende todo pago de pensiones y montepíos en el Ejército y la Armada. Solo quedarán con el derecho adquirido los vencedores de Junín y Ayacucho.

VETERANOS CHILENOS Y PERUANOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Ley de la República del Perú. Recompensas a los Veteranos del Pacífico.	25 de agosto de 1890	Dispone que solo serán considerados inválidos los dependientes de un depósito, los jefes, oficiales e individuos de tropa, que por consecuencia de heridas o por circunstancias semejantes determinadas en el mismo reglamento, hayan de reputarse como militares vivos y efectivos; debiendo ser estimados como inválidos dispersos los que no reúnan estas condiciones y estén, no obstante, incapacitados para el servicio activo.
Ley de la República del Perú. Cancelación de sueldos a los prisioneros en Chile.	23 de noviembre de 1889	Dispone el pago de sueldos a los jefes, oficiales e individuos de tropa que estuvieron prisioneros en Chile, quienes tendrán el derecho al pago de los sueldos devengados, durante su prisión, con arreglo al presupuesto vigente en aquella época.
Ley de la República del Perú. Actualización de pensiones.	25 de septiembre de 1890	Rectifica el pago de algunas pensiones de inválidos, dado el alto nivel de expectativas por algunos y que en casos determinados no tienen los requisitos establecidos por ley.
Ley de la República del Perú. Pago y aumento de haberes.	15 de diciembre de 1910 y ampliada el 11 de noviembre de 1913	Se cancelará sin excepción alguna a todos quienes hicieron la campaña naval en Angamos a bordo del monitor <i>Huáscar</i> , cualquiera sea su naturaleza, inclusive las de montepío que gozan las viudas y huérfanos.
Ley de la República del Perú. Para los marinos de la <i>Independencia</i> y la <i>Unión</i> .	8 de septiembre de 1917	Se les aumentará un 25% del sueldo a los jefes y oficiales sobrevivientes. El aumento será vitalicio y se hará extensivo a los miembros y a las familias con derecho a montepío.
Ley de la República del Perú N° 4.011. Para los sobrevivientes de Tarapacá.	28 de noviembre de 1919	Se otorga un beneficio económico a los héroes de Tarapacá que se encuentren con vida.
Ley de la República del Perú N° 4.197. Para los sobrevivientes de la campaña de la Breña (Sierra).	17 de diciembre de 1920	Se otorga un beneficio económico a los héroes de Pucará, Marcavalle y Huamachuco que permanezcan con vida.
Ley de la República del Perú N° 8.415. Cancelación por méritos y servicios distinguidos a la Patria.	2 de julio de 1936	Dispone pago de pensiones por actos heroicos por servicios al país, beneficiando a los escasos héroes que aún permanecían con vida.

Fuente: elaboración propia

Otra similitud entre los veteranos de guerra fue el tema político, ya que en ambos países estaba absolutamente prohibido que los integrantes de las sociedades de inválidos y círculos de veteranos de guerra del 79 pertenecieran a algún partido político y, de hacerlo, quedaban inmediatamente excluidos de los círculos o entidades de veteranos, sin embargo, en la práctica existieron excepciones en ambos países, porque hubo socios que desobedecieron esta norma e incursionaron en el terreno político, llegando incluso a ocupar escaños en el parlamento, también cargos de gobernador provincial y de alcalde. Algunos de ellos fueron José Cavero, destacado político representante de Ayacucho; Bartolomé Guerra, alcalde de Guapaca; los diputados Felipe Ore y Justo Solís, de Cañete y Huaraz, respectivamente. En Chile, si bien hubo veteranos que decidieron incursionar en la política, estos fueron excepciones y en menor número.

#### PERSONAJES AL SERVICIO DE LA GUERRA DE DESTACADO COMPORTAMIENTO

Desde muy temprano en el siglo XIX existió un evidente vínculo entre personas de ambos países. No era extraño que se celebraran matrimonios de chilenos con damas peruanas o peruanos con chilenas. Fueron muchas las familias que estaban relacionadas y, cuando se declara la guerra del 79, los vínculos familiares, al parecer, no se debilitaron, sino que, por el contrario, continuaron a través de una activa correspondencia.

Uno de los casos más conocidos fue el comandante de la Armada Óscar Viel, casado con Manuela Cabero, hermana de la esposa de Miguel Grau; también el oficial de la Armada chilena, el teniente Carlos Condell, héroe de Punta Gruesa, hijo de la dama peruana Manuela de la Haza, hermana de los contralmirantes peruanos José y Antonio de la Haza; Rafael Barahona, oficial del Ejército, casado desde 1883 con Rosario Flores Villena, prima hermana del presidente peruano Nicolás de Piérola Villena; finalmente, el embajador chileno en Lima, José Godoy, contrajo matrimonio con una señorita limeña<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> González del Riego, 2013, p. 38.



Uno de los hechos que nos permite recordar la cercanía de las personas, aun estando en guerra, lo encontramos en el respeto profesional que evidenció Miguel Grau al enviar a la viuda de Arturo Prat una carta, adjuntándole algunos objetos personales de su esposo caído en la cubierta del monitor *Huáscar*, el 21 de mayo de 1879:

*Dignísima señora:*

Un sagrado deber me autoriza a dirigirme a usted y siento profundamente que esta carta, por las luchas que va a recordar, contribuya a aumentar el dolor que hoy, justamente, debe dominarla. En el combate naval del 21 próximo pasado, que tuvo lugar en las aguas de Iquique, entre las naves peruanas y chilenas, su digno y valeroso esposo, el Capitán de Fragata don Arturo Prat, Comandante de la *Esmeralda*, fue, como usted no lo ignorará ya, víctima de su temerario arrojo en defensa y gloria de la bandera de su Patria. Deplorando sinceramente tan infausto acontecimiento y acompañándola en su duelo, cumplo con el penoso deber de enviarle las, para usted, inestimables prendas que se encontraron en su poder y que son las que figuran en la lista adjunta. Ellas le servirán indudablemente de algún pequeño consuelo en medio de su gran desgracia, y para eso me he anticipado a remitírselas. Reiterándole mis sentimientos de condolencia, logro, señora, la oportunidad para ofrecerle mis servicios, consideraciones y respetos con que me suscribo de usted, señora, muy afectísimo seguro servidor.

Miguel Grau<sup>12</sup>.

Otro ejemplo fue la actitud del capellán Francisco Valdés Carrera, quien daba un trato muy especial a los combatientes, indistintamente de la nacionalidad que estos tuvieran. El religioso marchaba habitualmente en la avanzada del Ejército chileno y en esa condición tomó partido en las batallas de Tacna y Arica. En su bitácora registró lo siguiente:

El valle de Tacna es rico en frutas y aguas termales, la población mira con gran desconfianza, Tacna era una localidad de las más grandes vista en territorio peruano desde Iquique hacia el norte, el río que llaman Caplina y la costa sinuosa

<sup>12</sup> De la Puente, 2003, p. 290.

de Yarada, muestra un delta muy particular, he asistido a misericordiosos peruanos que están agonizando y a hermanos chilenos que son los heridos de la batalla. Cada instante es doloroso, pero mi obligación como le expresé a mi Capellán, Mayor Fontecilla, es asistir a todos los hombres que combaten por las leyes del hombre, pero yo debo asistir con el apoyo de la ley divina<sup>13</sup>.

En este breve párrafo tomado de las memorias de Valdés, se aprecia su rol de servidor eclesiástico, pero además de eso, deja en evidencia su profundo sentido humano, prestando apoyo moral y religioso a los soldados de cualquier nacionalidad, ofreciendo su apoyo en la hora de la muerte o cuando sufrían intensos dolores a causa de las heridas.

Otro hecho que expresa cercanía entre los veteranos chilenos y peruanos quedó plasmado en una icónica fotografía tomada transcurridos 50 años a los veteranos Desiderio Salas y Pedro Ruiz Díaz. La imagen representa la amistad entre dos hombres que combatieron frente a frente por su patria. Este acierto fue registrado en la ciudad de Melipilla, el jueves 11 de julio de 1929, en el marco de una ceremonia civil-militar, donde se conmemoraba un año más de La Concepción, batalla que tuvo lugar en la sierra peruana el 9 y 10 de julio de 1882<sup>14</sup>.

## CONCLUSIONES

A manera de conclusión, podemos sostener que aun cuando hayan existido diferencias en la manera como se llevaron a cabo las acciones para solucionar los problemas de los veteranos y sus familias en los largos años de posguerra, sumado a ello la particularidad que cada país experimentó al enfrentar este complejo periodo, también se produjeron similitudes en la solución de las demandas, principalmente con aquellos que regresaron inválidos absolutos y relativos, como también para el caso de las viudas y de los hijos huérfanos. Concluyendo, entonces, que, en los primeros años del

<sup>13</sup> Méndez, 2004, p. 19.

<sup>14</sup> Méndez (4), 2009, p. 236.

siglo pasado, ambos estados tuvieron que transitar declamando pensiones y montepíos de manera individual o colectiva, y que en ambos casos el sistema de cancelaciones establecido fue muy similar, instalándose oficinas para los reclamos y para el pago de pensiones y montepíos.

Otro aspecto común fue el establecimiento de organizaciones de veteranos del 79, tanto en Chile como en el Perú. Estas entidades surgen durante la guerra, lo singular es que la primera se establece con los prisioneros peruanos confinados en la ciudad de San Bernardo en Chile, bajo el nombre de Patria y Libertad.

Otra similitud es que estas mismas entidades van a reproducirse en diversas provincias. La finalidad será la misma para todas: «un fin patriótico», «un fin económico» y «un fin social y cultural», siendo estas tres causas las que cada estatuto hace referencia en su artículo primero. Además, todas estas entidades participaban activamente en todos los actos civiles-militares que se les invitaba, siendo espectadores relevantes y, por ende, admirados por los asistentes, especialmente entre los jóvenes estudiantes. Estas manifestaciones públicas eran beneficiosas para los veteranos, ya que con su presencia lograban mantener vivo el recuerdo de la guerra del 79, transcurrido más de medio siglo del fin del conflicto.

Finalmente, el silencio de los cañones no dio por finalizada la lucha, porque durante la posguerra la disputa ardió permanentemente en sus trincheras de paz; ahora el enemigo es otro, es la indiferencia y la burocracia en sus naciones, incapaces de darles soluciones a sus demandas. Bien sabemos que los gobiernos de ambos países buscaron, dentro de sus posibilidades, mejorar la condición de vida de sus veteranos, de las viudas y de los hijos huérfanos que vivían en la más absoluta pobreza y abandono.

Chilotes, porteños, limeños, arequipeños, penquistas, tacneños, mineros, obreros, gañanes, estudiantes, profesores, médicos, sacerdotes, militares, marinos, hombres, mujeres, niños, todos compartieron una misma trinchera, pese a que vivían en países distintos. Su enemigo común durante la posguerra fue la indiferencia y el abandono, intentando alcanzar la búsqueda de un fin mejor.

## BIBLIOGRAFÍA

### *Fuentes primarias del Perú*

Archivo de Guerra del Perú  
Archivo General del Congreso Nacional del Perú  
Archivo Histórico del Centro de Estudios Histórico-Militar del Perú

### *Fuentes primarias de Chile*

Archivo del Congreso Nacional de Chile. Cámara de Diputados. Sesión Ordinaria N°. 3 de 1880. Página 19, 1880.  
Archivo General del Ejército (ARGE).  
Academia de Historia Militar.  
Estatuto de la Sociedad de Veteranos del 79. (1). Antofagasta, Chile. Imprenta Santiago Rossi, 1902.  
Estatuto de la Sociedad de Veteranos del 79. (2). Copiapó, Chile, 1923.  
Estatuto de la Sociedad de Socorros Mutuos y Veteranos del 79. (3). Valparaíso, Chile, 1897.

### *Fuentes secundarias*

DE LA PUENTE, JOSÉ, *Miguel Grau*. Lima: Instituto Histórico del Perú, 2003.  
Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Lengua Española, tomo IV. Barcelona: Ramón Sopena, 1954.  
GONZÁLEZ DEL RIEGO, FERNANDO, *Donde triunfó el sentido humanitario. Depósito de prisioneros en la guerra del Pacífico: el caso de San Bernardo*. Santiago: Sociedad del Canal del Maipo, 2013.  
HOME, DAVID, *Los huérfanos de la guerra del Pacífico. El asilo de la Patria 1879-1885*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006.  
INGUNZA, MANUEL, *Historia de la Benemérita Sociedad Fundadores de la Independencia, Vencedores el 2 de Mayo de 1866 y Defensores Calificados de la Patria*. Lima: Imprenta del Congreso de la República, 1998.  
MÉNDEZ, CARLOS, *Desierto de esperanzas. De la gloria al abandono: los veteranos chilenos y peruanos de la guerra del 79*. Santiago: Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 2009.  
MÉNDEZ, CARLOS, *Francisco Valdés Carrera, presbítero, capellán y cronista de la guerra del Pacífico*. Santiago: Instituto Geográfico Militar, 2004.

### 3.3 LAS ROSAS PERUANAS Y CHILENAS. GENEALOGÍA FEMENINA EN LOS MONASTERIOS DE SANTA ROSA DE SANTA MARÍA DE LIMA Y SANTIAGO DE CHILE

*Ybeth Arias Cuba*

Durante la segunda mitad del siglo xvii y el siglo xviii, la figura de santa Rosa de Santa María, más conocida hoy como santa Rosa de Lima y cuyo nombre real fue Isabel Flores de Oliva (1586-1617), fue bastante popular en el orbe católico. Los dominicos, con la ayuda de corporaciones y funcionarios del virreinato peruano y la Monarquía hispana, lograron su beatificación en 1668 y su canonización en 1671<sup>1</sup>. En el ámbito americano, la Santa se convirtió en su patrona en 1670, además de patrona de las Filipinas. Ella se transformó en un símbolo de orgullo porque fue la única santa canonizada nacida en las Indias Occidentales, es decir Hispanoamérica.

Su rápido ascenso a los altares católicos la consolidó como modelo vida, sobre todo para los americanos. Y más aún para las mujeres, especialmente para aquellas que seguían la regla religiosa dominica. Su figura y la devoción en torno a ella implican un tema inmenso por explorar. Se ha avanzado, sin embargo queda mucho por estudiar. Se ha dedicado poca atención a las corporaciones que se establecieron en Hispanoamérica a partir de la devoción a su santa patrona, aunque se ha estudiado un poco más a religiosas que imitaron el modelo de santidad de Rosa.

---

<sup>1</sup> En 1671, en Santiago de Chile, se conoció su canonización de forma oficial por una cédula de 1670 que comunicaba al obispo de Chile sobre el próximo reconocimiento máximo a la beata Rosa de Santa María. Así, la Audiencia de Chile hizo la primera fiesta solemne en su honor en 1671 (Gandarillas, 1905, pp. 11-12). Mientras que Lima celebró con mayor intensidad su beatificación por dos años seguidos (1669-1670).

El establecimiento del sistema virreinal, encabezado por la corona española, unió los caminos de Perú y Chile hasta bien entrada la época republicana. La devoción hacia Rosa, definitivamente se ha constituido en un punto de contacto entre ambos países. En tal sentido, este artículo intenta presentar de forma preliminar la relación entre ambos países desde la historia de esta devoción, haciendo énfasis en el devenir de los monasterios con la advocación de la santa en Lima y Santiago, donde ella se convirtió en maestra espiritual, por lo que algunas religiosas trascendieron social, espiritual e históricamente. De esta forma surgió una genealogía femenina en torno de la santa, es decir, una comunidad de mujeres que siguieron su vida como ejemplo, y que desde la clausura lograron encontrar su propia libertad en la forma de vivir su particular religiosidad.

Habría que indicar algunos interesantes antecedentes de la fundación del monasterio de Santiago. Algunos integrantes de la familia de la santa pisaron tierra chilena. En el proceso de su causa de canonización, dos personas que dieron su testimonio sobre su santidad fueron nativos de Chile (el capitán Cristóbal de Aranda Valdivia de Imperial y el general y encomendero Diego González Montero de Santiago). Más allá de que la santa fuera la patrona de las Indias, también fue patrona jurada de la ciudad de Santiago junto con la virgen de la Asunción, el apóstol Santiago y san Francisco Solano<sup>2</sup>. De otra parte, la devoción hacia la santa continuó durante la época republicana y se evidencia en la existencia de ambas comunidades religiosas mencionadas hasta el siglo xx, la presencia de cofradías y la publicación de numerosos escritos en su honor (historias de vida, sermones, novenas, crónicas monacales, etcétera). Además, en la actualidad, el culto a la santa destaca en la zona de Pelequén, donde se congregan miles de devotos cada 30 de agosto, día de su fiesta.

---

<sup>2</sup> Hampe, 1997, p. 120; Aguirre, 1994, p. 32.

## SANTA ROSA DE LIMA: MODELO FEMENINO

La Santa fue una terciaria dominica que, junto a sus compañeras, creó espacios de transmisión de la sacralidad entre mujeres. Rosa tuvo discípulas antes y después de su muerte. Cuando tenía 21 años, un grupo de jóvenes y viudas formaron una comunidad de terciarias. Algunas habían tomado votos religiosos y otras fueron seglares. El aprendizaje se realizaba en ambientes recónditos de casas, en vestíbulos conventuales o en las iglesias que frecuentaban. Parte de la enseñanza de las beatas radicó en el ejercicio de ciertas actividades de mortificación, la discusión de temas espirituales y experimentar lo sagrado a través de los sentidos: ver, tocar y oler.

En la época virreinal había un intenso circuito de libros en el que Hispanoamérica participó de forma activa. De este modo, las beatas leían numerosos libros de místicos e internalizaban sus contenidos a través de los sentidos con el fin de alimentar su espiritualidad. Las lecturas eran colectivas y dramatizadas por las lectoras para estimular la imaginación, educar los sentidos y experimentar el misticismo mediante visiones supernaturales. Se consideraba que Dios se valía de los textos para comunicarse con las almas. De los sermones predicados, ellas aprendieron de qué manera los pecados recibían penas particulares y la necesidad de que sus almas fueran guiadas para ser salvadas. Igualmente, usaron las imágenes para conocer e imitar los comportamientos santos y místicos. Así, las seguidoras de Rosa contaron con lienzos para aprender de su modelo de santidad. No sorprende que las religiosas de los monasterios con la advocación de la Santa en Lima y Santiago tuvieran una serie de pinturas que mostraban distintos episodios de su vida. Las mujeres que habitaron el claustro chileno gozaron de 19 lienzos pintados por el quiteño Laureano Dávila en la segunda mitad del siglo XVIII<sup>3</sup>.

También apelaron a las prácticas de otras mujeres con santidad reconocida como Teresa de Jesús y Catalina de Sena, entre otras. Rosa formó parte de una red de santas dominicas<sup>4</sup> (ver imagen 1). La

<sup>3</sup> Deusen, 2018, Introducción, Cap. 1 y 2; Araya, 2004, p. 45; Flores Araoz, 1999.

<sup>4</sup> Ferrer de Valdecebro, 1666, pp. 99-100.

Santa limeña murió con la corona de rosas que hizo para la imagen de santa Catalina de Sena. De esta forma lo pidió la población limeña<sup>5</sup>. La imitación de la Santa italiana fue un tema recurrente en las representaciones sobre Rosa por los hechos compartidos: a los cinco años hicieron voto de castidad, se trataron de cortar ellas mismas sus cabellos sin el conocimiento de sus respectivas madres y estas últimas trataron de casarlas en su momento, el uso frecuente de una corona de espinas y el gusto por la soledad de tipo ermitaña y mística<sup>6</sup>. Incluso se dice que ellas conversaban mucho porque la Santa italiana se apareció en varias ocasiones a Rosa<sup>7</sup>.



Imagen 1: genealogía de la santidad femenina en la orden dominica<sup>8</sup>

Entonces Rosa fue maestra y estudiante. En calidad de modelo femenino, los autores la describieron así: «fue su hermosura grande no menor su modestia, el trato suave, las palabras medidas, su

<sup>5</sup> González de Acuña, 1671, pp. 91-93.

<sup>6</sup> Ferrer de Valdecebro, 1666, pp. 20, 153-154.

<sup>7</sup> Ferrer de Valdecebro, 1666, p. 358.

<sup>8</sup> Se trata de un mural exterior en uno de los pasadizos de los claustros del monasterio de Santa Rosa de Lima. Foto de la autora.



composición la ponía a quantos la miraban, conociendo el interior por lo que mostraba [*sic*]<sup>9</sup>. Sus «heroicas virtudes, sellaron quanto superior se puede reconocer, en lo enfermo, y frágil de su naturaleza» por lo que

le amanecio el uso de la razón tan temprano, favorecido de la divina gracia, que llevo a penetrar la obligación que tenemos de convertirnos a Dios, como ultimo fin, segun la capacidad tuviere cada uno. [...] Se cansava el cuerpo, que era muy delicado, y tierno, pero con varonil esfuerço se alentava, y no la rendia el mayor cansancio, y fatiga» [*sic*]<sup>10</sup>.

Los autores insistieron en que a pesar de creer que parte de la «naturaleza» femenina era la debilidad, ella demostró que tenía una fortaleza espiritual propia de lo «masculino» pues está más relacionada con la razón. Su principal rasgo femenino fue ser esposa de Cristo, Rosa llevó como dotes su: «fe viva, fortaleza, y perseverancia, presea del dote de riqueza inestimable, en que dotó, y enriqueció aquella purísima alma»<sup>11</sup>. De este modo, se entregaba completa pues «quien trata de amar a Dios, no para en el bien, busca lo mejor: que el amor perfecto esta [*sic*] en movimiento por mas servir al amado»<sup>12</sup>. Por ende, fray Pedro del Castillo en su historia de vida (1670) indicó: «Porque ya esta corderita del cielo de la iglesia se consagraba a Dios en olocausto vivo colocada entre espinas, y abrojos de afanes y symbolo de los de su esposo Jesús» [*sic*]<sup>13</sup>.

La fortaleza «varonil» de Rosa residía en el desprecio de sus deseos. Ella misma encarnaba la misma función que cumplió su esposo: cordero sacrificado por los pecados de la humanidad. El amor a su esposo se fundamentó en verlo como su maestro y dueño. Esto demandó su total sujeción mediante la obediencia y la humildad<sup>14</sup>. De esto se desprende un autodesprecio que motivó

<sup>9</sup> González de Acuña, 1671, p. 16.

<sup>10</sup> Ferrer de Valdecebro, 1666, pp. 3, 20-21, 36.

<sup>11</sup> Ferrer de Valdecebro, 1666, p. 189.

<sup>12</sup> González de Acuña, 1671, p. 204.

<sup>13</sup> Castillo, 1670, f. 3.

<sup>14</sup> Lorea, 1671, p. 237. Las monjas chilenas tuvieron un ejemplar de esta historia de vida en su biblioteca que terminó en la biblioteca de la Universidad de Chile (Araya, 2004, pp. 44-45).

la siguiente afirmación: «Quién soy yo [...] sino un peso, y contrapeso vil de la tierra! ¡Cáncer vivo del linage humano! ¡Zaratán asqueroso de la naturaleza!»<sup>15</sup>. Cuanto más desprecio sintiera por ella misma, más reconocimiento obtenía de Dios y era más deseada por su esposo celestial. Como esposa de Cristo también sufrió los celos del esposo que fueron las «mayores demostraciones [que] hizo este Señor divino con la Rosa, pues llegó a tener celos, a sentirlos, y dezirselos cara, a cara»<sup>16</sup>. En estos párrafos de los textos de la época se puede identificar un modelo de esposa perfecta: humilde y sumisa ante el esposo.

El modelo femenino de Rosa se centra en su disciplina y amor a su esposo para merecer y conservar el privilegio de preferida de Cristo. Estos discursos transmitían mensajes modeladores de conducta que implicaban el mantenimiento de un orden social específico. Los lectores de los textos sobre Rosa no solo recibían pautas sobre su comportamiento según su estatus social y su modo de vida, sino también la necesidad de respetar tales pautas para el mejor concierto del cuerpo general. Así, tendrían que cumplirse deberes y responsabilidades determinados para cada sector. Cada grupo sabía lo que debía hacer y también lo que los otros grupos debían cumplir. Había, entonces, un tipo de fiscalización de los deberes de los distintos grupos que implicó la aceptación de una jerarquía entre ellos<sup>17</sup>.

Las poblaciones hispanoamericanas consideraban que las místicas femeninas habían expresado una extraordinaria devoción a Dios, por lo que fueron elegidas por él para transmitir lo sagrado y hacerlo creer a los demás. Con todo, esta transmisión se concretaba en un modelo de santidad que se distinguía a partir de los rasgos físicos y culturales de las mujeres y su relación con lo blanco y lo puro. La carne y la sangre de estas mujeres fueron relacionadas con procesos sobrenaturales. Sus cuerpos servían para facilitar comunicaciones espirituales mediante el lazo especial que tenían con la divinidad. De ahí la necesidad de tener un confesor, cuyo trabajo fue vigilar

<sup>15</sup> Ferrer de Valdecebro, 1666, p. 60.

<sup>16</sup> Ferrer de Valdecebro, 1666, p. 266.

<sup>17</sup> Álvarez Santaló, 2012, p. 80.

que sus prácticas religiosas fuesen ortodoxas. Además, el confesor regulaba sus escritos sobre sus visiones, curaciones y profecías<sup>18</sup>.

## COMUNIDADES FEMENINAS

Terciarias, beatas y monjas siguieron el modelo de vida de Rosa, viviendo bajo el cumplimiento de sus votos religiosos. Aquellas que residían en beaterios o monasterios cumplían votos religiosos solemnes pues «mayor merito tienen las obras ofrecidas a Dios en fuerza de voto, que las sin el se hacen [*sic*]»<sup>19</sup>. Las monjas eran siervas de María, esposas de Cristo y heroínas contra el demonio. En otras palabras, se constituían en modelos de pureza femenina, además de abrir espacios de socialización y educación femeninas. Las elites requerían cuidar el honor de sus mujeres mediante la evasión de la procreación de hijos ilegítimos o de un matrimonio desventajoso. La conservación de la virginidad para cuidar un linaje honroso necesitó del resguardo de los cuerpos femeninos en los monasterios. De ahí el cuidado del arzobispo del voto de castidad de las mujeres que habitaban los claustros. Cualquier intercambio entre ellas y personas del exterior era vigilado. Las familias estaban dispuestas a pagar una dote para el ingreso de sus hijas en esos recintos, suma que era mucho menor que la dote de un matrimonio conveniente; de esta forma, las monjas llegaron a formar comunidades femeninas poseedoras de grandes patrimonios<sup>20</sup>.

Entonces, los monasterios eran vistos como símbolos propios de la ciudad donde estaban establecidos y en los cuales se asentaban las esposas de Cristo que rezaban constantemente por el bienestar de las poblaciones urbanas, gozando del favor divino y deteniendo la ira divina, por lo que tenían que dar una dote el momento de su profesión para garantizar su dedicación espiritual y no distraerse con tareas involucradas a la obtención de su sustento. A las dotes se sumaron donaciones que con el tiempo generaron grandes capitales, invertidos en la construcción y remodelación de sus iglesias

<sup>18</sup> Deusen, 2018, Introducción.

<sup>19</sup> González de Acuña, 1671, p. 30.

<sup>20</sup> Pastor, 2004, pp. 205-207.

y claustros. Estas corporaciones disfrutaron de la protección de las elites locales, pues las monjas generalmente provenían de esos sectores sociales<sup>21</sup>.

Durante la época virreinal, en la ciudad de Lima se establecieron 14 monasterios de religiosas, mientras que, en Santiago de Chile, siete. En la primera ciudad existieron dos monasterios dominicos (Santa Catalina y Santa Rosa) y en Santiago, solo uno (Santa Rosa). La devoción a la Santa limeña creció en Hispanoamérica y se establecieron beaterios, que en su mayoría se convirtieron en monasterios con su advocación. Algunos de ellos se fundaron en Lima, Arequipa, Cusco, Santiago de Chile, Puebla, Manila, Antigua Guatemala, etcétera. El monasterio de Santa Rosa en Lima, cuya intención era adoptar la regla de Santa Catalina, fue el primero en fundarse en 1708, le siguió Puebla (1740), Arequipa (1747) y Santiago (1754). La fundación de Arequipa contó con el obispo Juan Bravo de Rivero, quien antes había sido obispo de Chile entre 1735 y 1743<sup>22</sup>. Es importante indicar que varias religiosas provenían de las familias de la nobleza que residía en Lima.

Según las historias de vida, Rosa profetizó la fundación del monasterio de Santa Catalina de Sena en la ciudad de Lima<sup>23</sup>. Esta fundación sucedió siete años después de su muerte (1624) por la iniciativa de las hermanas Lucía y Clara Guerra de la Daga. En 1629 ingresó María de Oliva, madre de la Santa, en calidad de monja de velo negro, a los 60 años<sup>24</sup>. Algunos hagiógrafos de Rosa señalan que una sobrina suya también ingresó en el monasterio para acompañar

<sup>21</sup> Rubial García *et al.*, 2013, pp. 349-350; Araya, 2007, p. 40.

<sup>22</sup> Gandarillas, 1905, pp. 9, 47-48.

<sup>23</sup> Hansen, 1668, pp. 286-287; Ferrer de Valdecebro, 1666, pp. 416-418; González de Acuña, 1671, pp. 333-334.

<sup>24</sup> Guerra, Fernández y Martínez, 1997, p. 492. Existía una diferenciación interna entre las mujeres que habitaban los monasterios. La cúspide fue formada por las monjas de velo negro, que generalmente pertenecían a las elites. Luego estuvieron las monjas de velo blanco, que pagaban una dote menor. A diferencia de las anteriores, cuya principal función consistía en el rezo permanente, las donadas fueron mujeres de los sectores populares que se dedicaban al servicio de la comunidad y en sus ratos libres oraban, pero también juraron sus votos religiosos (obediencia, humildad, pobreza y clausura) como las demás. De otra parte, los monasterios también fueron habitados por mujeres seglares: sirvientas, esclavas, educandas, familiares de las monjas, recluidas por «mal comportamiento» o por la ausencia de los familiares masculinos, etcétera.

a su abuela. Según ellos, la sobrina era hija de Hernando Flores de Herrera, quien había incursionado en la milicia como su padre. Él era su hermano más querido. Viajó a Chile, donde fue nombrado alférez y portaestandarte de su compañía. Por revelación divina, la Santa se enteró del matrimonio de su hermano en Chile con Josefa de Torres. Le escribió una carta para brindarle varios consejos para el buen funcionamiento de su matrimonio.

También, le profetizó que su primer descendiente sería una niña que estaría dedicada a Dios y tendría la marca de una rosa en su rostro. Es decir que sería el retrato de su tía. La niña, Sulpicia de Flores, nació dos años después de la muerte de la Santa y fue huérfana a temprana edad, pero el presidente y gobernador de Chile, Francisco Laso de la Vega, permitió que ella llegase a Lima e ingresase en el monasterio de Santa Catalina. Algunos indican que personajes reconocidos en el ambiente chileno como Diego González Montero y Cristóbal Aranda Valdivia la visitaban por sus claras manifestaciones de piedad y religión<sup>25</sup>.

## MONASTERIO DE LIMA

Durante la época virreinal, y mucho tiempo después, los monasterios fueron las únicas corporaciones en que las mujeres podían regirse a sí mismas pues desempeñaban cargos de gobierno interno, aunque las seleccionadas debían ser aprobadas por las autoridades episcopales. Estas elecciones suscitaron diversos disturbios. Tales prerrogativas no implicaron una socialización horizontal entre ellas, sino que las relaciones jerárquicas imperaron mediante criterios como la procedencia social, la edad, los años de profesión, la experiencia en cargos, entre otros. Otra facultad que gozaron fue el acceso a una educación más elevada que otros grupos femeninos, pudiendo leer y escribir profusamente<sup>26</sup>.

En 1669, fray Hernando de Valdés era el director espiritual de las beatas que vivían cerca de la casa donde Rosa nació. Aunque

<sup>25</sup> Hansen, 1668, pp. 312-313; Ferrer de Valdecebro, 1666, pp. 410-411; González de Acuña, 1671, pp. 341-342; Gandarillas, 1905, pp. 36-37.

<sup>26</sup> Rubial García *et al.*, 2013, pp. 350-352.

convenció al comprador de la casa, Andrés Villela, de donarla a las beatas, esto no se concretizó, pues los dominicos, en 1676, la convirtieron en convento de frailes. No obstante, un año antes el arzobispo Melchor Liñán y Cisneros insistió sobre la fundación de un monasterio en ese lugar. En el beaterio vivían, según el prelado, 33 doncellas que se habían reunido para vivir la regla de los terciarios dominicos.

En 1676, el cabildo catedralicio señaló que la buena memoria del arzobispo fray Juan de Almoguera benefició al beaterio de Santa Rosa<sup>27</sup>, pero el cabildo secular tomó con tibieza la solicitud del provincial dominico de convertir el beaterio en un monasterio<sup>28</sup>. Las beatas residieron en una casa en la calle Larriva y luego en otra en la calle de San Sebastián hasta 1708, cuando se desplazaron a las casas del contador Gonzalo de la Maza<sup>29</sup>. En el proceso de la fundación del monasterio de Santa Rosa en Lima, de 1690 a 1708, el arzobispo comentó, en 1695, sobre las beatas: son «mugeres de buena vida, que vestían el hábito en que la gloriosa santa vivió y murió»<sup>30</sup>. Ellas pedían esta fundación, «en cuyos ánimos propensos a la devoción desta gloriosa virgen, y patrona del Perú, era fácil de inferir los aumentos, que esta obra tendría, fomentada del fervor de los fieles, y de la opulencia del país, si se sirviese vuestra majestad de consolarle con esta nueva fundación»<sup>31</sup>.

En 1685 la Audiencia apoyó la conversión del beaterio en monasterio y cinco años más tarde lo hizo el virrey conde de la Monclova<sup>32</sup>. El cabildo de la ciudad expresó: «haver trasladado su spiritu [de Rosa] en unas hijas que no contentas con su ymitazion casi la llegan a igualar»<sup>33</sup>. Carlos II solicitó información al arzobispo sobre las cantidades de dinero reunidas para la fundación y sobre los beneficios e inconvenientes que esta presentaría. En 1690 se

<sup>27</sup> Archivo del Cabildo Metropolitano de Lima (en adelante ACML), Libros de acuerdos capitulares, N° 8, 1676, f. 99, 113.

<sup>28</sup> Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima (en adelante AHML), Libros de actas del cabildo, N° 30, f. 52v.

<sup>29</sup> Vargas Ugarte, 1961, tomo III, pp. 203-204. Tomo IV, p. 19.

<sup>30</sup> AGI, Lima, 520, 1714.

<sup>31</sup> AGI, Lima, 304.

<sup>32</sup> Vargas Ugarte, 1961, tomo IV, p. 21.

<sup>33</sup> Archivo Arzobispal de Lima (en adelante aal), Reales cédulas, Libro 2, f. 553.

mandó otra carta al Consejo de Indias solicitando la fundación del monasterio de Santa Rosa. El logro de la licencia real para fundar un monasterio no fue fácil. El empuje de las elites, la audiencia, los cabildos y el clero lo hizo posible.

El ser patrón de un monasterio implicaba dar una importante suma de dinero, lo cual le otorgaba un gran prestigio social y una calidad de noble<sup>34</sup>. La acumulación del capital para la fundación del monasterio ascendía a 246 mil pesos. Elena Rodríguez de Corte Real, viuda del general Benito Galdámez, donó a las beatas dos haciendas de campo y una casa principal y dinero, todo lo cual importaba 130 mil pesos. También Domingo Cueto y el sargento mayor Francisco de Oyague brindaron otras donaciones que, de forma conjunta con la anterior, acumularon la suma de 350 mil pesos. El prelado destacó que dudaba que las rentas sumadas fueran insuficientes para sustentar a 33 religiosas. En 1696 la superiora del beaterio, Ana María de Santo Domingo, insistió en la fundación del monasterio y se volvió a solicitarla en 1701.

Finalmente, en 1703 el fiscal del Consejo de Indias aprobó la solicitud y al año siguiente una real cédula confirmó la decisión, aunque llegó a Lima hasta 1706. Se ordenó que el número de monjas no excediera de 33 y que se reservaran cuatro becas para las hijas de los ministros reales beneméritos<sup>35</sup>. El 28 de junio de 1708 se vistió a 12 beatas como religiosas del recién fundado monasterio. La entrega de los hábitos estuvo a cargo del obispo de Concepción (Chile) en calidad de provisor y vicario general del arzobispado de Lima<sup>36</sup>. Del monasterio de Santa Catalina salieron las fundadoras del monasterio de Santa Rosa en Lima. La intención de las mujeres que vivían en el beaterio de Santa Rosa de Santa María era adoptar la regla de santa Catalina<sup>37</sup>.

Con el gran apoyo de los jesuitas y del virrey marqués de Castel-dos-rius, las nuevas monjas se establecieron en la casa que

<sup>34</sup> Pastor, 2004, p. 205.

<sup>35</sup> AGI, Lima, 304. Vargas Ugarte, 1961, tomo IV, p. 21.

<sup>36</sup> Biblioteca Nacional del Perú (en adelante BNP), Manuscritos, 2000006351, C4169, 1709, ff. 3-3v.

<sup>37</sup> ACML, Libros de acuerdos capitulares, N° 9, 1708, f. 74v, 99, 102-102v.

fue del contador Gonzalo de la Maza en 1709<sup>38</sup>, es ahí donde hasta la actualidad la comunidad reside. Fue el lugar donde vivió y falleció la Santa limeña y que las monjas convirtieron en un lugar de retiro (ver imagen 2). Al lado estaba la casa en que habitaban las recogidas de la Purísima Concepción, de la que fueron sacadas para ampliar el monasterio<sup>39</sup>. Es decir, las nuevas monjas tuvieron que esperar varios meses para instalarse en su nueva casa. Surgieron conflictos por esta mudanza. El administrador y diputado de la fábrica y fundación del monasterio de Santa Rosa, Francisco de Oyague, se opuso al traslado de las monjas del edificio del que antes había sido beaterio, en el barrio donde nació la Santa, a la casa de las amparas de la Concepción. Oyague comentó que el 23 de julio de 1709, Francisco Garcés, provisor y vicario eclesiástico, llegó al referido beaterio y ordenó que las religiosas salieran entonando salmos hasta arribar a la casa del contador. Garcés aprovechó la ausencia del administrador, que estaba fuera de la ciudad<sup>40</sup>.

<sup>38</sup> Cussen, 2005, p. 20.

<sup>39</sup> En este año, las recogidas solicitaron al cabildo metropolitano que las auxiliasen con la protección de sus alhajas y sus esclavas. ACML, Libros de acuerdos capitulares, N° 9, 1708-1709, f. 66v, 71v-72.

En 1671 el conde de Lemos fundó el recogimiento: «siendo esta fundación de la casa de las amparadas un beneficio tan especial de esta república, por recojerse en ella mugeres del mundo, que hasta que llegan a reducirse, viven con notable escándalo de la ciudad, dando mal exemplo a otras [sic]». Las mujeres que eran depositadas en el recogimiento vivían de forma temporal y espiritual en esa casa haciendo constantes ejercicios espirituales. AGI, Lima, 414.

<sup>40</sup> Entre los argumentos de oposición de Garcés estuvieron que el edificio del beaterio ya tenía la mayor parte de las instalaciones necesarias para funcionar como un monasterio. Criticó el hecho de que la casa de las recogidas estaba en un lugar insalubre, rodeado de los colegios de San Martín, San Pedro Nolasco y San Pablo, además de su cercanía con el monasterio de La Concepción. Asimismo destacó el maltrato físico y verbal del provisor a la prelada del recogimiento, quien rogaba que no se las despojase de su vivienda y bienes. BNP, Manuscritos, 2000006025, C3823, 1710.





Imagen 2: vista actual de la habitación de Rosa y lugar donde murió<sup>41</sup>

Incluso en 1720 surgieron conflictos entre el monasterio y el recogimiento de las amparadas, pues las recogidas reclamaban algunas alhajas y bienes como suyos, además de una nueva casa en donde pudieran residir<sup>42</sup>. Las recogidas relataron que la casa fue adquirida por el conde de Lemos. De su peculio se labraron la casa, la iglesia y las oficinas obligatorias para el funcionamiento del recogimiento. En 1730, el arzobispo Francisco de Soloaga consoló a las recogidas. Les entregó una casa que había pertenecido al beaterio de Santa Rosa, en condición ruinosa y estrecha. Igualmente, se les dieron unas alhajas y fragmentos de bienes rotos que les habían pertenecido. Finalmente el virrey marqués de Castelfuerte ordenó que se restituyese a las recogidas los bienes o su valor y que se les diera la

<sup>41</sup> Fotografías de la autora.

<sup>42</sup> AAL, Monasterio de Santa Rosa, 1:77; AGI, Lima, 414, 1714; AGI, Lima, 414, 1720 (Vargas Ugarte, 1961, tomo IV, p. 21).

primera encomienda que estuviera vacante y que por mientras se les entregara una limosna para aliviar su pobreza<sup>43</sup>.

La solvencia económica involucraba contar con una infraestructura que garantizara el desarrollo de una vida religiosa en clausura: iglesia, coro, celdas, habitaciones de uso común (refectorio, cocina, enfermería, sala capitular, sala de educandas, biblioteca, entre otros), confesionarios, locutorios, claustros, piletas, huertos, gallineros, altas murallas, etcétera. El altar mayor del nuevo monasterio tenía una imagen de Nuestra Señora del Rosario y una imagen de la Santa limeña que tenía como atributos una diadema y un ancla, ambas alhajas de plata. También había otras esculturas de santos relacionados con la ciudad de Lima, Toribio Mogrovejo y Francisco Solano<sup>44</sup>. Empero, la iglesia sufrió de algunos robos. En 1719 se extraviaron tres lámparas de plata (dos tamaño de vara y un poco más y otra de media vara) y se responsabilizó del delito a un negro llamado Francisco. Es importante indicar que varias religiosas provenían de las familias de la nobleza que residía en Lima.

La estabilidad del funcionamiento del monasterio fue paulatina. En 1714, el arzobispo de Lima comentó que había poca o ninguna formalidad en el funcionamiento del monasterio. Así que se prohibió la salida de libros, documentos y dinero de la caja de tres llaves. Se destacó el entendimiento de las constituciones por parte de las monjas de Santa Rosa<sup>45</sup>. Para 1721 el monasterio tuvo su primera elección de abadesa, pues 13 de sus integrantes ya habían cumplido 12 años de profesión y la comunidad tenía el número suficiente de monjas para realizar esta elección. En el cabildo catedral eclesiástico se aprobó la petición y fue comunicada al provisor de monjas, Andrés de Paredes, en 1722<sup>46</sup>.

La contribución de los devotos de Rosa al monasterio tomó diferentes vías. Una de las prioras del monasterio, Ana María de Santa Rosa, en 1721 impuso dos mil pesos sobre una huerta que

<sup>43</sup> AGI, Lima, 414, 1714.

<sup>44</sup> AAL, Monasterio de Santa Rosa, 5:82, 1893.

<sup>45</sup> AGI, Lima, 520.

<sup>46</sup> AAL, Monasterio de Santa Rosa, 1:78; ACML, Libros de acuerdos capitulares, N° 9, 1722, f. 72v.

perteneció a Rosa Palomares con el fin de recaudar un monto anual y destinarlo al pago de la misa de privilegio de los sábados. El licenciado Francisco Moncada y Paz impuso dos mil pesos sobre dos casitas para redituarse 52 pesos anuales que se distribuirían a las monjas en calidad de propina. María del Castillo impuso un principal que redituaba 15 pesos anuales dedicados al culto de la Santa<sup>47</sup>. En ese año, el arcediano Pedro de la Peña donó al monasterio un conjunto de casas, que incluía una pulpería<sup>48</sup>, también se ocupó de construir la capilla de la Santa en la catedral.

El funcionamiento del monasterio ha continuado hasta hoy y mantiene el régimen de clausura. Cada 30 de agosto, que es feriado nacional, celebran la fiesta a su madre espiritual y se saca en procesión a una estatua de la Santa. En 1886, a pocos años del fin de la guerra del Pacífico, «el pueblo peruano “se levantó de entre las ruinas”, para celebrar el tercer centenario de[ nacimiento de] la Santa, y las bellas letras quisieron también ocupar su puesto de honor en estas solemnes fiestas»<sup>49</sup>. Esta tradición de los grandes festejos relacionados con su nacimiento y muerte ha proseguido. La última se trató del cuarto centenario de su fallecimiento (2017), cuando se realizaron numerosas celebraciones en el país por la provincia dominica San Juan Bautista, además de la publicación de varios textos asociados con la figura de la Santa. También, el edificio ha soportado los fuertes movimientos sísmicos que han provocado la caída de la habitación donde la Santa falleció, pero la han reconstruido y las religiosas se reúnen ahí para orar. A inicios del siglo xx, todavía existía un cementerio que había que cruzar para ingresar<sup>50</sup>, actualmente existe un jardín con su pileta respectiva.

Habría que decir que, en calidad de monasterios de clausura y de origen virreinal, ambas comunidades (Lima y Santiago) tuvieron que afrontar contextos adversos que criticaron de manera abierta su estilo de vida. Desde mediados del siglo xviii, un sector de la prensa ilustrada rechazaba que las niñas estudiaran con monjas, quienes

<sup>47</sup> AGNP, Tribunal eclesiástico, Leg. 93, Exp. 35, 1827.

<sup>48</sup> AGNP, Cabildo, CA-JO1, Leg. 154, Exp. 2845, 1808.

<sup>49</sup> Gandarillas, 1905, pp. 8-9, AAL, Monasterio de Santa Rosa, 5:62.

<sup>50</sup> Gandarillas, 1905, p. 44.

desconocían las experiencias de madres y esposas que reclamaba las elites ilustradas como principales roles de las mujeres. En el marco de las independencias latinoamericanas, las ciudades de Lima y Santiago vivenciaron las convulsiones propias de las luchas armadas e ideológicas. Ciertos grupos, tanto de fidelistas como de separatistas, saquearon iglesias y claustros en busca de dinero o bienes lujosos. No obstante, las vocaciones continuaron. En la comunidad de Lima, desde 1810 a 1821 ingresaron cuatro mujeres para convertirse en monjas. Una era originaria de Quito. En la época republicana, los ingresos reiniciaron en 1828<sup>51</sup>.

El monasterio de Lima contaba con un buen caudal de riqueza por su reciente fundación y la continuidad de donaciones de legados y propiedades, incluso por las familias nobles de la ciudad. Entre 1777 y 1819, personas y corporaciones dieron dinero al Tribunal del Consulado con el fin que se les devolviera con un determinado interés, lo que estaba avalado con los ingresos fiscales de la corona, que requería dinero para sus gastos. El fisco monárquico debía 27 mil pesos al monasterio de Santa Rosa, que dio en 1777. Fue el monasterio que impuso la mayor cantidad de dinero<sup>52</sup>. Ello refiere a una coyuntura en que los monasterios tuvieron que confiar en la administración del Tribunal del Consulado, principal corporación comercial, para asegurar sus rentas, que habían sido golpeadas por el terremoto de 1746 por la destrucción de las propiedades, que garantizaban los censos, especie de préstamos hipotecarios, y por el bajo interés que pagaban los censatarios ante esta coyuntura.

Durante el régimen republicano, los grupos liberales tenían sectores anticlericales que promovían la expropiación de las riquezas y las propiedades del clero. Algunas de sus iniciativas prosperaron. También, el clero diocesano trató de tener mayor jurisdicción sobre el clero regular. En 1846, en Chile se ordenó que los monasterios llevaran una mayor austeridad, sencillez y clausura. Asimismo, algunas congregaciones femeninas cumplieron tareas más activas con la población del exterior: educación, enfermería, orfanatos,

<sup>51</sup> Catálogo del AAL, serie monasterio de Santa Rosa.

<sup>52</sup> Quiroz, 1993, p. 192.

etcétera. Ambos monasterios fueron afectados con estas medidas y cambios, pero resistieron<sup>53</sup>.

Un tema delicado entre ambas comunidades fue el desarrollo de la guerra entre Perú y Chile, desde 1879 hasta 1884. La comunidad santiaguina indica en una memoria que no hay rastros de las actividades de las religiosas. En cambio, en la comunidad de Lima, la vida monacal transcurrió con relativa estabilidad pues se identifican nuevos ingresos y profesiones de monjas, elección de nueva priora e informes de ingresos económicos. Tal vez, la comunidad santiaguina estuvo presionada por su vínculo con la Santa y el monasterio limeño<sup>54</sup>. La guerra del Pacífico tuvo un trasfondo religioso que disputaba la protección divina por ambos países. Tal confrontación lleva el legado virreinal de explicar la historia humana desde una perspectiva providencialista. Para los chilenos, el favoritismo divino fue justificado por la valentía de sus soldados que fueron amparados por la Virgen del Carmen. Se formó un nacionalismo católico en la opinión pública por los discursos y acciones del clero para ganar el apoyo de la mayoría de los sectores sociales.

Es interesante indicar que sacerdotes como Valdivieso y Larraín Gandarillas pronunciaron apasionados sermones sobre la legitimidad de la guerra, mientras ellos fueron cercanos al monasterio de Santa Rosa de Santiago. Algunos poemas populares chilenos presentaron a la Santa limeña rogando a la Virgen del Carmen por los peruanos que supuestamente habían pecado excesivamente y que habían incitado la guerra por maldad. Mientras, los chilenos fueron presentados como los hijos de la virgen. Según estos poemas, Rosa, ante la madre de Dios, queda impotente y no puede proteger a los débiles y pecadores peruanos. Así, los poetas chilenos no atacaron la figura de la Santa limeña, sino que reconocieron que ella no pudo cumplir su misión de santa protectora asumiendo la mala calidad espiritual y moral de sus protegidos<sup>55</sup>.

<sup>53</sup> Agüero, 1923, pp. 280-281; Aguirre, 1994, pp. 20-29.

<sup>54</sup> Catálogo del AAL, serie Monasterio de Santa Rosa.

<sup>55</sup> Coronado, 2013, pp. 86, 89, 95-97.

## MONASTERIO DE SANTIAGO

Fray Bernardo Carrasco fue provincial de la provincia de San Juan Bautista del Perú durante los años cercanos a la beatificación (1668) y la canonización de Rosa (1671). Designado obispo de Santiago en 1678, arribó al año siguiente. Su gobierno duró hasta 1694. Puso cuidado en la celebración de la fiesta anual de la Santa<sup>56</sup>. Ante la popularidad de la figura de Rosa, en 1680, se estableció un beaterio con su advocación en Santiago que congregó a mujeres que deseaban seguir el modelo de la santidad de la limeña. Con Carrasco arribaron dos terciarias dominicas de Lima. Una de ellas fue Agustina del Rosario. Estuvieron bajo la jurisdicción de la provincia dominica de San Lorenzo Mártir y desde 1713, bajo supervisión de la autoridad diocesana, cuando convivían 24 terciarias y más de 50 mujeres seglares. Al año siguiente, el obispo les solicitó la lista de propiedades e ingresos, formándose un libro que fue significativo para el siguiente paso.

Habría que señalar que la tercera orden dominica tuvo injerencia en el desarrollo de los beaterios de las rosas en ambas ciudades, pero no fue definitiva. En Lima, la tercera orden existió a fines del xvi o inicios del xvii, luego desapareció hasta 1713, cuando se refundó en el convento de Santo Domingo. En Santiago, en 1777 se estableció de forma oficial en el convento del Rosario<sup>57</sup>. Sin embargo, no es claro que el funcionamiento de las beatas, que seguían la regla de las terciarias dominicas, estuviera sujeto de manera directa a la Tercera Orden, o más bien a los frailes dominicos o la autoridad del arzobispado. Es un tema que habría que indagar.

En 1748, la priora, sor Josefa de San Ignacio (Torrejón y Heredia) fue la primera en promover la transformación del beaterio en un monasterio. Logró juntar las cartas favorables de tal solicitud de parte de las principales autoridades de la ciudad. Tuvo el apoyo del jesuita Ignacio García. Lo consiguieron a través de una real cédula de 1753 que estableció el cupo de 21 religiosas; en 1761, el número

<sup>56</sup> Ramírez, 1997, pp. 529-536.

<sup>57</sup> Araya, 2007, pp. 65-66; Arias, 2019, p. 209.

creció a 33<sup>58</sup>. A diferencia de los monasterios con la advocación de la Santa, fundados en Lima y Arequipa, que tuvieron como fundadoras a cuatro religiosas del monasterio de Santa Catalina de las respectivas ciudades, el de Santiago de Chile contó con religiosas del mismo monasterio de Santa Rosa de la ciudad de Lima. En 1754, el arzobispo de Lima accedió enviar a las fundadoras: Laura Rosa de San Joaquín, en calidad de priora; María Antonia, maestra de novicias; y Rosa de Santa María, portera. El 16 de agosto de 1754, estas monjas fueron acompañadas por el capellán del viaje, el mercenario Diego Flores de Oliva, y abordaron el *Fénix* para embarcarse y dirigirse a Concepción. De ahí se trasladaron a Santiago, sumándose el canónigo Estanislao Andía Irarrázaval, quien sería el provisor del nuevo monasterio, canónigo magistral de la catedral de Santiago y comisario subdelegado de la Cruzada, y sin duda formaba parte de la familia fundadora del monasterio: los Andía Irarrázaval, cuyas hijas ingresaron al monasterio en calidad de fundadoras<sup>59</sup>.

Antes de proseguir con el devenir de la comunidad santiaguina, es necesario destacar que Laura Rosa de San Joaquín era sobrina-nieta de la Santa, quien ingresó al monasterio de Lima en 1709. Era hija de Gaspar Flores de Oliva e Isabel Argave. Entonces, su padre fue el hijo primogénito de su abuelo, Gaspar Flores. Por tres generaciones llevaron el mismo nombre. Se ha mencionado anteriormente que Hernando, el hermano más íntimo de la Santa, había llegado a Chile; otras fuentes indican que también Gaspar lo hizo, quien, en 1620, fue beneficiado en el testamento de su padre junto a sus hermanos Antonio, Andrés y Francisco Matías. En ese momento, Gaspar estaba en Chile.

Asimismo, se han rastreado algunas pistas de otros parientes. En una carta del capitán Mateo Domínguez de Moncada y Oliva a un fraile dominico se indica sobre un hermano de Rosa que vivió en la villa de Cajamarca: Francisco Matías Flores, quien murió aproximadamente en 1667. Antonio Flores de Oliva fue otro hermano de la Santa que todavía vivía en 1688 y residía en Condorama

<sup>58</sup> Agüero, 1923, pp. 114-116; Araya, 2007, p. 64.

<sup>59</sup> Araya, 2007, p. 42.

(Cusco), quien tuvo una recomendación de merced por el virrey conde de Lemos. Para la celebración de la beatificación de Rosa en Lima, en 1669, se indica la existencia del nieto de una hermana de la Santa, Juana Flores, que acompañó al cabildo. Fue un sacerdote que cabalgaba una mula con su gualdrapa a quien el virrey le dio mercedes junto a su familia<sup>60</sup>. Tal vez se tratase del mismo capellán Diego Flores, también pariente de la Santa.

Regresando a la historia del nuevo monasterio, las fundadoras arribaron a Santiago el 1 de octubre de 1754. Alcanzaron la quinta del marqués de Pica y fueron visitadas por las principales autoridades y personajes de la ciudad. Se hospedaron en el monasterio de la Victoria por orden del obispo de Santiago, Manuel de Alday, que el 9 de noviembre las acompañó en el traslado a su claustro definitivo. Del monasterio de la Victoria, las transportaron en un coche hasta la catedral, donde ellas se arrodillaron en la primera grada del altar mayor. De forma rápida se acercaron los principales integrantes de la Audiencia y cabildo de la ciudad junto a las esposas del presidente y dos oidores de la Audiencia, que fueron las madrinan de las religiosas. Luego, las fundadoras se unieron a las señoras referidas y se sentaron en la capilla mayor.

Se formó la respectiva procesión en que se unieron los integrantes de las órdenes religiosas incluyendo los dominicos que llevaron las imágenes de su padre fundador, después siguió el resto del clero. El cabildo catedralicio escoltaba la imagen de la Santa limeña. Entre los integrantes de la Audiencia y el cabildo santiaguino iban las fundadoras junto a sus madrinan, que las llevaban de la mano caminando por calles adornadas con colgaduras y altares. Arribaron a la iglesia de su monasterio y accedieron al presbiterio donde adoraron al Santísimo, que estaba abierto, mientras se cantaba el *Te Deum laudamus* y se decían las oraciones atribuidas a santo Domingo y a santa Rosa y otras más. Taparon al Santísimo y se dirigieron a la puerta de ingreso de su claustro donde el obispo entregó las llaves a

<sup>60</sup> Meneses y Arce, 1670, p. 152; Meléndez, 101v-102v; Busto, 2006, pp. 42-45. Hampe, 1997, p. 114. AAL, Monasterio de Santa Rosa, 1:39, 42. Busto se equivocó en señalar que Laura Rosa ingresó al monasterio de Santa Catalina cuando lo hizo en el de Santa Rosa, lo que indica Vargas Ugarte (1959, p. 19).



la priora, la sobrina de la Santa, que simbolizó el reconocimiento de su gobierno monacal. Con ello se dio por concluida esta fundación.

Al año siguiente, las integrantes del monasterio, junto a las fundadoras, sumaron cuatro mujeres del anterior beaterio y seis postulantes. Antes de cumplir el año de fundación habían ingresado 20 novicias de velo negro<sup>61</sup>. El monasterio albergó a mujeres de los distintos territorios de Chile e incluso del norte de Argentina<sup>62</sup>. Al inicio, el monasterio funcionó en los terrenos que fueron las casas del capitán portugués León Gómez de Oliva, los que había donado al beaterio. Tal vez esta donación fue hecha para despistar las sospechas sobre su origen judío. No obstante, el capitán fue regidor de Santiago y se casó con una importante dama local. Ejerció ampliamente el oficio de comerciante, que le permitió conocer las costas atlánticas de la zona meridional de Sudamérica, y llegó al Perú, donde es posible que haya ahondado su devoción a la Santa limeña. Fue perdonado y al parecer tuvo poderosos amigos en el clero santiaguino<sup>63</sup>.

Para la fundación del monasterio se compró el solar de al lado y luego el resto, para completar la manzana incluyendo donaciones. Se construyeron los claustros y la iglesia que fue dedicada a Nuestra Señora de Pastoriza por las donaciones y financiamiento que recolectó el jesuita Ignacio García, nativo de Galicia, de donde era la imagen mariana del altar mayor. A sus lados estuvieron las estatuas de san Ignacio, san Francisco Javier, santo Domingo y santa Rosa. Este jesuita tuvo una especial devoción a la Santa dominica, que no sorprende por el historial de los confesores jesuitas de Rosa en vida, además de que el colegio jesuita romano celebra su beatificación en 1668. Ante la expulsión de los jesuitas, ellos dejaron reliquias y objetos de culto importantes a las monjas rosas. En 1851 se proyectó modificar la iglesia por su deterioro y la necesidad de ampliarla. Se recibieron numerosas donaciones y la nueva se construyó y destacó por la buena estructura de madera. Por los cambios se tuvo que alterar el coro, la portería, los locutorios

<sup>61</sup> Gandarillas, 1905, pp. 49-54.

<sup>62</sup> Agüero, 1923.

<sup>63</sup> Böhmer Grumpeter, 1993, pp. 31-34.

y los confesionarios. También se trajeron adornos y un órgano de Europa. En el coro se colocaron relicarios que llevaron los restos de santo Domingo, santa Rosa, san Juan Macías y san Martín de Porras. También conservaron un relicario con una carta autógrafa de su madre espiritual<sup>64</sup>. En el caso de la comunidad de Lima, las refracciones de los claustros se realizaron por 1871<sup>65</sup>.

Cierto sector del clero las apreciaba mucho. Un jesuita, en 1877, declaró: «Yo sé que todas las religiosas rosas aman mucho a su divino esposo a imitación de santa Rosa. ¡Ah! Madres monjas ¡Qué horror! ¡Qué horror en el mundo, donde se peca tanto y se persigue a Dios! ¡Qué paraíso! ¡Qué paraíso ese convento en que todas viven como ángeles, alaban, bendicen y aman a su Dios!»<sup>66</sup>. No faltó el vínculo con la patria de la Santa. Un capellán del monasterio, José Joaquín Bezanilla, fue muy devoto de la comunidad porque su madre fue peruana, Luisa Abos Padilla. Incluso luchó por conseguir ser capellán titular.

El ingreso a este monasterio respondía a diversas razones: solicitud de ingreso de mujeres con una innegable vocación religiosa, la fuerte devoción hacia el padre fundador, santa Catalina de Sena o a la misma santa Rosa de Lima. A diferencia de la época virreinal, cuando era común que el ingreso a los monasterios fuera desde los 14 a los 18 años, en la época republicana la edad de ingreso oscilaba entre los 20 y los 24 años. Ante un mundo más secularizado, la edad de ingreso fue más tardía porque se consideraba que era una decisión de larga reflexión. Aunque durante la época virreinal y la republicana ser monja traía prestigio a sus familias, además de los beneficios espirituales, para el segundo tiempo se veía con más aprecio que las mujeres cumplieran sus labores de madres y esposas, en pro del bienestar de la nación. Por ende, se estableció una fase anterior al noviciado, el postulado en que la candidata conoció mejor la vida de una monja para tomar su decisión, y luego pasaba por el noviciado para profundizar aún más su decisión, hasta que eligiese profesar, o de caso contrario, abandonar la clausura. Así, Juana María de San

<sup>64</sup> Agüero, 1923, pp. 230-232, 244-245; Araya, 2004, p. 46.

<sup>65</sup> AAL, Monasterio de Santa Rosa, 5:34 y 35.

<sup>66</sup> Agüero, 1923, p. 287.

Luis (Jaraquemada y Vargas) tuvo que cumplir una norma temporal que obligaba profesar de la edad mínima de 25 años, por lo que tuvo que ser novicia por más de seis años. Su deseo de llevar la vida religiosa estuvo motivado por que la Santa le cumplió su deseo de hablar fluidamente, pues hasta los 15 años, ella era semimuda<sup>67</sup>.

## LAS OTRAS ROSAS

La consideración de ver a la Santa como madre espiritual se expresó en la adopción de sus nombres religiosos por parte de las monjas. En la primera elección de la abadesa del monasterio de Santa Rosa en Lima, en 1721, varias de las integrantes de la comunidad tenían nombres relacionados con su santa patrona: Josefa de Santa Rosa, María Josefa de Santa Rosa, María Rosa de la Encarnación, María Rosa de Santo Domingo, Rosa de Santa María, Catalina de Santa Rosa, Laura Rosa de San Joaquín y Úrsula María de Santa Rosa<sup>68</sup>. Tal práctica de las monjas rosas generó un sentido de comunidad que se fortaleció por «los lazos que forma la profesión de una misma regla, que nos hace hijas de una misma madre [Rosa] y de un mismo padre [santo Domingo], son tan fuertes y estrechos como los de la naturaleza»<sup>69</sup>. Por eso, ellas celebraban el día de su profesión. Por ejemplo, Juana María de San Luis vivía su voto de pobreza al extremo, pero el día de su profesión era el único que se permitía el lujo de usar el velo con el que profesó y le fue entregado por un importante clérigo.

En la comunidad de Lima, Josefa Portocarrero, hija del conde de Monclova, tuvo que defender su elección frente a su madre, Antonia Jiménez de Urrea. La oposición de su madre motivó que la hija se escapara de la casa materna e ingresara de forma furtiva en el monasterio de Santa Catalina de Sena de Lima. Su intención era quedarse en ese claustro hasta profesar en el recién fundado monasterio de Santa Rosa de Santa María. La condesa contó con el respaldo del arzobispo Melchor Liñán y Cisneros e incluso del propio rey Felipe

<sup>67</sup> Agüero, 1923, pp. 331-332.

<sup>68</sup> AAL, Monasterio de Santa Rosa, 1:78.

<sup>69</sup> Agüero, 1923, p. 246.

V. En sus escritos, la condesa dibujó una imagen estereotipada de su hija, marcada por el género. Según estas representaciones, Josefa sería una mujer débil, irresponsable, incapaz de pensar de forma racional y de respetar la potestad de los padres en la vida de los hijos. De esta manera, se ganó el favor de distintas autoridades masculinas que concordaban con estos estereotipos<sup>70</sup>. Cuando sucedió este conflicto, el conde de la Monclova ya había muerto. Incluso, en ocasión del cumplimiento del año de noviciado de Josefa en el monasterio de Santa Catalina, tuvo que ser examinada por doctores de teología que corroboraron su vocación religiosa. Su madre no logró su cometido.

En 1707, Josefa había elegido a su madre espiritual en Rosa cuando dejó atrás su vanidad y el mundo secular. Tuvo la siguiente visión: la Santa con muchas rosas en su corona que brotaban hermosamente. Interpretó que cada rosa simbolizaba a una monja que habitaría el futuro monasterio que llevaría el nombre de la Santa. Antes que las fundadoras del nuevo monasterio, que provenían del de Santa Catalina, llegaran al nuevo edificio, Josefa ya estaba dentro, sin avisar a nadie. A pesar de que se intentó que Josefa regresara al monasterio de Santa Catalina, nunca dejó el de Santa Rosa<sup>71</sup>. En 1709, ya era monja de velo negro con el nombre de Josefa de Santa Rosa<sup>72</sup>.



Imagen 3: Josefa de Portocarrero<sup>73</sup>

<sup>70</sup> Deusen, 2018, Cap. 6.

<sup>71</sup> Deusen, 2018, Cap. 6.

<sup>72</sup> AAL, Monasterio de Santa Rosa, 1:21.

<sup>73</sup> Portal, 1924, p. 77.

Un despacho real del 24 de septiembre de 1707 ordenó que Josefa regresara con su madre a España. Empero, su cumplimiento fue imposible por la fortaleza de la convicción religiosa de Josefa, que llegó a resistir su ingreso en la Audiencia, a lo que los oidores no supieron cómo reaccionar porque ella continuó apelando a ese despacho. Las desavenencias políticas por el cambio de orientación política motivado por los borbones hicieron ver la necesidad de negociar algunos puntos con las poblaciones criollas. Esto fue aprovechado por Josefa. El virrey Melchor de Liñán y Cisneros culpó a la madre de no sostener de forma permanente y estratégica su causa<sup>74</sup>. Desde 1708, la madre estuvo presionando al cabildo metropolitano para que la apoyara en la nulidad de la profesión de su hija como monja de velo negro. Sin embargo, este cuerpo actuó con cautela sobre el asunto. Incluso hubo fricciones en este contacto entre esa corporación y la condesa de Monclova<sup>75</sup>.

El asunto del conflicto entre la madre y la hija tomó tal revuelo que hasta el obispo de Quito opinó sobre el tema. No obstante, aunque reconoció que carecía de toda capacidad jurisdiccional en el pleito, identificó la oposición a la voluntad de Josefa por parte del arzobispo de Lima, quien más bien apoyaba las pretensiones de la madre. El obispo de Quito señaló:

guiado por las noticias que las personas más doctas, advertidas y zelosas me han dado hallo ser el de la dicha doña Josepha uno de aquellos señalados llamamientos en que Dios a escogido muchas de las que veneramos santas en su iglesia, y que solo su gracia puede aver confortado en medio de las más poderosas opocisiones que pueden ofrecerse; sin que esta atestación pueda parecer empeño del dictamen propio declarado ya en la respuesta fundada que di a una consulta que se me hizo por parte del dd Diego Montero del Águila provisor y vicario general del arcobispado de Lima [*sic*]<sup>76</sup>.

<sup>74</sup> AGNP, Lima, 554.

<sup>75</sup> ACML, Libros de acuerdos capitulares, N° 9, 1708, f. 7, 8v-9v, 20v-21, 54v, 103.

<sup>76</sup> AGNP, Lima, 408.

En otras palabras, Josefa luchó por su convicción al igual que su maestra Rosa. Ambas se enfrentaron a sus madres para defender sus elecciones. Su ejemplo siguió en su familia pues sus sobrinas, Úrsula de San Rafael y María Josefa del Sacramento, fueron monjas de velo negro del monasterio, a quienes Josefa les dejó la administración de las buenas memorias que fundó, además de sus hermanas Manuela y María Portocarrero<sup>77</sup>. También ingresaron las hermanas naturales de Josefa por parte de padre, Manuela y María Portocarrero que, a pesar de su condición ilegítima, fueron admitidas como monjas de velo negro<sup>78</sup>.

La cadena de la genealogía femenina establecida por la Santa con la tierra santiaguina comenzó con la llegada de su hermano más querido, Hernando, a partir de su matrimonio y su hija que nació en estos lares. Aunque ellos regresaron a Lima, la semilla de la santidad de Rosa continuó fortaleciéndose con el arribo de terciarias dominicas de Lima, en 1680. Si no fuera bastante el establecimiento de un beaterio con su advocación, su fundación como monasterio fue realizado por una sobrina nieta suya, Laura Rosa de San Joaquín. Fue nombrada priora, pero solo duró seis meses, pues falleció a inicios de diciembre de 1754<sup>79</sup>. Sin embargo fue suficiente para prolongar en tierras chilenas una genealogía femenina que siguiese el modelo de santidad de Rosa.

Después de la primera priora, a fines de 1754, María Antonia del Espíritu Santo, nativa de Pisco, ocupó el cargo. Con ellas ingresaron nueve beatas en calidad de novicias. Al terminar su gobierno en 1766, retornó a Lima. Se destacó por su extrema humildad al besar los pies de los lugares que las religiosas ocupaban en el coro y ordenaba que las religiosas la pisasen. Fue tres veces priora de la comunidad de Lima. La comunidad santiaguina le dedicó una misa con su respectivo sermón para honrar la muerte de su fundadora, ocurrida en 1807<sup>80</sup> (ver imagen 4). La reemplazó Luisa del Corazón de Jesús como presidenta. En 1770 se eligió priora por primera vez

<sup>77</sup> AAL, Monasterio de Santa Rosa, 1:12, 1:98, 5:91.

<sup>78</sup> AAL, Monasterio de Santa Rosa, 1:92, 1737.

<sup>79</sup> Agüero, 1923, pp. 119-120.

<sup>80</sup> AAL, Monasterio de Santa Rosa, 5:94 (Araya, 2004, p. 41).

y el cargo recayó en Josefa de Santa Rosa, aquella beata que en 1748 inició los trámites para transformar el beaterio en monasterio.



Imagen 4: María Antonia del Espíritu Santo, fundadora del monasterio<sup>81</sup>

En 1923 fue publicado un conjunto de biografías de algunas religiosas que habitaron el monasterio de Santa Rosa de Lima de Santiago de Chile, desde las fundadoras hasta María Rosa de Jesús, quien murió en 1906. Fue escrito por sor María del Rosario Agüero. Puso mayor énfasis en aquellas que habían tenido mayor fama de santidad, ya fueren de velo negro o velo blanco. Destaca en las narrativas de la época republicana el gran desprendimiento de las familias que debían dejar ir a sus hijas. Algunos padres las acompañaban hasta la puerta del claustro, donde se producían escenas desgarradoras. En algunas ocasiones, indicaban que dejaban de lado una vida bastante acomodada; en otras señalaron que ellas no solo sacrificaban la compañía de su querida familia, sino también de su estimado pueblo, su patria chica.

En diferentes biografías se puede identificar el modelo de santidad de su madre espiritual, Rosa, mediante el cumplimiento de determinadas características: el rechazo de vestirse y arreglarse para

<sup>81</sup> Araya, 2007, p. 72.

agradar a su familia, a pesar de su belleza; el cumplimiento de los sacramentos, sobre todo la comunión y la confesión; la práctica casi constante de la oración; la relación cercana con confesores que vigilaban y aprobaban su religiosidad mística; el voto temprano de virginidad (celibato); la extrema obediencia y humildad; la fuerte devoción a la Virgen del Rosario; el consumo de poco y amargo alimento; el ruego por la salvación de las almas del prójimo; el cultivo de plantas y flores; las vivencias de visiones místicas con Cristo, la Virgen y santos; el don de profetizar; la intensidad de dolores y sufrimiento por enfermedades o experiencias místicas que enfrentaban sin quejarse; las luchas constantes contra demonios; la frecuente práctica de la autoflagelación; la atención a los enfermos; una muerte dolorosa y liberadora; la asistencia masiva de la población en sus funerales, entre otros.

Sor María del Rosario Agüero hizo el escrito con las biografías de sus hermanas enfatizando en sus virtudes, para mostrar que en la historia de su comunidad surgió un «huertecito de rosas»<sup>82</sup>, que significaba que varias hermanas espirituales suyas, siguiendo el ejemplo de su madre espiritual (santa Rosa de Lima), habían formado un conjunto de rosas (frutos espirituales) que, reunidas, integraban un jardín místico que se asemejaba a la ciudad de Dios (ver imagen 5), aquella donde reinaban las personas de la Santísima Trinidad, a la que seguían la Sagrada Familia, los santos y los ángeles, junto a las personas que habían alcanzado la salvación de sus almas. En este huertecito se protegían las religiosas en régimen de clausura, cuando en otros monasterios las religiosas llevaban una vida activa, es decir, podían salir del monasterio.

---

<sup>82</sup> Agüero, 1923, p. 21. Coincido con Alejandra Araya (2007, p. 59) sobre la importancia de esta crónica escrita por una religiosa. Esto implica su narración privilegiada por formar parte de la comunidad misma, teniendo acceso a la documentación del archivo y la tradición oral de sus compañeras, además de su propia experiencia. Claro que también significa sesgos subjetivos.





Imagen 5: Santa Rosa en su huerto con el niño Jesús<sup>83</sup>

En calidad de esposas de Cristo y siguiendo el modelo de santidad de su madre espiritual, estuvieron conscientes de que «una religiosa debe llegar a ser una imagen de Cristo y Cristo crucificado»<sup>84</sup>. Así que se recomendaba que las devociones de las religiosas se inclinaran hacia su esposo, ya sea en oración constante o en la labor y la limpieza de los ornamentos utilizados en la eucaristía y las procesiones. Lo mismo que Rosa, quien fue diestra en las labores de bordado, también imitaron la preocupación de la Santa por las almas de los neófitos indígenas. Por ejemplo, la madre María Rosa de Jesús realizaba labores para vender y juntar en favor de los indígenas de Temuco y de China, a quienes llamaba «indiecitas» y «chinitos». Como hijas de las elites o de la clase media, las monjas rosas pocas veces hacían labores domésticas. Por 1888, la comunidad santiaguina decidió que sus ropas fueran lavadas por las religiosas del buen pastor, es decir se hacía fuera de sus claustros, con el fin de disminuir el número de seglares que vivían en la comunidad<sup>85</sup>.

<sup>83</sup> Aparición del Niño mientras la Santa bordaba. Anónimo cusqueño, siglo XVIII. Santuario de Santa Rosa de Lima (Flores Araoz, 1999, p. 236).

<sup>84</sup> Agüero, 1923, p. 33.

<sup>85</sup> Agüero, 1923, pp. 51-52, 333.

Realizar estas tareas fue una demostración de su voto de pobreza para acercarse más a la perfección religiosa. Algunas donaban sus hábitos a religiosas más pobres con el fin de usar los hábitos más desgastados a propósito, o ejecutaban toda clase de oficios, incluyendo cocinar o cargar bultos. La mayor observancia de la pobreza en la comunidad santiaguina se expresó en el cambio de la tela de sus hábitos, que pasaron de usar anascote a jerga (bayeta o sayal) en 1894. Un aspecto interesante de las religiosas reseñadas fue la dinámica personal que tenían con la comunidad. Unas eran muy alegres, otras tímidas pero abnegadas, también educadas y místicas. Por la vida cotidiana que compartían, algunas hacían una amistad muy estrecha que trascendía de lo social a lo espiritual. A veces, las religiosas, que provenían de familias acomodadas, celebraban fiestas religiosas de su particular devoción y financiaban los gastos, incluyendo comida para pobres. Aquellas que llevaban una vida en vías de santidad y cumplían oficios en la comunidad, transmitían su energía favorable a los ojos de Dios y al desarrollo espiritual del monasterio.

Los nexos con su madre espiritual se hicieron visibles en las celebraciones por su vida. El 29 abril de 1886 se festejó el tercer centenario del nacimiento de Rosa. Su imagen fue llevada en procesión desde la iglesia monacal hasta la catedral. Fue puesta en prestadas andas de plata. Igualmente, la imagen estuvo al frente del local donde la *Asamblea Católica* le dedicó una velada literaria. Desde el 28, la comunidad santiaguina festejó con un triduo solemne. Asistieron importantes personajes del clero local y se contó el último día con una indulgencia por la fiesta. En 1906, el monasterio celebró el tercer centenario de la toma del hábito de terciaria dominica de Rosa, cuya ceremonia sucedió en la iglesia del convento de Santo Domingo de Lima. Por la falta de dinero, se solicitó a un señor acomodado que donara dinero para el festejo de este centenario que permitió, además de una misa cantada y con rezos, la publicación de un romance en honor de tal evento en la *Revista Católica*<sup>86</sup>. Las religiosas, con el objetivo de agradecer a su madre espiritual, imponían

---

<sup>86</sup> Agüero, 1923, pp. 89-90, 319-320.

rentas para financiar oraciones especiales en el día de su fiesta. La genealogía femenina se fortaleció por la continuidad del modelo de la Santa, la prolongación de su devoción que animó a nuevas devotas y la congregación de monjas de una misma familia. En el claustro convivían hermanas y parientas de una misma familia como Francisca Guzmán Fontecilla, Ignacia Guzmán Palacios y Marcelina Guzmán Recabarren, quienes llevaron el apellido del mismo fundador de la orden.

En la relación de sor Agüero destacan acciones espirituales de ciertas monjas. La religiosa María Rosa del Carmen (Vivar y Azúa) señaló a su confesor tener el don de la bilocación, pudiendo ver los acontecimientos desarrollados durante la Revolución francesa. Ignacia de la Santísima Trinidad, monja de velo blanco, hablaba con los difuntos, tenía arrobamientos místicos en público y la capacidad de la bilocación. Ignacia del Tránsito fue huérfana, pero se dispensó varios requisitos para que fuera admitida. Ella gravitó a gran altura en una fiesta del Corpus Christi, muy cerca del coro y tenía el don de la profecía. Otras siguieron más el modelo de su madre espiritual. Carmen del Santísimo Sacramento tuvo fama de santa en su pueblo, La Serena, desde temprana edad. Al igual que Rosa, succionaba la materia de las heridas de los enfermos. En su viaje al monasterio cayó enferma y la habitación se iluminó por la noche, al día siguiente estuvo repuesta, aunque sin cabello. Atribuyó que por la noche fueron a cortárselo Cristo, la Virgen del Rosario, santo Domingo y santa Rosa. La confundían con la misma santa.

María Francisca de Pastoriza construyó en su casa, al igual que Rosa, una celdita donde se dedicaba a sus oraciones y penitencias. De allí salía solo para acudir a la iglesia y asistir a enfermos, a quienes atendía de forma muy dedicada. Se convirtió en una monja rosa en 1764. «Se creía culpable de todos los males del mundo y de ahí un odio a su cuerpo que lo hacía esclavo de su agigantado espíritu»<sup>87</sup>. María Ignacia de San Miguel, quien ingresó al monasterio a inicios del siglo XIX, organizaba la fiesta de santa Catalina de Sena, elaboraba flores de esmalte para la otra santa dominica y, dado que su

<sup>87</sup> Agüero, 1923, p. 206.

familia era pudiente, otorgaba regalos a los asistentes. Prudencia de Pastoriza, monja de velo blanco, arreglaba la imagen de Rosa que estaba en el coro. Lo hacía con flores frescas, con elegantes floreros y velas. María Trinidad del Sagrado Corazón de Jesús (Ruiz Tagle Larraín) decía que «una monja rosa debía ser notable por su sencillez, que era el espíritu de su orden»<sup>88</sup>.

Algunas religiosas sobresalieron por su educación y su destreza en las letras y la administración del monasterio. Se dedicaban a la lectura de la historia de la orden dominica y conocían las historias de vida de numerosos santos de la orden y de las principales santas místicas. De ahí que algunas relataron que su madre espiritual se les apareciera. No obstante, siguiendo el ejemplo de su madre espiritual, continuaron la tradición de la humildad en la escritura. Muchas de ellas fueron lectoras regulares, con escritura diestra en favor de la administración monacal o particular, pero otro asunto era escribir un libro, así María Rosa de Jesús indicó: «En las Rosas no ha escritoras»<sup>89</sup>. Al parecer, las constituciones que siguieron las religiosas no estuvieron directamente dirigidas a las religiosas dominicas y las que tenían no estaban en castellano. Así, los ceremoniales estuvieron en francés. Recién en 1903, la comunidad santiaguina recibió las constituciones en castellano, con la autorización de la orden<sup>90</sup>.

La educación también benefició a la administración monacal coordinando con el síndico, el administrador de los fondos del monasterio, quien era elegido por el arzobispo. Este cargo fue instituido en la segunda mitad del siglo XVIII en el contexto de las reformas sobre las comunidades monacales motivadas por los funcionarios borbónicos. Antes, las religiosas eran asistidas por mayordomos, que eran personajes cercanos a las abadesas o prioras, junto a algunos de sus parientes<sup>91</sup>. Además, la comunidad santiaguina tuvo un colegio, algo común en la época virreinal pues en los monasterios se educaban las niñas de las elites, el cual se mantuvo hasta el siglo XX. En él se enseñaba las primeras letras a niñas. En 1904, el local

<sup>88</sup> Agüero, 1923, p. 324.

<sup>89</sup> Agüero, 1923, p. 84.

<sup>90</sup> Agüero, 1923, pp. 355, 367.

<sup>91</sup> Arias, 2008.

del colegio Santa Rosa se trasladó del curato Santa Ana a la calle Amunátegui. La labor fue asistida por un grupo de mujeres del Centro Cristiano, quienes formaron un patronato<sup>92</sup>.

Una de las mayores rosas chilenas, que sobresalió en dotes de santidad, fue Josefa de los Dolores (Peñalillo y Barbosa), quien por su fama mística y sabia fue consultada por las principales autoridades temporales y eclesiásticas. En principio fue beata, desde los ocho años, con la misión de aprender música, pero fue inclinada a su lado espiritual, por lo que se convirtió en monja de velo blanco por la falta de dinero para completar la dote de velo negro. Llevó una corona de púas, dormía en una cama de incómodos maderos y cargaba una pesada cruz, como lo hizo Rosa. También ejerció una extrema disciplina con su cuerpo. Como santa Teresa, sentía que una flecha le atravesaba el corazón. En una de sus visiones místicas acaecidas en el día de Rosa, fue subida a los cielos para ver cómo la Santa limeña era celebrada. Asimismo, se le apareció santo Domingo, que le recomendó imitar con mayor ahínco a su madre espiritual. Falleció en 1822. Tuvo una condición social similar a la Santa limeña, pues aunque provenían de familias españolas, no gozaron de riquezas, sin embargo lograron un fuerte prestigio social por su fama de santidad<sup>93</sup>.

Otra rosa chilena sobresaliente fue Mercedes de la Purificación (Valdés), monja de velo negro. Como la Santa, resistió el ímpetu de su familia por casarla. En sus penitencias usaba un saco de navajas. Si su madre espiritual había sido Rosa de penitencia, ella sería Rosa de paciencia, que se confirmó al aparecerse a una persona, luego de su muerte, «adornada de corona, palma y una rosa»<sup>94</sup>. Su paciencia se relacionó con los constantes dolores que sufrió, llegando a salirse sus huesos de los lugares donde debían estar. Falleció en 1793. Gozó de una asistencia masiva en sus funerales y sus pertenencias fueron solicitadas como reliquias. Al igual que Rosa, Mercedes tuvo fama de santa sanadora. Otra monja, también llamada Rosa de paciencia, fue Mercedes del Resucitado. Recibió este nombre pues estuvo enferma desde sus primeros años.

<sup>92</sup> Agüero, 1923, pp. 77-78, 272-273.

<sup>93</sup> Araya, 2007, p. 43.

<sup>94</sup> Agüero, 1923, p. 194.

## CONCLUSIONES

Un primer acercamiento a las relaciones entre Perú y Chile a partir de la devoción de santa Rosa de Lima identifica diversos acercamientos históricos entre ambos países. Al aproximarnos más a las historias de los monasterios con la advocación de la Santa en Lima y Santiago de Chile, se reconocen los lazos históricos por la movilidad geográfica de los habitantes de ambos territorios. Movilidad que les permitió fortalecer la devoción a la única santa americana canonizada durante la época virreinal. El orgullo por ser naturales de las Indias, donde Rosa nació, fue expresado en diversos actos: fiestas, publicaciones, ceremonias, cofradías e imágenes en su honor. No obstante, la mayor expresión corporativa de la devoción fue el establecimiento de monasterios, comunidades de mujeres que seguían el modelo de santidad de Rosa.

Familias peruanas y chilenas confiaron en la protección de la Santa sobre sus hijas y familiares con el fin de ser admitidas en el paraíso celestial. Junto a su madre espiritual, las religiosas compartían una relación especial con la divinidad. Entre ellas formaron y desarrollaron una genealogía femenina, una historia femenina común. Desde las experiencias religiosas en la clausura, ellas impactaron en sus respectivas sociedades. Ante el avance secularizador, resistieron los embates anticlericales y lograron el respeto de un buen sector de las comunidades nacionales. Su existencia continua las hizo parte de las historias nacionales, que muchas veces olvidan que han existido nexos históricos comunes y compartidos con otros países. La histórica devoción hacia Rosa enseña los vínculos desarrollados entre Perú y Chile.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, MARGARITA, *Monjas y conventos. La experiencia del claustro*. Santiago: Servicio Nacional de la Mujer, 1994.
- AGÜERO, MARÍA DEL ROSARIO, *Recuerdos históricos del Monasterio de las religiosas dominicas de Santa Rosa de Lima de Santiago de Chile*. Santiago: Imprenta Lagunas & Co., 1923.

- ÁLVAREZ SANTALÓ, LEÓN CARLOS, *Así en la tierra como en el cielo. Libro e imaginario religioso en la España moderna*. Madrid: Abada editores, 2012.
- ARAYA, ALEJANDRA, «El monasterio de dominicas de Santa Rosa de Lima en la historia social y cultural de Chile colonial a doscientos cincuenta años de su fundación», en *Monasterio de Santa Rosa, Monjas Dominicanas de Santiago de Chile. Desde la contemplación al servicio de la Iglesia a 250 años de su fundación (1754-2004)*. Santiago: Ediciones del Monasterio de Dominicas, pp. 18-54, 2004.
- ARAYA, ALEJANDRA, «Cuerpo, sociedad colonial e individuo moderno en Chile: sor Josefa de los Dolores Peña y Lillo (1739-1822)». Tesis de doctorado en Historia. Ciudad de México: El Colegio de México, 2007.
- ARIAS, YBETH, «Economía y sociedad en los monasterios limeños durante la época borbónica». Tesis de licenciatura en Historia. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2008.
- ARIAS YBETH, «Integración de un sistema devocional indiano en la Monarquía Hispana. El culto de santa Rosa de Santa María en las ciudades de Lima y México, 1668-1737». Tesis de doctorado en Historia. Ciudad de México: El Colegio de México, 2019.
- BÖHM GRÜMPETER, GUNTHER, «Criptojudíos y judeoconversos en los tiempos de la Inquisición en Chile», en *Cuadernos judaicos*, 20, pp. 21-38, 1993.
- BUSTO, JOSÉ ANTONIO DEL, *Santa Rosa de Lima*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2006.
- CASTILLO, PEDRO DEL, *La estrella del Occidente, la Rosa de Lima. Que de lo del regio del lugar se erigió princesa de las flores. Vida y milagros de la Santa Rosa de Santa María. Del sagrado instituto de la Tercera Orden, y [h]ábito de Nuestro gran Padre, y patriarca Santo Domingo de Guzmán*. Ciudad de México: Bartholomé de Gama, 1670.
- CORONADO, DAVID, «Guerra, intercesión e intervención divina. La imagen de la Virgen del Carmen y de santa Rosa de Lima durante la guerra del Pacífico en *La lira Popular Chilena*», en *Revista Historia de la Universidad de Concepción*, 20, N° 1, pp. 81-100, 2013.
- CUSSEN, CELIA L, «A house of Miracles: Origins of the Sanctuary of Santa Rosa in Late Seventeenth-Century Lima», en *Colonial Hispanic Historical Review*, 14, pp. 1-23, 2005.
- DEUSEN, NANCY VAN, *Embodying the Sacred. Women Mystics in Seventeenth-Century Lima*. Durham, Estados Unidos: Duke University Press (versión electrónica), 2018.
- FERRER DE VALDECEBRO, ANDRÉS, *Historia de la maravillosa, y admirable vida de la venerable madre, y esclarecida virgen sor Rosa de Santa María, de la Tercera orden de Santo Domingo*. Madrid: Pablo de Val, 1666.
- FLORES ARAOZ, JOSÉ Y OTROS, *Santa Rosa de Lima y su tiempo*. Lima: Banco de Crédito del Perú, 1999.

- GANDARILLAS, FRANCISCO DE, *Recuerdos de santa Rosa de Lima*. Santiago: Sociedad bibliográfica, 1905.
- GONZÁLEZ DE ACUÑA, ANTONIO, *Rosa mística. Vida y muerte de Santa Rosa de S. María virgen. De la Tercera Orden de S. Domingo, natural de la ciudad de los Reyes metrópoli del reyno del Perú en las Indias Occidentales*. Roma: Tinas, 1671.
- GUERRA, MARGARITA; FERNÁNDEZ, AMAYA Y MARTÍNEZ, LOURDES, *La mujer en la conquista y la evangelización en el Perú (1550-1650)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú y Universidad Femenina del Sagrado Corazón, 1997.
- HAMPE, TEODORO, «Los testigos de santa Rosa (una aproximación social a la identidad criolla en el Perú colonial)», en *Revista Complutense de Historia de América*, 23, pp. 113-136, 1997.
- HANSEN, LEONARD, *La bienaventurada Rosa de S. María de la tercera orden de Santo Domingo. Su admirable vida, y preciosa muerte*. Madrid: Melchor Sánchez, 1668.
- LOREA, ANTONIO DE, *Santa Rosa, religiosa de la tercera orden de S. Domingo, patrona universal del Nuevo Mundo, milagro de la naturaleza, y portentoso efecto de la gracia. Historia de su admirable vida, y virtudes, que empieza desde la fundación de la ciudad de Lima, hasta su canonización, por nuestro santísimo padre Clemente papa X, y relación de los extraordinarios favores con que los sumos pontífices y nuestros catholicos reyes de España, la han honrado hasta oy*. Madrid: Francisco Nieto, 1671.
- MENESES Y ARCE, GONZALO ANDRÉS, *Ilustración de la Rosa del Perú. Consagrada a la muy ilustre señora D. María Alberta de Castro Andrade Borja y Centellas, soberana y primera açucena de los excelentísimos señores condes de Lemos*. Lima: Imprenta de Juan de Quevedo, 1670.
- PASTOR, MARIALBA, *Cuerpos sociales, cuerpos sacrificiales*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México y FCE, 2004.
- PORTAL, ISMAEL, *Lima religiosa (1535-1924)*. Buenos Aires: Librería e Imprenta Gil, 1924.
- QUIROZ, ALFONSO, *Deudas olvidadas. Instrumentos de crédito en la economía colonial peruana, 1750-1820*. Lima: PUCP, 1993.
- RAMÍREZ, RAMÓN, «Los obispos dominicos en Chile», en *Los dominicos y el Nuevo Mundo siglos XIX-XX*. Salamanca: Editorial San Esteban, pp. 523-550, 1997.
- RUBIAL GARCÍA, ANTONIO *et al.*, *La iglesia en el México colonial*. Ciudad de México y Puebla: Universidad Nacional Autónoma de México, Benemérita Universidad de Puebla, Educación y Cultura, 2013.
- VARGAS UGARTE, RUBÉN, *Vida de santa Rosa de Lima*. Buenos Aires: Imprenta López, 1959.
- VARGAS UGARTE, RUBÉN, *Historia de la iglesia en el Perú*. Tomos III y IV. Burgos: 1961.



### 3.4 ENTRE LA PERUANIDAD Y LA CHILENIDAD: MANUEL YANULAQUE SCORDA, INMIGRANTE GRIEGO EN ARICA, 1874-1934

*Alfonso Díaz Aguad y Rodrigo Ruz Zagal*

#### INTRODUCCIÓN

La historia requiere en sus momentos cruciales de cierta materialidad que conecte el pasado con el presente y, a partir de esta conexión, desplegar esfuerzos para entender los hechos del ser humano. La ausencia de vestigios y materiales desencadenan desajustes normalmente evidenciables en silencios que vuelven difusos ciertos procesos y momentos del pasado.

Los historiadores saben de esto; no es casual que ante ciertos contextos la historia deje de fluir como narración ante la ausencia testimonial. En esto radica la importancia del acceso a fuentes de diversas cualidades y características, ya que por razones esenciales e incluso éticas, su presencia obliga, incomoda y desafía a los analistas a hacerse cargo del pasado desde el presente.

Los historiadores del norte chileno enfrentan en su quehacer muchos de dichos silencios, algunos atribuibles a ausencias testimoniales y otros endosables a la falta de agudeza investigadora. La primera de estas razones posee una complejidad mayor que va más allá de una cuestión de registro, ya que el silencio también es resultado de la perplejidad perturbadora provocada por fenómenos traumáticos que han caracterizado el devenir histórico regional: guerras, posguerras, imposición de fronteras, migraciones forzadas, militarismo, violencia étnica y política, entre otras calamidades que han marcado con fuerza el carácter de la sociedad regional y fronteriza.

La historia regional poco a poco ha desplegado esfuerzos para desarrollar abordajes que contengan una dimensión humana de estos procesos, comenzando así a desplazar el canon tradicional en donde el estatus del historiador exigía que este se hiciese cargo de macro procesos políticos y económicos, relegando a las ciencias auxiliares la mirada humana y antropológica de la cuestión.

El siglo XXI ha sido para el desarrollo historiográfico del norte chileno un momento pródigo en cuanto a acentuar la importancia del sujeto en los procesos históricos, recogiendo, con este impulso, el guante respecto de lo que la historia ha denominado el *giro antropológico* de esta. Vuelco necesario para atender y enfrentar los procesos sociales y culturales de la región en que habitamos; con este engarce, la historia regional se vincula con el desarrollo historiográfico mundial, que desde mediados del siglo pasado propugnaba esta relación.

El año 2010 Ariela González Yanulaque, nieta del inmigrante griego Manuel Yanulaque Scorda (1850-1934, asentado en Arica desde 1874), quien durante toda su vida fuese custodia del importante archivo personal fotográfico, epistolar y de objetos personales legados por Manuel, realizó las gestiones para que este se sistematizara, conservara y difundiera a través de la gestión conjunta entre el Archivo Histórico Vicente Dagnino de la Universidad de Tarapacá y el linaje Yanulaque. De esta manera, los recuerdos personales y familiares que hasta el momento se mantenían lejos del interés intruso de terceros, pasaron a tener una exposición pública, transformando sus imágenes en una composición que será leída por gran parte de la comunidad regional y nacional.

El Archivo de Manuel Yanulaque Scorda posee una cualidad única, que es hacer visible la historia de un inmigrante europeo llegado a una sociedad regional multicultural, multiétnica y convulsionada hacia la segunda mitad del siglo XIX. El relato documental en su estado bruto entrega una composición que contiene elementos de la vida que pocas veces se hacen evidentes y que van desde su asentamiento en la ciudad de Arica, la nostalgia por el terruño dejado atrás, la formación de vínculos afectivos y amistades entrañables, el

surgimiento del amor y la formación de una familia; pero también refleja los sinsabores de haberse visto inserto en procesos de la historia ariqueña de la cual no mucho se habla, como es la situación de la guerra y la posguerra del Pacífico, la convulsión y las tensiones de un momento que sacó a relucir las peores características del ser humano, pero también hicieron despertar sentimientos positivos como la solidaridad, la comprensión, la compasión y la empatía con quien sufre.

El despliegue de estrategias y métodos cualitativos orientados a aprehender cuestiones inefables de una experiencia de vida, se desarrolla en este trabajo, a partir de la aplicación del método biográfico, el cual ocupa un sitio privilegiado en cuanto a ahondar en las subjetividades del ser humano, pero que al mismo tiempo nos entregan luces sobre la vida cotidiana de un inmigrante que vivió momentos complejos de la historia de Chile y Perú.

#### MANUEL YANULAQUE SCORDA: INMIGRANTE GRIEGO EN ARICA. ARRIBO E INTEGRACIÓN EN LA COMUNIDAD LOCAL

Manuel Yanulaque Scorda (1850), nativo de la isla de Paros situada en la cuenca del Mediterráneo europeo, hacia la segunda mitad del siglo XIX emprendió la aventura más grande de su vida al dejar el seno de su país para buscar horizontes en territorios desconocidos. Sin planes y sin contactos, suponemos que el viaje a Sudamérica calmó temporalmente el ímpetu aventurero del joven griego.

Existen algunos antecedentes familiares que lo ligan a un oficio inquieto: mariner. Sin embargo, no sabemos si fue su carácter u otras razones las que lo hicieron emigrar en soledad y no volver jamás a la tierra de sus orígenes. Manuel Yanulaque, a pesar de añorar entrañablemente la Grecia natal, nunca retornó a ella.

No hay certeza respecto del año de inicio de su aventura sudamericana, aunque datos censales de 1924 indican que Manuel, al momento de ser encuestado, declaró 50 años de residencia en Arica, por lo que su arribo debió ser el año 1874, contando en ese momento con 24 años de edad.

Arica, en el momento de su llegada, pertenecía administrativamente al departamento de Arequipa, provincia de Arica. La ciudad, que seguramente manifestaba la calma propia que aún es posible palpar, estaba compuesta por una población citadina escasa en comparación a la abundancia poblacional valluna, serrana y altiplánica, donde el espacio urbano poseía un carácter cosmopolita.

Sostenida económicamente por su actividad portuaria y aduanera, la ciudad mantenía el estatus adquirido desde sus tiempos de colonia española y momentos prehispánicos, de ser el punto nodal de articulación en el área centro-sur andina.

Al momento de arribo de Manuel, Arica era el punto costero de ingreso hacia las zonas interiores del sur peruano (Tacna-Puno), ejerciendo también de tradicional engarce con las alturas de Bolivia, el que se fortaleció y modernizó posteriormente con la construcción del ferrocarril Arica-La Paz.

Estas características hicieron que el bucólico Arica de antaño, a pesar de su carácter cansino, poseyera un frenético dinamismo portuario, ferroviario y comercial, por lo que su centro de actividades se concentraba en torno al puerto, bullente de servicios aduaneros, estiba portuaria, transporte de carga ferroviaria, tránsito de viajeros, siendo el borde costero el eje articulador de la ciudad en la vida urbana.

Quizás Manuel Yanulaque era un conocedor de la situación sudamericana, surperuana y ariqueña al momento de decidir embarcarse hacia los nuevos rumbos, o quizás solamente el azar, sumado al ímpetu juvenil, conjugó en su arribo. De cualquier forma, las características socioeconómicas de Arica entrada la segunda mitad del siglo XIX fueron el ambiente propicio para el desarrollo de las potencialidades de Manuel.

Tempranamente en Arica, Manuel establece vínculos con un importante personaje de ascendencia italiana, don Domingo Pescetto Ceppi (1836-1904), sujeto que representaba el arquetipo en cuanto al éxito de las empresas personales migratorias en el sur del Perú. Este italiano proveniente de Savona, llegado a Arica se transformó, como muchos de sus compatriotas, en un próspero comerciante.

Con los años se convirtió en el último alcalde de la administración peruana en los críticos momentos de la guerra peruano-chilena (1879-1883).

Su relación con Pescetto fue profunda, cómplice y fortalecida con el tiempo. Esta complicidad se refleja en el hecho de que haya sido Domingo quien presentó a Manuel a la mujer con quien compartiría su vida, María Esperanza Ayala Corvacho, fuerte mujer ariqueña nacida en 1848, componente de la poderosa familia Corvacho, que la tradición y la historia reconocen como una de las más antiguas familias netamente ariqueñas y de estirpe afrodescendiente.

María y Manuel habrían comenzado su relación hacia 1879, considerando que en 1880 nace su hija primogénita, María. Formalizarán el vínculo casándose en 1891, mientras que su casamentero, Domingo Pescetto, también adquirió nupcias en 1881 con otra mujer afrodescendiente, la azapeña Melchora Cornejo Corvacho, prima de María Esperanza.

Este hecho ligó a ambos europeos con la tradición local, asumiendo parentesco sanguíneo y familiar con las principales castas de raza negra ariqueña, hecho no menor considerando que este atributo arraigó a ambos migrantes con el terruño y la cultura afroariqueña.

El vínculo entre Manuel y Domingo Pescetto posteriormente se afianzó cuando la primogénita de los Yanulaque-Ayala adquiriera nupcias con Pedro, hijo de los Pescetto-Cornejo, situación que los emparentó.

De la unión Yanulaque-Ayala nacieron 10 hijos: María (1880), Juan (1882), José (1884), Jorge (1885), Manuel (1887), Catalina (1889), Bárbara (1890), Juan 2° (1893), Leónidas (1895) y Esperanza (1897). De estos, Manuel y María Esperanza sufrieron la pérdida temprana de Juan (fallecido a los nueve años) y Jorge a los robustos 20 años, sumiendo a la familia en una profunda tristeza.

La educación de su descendencia fue para el matrimonio la principal empresa donde concentraron sus esfuerzos, por esta razón todos sus hijos fueron enviados a realizar sus estudios a importantes colegios de la zona centroandina, como el Colegio de Monjas Nuestra Señora del Rosario de Arequipa, Instituto Superior de la

ciudad de Puno, y a los colegios chilenos, Colegio de Señoritas de la Inmaculada Concepción en Copiapó y el Colegio Mc Kay de Valparaíso.

Sin duda que los desafíos del cambio de siglo fueron un factor importante para las decisiones del visionario Manuel, quien, aventajado por su experiencia europea, fue afincando la idea de desarrollar actividades que estuvieran al nivel y exigencias del tránsito de los tiempos.

Los comienzos de la vida de Manuel en el Perú de la segunda mitad del siglo XIX se habían dado en un contexto óptimo para la exitosa proliferación del comercio, rubro liderado por europeos, especialmente italianos, quienes desarrollaron importantes emprendimientos económicos en todo el sur peruano, relacionados con el comercio mayorista y minorista, agencias aduaneras, especulación inmobiliaria y agricultura. Situación que posteriormente habría mejorado bajo el contexto posguerra del Pacífico, considerando la supuesta imparcialidad europea frente al conflicto diplomático chileno-peruano que se extendió hasta 1929.

En este contexto Manuel se inició como hombre de negocios, instalándose, hacia 1890, con un pequeño despacho ubicado en la siempre denominada calle San Marcos esquina calle del Colegio (actual Colón). Posteriormente, contando con mayores recursos se traslada al pasaje Chucuito (actual pasaje Sangra) esquina 28 de Julio (actual Sotomayor), donde se instala con un almacén más amplio cuyo segundo piso lo utilizó como casa-habitación. Resultado de la prosperidad económica, compra y construye una segunda etapa del almacén que le permite ampliar el local, tener grandes bodegas y oficinas.

El almacén —denominado La Colmena— abasteció entre los años 1890 y 1980 a la comunidad ariqueña de abarrotes, licorería, ferretería, vidriería, géneros, loza, zapatería, moda europea, etcétera, aprovisionando en sus primeros años, además de a Arica, a las ciudades de Tacna, Arequipa y La Paz.

Los años de bonanza económica cultivaron en Manuel el espíritu benefactor, manteniendo hasta su vejez los aportes económicos

al hospital San Juan de Dios y a las religiosas Hijas de Santa Ana que allí trabajaban, así como a la Primera Compañía de Bomberos Bernardo O'Higgins. Del mismo modo servía a eventuales compatriotas de paso o aventurados en Arica, como nexos con el Consulado de Grecia existente en Valparaíso.

## CONFLICTOS POLÍTICOS Y REPERCUSIONES EN LA VIDA DE MANUEL YANULAQUE

Si bien el siglo XIX se presentó a Manuel como el momento de desarrollarse económicamente, el cambio de siglo trajo consigo el hacer frente a la perturbadora realidad que cubrió y marcó, literalmente a fuego, la historia de Arica en dicho transitar. Manuel Yanulaque vivió la guerra del Pacífico en el sangriento escenario local, siendo la tradición oral familiar la que nos señala que Manuel y María Esperanza, embarazada, tuvieron que huir de la asolada ciudad en los duros momentos de la batalla de Arica, debiendo refugiarse, como muchos ariqueños, en la profundidad del valle de Azapa, donde quizás recibieron la acogedora familiaridad de la casta Corvacho.

El drama de la guerra y sus repercusiones se extendieron en Arica por un periodo de 49 años (1880-1929), situando a las ciudades de Tacna y Arica en el centro del interés nacional y mundial por su condición de indefinición respecto de su soberanía nacional chilena o peruana, y la expectativa de sus comunidades ante un plebiscito que finalmente nunca llegaría, siendo zanjado salomónicamente en 1929.

Esta situación afectó directa y dolorosamente la vida de Manuel, quien, viudo desde 1916, se había concentrado en la prosperidad de su negocio. El primer golpe producto de este ambiente llegó tres años luego de su viudez, cuando su hija María fuera expulsada al Perú junto con su esposo Pedro, hijo de su entrañable amigo Domingo Pescetto, como resultado de las políticas de hostigamiento impulsadas por los dispositivos estatales y la población chilena contra los plebiscitarios peruanos (que propugnaban la puesta en práctica del plebiscito establecido en el Tratado de Ancón) de los que Domingo, Pedro y María eran férreos militantes.

Pedro Pescetto y María Yanulaque vivieron el destierro en Lima y Moquegua, desde donde observaron el desarrollo del complicado conflicto tacneño-ariqueño a la distancia, pero muy conscientes e informados de su pulso local.

A este primer golpe se sumó el autoexilio de su hijo mayor José, en 1926, quien decidió optar por el doloroso autoextrañamiento a partir de los crueles acosos antiperuanos, siendo recordado el episodio del asalto y destrucción parcial del Teatro Nacional, de su propiedad, hecho traumático que impulsó su partida a Lima. Años más tarde se sumaría a José su hermano Leónidas, un tercer golpe.

Con su familia disgregada producto del drama de la posguerra, los últimos años de Manuel estuvieron marcados por este dolor, no obstante, y con un espíritu distinto al abatimiento, administró los bienes de los familiares y de sus amigos expulsados al Perú.

Al complicado escenario político y diplomático que determinó el fin de la década de 1920, se sumó la crisis económica mundial desatada en 1929, situación que afectó los negocios internacionales sostenidos por Manuel. En este periodo se provocó el descenso de los vínculos comerciales europeos y un detrimento de la influencia en el área centro-sur andina de La Colmena, perdiendo sus vínculos con Arequipa y La Paz, por lo que esta se volcó al abastecimiento local, giro que mantuvo hasta el momento de su cierre en la década de 1980.

A pesar de que las dificultades que presentaba el comienzo de la década de 1930, el nuevo decenio trajo consigo grandes alegrías personales para el viejo Manuel, ya que la firma del tratado de 1929 puso fin al acoso antiperuano reinante en Arica y Tacna, de modo tal que volvieron a Arica los exiliados en los duros tiempos del plebiscito.

Manuel vio en 1931 el retorno de su hija María y Pedro, así como el de su hijo José, quien, luego de emprender aventuras en el altiplano chileno administrando la pulpería de las azufreras de Tacora y Aguas Calientes, se asentó en la vieja casona junto a su padre. Misma suerte siguió su tercer hijo que vivió el extrañamiento, Leónidas.

En sus últimos años de vida, Manuel estuvo al cuidado de sus hijas Bárbara y Catalina, quienes se habían nacionalizado chilenas para mantenerse en Arica junto a su viejo padre durante el complejo periodo plebiscitario.



Producto de diversas enfermedades, Manuel Yanulaque fallece el 24 de octubre de 1934, rodeado de sus familiares y amigos que, masivamente, los acompañaron en su último viaje.

El diario *El Ferrocarril* reflejó en su obituario del día 25 de octubre, el sentido pesar de la colonia griega residente en Arica, compuesta en ese entonces por las familias Miccos, Malliaras, Panagotis, Armenakis, Pachopulos, Maliakas, Sifaqui, Fergadiotis, Laloumis, Lazarou, Ligueros, Vadulli, Anastassiou, Pagonis, Nicolau y Vassiliadis, sentir también expresado por el cónsul griego asentado en Valparaíso George Mustakis. El siguiente relato resume su significancia para la comunidad local:

La Colonia griega residente en este puerto, se encuentra de duelo, con motivo del desaparecimiento del más prestigioso de sus miembros, don Manuel Yanulaque (QEPD). El señor Yanulaque fallece a una edad bastante avanzada, después de haber dedicado su inteligencia extraordinaria, su espíritu de empresa y sus energías inagotables, en fin toda su vida, al comercio. Así se explica que haya llegado a formarse una situación sólida, envidiable, muy difícil de alcanzar en un puerto pequeño, y su firma comercial considerada la más importante y de mayor seriedad en sus diversas y múltiples actividades.

Como hombre de empresa nunca rehuyó las tareas difíciles, mientras más sembrada de escollos la ruta, con mayor placer y entusiasmo luchaba. Esta cualidad tan importante en su carácter era su rasgo preponderante, a ella debió entonces sus grandes éxitos.

Padre de un hogar respetable formado actualmente por varios hijos que siguen la huella luminosa que les trazara en vida con el ejemplo.

Para los miembros de la colonia es una pérdida irreparable, ya que perdimos al compatriota más querido, al que acudíamos en los momentos más difíciles y de incertidumbre, en una palabra, perdimos a nuestro Jefe, a nuestro patriarca. Entre el comercio desaparece uno de sus miembros más conspicuos, una de sus figuras principales, uno de los hombres que siempre sirvió de ejemplo por sus raras virtudes.

A su desconsolada familia, nuestro más sincero pésame.

Pero todo esto, más que una lápida material que canta su mérito, vale el recuerdo imborrable que cada compatriota conservará en su corazón, de este hombre activo y bueno.

La despedida del viejo patriarca fue muy concurrida, discursada y dolida. Su sepelio alteró el diario vivir de los ariqueños durante el otoño de 1934, momento en que la aventura del joven griego, que 84 años antes se embarcara en la isla de Paros con rumbo incierto, terminó.

Sus restos descansan en el mausoleo Yanulaque del Cementerio Municipal de Arica.

## COMENTARIOS FINALES

La existencia de registros de una experiencia vital, de una trayectoria inmigrante y su consecuente proceso de asimilación en una cultura local —que incluye el involucramiento activo o pasivo en conflictos nacionales y políticos— constituye un privilegio en cuanto a obtener claves para entender procesos globales y con profundidad histórica que, por fragmentos, no adquieren una visibilidad adecuada.

En la figura de Manuel Yanulaque, siguiendo una clave weberiana, se reconoce una representación de un tipo-ideal en cuanto que, a partir de su historia y registro, se puede acceder a las características del mundo inmigrante, sus dramas, éxitos y derrotas en el tránsito del siglo XIX al XX sudamericano.

Sin embargo, dicha conclusión, independiente de su validez, oculta los elementos más atractivos en cuanto a cualidad y profundidad de análisis a partir de sus características. La vida de Manuel refleja el transitar de un europeo por una sociedad multicultural y multiétnica, evidenciando las aperturas de la sociedad ariqueña y europea hacia el pluralismo durante el siglo XIX.

A su vez, el éxito económico de un inmigrante en una comunidad marginal del sur peruano, como lo era Arica en relación con otras, refleja el ímpetu, la capacidad, la oportunidad, los esfuerzos adicionales y las alianzas que debió emplear no solo Manuel, sino que una gran parte de la comunidad forastera existente en Arica hacia la segunda mitad del siglo XX.

Del registro Yanulaque y su trayectoria es posible evaluar el rol jugado por algunos personajes extranjeros dentro de las comunidades receptoras, en cuanto al desarrollo económico y social.

Sin duda, uno de los elementos más complejos en la biografía de Manuel lo entrega su experiencia y el rol que adquirió en torno a los complejos procesos sociopolíticos vividos en la región de Arica pos guerra del Pacífico, considerando que los demás elementos señalados responden a situaciones comunes y observables en cualquier parte del mundo.

La figura de Manuel Yanulaque, en un periodo de convulsión política, se enaltece al momento de evaluar su postura equilibrada, medida y diplomática, que si bien puede explicarse por la distancia observadora otorgada por su origen griego —que mantuvo hasta el final de sus días—, se matiza y fortalece considerando el dolor que le provocó el hecho de que su núcleo familiar haya sido parte activa y militante de los bandos en disputa. Dicha medida, calculada y honesta, representa, desde una óptica generalizadora, un rol o papel preponderante en cuanto a la articulación de los procesos de transición pos conflicto bélico, en donde hombres de la talla de Manuel sirvieron como articuladores de una sociedad desgarrada por el drama de la guerra y sus posteriores calamidades.

No hay duda que otros inmigrantes extranjeros en la región vivieron historias similares a las de don Manuel Yanulaque (familias como Pescetto, Lombardi, Solari, Cánepa, Raiteri, Beretta, Ricci, Néspolo, Bonafede, Viacaba, Vadulli, entre otras), que además tuvieron que enfrentar la compleja y dolorosa situación de definir en qué ciudad —Tacna o Arica— radicarse de forma definitiva, lo cual traía como consecuencia la nacionalidad peruana o chilena. Muchas de estas familias se separaron. Al mismo tiempo, esta situación abrió un nuevo escenario para la región pos-1929, de fuertes relaciones familiares entre Tacna y Arica, que, a la larga, se tradujo en estrechos vínculos entre ambas ciudades.

## BIBLIOGRAFÍA

- BENJAMÍN, WALTER, *El narrador*. Santiago: Metales Pesados, 2010.
- BRESANI, RAÚL, «La Casa Yanulaque en Arica: homenaje a un peruano», en *Boletín Institucional Benemérita Sociedad de Auxilios Mutuos de Señoras de Tacna*, N° 5, pp. 6-7, 2013.
- BURKE, PETER, *Formas de historia cultural*. Madrid: Alianza editorial, 2000.
- Visto y no visto. El uso de la imagen como discurso histórico*. Madrid: Crítica, 2005.
- BURKE, PETER, *¿Qué es la historia cultural?* Madrid: Paidós, 2006.
- CHOQUE, CARLOS, FORTUNATO MANZANO, *El último Yatiri. Vida, ritualidad, enseñanzas y religiosidad en Arica y Parinacota*. Santiago: Corporación Nacional de Desarrollo Indígena, 2012.
- DÍAZ, ALBERTO, DÍAZ, ALFONSO Y PIZARRO, ELÍAS, *Arica, siglo XX. Historia y sociedad en el extremo norte de Chile*. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá, 2010.
- DÍAZ, ALBERTO, RUZ, RODRIGO, GALDAMES, LUIS Y TAPIA, ALEJANDRO, «El Arica peruano de ayer siglo XIX», en *Atenea*, N° 505, pp. 159-184, 2012.
- DÍAZ, ALBERTO, RUZ, RODRIGO Y GALDAMES, LUIS, «En los intersticios de la chilenidad. Antonio Mollo y las identidades en conflicto en los Andes. Putre 1900-1926», en *Chungará, Revista de Antropología Chilena*, Volumen 45, N° 3, pp. 473-492, 2013.
- DÍAZ, ALFONSO, *Presencia italiana en la ciudad de Arica: 1885-1950*. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá, 2000.
- DÍAZ, ALFONSO, «Apuntes sobre los italianos en la provincia de Tarapacá (1870-1950)», en *Amérique Latine Histoire et Mémoire, Les Cahiers*, N° 5, 2002. Disponible en: <http://alhim.revues.org/715>
- DÍAZ, ALFONSO, *Ser inmigrante entre el Sama y el Loa (1880-1970)*. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá, 2017.
- DÍAZ, ALFONSO Y PIZARRO, ELÍAS, «Estrategias políticas de organización, integración e identidad de una colonia extranjera en una región de frontera: italianos en el extremo norte de Chile (1880-1930)», en *Revista Dilemas Contemporáneos: Educación, Política y Valores*, Año V, N° 1, Artículo N° 47, pp. 1-23, junio-septiembre 2017.
- DÍAZ, ALFONSO, RUZ, RODRIGO Y SÁNCHEZ, EUGENIO, «Presencia italiana en el extremo norte chileno. Inmigración y sociedad fronteriza peruano-chilena (Arica 1880-1930)», en *Interciencia*, Volumen 43, N° 11, pp. 751-757, noviembre del 2018.
- DOOSE, FRANCOIS, *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2007.

- GALDAMES, LUIS, «Presentación», en *Archivo fotográfico. Manuel Yanu- laque Scorda (1850-1934). Historia e imágenes ariqueñas*. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá / Consejo Nacional de las Artes y la Cultura, 2013.
- GALDAMES, LUIS, «El ámbito de lo local como perspectiva de análisis de los pueblos andinos del norte de Chile», en *Diálogo Andino*, N° 18, pp. 9-19, 1999.
- GALDAMES, LUIS, RUZ, RODRIGO Y DÍAZ, ALBERTO, *Arica y sus valles en el siglo XIX. Estudio del censo de 1866*. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá, 2008.
- HERNÁNDEZ, FILENA, *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*. Madrid: Akal, 2004.
- NOIRIEL, GÉRARD, *Sobre la crisis de la historia*. Madrid: Cátedra, 1996.
- RUZ, RODRIGO Y GONZÁLEZ, ARIELA, *Archivo Fotográfico. Manuel Yanu- laque Scorda (1850-1934). Historia e imágenes ariqueñas*. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá / Consejo Nacional de las Artes y la Cultura, 2013.
- RUZ, RODRIGO, DÍAZ, ALBERTO Y GALDAMES, LUIS, *Población andina de las provincias de Arica y Tarapacá. El censo inédito de 1866*. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá, 2008.
- SERNA, JUSTO Y PONS, ANCALET, *Cómo se escribe la microhistoria*. Madrid: Cátedra, 2000.
- SERNA, JUSTO Y PONS, ANACLET, *La historia cultural. Autores, obras, lu- gares*. Madrid: Akal, 2013.



Almacén La Colmena



Arica a comienzos del siglo xx



Familia Yanulaque Ayala



Manuel Yanulaque en el Valle de Azapa



Manuel Yanulaque en su negocio



4.0

## PRÓCERES Y MANDATARIOS



## 4.1 O'HIGGINS, UN GRAN AMIGO DEL PERÚ

*Roberto Arancibia Clavel*

### INTRODUCCIÓN

Bernardo O'Higgins Riquelme, Padre de la Patria chilena, fue un gran amigo del Perú y una serie de circunstancias vitales generaron en él ese profundo sentimiento. Entre ellas, el hecho de que vivió en dicho país una importante parte de su vida.

Apenas con 12 años fue trasladado a Lima para que continuara sus estudios lejos de la figura de su padre, en ese entonces gobernador de Chile. Aproximadamente cuatro años permaneció Bernardo en Lima descubriendo su particular riqueza. Lo hizo en primer lugar en la casa de su apoderado, don Juan Ignacio Blaque, que le entregó todo su apoyo. Gracias al malagueño tuvo un hogar y pudo ingresar, debido a sus gestiones, al Colegio de El Príncipe y luego al Real Convictorio de San Carlos. El hecho de vivir en la casa de un hombre soltero y profundamente religioso, miembro de la Orden de San Francisco, hizo arraigar su catolicismo. Pudo participar en las innumerables festividades religiosas que se celebraban en Lima con particular devoción. La cercanía de la casa de Espaderos al convento de La Merced, a la iglesia de San Pedro y a la catedral facilitaba enormemente la asistencia de Bernardo a ellas. Su improvisado hogar significó mucho para él, por su estrecha relación —qué duda cabe de ella— con su apoderado. Blaque, un hombre culto y bien posicionado en la sociedad limeña, le abrió los ojos en muchos sentidos. No es aventurado suponer que la inclinación al comercio que demostró el joven en Cádiz se haya debido a su influencia. De su boca conoció la organización colonial relacionada con dichas actividades, se enteró en

detalles de los diferentes impuestos y de las actividades del Tribunal del Consulado. La condición de Blaqué como proveedor de artículos marineros a la famosa expedición de Alejandro Malaspina, le permitió traspasar todo lo que supo de ella a su pupilo. Una feliz casualidad para Bernardo, ya que pudo conocer detalles relevantes de una expedición del más alto nivel científico. Fue así como se fueron sumando conocimientos y experiencias para su desarrollo futuro. Asimismo, el hecho de que su apoderado fuera suscriptor de *El Mercurio Peruano* le facilitó un acceso privilegiado al diario. Este acontecimiento también le abrió una gran ventana al mundo, porque a través de sus artículos adquirió importantes conocimientos sobre historia, literatura, pintura, actividades sociales y científicas, celebraciones, noticias, costumbres y otra gran cantidad de temas, lo que le permitió entender mucho mejor la realidad peruana y la del mundo<sup>1</sup>.

En su hogar de Lima alternó, además, con los sirvientes de la casa, quienes le abrieron los ojos sobre una gran cantidad de aspectos de la vida cotidiana limeña. De este modo se enteró de primera fuente de las actividades y costumbres de los diferentes segmentos de la población peruana. Conoció de las cofradías, de los caporales, de sus bailes y de sus creencias, de los principales paseos públicos que visitó, seguramente interactuando con el público variado que los frecuentaba. Disfrutó, probablemente, de las principales diversiones que ofrecía la ciudad, como las corridas de toros, las peleas de gallos, el juego de pelotas y tantas otras. Debe haber jugado a los naipes, al truco, al billar y los dados, tanto en el colegio como en la calle. En sus salidas es posible que haya asistido al teatro de comedias y a los cafés, que abundaban en la ciudad. Bernardo, en sus cuatro años recorriendo Lima, la fue descubriendo. Ya no fueron un misterio para él los distintos barrios y sus múltiples edificaciones. Admiró de cerca el esplendor colonial a través de sus palacios, iglesias monumentales, hermosas plazas y grandes mansiones con sus típicos balcones. En la calle se acostumbró a la elegancia de los caballeros y las damas, a los uniformes de las diferentes unidades de la guarnición y, también, a las vistosas tenidas de indios, zambos

---

<sup>1</sup> Arancibia Clavel, Roberto, 2019, pp. 195-197.

y negros. Al poco tiempo, fue normal para él ver las calles con un importante tráfico de lujosos coches, también de balancines y calesas. Notó cómo funcionaba la policía y el abastecimiento del agua y conoció de los delitos más comunes. Su ingreso al Colegio del Príncipe le abrió un nuevo mundo. Tuvo la gran oportunidad de compartir con los hijos de los caciques incas. Aprendió de sus leyendas, de sus costumbres, de sus rebeliones y del amor a su tierra. No es de extrañar, entonces, su permanente preocupación por los pueblos indígenas, tanto en Chile como en el Perú, que se pondría de manifiesto en su vida futura. Convivir y sufrir en conjunto las precariedades del colegio con ellos, lo marcó<sup>2</sup>.

Por su parte, sus años de estudiante en el Real Convictorio de San Carlos le abrieron un mundo totalmente diferente. Se trataba del mejor colegio del virreinato, al cual asistía lo más granado de la sociedad limeña. Tuvo la suerte de estudiar en los mejores momentos del colegio, con un rector que impuso profundas reformas que afectaron directamente en su enseñanza. Allí recibió el permanente estímulo del espíritu carolino, que lo marcó decididamente en las ideas que siguió con rigor en su vida posterior. Curiosamente, fue en este colegio de la corona donde Bernardo y sus compañeros recibieron en profundidad los ideales de la libertad y de la autonomía de los pueblos. Fue el resultado de la calidad de sus profesores y de un programa de estudios modelo para la época, que los hizo pensar en un futuro distinto. Allí convivió con innumerables y destacados condiscípulos. Difícil debe haber sido para Bernardo alternar con hijos de condes y marqueses, escondiendo su real condición de hijo natural del Capitán General de Chile. Quizás su oposición posterior a los títulos de nobleza, algo haya tenido que ver con su vivencia en este colegio.

Descubrir Lima fue una experiencia fascinante para el joven. Lejos de su madre y su hermana, no reconocido por su padre, su situación fue compleja y solo el afecto de su apoderado pudo paliar el dolor. En fin, un periodo lleno de vivencias que bien lo preparó para enfrentar otro mucho más complejo todavía, esta vez en la lejana Europa<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid..*

No pudo seguir sus estudios ya que la sombra de su padre, nombrado virrey del Perú, hizo que fuera trasladado a Europa a continuar sus estudios, junto con alejarlo de él. De vuelta a Chile, en 1803, viaja nuevamente al Perú a efectuar trámites legales relacionados con la herencia que le había dejado su padre y para iniciar un expediente de legitimación. En dicha oportunidad pudo contactarse con su amigo del colegio, el marqués de Torre Tagle, y con su primo Demetrio O'Higgins, intendente de Huamanga<sup>4</sup>. No volvería al Perú hasta 1823, para permanecer allí hasta su muerte, acaecida en 1842. Durante su exilio hizo grandes amigos y prácticamente durante 19 años vivió como un peruano más, ya fuera en su casa en el centro de Lima o en el valle de Cañete en las haciendas de Montalván y Cuiba, que recibió como reconocimiento a su compromiso con la independencia del país<sup>5</sup>. Bernardo murió de 64 años. Prácticamente un tercio de su vida lo vivió en el Perú.

## EVIDENCIAS DE SU AMISTAD HACIA EL PERÚ

Sus testimonios de profunda amistad hacia el Perú pueden encontrarse en su nutrida correspondencia, como también en una importante cantidad de acciones que realizó en beneficio del país. Entre ellas ocupa un lugar especial la preparación de la expedición libertadora al Perú que zarpó de Valparaíso, el 20 de agosto de 1820, justo el día de su santo. Con la expedición iba una proclama a los naturales del Perú que, en parte, rezaba:

El Supremo Director del Estado de Chile a los Naturales del Perú.

Hermanos y compatriotas:

[...] llegó la época destinada por el Dios de la justicia y las misericordias a la felicidad del Perú, y vuestros hermanos de Chile han apurado sus últimos sacrificios para protegeros con una escuadra respetable, que asegurando estas costas, os presente recursos en todos los puntos donde escuche vuestras necesidades y el sagrado clamor de la libertad.

<sup>4</sup> Valencia, Luis, 1980, p. 41.

<sup>5</sup> Archivo de O'Higgins (A.O.): Tomo VIII, p. 146.

Inmediatamente ocupará también vuestro suelo un respetable ejército de los valientes de Maipú y Chacabuco, destinado a consolidar el goce de vuestros derechos.

Peruanos, he aquí los pactos y condiciones con que Chile, delante del Ser Supremo, y poniendo a todas las naciones por testigos y vengadores de su violación, arrostra la muerte y las fatigas para salvaros. Seréis libres e independientes, constituiréis vuestro gobierno y vuestras leyes por la única y espontánea voluntad de vuestros representantes; ninguna influencia militar o civil, directa o indirecta tendrán estos hermanos en vuestras disposiciones sociales; despediréis la fuerza armada que pasa a protegeros en el momento que dispongáis, sin que vuestro peligro o vuestra seguridad sirva de pretexto para su permanencia si no lo halláis por conveniente; jamás alguna división militar ocupará un pueblo libre, si no es llamada por sus legítimos magistrados; ni por nosotros, ni con nuestro auxilio se castigarán las opiniones o partidos peninsulares que hayan precedido a vuestra libertad; y prontos a destrozarse la fuerza armada que resista vuestros derechos; os rogaremos que olvidéis todo agravio anterior al día de vuestra gloria, y reservéis la más severa justicia para la obstinación y los futuros insultos.

Hijos de Manco Capac, Yupanqui y Pachacutec, estas sombras respetables serán los garantes de las condiciones que por mi voz os propone el pueblo de Chile, así como de la alianza y fraternidad que os pedimos para consolidar nuestra mutua independencia y defender nuestros derechos el día del peligro<sup>6</sup>.

Esta proclama muestra en forma evidente los sentimientos del prócer, que se dirige a los hermanos peruanos en nombre del pueblo de Chile. Les asegura su libertad e independencia solicitándoles, desde esa temprana época, la posibilidad de una alianza y la necesaria fraternidad para la consolidación de la mutua independencia y los derechos de las nacientes repúblicas. Más tarde, Bernardo testimonia su agradecimiento al gobierno del Perú por su decreto del 30 de marzo de 1822, que lo agraciaba con las haciendas de Montalván y Cuiba. Nunca olvidó este gesto, que le permitió la subsistencia hasta su muerte.

---

<sup>6</sup> Mackenna, Benjamín, 1872, pp. 412-414.

Con fecha 16 de julio de 1823 partía al Perú. Más tarde reconocía la acogida que había recibido. Cuenta que se presentó al señor presidente, marqués de Torre Tagle, como un simple particular, quien quiso prestarle las consideraciones debidas a su rango, las que agradeció profundamente, pero no aceptó. Se enteró con mucha amargura que sus haciendas habían sido completamente arruinadas por el enemigo<sup>7</sup>. Ante la eminencia de la Gran Batalla, como bautizó la gesta de Ayacucho, se presentó como un soldado más para cooperar en la independencia peruana. Cuenta que suplicó al Libertador (Bolívar) que no lo dejara sin parte en la batalla que iba a decidir la libertad de la patria y que esperaba impaciente que se le concediera esa justa ambición<sup>8</sup>. Así fue como Bernardo participó en la campaña de Ayacucho y acompañó a Bolívar entre julio y noviembre de 1824. Junto a un grupo de patriotas inició el camino hacia la sierra desde la costa de Chimbote, internándose por los valles de Nepeña y del Santa, adentrándose a Huanuco para seguir a Huancayo, en la sierra, casi sobre Lima, donde encontró al ejército unido libertador. Largos días les demoró recorrer más de seiscientos kilómetros, primero por arenales ardientes y fatigosos y enseguida por cordilleras abruptas, de paisajes impresionantes, dependiendo de huellas mal trazadas, cruzando ríos caudalosos, salvando precipicios y barrancos, alcanzando alturas de más de cuatro mil metros para caer a llanos calurosos o a verdes y encantadores valles. En los pueblos y caseríos del trayecto, en su mayoría típicas comunidades indígenas, fueron acogidos con el tradicional espíritu peruano de hospedaje generoso y abierto; en algunos, incluso, con manifestaciones de regocijo singulares. Así alcanzaron la región en que operaban los ejércitos y O'Higgins pudo reunirse con Bolívar y continuar la campaña con él. Al año siguiente, con las firmas de Unanue, Salazar y Larrea, recibió una nota acompañada de una medalla con la efigie de Bolívar. La nota le decía que debía mirarse la medalla como el más honroso distintivo de los claros varones que, reuniendo sus esfuerzos al primer campeón de la independencia,

---

<sup>7</sup> A.O.T.IX, pp. 3-4.

<sup>8</sup> De la Cruz, Ernesto, 1919, pp. 35-36.



habían cooperado en romper nuestras cadenas. Nuevamente este hecho muestra la profunda amistad y compromiso del prócer con la causa del Perú. Allí estuvo entonces cooperando a Bolívar en forma constante en el esfuerzo de la guerra, pese a estar enfermo<sup>9</sup>.

Ya en 1827, O'Higgins siente a Perú como su casa y declaraba que su clima le había hecho muy bien. Sostenía que, después de infatigables esfuerzos, había llegado a convertir Montalván en un fundo productivo, asegurando con ello su independencia y la de su familia. Agregaba que tenía en Lima una casa excelente y mucho mejor de las que había tenido en Chile. Más tarde confesaba que por la independencia de América había sacrificado en Chile su patria, sus mejores años, su salud y sus bienes, y que debía a la generosidad del Perú una vida tranquila, sin necesidad de mendigar su subsistencia y la de su familia. Estas circunstancias profundizaban sus sentimientos de amistad y agradecimiento al país<sup>10</sup>.

Otro aspecto interesante de la cercanía de Bernardo al Perú fue la herencia intelectual de su padre, que se destacó como gobernador de Chile y virrey del Perú. Tal como su progenitor, quería lo mejor para el país que lo había acogido, y así, ya a fines de 1827 recordaba uno de sus proyectos. Este se relacionaba con el empleo de trabajadores chinos en el Perú, en lugar de esclavos africanos. Esta idea había sido presentada por don Ambrosio al Príncipe de la Paz (primer ministro español, don Manuel de Godoy y Álvarez de Faria) en el momento de asumir el virreinato. El proyecto había llegado a la corte en un momento de gran excitación debido a la derrota de la flota en el cabo San Vicente. La iniciativa fue aprobada en principio, pero se dejó para más adelante. Bernardo señalaba que las ideas de su padre se fundaban en la convicción de que los europeos tenían poco éxito de prosperar en la zona de los trópicos, a causa de la fiebre o las enfermedades que esos climas provocaban a sus constituciones. Las amplias informaciones que había obtenido don Ambrosio en Manila le hacían pensar que los trabajadores chinos perfectamente se aclimatarían en los valles peruanos, mientras que

<sup>9</sup> Valencia, *op. cit.*, p. 430.

<sup>10</sup> De la Cruz, *op. cit.*, pp. 102-103.

la horrible práctica de la esclavitud se podría eliminar. Agregaba que en el momento en que se vivía, las jóvenes repúblicas americanas situadas en los trópicos tendrían nuevamente que abocarse al problema, en especial por la abolición de la esclavitud y, por lo tanto, estas ideas podrían realizarse<sup>11</sup>.

O'Higgins fue un testigo de primera línea de los avatares de la joven república peruana, una vez que Simón Bolívar dejara el mando de la nación en manos del general José de la Mar. Más tarde asumiría el gobierno el general Agustín Gamarra, que se desempeñó como presidente de la República entre 1829 y 1833. Lo sucedió el general Luis José de Orbegoso. Gamarra no aceptó los resultados de la elección e incitó a sus partidarios a alzarse contra Orbegoso. La sublevación militar se produjo en enero de 1834 y derivó en una guerra civil, que finalizó cuando los rebeldes llegaron a un acuerdo con el gobierno en abril de ese año. Con motivo de la crisis que se produjo, Bernardo recibe con sorpresa una comunicación del ministro general José Villa, indicándole la extrañeza del general Orbegoso de que un general del Perú se hubiera restado de los graves acontecimientos de sedición ocurridos y se le disponía se presentara de inmediato bajo las órdenes del gobierno. Responde entonces, con firmeza, que después de la gloriosa campaña que había concluido con la memorable victoria de Ayacucho, había envainado su espada, que desde el primer día de la sagrada insurrección sudamericana había estado siempre desnuda contra los enemigos de la patria común. Agregaba que ahora había empuñado el arado, el que había abandonado por la sola razón de consagrarse a la libertad de América. Señalaba, además, que todos los gobiernos antecesores habían respetado su decisión, estando seguros de que, mientras viviera, sería un soldado pronto a desenvainar su espada contra cualquier invasor que se atreviera atentar contra la libertad e independencia nacional<sup>12</sup>. Este episodio muestra otra señal importante de amistad al país que lo cobijaba, al rechazar terminantemente el inmiscuirse en sus procesos internos.

<sup>11</sup> Estellé Patricio, 1972-1973, pp. 433-443.

<sup>12</sup> A.O.T. XXXII, pp. 160-162.

Las actividades agrícolas de Bernardo y sus acciones en beneficio del país hacían que tuviera muchas consideraciones locales. Entre ellas se le enviaba el diario *Gaceta Mercantil*<sup>13</sup>, que ofrecía trabajos que entregaban una rica información sobre el país y los progresos de la civilización de los pueblos. Al responder esta gentileza, decía:

Soy muy reconocido a VV. Señores editores, por las distinciones con que me honran aún más allá de mis merecimientos y acepto gustoso ser uno de sus suscriptores, y en prueba de mi gratitud participaré a VV. algunos papeles públicos que suelen venirme de Europa, principalmente los que hagan relación a los intereses de nuestra adorada patria, que ha sido y es el objeto de nuestros desvelos<sup>14</sup>.

El tenor de esta carta no deja dudas que O'Higgins consideraba al Perú su segunda patria. La inestabilidad política continuó, el general Orbegoso realizó una gira por las provincias del sur, a fines de 1834, lo que fue aprovechado por el general Felipe Santiago Salaverry para alzarse en armas en el Callao. Rápidamente, Salaverry tomó el control de gran parte del país y se autoproclamó jefe supremo en 1835. Orbegoso, cuyo gobierno se redujo a Arequipa, llamó en su auxilio al presidente de Bolivia, el mariscal Andrés de Santa Cruz, quien invadió al Perú, desatándose un cruento conflicto en la búsqueda del establecimiento de una confederación peruano-boliviana. Para enfrentar a Santa Cruz, Salaverry y Gamarra se aliaron, pero fueron derrotados por el primero, estableciéndose así la Confederación Perú-Boliviana en 1836.

Todos estos acontecimientos eran seguidos por O'Higgins, quien conocía de cerca a cada uno de los protagonistas, de allí que mantenía correspondencia con ellos buscando la paz y lo mejor para el Perú. En carta a San Martín, en mayo de 1836, lo ponía al tanto de los acontecimientos:

---

<sup>13</sup> La *Gaceta Mercantil*, diario comercial, político y literario, cuyo «Prospecto» es del 9 de junio de 1834, apareció en 237 números del 16 junio 1934 al 29 de abril de 1935 y fue, en comparación con los demás papeles públicos limeños de aquellos días, un periódico de notable moderación en el lenguaje. En Monguio, Luis, *Don José Joaquín de Mora y el Perú del Ochocientos*. Los Ángeles, Estados Unidos: University of California Press, 1967, p. 186.

<sup>14</sup> Archivo Nacional (A.N.) Fondos Varios. Vol. 639.

Ahora concluiré —le decía— con anunciar a V. que el general Santa Cruz, nombrado Protector del Estado Sudperuano (los departamentos del Cuzco, Puno, Arequipa y Ayacucho) en federación con el Alto Perú o Estado Boliviano, se espera aquí para mediados de junio próximo, y se cree que los departamentos de Lima, Junín y Libertad, bajo el título de Estado Norperuano, se una a la federación expresada, declarando igualmente al expresado General Santa Cruz, Protector de toda la federación. Diez mil bayonetas apoyan, según dicen, esta unión, y tendrá por consiguiente la aprobación de los pueblos<sup>15</sup>.

En agosto de 1836 se producía la fracasada expedición de Ramón Freire a Chile. Al respecto escribía al presidente Joaquín Prieto, sobre el proceso judicial que se llevaba a cabo en el Perú por el apoyo recibido por la expedición:

Sin embargo, siempre recelo que a pesar del seguimiento de causa criminal que continua aquí contra los cómplices, por orden del gobierno, susciten en Chile motivos de quejas y desavenencias, que pueden hacerse hostiles por falta de inteligencia, en que a pesar de no mezclarme jamás en cosas políticas, tendré que trabajar no poco: primero, porque a Chile debo mi nacimiento y al Perú una hospitalidad y distinción que jamás tendré como corresponder; y es, pues un deber mío pagar mi deuda, por toda clase de esfuerzos por la paz y tranquilidad de ambas naciones, llamadas por naturaleza, a ser tan íntimamente unidas y hermanables como imperiosamente lo ordena su mutua prosperidad<sup>16</sup>.

Consternación produjo en el prócer la reacción chilena a la expedición de Freire. Otra, al mando de Victorino Garrido, apresó a tres buques peruanos en el Callao generando una gran tensión entre ambos gobiernos. O'Higgins le escribió entonces al presidente Prieto, tratando de influir en sus decisiones:

Al saber el proceder del *Aquiles* llamé al general Santa Cruz y lo encontré mucho menos irritado de lo que esperaba, sin embargo, había dado ordenes para arrestar a don Ventura

<sup>15</sup> De la Cruz, Ernesto, op.cit., pp. 23-27.

<sup>16</sup> De la Cruz, Ernesto, op.cit., pp. 207-208.

Lavalle [representante del gobierno chileno en el Perú], en consideración a que el capitán del *Aquiles* había actuado siguiendo sus instrucciones. Por lo que veo de inesperado e inexplicable del asunto, considero que hubo un concepto errado que solo el tiempo podría rectificar, por lo tanto le ruego recomendar que no haya violencia ni contra las personas ni las propiedades de los ciudadanos chilenos residentes en esta capital, hasta que se presente una oportunidad de pedirle una explicación a V. De acuerdo con esta recomendación el señor Lavalle fue puesto inmediatamente en libertad y recibió pasaporte sin haber estado más de media hora bajo arresto. Las personas y propiedades de los otros residentes chilenos han sido completamente respetadas y por la moderación demostrada por el general Santa Cruz, espero que este desagradable asunto será arreglado de una manera satisfactoria y honorable para todas las partes. [...] En verdad, querido compadre, me horroriza la idea de una guerra entre Chile y Perú, porque un suceso así nos llevaría a la conclusión de que los pecados de nuestros antepasados recaen sobre nosotros y las crueldades de los invasores españoles deben ser expiadas por un torrente de sangre entre sus descendientes. [...] El general Santa Cruz parece decidido a cultivar la paz y la buena voluntad con todos sus vecinos lo que más pueda, y los comerciantes ingleses están particularmente ansiosos que tenga éxitos en estos propósitos, y nada es más natural, que sientan tal ansiedad, ya que la principal parte de pérdidas de una guerra recaerían inevitablemente sobre ellos<sup>17</sup>.

En diciembre de 1836, O'Higgins escribe a San Martín, su gran amigo:

El Ministro de Chile, señor Portales, se ha valido de este suceso [se refiere a la expedición de Freire] para romper con el Perú, y se agita una clase de guerra que, si no se corta en sus principios, acarreará gravísimos males a Chile y al Perú, destinados por la naturaleza a vivir fraternalmente, comunicándose mutuamente sus sobrantes productivos de la agricultura, que evidentemente marchaba en progreso de pagar la deuda nacional de ambas repúblicas<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> A.O.T.XXIII, pp. 194-195.

<sup>18</sup> A.O.T.II, pp. 32-33.

En el mismo tenor se dirigía al presidente de Chile Joaquín Prieto, buscando ser útil para lograr la paz entre ambos países:

Traicionaría los sentimientos de mi corazón y los que me animan hacia dos naciones para con las que he contraído obligaciones sagradas, sino aprovechase una ocasión segura que se me presenta, de comunicarle mi opinión sobre un asunto de vital importancia, no solamente para los chilenos y los peruanos, sino también para sus acreedores extranjeros; pero sea esta materia reservada estrictamente a nosotros dos.

Pedía a Prieto que recorriera el contenido de varias de las muchas cartas que le había dirigido en los últimos seis años. En ellas, le insistía que se daría cuenta de que siempre había mirado las diferencias entre Chile y Perú como calamidades públicas, tanto más abominables en una guerra fratricida, sin la menor esperanza de ventajas para alguna de las dos partes. Luego agregaba, proponiendo soluciones:

Cuando más reflexiono sobre el origen y la naturaleza de las diferencias que han ocurrido, más me convenzo de que pueden terminarse satisfactoria y honorablemente para ambas naciones por mediación de las tres grandes potencias a cuyo arbitraje tengo entendido que el supremo Gobierno de S.E. el general Santa Cruz sometería gustoso la cuestión, dando en esto una prueba inequívoca de su moderación, juicio y verdadero patriotismo<sup>19</sup>.

Los vientos de guerra no cesaron y, desilusionado, escribe al general Santa Cruz, en marzo de 1837, contándole de los preparativos que se realizaban en Chile para la guerra bajo la dirección del ministro Portales. En parte de su carta señalaba:

Seríamos demasiado ciegos para no ver que la mano de la Providencia se ocupa por su bondad en desarmar el brazo fratricida que fulmina sangre y muerte contra dos pueblos hermanos nacidos para su mutua prosperidad y engrandecimiento. [Se refiere a la poca preparación de las fuerzas chilenas] [...] Sin duda, mi querido general, no se da oídos a mis consejos por la paz y mis cartas no han merecido hasta

---

<sup>19</sup> *Ibíd.*

ahora contestación alguna; pero ellas, no dudo, deben tener brecha abierta en la conciencia del general Prieto, y podemos esperar que la misma mano providencial que obstruye las fuerzas del mal, quite la venda de los ojos de Prieto para que vea la luz que le deseamos<sup>20</sup>.

En agosto de 1837 la situación había cambiado. Bernardo escribe a San Martín sobre los sucesos en Chile. Le cuenta sobre el exilio de Freire a las islas de Nueva Zelanda y el asesinato de Diego Portales en Quillota. Y agrega:

Hay un refrán que dice: no hay mal que por bien no venga, y los lamentables acontecimientos de Chile parecen conductores al asomo de una paz permanente, y el Gobierno de Chile, sin embargo de decirse que continúa en sus aprestos expedicionarios, por instigaciones del célebre Blanco Encalada, está en la precisa medida de adoptar y aceptar la paz, que últimamente le ha ofrecido, de muy buena fe, el general Santa Cruz, y el Gobierno de Buenos Aires verá en la tragedia de Portales frustrados sus planes de atizar la tea de la discordia entre Chile y los Estados peruanos, reconociendo al mismo tiempo, su impotencia de incendiar en guerra fratricida, los pueblos de Tucumán y Salta, que no han querido obedecer sus temerarios mandatos; cuyos desengaños lo pondrán en forzosa necesidad de revocarlos y avergonzarse de su declaración de guerra ridícula a la Confederación<sup>21</sup>.

En octubre de 1837, la guerra entre Chile y la Confederación era un hecho. O'Higgins, muy preocupado, escribe a su hermana Rosa:

No creí que Prieto hubiera tocado el último grado de insania, al permitir de los puertos de Chile la invasión de trece buques que anuncia se asomaron en Arica, tres de los cuales fueron rechazados al aproximarse a las baterías. Prieto es perdido para siempre, sea cual fuese el éxito de los invasores, que en mi opinión sucumben tarde o temprano<sup>22</sup>.

---

<sup>20</sup> A.O. T.XXXII, pp. 209-210.

<sup>21</sup> A.O.T.IX, pp. 35-37.

<sup>22</sup> De la Cruz, Ernesto, *op. cit.*, p. 219.

Una alianza entre Chile y los emigrados peruanos enemigos de Santa Cruz había posibilitado la conformación del llamado Ejército Unido Restaurador con el propósito de invadir el Perú y volver su situación política a como era antes de 1835. La guerra tuvo dos fases. En la primera, un ejército restaurador al mando del marino chileno Manuel Blanco Encalada desembarcó en el sur peruano y se adentró hasta Arequipa, pero no logró el apoyo de los lugareños, entonces fue cercado por las fuerzas de Santa Cruz. Los restauradores se rindieron y firmaron el Tratado de Paucarpata (17 de noviembre de 1837).

A raíz de los magros resultados de la expedición de Blanco Encalada, Bernardo escribía al general Santa Cruz, confesándole sus sentimientos:

Confieso mi querido general que me sorprendí sobremanera cuando supe la invasión por Arica, Islay y Quilca, y, cortadas las comunicaciones de la costa por sus guerrillas y partidas, privado de poderle escribir y saludarlo como lo pensaba en primera oportunidad favorable. Mi salud sufrió todos los efectos que el dolor y la pena de tamaña injusticia debía producirle, cerca de dos meses han durado mis padecimientos. Por una parte, el amor a mi tierra nativa, despojada de sus mejores aptitudes por una gavilla ingrata, y por otra gratitud y justo amor a una patria adoptiva que me sustenta, amenazada injustamente, y sobre todo el escándalo, eran motivos poderosos para que angustiaran el corazón.

En la misma carta acusaba recibo de la comunicación que Santa Cruz le había enviado con motivo de la firma del Tratado de Paucarpata, cuyo contenido le había incluido en ella. Al respecto agregaba:

[...] transportado del gozo me parecía una ilusión de aquellas que transportan a veces a los genios contemplativos. Nunca podría explicar suficientemente mi gratitud a la Divina Providencia por este bien supremo, que ha puesto fin a las calamidades de pueblos hermanos tan privilegiados por naturaleza, para en alianza inmutable ostentar sus abundantes frutos y valiosas producciones. Paucarpata es testigo de esta verdad, de ese suelo venturoso brotarán a porfía los progresos de la civilización y humanidad<sup>23</sup>.

---

<sup>23</sup> A.O.T.XXXII, pp. 229-230.



El general Luis José de Orbegoso y Moncada también le escribe contándole lo acontecido en Paucarpata, a lo que Bernardo, en parte de su respuesta, dice:

Permítame decirle con la amistad que le profeso, que el que por sus nobles esfuerzos como por sus afortunadas empresas ha dado mucha ventura a esta patria tan querida, no pertenece a sí mismo. Siempre firme apoyo de su prosperidad tiene que forzosamente arrimar el hombro en el peso de su consolidación<sup>24</sup>.

Grande debió haber sido la desilusión de O'Higgins al saber que el gobierno chileno había desconocido el acuerdo y enviaba una segunda expedición al Perú al mando del general Manuel Bulnes, con el general Agustín Gamarra al mando de los emigrados peruanos. En carta al general Santa Cruz, en febrero de 1838, retrata fielmente sus sentimientos:

¡Qué dolor! La paz y la justicia, tiernas y recíprocamente abrazadas en Paucarpata, marchando triunfantes por la tierra y por las mares llevadas con pompa en los hombros de todos los buenos, para ser perpetuamente veneradas en memoria de la bondad de su fundador y como prendas de las prosperidades de repúblicas hermanas. ¡Qué vergüenza! Pero es necesario decirlo. Alevosamente han sido profanadas por manos fratricidas en las aguas del Pacífico. Apenas se llegaría a creer sean hombres los que tales cosas hayan cometido, sino que se han desencadenado y salido de las tinieblas catervas de furias que en humano ropaje disipan la razón humana y se burlan de ella con atrocidades. Mas ese juguete de locos serán siempre condenados por el mundo civilizado y su injusta agresión no podrá jamás abatir las verdes olivas elevadas en Paucarpata<sup>25</sup>.

Los acontecimientos de la guerra se aceleraron y tras desembarcar en Ancón, el Ejército Restaurador marchaba hacia Lima. El general Orbegoso, presidente del Estado Norperuano, les dio batalla. Este Estado se había separado de la Confederación y quería

<sup>24</sup> *Ibíd.*, pp. 231-232.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, pp. 236-237.

expulsar del territorio peruano tanto a chilenos como bolivianos. En agosto de 1838 fueron derrotadas las fuerzas de Orbegoso y los restauradores entraron a la capital, siendo el general Agustín Gamarra designado presidente provisional del Perú.

En plena guerra O'Higgins se dirige nuevamente al general Santa Cruz para comentarle sus grandes inquietudes. En carta de noviembre de 1838, escribe:

Si un buen hermano mira dos hermanos poseídos de ira y llenos de furia, con armas mortíferas en las manos, resueltos a destruirse mutuamente, sin suficiente causa ni motivos, aunque no puede haber causa alguna justificativa de una impiedad de tan cruel determinación; séame permitido, mi respetable general, preguntar ¿Cuál debería ser la conducta de este buen hermano en tales circunstancias? ¿Permanecería inmóvil con los brazos cruzados, frío e indiferente espectador de una contienda y de un choque tan ofensivo y desnaturalizado? Todo hombre sereno y sin pasiones, racional y humano, exclamaría sin un momento de duda: ciertamente que no: y en la evidencia de esta verdad, ¿Cuál es, pues, entonces el deber de un buen hermano bajo semejante circunstancias? [...] interponer sus respetos, ocurrir e invocar a sus hermanos, para que suspendan las armas, detengan la ira que fue causa de tomarlas, y que sometan sus quejas a explicaciones fraternales e imparciales de manos de tiernos relacionados, deseosos de terminar sus desgraciadas diferencias de un modo calculado a destruir hasta las semillas de futuras discordias. [...] Bajo de estas impresiones, y teniendo como tengo un amor verdaderamente paternal a los bravos que se apresuraron a la batalla y destrucción de unos contra otros, siendo todos hijos de países a los que estoy íntimamente unido por los más fuertes vínculos de amor, gratitud y afecto, y no dudando me miran y consideran como a un sincero buen hermano, profundamente interesado en su honor, su bienestar y felicidad, siento, pues, ser una obligación mía la más sagrada que en lo posible pueda recaer sobre un hombre en mi situación y por las relaciones contraídas con ambas partes, interponerme para mediar en crisis tan tremenda y llamar la atención de los ilustres y respetables jefes beligerantes me permitan suplicarles atención de una medida en que se oigan y se convengan tratados que calmen y corten sus contiendas y

disensiones, convencido que en tal caso, una guerra fratricida sea terminada por una paz honrosa a ambas partes calculada a restablecer y eternizar esos cordiales sentimientos, y profunda armonía entre pueblos que su creador les ha dado, cuando es posible uniros con los vínculos más poderosos de mutuo interés<sup>26</sup>.

El papel de mediador que asumió lo llevó a enviar copia de sus cartas al general Santa Cruz y al jefe de la Expedición Restauradora, el general Manuel Bulnes. En sus comunicaciones decía a Bulnes:

Hace quince años que tengo el honor de conocer al general Santa Cruz, y en estos últimos he tenido también muchas oportunidades de saber de sus opiniones políticas, y no me detendré en decir que estas, en lugar de ser hostiles, son muy amigables a la prosperidad de Chile, y diré, finalmente, que si no estuviera plenamente convencido de esta verdad, no hubiera jamás pensado en interponer mis servicios para terminar la desgraciada contienda que ha existido ya por demasiado tiempo<sup>27</sup>.

La guerra, como sabemos, continuó, y el ejército confederado fue derrotado en Yungay en enero de 1839. La Confederación fue disuelta y el general Santa Cruz huyó hacia Arequipa y luego al destierro. El general Agustín Gamarra asumió entonces como presidente provisorio.

La amistad que O'Higgins tuvo con el general Santa Cruz le generó algunas dificultades, las que le afectaron profundamente. Terminada la guerra contra la Confederación, Bernardo cuenta que se le solicitó, a través del juez de barrio, que devolviera unas medallas que le habría otorgado el general Santa Cruz. Respondió muy molesto:

La soberanía de la gran nación peruana repetidas veces ha dado pruebas eminentes y generosas de las gracias y distinciones que le ha prodigado y ningún poder ha tenido motivos para desconocerlos, pero basta de una materia que el papel de V. contra mi carácter me obliga a contestar, y vamos a lo

<sup>26</sup> De la Cruz, Ernesto, *op. cit.*, pp. 241-242.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, pp. 243-244.

principal. ¿Qué medallas son las que usted me pide? ¿Qué placa ni banda me ha dado el general Santa Cruz? ¿Ni como podía aceptarlas estando en contradicción con las leyes de mi país natal? Si V. señor mío, se hubiera informado como debía de este asunto desagradable antes de dirigirme el precitado papel, fechado ayer cuatro del corriente (abril 1839), no tendría que pasar ahora por una vergonzosa repulsa; si al ver entre los agraciados lo que a mí se confería de gran dignatario supernumerario en el papel oficial el «Eco del Protectorado», hubiera pasado la vista por mi contestación oficial, habría encontrado las expresiones de permiso requerido por la Constitución de mi país nativo, sin el que no podía tener la honra de gozar de la distinción que se me confería, ni esto se encuentra en el referido «Eco», como se verá en el que escribe la recepción de los ministros de la legión, no encontrarse mi nombre. Y de allí no recibí medallas en cuestión, que era donde debían entregárseme y ponérseme al prestar juramento ¿Cómo entonces pedirme lo que no he recibido?<sup>28</sup>.

O'Higgins, ya muy delicado de salud, estuvo hasta sus últimos meses de vida preocupado de la relación entre los dos países. En junio de 1842 le escribía al ministro plenipotenciario de Perú en Chile, don Lucas Pellicer, donde nuevamente ponía de relieve su amistad por el Perú. Pellicer estaba encargado de retomar en la mejor forma las relaciones con Chile después de la guerra de la Confederación. Bernardo le señalaba:

Dos repúblicas en esta parte del Nuevo Mundo, con tal independencia una de la otra, que jamás hayan de alterar a los Estados contiguos, están evidentemente llamadas, por igualdad de principios, por sangre, por antiguos enlaces de familia y por reciprocidad de nuestros intereses fundados de el origen de su nacimiento, a no parecer más que una misma familia. La sabia y benévola Providencia ha enriquecido su fértil suelo con tan abundantes frutos y producciones, como para que en eterna hermandad, los sobrantes de una sirvan a las necesidades de la otra, y cambien mutuamente el producto de sus labores con tanta ventaja de la agricultura, que es el alma de la prosperidad y de la riqueza nacional, que ha engrandecido a los pueblos más poderosos de la tierra, llamando

<sup>28</sup> De la Cruz, Ernesto, *op. cit.*, T. II, pp. 273-274.

indudablemente en su provecho otro agente poderosísimo de la prosperidad, el comercio marítimo que les marca su pacíficas y prolongadas costas, por cuyo contacto evidentemente quiere el supremo creador regulador de la sociedades humanas, que sus intereses sean de tal suerte aproximados y ligado que sus movimientos sean como eléctricos. Si hubieron [*sic*] épocas funestas que desnaturalizaron y paralizaron las relaciones comerciales, constituidas de tiempo inmemorial entre Perú y Chile, y que la conveniencia mutua de ambas partes sancionará como la ley fundamental y permanente, es evidente el derecho de su conservación que convencionalmente se adopte con la obligación de igualarla en los nuevos gozes de otras naciones, sin título a ser del mismo modo favorecidas. Hice cuanto pude y estuvo a mis alcances en ese tiempo calamitoso para calmar y apaciguar las pasiones agitadas en que se dio principio una guerra de derechos, destructora de los intereses de agricultura, industria y comercio de peruanos y chilenos, que deploran considerables sumas perdidas y sacrificadas a la imprevisión e inexperiencia que valió tanto a los norteamericanos, brasileros, y otros especuladores de Cuba y de la India. Escribí desde mi retiro tantas cartas que, si se despreciaron, ellas dan testimonio, permítaseme decirlo de los principios de sana política y mutua conveniencia de Chile y el Perú en que se fundaban. No están a la mano los borradores, pero cuando lo permita mi salud le mandaré copias de algunos de sus artículos<sup>29</sup>.

La vida de Bernardo O'Higgins estuvo ligada al Perú desde su adolescencia hasta su muerte. Dicha relación, lo marcó profundamente y generó un hondo amor por el país que apodaba como su patria adoptiva o segunda patria. Los testimonios al respecto fueron escritos de su puño y letra y ponen en clara evidencia sus sentimientos hacia el Perú. Sus reflexiones son profundas e interesantes y están absolutamente vigentes. Estas pueden servir de referencia a peruanos y chilenos para mantener y acrecentar las iniciativas que permitan que ambos países sigan unidos, en la ruta del progreso y la prosperidad. Leamos a O'Higgins:

---

<sup>29</sup> De la Cruz, Ernesto, *op. cit.*, T. II, pp. 316-317.

Dos repúblicas en esta parte del Nuevo Mundo, con tal independencia una de la otra, que jamás hayan de alterar a los Estados contiguos, están evidentemente llamadas, por igualdad de principios, por sangre, por antiguos enlaces de familia y por reciprocidad de nuestros intereses fundados de el origen de su nacimiento, a no parecer más que una misma familia.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARANCIBIA, ROBERTO, *Bernardo O'Higgins descubriendo Lima*. Santiago: UBO ediciones, 2019.
- Archivo Nacional (A.N.), Fondos varios. Vol. 639.
- Academia Chilena de la Historia, *Archivo de O'Higgins*. Santiago: Editorial Universidad Católica, 1965.
- BASADRE, JORGE, *Historia de la República del Perú, 1822-1933*, Tomo II. Lima: Editorial Universitaria, 1968.
- DE LA CRUZ, ERNESTO, *Epistolario de don Bernardo O'Higgins*, Tomo II. Santiago: Editorial Universitaria, 1919.
- ESTELLÉ, PATRICIO, «Epistolario de don Bernardo O'Higgins con autoridades y corresponsales ingleses, 1817-1832», en *Historia*, N° 11, pp. 399-458, 1972-1973.
- MACKENNA, BENJAMÍN, *La corona del héroe*. Santiago: Imprenta Nacional, 1872.
- VALENCIA, LUIS, *O'Higgins, el buen genio de América*. Santiago: Editorial Universitaria, 1980.

O'HIGGINS, UN GRAN AMIGO DEL PERÚ







## 4.2 MANUEL BULNES PRIETO: DE LA FRONTERA AL BRONCE

*Armando Cartes Montory*

### INTRODUCCIÓN

En los años de la organización nacional, pocos hombres tuvieron una actuación tan destacada como Manuel Bulnes, no solo por haber ocupado la presidencia y la comandancia en jefe del Ejército, sino porque le tocó actuar en coyunturas críticas para la supervivencia y consolidación de la República. Su gobierno (1841-1851) y, a decir verdad, su existencia misma, se sitúan entre los estertores del mundo colonial y una incipiente modernidad. Su vida transcurre, en efecto, a horcajadas entre las dos épocas en que se divide tradicionalmente la historia de Chile —el Reino y la República—; a medias entre las dos provincias —Santiago, patriarcal y aristocrático, y Concepción y la Frontera, mestizo y violento— que, con tensiones y alianzas, hicieron la revolución, en fin, entre la vida militar y la política.

Entre los organizadores de la República, Manuel Bulnes resulta, sin duda, el más afortunado. En su vida pública logró las más altas distinciones. Ascendió a general muy joven y, como presidente, gozó de popularidad durante todo su mandato; no murió en el campo de batalla ni debió soportar un largo exilio, tampoco debió sufrir alguna grave derrota. En la vida privada, si bien su matrimonio con Enriqueta Pinto tuvo importancia política para acercar a conservadores con liberales y a provincianos con santiaguinos, fue también una unión feliz. Más todavía si fue favorecida con descendientes que continuaron dignamente su linaje, en la historiografía y la política;

todo lo cual, en una sociedad semicerrada y pequeña como la chilena, resulta importante para cautelar la buena memoria del personaje<sup>1</sup>.

Aunque con un largo retraso, su monumento finalmente se erigió frente a La Moneda y una copia en Punta Arenas, recordando su empeño por la incorporación de Magallanes. En estos días, en que se vapulea la memoria y la efigie de los antiguos conquistadores y los soldados victoriosos, la figura de Bulnes ha logrado salir indemne. Curioso reflejo de su carácter moderado, a pesar de su valer militar, que bien definía durante su vida Juan Bautista Alberdi, su primer biógrafo. Decía, en 1846, que el entonces presidente sabía «mantener la estabilidad de la paz y del orden como principios de vida para Chile; promover el progreso, sin precipitarlo; evitar los saltos y las soluciones violentas en el camino gradual de los adelantamientos; [...] abstenerse de la exageración y de la falsa brillantez en las invocaciones; cambiar, mudar, corregir, conservando; preparando el fruto antes de recogerlo»<sup>2</sup>.

En los tiempos actuales, con el regreso de la historia política como perspectiva, se reconoce, aunque con renovados matices, el valor de las personalidades individuales<sup>3</sup>. En esa línea, Bulnes califica como uno de esos sujetos considerados, eje en el desenlace de importantes procesos en la conformación de la nación. Es la opinión, quizás excesiva, de Jorge Garfias: «Bulnes tuvo una actuación tan determinante y decisiva, tan descollante y definida en los primeros decenios de nuestra incipiente vida republicana que, si lo sacáramos del escenario de las luchas cívicas, revolucionarias, conflictos exteriores y conflagraciones bélicas en que actuó, el desarrollo de la historia de Chile hubiera sido distinto, su emancipación política como república organizada, y rectora en América se habría postergado»<sup>4</sup>.

Interesa revisar su participación en el despliegue territorial del joven Estado de Chile y en la pacificación de las rencillas políticas, considerando su origen provincial y su postura ideológica. En la segunda parte de este trabajo, se analizan las representaciones y

<sup>1</sup> Cfr. Espejo, 1966; y de Gillet del Solar, 2019, pp. 182-192.

<sup>2</sup> Alberdi, 1846, pp. 62 y 63.

<sup>3</sup> Cfr. Salgado de la Rosa, 2013, pp. 55-82; y Palacios, 2007.

<sup>4</sup> Garfias, 1987, p. 6.

simbolismos sugeridos por la forma y textualidades de su monumento público, inaugurado en 1937, para los constructores y sus contemporáneos.

## UN DESTINO AFORTUNADO

El general Bulnes es hombre de alta estatura y considerable corpulencia. Su aire es noble y abierto, sus maneras francas y afables. Tiene la mirada expresiva y penetrante alternativamente. Posee un tacto certero para descubrir los sentimientos de los hombres... No es amigo de los placeres ruidosos; gusta poco de las reuniones de salón. Sus mejores horas son las pasadas en sociedad con su espiritual, amable y distinguidísima consorte<sup>5</sup>.

Es Juan Bautista Alberdi, intelectual argentino exiliado en Chile, amigo y contemporáneo de Bulnes, quien hace su semblanza física y de carácter. Este ha tenido varios biógrafos, sin que se trate de trabajos mayores; en general, ponen énfasis en su vida, a la vez, accidentada y afortunada<sup>6</sup>. Una buena reseña de su vida, hasta que asume el generalato, en 1838, hace Gonzalo Bulnes en su *Historia de la Campaña del Perú en 1838*<sup>7</sup>; aunque sigue a Alberdi para los últimos seis años, quien continúa su biografía hasta 1846, tiempo en el que escribe y publica su obra citada, con la mirada de un contemporáneo que le es afecto, pero a que la vez, en su condición de intelectual y extranjero, ensaya cierta distancia y profundidad de conceptos.

El foco suele ponerse en su hoja de vida militar<sup>8</sup> y en el evento más relevante: la Campaña contra la Confederación<sup>9</sup>. Sin perjuicio de textos sobre episodios específicos, como la Revolución de 1851 y la batalla final, en Loncomilla<sup>10</sup>, así como la sublevación del 20 de

<sup>5</sup> Alberdi, 1846, pp. 83 y 84.

<sup>6</sup> Cfr. S/A, 1937; Bulnes, 1946; Garfías 1987; y Peralta, 2010.

<sup>7</sup> Bulnes, 1878, pp. 69-94.

<sup>8</sup> Su hoja de servicios militares puede leerse en: Figueroa, 1899, pp. 48-54. Vs. además, S/A, 1976, pp. 71-77.

<sup>9</sup> Bulnes, 1878. El hijo del general dedica la obra a Juan Bautista Alberdi «como una prueba de mi amistad inalterable i de mi profundo respeto».

<sup>10</sup> Vicuña, 1862, pp. 323-403.

abril de ese año, en las calles de Santiago<sup>11</sup>. Hay también trabajos monográficos sobre las transformaciones políticas y culturales que ya se insinuaban en los años postreros de su administración<sup>12</sup>, así como documentación publicada útil para estudiarla<sup>13</sup>.

En verdad, la historiografía ha sido generosa en su juicio, desde el mismo Alberdi hasta el presente. Diego Barros Arana, aunque liberal y anticlerical, a diferencia de Bulnes, quien era conservador y católico, no dudó en señalar que: «los 10 años de ese gobierno constituyen una de las épocas de más evidente y sólido progreso de la patria chilena»<sup>14</sup>. Es lo que concluye Barros en la única historia general de su gobierno, que, por su calidad y extensión, no dejó gran espacio ni necesidad para emprender otra nueva, sin perjuicio de la siempre válida formulación de nuevas conjeturas.

Se trata de *Un decenio de la historia de Chile, 1841-1851*, en dos volúmenes, aparecidos en 1905 y 1906. Son más de mil páginas salidas de la pluma experimentada de Diego Barros Arana<sup>15</sup>. Su título refleja el deseo de no personalizar la obra en la figura del presidente Bulnes y se plantea, más bien, como una continuidad de su obra mayor, la *Historia general de Chile*, cuya publicación había concluido en 1902 y que se extendía hasta la aprobación de la Carta de 1833. Pues bien, las primeras doscientas páginas se refieren al segundo quinquenio de Joaquín Prieto, con lo que se asegura la continuidad de ambos trabajos. El libro, «obra de la madurez, en verdad de la vejez, del gran historiador», pues falleció en 1907, señala Cristián Gazmuri, «se ha dicho que son sus mejores páginas».

En el libro, Barros denota una clara simpatía por Bulnes, a pesar de sus diferencias ideológicas. Reconoce ampliamente los avances de su gobierno en economía y educación. «No hubo ramo alguno del servicio público o del desenvolvimiento nacional —dice—, a que no se llevara la mano reformadora del gobierno; y esas reformas casi

<sup>11</sup> Vicuña, 1878; y Riquelme, 1893.

<sup>12</sup> Yñíguez, 1906; y Gazmuri, 1998.

<sup>13</sup> Cfr., v.gr., S/A, 1851.

<sup>14</sup> Barros, 1906, p. 609.

<sup>15</sup> Barros, 1913. Una edición moderna circuló en 2003, por el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, precedido de un macizo estudio preliminar de Cristián Gazmuri.

siempre discretas y siempre bien intencionadas marcan un progreso inmenso en la historia de nuestros adelantos morales y materiales». Alaba su sentido práctico y su actitud conciliadora, en contraste con el autoritarismo de los tiempos de Diego Portales y Manuel Montt. Obras recientes, aunque con matices, no se apartan del tradicional juicio favorable<sup>16</sup>.

Manuel Bulnes, como señalé, participó de la ambigüedad y el desafío de vivir entre dos tiempos y, si puede decirse, entre dos mundos. Nació en 1799, cuando agonizaba el último siglo colonial, época en que vivió su temprana infancia. Muy joven sentó plaza de cadete en el Batallón de Infantería de Línea; sus parientes Prieto Vial, en tanto, fueron alumnos del Seminario de Concepción, que fue forja de muchos de los principales actores sureños del periodo revolucionario, del bando patriota y del realista<sup>17</sup>. Marchó a Santiago, al Instituto Nacional, en los días de la Patria Vieja, en que la capital bullía con las noticias que llegaban del Río de la Plata y de Europa, pero también con la rápida evolución de los eventos y las ideas locales.

Temprano en su vida asumió un compromiso revolucionario, lo que le significó pasar amargos días relegado en la isla Quiriquina, de donde pudo escapar asumiendo un gran riesgo. Tenía solo 17 años. La contradicción entre sus ideas y su accionar con los de su padre, devoto realista, fue un drama muchas veces repetido en aquella época convulsa. El conocido episodio del reencuentro con su Manuel Bulnes Quevedo, durante el Sitio de Chillán, en que lo insta, sin éxito, a pasarse a las filas patriotas, es una buena metáfora de la dolorosa división que afectó a muchas familias<sup>18</sup>. Con lo dicho, ya se observan las primeras contradicciones que enfrenta: haber nacido en un Chile colonial, que no anticipaba todavía una revolución, luchar en ella mientras se transformaba en un joven adulto y ver su familia desgarrada por las diferencias ideológicas.

<sup>16</sup> Vs. Silva y Vargas, 2019-2020. El capítulo sobre el gobierno de Bulnes es obra de Juan Eduardo Vargas.

<sup>17</sup> Muñoz, 1915, p. 263. Datos interesantes sobre su juventud, que matizan la historia tradicional, pueden leerse en: Bulnes, 2012, pp. 195 y ss.

<sup>18</sup> Menos conocido, en cambio, es el hecho de que Bulnes trajo de Lima las cenizas de su padre, al concluir la campaña, en 1839.

Muy joven abraza el camino de las armas y acumula una brillante hoja de servicio. Lucha contra las tropas realistas en Cancha Rayada y Maipú y, en forma muy decisiva, en la llamada Guerra a Muerte. Se batió contra Vicente Benavides, las montoneras pehuenches y la banda de los hermanos Pincheira, en campañas durísimas que culminó con éxito.

Largas jornadas, la mayoría entre las selvas y serranías de la Frontera, forjaron su temperamento. Culminará su carrera militar como comandante en jefe y general de división, grado que logró paso a paso, en el campo de batalla. El monumento de la Alameda resume, en su cara sur, su hoja de vida: «Oficial de las campañas de la Independencia. Asalto a Talcahuano- Quechereguas- Cancha Rayada- Maipo- La Guerra a Muerte- Las Vegas de Saldías- General en Jefe de la Campaña restauradora del Perú- Huaras- Matucana- Puente de Buin- Yungay- Lima».

Su mayor laurel, sin duda, está asociado a la destinación de comandante del Ejército Restaurador. Ya afianzado su prestigio con el triunfo sobre las últimas huestes realistas y los bandoleros, le tocó comandar, en calidad de general de división, en 1838, el ejército chileno que venció a la Confederación Perú-Boliviana. Para asumir el mando debió renunciar al cargo de intendente de Concepción, que entonces ejercía. La victoria de Yungay le valió el grado de mariscal de Ancash, que le confirió el gobierno peruano y, al terminar los militares el conflicto, desde el comandante en jefe hasta el último soldado, fueron condecorados y se les ascendió un grado en el escalafón peruano. Más allá del personaje, es importante reconocer la importancia de esa guerra para la consolidación de Chile como Estado, de su identidad como nación, así como su proyección en el Pacífico, antes disputada con El Callao<sup>19</sup>.

El triunfo consolidó su prestigio, abriéndole el camino a la presidencia de la República. Su gestión se inició con un país dividido, marcado todavía por los odios, las bajas militares y el exilio que dejara la Revolución de 1829. Chile había devenido una república

<sup>19</sup> Sobre esta conflagración, además de la obra clásica ya citada, de Gonzalo Bulnes, hay obras modernas: Donoso, 2009; Serrano, 2017. Para una mirada de historia intelectual, véase, Cid, 2011.

autoritaria, merced a la vigencia de la Carta de 1833 y el legado de Diego Portales. Con Bulnes, se dictaron leyes de amnistía, se terminaron los estados de excepción recurrentes y las formas extremas de sectarismo y represión. Las fecundas obras de su gobierno las resume su monumento, en letras de bronce: «Incorporación de Magallanes, Fundación de la Universidad de Chile, Fundación de la Escuelas Agrícola, Bellas Artes, Artes y Oficios, Arquitectura, Conservatorio de Música, Escuela Normal de Preceptores; Observatorio Astronómico, Ley de Régimen Interior, Leyes de Colonización, Ley de Imprenta, Creación de la Oficina de Estadística, Levantamiento de la Carta Geográfica de Chile, Ley de Matrimonio de Disidentes».

Como se aprecia, la consolidación del territorio y la administración, las ciencias, las libertades públicas y la educación, son las principales dimensiones que abarcan sus realizaciones; en síntesis, la construcción de un Estado-nación, en que casi todo estaba por hacer. Fundamental fue la figura de Andrés Bello para dar forma al *conservadurismo progresista* que caracterizó a su gobierno<sup>20</sup>. Asociada a su figura se halla la fundación de la Universidad de Chile, que sería, al decir de Cristián Gazmuri, «la columna vertebral del mundo intelectual, profesional y político del siglo XIX». Mucho crédito de la obra de Bulnes radica también, por supuesto, en sus colaboradores, pero como ocurre en todo gobierno exitoso, el mérito del gobernante consiste en haberlos elegido bien y saberlos apoyar —o remover— con tino y consistencia política.

En síntesis, la actuación de Manuel Bulnes fue clave para poner término a los crueles estertores de las guerras de independencia en el sur; para el triunfo contra la Confederación, que fue central en la consolidación del Estado-nación chileno; y en la presidencia de la República, en la década eje de la transición de un país poscolonial a otro premoderno. Así lo resume el jurista argentino Juan Bautista Alberdi:

[...] el hombre de las soluciones afortunadas, de los desenlaces felices, ocurridos en trances críticos. El que había puesto fin a la guerra contra los bárbaros, más larga que la Independencia

<sup>20</sup> Tema bien trabajado en: Jaksic, 2010.

americana, que había dado solución, en poco tiempo, al problema de la guerra del Perú: vino por fin a realizar el gobierno que los partidos políticos creían imposible en 1841<sup>21</sup>.

## EN DEFENSA DE LA REPÚBLICA

Manuel Bulnes asume el poder cuando todavía perviven los odios y las dificultades incubados en la década *anárquica* y la guerra civil que le siguió. Aprovecha entonces su prestigio militar y la gratitud de la patria por el triunfo de Yungay para dar pasos concretos hacia la reconciliación nacional. Requerido, en efecto, por el gobierno para fijar «su recompensa para premiar al vencedor, recordaba Alessandri, en su discurso de inauguración del monumento, solo pidió en compensación de su victoria que se reintegrara en sus puestos y honores a los vencidos en la revolución de 1830»<sup>22</sup>. Fue un gesto republicano que muchos aprovecharon, entre ellos los generales Francisco de la Lastra y Francisco Antonio Pinto, su futuro suegro.

Ya durante su gobierno, por ley de 12 de octubre de 1841, se rehabilitó a quienes defendieron la causa liberal, concediéndoles montepíos a las viudas o hijas solteras. Amnistió a Bernardo O'Higgins a pocos días de su muerte y reconoció grados y concedió sendas pensiones al almirante Thomas Cochrane y al general José de San Martín; así, la República se reencontraba con los gestores de su independencia. También Ramón Freire pudo regresar de su exilio y reintegrarse a la vida política, al punto de que fue candidato presidencial en las elecciones de 1846<sup>23</sup>. Recordemos que también los perseguidos argentinos, como Domingo Faustino Sarmiento, Vicente Fidel López y el mismo Alberdi, encontraron refugio en Chile durante su administración.

Su mera presencia y prestigio militar contribuyeron a ir eliminando los vestigios del militarismo y los peligros de asonadas, frecuentes en las décadas previas. Refiriéndose a las elecciones de

<sup>21</sup> Alberdi, 1846, p. 88.

<sup>22</sup> «Discurso de S.E. el Presidente de la República Don Arturo Alessandri en la inauguración del monumento al General Bulnes el día 11 de septiembre de 1937», en: Feliú, 1937, p. 288.

<sup>23</sup> Garfias, 1987, p. 148.



1841, escribía Alberdi que: «Nadie en ese periodo solemne poseyó medios más capaces de turbar el orden público que el general Bulnes; pero fue él precisamente quien supo hacer triunfar el orden parlamentario, por la estricta no intervención de la espada»<sup>24</sup>. Mantuvo constante el tamaño de las fuerzas, durante toda la década, a pesar del crecimiento del país<sup>25</sup> y, sobre todo, la fue conduciendo a una mayor disciplina y subordinación al poder civil. Lo constaba el mismo Alberdi, espectador presencial, al término del primer gobierno de Bulnes:

No solamente se absorbían en esa interminable lucha las más gruesas sumas de la renta nacional, sino que la presencia de esos ejércitos siempre armados y en actitud militante, ofrecía graves peligros a la libertad del país, y un motor constante de guerras y revueltas intestinas. Así se vio que a su disminución consiguiente, sucedieron los progresos de la renta que pudo aplicarse a más útiles destinos, y a la cesación definitiva de los tumultos anárquicos, casi siempre apoyados por divisiones del ejército nacional. Conviene anotar que el ejército perdió esa actitud peligrosa no solo por su disminución, sino también por los arraigados hábitos de disciplina y subordinación, adquiridos casi por primera vez bajo la dirección seria y austera del general Bulnes<sup>26</sup>.

Resulta, en apariencia, contradictorio que, terminando su gobierno, acepte comandar una fuerza armada que participará en una guerra civil con miles de muertos, como ocurrió en la llamada Revolución de 1851. Se trata de un conflicto muy poco estudiado<sup>27</sup>,

<sup>24</sup> Alberdi, 1846, p. 87.

<sup>25</sup> «La fuerza del ejército permanente, en infantería, caballería y artillería, se limitaba en 1842 a 2.216 plazas; y dejó un total de 2.266, diferencia bien insignificante, bien desproporcionada sin duda al desarrollo que han tomado en este periodo todos los elementos sociales»; sostenía el mismo mandatario, aunque con la pluma certera de Andrés Bello, en la «Exposición que el General Bulnes dirige a la nación chilena al término de su mandato presidencial en 18 de septiembre de 1851», en: Feliú, 1937, p. 135. La milicia nacional, en todo caso, se elevó a 70 mil hombres.

<sup>26</sup> Alberdi, 1846, pp. 64-65.

<sup>27</sup> Vs. Vicuña, 1862; Vitale, 1971; y dos textos modernos: Saldaña, 2010, pp. 174-186; y Serrano, 2014, pp. 101-124.

minimizado por la historia tradicional como un estertor del provincialismo, agitado por algunos liberales enardecidos<sup>28</sup>.

La lectura que se ha hecho de la intervención del general Bulnes es la del defensor del orden y la ley, que no trepida en sacrificar vidas humanas en defensa de la República. Bulnes, decía Alessandri al develar su monumento, «no pudo desoír la voz del deber. Acudió inmediatamente al llamado del orden, de la estabilidad social y sintió en su conciencia el respeto honesto profesado a las instituciones, volvió de nuevo al campo de batalla para salvar a la República en peligro»<sup>29</sup>. El plinto lista las campañas y combates del general en su cara norte. Las luchas civiles, en cambio, tienen un cariz distinto. Reserva la cara sur, en efecto, para su condición de defensor de la República. Dice la inscripción:

General en Jefe en la Campaña en Defensa de las Instituciones en 1851.

Barros Negros-Longomilla

Como soldado estoy al servicio de la ley, que me impone obediencia indiscutible e indiscutida, en bien de la República (Proclama antes de la batalla de Longomilla, 8 de diciembre de 1851).

Lo que más me duele en esta campaña son las vidas preciosas caídas en la batalla de Longomilla. Pero ellas serán ejemplo vivo del poder de la justicia y el derecho cuando el soldado ha olvidado que tiene un corazón ciudadano que le manda poner sus armas al servicio de la Constitución y de la ley (carta al presidente de la República a raíz de la batalla de Longomilla).

Su actitud no ha recibido gran reproche. El baldón de autoritario lo han reservado los historiadores para la figura de Manuel Montt, quien sí, en cambio, ha sido objeto de fuerte debate. Tampoco ha afectado su fama de pacificador y

<sup>28</sup> Es la visión expuesta por Encina, 1983, pp. 5-44, entre otros. En contra, Fernández Stevenson ha sostenido que: para los sureños lo que estaba en juego era «un legítimo derecho local, no tanto a la presidencia de la República, como sostiene Encina, sino que a participar en las decisiones nacionales en igualdad de condiciones con la Administración central, que fue lo que se defendió siempre y lo que se perdería para siempre, con grave perjuicio general», 1999, p. 83.

<sup>29</sup> Alessandri, p. 295.

conciliador. Es la buena fortuna que lo acompañó en la vida y lo sigue en la memoria histórica.

## DE LA PROVINCIA A LA NACIÓN

Tal como la vida política de Manuel Bulnes lo sitúa como «un progresista conservador de las nuevas instituciones», así también su existencia física transitó desde su origen provinciano, al oropel del palacio de La Moneda, al que él mismo trasladó el gobierno de Chile. Lo anterior requirió algo más que un desplazamiento físico; demandó también una trasmutación que puso a prueba su carácter, redes de apoyo, sus afectos y orígenes.

Era Manuel Bulnes un hombre del sur. Nació en Concepción en el seno de una familia con tradición militar; por edad no pudo incorporarse a los combates de la Patria Vieja, pero ya antes que terminara la Restauración Monárquica fue confinado junto a decenas de otros patriotas, según dijimos, a la isla Quiriquina. Escapa peligrosamente, se incorpora al Ejército y ahí dará inicio a una larga carrera militar, que se prolonga su vida entera, incluso después de su presidencia.

En la hacienda de Las Canteras, que compra a Bernardo O'Higgins, desarrolla un intenso negocio ganadero; allí se relaciona con los pehuenches y con los tipos humanos de la Alta Frontera. Incluso siendo presidente pide permiso para pasar una larga temporada en sus tierras de Antuco. He aquí un elemento de un tiempo contradictorio, propio de los primeros años del Chile republicano. Solo podía gobernar Chile quien tuviera fuertes vínculos con las tres fuerzas del sur: los indígenas, las familias principales sureñas y los militares. Así fue con Bernardo O'Higgins, Ramón Freire y Joaquín Prieto. También fue el caso de Manuel Bulnes Prieto. Su presencia daba estabilidad a la República, pero su rusticidad de militar y hombre de campo no convencía a los ciudadanos de la vieja aristocracia.

Estos rasgos no le impidieron unirse a la familia de un hombre culto, también expresidente, pues se casa con Enriqueta Pinto Garmendia, hija de Francisco Antonio Pinto y hermana del futuro

presidente Aníbal Pinto. A su regreso del Perú, en 1839, pasa una temporada en el sur, para luego dirigirse a Santiago, donde asume la candidatura que lo llevará a la presidencia. En la víspera de su ascensión al poder se celebró su matrimonio con Enriqueta, una mujer educada y de buen criterio. «Este matrimonio, dice Jorge Garfías, trascendió al país como un presagio que su administración sería tranquila, pacífica y auguraba unidad nacional». En verdad era un buen signo. Su padre, Francisco Antonio Pinto, hombre de gran cultura que ya había ocupado la presidencia, era el líder inveterado de los liberales; fue candidato presidencial ese mismo año de 1841. El enlace de su hija con el triunfador de Yungay representaba la unión de dos linajes con fuerte ascendiente político y regional. Recordemos que Pinto había sido un popular intendente de Coquimbo. Su hijo Aníbal, futuro intendente de Concepción y presidente de la República, se casará con Delfina de la Cruz Prieto, hija del general José María de la Cruz, intendente conservador y general revolucionario, quien era primo de Manuel Bulnes y fue su contendor en el campo de batalla de Loncomilla. Como se aprecia, el matrimonio con Enriqueta abrió a Manuel Bulnes, entonces de 40 años, las puertas de la sociedad santiaguina, ya seducida por su aura de vencedor.

Bulnes y Enriqueta Pinto se complementaron bien. «Su temperamento y carácter, su cultura y señorial proceder, el atractivo de su gracia y actitud hicieron de su tertulia un eslabón ente el poder y la oposición, entre el gobierno y los intelectuales como Pissis, Gay, Domeyko y Bello». Este último, soporte intelectual y espiritual del régimen pelucón, pero también poeta, estampó un largo verso «En el Álbum de la Señora Enriqueta Pinto de Bulnes», que acredita que era asiduo a la tertulia de la primera dama<sup>30</sup>. En una ocasión, esta ofreció un baile en el Palacio de Gobierno, «que eclipsaba a todos los realizados hasta la fecha. Sin consideraciones partidistas se repartieron dos mil doscientas invitaciones, lo que fue un reflejo de la fisonomía que predominaría en su decenio»<sup>31</sup>. Su personali-

<sup>30</sup> S/A, 1882, pp. 193-197.

<sup>31</sup> Garfías, 1987, pp. 144 y 145.

dad, buen juicio y simpatía le granjearon, sino profundos afectos, la ausencia de grandes odios o rencores.

Estas alianzas allanaron el camino de la política y limaron las asperezas, desde el mismo día de su elección, en agosto de 1841. Su triunfo tuvo el carácter de una aclamación popular, con más del 90% de los votos emitidos a su favor<sup>32</sup>. Los nueve restantes fueron para Francisco Antonio Pinto, quien alcanzó un entendimiento de apoyo recíproco con Bulnes, de manera que el triunfo de este fue celebrado universalmente. Su administración auguraba nuevos y mejores tiempos.

Su liderazgo entre las familias del sur y sus vínculos en la Frontera, sumado a su ascendiente sobre el mundo militar, fueron fundamentales para la estabilidad del gobierno, durante la década de su administración. En ella comienza la expansión regional del Estado, que anunciaba la formación del Chile moderno. Se crearon tres nuevas provincias, la de Valparaíso, en octubre de 1842; la de Atacama, en octubre de 1843, y la de Ñuble, en febrero de 1848<sup>33</sup>. El despliegue territorial incluyó la creación de las cortes de apelaciones de Coquimbo y Concepción, no solo como meros árbitros de contiendas privadas, sino como instituciones necesarias para la instalación del Estado en las provincias<sup>34</sup>; también dos obispos, los de Ancud y La Serena. Como es bien sabido, estimuló la exploración de Magallanes, siguiendo el consejo de O'Higgins, que condujo a la fundación del Fuerte Bulnes.

En su gobierno se dictó la Ley de Régimen Interior<sup>35</sup> y se avanzó en la de Régimen Comunal, que se aprobaría en la administración siguiente (1854). Más allá de la ley, en todo caso, era importante dar forma a una administración profesional, preparada y mejor remunerada. Con este fin, en 1847 se mejora la condición de los empleados del orden ejecutivo en las provincias, por justicia y «para encontrar personas idóneas, dispuestas a ocupar destinos de que solo reportaban gravámenes, trabajo y delicada responsabilidad»,

<sup>32</sup> Hay que tener presente, no obstante, que en la elección de Manuel Bulnes votaron solo 39.029 personas, Barros, 1913, pp. 201-202.

<sup>33</sup> Stefane, 2017, pp. 98-102.

<sup>34</sup> Cartes y Simpértigue, 2012, p. 27.

<sup>35</sup> S/A, 1845.

indicaba el mismo Bulnes, en la exposición sumaria de los actos de su gobierno que leyó al dejar el mando supremo, el 18 de septiembre de 1851, redactada por Andrés Bello<sup>36</sup>.

La expansión regional es una dimensión de su obra de gobierno que releva su propio monumento, al mencionar las Leyes de Colonización, la creación de la Oficina de Estadística y el levantamiento de la Carta Geográfica de Chile, tarea encomendada en 1848 al geólogo francés Pedro José Amado Pissis, quien completó la enorme tarea en los 20 años siguientes<sup>37</sup>. Incluso los primeros estudios sobre ferrocarriles, que serían fundamentales en las décadas venideras para la integración territorial, el desarrollo económico y el control político del territorio, se iniciaron en esta década.

Su compromiso con el proyecto de nación, que se construía desde el centro, en contradicción con sus orígenes y sus fuertes vínculos provinciales, se puso a prueba en septiembre de 1851, cuando el presidente electo Manuel Montt visita su casa solariega y le pide que se ponga al frente del ejército gobiernista, para contener la rebelión. Es un punto de quiebre para la República, que asegura la continuidad por otra década del proyecto conservador. Para Concepción, en cambio, sus efectos bien los resume Fernando Campos Harriet. En adelante, esta ciudad se concentra en su propio desarrollo y se vuelca al liberalismo, en lo político y también en otros ámbitos de la vida social. «Perdida ya para siempre su trascendencia en el gobierno de la República —dice Campos—, abraza el estandarte centellante del más puro liberalismo opositor»<sup>38</sup>.

Concluida la guerra civil, Manuel Bulnes reemplaza a De la Cruz como comandante en jefe del Ejército de la Frontera e intendente de Concepción, cargo que ya ejerciera en 1829. Pero pronto continúa con su vida pública en Santiago, como senador y consejero de Estado. En 1866 había sido proclamado candidato

---

<sup>36</sup> Feliú, 1937, p. 119.

<sup>37</sup> Pissis, 1875.

<sup>38</sup> Campos, 1982, p. 211.

a la Presidencia de la República<sup>39</sup>. Murió en Santiago, en el ejercicio de su cargo senatorial, el 18 de octubre de ese mismo año.

Así transcurrió su vida. Examinemos ahora su imagen de bronce.

## EL BRONCE

En la Alameda del General Bernardo O'Higgins, muy cercana de La Moneda, hay una estatua algo inusual. Muestra a un caballo a paso cansino, la cabeza gacha y las riendas sueltas, como si regresara exhausto después de una jornada brillante, aunque moral y físicamente agotadora. A su lomo, un hombre sereno y altivo, general victorioso de muchas batallas, pero herido del padecimiento de ver morir, en la última, a muchos compatriotas y coterráneos. Es Manuel Bulnes que regresa del holocausto en que quedaron tendidos más de dos mil cuerpos *por la salvación de la República*. «Lo que más me duele en esta campaña, dice en carta al presidente Montt, son las vidas preciosas caídas en la batalla de Longomilla. Pero ellas serán ejemplo vivo del poder de la justicia y el derecho cuando el soldado ha olvidado que tiene un corazón ciudadano que le manda poner sus armas al servicio de la Constitución y de la ley». Así lo consigna el monumento en una de sus caras, en letras de bronce. La muerte como escarmiento y lección de civismo. Es el mensaje de uno de los principales constructores de la nación, en los tiempos que el cetro del gobernante y la espada del militar eran inseparables, como las dos caras de una moneda.

El monumento, por supuesto, celebra también, en una de sus caras, las victorias del general y, en otra, las obras del presidente Bulnes. Pero su inauguración definitiva, en la primavera de 1937, como ocurre con los usos políticos de la historia, reflejó más los

---

<sup>39</sup> Fue electo senador propietario, por el periodo 1852-1861; integró la Comisión Permanente de Guerra y Marina. Fue miembro de la Comisión Conservadora para el receso 1854-1855, 1855-1856 y 1856-1857. Fue reelecto senador propietario por el periodo 1861-1870; continuó integrando la Comisión Permanente de Guerra y Marina. Fue miembro de la Comisión Conservadora para el receso 1864-1865 y 1865-1866. Reseñas biográficas parlamentarias, Biblioteca del Congreso Nacional en: [https://www.bcn.cl/historiapolitica/resenas\\_parlamentarias/wiki/Manuel\\_Bulnes\\_Prieto](https://www.bcn.cl/historiapolitica/resenas_parlamentarias/wiki/Manuel_Bulnes_Prieto)

tiempos que se vivían durante su instalación, que los eventos del pasado que, en apariencia, protestaba recordar. Observemos de cerca la historia de la escultura, a ver qué puede revelarnos sobre los constructores y sus propias contradicciones.

El monumento, aunque fuera restaurado hace no tantos años, en octubre de 2013, hoy está dañado y cubierto de *graffitis*, como muchos a lo largo de Chile, después del movimiento de octubre de 2019. No le fue tan mal, en todo caso, pues no fue descabezado ni agredido, más que como soporte de nuevos textos que reflejan las demandas y enconos del momento. A lo mejor contribuyó a su relativa indemnidad la actitud modesta del prócer y su montura, o su lejanía del epicentro del conflicto, que pagó más caro el monumento-tumba al Soldado Desconocido y al General Baquedano. O tal vez fueron el presentismo y desdén por el pasado, propio de estos tiempos, los que permitieron que la ola de furia pasara por su costado, sin infligir a su efigie un daño irreversible. Peor suerte corrió, en cambio, la espada de oro y diamantes con que el Estado premió su triunfo en Yungay, sustraída al Museo Histórico Nacional en agosto de 2016 y que, probablemente, jamás aparecerá<sup>40</sup>.

Hoy, en medio de la pandemia (junio del 2020), la estatua se yergue solitaria. No fue así el 11 de septiembre de 1937, la mañana en que fue develada. Ante centenares de personas, entre diplomáticos, colonias extranjeras, jóvenes *scouts* y ancianos veteranos del 79, senadores y diputados, más muchísimos curiosos, el presidente Arturo Alessandri la entregaba oficialmente al público. Lo acompañaban las mayores autoridades del orden religioso, militar y comunal: el arzobispo de Santiago monseñor Horacio Campillo, el alcalde Augusto Vicuña Subercaseaux y el comandante en jefe del Ejército general Óscar Novoa Fuentes. Se oyeron elogiosos

<sup>40</sup> La espada de Bulnes corresponde a la que le fuera obsequiada en 1839, como recompensa por sus triunfos militares, sustraída en 2016 al Museo Histórico Nacional. En la empuñadura se encuentran grabadas las iniciales «M. B.», que se corresponden con las iniciales del expresidente, así como el escudo de Chile, decorado con incrustaciones de diamantes, junto con la leyenda «El Gobierno de Chile al Vencedor de Yungay». El robo fue aclarado y los responsables castigados, pero la pieza no apareció.



discursos, se regalaron ejemplares de un libro sobre el general Bulnes y, como era de esperarse, se cantó la Canción Nacional y el Himno de Yungay.

Un toque de corneta, recuerda Rafael Carranza, anunció el discurso del presidente de la República, el que fuera transmitido «por una cadena de radiodifusoras a todo el país y el extranjero»<sup>41</sup>. La fecha elegida para la inauguración y las palabras del presidente, más allá del recuerdo de las glorias del general, estaban cargadas de un fuerte simbolismo. El monumento se inauguró en 1937, casi en vísperas del centenario de la Campaña Restauradora, pero la fecha elegida, el 11 de septiembre, era una señal potente sobre el imperio del civismo.

Ese mismo día, en efecto, exactos 14 años antes, en 1924, un golpe de Estado ponía en el poder a una junta de gobierno, presidida por Luis Altamirano, y decretaba la disolución del Congreso Nacional. Todo había comenzado una semana antes, cuando el día 5 de septiembre un grupo de oficiales, precedido del *ruido de sables*, constituyó un Comité Militar, que presionó al Congreso y obtuvo la aprobación de una serie de leyes sociales largamente anheladas<sup>42</sup>. El presidente había renunciado el día 9. A estos eventos le siguieron largos años de dictadura y *anarquía*, que su segundo gobierno lograba conjurar, no sin dificultades. Eran los tiempos de las milicias republicanas<sup>43</sup>, de las marchas antifascistas y del movimiento Nacional-Socialista de Jorge González von Marées, *el Jefe*.

Era también la fecha del 11 de septiembre de 1937 un palíndromo de otro 11 de septiembre, pero de 1973. Curiosa coincidencia en un monumento llamado a celebrar la sumisión a la ley y al poder civil de los militares; pues ese era el mensaje a que apuntaba la simbólica fecha y, de manera muy directa, el discurso presidencial. Señala Alessandri que él había elegido personalmente las frases que

<sup>41</sup> Carranza, 1939, p. 51.

<sup>42</sup> Fueron: la jornada laboral de ocho horas, supresión del trabajo infantil, reglamentación del contrato colectivo, la ley de accidentes del trabajo y seguro obrero, legalización de los sindicatos, la ley de cooperativas y la creación de los tribunales de conciliación y arbitraje laboral (Vs. Vial, pp. 407-410).

<sup>43</sup> Valdivia, 2016.

advierten que los muertos en batalla «serán ejemplo vivo del poder de la justicia y el derecho cuando el soldado ha olvidado que tiene un corazón ciudadano que le manda poner sus armas al servicio de la Constitución y de la ley». Y explica por qué:

He juzgado necesario perpetuar en el bronce estas frases que merecen un puesto de honor en la historia universal, que deben repetirse en el tiempo como ejemplo y enseñanza para las generaciones presentes y venideras.

[Llega Bulnes a este sitio de honor y justicia] [...] en momento oportuno. Viene aquí en circunstancias que las Fuerzas Armadas han reconquistado el afecto del pueblo chileno, debido al culto de la disciplina y al respeto sagrado con que cumplen con sus deberes militares acatando la Ley y sus ordenanzas. Es necesario y justo colocar al General Bulnes sobre este pedestal de granito inmortalizándolo en el bronce, para que, como heraldo ante la inmortalidad siga educando, ordenando y pregonando como ejemplo vivo a los soldados de Chile que, la espada que la Patria les entregara es solo para defender la integridad del territorio y la dignidad nacional y para amparar el orden, basado en el cumplimiento de la Constitución y las leyes.

Concluye aún más terminante:

Aquí vivirá eternamente [...] para enseñar a las generaciones del porvenir el camino de sus deberes cívicos y para maldecir a los soldados que, violando su juramento y apartándose de la senda del deber y el honor militar, desnuden alguna vez la espada para tiranizar hombres o para hacer escarnio de las instituciones fundamentales de la República<sup>44</sup>.

El mensaje era claro y estaba destinado a las «generaciones presentes y venideras». No es tan evidente que fuera oído entonces, pues menos de un año más tarde, el 5 de septiembre de 1938, tendría lugar la llamada Matanza del Seguro Obrero<sup>45</sup> y después, en agosto de 1939, vendría el *Ariostazo*. Me refiero al intento de golpe

<sup>44</sup> Feliú, 1937, pp. 296, 297 y 298.

<sup>45</sup> Cfr. Bravo, 2013.

de Estado contra el presidente Aguirre Cerda, encabezado por el general Ariosto Herrera. Lo motivaba su aversión a los comunistas, que integraban el Frente Popular en el poder.

Transcurridos 36 años de la inauguración del monumento —y cinco décadas de aquel movimiento de 1924—, un nuevo golpe de Estado estremecía los muros de La Moneda, el edificio al que el mismo presidente Bulnes, en 1846, trasladara el Gobierno, al iniciar su segundo periodo presidencial. De manera que las generaciones venideras tampoco oyeron la «maldición» de Alessandri, dirigida a quienes desnudaran la espada «para hacer escarnio de las instituciones fundamentales de la República». O tal vez sí, pero la entendieron a su manera, sintiendo, como Bulnes, que servían «al poder de la justicia y el derecho» al derrocar al gobierno socialista de Salvador Allende; que solo tomaron el poder temporalmente y ante la incapacidad de los civiles, como en 1851, cuando Bulnes debió ceñirse nuevamente la espada. Así parece demostrarlo su figura venerada, en su doble condición de general victorioso y presidente realizador, en la *Galería de hombres de armas de Chile*, que publicó el Estado Mayor General del Ejército. En el segundo volumen, en que figuran 69 «soldados ilustres», Bulnes en su monumento mereció ocupar la portada<sup>46</sup>.

Estos eventos muestran que el bronce de las estatuas —al igual que la historiografía— suele hablar también al presente, no solo del pasado.

## LA CONSTRUCCIÓN DEL MONUMENTO

La instalación del monumento tomó largo tiempo y tuvo varios momentos que dan cuenta de sendas interacciones con la historia política del país. Su erección se aprobó en 1904, durante el gobierno del presidente Germán Riesco, quien dos años antes había logrado cerrar los Pactos de Mayo, con su par argentino Julio A. Roca, con el objetivo de poner fin al conflicto de límites y consolidar la

<sup>46</sup> S/A, 1976, pp. 71-77.

amistad entre ambos países<sup>47</sup>. Habían sido precedidos por el Abrazo del Estrecho entre Federico Errázuriz Echaurren y el mismo Roca, en 1899, un importante gesto conciliatorio entre ambas naciones. De manera que la aprobación del monumento coincidió con un momento crítico; lo que no era un expediente extraño en nuestras relaciones internacionales<sup>48</sup>. La reivindicación de los títulos chilenos sobre aquel lejano territorio estuvo, sin duda, detrás de la exaltación de la figura del presidente Bulnes, por cuya orden, en 1843, zarpó la goleta Ancud para asegurar la soberanía chilena sobre el Estrecho.

La ley de 1904 no se cumplió. En 1910, en el marco de los festejos del centenario de la Independencia, la idea se retoma y de manera más amplia. Ese año, la ley n.º. 2.335 autorizó un gasto de 500 mil pesos, en la erección de un monumento conmemorativo de la independencia nacional, y de estatuas al general Las Heras, al ministro Zenteno y a Camilo Henríquez en Santiago; y a los generales Joaquín Prieto y Manuel Bulnes, en Concepción. La primera piedra debía colocarse durante las fiestas del Centenario<sup>49</sup>.

Nada de ello ocurrió y, para 1929, todavía no se había cumplido. Comenzando ese año, en la sesión del Senado de la República del 2 de enero, el senador Gonzalo Urrejola presentó una moción para

<sup>47</sup> La ley n.º. 1.659, de 22 de junio de 1904, dispuso: «Erijase una estatua ecuestre de bronce en honor del General don Manuel Bulnes...».

<sup>48</sup> Es el caso de la repatriación de los restos y la erección de la estatua del prócer Juan Martínez de Rozas en Concepción, en una época compleja de las relaciones con Argentina. Vs. Rozas, Carlos Humberto, «Regreso entre las cenizas: la repatriación de Juan Martínez de Rozas a Chile en 1892», en: Cartes, 2017, pp. 95-112.

<sup>49</sup> El tenor de la ley n.º. 2.335 era el siguiente: «Artículo único.- Se autoriza al Presidente de la República para invertir hasta la suma de tres millones quinientos mil pesos (\$ 3.500.000) en los festejos para la celebración del Centenario de la Independencia.

Autorízase, asimismo, la inversión de la suma de quinientos mil pesos (\$500.000) en la erección de un monumento conmemorativo de la Independencia Nacional i de estatuas al jeneral Las Heras, al Ministro Zenteno i a Camilo Henríquez, en Santiago; i a los jenerales don Joaquín Prieto i don Manuel Búlnes, en Concepcion; debiendo todas estas obras llevarse a efecto previo concurso artístico i colocarse en ellas la primera piedra durante las fiestas del Centenario. I por cuanto, oído el Consejo de Estado, he tenido a bien aprobarlo i sancionarlo; por tanto, promúlguese i llévese a efecto como lei de la República. Santiago, veinticinco de julio de mil novecientos diez.- Elías Fernández Albano.- Luis Izquierdo».

que se levantara una estatua ecuestre de Bulnes en la Alameda de Santiago, frente a la calle Bulnes. Se dictó entonces la ley n°. 4.588, destinada a ratificar la ley de 1904, que tampoco fue ejecutada.

Una afortunada gestión de Agustín Edwards, por mandato de la Academia Chilena de la Historia, ante el presidente Arturo Alessandri, según cuenta Guillermo Feliú Cruz, logró que por fin el monumento pudiera completarse<sup>50</sup>. Se retomó el antiguo proyecto del escultor valenciano Mariano Benlliure, quien ya tenía concluida —y abandonada— la maqueta desde 1908. La obra se fundió por los estudiantes de la Fundición Santa María. Alessandri consiguió que la entidad hiciera una segunda copia para Magallanes, que se inauguró el 1 de junio de 1938. Se halla en la intersección de avenida Bulnes con Sarmiento, en la austral Punta Arenas.

El monumento en Santiago, como hemos dicho, se inauguró en 1937, casi en vísperas del centenario de la Campaña Restauradora. En Concepción su estatua, dispuesta en 1910, todavía no se levanta. Llegó y pasó el segundo centenario de la Independencia y no ha habido interés en ejecutarla, a pesar de tratarse del más penquista, junto a Joaquín Prieto, de los directores supremos y presidentes vinculados a la capital del sur<sup>51</sup>.

¿Será, tal vez, que ya pasó el tiempo de las estatuas de bronce? Si hubiera más interés o conocimiento por la historia, podría atribuirse el rechazo penquista a la «traición» de uno de sus hijos, cuando en Loncomilla, el general Bulnes tomó el partido de los enemigos de la provincia. En verdad, su conducta no fue distinta a la de Prieto o del mismo O'Higgins, que entendieron que su lealtad debía estar con el proyecto de nación que intentaban consolidar, más que con su provincia de origen. En sus personas se ilustran las contradicciones de la formación nacional, a despecho de los intereses de las elites provinciales.

<sup>50</sup> Feliú, 1937.

<sup>51</sup> O'Higgins, en efecto, que fue intendente de Concepción, está más unido a Chillán y a Los Ángeles, donde transcurrió la dimensión familiar, agrícola y política de sus años sureños; Ramón Freire, a su vez, heredero de linajes penquistas por los Serrano Galeazo, no nace en Concepción, sino que llega a residir allí a los cinco años.

La estatua ha soportado, impasible, el paso de las décadas. Como disponía la ley, quedó originalmente montada en la Alameda, entre las calles Gálvez (actual Zenteno) y Nataniel Cox, mirando a La Moneda. Se instaló, según anunció Alessandri, en la «plaza monumental que se construye como aporte al Centenario de la ciudad de Santiago<sup>52</sup>, que se aproxima y que eleva a la ciudad a la altura de las grandes capitales». Era el Barrio Cívico, una importante remodelación emprendida durante su gobierno, que incluyó la construcción de edificios de gobierno, ministerios y otros servicios públicos. Actualmente, el eje principal, de norte a sur, comprende la Plaza de la Constitución, la Plaza de la Ciudadanía y el Paseo Bulnes<sup>53</sup>.

Este último, por muchos años, fue un espacio cargado de simbolismo y cercano al poder situado en La Moneda y los ministerios. En la Plaza Bulnes daban su discurso el presidente electo y los principales candidatos. Fue testigo de protestas, celebraciones y movimientos populares<sup>54</sup>. Según Elisa Fernández, «todas las actividades, ya sea por ejemplo campañas políticas, las demandas del 57 por la subida de la locomoción colectiva, lo mismo que está pasando ahora; todo eso, era en torno a la Plaza Bulnes»<sup>55</sup>.

Con los años, las manifestaciones que allí se realizaban se fueron desplazando, en forma paulatina, al sector de la Plaza Baquedano, que otrora era una especie de límite de la ciudad<sup>56</sup>. Hoy es el

<sup>52</sup> En realidad se refería al cuarto centenario de la ciudad, que se celebró en 1941.

<sup>53</sup> Gurovich, 2004.

<sup>54</sup> Uno de los más recordados tuvo lugar una tarde de verano de 1946. Era el 28 de enero y 20 mil personas se agolpaban en torno al monumento a Bulnes, situado entonces en su ubicación primitiva. Se vivía un clima de violencia e irritación. La Confederación de Trabajadores de Chile había convocado a una concentración en solidaridad con los sindicatos de las oficinas salitreras Humberstone y Mapocho, que se habían declarado en huelga. En los graves enfrentamientos que se desataron, carabineros dispararon contra la muchedumbre, resultando muerta la joven militante comunista Ramona Parra.

<sup>55</sup> Retamal y Retamal, 2019.

<sup>56</sup> ¿Cuándo se pasó de la Plaza Bulnes a la Plaza Italia como centro de las manifestaciones cívicas? Según Elisa Fernández, ocurrió el 11 de septiembre de 1975, cuando se instala la llama de la libertad, por parte de los militares después del golpe del 73. Con custodia militar permanente, se hizo difícil para la población ocupar el sitio como hasta entonces se hacía. Así, el sector se fue

epicentro de las manifestaciones populares de la capital: políticas, deportivas y de cualquier orden. Objeto de un intenso proceso de resignificación desde el estallido social de octubre, ha sido renombrada, popularmente, como Plaza de la Dignidad.

En las últimas décadas, en especial desde su traslado desde el eje de la calle Bulnes a su actual ubicación en la Alameda, la existencia del monumento ha sido algo más tranquila. Aunque la base muestra los estragos de reparaciones previas, no todas afortunadas, incluso los daños de algunas balas, la escultura ecuestre fue dignamente recuperada.

El general ya no mira a La Moneda, sino al poniente. Hoy custodia la ancha Alameda del Libertador General Bernardo O'Higgins, según su nombre oficial, que divide Santiago —y Chile— entre el norte y el sur, tal y como los años de su gobierno separan el país poscolonial de una anhelada e incipiente modernidad. Como un avezado jinete, que sabe conducir y, a veces, dejarse llevar, así transcurrió también la vida de Manuel Bulnes, el hombre detrás del bronce, a horcajadas entre dos épocas y dos territorios.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBERDI, Juan Bautista, *Biografía del Jeneral Don Manuel Bulnes, presidente de la República de Chile*. Santiago: Imprenta Chilena, 1846.
- BARROS ARANA, DIEGO, *Un decenio en la historia de Chile (1841-1851)*. Santiago: Ediciones Pontificia Universidad Católica de Chile, 2003.
- BARROS ARANA, DIEGO, *Un decenio de la historia de Chile (1841-1951)*. Santiago: Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1913.
- Boletín del Sur. Colección de decretos, providencias i demás documentos relativos a la Revolución del 13 de septiembre de 1851*. Concepción: Imprenta del Correo del Sur, 1851.
- BULNES RIPAMONTI, CRISTIÁN, *Los auxiliares de Penco y su capitán Manuel de Bulnes Quevedo*. Santiago: Ograma Impresores, 2012.
- BULNES, ALFONSO, *Bulnes*. Buenos Aires: Emecé editores, 1946.
- BULNES (PINTO), GONZALO, *Historia de la Campaña del Perú en 1838*. Santiago: Imprenta Los Tiempos, 1878.

---

desmovilizando en paralelo, añadamos, con la expansión de la ciudad, que dio a la Plaza Baquedano una mayor centralidad («Historia de Plaza Italia...»).

- CARRANZA, J. RAFAEL, *La Batalla de Yungay, Monumento al Roto Chileno. Crónicas históricas*. Santiago: Imprenta Cultura, 1939.
- GILLET DEL SOLAR, CRISTÓBAL GUSTAVO, «Las agrupaciones familiares de Concepción y su influencia en la política nacional y local durante la primera mitad del siglo XIX: 1808-1812». Tesis de licenciatura en Historia, Universidad Finis Terrae, 2019.
- Documentos parlamentarios. Discursos de apertura en las sesiones del Congreso. Memorias ministeriales correspondientes al primer quinquenio de la administración Bulnes (1842-1846)*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1858.
- ESPEJO, JUAN LUIS, «El linaje de Bulnes», en *Boletín Academia Chilena de la Historia*, N° 74, pp. 33-36, 1966.
- FELIÚ CRUZ, GUILLERMO, comp., *Inauguración de la estatua del general Bulnes, el general Manuel Bulnes Prieto*: Santiago: sin editor, 1937.
- FERNÁNDEZ STEVENSON, GUILLERMO, *El extravío histórico chileno*. Concepción: Ediciones Cerro Negro, 1999.
- Galería de hombres de armas de Chile*. Tomo II. Santiago: Estado Mayor General del Ejército, 1976, pp. 71-77.
- GARFIAS VILLARREAL, JORGE, *El general Manuel Bulnes Prieto, mariscal de Ancash y presidente de la República*. Santiago: Colección Biblioteca Militar, 1987.
- JAKSIC A., IVÁN, *Andrés Bello: la pasión por el orden*. Santiago: Universitaria, 2010.
- JAKSIC, IVÁN Y OSSA, JUAN LUIS, eds., *Historia política de Chile*. Santiago: FCE, 2017.
- Lei de arreglo del Rejimen Interior. Primera parte. Que trata de todo lo relativo a los funcionarios encargados del gobierno de las provincias, departamentos...* Santiago: Imprenta del Siglo, 1845.
- MELLADO G., LEONARDO, *Bulnes... su historia*. Santiago: Museo Histórico Nacional, 1999.
- PERALTA PIZARRO, ARIEL, *Manuel Bulnes, entre la ley y la espada*. Santiago: Bravo y Allende editores, 2010.
- Poesías de Andrés Bello, precedidas de un estudio biográfico y crítico escrito por D. Miguel Antonio Caro*. Madrid: Imprenta de D.A. Pérez Dubrull, 1882.
- PALACIOS, GUILLERMO, coord., *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina, siglo XIX*. Ciudad de México: El Colegio de México, 2007.
- PISSIS, PEDRO JOSÉ AMADO, *Geografía física de la República de Chile*. París: Ch. Delagrave, 1875.
- RIQUELME, DANIEL, *La Revolución del 20 de abril de 1851*. Santiago: Imp. La Libertad Electoral, 1893.



- ROZAS, CARLOS HUMBERTO, «Regreso entre las cenizas: la repatriación de Juan Martínez de Rozas a Chile en 1892», en Cartes Montory, Armando, *El regreso del prócer. Juan Martínez de Rozas en la ciudad de Concepción*. Concepción: Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, pp. 95-112, 2017.
- SALGADO DE LA ROSA, ÁNGEL ARTURO, «Entre ciencia y arte: el regreso de la biografía. Algunas reflexiones metodológicas», en Aguirre Lora, María, Esther, coord., *Lecturas in-apropiadas desde la historia, la educación y la cultura*. Ciudad de México: UNAM, pp. 55-82, 2013.
- SERRANO, SOL, *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX*. Santiago: Universitaria, 2016.
- SERRANO DEL POZO, GONZALO, «¡Viva Cruz, abajo los godos! El general José María de la Cruz y la Revolución de 1851», en Donoso, Carlos y Rubio, Pablo, *Conflictos y tensiones en el Chile republicano*. Santiago: Universidad Andrés Bello / RIL Editores, 2014.
- SILVA, FERNANDO Y VARGAS, JUAN EDUARDO, eds., *Historia de la República de Chile*. Santiago: Ediciones de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 2019-2020.
- VICUÑA MACKENNA, BENJAMÍN, *Historia de la jornada del 20 de abril de 1851. Una batalla en las calles de Santiago*: Santiago: Rafael Jover, editor, 1878.
- VICUÑA MACKENNA, BENJAMÍN, *Historia de los diez años de la administración de don Manuel Montt*. Santiago: Imprenta Chilena, 1862.
- VITALE, LUIS, *Las guerras civiles de 1851 y 1859*. Concepción: Cuadernos de Investigación de la Universidad de Concepción, 1971.
- YÑÍGUEZ VICUÑA, ANTONIO, *Historia del período revolucionario en Chile, 1848-1851*. Santiago: Imprenta del Comercio, 1906.



## 4.3 BILLINGHURST: INTEGRADOR DE SOCIEDADES Y NACIONES

*Alejandro Salinas Sánchez*

### INTRODUCCIÓN

En los años de la posguerra con Chile, Guillermo Billinghurst asumió la compleja tarea de propiciar la integración de dos pueblos distanciados por las consecuencias del infausto conflicto. Sin duda, el caudillo tarapaqueño navegó en un mar de sentimientos colectivos-nacionalistas. Sucesivamente, desde Iquique y Lima buscó crear espacios de encuentro cultural, mientras en simultáneo trabajaba por resolver de manera justa el problema de Tacna y Arica, y defendía los derechos de los peruanos residentes en el territorio cedido a Chile. Dos hechos comprobaron su capacidad integradora como diplomático y estadista: la negociación del protocolo Billinghurst-La Torre (1898) y su labor social en la alcaldía de Lima (1909-1910). En ambos frentes, interno y externo, quiso evitar el ahondamiento de las divisiones mediante la conciliación de intereses. Siendo presidente (1912-1914), encarnó un movimiento social jaqueado por la escalada del conflicto entre capital y trabajo, junto al corte de las relaciones diplomáticas con Chile. Acusado por los oligarcas de antipatriota y cercano al socialismo, Billinghurst personificó la primera experiencia de gobierno identificado con las aspiraciones populares despreciadas por el sistema político imperante. Su derrota postergó por muchas décadas la posibilidad de construir un país integrado y libre de las enormes desigualdades sociales decimonónicas.

## TARAPACÁ: LA PATRIA CHICA BILLINGHURISTA

La firma del Tratado de Ancón (1883) significó para los tarapaqueños la pérdida del vínculo territorial y afectivo con la República peruana. Esa ruptura emocional los enfrentó al desafío de reconstruir sus vidas bajo soberanía chilena. Puestos en la condición de minoría comunitaria, Billinghurst y sus paisanos hicieron del culto a la patria chica una forma de reafirmar su identidad nacional. En ese ambiente existían pocas opciones para promover la integración entre pueblos dominados por comprensibles posiciones beligerantes derivadas de las heridas abiertas por la guerra. Solo una persona de reconocido prestigio social y credibilidad política podía elevarse por encima de esas pasiones y defender la peruanidad sin generar nuevos conflictos. Esas cualidades se personificaron en Billinghurst, cuyas acciones estuvieron siempre orientadas a mitigar las penalidades de miles de compatriotas cautivos.

Avecindado en Iquique, supo vencer el pesimismo, confiado en que el suelo de Tarapacá dejaría de ser un valle de lágrimas para el alma nacional<sup>1</sup>.

En los primeros años de la posguerra, la literatura y la investigación geográfica e histórica le sirvieron para abrir canales de comunicación con Marcial Martínez, Juan Vicente Silva y otros abogados y escritores chilenos. Esa amistad se consolidó con la formación del círculo literario El Ateneo de Iquique en 1886<sup>2</sup>. El Ateneo tuvo efímera vida institucional y apenas logró organizar cuatro o cinco conferencias. En esas reuniones, el peruano Guillermo Billinghurst y el chileno Augusto Orrego expusieron en simultáneo sus importantes estudios sobre Tarapacá. De esa manera, dicha institución se constituyó en un cenáculo binacional de cultura y permitió a una generación de intelectuales y políticos animar el singular proceso de insertar una misma región dentro de sus respectivas identidades nacionales. Billinghurst encontró, además, en ese círculo, la promoción editorial necesaria para publicar su *Estudio sobre la geografía de*

---

<sup>1</sup> Gonzales y González, 2005, p. 59.

<sup>2</sup> Ovalle, 1908, p. 134.

*Tarapacá*, trabajo de patente importancia que buscaba dar «cuenta exacta» de aquella «valiosa y poco conocida provincia»<sup>3</sup>.

En esa empresa de integración literaria, Billinghurst sumó a Ricardo Palma, cuya obra gozaba de aceptación entre los ateneístas chilenos, que incluso impulsaron su incorporación como socio honorario del mencionado círculo. Como parte de esa iniciativa, le informó a Palma sobre la conveniencia de enviar libros de escritores peruanos a los cónsules acreditados en Chile. Ellos se encargarían de difundirlas y venderlas en las principales ciudades del vecino país. Por su parte, Billinghurst produjo en 1887 dos obras de marcado contenido social. La primera, titulada *El abastecimiento de agua potable del puerto de Iquique*, defendió el derecho de la población de acceder a dicho recurso básico. La segunda, denominada *Condición legal de los peruanos nacidos en Tarapacá*, criticó la conducta de los negociadores del Tratado de Ancón, completamente ajenos a la situación futura de los tarapaqueños. Lamentó, además, la desprotección de los peruanos residentes en Tarapacá, colocados de facto en la ominosa categoría de prisioneros de guerra<sup>4</sup>.

Las páginas de ambos textos revelan un rasgo distintivo de la personalidad de Billinghurst: su interés sincero por procurar el bienestar del pueblo. Con suma lucidez identificó las circunstancias perjudiciales para los intereses de los dos colectivos (peruano y chileno) que conformaban el pueblo tarapaqueño. La resolución de problemas comunes facilitaba la integración, pero también existían aspiraciones propias de cada colectivo que debían atenderse, evitando rencillas por cuestiones de nacionalidad. Por ejemplo, el monopolio del suministro de agua en Iquique, concedido a Thomas North, afectaba a todos, al margen de su gentilicio. Pensando en la salubridad general, Billinghurst consideró urgente ubicar fuentes acuíferas, cuya explotación permitiera a los iquiqueños, sin distinciones, ni preferencias, comprar el citado recurso a precio justo. Esta y otras acciones le ganaron el respeto y el aprecio de los chilenos,

<sup>3</sup> Billinghurst, 1886, p. 5.

<sup>4</sup> Billinghurst, 1887, p. 4.

que le asignaron un estatus especial dentro de su comunidad. Sin embargo, esa cercanía reflejada incluso en su deajo, suscitó el recelo de los círculos políticos limeños<sup>5</sup>.

Esas injustas acusaciones no opacaron su permanente labor asistencial en favor de los peruanos de Tarapacá. Impedidos estos de recibir apoyo directo del Gobierno de Caceres, dependían exclusivamente de las iniciativas de Billinghamurst, enfocadas en proveerles servicios de salud y educación. Para cumplir con esos objetivos fundó una sociedad de beneficencia, estableció escuelas y solicitó a Palma elaborar un compendio de historia del Perú, que sería distribuido gratuitamente entre los indígenas tarapaqueños. El proyecto contempló la impresión del documento en Alemania, pues en Lima los costos eran muy altos<sup>6</sup>. Hacia 1889, Billinghamurst utilizó la cobertura de la Sociedad Peruana de Socorros Mutuos para fortalecer el nacionalismo de los compatriotas cautivos. Bajo la influencia de las ideas mutualistas, escribió *Los capitales salitreros de Tarapacá*, texto que recogió su rechazo por la desintegración social procedente de la pugna entre intereses privados y colectivos. Contra esa tendencia, destacó el papel regulador del Estado, responsable de reprimir «la tiranía de los pocos sobre los más»<sup>7</sup>.

En medio de esta convulsionada coyuntura, resurgió su interés por las cuestiones políticas peruanas y chilenas. Observó agudamente los aires revolucionarios exacerbados en ambos países y la nociva práctica de las candidaturas oficialistas cuasi monárquicas<sup>8</sup>. El carácter de Billinghamurst lo impulsó a estudiar las razones de la inminente eclosión social. Sin duda, fue testigo excepcional de las simpatías que despertó el gobierno del presidente Manuel Balmaceda, en 1891, entre los trabajadores chilenos de las pampas salitreras<sup>9</sup>. Estuvo inmerso, además, en el ambiente ideológico que favoreció la emergencia del populismo balmacedista sustentado en la defensa de los trabajadores y la lucha contra los acaudalados<sup>10</sup>. A pesar del

<sup>5</sup> González y Gonzales, 2013, p. 155.

<sup>6</sup> Gonzales y González, 2005, p. 69.

<sup>7</sup> Billinghamurst, 1889, p. 71.

<sup>8</sup> Gonzales y González, 2005, p. 75.

<sup>9</sup> Pinto, 1992, p. 124.

<sup>10</sup> Pinto, 2007, p. 25.

frenesí suscitado por ese movimiento, se abocó al servicio de los peruanos desvalidos de Tarapacá, absteniéndose de tomar partido en «revoluciones con soldados chilenos»<sup>11</sup>. No obstante, el arribo de Piérola a Chile en 1893 lo convenció de la necesidad de provocar un cambio radical en la sociedad.

Desde ese momento volvió a buscar protagonismo dentro del Partido Demócrata, embarcado entonces en armar una revolución contra el Gobierno de Cáceres. Cuando Piérola logró derrocarlo en 1895, Billinghurst obtuvo la senaduría por Tacna y ejerció la primera vicepresidencia de la República<sup>12</sup>. Contra sus deseos, el nuevo régimen cimentó una alianza entre los partidos Demócrata y Civilista. Este escenario lo obligó a deponer su beligerancia contra el civilismo y trabajar por el fin supremo de la integración nacional. Enorme desafío supuso cogobernar con quienes mantenía discrepancias ideológicas. Incluso, todavía estaba fresco el recuerdo de las rebeliones organizadas por Piérola contra los civilistas. Billinghurst presidió el Congreso y afrontó el costo político de las medidas económicas dictadas por Piérola, que provocaron la protesta de los sectores populares en 1896. La tribuna parlamentaria fue su campo de acción hasta que recibió el llamado del Gobierno para hacerse cargo de una delicada misión diplomática en Chile.

#### EL PROTOCOLO BILLINGHURST-LA TORRE: UNA OPORTUNIDAD DE INTEGRACIÓN PERUANO-CHILENA

De acuerdo con el Tratado de Ancón, la suerte de Tacna y Arica sería decidida por los habitantes de dichas provincias mediante un plebiscito pactado para 1893. El país favorecido con el resultado

<sup>11</sup> Gonzales y González, 2005, p. 80.

<sup>12</sup> Los artesanos de Tacna celebraron la elección de Billinghurst, porque personifica la aspiración de progreso del pueblo peruano. El caudillo tarapaqueño agradeció a tacneños y ariqueños esa muestra de aprecio y elogió su patriotismo, profesado durante tres lustros de abnegada resignación, motivado solamente por el ferviente anhelo de reincorporarse a la Patria. Puso además de manifiesto su vocación integradora haciendo un llamado a deponer el partidismo, «que tanto ha dividido a la familia peruana, y que tan profundos males ha ocasionado a nuestra Patria». Manifestación, 1897, p. 8.

de la votación pagaría al otro 10 millones de pesos chilenos o moneda peruana de similar valor. Los desacuerdos entre Perú y Chile frustraron la realización del plebiscito. En 1898, Piérola retomó las negociaciones en una coyuntura difícil, porque tres años antes Chile había pactado con Bolivia la cesión de Tacna y Arica en caso de que pasaran a su soberanía. Esa contingencia dejaba un margen muy reducido para la actuación diplomática y, por ese motivo, solo podía confiarse a una persona ilustrada y empática para los círculos sociales y políticos chilenos. El Gobierno encargó esa labor a Billinghurst, quien viajó a Santiago de Chile con el título de ministro plenipotenciario en misión especial. Tres objetivos guiaron sus gestiones: asegurar la pronta realización del plebiscito, lograr la reincorporación de Tacna y Arica al territorio nacional y acabar con la perpetuidad del conflicto.

Entre febrero y abril de 1898, Billinghurst discutió con los ministros chilenos de Relaciones Exteriores, Silva Cruz y La Torre, los términos de una convención sobre los asuntos citados. Durante esos meses, las ciudades de Santiago y Valparaíso se hallaban agitadas por acuartelamientos y desfiles de la Guardia Nacional, organizados en medio de rumores sobre una próxima guerra chileno-argentina. Los diarios rioplatenses decían que ese «espectáculo aparatoso» tenía como verdadero objeto «intimidar al vicepresidente peruano Billinghurst y a los compatriotas de este»<sup>13</sup>. Esos comentarios agregaron nuevas dificultades a su misión, pues resultaba peligroso vincular la reclamación peruana con los intereses argentinos. En sus manos estaba la responsabilidad de encontrar una solución inmediata y satisfactoria para los residentes de las provincias cautivas. Estas aspiraciones patrióticas marchaban en paralelo con la necesidad de dejar atrás los enconos y litigios que impedían sentar las bases de las futuras relaciones diplomáticas con Chile.

Billinghurst efectuó una negociación impecable, enmarcada estrictamente dentro de lo estipulado por el Tratado de Ancón. Por esa razón, desestimó la propuesta del ministro Silva de transar la

<sup>13</sup> «El acuartelamiento de la Guardia Nacional en Chile», en *El Comercio*, N° 21.517, 18 de marzo de 1898, p. 1.



cesión definitiva de Tacna y Arica a cambio de una indemnización. Demandó, luego, la realización del plebiscito y surgida la discrepancia sobre quiénes debían votar y el carácter del voto (privado o público), acordó que esta fuese sometida al arbitraje de la reina regente de España. Las citadas condiciones fueron recogidas en el Protocolo Billinghurst-La Torre suscrito el 16 de abril de 1898. Durante su viaje de regreso al Perú recibió muestras de aprecio. Estando en Pisco se animó a dar un discurso, expresando su complacencia por el éxito de la misión, que atribuyó a «sus relaciones, su voluntad y su patriotismo». Pleno de optimismo, vaticinó que el proceso del plebiscito y la devolución de Tacna y Arica al Perú se completaría hacia marzo de 1899. Fue crítico con la prensa nacional por haberse mostrado «algunas veces exigente y otras intemperante» con su trabajo<sup>14</sup>.

En mensaje dirigido al Congreso, el presidente Piérola elogió el protocolo porque aseguraba la reincorporación de Tacna y Arica al Perú y destacó la «rectitud de miras» y respeto por los «intereses sudamericanos» del Gobierno chileno<sup>15</sup>. Por su parte, los pueblos de Tacna, Arica y Tarata, debatieron y aprobaron todas las cláusulas del protocolo, cuya ratificación solicitaron al Parlamento Nacional<sup>16</sup>. La mayoría de los diarios peruanos escatimaron la *performance* diplomática de Billinghurst, convencidos de que usaría el renombre obtenido para impulsar su carrera política<sup>17</sup>. La prensa civilista (*El Comercio*, *La Ley*) cuestionó el protocolo y sembró dudas acerca de su viabilidad, mientras el periodismo demócrata y católico (*El*

<sup>14</sup> «Discurso del señor Billinghurst», en *El Comercio*, N° 21.598, 7 de mayo de 1898, p. 2.

<sup>15</sup> Ugarteche y San Cristóval, Vol. II, 1945, p. 385.

<sup>16</sup> *Algunas ...*, 1898, p. 21.

<sup>17</sup> La candidatura presidencial de Billinghurst para las elecciones de 1899 había sido vetada por Piérola, que prefirió apoyar la del civilista López de Romaña. En enero de 1899, Billinghurst envió desde Iquique un telegrama al segundo vicepresidente, Augusto Seminario, acusando a Piérola de no prestarle apoyo. Empero, sabía que sus aspiraciones políticas tenían sustento, porque contaba con la adhesión de «una gruesa fracción del Partido Demócrata, algunos dispersos del Constitucional y agrupaciones de jóvenes universitarios que por vez primera se aventuraban a combatir en la arena política». González Prada, Tomo II, Vol. IV, 1985, p. 107.

*País, El Bien Social*) quiso mostrarlo como acierto del Gobierno antes que obra de una persona. Finalmente, *La Opinión Nacional* y *El Tiempo*, aunque pusieron reparos al texto, concluyeron que los acuerdos tenían mutuas conveniencias. Conocidas esas posiciones, Billinghurst tenía ante sí el reto de convertir el protocolo en motivo de integración nacional e internacional.

La prensa y el pueblo chilenos expresaron su conformidad con el pacto<sup>18</sup>. De igual forma el almirante La Torre; el presidente del Partido Conservador, Carlos Walker Martínez, y el presidente de la República, Federico Errázuriz, se mostraban favorables a la ratificación congresal del protocolo<sup>19</sup>. Hubo también voces opositoras, como la del cónsul chileno en Lima, Federico Cruzat, quien daba por hecho que el revanchismo peruano desconocería el protocolo apenas Chile y Argentina entraran en guerra<sup>20</sup>. Para impedir la concurrencia de dos problemas limítrofes, el Senado chileno aprobó el protocolo en agosto de 1898. Empero, resuelta la disputa fronteriza con Argentina, la Cámara de Diputados postergó su decisión hasta 1901, cuando opinó en contra del arbitraje pactado. Basado en dicho argumento, el pleno de dicha Cámara justificó su reprobación con el propósito de renegociarlo<sup>21</sup>. La nueva actitud adoptada por Chile causó decepción en la opinión pública peruana y melló la aureola del triunfo diplomático, que sustentaba el ascendiente ganado por Billinghurst.

En el Perú, la discusión del protocolo fue intensa, pese al respaldo formal del Gobierno. En julio de 1898, después de debatirlo en una legislatura extraordinaria, se logró su ratificación parlamentaria. Esta determinación provocó la indignada reacción de los sectores nacionalistas. González Prada censuró ácidamente a Billinghurst por el papel jugado en la negociación del protocolo, por la colaboración prestada al Gobierno de Piérola y, sobre todo, por sus vínculos amicales con las autoridades chilenas. A su juicio, no era momento de firmar acuerdos con Chile, sino de constituir una triple

<sup>18</sup> Barros, 1999, p. 587.

<sup>19</sup> Cavagnaro, Luis, «Arica y ...», en Cavieres, ed., 2016, p. 23.

<sup>20</sup> Espinosa, 1958, p. 223.

<sup>21</sup> Papers ..., Vol. I, 1940, p. 312.

alianza con Argentina y Bolivia para recuperar, por la vía militar, los territorios perdidos en 1879<sup>22</sup>. La negativa chilena de ratificar el protocolo benefició ese discurso y las ambiciones políticas de Piérola, que veía con desagrado el encumbramiento de la imagen de Billinghurst<sup>23</sup>. Ante ese panorama, el caudillo tarapaqueño no quiso contribuir a la desintegración del país y desistió de construir una alianza electoral que hubiese generado el renacimiento de pugnas violentas entre los grupos políticos.

### BILLINGHURST Y LA FALLIDA INTEGRACIÓN ENTRE DEMÓCRATAS, CIVILISTAS Y LIBERALES

En 1896, Billinghurst había avalado la dación de una ley electoral que dejaba en manos de los oligarcas las juntas de registro y las juntas escrutadoras de provincia. Por lealtad al Gobierno de Piérola, contribuyó a montar un sistema reductor del universo electoral, controlador del sufragio y discriminativo del electorado por condición social y económica<sup>24</sup>. Fue un craso error favorecer la concentración de poder por parte de un círculo elitista. Amparados por la citada ley, los civilistas manipularon el derecho de elegir y ser elegido, con el consecuente perjuicio para la integración nacional. Billinghurst comprendió muy tarde que él mismo había cerrado cualquier probabilidad de llegar a la presidencia y ejecutar sus planes en favor del pueblo. El propio Piérola y sus partidarios fueron desplazados del Gobierno por las redes civilistas. Los líderes de dicho partido, interesados únicamente en conservar sus privilegios, bloquearon la participación de billinghurstistas, porque estos les exigían cumplir el acuerdo de alternancia en el poder suscrito con el Partido Demócrata.

Apartado de Lima por voluntad propia, Billinghurst se enfrascó con Piérola en un intercambio de acusaciones y reproches. Pese a estar dominado por la indignación, no perdió el aplomo y se abstuvo

<sup>22</sup> González Prada, 1908, p. 40.

<sup>23</sup> Gonzales, 2017, p. 115.

<sup>24</sup> Peralta. Víctor. «Los vicios ...», en Aljovín y López, eds., 2005, p. 79.

de transformar la contienda política en una guerra civil<sup>25</sup>. Volvió entonces a Iquique para dedicarse a las actividades industriales, mineras y al fomento de la educación entre la comunidad peruana de Tarapacá. Estando inmerso en esas labores lo sorprendió el desahucio del protocolo y la campaña de chilenización de Tacna y Arica, que condujo en 1901 al rompimiento de las relaciones diplomáticas entre Perú y Chile. Poco después, Billinghurst publicó su texto titulado *Legislación sobre salitre y bórax en Tarapacá* (1903). Allí precisó que no era su intención «ahondar divisiones, sino propender a la solución tranquila y equitativa de las diferentes cuestiones que aún quedan pendientes en Tarapacá en orden a la propiedad salitrera, desde el punto de vista jurídico»<sup>26</sup>. De ese modo, Billinghurst reafirmó su patriotismo alzando la bandera de los derechos peruanos sobre el salitre del Toco.

A partir de 1903, compartió sus preocupaciones políticas con la ejecución de obras sociales en provecho de los peruanos de Iquique. En un nuevo esfuerzo de integración, depuso las viejas ojerizas y buscó reinsertarse en el alicaído Partido Demócrata. De inmediato, los civilistas quisieron impedirle su reingreso a la vida pública. Para eludir confrontaciones personales, Billinghurst se limitó a favorecer la alianza entre liberales y demócratas, que postuló a Piérola en las elecciones presidenciales de 1904. Pero el Califa, falto de soporte económico y lanzando acusaciones de fraude al civilismo, se abstuvo de intervenir en la contienda. Cerrada la vía electoral, Billinghurst tomó distancia de sus aliados, que habían convenido en hacerle férrea oposición al presidente electo Pardo. Acto seguido, retornó a Iquique para manejar sus negocios y servir a los connacionales de Tarapacá. Afortunadamente lo esperaba una comunidad más distendida gracias al restablecimiento de las relaciones diplomáticas peruano-chilenas en 1905.

<sup>25</sup> Hacia 1899, la descomposición del régimen demócrata-civilista despertó sentimientos revolucionarios. Según González Prada, varios militares aventureros se acercaron a Billinghurst y le solicitaron dinero para financiar sus confusos planes. Precisamente por esa ausencia de objetivos claros, el caudillo tarapaqueño no accedió a encabezar dicho movimiento. González Prada, 1938, p. 248.

<sup>26</sup> Billinghurst, 1903, p. XIII.

Por esos años, los núcleos sociales peruanos (escuelas, clubes, mutuales, logias masónicas, etcétera) fomentaban la integración en medio de las acciones de chilenización dirigidas desde Santiago. Igualmente, los campos salitreros crearon espacios de convivencia y solidaridad internacional animados por peones peruanos, chilenos y bolivianos. La identidad de clase casi había borrado las rivalidades originadas por cuestiones de nacionalidad<sup>27</sup>. En diciembre de 1907, de común acuerdo, se fueron a la huelga y congregaron en Iquique para solicitar a sus patrones el aumento del salario, libre comercio en las oficinas y mejora de las condiciones laborales. Por consejo de las autoridades, Billinghurst y otros notables abandonaron dicha ciudad con rumbo a Valparaíso y Santiago<sup>28</sup>. La matanza de huelguistas, ocurrida un año antes en Antofagasta, anunciaba un desenlace trágico. Esta finalmente se repitió con mayor crueldad en la Escuela Santa María de Iquique. Allí fueron masacrados decenas de peones peruanos y bolivianos, que se negaron a abandonar a sus pares chilenos.

Esta heroica expresión de internacionalismo obrero marcó profundamente la memoria colectiva tarapaqueña. La masacre provocó la repatriación de cientos de peones peruanos, pero algunos hicieron el viaje de regreso a las salitreras, porque en Lima no encontraron empleo<sup>29</sup>. Entre tanto, Billinghurst estaba empeñado en introducir tecnología moderna en las industrias salitrera y cuprífera<sup>30</sup>. En ese contexto, el Gobierno chileno quiso superar el *impasse* surgido con el Perú en 1901. A través de su ministro de Relaciones Exteriores, Federico Puga, quien presentó en marzo de 1908 a su homólogo peruano, Guillermo Seoane, las bases de un arreglo. Este comprendía convenios comerciales, la construcción del ferrocarril Lima-Santiago y la realización del plebiscito, incluyendo el voto de los extranjeros. Su propuesta de integración lesionaba los intereses legítimos del Perú sobre Tacna y Arica, más

<sup>27</sup> González, Sergio. «De la solidaridad ...», en Artaza y otros, 1998, p. 95.

<sup>28</sup> Donoso, 2018, p. 311.

<sup>29</sup> Troncoso, Rosa. «Una historia ...», en Guerra y otros, eds., tomo II, 2002, p. 1314.

<sup>30</sup> González y Gonzales, 2013, p. 164.

aún cuando no contemplaba fórmula para modificarla. Puesta en esos términos, la propuesta tenía los visos de una imposición y fue desechada por Seoane.

Las elecciones presidenciales de 1908 dieron a Piérola la oportunidad de recobrar protagonismo político. Pretendió hacerlo reeditando la alianza con los liberales, pero finalmente renunció a competir con el candidato civilista Leguía, quien resultó electo. Billinghamurst arribó al Callao a fines de noviembre de 1908, siendo recibido por amigos personales y políticos<sup>31</sup>. Probablemente financió a los aliados demócrata-liberales que se presentaron en las elecciones municipales de ese año, pero estos fueron vencidos por el candidato civilista, Antero Aspíllaga<sup>32</sup>. Con esa derrota, Piérola perdió liderazgo y abrió el camino para la renovación de cuadros. Ese proceso tuvo como telón de fondo el resurgimiento de discordias con Chile. En septiembre de 1908, el embajador chileno, José Echenique, ofreció el obsequio de una corona en homenaje a los peruanos caídos en la guerra de 1879. El presente no fue aceptado por el Gobierno de Leguía, que lo juzgó inoportuno mientras estuviese irresoluta la cuestión de Tacna y Arica. El incidente provocó la ruptura de relaciones diplomáticas en 1909.

## LA CONSTRUCCIÓN DE LA CANDIDATURA PRESIDENCIAL DE BILLINGHURST

El 5 de enero de 1909, los amigos y partidarios de Piérola organizaron una reunión celebratoria de su cumpleaños. En aquella ceremonia, Billinghamurst fue el encargado del discurso central en un acto simbólico de transmisión de mando. Días después le sería confiada la presidencia del Partido Demócrata tras la renuncia de Pedro de Osma a dicho cargo. En su mensaje de agradecimiento, trazó su plan de acción consistente en forjar la integración de los militantes antiguos con «los elementos nuevos que quieran ingresar

---

<sup>31</sup> «El señor Billinghamurst», en *El Comercio*, N° 31.677, 25 de noviembre de 1908, p. 1.

<sup>32</sup> Gonzales, 2017, p. 135.

a sus filas»<sup>33</sup>. Las elecciones parlamentarias de mayo iban a poner a prueba la eficiencia política de Billinghurst. Súbitamente este panorama cambió en abril, cuando Antero Aspíllaga dejó la alcaldía limeña para postular por una curul senatorial. Ante la vacancia del cargo, la mayoría de concejales dispusieron otorgárselo al líder demócrata. Sin duda, el ejercicio del gobierno local capitalino comprobó su sensibilidad de estadista comprometido con el bienestar de las clases menesterosas. Comenzó así a labrarse la aureola popular que le acompañó por el resto de su vida política.

En el frente externo no existían condiciones para integrar a los pueblos peruano y chileno. La ley de colonización de Tacna, promulgada en septiembre de 1909, expresó el interés del Gobierno de Montt por fortalecer la presencia de sus connacionales en las cautivas. A su vez, las empresas salitreras de Tarapacá minaban las bases de la solidaridad obrera internacional. Esta fase de chilenización, en medio de tensas relaciones diplomáticas, debilitó los lazos surgidos entre algunos sectores de ambas comunidades, que deseaban adaptarse a las contingencias diarias. Los espontáneos actos de integración respondían a estrategias de supervivencia y de ningún modo significaban la renuncia a la identidad nacional. Por su prestigio social y político, Billinghurst fue el ejemplo más emblemático del peruano sumergido en esa sociedad binacional<sup>34</sup>. Ese frágil equilibrio sería destruido por las ligas patrióticas chilenas que descargaron sus furias y odios xenófobos sobre los negocios, viviendas y la integridad física de los miembros de la colectividad peruana.

<sup>33</sup> «Política», en *El Comercio*, N° 31.721, 18 de enero de 1909, p. 1.

<sup>34</sup> Hubo varios casos de colaboración social y económica surgidos al abrigo de ese ánimo de integración. William Skuban cita tres ejemplos: el diputado Roberto MacLean hizo algunos negocios con empresas chilenas; Eleuterio Mita, propietario agrícola de Tarata, expresó su conformidad con el trato recibido de las autoridades chilenas de Tacna, finalmente, el poeta Federico Barreto, llamado El Cantor del Cautiverio, contrajo nupcias con la dama chilena María Isabel Arce. Ninguno de ellos, por supuesto, dejó de sostener la causa patriótica peruana. Empero, los tacneños nacionalistas no vieron con agrado esas relaciones. Skuban, William. «La apertura ...», en Purcell y Riquelme, eds., 2009, p. 149.

El programa municipal de Billinghamurst le dio prioridad al mejoramiento de la salubridad en los barrios ocupados por las clases populares. La desaparición de los focos de continuas epidemias representaba el primer paso para iniciar la integración social urbana. El tugurizado edificio, conocido como callejón de Otaiza, fue derribado con el propósito de abrir una calle, limpiar la zona y darle mayor ventilación. En paralelo, puso especial interés en el suministro de víveres a fin de atenuar el aumento en el costo de vida. Por orden suya, en los altos del Mercado de la Concepción se vendían «raciones» de alimentos a bajo costo, mientras en los lugares más deprimidos de la capital se establecieron puestos municipales de expendio de carne. Hacia estos concurrían tantos compradores, que los carniceros particulares debieron rebajar sus precios<sup>35</sup>. La gratitud del pueblo acrecentó su popularidad rápidamente. Ello explica por qué una caricatura de la revista *Variedades* lo mostraba ingresando al concejo limeño en olor de multitud y con el título de benefactor de la ciudad<sup>36</sup>.

Los primeros meses del año 1909, liberales y demócratas se habían desgastado en lucha constante contra el Gobierno de Leguía. En la oposición al civilismo solo destacaban dos figuras presidenciables: Piérola y Billinghamurst. El primero transitaba por el ocaso de su vida, pero aún atraía las expectativas de personajes levantiscos y apasionados. En sentido inverso, la carrera política del segundo se hallaba en franco ascenso y su imagen enérgica, pragmática y de funcionario eficiente era reconocida en todos los círculos sociales. La revista *Variedades* creía que aun cuando los grupos demócratas y liberales preferían mantenerse distanciados del alcalde limeño, al final convendrían en apoyar su candidatura presidencial. Incluso podían convocar a la militancia del Partido Constitucional, disconforme con el papel de socio menor de los civilistas. Por esas razones, Billinghamurst aparecía como la mejor opción en el «próximo ajedrez eleccionario» y el único capaz de

<sup>35</sup> «El abaratamiento de la carne», en *Variedades*, 26 de junio de 1909, p. 402.

<sup>36</sup> «Chirigotas. En el Concejo», en *Variedades*, N° 97, 8 de enero de 1910, p. 49.



integrar a la oposición para vencer al «gobierno prolongado del partido Civil»<sup>37</sup>.

El presidente Leguía, además de sostener una beligerante relación con demócratas y liberales, endureció la posición peruana frente al Gobierno chileno. Influidos los periódicos limeños por esa misma pauta, acusaron a La Moneda de injerirse secretamente en nuestros conflictos con Bolivia y Ecuador. En respuesta, la prensa chilena culpó a Leguía y al ministro Porras de soliviantar el odio contra su país. El punto de controversia seguía siendo la chilenización de las cautivas<sup>38</sup>. Las peticiones peruanas motivaron provocadoras respuestas, como aquella que propuso el avance de Chile sobre Arequipa para cederle a Bolivia un «callejón» entre los ríos Tambo y Quilca<sup>39</sup>. En marzo de 1910, escalaron las riñas con la expulsión de los curas peruanos de Tacna y Arica, denunciados por usar el púlpito para lanzar arengas patrióticas. Esa medida, según una revista chilena, había sido dispuesta «por razones de conveniencia pública, por razones de alto patriotismo»<sup>40</sup>. En respuesta, el Perú retiró a su encargado de Negocios en Santiago, Arturo García.

En mayo de 1911, las acciones delictivas cometidas por las ligas patrióticas forzaron una masiva migración de tarapaqueños peruanos. Los mensajes incendiarios de Leguía, llamando a reparar las ofensas chilenas mediante las armas, trajeron consigo mayores represalias<sup>41</sup>. En ese ámbito, la alternativa de transar con Chile resultaba inaceptable para la opinión pública. Más aún, la prensa limeña insistía en fortalecer una armonía de «intereses durables» con Bolivia sin descuidar lo militar, pues los amigos debían tener «no

<sup>37</sup> «De jueves a jueves», en *Variedades*, N° 103, 19 de febrero de 1910, p. 221.

<sup>38</sup> Los gobiernos chilenos consideraban legítimo promover la chilenización de Tacna y Arica. Como parte de esa política, en 1910, el presidente Pedro Montt envió «numerosas tropas» a Tacna y ordenó establecer servicios públicos en dicha provincia y darle representación parlamentaria. Ovalle, 1918, p. 100.

<sup>39</sup> «La solución del problema del Norte», en *Sucesos*, N° 350, 20 de mayo de 1909, p. 49.

<sup>40</sup> «La expulsión de los curas peruanos», en *Sucesos*, N° 394, 24 de marzo de 1910, p. 42.

<sup>41</sup> González, Sergio, «De la solidaridad ...», en Artaza y otros, 1998, p. 106.

solo pico sino garras»<sup>42</sup>. Agitada la política externa, Leguía buscó allanar, sin éxito, sus escaramuzas con liberales, demócratas y la facción civilista denominada bloque. Cerrada esa vía, apadrinó la candidatura presidencial de Aspíllaga y clausuró la Junta Nacional Electoral, controlada por la oposición. Los partidos relegados fracasaron en su intento de proclamar una candidatura de consenso. A inicios de 1912 la coyuntura parecía servida para Billinghurst, pero antes debía disipar esa imagen de intolerancia que le habían fabricado sus rivales para descalificarlo<sup>43</sup>.

### EL GOBIERNO BILLINGHURISTA: INTEGRACIÓN SOCIAL Y REPRESENTACIÓN POLÍTICA

En enero de 1912, los combates políticos se agudizaron ante la proximidad de dos elecciones sucesivas: municipales (abril) y presidenciales (mayo). La vocación integradora fue sometida por las ambiciones personales que fraccionaban los partidos y estorbaron la formación de una alianza opositora a Leguía bajo el nombre de comité mixto. Seguidamente, estos denunciaron riesgo de fraude y falta de garantías para los candidatos participantes en la contienda electoral. Ese mundillo, manchado por el recelo, se enrareció aún más con las noticias sobre supuestas conversaciones secretas entre Leguía y Billinghurst, encaminadas a reemplazar a Aspíllaga en la candidatura presidencial oficialista. En provincias también comenzó a hablarse de esa eventualidad. Los comicios ediles se celebraron rodeados de huelgas agrarias, mítines obreros y verdaderas batallas entre grupos de camorristas llamados «sayones». Anuladas las de Lima por la sustracción de las boletas electorales, Billinghurst permaneció a la expectativa. A esas alturas, la carestía de víveres había creado el entorno propicio para una candidatura popular.

La conmoción social condujo al «paro general» del 1 de mayo de 1912, cuando dos mil obreros limeños desfilaron lanzando arengas a favor del proletariado emancipador y el socialismo libertario.

<sup>42</sup> «De jueves a jueves», en *Variedades*, N° 199, 23 de diciembre de 1911, p. 1532.

<sup>43</sup> «De jueves a jueves», en *Variedades*, N° 181, 19 de agosto de 1911, p. 1005.

Tres días después, Billinghurst declaró a *La Prensa* su voluntad de aceptar el llamado del pueblo, siempre que ese gesto no causara la división de los peruanos. Expresó, además, sus reparos por la candidatura de Aspíllaga, pues carecía de base democrática. Ante la sorpresa de los partidos, publicó un manifiesto proclamándose vocero de la mayoría ciudadana y defensor de las condiciones de vida de los trabajadores. En su afán de recuperar la iniciativa política, Aspíllaga pidió a los votantes no dejarse encandilar por una personalidad impulsiva sin partido ni programa. Al mismo tiempo, sus operadores integrantes de la Junta Electoral avalaron las irregularidades cometidas en la elaboración de los padrones electorales. Según las leyes vigentes, debían declarar la nulidad del proceso, pero, obviando el mandato normativo, prosiguieron sus funciones haciendo caso omiso a las críticas.

Los funcionarios electorales no aseguraban imparcialidad. Esa circunstancia no desanimó a los clubes de artesanos y obreros, dispuestos a derrotar la candidatura oligárquica. Los aspíllaguitas respondieron con campañas de amedrentamiento y escenas de violencia en la capital. El 19 de mayo de 1912 se celebraron los mítines de ambos competidores. Aspíllaga legitimó las cuestionadas elecciones y señaló la presencia de planes sediciosos en el bando contrario. Billinghurst prometió defender el sufragio libre y cerrarle el paso a quienes pretendían anarquizar al país. Los obreros le demandaron liberarlos del yugo patronal y cortar la opresión sufrida por los indígenas. El ingenio popular utilizó las imágenes de dos panes para representar el antagonismo de las candidaturas. El pan grande —Billinghurst— simbolizaba alimentos baratos, mientras el pan pequeño —Aspíllaga— significaba la continuidad del alto costo de vida. Con esa propaganda, tan sencilla como contundente, se forjó un movimiento social de vasto alcance.

Aspíllaga, convertido en una fuerza disociadora, fue exhortado por la prensa y grupos billinghurstas a retirar su postulación. Cegado por la ira, rechazó esa solicitud y armó rufianes, con el fin de obtener un triunfo fraudulento. El 25 de mayo, los obreros declarados en paro destruyeron el mobiliario electoral y lanzaron

imprecaciones contra los aspillaguistas. Por un momento, los atemorizados oligarcas limeños contemplaron escenas propias de la Revolución francesa<sup>44</sup>. La renuncia de Aspíllaga no detuvo la protesta. En consecuencia, el Congreso anuló el proceso y acordó ejercer la atribución constitucional de elegir presidente. Billinghurst quedó así en manos de los partidos, porque el pueblo dominaba la calle, pero carecía de representación parlamentaria. Precisamente, la presión popular hizo que liberales, civilistas y constitucionales unidos olvidaran agravios y proclamaran presidente a Billinghurst, el 19 de agosto de 1912. Únicamente los demócratas se excluyeron del acuerdo para oponerse a lo que calificaron de presidencia inconstitucional.

Por primera vez el pueblo había participado activamente en la elección de un presidente, pero su desmovilización política limitó la capacidad negociadora de Billinghurst para ejecutar reformas profundas. De igual forma, la integración partidaria que debía sostenerlo comenzó a resquebrajarse. A esas dificultades se agregaron las huelgas salariales, cuyos líderes exigían la mediación del presidente ante los dueños de las empresas. Este aceptó cumplir ese papel a condición de que los obreros plantearan sus quejas sin recurrir a paros ni actos violentos. Conciliar los intereses de trabajo y capital, serían desde ese instante uno de los objetivos primordiales de su Gobierno. Ciertamente, algunos sindicalistas actuaron como enlace entre Billinghurst y los obreros, aun a costa de ser llamados capituleros o agentes oficialistas<sup>45</sup>. Igualmente quiso conservar la paz entre los partidos mediante la aprobación de una ley electoral descentralista, que permitiera una competencia justa y transparente en la programada renovación del tercio legislativo.

En el aspecto internacional, Billinghurst encontró muy deterioradas las relaciones peruano-chilenas. Quiso, por tanto, buscar la integración de ambos países basada en la solución final de la

---

<sup>44</sup> Salinas, 2014, p. 51.

<sup>45</sup> Los mutualistas, críticos de los métodos empleados por anarquistas y socialistas, prefirieron formar comités de apoyo al régimen para conducir los reclamos obreros por vías pacíficas y de promoción de la ayuda económica colectiva. Salinas, 2014, p. 146.

cuestión Tacna y Arica. La prensa santiaguina saludó esa política de cordialidad y acercamiento contraria a la de Leguía<sup>46</sup>, desatando la furibunda crítica del nacionalismo peruano. En noviembre de 1912, de manera personal y a través del canciller Valera, se propuso a Chile la postergación del plebiscito. El Protocolo Huneeus-Valera lo pactó finalmente para 1933. Los presidentes Billinghurst y Barros Luco vieron en el nuevo plazo una oportunidad para consolidar el triunfo de sus respectivos países<sup>47</sup>. Conocidos los detalles del acuerdo en Lima y Santiago, periódicos y congresistas partidarios de una solución inmediata se empeñaron en hacerlo fracasar. El Protocolo, siendo un asunto internacional, terminó enredado en cuestiones de política interna. Billinghurst resultó el más perjudicado, porque la oposición le atribuyó haber actuado contra el sentimiento del Perú<sup>48</sup>.

A fines de 1912 propició la integración social a través de la representación política. Para dicho fin apoyó a los líderes obreros dispuestos a ser incluidos en las listas de candidatos congresales de civilistas, liberales y leguístas. Empero, los partidos recusaron esa propuesta considerada una intromisión del Gobierno. Carente de voceros parlamentarios, Billinghurst creyó oportuno formar su bancada. Confiado en la protección oficial, el billinghurstismo compitió en los comicios parlamentarios y municipales de 1913. Para su sorpresa, la oposición mantuvo su fuerza electoral y boicoteó la organización de un gobierno multipartidario y de convivencia democrática. Frente a esa postura obstruccionista, el billinghurstismo radical aconsejó convocar una asamblea constituyente y estrechar los vínculos con el pueblo. Esto último degeneró en la aparición de turbas antileguístas y antiliberales. Billinghurst llamó entonces a la calma y prometió

<sup>46</sup> «La reanudación de relaciones con Chile», en *El Comercio*, N° 33.610, 9 de diciembre de 1912, p. 1.

<sup>47</sup> La amistad de Billinghurst y Barros Luco fue objeto de sátira por parte del semanario chileno *Sucesos*, que publicó una caricatura donde aparecen los dos presidentes contrayendo un «matrimonio» de intereses. «¿Matrimonio interino o definitivo?», en *Sucesos*, N° 534, 28 de noviembre de 1912, p. 47.

<sup>48</sup> Incluso, en marzo de 1913, la revista *Variedades* denunció una supuesta negociación entre la cancillería chilena y el nombrado embajador peruano en Argentina, Juan N. Eléspuru, para ceder Arica y dejar pendiente la situación de Tacna. «De jueves a jueves», en *Variedades*, N° 262, 8 de marzo de 1913, p. 1846.

resolver, con espíritu de equidad, las diferencias políticas y cuestiones sociales que enfrentaban a obreros y capitalistas.

A mediados de 1913, Durand y Leguía entorpecían la gobernabilidad del país. El primero, acusado de conspirador, partió al extranjero por falta de garantías. El segundo, conocido revolucionario, se rehusó a asumir la misión diplomática en Italia. Sus partidarios levantaron en el Congreso una muralla contra la cual se estrellaban los proyectos de Billinghurst. Los obreros ejercieron presión sobre estos mediante manifestaciones bulliciosas y violentas llamadas *jornadas cívicas*. Ellos agradecían, de ese modo, las casas y víveres baratos recibidos del Gobierno. El Presidente estaba sumido en un dilema: promover cambios políticos a favor del pueblo o someterse al chantaje de los partidos. Apartándose de posiciones extremas, formuló una salida democrática a través de la renovación del parlamento. La prensa restó crédito a este plan y reiteró su convencimiento de que Billinghurst pretendía imponer una dictadura popular y socialista. Con esas imputaciones, los grupos oligárquicos juzgaron legítimo organizar un golpe contra quien ponía en riesgo sus privilegios.

Enterado de la conspiración en ciernes, el Gobierno trató de disuadirla apresando a sus cabecillas y alentando la belicosidad del billinghurismo obrero. Pero el 4 de febrero de 1914, el coronel Benavides, amparado por los partidos golpistas, derrocó a Billinghurst. Esa alianza cívico-militar frenó la ansiada integración de las clases sociales dentro de una nueva estructura política y doblegó todo pedido de reforma. Expulsado a Chile, el expresidente alegó haber sido depuesto porque pretendió armar un gobierno que les diera a los de abajo los derechos negados por los de arriba, y condenó al Congreso, convertido en nefasta cuna de intrigas maquiavélicas. Después del golpe, el billinghurismo quiso continuar vigente aglutinándose en el Partido Progresista, bajo la bandera de la igualdad civil y la defensa de obreros e indígenas. El deceso de Billinghurst, en junio de 1915, frustró el desarrollo de ese movimiento comprometido con la fundación de una sociedad peruana justa e integrada. Olvidados los rencores, la prensa limeña destacó su imagen histórica de patriota, líder político y benefactor del pueblo.

## CONCLUSIONES

Desde los inicios de su vida política, Billinghurst bregó por forjar la integración de los peruanos sobre bases democráticas. Guiado por ese sentimiento creyó encontrar en el Partido Demócrata una herramienta de transformación social. En una primera etapa compartió liderazgo político con Piérola, a cuya sombra se ganó el afecto de las clases populares. Después de la guerra de 1879, emprendió la ardua labor de reanudar las relaciones peruano-chilenas con pleno respeto por nuestros derechos sobre Tacna y Arica. Para dicho propósito retornó a Tarapacá, su patria chica. Allí concentró esfuerzos en la provisión de servicios educativos a nuestros compatriotas cautivos, a fin de mantener viva en ellos la flama del patriotismo. Estos años fueron cruciales en su formación personal, porque conoció de cerca las ideas mutualistas que, venciendo las divisiones por nacionalidad, originaron los lazos solidarios entre los peones salitreros. Todas esas experiencias lo convirtieron en el agente peruano con mayor preparación para resolver los problemas fronterizos y diplomáticos con Chile.

La necesidad de ejecutar sus proyectos lo impulsó a retomar el papel activo en la política nacional. Su mayor motivación consistía en edificar un país integrado donde los ciudadanos antepusieran los intereses colectivos a los particulares. Esto se hizo patente cuando ocupó la vicepresidencia del Gobierno de Piérola, pues por razón de Estado apoyó la alianza entre demócratas y civilistas, a pesar de mantener diferencias con estos últimos. Sin embargo, no recibió el mismo trato cuando quiso postular a la presidencia, avalado por el prestigio obtenido con la firma del protocolo Billinghurst-La Torre. Este acuerdo, por estrechez de miras, fue boicoteado en Perú y Chile. De esa manera, fue desahuciada la obra diplomática de Billinghurst, que hubiese integrado a dos naciones separadas por las secuelas de la guerra. Pero el ocaso de Piérola le daría la gran oportunidad de asumir el liderazgo de la oposición al civilismo. Con visión de estadista, comprendió la necesidad de personificar una candidatura presidencial que efectuara las reformas sociales y políticas exigidas por las clases populares.

La coyuntura se presentaba cuesta arriba. El presidente Leguía recrudesció antagonismos en los frentes interno y externo. Los problemas causados por la chilenezación de las cautivas, la carestía de víveres, las huelgas y los conflictos partidarios intestinos, dibujaban un país ingobernable. En ese contexto, su inopinada, pero exitosa gestión municipal, le abrió el camino para convertirse en el candidato natural de las clases populares y medias. Representaba la esperanza de cambio del injusto orden imperante. En 1912, la presión obrera venció el fraude electoral del oficialista Aspíllaga y el Congreso fue obligado a proclamar presidente a Billinghurst. La desconfiada prensa advirtió sobre el peligro de una revolución, pero el presidente electo desmovilizó a los obreros para salvaguardar la paz social e inauguró un gobierno basado en el equilibrio entre capital y trabajo. Esto demandaba reformas políticas que facilitaran el acceso del pueblo a la representación congresal. Los partidos, manejados como feudos, se mantuvieron ajenos a las iniciativas presidenciales.

Esa oposición creó las condiciones para el surgimiento del billinghurstismo, movimiento integrado por políticos amigos y grupos obreros reunidos en comités. Ante el estrecho margen de colaboración institucional, Billinghurst recurrió a las masas como soporte de gobierno. Atendió los reclamos de obreros y campesinos y defendió sus derechos frente a capitalistas y gamonales. El pueblo le expresó su gratitud tomando la calle y organizando jornadas cívicas de respaldo. Reacio a generar hostilidades, hizo esfuerzos por concretar la integración externa (Protocolo Huneeus-Valera) e interna (acuerdos de gobierno), pero la respuesta fue negativa en ambos casos. Pensó entonces clausurar el Congreso y convocar una asamblea constituyente que rescatara la soberanía popular secuestrada por intereses personales y de grupo. No pudo hacerlo, porque conspiradores civiles y militares lo derrocaron bajo excusa de que pretendía gobernar de manera dictatorial y demagógica. Ese fue el epílogo de una vida dedicada a la integración de sociedades y naciones.



## BIBLIOGRAFÍA

- Algunas reflexiones [sic] acerca del Protocolo Billinghurst-La Torre sobre Tacna y Arica 1898.* Lima: Imprenta calle de Palacio, 1898.
- BARROS VAN BUREN, MARIO, *Historia diplomática de Chile. 1541-1938.* Santiago: Editorial Andrés Bello, 1999.
- BILLINGHURST, GUILLERMO, *Condición legal de los peruanos nacidos en Tarapacá. Informe espedido [sic] por Guillermo Billinghurst.* Santiago: Imprenta de «El Progreso», 1887.
- BILLINGHURST, GUILLERMO, *Estudio sobre la geografía de Tarapacá (páginas de un libro).* Santiago: Imprenta de «El Progreso», 1886.
- BILLINGHURST, GUILLERMO, *Los capitales salitreros de Tarapacá.* Santiago: El Progreso, 1889.
- CAVAGNARO, LUIS, «Arica y Tacna: una sociedad fronteriza», en Cavie- res, Eduardo, ed. y recop., *La historia y la escuela: integración en la triple frontera. Bolivia, Chile y Perú.* Tarapacá: Universidad de Tarapacá, pp. 13-27, 2016.
- «Chirigotas. En el Concejo», en *Variedades. Revista semanal ilustrada*, Año VI, N° 97, p. 49, 1910.
- «De jueves a jueves», en *Variedades. Revista semanal ilustrada*, Año VI, N° 103, pp. 220-222, 1910.
- «De jueves a jueves», en *Variedades. Revista semanal ilustrada*, Año VII, N° 181, pp. 1004-1005, 1911.
- «De jueves a jueves», en *Variedades. Revista semanal ilustrada*, Año VII, N° 199, pp. 1531-1532, 1911.
- «De jueves a jueves», en *Variedades. Revista semanal ilustrada*, Año IX, N° 262, pp. 1845-1847, 1913.
- «Discurso del señor Billinghurst», en *El Comercio*, N° 21.598, p. 2, 1898.
- DONOSO ROJAS, CARLOS, «Una región rica, fértil y abandonada»: *eco- nomía, cultura y sociedad en Tarapacá (siglos XVI-XX).* Tarapacá: Ediciones Universidad de Tarapacá, 2018.
- «El abaratamiento de la carne», en *Variedades. Revista semanal ilustrada*, Año V, N° 69, p. 402, 1909.
- «El acuartelamiento de la Guardia Nacional en Chile», en *El Comercio*, N° 21.517, p. 1, 1898.
- «El señor Billinghurst», en *El Comercio*, N° 31.677, p. 1, 1908.
- ESPINOSA MORAGA, ÓSCAR, *La posguerra del Pacífico y la Puna de Ataca- ma; 1884-1899.* Santiago: Editorial Andrés Bello, 1958.
- GONZALES ALVARADO, OSMAR, *Billinghurst. Combatiente del desierto salitrero.* Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales UNMSM, 2017.

- GONZALES ALVARADO, OSMAR Y GONZÁLEZ DEL RIEGO, DELFINA, *Cartas de Guillermo Billinghurst a Ricardo Palma (1883-1904)*. Lima: Universidad Ricardo Palma / Editorial Universitaria, 2005.
- GONZÁLEZ MIRANDA, SERGIO, «De la solidaridad a la xenofobia: Tarapacá 1907-1911», en Artaza, Pablo y otros. *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*. Santiago: LOM ediciones / Dibam, pp. 93-117, 1998.
- GONZÁLEZ MIRANDA, SERGIO Y GONZALES, OSMAR, «Guillermo Billinghurst en Tarapacá; la primavera de un intelectual, el otoño de un presidente», en González Miranda, Sergio y Parodi, Daniel, comps., *Las historias que nos unen. Episodios positivos en las relaciones peruano-chilenas, siglos XIX y XX*. Santiago: RIL Editores / Universidad Arturo Prat, pp. 151-176, 2013.
- GONZÁLEZ PRADA, MANUEL, *Figuras y figurones*. París: Tipografía de Louis Bellenand et fils, 1938.
- GONZÁLEZ PRADA, MANUEL, *Obras*. Tomo II, Volumen IV. Prólogo y notas de Luís Alberto Sánchez. Lima: Ediciones Copé, 1985.
- «La expulsión de los curas peruanos», en *Sucesos, Semanario de Actualidades*, Año VIII, N° 394, p. 42, 1910.
- «La reanudación de relaciones con Chile», en *El Comercio*, N° 33.610, p. 1, 1912.
- «La solución del problema del norte», en *Sucesos. Semanario de Actualidades*, Año VII, N° 350, p. 41, 1909.
- Manifestación del pueblo de Tacna en honor del Vice-Presidente de la República, Don Guillermo E. Billinghurst el 1° de enero de 1896*. Iquique: Tipografía y Litografía Rafael Bini, 1897.
- «¿Matrimonio interino o definitivo?», en *Sucesos. Semanario de Actualidades*, Año XI, N° 534, p. 47, 1912.
- OVALLE, FRANCISCO JAVIER, *Don Pedro Montt Ex-Presidente de la República de Chile*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1918.
- OVALLE, FRANCISCO JAVIER, *La ciudad de Iquique*. Iquique: Imprenta Mercantil, 1908.
- Papers relating to the foreign relations of the United States. 1925*. Volume I. Washington, USA: Government Printing Office, 1940.
- PERALTA, VÍCTOR, «Los vicios del voto. El proceso electoral en el Perú, 1895-1929», en Aljovin, Cristóbal y López, Sinesio, eds., *Historia de las elecciones en el Perú. Estudios sobre el gobierno representativo*. Lima: IEP, pp. 75-107, 2005.
- PINTO, JULIO, «El balmacedismo como mito popular: los trabajadores de Tarapacá y la guerra civil de 1891», en Ortega, Luis, ed., *La guerra civil de 1891: cien años hoy*. Santiago: Universidad de Santiago de Chile, pp. 109-126, 1992.

- PINTO, JULIO, *Desgarros y utopías en la pampa salitrera: la consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923)*. Santiago: LOM ediciones, 2007.
- «Política», en *El Comercio*, N° 31.721, p. 1, 1909.
- SALINAS, ALEJANDRO, *La época del «Pan Grande». Billinghurst presidente, 1912-1914*. Lima: Seminario de Historia Rural Andina, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2014.
- SKUBAN, WILLIAM, «La apertura y el cierre de la frontera chileno-peruana: el plebiscito de Tacna y Arica, 1880-1929», en Purcell, Fernando y Riquelme, Alfredo, eds., *Ampliando miradas. Chile y su historia en un tiempo global*. Santiago: Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile / RIL Editores, pp. 129-158, 2009.
- TRONCOSO, ROSA, «Una historia de amor patrio. El caso de los tarapaqueños peruanos», en Guerra, Margarita y otros, eds., *Sobre el Perú: homenaje a José Agustín de la Puente Candamo*. Tomo II. Lima: Fondo Editorial de la PUCP, 2002.
- UGARTECHE, PEDRO Y SAN CRISTÓVAL, EVARISTO, *Mensajes de los presidentes del Perú*. Volumen II. Lima: Librería e Imprenta Gil, 1945.



Don Guillermo Billinghurst,  
caricatura publicada en *Sucesos*, Año XI, Nro. 526, 3 de octubre de 1912.



Presidente de la República del Perú, el tarapaqueño  
Guillermo Billinghurst Angulo



Medalla con imagen del presidente Billinghurst

## 4.4 CASTILLA, TARAPAQUEÑO

*Orietta Ojeda Berger*

### INTRODUCCIÓN

Ramón Castilla y Marquesado sentía que su papel en la historia estaba por sobre sus propias fuerzas. Así lo demostró cuando, antes de expirar su último aliento, rogó por unos días más de vida para hacer la felicidad del Perú. Su muerte tuvo ese efecto: se detuvieron las acciones bélicas para rendirle honores al tarapaqueño. Perú volvería a la senda del progreso, al que tanto contribuyó en dos mandatos que están escritos en letras indelebles, porque siempre se recordará la abolición de la esclavitud, la eliminación del punitivo tributo indígena y el haber cimentado las bases de un Estado-nación en forma.

Consumido por la enfermedad, la fatiga y la sed, era solo un Quijote montado en un Rocinante dispuesto a la batalla. Aun así, aunque fuera solo una sombra eclipsaba a sus enemigos.

Estaba en Chile cuando escuchó el llamado de auxilio. No dudó un segundo y salió de Concepción, esa tierra chilena que era su preferida en los días aciagos de exilio, para esa otra tierra, su casa, la patria chica, Tarapacá. Allí (debería decir aquí porque escribo desde Iquique) se sentiría seguro, rodeado de los suyos. Su cuerpo ya no tenía la agilidad que lució en Yungay, Carmen Alto, La Palma y en tantas otras ocasiones que ofrendó su vida por los ideales de un Perú en progreso.

Aunque su casa en San Lorenzo de Tarapacá supo de sus dolores, nada impediría su marcha. Partió a Pachica como lugar seguro, entre las quebradas de Tarapacá y Coscaya, donde las aguas se intersectan

para ofrecer un pequeño paraíso. Nada lo retendría, entonces tomó rumbo al norte. Muchas quebradas se desplazan sobre la dureza del territorio tarapaqueño, llevando aguas desde los Andes, las que desaparecen al llegar al desierto del Tamarugal. Una de ellas es la quebrada de Aroma, que tiene como Mallku o cerro sagrado al Tata Jachura, cuyas vertientes dan vida a pueblos como Chiapa, Illalla y Jaiña. Una hacienda de propiedad de Manuel Almonte y Viguera gozaba de las últimas aguas de esta pronunciada ladera antes que las absorbiera el desierto. Su nombre era Curaña y estaba a medio camino de las oficinas salitreras de los cantones Zapiga y Negreiros y el pueblo de San Lorenzo de Tarapacá.

El mismo Manuel Almonte y Viguera que bautizó a su oficina salitrera con el nombre de La Palma, en homenaje al triunfo de su amigo y protector, Ramón Castilla Marquesado. Triunfo que les abriría las puertas de Lima para su segundo mandato presidencial. Manuel Almonte y Viguera, a sazón prefecto de Tarapacá, le pidió encarecidamente desistiera de la marcha hacia Tiliviche. No le escuchó y lo hizo, además, bordeando la pampa salitrera, donde los arenales no ofrecían ningún tambo o pozo de agua. Nada ni nadie lo detendría. Al aproximarse a Tiliviche, cuando la sed lo consumía, vio por fin un molle donde pudo descansar un instante, el mismo instante en que abandonó este mundo (mapa 1).

Como en la máscara de Jano, el rostro de Castilla puede ser doble, porque nos permite visitar el pasado con ojos actuales y mirar el futuro, ad portas del bicentenario del Perú, sobre las bases de la obra de un personaje clave en la historia de ese país. También, y esto me interesa más, su rostro puede ser doble: uno mira a Lima y el otro a Tarapacá. En la mitología romana el dios Jano es puerta, es transición y es comienzo, por ello el primer mes del año lleva su nombre. Y Castilla es el comienzo en Tarapacá, es el primer personaje ilustre del periodo republicano. El primer peldaño de una historia en transición entre Perú y Chile que, coincidentemente, fueron los dos países en los que transcurrió la vida de Ramón Castilla.

Castilla también es una puerta que se abre en Tarapacá porque su figura ha quedado, en esta dimensión, algo desconocida o

invisibilizada. Son muy escasos los antecedentes que se pueden encontrar en la bibliografía clásica sobre él y su relación con Tarapacá, con excepción de los lugares comunes asociados a su nacimiento y muerte. Recientemente, desde Chile, se han escrito algunos trabajos sobre él, como el del premio Nacional de Historia 2016, Julio Pinto, cuyo enfoque podríamos definirlo a escala de los estados-nacionales,<sup>1</sup> por lo mismo, omite la escala regional. Otro historiador, Luis Castro<sup>2</sup>, efectivamente indaga y se concentra a escala regional; sin embargo, explora fundamentalmente conflictos locales que, si bien fueron efectivos, no permiten comprender en su complejidad y extensión las relaciones de la comunidad tarapaqueña con Ramón Castilla Marquesado.

El presente trabajo no agotará, ni por lejos, el quehacer de Castilla en Tarapacá y la memoria que de él se construyó. Por ello, resulta muy necesario que una nueva generación de historiadores, idealmente tarapaqueños, abran la puerta que lleve a los patios interiores del Tarapacá en tiempos de Castilla para deconstruir, comprender y poner en valor la figura de un personaje emblemático en esta región.

Conmemorar la figura del tarapaqueño Ramón Castilla y Marquesado en el marco de los doscientos años de la independencia del Perú es, sin duda, un importante desafío, al intentar comunicar el valor de un hombre de Estado y de una figura como forjador de la nación en tiempos de consolidación de la República. Nacido en Tarapacá, la región del sur del Perú y la más lejana del centro, hoy una región del norte de Chile, también a gran distancia del centro político. Conserva el nombre Tarapacá, el mismo que proviene de la Colonia y que creó una identidad regional que aún convoca a la unidad.

<sup>1</sup> Pinto Vallejos, Julio, *Caudillos y plebeyos. La construcción social del Estado en América del Sur (Argentina, Perú y Chile) 1830-1860*. Santiago: lom ediciones, 2019, y Pinto Vallejos, Julio, «La construcción social del Estado en el Perú: el régimen de Castilla y el mundo popular 1845-1856», en *Historia*, N° 49, Vol. II, pp. 547-578, julio-diciembre del 2016.

<sup>2</sup> Castro Castro, Luis, «Demanda de ciudadanía, construcción de nación y rentismo minero: los planteamientos regionalistas de los habitantes de la provincia peruana de Tarapacá (1827-1874)», en *Temas Americanistas*, N° 39, pp. 37-66, diciembre del 2007, y Castro Castro, Luis, «Rebeliones en Tarapacá durante la primera mitad del siglo xix. Desde la Independencia hasta los gobiernos de Ramón Castilla (1822-1858)», en *Iquique*, pp. 16-27, julio-septiembre del 2017.

## TARAPACÁ UN ESPACIO / IDENTIDAD PERSISTENTE

La importancia de Tarapacá en la historia de Chile y Perú es un tema conocido, como también puede ser la figura del libertador Ramón Castilla y Marquesado. Sin embargo, esto último puede ser más una imagen que una realidad; por ello importa dar cuenta de ciertos hitos fundamentales de las obras del Libertador.

Por Tarapacá se comprende la región que lleva su nombre, cuya capital administrativa es la ciudad-puerto de Iquique, donde se concentra su mayor población. La región se divide en dos provincias, Iquique y Tamarugal, con una superficie de 42.225, 8 km<sup>2</sup> y una población, según el censo del 2017, de 330.558 habitantes. Al interior de la provincia del Tamarugal se encuentra la antigua localidad peruana de San Lorenzo de Tarapacá, distante 102 km al noreste de Iquique y a una altura de 1.350 m.s.n.m. El pueblo de Tarapacá hoy se encuentra protegido por la Ley 17.288 de Monumentos Nacionales, mediante decreto n°. 725 de 15 de junio de 1973, en la categoría de Zona Típica<sup>3</sup>. Firmaban el decreto, del Ministerio de Educación de Chile, el entonces presidente Salvador Allende y quien fuera su ministro de Educación, el abogado Jorge Tapia, un conocido internacionalista, quien años más tarde fue intendente de Tarapacá, durante el gobierno del presidente Ricardo Lagos.

Actualmente, San Lorenzo de Tarapacá es más conocida por la fiesta del Santo Patrono, que se celebra el 10 de agosto y congrega a miles de peregrinos venidos principalmente del norte de Chile. Es la más importante después de la fiesta de la Virgen del Carmen, en el poblado de La Tirana. Castilla y San Lorenzo de Tarapacá son sinónimos en la memoria histórica tarapaqueña.

Mi aproximación a la figura de Ramón Castilla y Marquesado se inició no a través del poblado de San Lorenzo de Tarapacá, sino a través de una oficina salitrera que tuvo el honor de ser declarada Patrimonio Histórico de la Humanidad en 2005 por la Unesco, bajo el nombre de Oficina Salitrera Santiago Humberstone (junto a la salitrera Santa Laura). Este nombre ocultó el original, que era La

<sup>3</sup> En: [https://www.monumentos.gob.cl/sites/default/files/decretos/ZT\\_00118\\_1973\\_D00725.PDF](https://www.monumentos.gob.cl/sites/default/files/decretos/ZT_00118_1973_D00725.PDF), consultado el 18.4.2020.



Palma. Los errores historiográficos —que suelen ser frecuentes— asociaban este nombre a empresarios salitreros españoles que la habrían bautizado en homenaje a Las Palmas de Mallorca. Nada más lejos de la realidad, ningún capital de esa nacionalidad tuvo que ver con La Palma (tampoco J.T. Humberstone).

Propuse que debió llamarse complejo patrimonial Santiago Humberstone-La Palma<sup>4</sup>. La Palma fue una importante oficina salitrera de máquina, cuya explotación de mineral no metálico se desarrolló desde fines de la década de 1860 hasta noviembre de 1934. Debe su nombre a la batalla que libró Ramón Castilla y Marquesado el 5 de enero de 1855, en lo que es hoy el actual distrito de Miraflores, en la entonces hacienda La Palma, en la conocida revolución contra el presidente Echenique que permitió a Castilla asumir por segunda vez la presidencia del Perú<sup>5</sup>.

Hoy, la figura del libertador es poco conocida en Chile, también entre los actuales tarapaqueños, excepto los que tienen raíces antiguas en la región y un círculo de especialistas e investigadores en historia. No era así en el siglo XIX, cuando Castilla compartía con figuras del espacio político y militar chileno, incluyendo algunas de la talla del presidente Manuel Bulnes, junto a quien luchó en la batalla de Yungay en contra del general Santa Cruz, el 20 de enero de 1839. Coincidió con Bulnes en los años a la cabeza de sus respectivas naciones. Ambos supieron, inteligentemente, rodearse de personas de grandes conocimientos y capacidad para un buen gobierno. También sufrieron esas miradas discriminadoras predominantes de la época; el penquista<sup>6</sup> fue tildado «el parrón» por lo gordo. Como nos dice el historiador Armando Cartes, «también es expresión del clasismo santiaguino, que lo despreciaba por su rusticidad. Era hombre de campo y un guerrero, no de salones»<sup>7</sup>. Algo similar le señalaban al tarapaqueño. A los limeños ilustrados no les generaba confianza de un buen gobierno. Sin embargo, fue quien

<sup>4</sup> Ojeda Berger, Orietta, «La antigua la Palma y la actual Humberstone. Un complejo patrimonial y un paisaje cultural pampino», en *Tiempo Histórico*, año 8, N° 14,, pp. 15-36, enero-junio del 2017.

<sup>5</sup> Barra de la Felipe, Castilla conductor militar, Lima, 1962, p. 122.

<sup>6</sup> Gentilicio de los nacidos en la ciudad de Concepción en Chile.

<sup>7</sup> Comunicación personal.

trajo consigo el orden público, idea que ya la hacía saber en 1843 a su amigo el general Nieto: «Mi principio político es, constitución y leyes; restablecimiento de todos los poderes constitucionales»<sup>8</sup>. Siguiendo sus principios, se abocó a «amar el orden, obedecer las leyes, someterse a las autoridades y odiar las revueltas, origen de incalculables atrasos, de creciente desmoralización y de perdurable oprobio»<sup>9</sup>. Y reforzando aquello, Castilla instaba a la cohesión de «todas las clases, unidas por el deseo de felicidad común»<sup>10</sup>. Este modelo de «institucionalización castillista» comprendía la «unión sagrada» de todos los peruanos y la «conjunción nacional» de todas las voluntades»<sup>11</sup>. Fue posible, nos dice la historiadora Carmen McEvoy, gracias «a las múltiples clientelas que Castilla logró acumular» a lo largo de su carrera político-militar<sup>12</sup>, lo que no era solo astucia política, sino inteligencia organizada.

Para el Perú, «Castilla aparece como algo familiar, es el «taita de todos»; y es, además, un peruano intransferible e inexportable, quintaesenciado y magnífico»<sup>13</sup>, a tal punto, que Juan Carlos Adriaola afirma: «Caudillos militares hubo en la historia del Perú durante el siglo decimonónico que han dejado huella indeleble en la conciencia nacional, pero ninguno con las características peculiares del gran mariscal don Ramón Castilla y Marquesado»<sup>14</sup>. En cambio, en Tarapacá, su recuerdo pasa por la casa que todavía se conserva en San Lorenzo y por la casona «de los Marquesado» en Iquique que, a esta altura del tiempo y de los incendios, es la más antigua

<sup>8</sup> Archivo Ramón Castilla, colección Vicuña Mackenna, cartas al general Domingo Nieto, Sala Medina, Biblioteca Nacional de Chile, Caja 31, foja 526, Pica, mayo 20 de 1843.

<sup>9</sup> El Peruano, Lima, 13 de diciembre de 1844.

<sup>10</sup> Pinto Vallejos, Julio, «La construcción social del Estado en el Perú: el régimen de Castilla y el mundo popular, 1845-1856», en *Historia*, N° 49, Vol.II, pp. 547-578, julio-diciembre del 2016, p. 560.

<sup>11</sup> McEvoy, Carmen, «El legado castillista», en *Histórica*, Vol. XX, N° 2, diciembre de 1996, p. 213.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 213.

<sup>13</sup> Basadre, Jorge, «Ramon Castilla (Tarapacá 1797-1867)», en *Peruanos del siglo xix*, Lima: Ediciones Rikchay, 1981, pp. 54-76, p. 55.

<sup>14</sup> Adriaola Silva, Juan Carlos, «Ramón Castilla y Marquesado: un personaje recurrente en las Tradiciones de Palma», en *aula palma*, XV, revista del Instituto Ricardo Palma, 2016, pp. 307-328, p. 307.

que se conserva de la época peruana temprana en el conocido barrio El Morro. En otras palabras, el recuerdo de Castilla en Tarapacá se conserva en el tejido de la memoria de la vida privada. Quizás nos sea más útil la microhistoria que la historia de los grandes personajes del Perú.

Ramón Castilla y Marquesado nació el 31 de agosto de 1797, hijo de Pedro Castilla y Manzano y de la tarapaqueña Juana Marquesado Romero<sup>15</sup>. Abrió los ojos por primera vez en el poblado San Lorenzo de Tarapacá, eje y capital de Tarapacá, en tiempos coloniales y del Perú.

La provincia de Tarapacá para 1767 —en tiempos del virrey Amat y Junient— fue separada de Arica y, por instrucción del citado Virrey, fue declarada corregimiento, siendo su capital San Lorenzo de Tarapacá. Sus principales localidades eran Sibaya, Camiña, Mamiña, Pica, Matilla y Huatacondo. Para entonces los puertos de Iquique y Pisagua eran solo pequeñas aldeas de pescadores. Sin embargo, estaban en pleno auge los asentos minerales de plata, Huantajaya y Chanabaya, especialmente el primero. Posteriormente, en 1782, dado un nuevo cambio administrativo, serán suprimidos los llamados corregimientos y se establecerán los partidos o subdelegaciones, siendo Arequipa el de más al sur, donde se encontraba Tarapacá con los repartimientos de Tarapacá, Pica, Sibaya y Camiña<sup>16</sup>. La década siguiente registraba una población de 5.406 habitantes<sup>17</sup>. Es en este escenario político-administrativo que nace Ramón Castilla.

<sup>15</sup> Vargas Ugarte, Rubén S.J., Ramón Castilla, Buenos Aires: Imprenta López, 1962, p. 14. Para el caso del nombre de la madre, no existe un criterio uniforme, dado que aparece también como Francisca en Castilla estadista y soldado, Instituto Libertador Ramón Castilla, Lima, 1964, p. 23. Para Dulanto Pinillos la llama Francisca y para Mariano Paz Soldán la señala de nombre Juana. Juan Carlos Adriazola refiere solo como Juana en «Ramón Castilla y Marquesado: un personaje recurrente en las Tradiciones de Palma», en aula palma XV, Revista del Instituto Ricardo Palma, 2016 pp. 307-328. En cambio, en la referencia del autor Fernando Ayllon Dulanto, en biografía Castilla y Marquesado Ramón, la señala de nombre Juana Francisca.

<sup>16</sup> Donoso Rojas, Carlos, «Disputas testamentarias en Tarapacá colonial», en Una región rica, fértil y abandonada. Economía, cultura, sociedad en Tarapacá (siglos xvi-xx). Ediciones Universidad de Tarapacá, 2018, p. 40.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 40.

Su abuelo paterno era Pedro Castilla, natural de Santillana en la región de Santander, España. Llegó a Sudamérica como visitador de Hacienda y se estableció en la naciente Buenos Aires, donde se casó con Paula Manzano. Su hijo Pedro Castilla y Manzano, buscando nuevos horizontes se dirigió a Carangas en el Alto Perú, región fronteriza de Tarapacá. En 1781 se trasladó a Tarapacá oficiando de cateador de minas, llegando, como era lo habitual, a la mina de San Agustín de Huantajaya, localizada muy cerca del puerto de Iquique. En Tarapacá fue recibido por Juan Bautista Marquesado, natural de Génova, quien estaba casado con Magdalena Romero, de origen tarapaqueño y que descendía por línea materna de un cacique de la región de Tacna<sup>18</sup>, con quien tuvo cuatro hijos<sup>19</sup>: Juana, Carmen, Juan Manuel y María Magdalena. Al paso de un tiempo, en 1788, Pedro Castilla y Manzano contrae matrimonio con la primogénita, Juana.

Siguiendo a Jorge Dulanto Pinillos, nos refiere que de la unión de la pareja Castilla y Marquesado habrían nacido: Leandro Gregorio, el 13 de marzo de 1790; Petrona, nacida el 29 de junio de 1792; le sigue Melchora; Ramón, quien nace el 31 de agosto de 1797 y fallece el 30 de mayo de 1867; José María, el 23 de diciembre de 1799; Víctor, nacido el 13 de noviembre de 1802, y Felicidad, el 7 de marzo de 1804 y<sup>20</sup> fallecida el 28 de julio de 1869<sup>21</sup>.

Siendo muy joven, Ramón fue llevado por su hermano Leandro en 1810 a Lima para sus primeros estudios; se trasladó luego al sur de Chile, incentivado por la amistad de su tutor y hermano Leandro con Matías de la Fuente, uno de los precursores de la industria del

<sup>18</sup> Contreras, Carlos y Cueto, Marcos, Historia del Perú contemporáneo. De las luchas por la independencia hasta el presente, puc, Perú, U. del Pacífico, iep, 2000, p. 105.

<sup>19</sup> Paz Soldán, Mariano Felipe, «Biografía del gran Mariscal don Ramón Castilla y Marquesado», en Castilla, estadista y soldado, Antología, Instituto Libertador Ramón Castilla, Lima, 1964 pp. 3-22, p. 5. y Dulanto Pinillos, Jorge, Castilla. Compañía de Impresiones y Publicidad, Lima, 1955, p. 19.

<sup>20</sup> Dulanto Pinillos, Jorge, p. 20.

<sup>21</sup> Registro oficina n°. 25 de Paradas Sacramento de Soto Flores, Cantón Negreiros. Felicidad fue dueña de 16 estacas salitreras, las cuales hereda su hija María Castilla Castilla. Se registra el fallecimiento en testimonio de testamento en favor de su hija con fecha de agosto de 1869.

salitre, quien se encontraba radicado en la ciudad de Concepción. En dicha plaza, conocida como «pencona»<sup>22</sup>, De la Fuente ofrece a Leandro Castilla una oportunidad para trabajar. Será, precisamente, en dicha sureña ciudad de Chile donde el joven Ramón continuará sus estudios, los cuales, nos dice la bibliografía, se verán postergados al ingresar a las fuerzas realistas para formar parte, en carácter de voluntario, como cadete del Cuerpo de Caballería de los Dragones de la Frontera, en 1812<sup>23</sup>. Hasta entonces su vida se había cruzado con la de otro tarapaqueño que, si bien tenía en su linaje mayores títulos y riqueza, por descender del minero más rico de Huantajaya, José Basilio de la Fuente Haro y Loayza, alcanzaron prácticamente los mismos cargos políticos. Me refiero a José Antonio Gutiérrez de la Fuente. Este último también alcanzaría, brevemente, el sillón de jefe supremo de la Nación en Perú y senador por Tarapacá.

No ahondaremos en la ya conocida historia de Castilla<sup>24</sup> en el proceso emancipador americano<sup>25</sup>, para centrarnos en Tarapacá.

Ramón Castilla fue nombrado subprefecto de Tarapacá (también lo indican como intendente) por decreto en Arequipa, el 24 de junio de 1825, y como autoridad política militar de Tacna y Arequipa de 1825 a 1828<sup>26</sup>. Sin embargo, es preciso decir que «una vez declarada la Independencia, las autoridades criollas cambian el nombre de intendencia por departamento», el cual es gobernado por un prefecto, quien era designado por el presidente de la

<sup>22</sup> Dado el origen de la ciudad en la localidad de Penco.

<sup>23</sup> M. Felipe Paz Soldán refiere que «obtuvo el despacho de cadete de Caballería en el Regimiento 'Dragones de la Frontera' que formaba parte del ejército español, «Biografía del gran Mariscal Castilla y Marquesado», en Castilla, estadista y soldado. Antología. Instituto Libertador Ramón Castilla, pp. 3-22, Lima, 1964, p. 5.

<sup>24</sup> Denegri Luna, Félix, En torno a Ramón Castilla, Lima, 1969, pp. 155 y ss.

<sup>25</sup> Toro Díaz, Rogelio, Castilla, libertador y guerrero. 1854-1954, Lima, 1954, p. 6.

<sup>26</sup> Miñano Carlos, en Castilla, estadista y soldado, Instituto Libertador Ramón Castilla, Lima, 1964, p. 33, indica que es intendente. Alberto Tauro nos señala que es nombrado subprefecto, en Ramón Castilla, ideología, Ediciones Hora del Hombre, imprenta El Cóndor, Lima, 1948. Rubén Vargas s.j. refiere que «La Fuente lo nombra el 24 de junio de 1825 subprefecto de Tarapacá», en Ramón Castilla, Imprenta López, Buenos Aires, 1962, p. 40.

República<sup>27</sup>. Para entonces la población de Tarapacá era de 9.171 personas, la cuarta con menor número de habitantes de la naciente República, respecto de otras localidades y sus provincias, según el censo de 1827<sup>28</sup>.

De este periodo destaca, en el año 1827, la especial misión que le encomendó Castilla de manera visionara al joven investigador, el químico inglés William Bollaert, quien había llegado en 1825 a trabajar a la mina de Huantajaya, con el objeto de registrar y establecer la primera cartografía de la región de Tarapacá, destacando las diversas riquezas minerales, de manera especial la presencia del mineral no metálico, el salitre. La tarea tendría el «propósito de reconocer lugares y potencialidades económicas a efecto de establecer qué correspondía a lo que se podía visualizar como territorio nacional»<sup>29</sup>. Con todo, significaba «realizar un recorrido exploratorio destinado a tener una descripción acabada de la geografía física y humana de la circunscripción a su cargo»<sup>30</sup>, lo cual permitiría que sea «la primera acción de una repartición del aparato estatal peruano por configurar, a través de parámetros mensurables, el espacio tarapaqueño como parte del territorio nacional»<sup>31</sup>. Este valioso mapa, que constituye un documento esencial de estudio citado por diversos especialistas, permitió «definir los límites con Bolivia para solucionar cuestiones legales entre comunidades indígenas del interior», transformándose en la más exhaustiva representación de la provincia<sup>32</sup>. En la revista *Norte Grande*, en palabras de Boallert: «En 1827, a petición de Castilla, intendente de la Provincia por entonces,

<sup>27</sup> Leonardini, Nanda, comp., Informe de los prefectos durante el primer gobierno del Mariscal Ramón Castilla (1845-1850). Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Seminario de Historia Rural Andina, Lima, 2007, p. 5.

<sup>28</sup> *Op. cit.* Contreras Carlos y Marcos Cueto, 2000, p. 78. Tenían menos población en Provincia de Lima, Santa y Callao, La Libertad, Jaén.

<sup>29</sup> Castro Castro, Luis *et al.*, «William Bollaert y sus descripciones geográficas, cartográficas y antropológicas sobre la provincia de Tarapacá en la etapa inicial de la formación republicana del Perú, 1827-1854», en *Historiolo. Revista de Historia Regional y Local*, Vol. 9, N° 18, julio-diciembre de 2017, pp. 121-164, p. 126.

<sup>30</sup> *Ibid.*

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 126.

<sup>32</sup> Donoso Rojas, Carlos, «Los albores de la industria salitrera en Tarapacá», en *Revista Chungará*, Vol. 50, N° 3 pp. 459-470, 2018, p. 462.

el señor George Smith y yo examinamos el distrito»<sup>33</sup>. El detallado catastro fue clave para cuantificar las perspectivas económicas de Tarapacá, dada la ubicación de yacimientos mineros, incluidos los depósitos de salitre, entre otros. Este valioso informe fue entregado por el propio Bollaert a Castilla y a las autoridades peruanas en 1828. La medida, tempranamente acometida por Castilla, se verá reforzada años después en su primer periodo presidencial, al financiar la destacada obra de Mariano Paz Soldán, *Geografía del Perú*, publicada en 1864. El historiador Óscar Bermúdez recuerda que los estudios realizados por Jorge Smith y William Bollaert, en 1827, fueron «auspiciados por Ramón Castilla, primer Intendente de Tarapacá en el periodo republicano»<sup>34</sup>.

Para 1835, Castilla fue designado prefecto de Puno, el mismo año en que el Libertador contrajo nupcias, el 2 de mayo, con Francisca Diez Canseco y Sánchez Corbacho, nacida en 1812, hija de don Manuel Diez Canseco y Nieto y de doña Mercedes Sánchez Corbacho y Abril, naturales de Arequipa. La pareja Castillo y Diez Canseco no tuvo descendencia<sup>35</sup>. Sin embargo, Castilla sí tuvo hijos: en 1825 nació Manuel Castilla de Cárdenas, hijo de María de Cárdenas Rivero; le sigue Federico Castilla Villegas, nacido en 1833 y fallecido en 1860, hijo de Francisca Villegas y, más tarde, Juan Gregorio Castilla Colichón, quien nace en 1851 y fallece en 1884, hijo de Carolina Colichón<sup>36</sup>. Su viuda Juana Diez Canseco le sobrevivió muchos años, falleciendo en 1904<sup>37</sup>.

Estando Castilla en la presidencia del Perú, le encomienda una importante tarea a George Smith: llevar a cabo el primer mapa

<sup>33</sup> Larraín, Horacio, «Descripción de la provincia de Tarapacá por William Bollaert», en Norte Grande, Vol. I, N° 3-4, marzo-diciembre de 1975, pp. 459-479, p. 466.

<sup>34</sup> Bermúdez, Óscar, Historia del salitre desde sus orígenes hasta la Guerra del Pacífico, Editorial Universidad de Chile, Santiago, 1963 p. 129.

<sup>35</sup> *Op. cit.* Vargas, Rubén, p. 61.

<sup>36</sup> Ayllon Dulanto, Fernando, «Castilla y Marquesado Ramón», artículo elaborado para el sitio web del Museo del Congreso y de la Inquisición, p. 8.

<sup>37</sup> «Pedigree Resource File,» database FamilySearch en: <https://familysearch.org/ark:/61903/2:2:3LS2-VCH>: accessed 17.12.2019, entry for Manuel Ramón Castilla y Marquesado; «Familia Ruiz» file (2:2:2:MM6G-YGG), submitted 2.2.2019 by germnruizsnchezsalazar1 [identity withheld for privacy].

salitrero de Tarapacá. Smith, quien de empleado de la casa Hogdson en Iquique se transformó en uno de los más importantes empresarios salitreros innovadores y gran conocedor del desierto, realizó esta empresa con notable destreza, a tal punto que su mapa todavía es referente para los investigadores del Ciclo del Salitre (mapa 2).

La preocupación de Castilla por potenciar la minería del salitre, cuyas primeras exportaciones exitosas se realizaron en 1830, pasó —irónicamente— por disminuir el peso político y administrativo (no así social y cultural) de San Lorenzo de Tarapacá para transferirlo a los puertos de Pisagua e Iquique, especialmente a este último. Castilla, en este sentido, tuvo una vez más visión de estadista: eran los puertos y no los poblados del interior los que debían salir al encuentro del mercado internacional. Por ello, le otorgó a Iquique el título de puerto mayor, el 13 de noviembre de 1843, porque así se «le permitía importar y exportar productos sin tener que ser gravados en Arica»<sup>38</sup>. Aparejado a esa medida, se dotó de funcionarios fiscalizadores y «a abrir una caja recaudadora de contribuciones»<sup>39</sup>. El propio Castilla destaca el (más potencial que real) comercio de salitre<sup>40</sup> en Tarapacá, materia que había tomado conocimiento a través del informe enviado al ministro encargado del despacho de Hacienda, al expresar: «Tarapacá tiene un ingreso fuerte con las exportaciones al extranjero de sus salitres, pues recibe por ellos más de 300.000 pesos»<sup>41</sup>, contando además con la presencia de una fábrica de pólvora de cañón y fusil, y dada su producción, «no hay necesidad de comprar un solo gramo al extranjero que la vende a buen precio»<sup>42</sup>.

<sup>38</sup> Castro Castro, Luis, «Demanda de ciudadanía, construcción de nación y rentismo minero, los planteamientos regionalistas de los habitantes de la provincia peruana de Tarapacá (1827-1874)», en *Temas Americanistas*, N° 39, diciembre del 2017, p. 47.

<sup>39</sup> Donoso Rojas, Carlos, «El puerto de Iquique en tiempos de administración peruana», en *Historia*, Vol. 36, 2003, pp. 123-158, p. 130.

<sup>40</sup> Archivo Ramón Castilla, colección Vicuña Mackenna, cartas a general Domingo Nieto, Sala Medina de la Biblioteca Nacional de Chile, caja 31, foja 526, Pica, mayo 20 de 1843.

<sup>41</sup> Archivo Ramón Castilla, colección Vicuña Mackenna «Despacho de Hacienda», Moquegua, Sala Medina de la Biblioteca Nacional de Chile, caja 31, foja 319, enero 2 de 1843.

<sup>42</sup> Archivo Ramón Castilla colección Vicuña Mackenna, cartas a general Domingo Nieto, Sala Medina de la Biblioteca Nacional de Chile, caja 31, foja 625, Tacna,



Un hecho nos permite saber la importancia de Tarapacá y su cercanía con Castilla. En enero de 1842, mientras acontecía una batalla en Tarapacá por la llegada de tropas bolivianas invasoras, la comunidad tarapaqueña se organizó en ayuda de la Guardia Nacional peruana que estaba en el frente<sup>43</sup>. Esta había logrado reunir un importante capital entre diciembre de 1841 y febrero de 1842, lo cual involucraba la donación de dineros de los conocidos vecinos de Tarapacá, encabezados por el subprefecto Calixto Gutiérrez de la Fuente, hermano del general Antonio Gutiérrez de la Fuente. Entre los nombres que resaltan para este artículo se encuentra Manuel Almonte Viguera, quien había sido, para 1815, subdelegado del Partido de Tarapacá<sup>44</sup>, leal partidario de Castilla, propietario de establecimientos beneficiadores de la plata del mineral de Huantajaya, ubicado en la localidad de La Tirana<sup>45</sup> y, posteriormente, dueño de la referida oficina salitrera La Palma<sup>46</sup>. También engalanaba esa lista de notables, Felicidad Castilla, hermana menor del prócer y dueña de un estacamento salitrero, de nombre Sacramento, en el cantón de Negreiros.

Para 1845, el puerto de Iquique se encontraba en una compleja situación. No existían pertrechos y víveres necesarios para la población, ni el necesario forraje para la alimentación de los mulares y animales que servían en la faena salitrera. Por ello, en octubre del citado año, Castilla, en su calidad de ministro de Hacienda y con autorización del Congreso, hizo posible que se aprobara una ley en la cual se autorizaba a toda embarcación peruana a importar desde

---

julio 30 de 1843.

<sup>43</sup> Castro Castro, Luis, «Las balas del Niño Dios: la batalla de Tarapacá y la formación de la nación en el extremo sur del Perú (1822- 1842)», en *Historia Unisinos*, 21, Setembro/ Diciembre 2017 pp. 426-443, p. 437.

<sup>44</sup> Lanús Castillo, Paulo, «El partido de Tarapacá y el extremo sur del virreinato peruano durante la revolución cuzqueña de 1814», en 1814. La Junta de Gobierno del Cuzco y el sur andino. Editora S.O'Phelan. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima, 2016, pp. 409-433.

<sup>45</sup> La Tirana, localidad donde actualmente se celebra, cada 16 de julio, la fiesta religiosa en honor a la Virgen del Carmen, patrona de Chile. Declarada Zona Típica en su tipología de pueblo tradicional, se encuentra protegida por decreto n°. 1752 de 1971, bajo la Ley 17.288 de Monumentos Nacionales de Chile.

<sup>46</sup> *Op. cit.* Ojeda Berger, Orietta, p. 18.

el extranjero al puerto de Iquique, artículos considerados como de primera necesidad y otros para el desarrollo local: harina, manteca, frijoles, carne salada, tabaco, cebada, afrecho, maíz. Para apoyar a las faenas de extracción de salitre se permitía importar: leña, carbón de piedra, madera, sacos vacíos o géneros para su confección, ladrillos, fondos de fierro, herramientas y elementos para desalinizar el agua<sup>47</sup>. La medida, que posibilitaba ingresar objetos libres de derechos como es el caso de combustibles, como leña y carbón de piedra, favoreció también a buques de otras nacionalidades, lo que incentivará la importancia de Iquique como puerto de embarque.

Durante ese periodo de 1845 se realizaron obras, como el Tajamar: «Se empezó a trabajar la de Pica en 1845 con los fondos de la policía»; se abrieron en Iquique pozos, pero el resultado no fue el esperado, «porque dio agua mala»<sup>48</sup>. Para contar con un muelle apropiado en la ciudad se hizo limpiar ese año «la caleta principal de desembarco». Dos años después se hacía expresa mención a una garita frente a la caleta de desembarco, contar con un edificio apropiado para la función de aduana, para ello, se tenía un plano y presupuesto del inmueble. Esta estructura se construiría durante del gobierno de José Balta. Se mencionaba también la construcción de la cárcel del pueblo Tarapacá, con fondos propios. En el distrito de Camiña, para 1847, según el informe de José Allende, se refería la construcción de la cárcel y una casa de abasto.

Ramón Castilla impulsó el establecimiento de escuelas en el sur del Perú<sup>49</sup>, quizás porque él mismo debió partir a Lima y Concepción para educarse. Con fecha 15 de mayo de 1847, según el informe de septiembre de 1848 a manos de Mariano E. de Rivero, se daba cuenta de haber restablecido la escuela en el pueblo de Tarapacá, «con la dotación de trescientos cincuenta pesos de los mil quinientos que para este objeto se señalan al departamento»<sup>50</sup>.

<sup>47</sup> *Op. cit.* Donoso Rojas, 2018, p. 96.

<sup>48</sup> *Op. cit.* Leonardini, Nanda, Informe de los prefectos, pp. 212 y s.

<sup>49</sup> González Marín, Carlos, *La Escuela Peruana en Tacna (1793-1907)*, Impresiones Moreno, Lima, Perú, 1970.

<sup>50</sup> *Op. cit.* Leonardini, Nanda, p. 224.

Esos años cuarenta fueron difíciles para el sur peruano. Castilla, a través de la reserva de la correspondencia que mantiene con su amigo, el general Nieto, en la cual es evidente el grado de cercanía y confianza, le expresa en una carta fechada en Tacna el 4 de octubre de 1843<sup>51</sup>, su estado anímico y de salud. Se encontraba enfermo en Tarapacá y particularmente en Pica:

Mi qdo. amigo:

Venciendo un millón de obstáculos, sin un peso en sacos y sin salud he podido desprenderme de esta ciudad con todo lo que he podido para auxiliar a esa ciudad y a V. estoy tan aburrido de la vida que llevo, que el mayor bien que puedo exigir a mis enemigos es la muerte; porque sólo ella aliviar la situación harto inmerecida de su afmo. amigo y servidor.  
R. Castilla.

Nuevamente, en 1848, Castilla, ahora en su condición de presidente del Perú, apoya a la región y al puerto de Iquique estableciendo ciertas franquicias aduaneras y la rebaja del derecho de exportación del salitre. Siguiendo al historiador Carlos Donoso, la medida se argumentaba en que «la provincia de Tarapacá merece una protección por ser un ramo naciente de la industria, porque si se favorece su desarrollo podría ser de grande importancia que contribuir al aumento de la riqueza y porque en dicha provincia y particularmente en Iquique es casi el único recurso con que cuentan sus habitantes para su subsistencia»<sup>52</sup>. La crisis en Iquique hacía necesario contar con un apoyo decidido y esa era la voz de Castilla. Al siguiente año, 1849, establece condonar el pago de los derechos que debía realizar el trigo que llegaba a la ciudad.

<sup>51</sup> Archivo Ramón Castilla, colección Vicuña Mackenna cartas R. Castilla a general Domingo Nieto, Sala Medina de la Biblioteca Nacional de Chile, caja 31, Vol. 125, fojas 672.

<sup>52</sup> *Op. cit.* Donoso Rojas, Carlos, p. 98.

Para 1849, decretó el Ministerio de Hacienda, el 8 de octubre, por orden de Castilla, que «los salitres de Tarapacá [quedarán] libres en su exportación de todo derecho fiscal»<sup>53</sup>.

Castilla volvió a Tarapacá en 1863. Nos dice Rubén Vargas que se impresiona al momento de llegar al puerto de Iquique por el «extraordinario desarrollo que ha tomado este puerto, cuyo movimiento solo tiene paralelo con el de Callao». Sin embargo, al parecer era una primera impresión o su deseo, pues la realidad era muy distinta. Luego nota el atraso de la ciudad, como la urgente necesidad de contar con un muelle de carga y descarga para las pequeñas embarcaciones. Si bien se habían realizado medidas en apoyo, era evidente la preocupación de las autoridades locales, como lo evidencia la nota del entonces subprefecto, dando cuenta de la decadencia de la provincia en donde la migración había disminuido y la baja de su población, atendido el cierre de oficinas salitreras de Parada y Máquina, de las 226 en funciones, en marzo de 1860, apenas sobrepasaban las 40 en diciembre de 1861, todo vinculado al bajo precio de venta del salitre en mercados europeos<sup>54</sup>. Un panorama de la gravedad económica de la industria del nitrato, nos la entrega un testigo de época, el empresario salitrero Juan Williamson: «[...] los dueños de establecimientos que no tengan a su mano la facilidad de recursos, ni puedan todos los días estimar la cantidad de salitre beneficiado, se ven impedidos de arreglar cuentas de sus peones día por día...»<sup>55</sup>. Posiblemente, esta situación le dolería profundamente a Castilla: ver que sus paisanos no recibían la justa recompensa del arduo trabajo que significó adentrarse a uno de los desiertos más secos del planeta, catear el caliche, transformarlo y venderlo en el mercado internacional. No imaginaría que poco después de su muerte, en 1868, el presidente Balta prohibiría el cateo libre (una actividad propia de los tarapaqueños salitreros) y le aplicaría un impuesto a cada quintal de salitre exportado. Sin embargo, el primer *boom* salitrero llegaría en 1870 para durar solo hasta 1874, pues

<sup>53</sup> *Op. cit.* Castro Castro Luis, p. 48.

<sup>54</sup> El Mercurio de Tarapacá, Iquique, 17 de diciembre de 1861, año 3, pp. 1 y 2.

<sup>55</sup> Williamson, Juan, *Observaciones sobre la industria de la provincia de Tarapacá*. Tipografía de Mariano Gomez y C°, Callao, 1860, p. 12.

en 1875 el flamante banquero civilista, el presidente Manuel Pardo, expropiaría esta industria, sacándola de las manos tarapaqueñas para ponerlas en manos limeñas y, después, fracasada esta expropiación, estando Tarapacá bajo la administración chilena, en manos extranjeras<sup>56</sup>. Casi de inmediato, «el capital inglés representado con un 13% en 1878 había subido a 34%»<sup>57</sup>, y seguiría en alza hasta que prácticamente las oficinas salitreras de nacionalidad y capitales peruano y chileno fueron desapareciendo en la década siguiente. Aun así, algunos apellidos tarapaqueño-peruanos persistieron hasta el cierre del ciclo de expansión del salitre, como propietarios de oficinas salitreras: Quiroga, Ossio y Vernal, entre otros.

## DE INDÍGENAS Y ESCLAVOS

A Ramón Castilla se le recordará por haber suprimido el tributo indígena y abolido la esclavitud en Perú. Tarapacá no estuvo ajena a su sensibilidad hacia esos pueblos, porque en las familias criollas de la provincia tuvo esclavos a su servicio, debido a la proximidad de algunos valles cálidos como Azapa<sup>58</sup> o Locumba, donde podían proveerse de esta mano de obra. Prácticamente todas las familias de los mineros y productores de Tarapacá tuvieron población africana en sus dependencias. Algunas alcanzaron gran familiaridad, quizás por lo mismo quedaron invisibilizados detrás de sus amos blancos o mestizos, algo que la historiografía actual está develando. Como bien señalan Díaz, Morong y Mondaca:

El pasado de Arica y Tarapacá en los siglos XIX y XX, rodeado de procesos de vertiginosa transformación (la Guerra del Pacífico, la anexión del norte al Estado chileno, las complejas asimilaciones identitarias a los proyectos nacionales, la

<sup>56</sup> González, Sergio, «La resistencia de los tarapaqueños al monopolio salitrero peruano durante el gobierno de Manuel Pardo: desde el estanco a la expropiación», en Chungará, Vol. 44, N° 1, 2012, pp. 101-114.

<sup>57</sup> Semper, Erwin y Michels, W, La industria del salitre en Chile, Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1908, p. 139.

<sup>58</sup> Díaz, Alberto, Galdames, Luis y Ruz, Rodrigo, comps., Y llegaron encadenados: las poblaciones afrodescendientes en la historia de Arica y Tarapacá (siglos XVII-XIX), Editorial Universidad de Tarapacá, 2013.

violencia física y simbólica devenida del proceso precedente), logró ser campo legítimo de discusión bajo la premisa epistemológica de considerar al «indio» o al «negro» como sujetos históricos<sup>59</sup>.

En tiempos del Virreinato era normal el comercio de esclavos, también la tenencia de mujeres esclavas para «amas de leche»<sup>60</sup>. La medida con que Castilla puso término a la esclavitud fue decretada por vez primera en Huancayo, el 3 de diciembre de 1854, en su calidad de libertador y presidente provisorio.

La iniciativa de Castilla no estuvo exenta de problemas por cuanto si bien fue aceptada, los hacendados y dueños de esclavos pedían se les indemnizara; sin embargo, para Humberto Rodríguez: «con Castilla no hubo en realidad manumisión sino una compra masiva de esclavos por parte del Estado peruano, que gozaba de la bonanza de los ingresos del guano»<sup>61</sup>. Fue una medida valorada y reconocida por los hombres y mujeres que, libres, agradecían a Castilla:

DOS DÉCIMAS DE UN HOMBRE  
DE COLOR DEDICADAS A RAMÓN CASTILLA

Mi amo, mi Libertador,  
hombre lleno de virtudes,  
recibe las gratitudes,  
de los hombre de color.  
Haces veces del Creador,  
con tu pública piedad;  
no amarte sería ruindad  
siendo imagen de virtud.  
Se acabó la esclavitud,  
nos diste la libertad.

---

<sup>59</sup> Díaz, Alberto; Morong, Germán y Mondaca, Carlos, «Entre el archivo y la etnografía. Reflexiones historiográficas desde la periferia del norte de Chile», en *Diálogo Andino*, N° 46, 2015. pp. 107-121.

<sup>60</sup> Rodríguez Pastor, Humberto, «Abolición de la esclavitud en el Perú y su continuidad», en *Investigaciones Sociales*, año IX, N° 15, Lima, pp. 441-456.

<sup>61</sup> *Ibid*, p. 445.

Si alguna vez se ofreciera  
si algún hombre te agraviara,  
todo moreno peleara,  
y mil víctimas hiciera.  
Cualquier nación, cualquiera,  
que presumiera ofenderte  
mirará su última suerte;  
pues todo hombre de color  
peleará con tal valor  
que atropellará la muerte.  
C.S.-L.M.

*El Comercio*, jueves 8 de febrero de 1855<sup>62</sup>.

Podemos suponer que quien haya sido el autor o los autores de estas décimas, contaban con un significativo grado de ilustración, junto con el hecho de haber sido reproducidas oportunamente, puesto que el 25 enero de 1855 se había publicado la ley de manumisión de la esclavitud en la prensa limeña.

Consolidado el gobierno provisorio en 1855, nos dice Julio Pinto, la prensa de la época elogiaba los cambios logrados al sintetizar que «se había hecho más en pocas semanas por la libertad que en tres largas décadas transcurridas desde la Independencia»<sup>63</sup>. Agrega: «la prioridad absoluta para Castilla fue siempre la restauración del orden (incluido, el orden social frecuentemente amagado por la turbulencia plebeya) y el encauzamiento del naciente estado peruano por las vías de un progreso providencialmente alimentado por la bonanza guanera»<sup>64</sup>.

Entre la población tarapaqueña, posiblemente a diferencia de la de las regiones del centro-sur de Chile, son notorios los rasgos africanos, asiáticos e indígenas, heredados de antepasados coloniales y precolombinos. En el caso de los asiáticos, llegaron fundamentalmente con las economías del guano y del salitre. En cambio, las facciones indígenas, que también se pueden observar en los pómulos

---

<sup>62</sup> *Ibid.* p. 453.

<sup>63</sup> *Op. cit.* Pinto, Julio, 2016, p. 556, en alusión a *El Comercio*, Lima, 7 de marzo de 1855.

<sup>64</sup> *Op. cit.* Pinto, Julio, 2019, p. 331.

de Ramón Castilla, provienen de los grupos humanos que habitaron los mismos valles antes de la llegada de los conquistadores españoles, con quienes se mestizaron en pocas décadas. Sin embargo, en los valles altos y en el altiplano de Tarapacá habitaban poblaciones indígenas mayoritariamente de habla aymara, algunas asociadas al señorío de Carangas. Los especialistas Héctor González, Hans Gundermann y Jorge Hidalgo lo señalan con precisión:

La presencia española se concentró en los valles bajos cercanos a la costa en el caso de Arica y en los oasis y quebradas cercanas a la pampa en Tarapacá. Con excepción de algunos poblados como Pica o Tarapacá, donde coexistieron indígenas, criollos y descendientes de africanos, la población indígena fue replegada hacia la precordillera andina (valles occidentales) y la alta cordillera fronteriza con los corregimientos de Carangas y Pacajes<sup>65</sup>.

Esa población indígena, conocida perfectamente por Castilla, comenzó a rebelarse del dominio español desde el siglo anterior, especialmente entre 1771 y 1781<sup>66</sup>, llegando esa voz de emancipación hasta el propio pueblo de San Lorenzo de Tarapacá. Del mismo modo como llegó la voz de independencia a inicios del siglo, entre 1815 y 1822<sup>67</sup>, cuando destacó un indígena llamado José Choquehuanca. El historiador Luis Castro nos dice de él:

Las referencias sobre José Choquehuanca son muy genéricas. Apenas se menciona su condición de indígena y tener trayectoria como rebelde. Cabe la posibilidad de que haya sido parte del linaje del cacique de Azángaro, Manuel José Choquehuanca, que mantuvo una rebelión entre 1811 y 1812 en la región del Cuzco. También es factible la opción de que fuera oriundo de la zona o afincado en ella por largo tiempo,

<sup>65</sup> González, Héctor; Gundermann, Hans e Hidalgo, Jorge, «Comunidad indígena y construcción histórica del espacio entre los aymaras del norte de Chile», en *Chungará*, Vol. 46, N° 2, 2014, pp. 233-246.

<sup>66</sup> Hidalgo, Jorge, *Historia andina en Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 2004.

<sup>67</sup> Castro Castro, Luis, «El proceso independentista en el extremo sur del Perú: desde la invasión de Julián Peñaranda a la sublevación de Pascual Flores. Tarapacá 1815-1822», en *Historia*, N° 51, Vol. II, julio-diciembre del 2018, pp. 365-392.



sobre todo a partir de la alusión de que un hijo suyo, Jacinto, participó en la revuelta de Huantajaya de 1822<sup>68</sup>.

Cuando la voz de independencia llegó a Tarapacá, Castilla estaba en Concepción enrolado en el ejército realista. Sus amigos tarapaqueños, como Atanacio Tinaxas Mamani —mestizo de padre español y madre indígena boliviana—, uno de los más relevantes salitreros de la época y destacado por la historiografía salitrera<sup>69</sup>, se mantuvieron dubitativos frente a los vientos de cambio; a veces apoyaron a la causa patriota y en otras la reprimieron, el propio Choquehuanca fue fusilado en Arica<sup>70</sup>.

Castilla, ya en el poder, consciente del sacrificio que significaba el tributo indígena y su relevancia para el presupuesto de la nación, pues era utilizado fundamentalmente «para la atención de los propios gastos departamentales»<sup>71</sup>, en su balanza personal lo primero era más relevante. El problema indígena tal vez tocó también sus fibras personales, porque debió enterarse de algunas opiniones como la del viajero alemán Karl von Scherzer en 1857, quien lo describió como «un mestizo de cara indígena muy marcada, con pómulos salientes, nariz curva, pelos erizados, grises y muy cortados y de enérgicos pero crudos rasgos [...] sin cualidades intelectuales ni culturales»<sup>72</sup>. No imaginaría jamás este viajero que Castilla sería recordado como un organizador político, un promotor de la educación pública, un gestor de las artes y la cultura, y no meramente un caudillo militar.

El 5 de julio de 1854, decretó en Ayacucho que se suprimía «la contribución denominada de indígenas». Ahora que el país contaba con el «recurso extraordinario del guano» podía emanciparse a la «raza indígena» de esa humillante imposición, convirtiéndola, «por el natural efecto de la civilización en factor de progreso y engrandecimiento nacional»<sup>73</sup>. De esa forma, Castilla hizo realidad el espíritu que justificó la emancipación americana en Perú.

<sup>68</sup> *Op. cit.* Castro, p. 371.

<sup>69</sup> *Op. cit.* Bermúdez, p. 418.

<sup>70</sup> *Op. cit.* Castro, El proceso independentista..., p. 374.

<sup>71</sup> *Op. cit.* Contreras y Cueto, p. 132.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 105.

<sup>73</sup> *Op. cit.* Pinto, 2019, p. 283.

## SENADOR POR TARAPACÁ

Cuando Tarapacá se incorporó definitivamente a Chile, y el auge del salitre la transformó en una provincia económicamente atractiva, además de ser un territorio de mucha efervescencia social y política, llegar a senador por esta zona era, como dijo Sergio González, «una entrada en la historia»<sup>74</sup> de Chile. De hecho, llegaron a ser presidentes de la República, después de ser senadores por Tarapacá, Ramón Barros Luco, Arturo Alessandri Palma, Gabriel González Videla y Salvador Allende. Candidato presidencial fue el senador por Tarapacá Neftalí Reyes Basoalto, más conocido como Pablo Neruda. Asimismo, el candidato presidencial y obrero comunista, Elías Lafertte Gaviño, fue senador por Tarapacá.

También hay una historia de Tarapacá con figuras que llegaron a la presidencia de la República en Perú, es este orden: Ramón Castilla y Marquesado, José Antonio Gutiérrez de la Fuente y Guillermo Billinghurst Angulo, si bien, con excepción de este último, Castilla y Gutiérrez de la Fuente llegaron primero al poder en Lima y, posteriormente, al Senado representando a Tarapacá. Hubo otro tarapaqueño que alcanzó el sillón presidencial del Palacio Pizarro, Remigio Morales Bermúdez, natural de Pica, pero no fue senador por Tarapacá.

Entro los chilenos observamos altas cumbres de la política nacional e internacional, como el *León de Tarapacá*, Arturo Alessandri Palma, y Salvador Allende Gossens (quien vivió y se educó en Iquique). Claro que ninguno tiene esa áurea de haber sido parte de la emancipación americana como Gutiérrez de la Fuente y Castilla, pues este último subió aún más arriba al ser considerado *Libertador*.

Ramón Castilla, en su condición de senador por Tarapacá, salió elegido presidente del Senado Nacional en 1864. Fue acompañado en la Mesa Directiva por los senadores Juan Miguel del Carpio, vicepresidente; Francisco Chávez, secretario, y Epifanio Zerpa, prosecretario. Poco es lo que se conoce sobre este periodo y su gestión

<sup>74</sup> González Miranda, Sergio, «Senador por Tarapacá o una entrada en la historia», en Camanchaca, N° 14, Taller de Estudios Regionales ter, Iquique, 1993, pp. 44-46.

parlamentaria. Se opuso al presidente Pezet, motivo por el cual fue apresado y desterrado a Gibraltar en 1865. Retornará a Lima en mayo de 1866<sup>75</sup>. De vuelta en el país, nuevamente será deportado, esta vez a Chile por ser contrario al presidente Mariano Ignacio Prado. Existe un capítulo relevante en la biografía de Castilla relativo a su relación estrecha con Concepción, donde estudió y pasó su exilio. Sabemos que tuvo intereses económicos, pero no hemos accedido a detalles de esta residencia en la segunda capital de Chile, siempre contrastando el poder de Santiago, en el siglo XIX<sup>76</sup>.

### LAS IMPRECISIONES DE LA MIRADA DESDE EL CENTRO

La mirada al prócer Ramón Castilla realizada desde el centro político, aunque sea desde los ojos de uno de los historiadores más notables del Perú, Jorge Basadre, tacneño por antonomasia, suele ser imprecisa.

Hemos leído en algunos periódicos de época diferentes artículos que refieren al fallecimiento del gran mariscal D. Ramón Castilla, donde se menciona que «a las diez y nueve leguas de Tarapacá hacia el Norte hay una quebrada que tiene el nombre de la ‘Retamilla’ o ‘Corza’, y a las tres leguas más adelante hay otra que es la de ‘Camiña’ ambas se reúnen seis millas más o menos de la costa y forman la quebrada de Pisagua»<sup>77</sup>. Teniendo presente que una legua es equivalente a 4,8 km, y dado lo antes referido, podemos suponer que se encontraba a 91 km aproximadamente distante de San Lorenzo de Tarapacá y a unos 7 km aproximados de la hacienda de Tiliviche. La historia del Perú nos dice que muere en 1867 en

<sup>75</sup> En: [www.congreso.gob.pe/Docs/participacion/museo/congreso/files/files/1864-ramon-castilla.pdf](http://www.congreso.gob.pe/Docs/participacion/museo/congreso/files/files/1864-ramon-castilla.pdf)

<sup>76</sup> Cartes, Armando, *Un gobierno de los pueblos. Relaciones provinciales en la Independencia de Chile*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 2014.

<sup>77</sup> *El Mercurio de Tarapacá*. Órgano del progreso industrial, mejoras locales, política y anuncios. N.º, año VIII, Iquique, junio 27 de 1867 (transcrito del original).

un lugar cerca de esta conocida hacienda<sup>78</sup>, próxima del puerto de Pisagua, intentando retornar a Lima para continuar con su labor política, tarea que fuera toda su vida.

Jorge Basadre da cuenta de lo que sería la última expedición del libertador:

*En Chile, a pesar de la vigilancia sobre él ejercida por las autoridades, preparó Castilla una pequeña expedición, sobre el Perú. Dice una relación de la época: «Solicitado de todas partes, se embarcó Castilla en Caldera el 12 de mayo de 1867 a bordo del Limeña que conducía mil rifles; el 15 de mayo por la noche los hizo desembarcar en la caleta de Mejillones; en la tarde siguiente salió escoltándolos para Tarapacá, sin arredrarse por la proximidad de las imponentes fuerzas que le perseguían; y en la tarde del 18 era recibido con entusiasmo por su tierra natal, habiendo recorrido veintiocho leguas en menos de cuarenta y seis horas, sin detener sus rápidas operaciones, aunque en la segunda jornada queriendo apearse del caballo, cayó de costado, a causa de su gran debilidad, con el pie izquierdo pendiente del estribo.*

*En la noche del día sábado 19, sabiendo que el enemigo se acercaba, hubo de destacar una fuerza de observación y marchar a la sierra para salvar la maestranza, de antemano mandada a Libaza. La penosa subida de la Cabecera, los rayos de un sol abrasador, el rápido cambio de clima, el insomnio, la falta de alimentos, la reproducción de una peligrosísima fiebre, su fatiga habitual y las angustias del «soroche», le hicieron sufrir en extremo el día 20; a la mañana siguiente montó a caballo, sin esperar la escolta, diciendo que un momento más en aquel pueblo le costaría la vida. Aunque sintió algún alivio el 22, se vio obligado el 23 a medicarse por la gravedad de su estado... El 25 hubo de trotar treinta leguas en marcha y contramarcha... Esfuerzos tan superiores a su abatido organismo le obligaron a descansar algunas horas en Tarapacá y continuando su retirada desde el amanecer siguiente, hubo de meterse en la cama al llegar a Pachiza a las siete de la mañana. Tres días pasó allí sometido a una medicación debilitante...*

<sup>78</sup> Hacienda de Tiliviche localizada 125 km al norte de Iquique, en la actualidad convertida en un centro patrimonial y turístico. El cementerio, conocido como el Cementerio de los Ingleses de la Hacienda Tiliviche, fue declarado Monumento Histórico por Decreto Supremo n°. 582 del Ministerio de Educación de 1976.

En rigor, este relato debe ser corregido, aunque resulte pretensioso dado a quien pertenece la pluma que lo escribió. Ramón Castilla no pudo haber sufrido de soroche (o mal de altura), puesto que el lugar a que se refiere es Pachica y no Pachiza, que no existe, y que está efectivamente a más altura que San Lorenzo de Tarapacá, pero sigue siendo un valle bajo o intermedio. Resulta extraño que Castilla hubiese subido hasta la puna o altiplano de Tarapacá, donde no encontraría ningún poblado importante antes de ingresar a Bolivia.

Suponer que se dirigió desde San Lorenzo de Tarapacá hacia Tiliviche, pasando por Camiña, es todavía más extraño, dada la lejanía de este poblado, que es un valle alto. Se trataba de la hacienda Curaña, como bien lo relata el cura y vicario de Tarapacá José Mariano Ossio, quien acompañó a Castilla en la última jornada del 30 de mayo de 1867, citado por Basadre<sup>79</sup>. La confusión se debe a que la generosa y verde quebrada de Camiña aparentemente tiene por continuidad a la seca y terrosa quebrada de Retamilla, la que efectivamente da origen a Tiliviche; sin embargo, la continuación de Camiña es el valle de Tana, que corre paralelo y muy próximo a Tiliviche.

Ramón Castilla Marquesado fallece en Retamilla, a pocos kilómetros de la hacienda de Tiliviche, donde hubiese podido encontrar refugio y agua. La muerte lo sorprendió acompañado por algunos fieles colaboradores, uno de ellos era Manuel Almonte Viguera, quien luego de la muerte de Castilla, solicita por medio de escritura pública le sean pagados los gastos que como prefecto incurrió en la revolución de 30 de octubre de 1867 en favor de la causa constitucional<sup>80</sup>.

Nos detenemos en este tiempo para referir el presente de la Hacienda Tiliviche. Lugar de tránsito obligado, localizada al costado de la carretera 5 Norte en sentido longitudinal, que une la ciudad de Arica con el puerto de Iquique y el resto del país. Conserva su antigua casona y algunas de sus añosas instalaciones, canchones y palmeras; un flujo permanente de agua aún recorre sus terrenos,

<sup>79</sup> Basadre Jorge, Historia de la República del Perú, 1822-1933, tomo VI, Editorial Universitaria, Lima, 1969, pp. 47 y 48.

<sup>80</sup> Archivo Nacional. Escritura Pública 24 octubre de 1867. Foja 393, firma Manuel Almonte Viguera.

por ello fue una zona de producción de alfalfa en el periodo del salitre. Tiliviche no es conocida ni se destaca como el lugar de la muerte del general Castilla, su atractivo es el Cementerio Británico, donde descansan algunos de los más destacados salitreros de esa nacionalidad, entre ellos James Thomas Humberstone.

La noticia de su muerte causará un gran impacto. Parece del todo propicio transmitir las palabras de los que, en ese tiempo, recién acontecida su muerte, se expresaban en la prensa local:

Comunicado<sup>81</sup>

Al General Castilla

Una existencia llena de hechos gloriosos acaba de entregar su último aliento en aras de la patria. El hombre eminente, el soldado peruano, el Gran Mariscal Castilla ha muerto: y es necesario decirlo, este héroe a quien el Perú debe tanto muere víctima del patriotismo y de sus principios republicanos.

Su muerte como la de todos los grandes hombres ha sido acompañada de circunstancias elocuentes que hablaran altamente el corazón de la patria.

El jeneral [*sic*] Castilla ha sido una figura aparte entre nuestros hombres y de que el Perú y la América [*sic*] se pueden honrar a muy lejitimos [*sic*] títulos. Baliente [*sic*] hacia la temeridad en el campo de batalla, hombre de convicciones y de carácter en la administración; algo arbitrario en verdad, pero intrancijible [*sic*] en las cuestiones de honor y dignidad, el jeneral Castilla ha mantenido siempre en alto y de una mano enérgica [*sic*] el pabellón nacional.

Siempre lo hemos visto mezclado activamente a la vida política del país y a la altura de los más grandes acontecimientos en la esfera de la diplomacia como en el terreno militar.

La opinión pública las pasiones de partido han podido apreciarlo diversamente en lo que toca a puntos secundarios, pero todos amigos y enemigos se reúnen para reconocerle junto a las cualidades eminentes del soldado, al lado del mérito indisputable del militar un tacto político muy fino y una sagacidad rara que le hacían penetrar y dominar las complicaciones más graves del país.

<sup>81</sup> El Mercurio de Tarapacá. Órgano del progreso industrial, mejoras locales, política y anuncios. N° 282, año VIII, Iquique, junio 4 de 1867. (nota del editor del diario «este artículo se publica tal como fue recibido»). No logramos constatar qué actividad realizaba el autor de esta carta.

El jeneral Castilla ha desaparecido de entre nosotros, pero que obra colosal de glorias lo que ha levantado en sus hombros de jigante [*sic*]. Cuanto trabajó entre los dos términos de su existencia. Medid la distancia que separa al oscuro ciudadano del esclarecido hombre público; esa distancia representa el mérito, la abnegación, el carácter y el jenio [*sic*] del jeneral Castilla.

A dios pues jeneral ¡ya vuestra voz no resonará más en el campo de batalla ¡vuestro brazo poderoso no se levantará ya más en defensa de las injusticias republicanas, pero en los momentos de peligro invocaremos vuestra sombra y los brillantes hechos de vuestra historia alumbrarán los destinos azarosos de la patria.

Adiós jeneral que la tierra de donde habéis salido y a donde volvéis sea dulce a vuestras cenizas. El Perú os llorará eternamente. Iquique, junio 1° de 1867.

Belisario Jiménez

Inmediato a su muerte fue llevado a la Hacienda de Tiliviche, donde colocaron su cuerpo en «una malísima caja», rodeado por una importante cobertura de nitrato de soda para su necesaria conservación<sup>82</sup>. Luego fue llevado a Tana y colocado en la choza de un indígena, dice la fuente, siendo custodiado por un grupo reducido de cercanos. La noticia surgió gracias a que el mayordomo de la hacienda comentó el hecho a los dueños y estos avisaron a las autoridades. *El Mercurio de Iquique* dijo que debió demorar la impresión por cuanto, el 4 de junio de 1867, no se contaba con más información respecto al deceso de Castilla. Finalmente, el 6 de junio llegó el vapor *Ecuador* desde Arica para trasladar los restos, confirmando con este hecho la muerte del General.

La muerte de Castilla era noticia profusa en la prensa local:

No sabemos cómo juzgará la historia, de su larga vida pública; pero es indudable que la justicia de los hombres imparciales empezará recién a ejercerse debidamente. Mientras vivía, la esperanza, el odio o el temor, consejeros peligrosos,

---

<sup>82</sup> *Op. cit.* El Mercurio de Tarapacá, Órgano del progreso industrial, mejoras locales, política y anuncios. N° 285, año VIII, Iquique, junio 27 de 1867 (transcrito del original).

podieron fácilmente alterar la verdad. Sucede siempre que cuando no hay pasión alguna en el corazón, hay libertad en el pensamiento. El genio que desplegó tantas veces para defender el honor nacional, para conjurar los peligros de la guerra civil, o para establecer bajo principios prácticos el sistema de la legalidad, y las glorias que adquirió en tantos campos de batalla, no lo serán ya disputados más allá de la tumba<sup>83</sup>.

Hoy sabemos que ha sido recordado como un americanista y como el gran líder político y militar del Perú. Su obra es destacada en numerosas publicaciones, varias de las cuales se encuentran en la Biblioteca Nacional de Chile.

Ramón Castilla y Marquesado es una figura que se presume conocida en Chile y particularmente en Tarapacá. Sin embargo, en Iquique ninguna calle, pasaje o plaza lleva su nombre, tarea pendiente que realizaremos en el marco de la conmemoración de los doscientos años de la independencia del Perú. Sea este un pequeño homenaje al tarapaqueño más ilustre del siglo XIX.

## BIBLIOGRAFÍA

- ADRIAZOLA SILVA, JUAN CARLOS, «Ramón Castilla y Marquesado: un personaje recurrente en las Tradiciones de Palma», en *AULA PALMA XV*, Revista del Instituto Ricardo Palma, 2016, pp. 307-328.
- AYLLON DULANTO, FERNANDO, «Castilla y Marquesado Ramón», artículo elaborado para el sitio web del Museo del Congreso y de la Inquisición, p. 8.
- BARRA DE LA, FELIPE, *Castilla conductor militar*. Lima: s/e, 1962.
- BASADRE, JORGE, «Ramón Castilla (Tarapacá 1797-1867)», en *Peruanos del siglo XIX*. Lima: Ediciones Rikchay, 1981.
- BASADRE, JORGE, *Historia de la República del Perú (1822-1933)*, Tomo, IV, V y VI. Lima: Editorial Universitaria, 1969.
- BERMÚDEZ, ÓSCAR, *Historia del salitre desde sus orígenes hasta la guerra del Pacífico*. Santiago: Editorial Universidad de Chile, 1963.
- CARTES, ARMANDO, *Un gobierno de los pueblos. Relaciones provinciales en la Independencia de Chile*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2014.

---

<sup>83</sup> *Op. cit.* El Mercurio de Tarapacá, N° 282, año VIII, Iquique, junio 4 de 1867.



- CASTRO CASTRO, LUIS *et al.*, «William Bollaert y sus descripciones geográficas, cartográficas y antropológicas sobre la provincia de Tarapacá en la etapa inicial de la formación republicana del Perú, 1827-1854», en *Historelo*. Revista de Historia Regional y Local, Vol. 9, N° 18, Setembro-Dicembro del 2017.
- CASTRO CASTRO, LUIS, «El proceso independentista en el extremo sur del Perú: desde la invasión de Julián Peñaranda a la sublevación de Pascual Flores (Tarapacá, 1815-1822)», en *Historia*, N° 51, Vol. II, julio-diciembre del 2018.
- CASTRO CASTRO, LUIS, «*Las balas del Niño Dios*: la batalla de Tarapacá y la formación de la nación en el extremo sur del Perú (1822-1842)», en *Historia Unisinos*, 21, septiembre-diciembre del 2017.
- CASTRO CASTRO, LUIS, «Demanda de ciudadanía, construcción de nación y rentismo minero: los planteamientos regionalistas de los habitantes de la provincia peruana de Tarapacá (1827-1874)», en *Temas Americanistas*, N° 39, diciembre del 2017.
- CASTRO CASTRO, LUIS, «Rebeliones en Tarapacá durante la primera mitad del siglo XIX. Desde la Independencia, hasta los gobiernos de Ramón Castilla (1822-1858)», en *Iquique. La revista del Norte Grande*, año IV, N° 3, julio-septiembre del 2017.
- CONTRERAS CARLOS Y CUETO, MARCOS, *Historia del Perú contemporáneo. De las luchas por la Independencia hasta el presente*. Lima: PUC Perú / IEP, 2000.
- DENEGRI LUNA, FÉLIX, *En torno a Ramón Castilla*. Lima; *sle*, 1969.
- DÍAZ, ALBERTO, GALDAMES, LUIS Y RUZ, RODRIGO, comps., *Y llegaron con cadenas: las poblaciones afrodescendientes en la historia de Arica y Tarapacá (siglos XVII-XIX)*. Arica: Editorial Universidad de Tarapacá, 2013.
- DÍAZ, ALBERTO, MORONG, GERMÁN Y MONDACA, Carlos, «Entre el archivo y la etnografía. Reflexiones historiográficas desde la periferia del norte de Chile», en *Diálogo Andino*, N° 46, pp. 107-121, 2015.
- DONOSO ROJAS, CARLOS, «Disputas testamentarias en Tarapacá colonial», en *Una región rica, fértil y abandonada. Economía, cultura, sociedad en Tarapacá (siglos XVI-XX)*. Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá, 2018.
- DONOSO ROJAS, CARLOS, «El puerto de Iquique en tiempos de administración peruana», en *Historia*, Vol. 36, pp. 123-158, 2003.
- DONOSO ROJAS, CARLOS, «Los albores de la industria salitrera en Tarapacá», en *Chungará*, Vol. 50, N° 3, pp. 459-470, 2018.
- DULANTO PINILLOS, JORGE, *Castilla*. Lima: Compañía de Impresiones y Publicidad, 1955.

- Diccionario Biográfico Americano. Obras publicadas por José Domingo Cortés (1862-1875). París: Tipografía Lahure, 1876. Disponible en: [www//diccionariobiog02cartoog.pdf](http://www.diccionariobiog02cartoog.pdf)
- GONZÁLEZ MARÍN, CARLOS, *La escuela peruana en Tacna (1793-1907)*. Lima: Impresores Moreno, 1970.
- GONZÁLEZ MIRANDA, SERGIO, «Senador por Tarapacá o una entrada en la historia», en *Camanchaca*, N° 14, Taller de Estudios Regionales TER, pp. 44-46, 1993.
- GONZÁLEZ MIRANDA, SERGIO, «La resistencia de los tarapaqueños al monopolio salitrero peruano durante el gobierno de Manuel Pardo: desde el estanco a la expropiación (1872-1876)», en *Chungará*, Vol. 44, N° 1, pp. 101-114, 2012.
- GONZÁLEZ, HÉCTOR; GUNDERMANN, HANS E HIDALGO, Jorge, «Comunidad indígena y construcción histórica del espacio entre los aymaras del norte de Chile», en *Chungará*, Vol. 46, N° 2, pp. 233-246, 2014.
- HIDALGO, JORGE, *Historia andina en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, 2004.
- LANAS CASTILLO, PAULO, «El partido de Tarapacá y el extremo sur del virreinato peruano durante la revolución cuzqueña de 1814» en Phelan, Scarlett, ed., *La Junta de Gobierno del Cuzco y el Sur Andino*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto Francés de Estudios Andinos, 2016.
- LARRAÍN HORACIO, «Descripción de la provincia de Tarapacá por Willian Bollaert», en *Norte Grande*, Vol. I, N° 3-4, marzo-diciembre de 1975.
- LEONARDINI, NANDA, comp., *Informe de los prefectos durante el primer gobierno del Mariscal Ramón Castilla (1845- 1850)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2007.
- McEVOY, CARMEN, «El legado Castellista», en *Histórica*, Vol XX, N° 2, pp. 211- 241, 1996.
- MIÑANO CARLOS, «Vida y obra del Libertador Mariscal del Perú Ramón Castilla», en *Castilla, estadista y soldado. Antología*. Lima: Instituto Libertador Ramón Castilla, 1964.
- MUJICA GALLO, MANUEL, *Ramón Castilla*. Lima: Monterrico, 1987.
- OJEDA BERGER, ORIETTA, «La antigua La Palma y la actual Humberstone. Un complejo patrimonial y un paisaje cultural pampino», en *Tiempo Histórico*, año 8, N° 14, enero-junio del 2017.
- ORREGO, JUAN LUIS, «La República Oligárquica (1850-1950), en historia del Perú». Barcelona: Lexus editores, 2007.
- PAZ SOLDÁN, MARIANO FELIPE, «Biografía del gran Mariscal don Ramón Castilla y Marquesado», en *Castilla, estadista y soldado. Antología*. Lima: Instituto Libertador Ramón Castilla, 1964.

- PINTO VALLEJOS, JULIO, *Caudillos y plebeyos. La construcción social del Estado en América del Sur (Argentina, Perú y Chile) 1830-1860*. Santiago: LOM ediciones, 2019.
- PINTO VALLEJOS, JULIO, «La construcción social del Estado en el Perú: el régimen de Castilla y el mundo popular, 1845-1856», en *Historia*, N° 49, Vol. II, julio-diciembre del 2016.
- RÍOS PAGAZA, CARLOS, «El Mariscal Castilla y la geografía patria», en *Castilla estadista y soldado. Antología*. Lima: Instituto Libertador Ramón Castilla, 1964.
- RODRÍGUEZ PASTOR, HUMBERTO, «Abolición de la esclavitud en el Perú y su continuidad», en *Investigaciones Sociales*, año IX, N° 15, pp. 441-456, año.
- SEMPER, ERWIN Y MICHELS, W., *La industria del salitre en Chile*. Santiago: Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1908.
- TAURO, ALBERTO, *Ramón Castilla, ideología*. Lima: Ediciones Hora del Hombre, 1948.
- TORO DÍAZ, ROGELIO, *Castilla, libertador y guerrero (1854-1954)*. Lima: Ministerio de Guerra, 1954.
- VARGAS UGARTE, RUBÉN S.J., *Ramón Castilla*. Buenos Aires: Imprenta López, 1962.
- WILLIAMSON, Juan, *Observaciones sobre la industria de la provincia de Tarapacá*. Callao: Tipografía de Mariano Gómez y C°, 1860.

### *Archivos colección*

- Archivo Sernageomin. Registro oficina n°. 25 de Paradas Sacramento de Soto Flores, Cantón Negreiros. Archivo Regional de Tarapacá.
- Archivo Ramón Castilla, colección Vicuña Mackenna cartas R. Castilla a general Domingo Nieto, Sala Medina, Biblioteca Nacional de Chile, caja 31, Vol. 125.

### *Prensa*

- El Mercurio de Tarapacá*, 17.12.1861.
- El Mercurio de Tarapacá*, órgano del progreso industrial, mejoras locales, política y anuncios, 1867, n°. 282-285.
- El Peruano*, Lima, 13.12.1844.

*Páginas web*

En: [www.congreso.gob.pe/Docs/participacion/museo/congreso/files/files/1864-ramon-castilla.pdf](http://www.congreso.gob.pe/Docs/participacion/museo/congreso/files/files/1864-ramon-castilla.pdf)

En: [https://www.monumentos.gob.cl/sites/default/files/decretos/ZT\\_00118\\_1973\\_D00725.PDF](https://www.monumentos.gob.cl/sites/default/files/decretos/ZT_00118_1973_D00725.PDF)

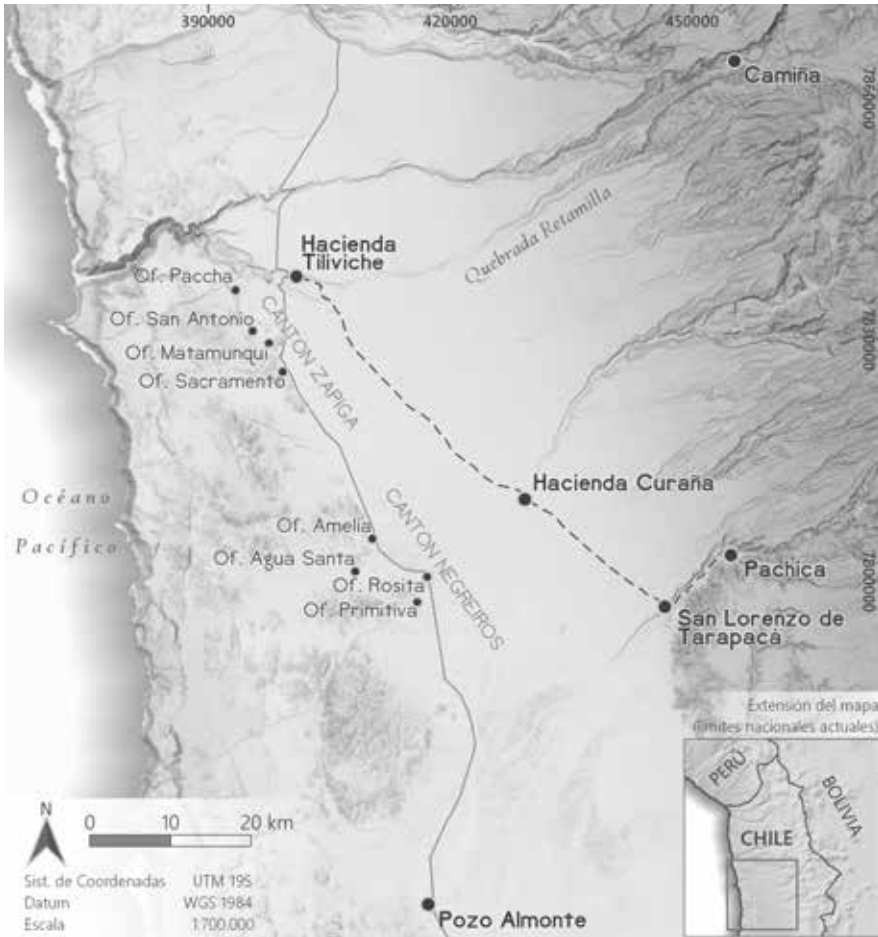
Diccionario Biográfico Americano. Obras publicadas por José Domingo Cortés (1862-1875). París: Tipografía Lahure, 1876. En: [www/diccionariobiog02cartoog.pdf](http://www/diccionariobiog02cartoog.pdf).

«Pedigree Resource File,» database, FamilySearch en: <https://familysearch.org/ark:/61903/2:2:3LS2-VCH>: accessed 2019-12-17, entry for Manuel Ramón Castilla y Marquesado; «Familia Ruiz» file (2:2:2:MM6G-YGG), submitted 2019-02-02 by germnruizsnchez-salazar1 [identity withheld for privacy]



El tarapaqueño Ramón Castilla y Marquesado.

## CASTILLA, TARAPAQUEÑO





Funeral del estadista Ramón Castilla y Marquesado, en la entonces Iglesia San Marcos de Arica, junio de 1867. Si bien la fuente dice mayo, sabemos que el registro corresponde a la primera semana de junio, dado el traslado de que fue objeto los restos desde Iquique. Fuente: Crónicas ariqueñas prologado por Vicente Dagnino. Tacna, Librería e Imprenta La Joya Literaria, 1910.



El Libertador Ramón Castilla y Marquesado.



Plano de las localidades de la Provincia de Tarapacá de George Smith, dedicado a su excelencia el Presidente del Perú Gran Mariscal D. Ramón Castilla y Marquesado, 1851.





## 4.5 CASTILLA: EN UN PAÍS CON LÍDERES, UNA CRISIS ES UNA OPORTUNIDAD

*Pedro Gamio Aita*

Pero por triste y funesta que sea esta situación, no deberé ocultaros, que hay todavía en pie mil elementos de vida; los cuales puestos en acción, regenerarán la patria y le darán la consistencia que necesita, para llenar vuestros designios, y satisfacer a la augusta misión de que os halláis encargados. La voluntad uniforme de todos los peruanos, consagrada a la defensa de las instituciones... es la fuerza moral que debe conducir al Estado en pos de su abundancia y bienestar<sup>1</sup>.

En momentos en que el Perú se ve seriamente afectado por la pandemia del coronavirus, hemos visto desnuda nuestra vulnerabilidad como país. Todas nuestras carencias a flor de piel. Una de ellas —quizás la más visible— es la falta de personas probas con capacidad de gestión en el manejo de los recursos de todos los ciudadanos. En plena pandemia vemos casos de corrupción, personas inescrupulosas que quieren aprovecharse del dolor ajeno. Por ello, cabe hacer un recuerdo y homenaje de personajes de nuestra historia republicana, para saber que no necesitamos mirar siempre afuera, pues tenemos en el país, como parte de nuestra historia, ejemplos de dirigentes y políticos honestos. Uno de ellos fue Ramón Castilla, que llegó a gobernar por 12 años.

Ramón Castilla nació en Tarapacá el 30 de mayo de 1867. Estudió en Tarapacá, Lima y en Concepción, Chile. Se inició en la vida militar como parte del ejército realista. Luego se integró al ejército libertador, presentándose al mismo general San Martín.

<sup>1</sup> Mensaje del presidente del Perú, gran mariscal Ramón Castilla, al Congreso Nacional, el 1 de julio de 1845. Web del Congreso de la República.

Fue presidente del Perú en los periodos de 1845 a 1851, como presidente constitucional, y de 1855 a 1862, inicialmente como presidente provisorio y luego constitucional. En 1863 asumió por unos días la presidencia provisoria, por fallecimiento del presidente San Román. Gobernó en total 12 años, siendo el presidente que más años rigió en el Perú republicano, después de Augusto B. Leguía. Es considerado el primer presidente a carta cabal, con nivel de estadista, de la naciente República peruana, y a decir del historiador Jorge Basadre, «con él empezó realmente el periodo republicano en el Perú», pues sus antecesores habían dedicado más tiempo a las guerras y contiendas intestinales. Vamos a hacer una reflexión de su lección de vida en el siglo XIX y cómo este ejemplo se proyecta a nuestro tiempo y puede ayudarnos a salir de la terrible crisis actual.

Sus importantes reformas en la política y la sociedad de su tiempo confirman estos logros; la más recordada de sus obras es la libertad de los esclavos negros (1), decretada oficialmente en 1854. Pero también gestó la ley de la libertad de prensa (2); abolió el tributo indígena (3); abolió la pena de muerte (4); fundó el servicio diplomático peruano (5); reformó y mejoró la incipiente administración pública (6); estableció el presupuesto (7), como una forma ordenada de ejecutar los recursos públicos (8); pagó la deuda externa e interna, sin dar lugar a la tremenda corrupción que vendría después con el gobierno de Echenique. La deuda de la independencia tuvo acreedores locales, pero no fueron todos los que aparecieron después. Organizó el Consejo de Ministros, creando la presidencia del consejo de ministros (9). Inició una importante reforma educativa, abandonando los moldes coloniales, pues valoraba mucho la importancia de la educación como herramienta principal para forjar a los hombres y mujeres de la nueva nación. La instrucción de los pobres tendría carácter gratuito. La carrera docente fue considerada una carrera pública. Se crearon colegios nacionales en diversos departamentos. Cabe mencionar la reforma de la educación médica, en el Colegio de la Independencia o San Fernando, de la actual Universidad Nacional Mayor de San Marcos y el Seminario de Santo Toribio. El médico gestor de este importante

esfuerzo fue Cayetano Heredia, hombre contemporáneo que ejerció cargos públicos en el gobierno de Castilla, comenzando en el propio ejército. En cuanto a las relaciones internacionales intentó, después de Bolívar, la integración de los países que tenían un origen común, formar una confederación de países. Lamentablemente y no obstante los esfuerzos, estos no fueron respaldados. El presidente dispuso la construcción del mercado central, primer mercado del país que respondía a las mejores prácticas de una ciudad moderna. Modernizó el ejército y creó una fuerza naval respetable para la época.

Su mandato coincidió con la introducción de varios adelantos técnicos en el Perú, que Ramón Castilla apoyó como gobernante, con su instalación en el país, como el telégrafo (10), el alumbrado a gas y los importantes ferrocarriles, entre los que destacó el de Lima al Callao, el primero de Sudamérica, y el proyecto de Arequipa a la costa, entre otros. Este plan era lo más visionario para integrar y comunicar al país. Ramón Castilla también inició la integración y desarrollo de las poblaciones de la Amazonía. Es considerado como el patrón del Arma de Caballería del Ejército del Perú.

A los seis años de haber asumido la presidencia, Ramón Castilla llevó a cabo el primer censo en el país que rompía la tradición colonial y creaba el registro de ciudadanos. Un asistente le dice: «Permiso, Señor Presidente. Aquí tiene los datos del censo», Castilla lee con atención, población: 2.487.916 habitantes. Analfabetos: 87%. Llama a su secretario y da la orden en la reunión: «Señores ministros; ante los primeros datos del censo voy a proclamar mi primera política de Estado por un siglo, ¡Escuelas, escuelas, escuelas!». En su gestión de gobierno construyó 1.117 escuelas (una cada dos días), contando sábados y domingos, más la Escuela Naval y el Colegio Militar. El Estado asumió directamente la política educativa y el establecimiento de escuelas públicas, el esfuerzo mayor se centró en la enseñanza primaria, pero no solo en ella. Además de ampliarse el plan curricular, incluyendo materias como la economía política. Los colegios nacionales Guadalupe y San Carlos tuvieron gran apogeo. Pero también se apoyó con rentas adicionales y se crearon muchos colegios de provincias. Son los casos de Arequipa,

Cajamarca, Huaraz, Trujillo, Puno, Ica, Moquegua, Tacna, Piura, Ayacucho, Cusco, Huancavelica y Huánuco. Además se formó la Escuela Central de Minería en Huánuco. Fue una época de apogeo, renacimiento y progreso de la labor docente y la obra escolar, donde destacan muchos pedagogos. Se dictó la primera norma orgánica del régimen educativo, que comprendía a la universidad. Se impulsó a los colegios mayores para la enseñanza secundaria, donde también daban una formación profesional básica, que luego era culminada en la universidad. A lo dicho hay que sumar importante infraestructura, la compra de la flota de mar; los rieles y trenes, que eran, en longitud, más que la suma de todos los rieles de América; el telégrafo a países vecinos; el código civil; el banco de la República, lo que es hoy el Banco de la Nación, que así se llamó al principio. Sus importantes reformas en la política y la sociedad de su tiempo confirman estos avances. La más recordada de sus obras es la manumisión de los esclavos negros, decretada oficialmente en 1854.

Cuando lo entierran en el cementerio Presbítero Maestro, tras su muerte acaecida el 30 de mayo de 1867, al despedir sus restos, el capellán dice: «Se va el cerebro más poderoso que haya producido la América». Otra anécdota: en la Universidad Mayor de San Marcos cuando inauguraba la Academia Nacional de Ciencias, dispuesta por Castilla en su presidencia, el rector lo invita a hablar. Ya estaba medio sordo y lo primero que dice es: «Señores, veo en este salón de grado repleto, que no hay una sola mujer que nos acompañe, pero yo les auguro que dentro de un siglo, el Perú en sus universidades, va a tener más mujeres que hombres». Gran presagio de un país con igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, que todavía tiene tarea por delante.

Cuando deja la presidencia, en el año 1862, se da cuenta de que no tiene casa propia. Se va a vivir con su hijo Juan Castilla, mientras piensa cómo resolver su situación. El problema era que no tenía medios para comprar una vivienda. Había estado tan ocupado en hacer la grandeza del país que se olvidó de sí mismo. ¡Qué diferencia con lo que vemos hoy! Casi no hay presidente que no salga con grandes signos exteriores de riqueza.

Ramón Castilla dejó un gran legado, un ejemplo de conducta y obras importantes. Trabajó duro por su país, sin otro objetivo que hacer grande el destino de su pueblo. El llamado *Soldado de la Ley* no pensaba en sí mismo, en la avaricia del poder. Hay que aprender de los grandes, para entender que lo más importante en un país es la educación, de la cual adolecen muchos de los mismos políticos y representantes de los diferentes gobiernos.

Es importante estudiar su vida para enfrentar nuestra realidad y saber elegir a nuestros gobernantes y autoridades. Necesitamos un país dirigido por personas que sean profesionales de primer nivel y gente preparada en política, que desarrolle planes y estrategias para que el Perú responda y surja ante cualquier difícil vicisitud, como la que se vive hoy con la pandemia. Hay que promover la salud, también la educación y la cultura, crear nuevas generaciones con bases sólidas de humanidad, riqueza en valores, amor a la patria y promover siempre la lectura. Los jóvenes tienen que conocer nuestro pasado. Tratemos de forjar hombres y mujeres libres, con amplio conocimiento de la vida, hagamos brillar la diversidad de nuestra cultura y el país cambiará positivamente para todos.

## LOS RETOS DEL PRESENTE

Después de la reflexión sobre la vida de Ramón Castilla, hablemos de nuestro presente y sus grandes retos, buscando inspirarnos en la vida y obra de este gran peruano. La pandemia ha evidenciado la precariedad de nuestro sistema de salud y la urgencia de mejoras cualitativas y cuantitativas en la gestión pública. Debemos evitar perder lo alcanzado a la fecha. Debemos pasar a una cuarentena inteligente y solo en las zonas críticas, sujetas a permanente monitoreo. Volver al estado anterior puede ser una decisión que nos haga retroceder en lo ganado. Vamos a la cuarentena solo en sectores críticos, con el riguroso uso de las mascarillas, el distanciamiento, el lavado periódico de las manos. Debemos reducir filtraciones, utilizar termómetros, pruebas moleculares y monitoreo georreferenciado.

En transporte, el mayor uso de un combustible más barato y limpio, como el gas natural, puede mitigar la necesidad del uso de subsidios para la operación de un transporte racionalizado y que cumpla las normas de bioseguridad. En algunas actividades como la minería, el transporte público en nuevas concesiones piloto, vehículos menores y mototaxis abren camino a la electromovilidad, el desarrollo de los vehículos eléctricos. Castilla abrió la modernidad en el siglo XIX con los ferrocarriles, hoy toca abrir espacio a la electricidad, con las siguientes líneas del tren eléctrico.

Debemos seguir con el operativo en mercados. Recordemos que con Castilla tuvimos el primer gran mercado moderno de la capital de la República. Entre tanto se arreglan los mercados tradicionales, los mercados itinerantes ayudan mucho. También el desarrollo de biohuertos urbanos ayuda a la seguridad alimentaria, de la mano con la implementación del plan nacional de biodigestores, para tener abono y fertilizante orgánico. Hoy debemos trabajar el tema del agua saludable para los peruanos. ¡Cómo es posible que haya ocho millones de peruanos sin acceso al agua potable! Recordemos que Ramón Castilla aseguró la distribución de agua potable para la capital del país. Se necesitan planes de emergencia para reubicar a tantos vendedores ambulantes, con control sanitario estricto. Hacer guías más simples y didácticas para el sector de Pymes. La eficiencia energética puede ayudar mucho con un de crédito blando y asistencia técnica, para elevar productividad y competitividad de las Pymes, reducir costos en tantos pequeños emprendimientos.

En educación debemos apoyar a los docentes y mejorar la infraestructura, como lo hizo Castilla, a nivel nacional. Hoy la mitad de los colegios no está en condición de acoger a sus alumnos. Esto va de la mano con la revalorización de la importante profesión del maestro. Castilla los consideró parte de la carrera pública y se preocupó mucho por el presupuesto de la educación. La educación pública tiene que recuperarse. Unir esfuerzos articulados con el sector privado y la academia, no es solo tarea del gobierno. Los bonos de ayuda no pueden sostenerse mucho tiempo, hay que hacer programas de gradual reinserción a la economía de las Pymes, no

solo de las grandes empresas. Vamos hacia un nuevo orden sanitario. Somos un país en guerra, por la dimensión de la crisis.

En el sector energía, Castilla trajo la iluminación pública con gas natural, que fue de gran impacto en la ciudad de Lima, hasta entonces una ciudad muy oscura en la noche. Hoy la demanda eléctrica cae junto con el crecimiento económico. El sector asegura continuidad del servicio. Durante la pandemia, la demanda es atendida fundamentalmente con tecnologías renovables, agua principalmente, viento y sol como complementos. La falta de pago de recibos rompe la cadena de pagos y amenaza la operatividad del sector eléctrico. La sobreoferta de generación se mantendría, cuanto menos, hasta el 2025. Una fuerte disminución de la demanda eléctrica en el orden del 30%. Principalmente por la disminución de la demanda de las grandes cargas mineras, industriales y clientes comerciales. Hay un incremento del margen de reserva del sistema eléctrico nacional de 57 a 130%. El despacho de la generación eléctrica ha sido principalmente renovable, hidroelectricidad, solar, eólica y biomasa, con limitada participación de la generación térmica a gas natural en las horas punta. Se mantiene la distorsión de precios entre clientes libres y clientes regulados, estos últimos pagan el doble por la generación. La disminución de la demanda ha generado algunos problemas de sobretensión en las redes de distribución, con lo cual se han incrementado las fallas en algunas zonas. Las empresas señalan que, si bien en marzo se ha recaudado aproximadamente el 50%, en abril y mayo esto habría disminuido al 30% ya sea por falta de pago o por el fraccionamiento de los pagos, que ha sido ampliado a un mayor universo de consumidores. Las personas pagan mensualmente hasta un monto estimado de 150 soles. Esto obliga a las empresas distribuidoras a financiar una deuda mayor. No obstante, los intereses compensatorios por el fraccionamiento de los consumidores serán asumidos por el Fondo de Inclusión Social Energético (FISE). El tema es que esto se haga pronto, de lo contrario se afecta a las distribuidoras. Respecto de la falta de pago de los mayores consumidores, por ahora corresponde

a cada empresa distribuidora entablar comunicación con cada uno de ellos, para que puedan acordar los pagos o proceder al corte.

Paralelamente disminuyó el precio de GLP para consumo residencial por su exclusión del FISE y el menor precio internacional de los derivados del petróleo. El GLP ha sido por mucho tiempo un competidor desleal del gas natural, por los subsidios y el contrabando interno, entre el precio del GLP envasado y el GLP a granel. Hoy somos importadores netos de GLP.

Debemos aumentar la productividad y competitividad de las Pyme, obtener precios más competitivos de energía y acelerar así el proceso de reactivación económica. Esto se puede lograr promoviendo las energías renovables y la eficiencia energética. Una de las decisiones de reactivación económica es la introducción de medidas de eficiencia energética y la generación distribuida para las Mypes; de esta manera se podrá disminuir gradualmente sus costos de electricidad y bajar la emisión de GEI. El 95% de las empresas del país son Pymes, de ahí la importancia de acompañar la bioseguridad, mejorando la competitividad de las pequeñas empresas, para que tengan capacidad de respuesta. El Estado debe proveer asistencia técnica, capacitación del capital humano y líneas de crédito en eficiencia energética y generación distribuida. Se lograría un ahorro de costos por optimización en el uso de recursos y generar mayor confianza de los clientes, tanto como rentabilidad y competitividad en sus mercados, fortalecimiento de los procesos y cadenas productivas, ampliar la infraestructura y mejorar la tecnología.

La generación distribuida o descentralizada es parte de una Ciudad Inteligente. Consiste en la generación de energía eléctrica mediante muchas pequeñas fuentes de generación que se instalan cerca de los puntos de consumo. La generación distribuida se basa en la cooperación entre esta microgeneración, el distribuidor y la generación de las centrales convencionales. Esta distribución hace que la generación sea más equilibrada y que la ciudad inteligente —*Smart City*— no dependa tanto de las grandes centrales. Además, la microgeneración implica el uso de las energías renovables, lo que contribuye a reducir costos y contaminación, reducir las emisiones



de CO<sub>2</sub>. Debemos desarrollar pilotos en el sistema interconectado y en sistemas aislados.

Tenemos que mejorar la normativa actual. Otorgar incentivos a las empresas concesionarias de distribución eléctrica para el desarrollo del Programa de Distribución de Lámparas LED, energéticamente eficientes. Contar con el apoyo del FISE y el compromiso de los gobiernos locales involucrados. Implementar proyectos piloto que permitan generar información y testimonio de las mejores prácticas. Es importante contar con los recursos necesarios para la inversión en estas nuevas oportunidades, operación y mantenimiento de las medidas. Promocionar y socializar las medidas a nivel nacional. Hay cuatro componentes fundamentales: i) eficiencia energética, orientada a reducir el consumo energético por parte de usuarios finales; ii) energías renovables alternativas, con las cuales se busca incrementar la participación de fuentes más limpias en la matriz energética, reducir emisiones de gases de efecto invernadero, costos de la energía y descentralizar la infraestructura; iii) transporte sostenible con gas natural y electromovilidad, enfocado en el uso de fuentes energéticas que generen menos emisiones de GEI, en reemplazo del diésel, iv) eficiencia energética en el transporte y Pymes. Se busca incrementar el uso de vehículos eléctricos, híbridos o con combustibles fósiles más eficientes en la flota vehicular, como el gas natural. Esto mitiga la necesidad de subsidios al transporte.

Las crisis son una brillante oportunidad para acelerar los cambios. Formemos a los discípulos de Castilla dentro de las nuevas generaciones y hagamos camino al andar en la hoja de ruta del desarrollo humano. Hay que tomar decisiones. Busquemos a los mejores en cada campo, hay gente honesta en el Perú y en los países hermanos. Ramón Castilla no aró en el desierto.

## BIBLIOGRAFÍA

BASADRE, JORGE, *Historia de la República del Perú*. Tomos 3, 4 y 5. Lima, El diario *La República* y la Universidad Ricardo Palma, 1998.

BASADRE, JORGE, *Historia de la República del Perú*. Tomo 6. Lima, Editorial El Comercio, 2005.



Monumento a Ramón Castilla en Jirón de la Unión, Lima  
(Foto: Sergio González M.)

## 4.6 AUGUSTO B. LEGUÍA: LA LIQUIDACIÓN DE LA GUERRA DE 1879

*Juan Carlos Herrera Tello*

*En memoria de mi maestro Alfonso Benavides Correa*

*Yo que hoy merezco de los verdaderos traidores  
el calificativo de traidor, solo por haber salvado al país  
de horas trágicas de luto y de dolor; de tragedia y de odio<sup>1</sup>.*

No se puede escribir sobre Leguía sin dejar de mencionar las grandes obras públicas, los fastos de la celebración del centenario de nuestra independencia y de las batallas que sellaron la independencia de América —Junín y Ayacucho—. Así como esos acontecimientos, también se deben mencionar sus sucesivas reelecciones, la dependencia del capital estadounidense y la adulación excesiva que lo obnubiló totalmente. Además de todo eso, creo que su principal legado fue el de terminar con nuestros problemas internacionales sobre la base de las negociaciones pragmáticas y el sinceramiento de lo que se poseía. Así logró cerrar cuatro de nuestras fronteras. Esos cuatro tratados son cuestionados en base a un supuesto entreguismo, cuando en realidad perfilaron el territorio peruano hasta donde llegaba su soberanía, teniendo casi el mismo trazo del primer mapa levantado por el Estado peruano por orden de Ramón Castilla, a quien nunca se le tildó de entreguista. El mapa de la época de Castilla levantado por Mariano Felipe Paz Soldán solo tiene la diferencia con el actual, respecto de Colombia, con el trapecio amazónico, y al sur con Chile con la pérdida de Arica y Tarapacá.

---

<sup>1</sup> *Yo tirano yo ladrón (memorias del presidente Leguía)*. Lima: Talleres de la Editorial Ahora, s/f, p. 24.

Augusto Bernardino Leguía Salcedo nació en 1863. Sus padres fueron Nicanor Leguía Haro y Carmen Salcedo Taforó; su abuela materna, la señora María del Carmen Taforó Zamora, era hermana del clérigo Francisco de Paula Taforó Zamora<sup>2</sup>, quien, con su influencia en Chile, hizo que Augusto estudiara en el Colegio Inglés, uno de los liceos más exclusivos de Valparaíso<sup>3</sup>. Su abuelo, el señor Bernardino Salcedo Peramas, era hermano de Manuel Custodio Salcedo Peramas, el dueño de la hacienda Talambo, cuyo incidente dio origen a la guerra con España<sup>4</sup>.

De 1876 a 1878, años que estuvo estudiando en Chile, pudo departir con la sociedad de aquel país y tener un mayor conocimiento y detalles del Chile antes de la guerra, experiencia que seguramente le valió en sus dos administraciones presidenciales para resolver la cuestión Tacna y Arica.

A los 16 años se enroló en el ejército, destacándosele al batallón n°. 2 de la reserva al mando del coronel de la Guardia Nacional Manuel Lecca, para la defensa de Lima, obteniendo el grado de sargento segundo; vio la caída de nuestra ciudad, batiéndose el 15 de enero de 1881 en el reducto n°. 1. «Ignorando el paradero de los miembros de su familia, desorientado y rendido, dormía aquella noche terrible en un banco de la Plaza de Armas»<sup>5</sup>.

Dedicado a los negocios y a hacerse de una fortuna considerable, Leguía entra a la política por el Partido Civil siendo su primer cargo público el de ministro de Hacienda durante la breve administración de Manuel Candamo. Fallecido el presidente y convocadas nuevas elecciones es elegido José Pardo y Barreda, quien lo llama para el mismo cargo. Posteriormente postula a la presidencia de la República, siendo electo para el periodo 1908-1912.

---

<sup>2</sup> Taforó Zamora protagonizó uno de los hechos más relevantes de la Iglesia con el Gobierno chileno en el siglo XIX. El clero conservador no lo quería para arzobispo de Chile ya que su procedencia irregular (hijo ilegítimo) no era aceptada en un sacerdote de avanzada social (En *Diccionario histórico y biográfico de Chile*, Castillo, Cortez, Fuentes, 1999. p. 500).

<sup>3</sup> Tauro, Tomo 3, 1987; p. 1150.

<sup>4</sup> Esta información la he recibido del señor Otto Salcedo Torcello, descendiente del antiguo propietario de la Hacienda Talambo.

<sup>5</sup> *Yo tirano yo ladrón (memorias del presidente Leguía)*. Lima, Talleres de la Editorial Ahora, s/f, p. 110.

## PRAGMATISMO CON BRASIL

No me concentraré en los asuntos de política interna de Leguía, sino en los aspectos internacionales de sus administraciones, que, como ya hemos dicho más arriba, le han valido numerosos calificativos después de firmados los tratados de límites con nuestros vecinos.

En su primer periodo se terminó de cerrar la frontera con el Brasil. Bartolomé Herrera y Duarte Da Ponte Ribeiro firmaron la Convención Fluvial de 1851, que trazó la frontera hasta las nacientes del río Yavarí, faltando la delimitación fronteriza al sur de aquel afluente del Amazonas. La reclamación peruana se basaba en el Tratado de San Ildefonso de 1777, que establecía un trazo recto desde las nacientes del Yavarí hasta el río Madeira y de allí bajar por este. ¿Cómo se podía invocar el Tratado de San Ildefonso, cuando este en realidad era un tratado preliminar y que no se delimitó? Un tratado que iba a dar como fruto otro de naturaleza permanente que nunca se firmó entre España y Portugal. Ni España, ni la posterior República del Perú, tuvieron presencia en esa enorme extensión de territorio que ya antes, tanto Bolivia como el Brasil, se habían repartido por el Tratado Muñoz-Lopes Neto en 1867.

La administración de Leguía sinceró la frontera, que ya estaba, de una u otra manera, trazada en el mapa del Perú levantado por Ramón Castilla, el primero en conocer los límites del Perú de acuerdo a los títulos que tuvo por el virreinato al momento del *uti possidetis*<sup>6</sup> de 1810<sup>7</sup>. De esta manera el Tratado de San Ildefonso de 1777, al no haberse culminado su perfeccionamiento, fue dejado de lado.

<sup>6</sup> «La frase latina *Uti Possidetis* designa la doctrina de la posesión según el derecho romano. Dicha doctrina ha sido aceptada por la gran mayoría de los países hispánicos en el sentido de que a dicha posesión debe otorgársele o ser probada con los títulos jurídicos emanados del soberano español» (En: La doctrina americana del *Uti Possidetis* de 1810, Benigno Checa Drouet, Lima Librería Imprenta Gil, 1936, p. 15).

<sup>7</sup> «El año 1810 es el año clásico de la independencia de América. De allí arranca la serie de los grandes y heroicos acontecimientos que dieron por resultado el nacimiento de las nacionalidades hispanoamericanas» (En: La doctrina americana del *Uti Possidetis* de 1810, Benigno Checa Drouet, Lima, Librería Imprenta Gil, 1936, p. 31).

## BOLIVIA: RECTIFICANDO UN LAUDO

Lo mismo sucedió con la negociación realizada con Bolivia. Se había culminado el arbitraje del presidente Figueroa Alcorta<sup>8</sup> y el Perú aceptó el Laudo, mientras que en Bolivia fue rechazado, porque la decisión del presidente argentino era de equidad. Ante la situación inminente de guerra por la movilización de ambos ejércitos a sus respectivas fronteras, se tuvo la serenidad del caso y todo se paralizó cuando los dos países consensuaron en rectificar las fronteras propuestas por el laudo arbitral del mandatario argentino. Se logró por ello la celebración del tratado de límites Solón Polo-Daniel Sánchez Bustamante.

Leguía evitó así una guerra con Bolivia. Por el año que este tratado se suscribió (1909), el Perú estaba en peligro en varios frentes, dos en el norte con Ecuador y Colombia y otros dos en el sur con Chile y Bolivia. Pasado este problema y solucionados los límites con Brasil y Bolivia, quedaban para la nueva administración que lo iba a suceder, la resolución del problema con Chile, con Ecuador y con Colombia, estos dos últimos reclamaban al Perú en conjunto, denegando la existencia de la Real Cédula de 1802, título que le otorgaba al Perú los territorios de Quixos y Canelos y la comandancia general de Maynas, es decir toda la cuenca del Marañón y del nacimiento del río Amazonas, y además inventaron un falso protocolo al que se les adjudicó la autoría de Carlos Pedemonte y Tomás Cipriano Mosquera, cuya falsedad quedó demostrada en el texto de Alberto Ulloa, *Algo de historia*.

## LA TRANSACCIÓN CON COLOMBIA

En su segundo periodo, Leguía solucionó el límite con Colombia, cuyo proceso viene de más atrás. En 1916, Colombia y Ecuador acuerdan sus fronteras sobre territorios que estaban en disputa con el Perú. Por este acuerdo Ecuador reconoce a Colombia los territorios al este del río Napo y le aseguraba una enorme porción del

<sup>8</sup> José Figueroa Alcorta (1860-1931), presidente de Argentina en el periodo 1906-1910.

río Amazonas, mientras Colombia le reconocía todo el territorio al oeste del Napo, dejando para los ecuatorianos el río Marañón. Esto ayudó a negociar con Colombia el Tratado de Límites de 1922, en el cual se establecía como frontera principal el río Putumayo, río que desde hacía mucho tiempo constituyó el límite entre los países y que se usaba como frontera. El Perú entregaba un acceso al Amazonas en forma de trapecio, mientras que Colombia, además de cedernos el triángulo de Sucumbios, nos reconocía toda la margen izquierda del Marañón y el Amazonas, que ya antes Ecuador se los había reconocido a Colombia. La negociación fue impecable y destruyó la tácita alianza colomboecuatoriana, dejando solo al Ecuador con su reclamo. Que hubo cesión del llamado trapecio amazónico con la pequeña población de Leticia, es innegable, pero con el reconocimiento de toda la extensión amazónica hasta el Putumayo, que ya era nuestra frontera.

Para no abundar mucho sobre este acuerdo, dejemos al presidente de la Comisión Diplomática del Congreso y negociador del tratado, quien dijo que el acuerdo de límites con Colombia es una transacción: «Se ha formado, pues, señor, la Comisión Diplomática el concepto de que si se quiere terminar de una vez esta secular disputa con un país amigo, como Colombia, no hay otro medio que el de hacer una transacción como la que contiene el tratado de 1922»<sup>9</sup>. ¿Una transacción de esta naturaleza puede constituir una traición, cuando su finalidad fue evitar una guerra fratricida no solo con Colombia, sino además con Ecuador?

Para terminar con el Tratado Salomón Lozano aprobado a fines de 1927 por el Congreso peruano, Jorge Basadre escribió: «La afirmación que Leguía fue comprado por Colombia voceada por el presidente Sánchez Cerro en 1930, no tiene base documental ni psicológica y suscita un perentorio rechazo, una vez calmadas las paciones partidarias»<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> Sesión secreta del Congreso de la República del Perú, 1 de diciembre de 1927, p. 4.

<sup>10</sup> Basadre, Tomo XIII, 1970, p. 167.

## CHILE Y LA PAZ DE 1929

Durante la primera administración de Leguía, sucedió uno de los acontecimientos más funestos que tuvo que afrontar la población cautiva en Tacna y Arica con la expulsión de los sacerdotes y el cierre de las escuelas peruanas en los territorios indebidamente ocupados. Esta situación llevó a Leguía a romper las relaciones diplomáticas con Chile y cuando llegó a dirigir, nuevamente, los destinos del país en 1919, encontró nuestros asuntos internacionales pendientes, tan igual o peor de como él los dejó. Como prueba de ello se cuenta lo sucedido durante la administración del Gobierno del presidente Guillermo Billinghurst, durante la cual tuvieron lugar las conversaciones Huneeus-Valera, en las que se proponía aplazar el plebiscito sobre Tacna y Arica a 1933, como así lo expuso el propio Billinghurst al Congreso:

Se ha convenido en el plazo de 21 años para la celebración del plebiscito; plazo demasiado largo, si se aprecia con el sentimiento de la nacionalidad; plazo prudente, que consulta de una manera racional las exigencias de la realidad y los dictados de la previsión, si se tiene en cuenta la deficiencia de nuestros elementos militares y la estrechez de nuestros recursos financieros<sup>11</sup>.

Este hecho marcó definitivamente el destino de las provincias cautivas. Junto con ello, pesaba sobre Arica en contra del Perú el emplazamiento del ferrocarril chileno-boliviano de Arica a La Paz, obra que obstruía, de alguna forma, que Arica retornase al dominio peruano.

Al regresar Leguía al poder en 1919 se llamó a una Asamblea Nacional, la misma que sancionó una nueva constitución. Esta Asamblea, como un último acto de sus labores, aprobó por unanimidad una declaración en la cual tácitamente se indicaba la nulidad del Tratado de Ancón y se solicitaba ir a la Liga de las Naciones para que

---

<sup>11</sup> Actas secretas del Congreso Nacional, Tomo XXI 1910-1915, p. 10, Mensaje de Su Excelencia el Presidente de la República Don Guillermo E. Billinghurst, 30 de noviembre de 1912.



en ese marco «las potencias que se interesen por la justicia amparen las justas, legítimas e imprescriptibles reivindicaciones del Perú»<sup>12</sup>.

El 28 de julio de 1920 el ministro de Relaciones Exteriores, Melitón Porras, ante la imposibilidad de la celebración del plebiscito, anunciaba: «surgió también... este otro problema derivado del anterior (Tacna y Arica) y unido a él por razón de origen y de legitimidad de anhelos: la reivindicación de Tarapacá»<sup>13</sup>. Luego, el 1 de noviembre de ese año, el Perú presenta su demanda a la Liga de las Naciones para la revisión del tratado de 1883, retirada el 2 de diciembre, reservándose el derecho de hacerlo posteriormente<sup>14</sup>.

Estos acontecimientos, que antes no había hecho gobierno alguno (empezar a declarar unilateralmente la nulidad del Tratado de Ancón), puso en alerta al gobierno chileno de Arturo Alessandri, y así, al año siguiente, en diciembre de 1921, su ministro de Relaciones Exteriores, don Ernesto Barros Jarpa, toma la iniciativa de proponer conversaciones para un avenimiento entre el Perú y Chile con la intención de solucionar el problema de Tacna y Arica; una serie de intercambios y comunicaciones desarrolladas en las Conferencias de Washington terminaron en el Protocolo de Arbitraje de 1922. En este último se determinó que se sometía a arbitraje las cláusulas no cumplidas del Tratado de Ancón y si procedía la realización del plebiscito establecido en la cláusula tercera de dicho pacto internacional, no obstante el tiempo transcurrido<sup>15</sup>.

Justificando la aceptación del arbitraje, el gobierno de Leguía expresó, a través de su ministro de Relaciones Exteriores Alberto Salomón:

[...] porque Chile se ha comprometido solemnemente a ocurrir a los buenos oficios del gobierno americano en caso de que el plebiscito sea declarado improcedente y fracasen las negociaciones directas, lo que significa, en definitiva, aceptar

<sup>12</sup> Benavides Correa, 1997, «Una difícil vecindad», pp. 451, 452 y 453.

<sup>13</sup> «Memoria del ministro de Relaciones Exteriores del Perú 1920». Imprenta Americana, Lima, 1920, p. 9.

<sup>14</sup> García Salazar, 1930, *Historia diplomática del Perú*, p. 277.

<sup>15</sup> Ulloa, 1987; p. 341.

el arbitraje como solución última, quedando así alejada toda posibilidad de subterfugios para seguir reteniendo indebidamente las provincias de Tacna y Arica<sup>16</sup>.

Con estos alcances, la política internacional del Perú abandona definitivamente la reivindicación de Tarapacá y se concentra en la recuperación de Tacna y Arica. Así llegamos al laudo *Coolidge*, que falló sobre tres cosas fundamentales: la primera de sus estipulaciones fue la entrega de Tarata al Perú, provincia que no estaba incluida dentro de los alcances del Tratado de Ancón; la segunda que los límites entre Arica y Tarapacá serán los de 1879; y la más importante, por la trascendencia en las relaciones peruano-chilenas, el árbitro falló por la procedencia del plebiscito, no obstante el tiempo transcurrido. Basadre, sobre el laudo, nos dice:

Uno de los errores sustanciales del laudo provino de la mala traducción al inglés de una frase perteneciente al artículo 3 del tratado de Ancón. Las palabras «expirado este plazo» (para el plebiscito) fueron traducidas «after the expiration» («después de expirado este plazo») en vez de «at the expiration of» o «having expired this time limit<sup>17</sup>.

Leguía, ante la aceptación del arbitraje, dijo en su discurso:

Solo había dos soluciones: el arbitraje o la guerra.- De haberse ejecutado el plan de defensa nacional que propuse en el curso de mi primera administración, la guerra habría podido hacerse con probabilidades de triunfar. Pero mi plan se echó al olvido.- Desarmado e indefenso como yo encontré al Perú en mi segunda administración, habría sido un crimen lanzarlo en una aventura, más aun cuando nuestro adversario de 1879, enriquecido por los fabulosos rendimientos de Tarapacá y la larga ocupación de Tacna y Arica, habría aprovechado otra vez de nuestra debilidad<sup>18</sup>.

---

<sup>16</sup> «Memoria del ministro de Relaciones Exteriores» 1922, Imprenta Americana, Lima, 1922, p. 69.

<sup>17</sup> Basadre, Tomo XIII, 1970, p. 144.

<sup>18</sup> Ulloa, 1987, p. 344.

El Perú aceptó ir al plebiscito no obstante la falta de garantías, las que debía hacer valer ante la Comisión Plebiscitaria, la misma que dio por terminadas su funciones con la célebre Moción Lassiter, en la que un plebiscito libre y justo era impracticable por la situación de amenaza que vivía el elemento peruano en el territorio plebiscitario. Raúl Porras manifiesta: «La moción Lassiter puede considerarse como el reverso del Laudo. Todo lo que el árbitro silenció, disculpó o justificó en el Laudo la moción Lassiter lo constata, lo exhibe y lo condena»<sup>19</sup>.

Con toda la carga negativa que produjo la falta de celebración del plebiscito para definir la soberanía de Tacna y Arica, Leguía quería completar la liquidación de la guerra del Pacífico y por eso accedió a las negociaciones directas que devinieron en la división del territorio, aceptándose que la línea de frontera entre ambos países sea trazada a diez kilómetros al norte del ferrocarril de Arica a La Paz. Nuevamente este ferrocarril es el que entra en escena y su presencia impide que se respeten los linderos provinciales que se encontraban vigentes en 1879, el Tacora, volcán ubicado dentro de Tacna pasa al lado chileno, así como una porción de Tarata que traspasaba una sección del ferrocarril de Arica a La Paz.

Tacna quedaba sin puerto y la preocupación de Leguía era dotar de una salida marítima a la ciudad que históricamente estaba unida al puerto de Arica. Las tratativas de dotarla de un puerto propio no se lograron y por eso se acordó que, dentro de los 1.575 metros de la bahía de Arica, Chile construirá a su costo un malecón de atraque, un edificio para la aduana y una estación para el ferrocarril.

El ferrocarril que unía Tacna con su puerto, fue el motivo de la más ardua discusión entre Leguía y el plenipotenciario chileno Figueroa Larraín. Este último, por instrucciones de su gobierno, sostenía que la sección del ferrocarril de Tacna a Arica pasaba a propiedad de Chile. Leguía se negó y dijo: «Si esta exigencia se hubiese formulado en su oportunidad seguramente habría sido causa del fracaso de la negociación y si se mantiene ahora motivaría la

---

<sup>19</sup> Porras, 1930, p. 156.

no firma del tratado y el mundo cargaría la responsabilidad sobre quien pretende alterar en forma grave un acuerdo ya solemnemente finalizado»<sup>20</sup>.

Superadas muchas dificultades, la negociación del Tratado de 1929 se dio siempre con cordialidad y respeto entre ambos gobiernos. Para el Perú las palabras de Leguía y su americanismo, así como su sentido de paz, se expresan mucho más teniendo como base lo expresado a Figueroa Larraín: «Estamos trabajando una verdadera alianza entre Perú y Chile y a estrechar más y más los lazos que deben unirnos»<sup>21</sup>.

En su discurso de presentación del tratado al Congreso de la República, en solemnes palabras, Leguía dijo:

El tratado reconcilia a dos pueblos enemigos hasta ayer; libera Tarata y Tacna; estatuye una soberanía definitiva para Arica y archiva para siempre en los dominios de la historia el tratado de Ancón cuyas penosas derivaciones fueron para nosotros y para toda la América más perjudiciales, tal vez, que la guerra misma<sup>22</sup>. —Más adelante, añadió—: ¿Qué hacer entonces? ¿Resignarse a perder en la paz lo que quedaba de la guerra? ¿Esperar? ¿Qué? ¿Las soluciones futuras de la justicia o de la fuerza? No. El Perú no podía continuar subordinando su progreso y su vida a la ilusión de una justicia internacional y a esa otra ilusión de una nueva guerra<sup>23</sup>.

Esta visión de ver al tratado como una alianza, de concretarlo como una solución definitiva a la vida internacional del Perú, se ha hecho realidad en todo el tiempo de su vigencia porque el acuerdo de 1929 y su protocolo complementario configuran un equilibrio de proposiciones, para que ambos pueblos no vuelvan a perder sus límites. Ríos Gallardo, tuvo ya su perspectiva cuando escribió su primer texto sobre los límites entre Chile y Bolivia, *Después de la paz...*, y Leguía, por no querer dejar anclado al Perú a una indefinida situación internacional, ambos lograron que el tratado sea lo que es hasta hoy.

<sup>20</sup> Ríos Gallardo, 1959<sup>a</sup>, pp. 344 y 345.

<sup>21</sup> Ríos Gallardo, 1959<sup>b</sup>, p. 355.

<sup>22</sup> Sesión secreta del Congreso de la República, 26.6.1929, p. 35.

<sup>23</sup> Sesión secreta del Congreso de la República, 26.6.1929, p. 37.

Se creó una comisión mixta demarcadora de límites que suspendió su trabajo el 3 de diciembre de 1929, por algunos desacuerdos que no pudieron ser resueltos por sus propios miembros<sup>24</sup>. Uno de ellos tuvo que ver con el punto de inicio en la costa de la nueva línea fronteriza. El tratado estipulaba que dicha línea tendría su inicio en «un punto de la costa que se denominará ‘Concordia’, distante diez kilómetros al norte del puente del río Lluta», punto que fue identificado al inicio de los trabajos demarcatorios. Tenía, sin embargo, el defecto de estar ubicado a unos diez kilómetros de la costa. El delegado chileno a la Comisión Mixta, Enrique Brieba, sostenía que la línea de frontera debía seguir por el paralelo geográfico que pasaba por dicho punto hasta el mar, mientras que el peruano, Federico Basadre, sostenía que la línea debía seguir por un arco de círculo con centro en el puente sobre el río Lluta hasta llegar al mar. Los dos gobiernos acordaron aceptar la propuesta de Basadre y así lo hicieron constar en instrucciones idénticas que enviaron a sus respectivos delegados.

En dichas instrucciones idénticas se consignó que el inicio de la frontera es «en la intersección del arco de círculo referido con la orilla del mar, en el punto concordia, y que en ese punto preciso se acordó no colocar un hito para evitar que sea destruido por las aguas del océano»<sup>25</sup>.

La Comisión Mixta Demarcadora de Límites terminó sus trabajos el 21 de julio de 1930, fecha en la cual el presidente Leguía estaba aún en el poder. Un mes más tarde fue depuesto por una asonada en Arequipa.

## EL OMINOSO FINAL

Sobre la dimisión de Leguía, Ríos, que se encontraba ya en Lima como plenipotenciario chileno, escribió:

A las cuatro de la mañana, para defender ya no su poder, sino que la seguridad de su vida, el Mandatario retornó a la lucha. Había rechazado el asilo de la embajada de Chile

<sup>24</sup> Wieland, 2017a, p. 75.

<sup>25</sup> Wieland, 2017b, pp. 77 y 78.

para no comprometer con él «la amistad que acababa de nacer» y resolvió en esta disyuntiva embarcarse en el crucero *Almirante Grau* a fin de salir al extranjero. El gabinete del general Ponce aceptó esta determinación pero le exigió como garantía que le hiciera entrega de su renuncia. El presidente Leguía se negó a ello en el primer momento y alegó que deseaba entregarla al Congreso Nacional y con voz serena y acento firme dio lectura a su texto. La emoción embargaba a los presentes y los últimos fieles sollozaban. Acallada su voz, cuyo eco jamás volvería a sentirse en palacio, suscribió su dimisión a las cuatro y veinte minutos de la madrugada del lunes 25 de agosto de 1930<sup>26</sup>.

Más tarde, cuando la capital peruana conocía la renuncia del gobernante, el populacho empezó el saqueo de la casa de Leguía. Refiriéndose a este hecho, María Álvarez Calderón escribió: «parecía tener nombre propio: sus características lo mostraban hecho con intencionalidad, organizado con premeditación y con el objeto preciso de apoderarse de documentos comprometedores e importantes»<sup>27</sup>.

¿Cuál fue la respuesta de la nueva administración gubernamental para consolidar su régimen? Fue el simplismo de motejar los tratados internacionales negociados durante las administraciones de Leguía como entreguistas, antipatrióticos, fruto de su incapacidad personal y la de sus colaboradores. Por eso el médico Villanueva Urquijo, testigo de los avatares del momento, escribió:

Los que hoy, con una absoluta falta de honradez, arrojan sobre la reputación de un ciudadano la responsabilidad de una traición, proceden arteramente, sabiendo que no dicen la verdad. Aprovechan que ningún peruano cometerá la indiscreción de exhibir los documentos y hechos que comprueben la verdad, esa verdad íntima, que ha obligado a nuestro país a liquidar ese pasado que nos dejaron la incapacidad de otros<sup>28</sup>.

---

<sup>26</sup> Ríos Gallardo, 1959, p. 406.

<sup>27</sup> Álvarez Calderón, 2014, p. 128.

<sup>28</sup> Villanueva, 2006, p. 227.

## REFLEXIONES FINALES

Leguía muere en la peor de las condiciones. Después de haber gobernado el país por 15 años, en periodos diferentes, su poder se redujo a su celda en el entonces panóptico de Lima y a él y sus partidarios sometidos a procesos judiciales, para lo cual se conformó un tribunal *ad hoc* llamado Tribunal de Sanción Nacional. La defensa del expresidente estuvo a cargo de Alfonso Benavides Loredo, cuya exposición se inicia con las siguientes palabras: «Que, aunque el vago documento de los señores fiscales contra el expresidente señor Leguía más bien que un dictamen es una sentencia; y aunque es una cosa fuera de toda duda como explícitamente consignada en la Constitución que, el Tribunal de Sanción no tiene legitimidad»<sup>29</sup>.

Luis Alberto Sánchez, el eminente político aprista que fue perseguido por Leguía, nos dejó para la posteridad su reflexión al cumplirse 48 años de la muerte del presidente del oncenio:

Todavía subsisten los prejuicios de hace cincuenta años. En un libro reciente, *La República militar*, más bien gráfica que literaria, publicada por Guillermo Thorndike se repiten cosas que se dijeron al caer Leguía por gentes que no tuvieron escrúpulos en repetir algunas cosas infamantes, como si no hubiese pasado el tiempo para esclarecerlas... Me molestó mucho la dictadura de Leguía y eso me animó a hacer política después apenas hubo ocasión con el APRA, pero de allí a mantener una actitud hostil negativa y no equilibrar los hechos positivos con los negativos hay una enorme distancia. Seguir odiando hasta la consumación de los siglos y sobre todo cuando no se conocen bien las causas del odio me parece bajo mezquino e infamante y elogiar a quien solo tiene poder y olvidarse de él cuando ya no lo tiene o cuando muere, me parece exactamente bajo mezquino e infamante y no quisiera practicar esa clase de bajeza, mezquindad e infamia. Leguía murió en la peor de las situaciones. El 7 de enero se suspendieron los tranvías y ómnibus de Lima al Callao para que nadie o la menor gente fuese al entierro, que se hizo prácticamente en forma casi clandestina en el cementerio de Baquíjano en el Callao del cual fueron exhumados después de veintitantos

---

<sup>29</sup> Benavides Loredo, 1952, p. 27.

años en tiempos del segundo gobierno del señor Prado y trasladados a Lima. De Bellavista a Baquíjano no hay poca distancia, los que acudieron al sepelio fue gente de a pie desde Lima y hubo un gentío. No era un homenaje al gobernante exitoso, sino era una especie de *mea culpa*, de expiación del Perú por haber dejado morir en cárcel y por enfermedades a un hombre que había mandado 15 años de gobierno... no hay que olvidarse que cuando lo trasladaron al hospital naval alguien puso una bomba bajo el lecho en donde iba a reposar y no había llegado todavía, para testimoniar que se le perseguía hasta en su agonía. Todo esto es infamante, y por eso vale la pena recordarlo para no repetirlo más. ¿Que fue un dictador? ¡Sin duda!; ¿Cometió graves errores? ¡Sin duda! ¿A su sombra algunos familiares y amigos, se hicieron de fortuna inmensas? ¡Es cierto! ¡Él no! El propio Tribunal de Sanción tuvo que reconocer que tenía menos dinero que cuando entró al Gobierno. [...] hecho el balance, de todos modos queda que dejarlo morir así, oscuramente, sin darle la asistencia médica debida en su oportunidad, vejándolo y calumniándolo no constituye ninguna proeza para ningún país, y sobre todo para un sector de hombres públicos<sup>30</sup>.

Han pasado 101 años del inicio de la llamada Patria Nueva y no obstante el tiempo transcurrido, aún se dice que se debe escribir sin apasionamientos sobre el paso de Leguía por la presidencia de la República. Intentos de rescate a su memoria ya han habido, pero parecen no ser suficientes ante la desinformación, el odio que se le mantiene y, especialmente, el síndrome de fiscales de la historia de personajes sin escrúpulos, que como lo ha dicho más arriba Luis Alberto Sánchez, odian sin conocer las causas.

Leguía, quiérase o no, es el forjador de amistades, de alianzas y de lazos inequívocos de fraternidad continental. Construyó una amistad pétrea con Colombia cuyo único bache fue en 1932, y de allí a hoy, nunca hemos tenido problema alguno con aquel país. Culminó el proceso de límites iniciado en 1851 con Brasil en el año 1909 y tampoco con la gran república del Este hemos tenido mayor problema. Con Bolivia se evitó una guerra de impredecibles

---

<sup>30</sup> Audio difundido en el portal YouTube, en: <https://www.youtube.com/watch?v=ggrmVNYUGOw>



repercusiones por tener, en aquel tiempo, varios problemas limítrofes pendientes. Y, finalmente Chile, país al cual el mismo Leguía combatió en su trinchera, defendió a la capital como sargento y hasta rechazó su homenaje en la Cripta de los Héroe, en el llamado Incidente de la Corona, aunado a ello, durante su primera administración, Chile expulsó a los sacerdotes peruanos de Tacna y Arica, clausuró las escuelas y clubes peruanos en los territorios cautivos e inició la represión contra el elemento peruano. Y en su segunda administración afrontó la dura campaña para la ejecución del plebiscito, donde consecuentemente se daban atentados contra los peruanos frente a la Comisión Plebiscitaria. Todo eso quedó como parte de la historia, para que aparezca el estadista y afronte la realidad con el propósito de no dejar mayores cargas al destino del Perú. Fue así que se cimentó la paz duradera con Chile.

Muchas veces en su domicilio, Alfonso Benavides Correa me hablaba de su reivindicación a Leguía, de cómo su padre defendió al expresidente y cómo Ríos Gallardo homenajeaba en su libro al político peruano en desgracia. Sea este escrito un grano de arena más en la defensa de alguien que no puede defenderse, y que como único fundamento en su alegato ante la historia está su obra internacional, la misma que me transmitió mi siempre recordado maestro.

## BIBLIOGRAFÍA

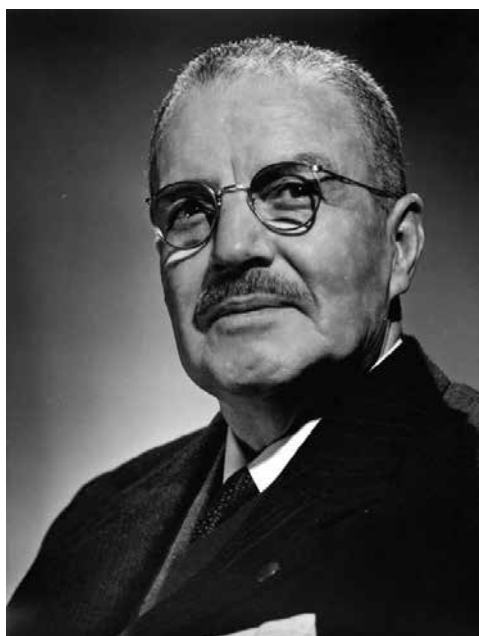
- Actas Secretas del Congreso Nacional. Tomo XXI, 1910-1915.
- ÁLVAREZ CALDERÓN, MARÍA DELFINA, *El saqueo olvidado. Asalto a la casa de Augusto B. Leguía: 1930*. Lima: Titanium Editores, 2014.
- BASADRE, JORGE, *Historia de la República del Perú*. Lima: Editorial Universitaria, 1970.
- BENAVIDES CORREA, ALFONSO, *Una difícil vecindad*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1997.
- BENAVIDES LOREDO, ALFONSO, *Leguía. Defensa jurídica de don Augusto ante el Tribunal de Sanción*. Lima: Tipografía Peruana, 1952.
- CASTILLO, FERNANDO CORTEZ, LÍA Y FUENTES, JORDI, *Diccionario histórico biográfico de Chile*. Santiago: Zig-Zag, 1999.
- CHECA DROUET, BENIGNO, *La doctrina americana del Uti Possidetis de 1810*. Lima: Librería e Imprenta Gil, 1936.

- GARCÍA SALAZAR, ARTURO, *Historia diplomática del Perú*. Volumen I. Chile 1884-1822. Lima: Imprenta A.J. Rivas Berrio, 1930.
- LEGUÍA SALCEDO, AUGUSTO BERNARDINO, *Yo tirano, yo ladrón (memorias del presidente Leguía)*. Lima: Talleres de la Editorial Ahora, s/f.
- Memoria del Ministro de Relaciones Exteriores del Perú 1920. Lima: Imprenta Americana, 1920.
- Memoria del Ministro de Relaciones Exteriores del Perú 1922. Lima: Imprenta Americana, 1922.
- PORRAS BARRENECHEA, RAÚL, *Historia de los límites del Perú*. Lima: F. y E. Rosay, 1930.
- RÍOS GALLARDO, CONRADO, *Chile y Perú. Los pactos de 1929*. Santiago: Nascimento, 1959.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, «Augusto B. Leguía». Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=ggrmVNYUGOw>
- Sesiones Secretas del Congreso de La Republica del Perú, 1929.
- TAURO DEL PINO, ALBERTO, *Enciclopedia ilustrada del Perú* (seis tomos). Lima: Ediciones Peisa, 1987.
- ULLOA SOTOMAYOR, ALBERTO, *Para la historia internacional y diplomática del Perú: Chile*. Lima: Atlántida, 1987.
- VILLANUEVA URQUIJO, PEDRO, *Los peruanoides*. Lima: edición por Armando Villanueva del Campo, 2006.
- WIELAND CONROY, HUBERT, *El punto Concordia y la frontera entre el Perú y Chile*. Lima: Instituto de Estudios Internacionales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2017.



Augusto B. Leguía

Fuente: Repositorio institucional de la Pontificia Universidad Católica del Perú



Carlos Ibáñez del Campo

Fuente: Archivo Fotográfico de la Biblioteca Nacional de Chile,  
Código: AF0000099

JUAN CARLOS HERRERA TELLO



Conrado Ríos Gallardo en 1929  
Fuente: Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos



Emiliano Figueroa Larraín en 1925  
Fuente: Memoria Chilena



Pedro José Rada y Gamio  
Fuente: blog Arequipa Tradicional



Ofrecimiento del Banquete a la Delegación Peruana, 1929  
Fuente: archivo del autor



## 4.7 ANTONIO GUTIÉRREZ DE LA FUENTE Y SUS REDES FAMILIARES: APROXIMACIONES A SU ORIGEN TARAPAQUEÑO Y SU MISTERIOSO VÍNCULO CON CHILE

*Sergio González Miranda y José Alflorino Torres González*

### INTRODUCCIÓN

Este escrito pretende plantear algunos interrogantes sobre Antonio Gutiérrez de la Fuente, que no se relacionan con su investidura de mariscal o prócer del Perú. Más lejos aún están nuestras preguntas de las rebeliones, conspiraciones y batallas en las que tuvo participación. Esos interrogantes dicen relación básicamente con tres temas.

Primero, con su origen y estirpe tarapaqueños, porque nos llevan a conocer su papel en la sociedad y economía de la provincia litoral de Tarapacá. ¿Cómo alguien nacido en la provincia más austral del virreinato del Perú, que estaba en el margen heterológico, pudo alcanzar un protagonismo tan relevante, en un momento crucial para la naciente República peruana? Una provincia que estuvo permanentemente bajo la presión de Bolivia, incluso cuando la República ya se establecía.

Segundo, su relación con Chile, donde vivió la mayor parte de sus exilios, específicamente con Talcahuano y una pequeña bahía llamada Tumbes. ¿Por qué Chile? ¿Cuáles fueron los motivos que llevaron a Gutiérrez de la Fuente a preferir una zona tan específica del sur chileno, en vez de la capital o el emergente puerto de Valparaíso, entre otros lugares más atractivos para un militar y político peruano? ¿Serían otros aspectos de la personalidad de este personaje que le llevarían a esa zona de Chile, como el comercio y posibles lazos familiares?

Tercero, es inevitable, aunque sea tangencialmente, referirnos al vínculo que tuvo con Ramón Castilla Marquesado, su paisano tarapaqueño que, al igual que él, alcanzó los más altos cargos de la nación. Gutiérrez de la Fuente y Castilla tomaron el mismo camino pedregoso durante la independencia y escogieron senderos que se bifurcaron durante la República, cuando este último alcanzó por segunda vez la más alta investidura en Perú. Sin embargo, se conoce escasamente si la amistad y enemistad entre estos dos tarapaqueños tuvo un correlato en los conflictos internos<sup>1</sup> en la Provincia Litoral de Tarapacá.

Como lo desarrollaremos más adelante, los tres temas están estrechamente unidos y nos permiten develar a un personaje más complejo que lo recogido en la literatura oficial o tradicional en Perú y Chile. No es nuestra intención profundizar en dichos temas porque tenemos una investigación en curso que, esperamos, nos permita alcanzar los patios interiores de la vida de Antonio Gutiérrez de la Fuente, para comprender sus decisiones y ambiciones, sus acciones e idearios. Por tanto, aquí solamente expondremos aproximaciones a los tres temas en comento, como ventanas a una biografía e historiografía en construcción. Esperamos, al menos, aproximar a este personaje y a su entorno familiar a una mejor comprensión de sus vínculos con Chile y avanzar más allá (o más acá) de la imagen del gran mariscal o del general en Perú.

## LA IMPORTANCIA DE SER UN DE LA FUENTE

Todas las genealogías que hemos revisado nos indican que el prócer del Perú, Antonio Gutiérrez de la Fuente, nacido en el mineral de Huantajaya-Tarapacá el 8 de septiembre de 1796, es nieto de José Basilio de la Fuente Haro y Loayza Valdés, que fuera el minero de la plata más acaudalado de la provincia de Tarapacá durante la segunda mitad del siglo XVIII. Además, por el lado materno descendería de Juan de Loayza y Salas, el redescubridor de las

<sup>1</sup> Castro, Luis, «El proceso independentista en el extremo sur del Perú: desde la invasión de Julián Peñaranda a la sublevación de Pascual Flores (Tarapacá, 1815-1822), en *Historia* 51, Vol. II, 2018, pp. 365-392.



minas de Huantajaya en 1760, en el cerro San Simón. Vetas que las trabajara de forma efectiva su hijo Bartolomé de Loayza. La esposa de Basilio, María Jacinta de Loayza y Calderón Portocarrero, era hija de Bartolomé.

Las genealogías referidas a Antonio Gutiérrez de la Fuente indican que sus padres fueron el español, caballero de la orden de Santiago, Luis Gutiérrez de Otero y Martínez del Campo, alcalde del Cuzco, muerto en la insurrección de esa ciudad en 1777<sup>2</sup>, y la tarapaqueña Manuela de la Fuente y Loayza, hija del gran minero de Huantajaya que, en su época, logró desafiar al representante del virrey en Tarapacá<sup>3</sup>. Queda tácito que su prosapia habría sido un trampolín para alcanzar el poder. Creemos que esta idea o imagen no es totalmente cierta, aceptando que pudo ser un acicate para sus propósitos. Además, no es del todo certera esa genealogía.

Sin tener la intención de realizar un escrito genealógico, creemos necesario revisar el testamento de Basilio de la Fuente, el documento más confiable del que contamos:

2da Fojas 14r

Declarando como declaro que en años pasados contraí matrimonio legítimamente en el Asiento de Guarasiña según el orden de Nuestra Santa Madre Iglesia con Doña María Jacinta de Loayza ya difunta hija legítima del Coronel de los Reales Ejércitos Don Bartholome de Loayza y Valdés y de Doña Valeriana Portocarrero naturales el primero de Pica y la segunda de la ciudad de Arica, en que no intervino dote ni capital y de este matrimonio tenemos por nuestros hijos legítimos que oy viven a Don Manuel de la Fuente, Don Francisco, Don Manuel Josef, Doña Anna María, Doña María, Doña Ignacia y Doña María Liberata mis siete hijos menores manifiéstolo así para que conste<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> Bustamante de la Fuente, Manuel, *Mis ascendientes*. Lima: edición privada, 1955.

<sup>3</sup> Gavira, María Concepción, «Producción de plata en el mineral de San Agustín de Huantajaya (Chile), 1750-1804», en *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, Vol. 37, N° 1, 2005, pp. 37-357.

<sup>4</sup> Testamento de José Basilio de la Fuente. Agradecemos a la historiadora Carolina Figueroa Cerna, por habernos facilitado la transcripción del testamento.

Como se puede observar, no existe en este párrafo mención alguna a una hija llamada Manuela. Incluso, como nos recuerda el historiador Sergio Villalobos, el propio Basilio al momento de su fallecimiento en 1774, en la lista de sus posesiones mineras, tenía estacas con nombres de sus hijos e hijas del matrimonio:

Estaca de 80 varas por 40. Seguramente la descubridora del hundimiento.

Estaca del Sacramento, registrada de nuevo con el nombre de El Carmen.

Estaca salteada

Estaca que fue de don Martín de Loayza

Estaca que fue de don Juan de Loayza

Estaca de el privilegio

Estaca que fue de doña Manuela de Loayza

Estaca que fue de doña Mariana Josefa de Loayza

Estaca del Sacramento chico

Estaca San José, en el Alto de San Simón, comprada a don Juan Eusebio Pérez

Estaca del corazón de Jesús en la veta del Padrastro

Estaca que fue de doña María Valeriana Portocarrero

Estaca que fue de doña María Jacinta de Loayza

Claro de 52 varas

Claro de 40 varas

Claro situado entre la estaca de doña María Josefa de Loayza y la salteada

Estaca en la veta del Padrastro (Nuestra Señora del Carmen), comprada al Rey

Estaca que fue de don Manuel Cayetano de la Fuente en veta San José, conocida como de el Rosario Chico, comprada a su Majestad. Alto San Simón, al parecer.

Estaca que fue de don Manuel Cayetano de la Fuente, en la veta del Rosario, alto de San Simón, comprada al Rey

Estaca que fue de don Manuel Cayetano de la Fuente en la veta del Carmen, comprada a su Majestad

Estaca «desde el punto de la Botija»

Claro entre la veta del Carmen y la salteada antigua

Estaca de 80 varas por 40

Estaca cerro arriba

Otra estaca cerro arriba

Otra estaca cerro arriba

Estaca de El Salvador, que fue de don Manuel Cayetano de la Fuente

Estaca de San Francisco, de don Francisco de la Fuente

Estaca de San José, de don Juan José de la Fuente

Estaca de Santa Ana, de doña Ana María de la Fuente

Estaca Mercedes, de doña María de la Fuente

Estaca de San Ignacio, de doña Ignacia de la Fuente

Estaca de San Juan, de doña Juana Liberata de la Fuente

Las últimas siete estacas corresponden a hijos de don Basilio de la Fuente [...]<sup>5</sup>.

Si el historiador Sergio Villalobos es certero en su observación, no existe la hija Manuela, aunque sí se halla ese nombre en la familia, pues se registra una estaca antigua de doña Manuela Loayza, posiblemente hija de Bartolomé de Loayza. Villalobos agrega, además, una información relevante, que «los hijos de De la Fuente, todos ellos menores de edad, fueron trasladados a Arequipa y quedaron bajo la tutoría del albacea don Manuel Pérez de Aragón»<sup>6</sup>. El hijo mayor del matrimonio, Manuel, nació en 1757 cuando José Basilio ya tenía 47 años, y 17 años cuando el acaudalado minero falleció. Por lo anterior, quienes se quedaron en la provincia fueron los hijos que había tenido con anterioridad.

Efectivamente, los siete hijos señalados como legítimos no fueron los únicos. José Basilio de la Fuente reconoce en su testamento a otros hijos, a saber:

7va Fojas 15v

Declarando como declaro, que he tenido y reconocido por hijos naturales y fuera de matrimonio antes de haverlo contraído a Juan que murió moso, a Pedro que allí vive, a Francisco, Michaela, y Jacinta de la Fuente que se hallan en esta Quebrada. A todos los quales no solo he alimentado aún más de lo debido al estado de su condición, sino que también los he fomentado en la maior edad hasta que se han visto con caudal, que no han sabido aprovechar: de todo lo qual se tendrá en conocimiento por las partidas de dinero y otros

<sup>5</sup> Villalobos, Sergio, *La economía de un desierto*. Santiago: Editorial Nueva Universidad, 1979, p. 134.

<sup>6</sup> Villalobos, *op. cit.*, p. 135.

efectos quales he dado en mis Libros y es constante a todos.  
Por lo que no tienen derecho ni acción

fj. 16r.

a mis bienes, a los que los excluirán, que yo los excluio enteramente, y mis albaceas solo tendrán que tratar de recibir a cada uno de ellos los alcances, que les resultase de sus quantas, que tiene abiertas en mis Libros. Solo si es mi voluntad, que a la Jacinta muger de Josey Herrera se le den mil pesos por vía de legado [...]

José Basilio no menciona el nombre de la madre de sus hijos naturales, por tanto, ha quedado la incógnita de su nombre y procedencia.

Con la palabra «quebrada» se refiere al valle de Tarapacá, cuyo poblado principal era San Lorenzo de Tarapacá, entonces la capital de la provincia. En esa quebrada había otros poblados como Huarasiña, Pachica, etcétera, donde pudieron estar radicados los hijos naturales de José Basilio, de hecho, tuvo innumerables haciendas. Vemos que ellos no recibieron herencia alguna, a diferencia de los legítimos, que recibieron todos los bienes respectivos. Con excepción de Jacinta, a quien le legó mil pesos (porque lo había asistido en su enfermedad hasta el final)<sup>7</sup>, un monto menor considerando la escala de la riqueza en cuestión. ¿Se equivocó en su apreciación José Basilio respecto de sus otros hijos?

Como los hijos que denomina naturales nacieron antes del matrimonio celebrado por el presbítero Juan Bautista Aristi, en la parroquia de San Lorenzo de Tarapacá, el día 23 de octubre de 1756<sup>8</sup> con María Jacinta Loayza y Portocarrero, todos habrían sido mayores de edad a la muerte de José Basilio, por tanto, pudieron tener hijos de edades próximas a los hijos menores del gran minero.

Nuevamente observamos que en este fragmento del testamento que tampoco existe una hija llamada Manuela. Sin embargo, sabemos que su hijo Francisco, nacido en 1738<sup>9</sup>, que se casó con

<sup>7</sup> AHN, Vol. 46, a fojas 326 en Larco de Miró Quesada en Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas, N° 18.

<sup>8</sup> AOI, Parr. San Lorenzo, Tarapacá, matrimonios, 1756.

<sup>9</sup> En el registro bautismal figura como hijo de padres no conocidos, tal vez para guardar el crédito social de su madre soltera y su padre, el acaudalado minero. Ella será registrada en algunas genealogías como nn.

Inés Palacios Yrusta de Aguilar (1745), tuvieron cuatro hijos antes del fallecimiento de José Basilio en 1774: Matías (1766), Juan de Dios (1768), Melchora (1770) y Manuela (1771). Más adelante volveremos sobre la importancia de Matías y Melchora. Ahora nos interesa Manuela.

Manuela de la Fuente y Palacios<sup>10</sup>, nacida en Pica, se casó con Luis Isidoro Gutiérrez de Otero y Martínez del Campo<sup>11</sup>. Ella sería la madre del prócer Antonio Gutiérrez de la Fuente (1796). También de Calixto Gutiérrez de la Fuente (1789), uno de los firmantes del acta de la independencia del Cabildo de Lima, el 15 de julio de 1821<sup>12</sup>. Y de otros dos hermanos: José y Juan Gutiérrez de la Fuente, ambos relacionados estrechamente con Chile, como veremos más adelante.

Hay un pasaje muy interesante en la historia de Tarapacá que involucra a Calixto. Cuando fue subprefecto de Tarapacá, en 1840, le correspondió un papel en la defensa de San Lorenzo de Tarapacá de fuerzas bolivianas invasoras en 1842.

Ricardo Palma, en sus *Tradiciones peruanas*, relata este suceso entre trágico y místico:

<sup>10</sup> Existe una discusión histórica acerca de los verdaderos abuelos maternos de Calixto y Antonio de la Fuente. Algunos autores la consignan como hija legítima de José Basilio de la Fuente y su mujer apellidada Loayza (Cúneo, 1978; Bustamante, 1955; Torres, 2018), sin embargo, obteniendo otras fuentes históricas y el análisis genealógico de Rosa Larco Miró de Quesada en la Revista Peruana de Genealogía, despeja las dudas, aparte de las fuentes de Barros Arana y los expedientes judiciales de su hijo, podemos confirmar que la genealogía presentada es, por ahora, la más veraz.

<sup>11</sup> Luis Isidoro Gutiérrez de Otero y Martínez del Campo,, nacido en Ala, valle de Villaverde de Soba, Santander, España, venido al Perú con sus hermanos Raymundo y Simón, caballero de la orden de Santiago, coronel de milicias del regimiento de Urubamba, vecino y alcalde del Cuzco, le mataron los indios en 1777 en la insurrección del Cuzco; hijo este del coronel Tomás Gutiérrez de Otero y Gómez de Helguera, nacido en 1713, y de Josefa Martínez del Campo y García de Escajal, nacida en la villa de Aja, como su marido en 1719, y otorgaron disposición testamentaria el 14 de diciembre de 1760 (Bustamante, 1955)

<sup>12</sup> Denegri, Félix, Nieto, Armando y Tauro, Alberto, eds., Compilación de la independencia del Perú. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1972, p. 383.

Después del desastre de Ingavi, el general Magariños, al mando de la segunda división del ejército boliviano, se apoderó de Tacna, en diciembre de 1841, sin resistencia del inermec vecindario. Inmediatamente hizo marchar sobre Tarapacá una columna de cien soldados a órdenes del coronel D. José María García y del comandante D. Luis Mostajo.

El coronel boliviano García tomó posesión de San Lorenzo de Tarapacá el 3 de enero de 1842. Sin embargo, los tarapaqueños no se quedarían inmóviles y el subprefecto Calixto Gutiérrez de la Fuente, hermano de Antonio, prócer de la independencia del Perú, buscó apoyo en Iquique con el sargento mayor Juan Buendía, quien se dirigió con sus fuerzas a la capital de entonces, San Lorenzo de Tarapacá. Entraron en combate hasta que se le agotaron las balas y Buendía rogaba por «algunas libras de plomo». Continúa el relato de Ricardo Palma:

Buendía comenzaba a desesperar. Tenía en perspectiva la derrota y acaso la insegura condición de prisionero. De pronto un joven eclesiástico, hijo de Tarapacá, que vagaba entre los combatientes auxiliando a los heridos y moribundos, se acercó y le dijo: —No hay que desmayar; voy a traer plomo. Y entrando en su habitación se detuvo ante un retablo que presentaba al divino misterio de Belén. Téngase presente que esto pasaba en la noche del 6 de enero, día de la adoración de los Reyes Magos. El devoto clérigo tenía en su casa un precioso nacimiento... y el niño Jesús era... de plomo<sup>13</sup>.

A las siete de la mañana los soldados bolivianos se rindieron al quedar sin municiones. De esa forma se salvó San Lorenzo de Tarapacá, y la Provincia.

En esos años, Antonio de la Fuente se encontraba en el centro del Perú acompañando en el gobierno a Agustín Gamarra como vicepresidente, llegando a ejercer brevemente la más alta investidura en Lima. Cuando aconteció la batalla de Ingavi, que cobró la vida de Agustín Gamarra el 18 de noviembre de 1841, se encontraba a su lado Ramón Castilla Marquesado, que fue prisionero. No sin razón los tarapaqueños temían una invasión y que Tarapacá fuera anexada

---

<sup>13</sup> Palma, Ricardo, *Tradiciones peruanas*. Madrid: Aguilar, 1953, p. 1103.

a Bolivia, un sentimiento que, como veremos, se percibía desde mucho antes, producto de la lejanía de la provincia del centro político.

Antonio Gutiérrez de la Fuente acudió al llamado de sus co-tarráneos y marchó al sur peruano para expulsar a los invasores y obligarlos a un tratado de paz que se celebró un 7 de junio de 1842, lo que dejaría a los tarapaqueños más tranquilos.

Respecto de ese temor a la invasión boliviana, que también podría leerse como sinónimo del abandono limeño de la provincia litoral de Tarapacá y también a la ambicionada Arica, queda palmariamente expresado en una carta de Ramón Castilla, cuando estaba en su terruño como prefecto de Tarapacá, por tanto, era Gutiérrez de la Fuente el principal ariete tarapaqueño en los círculos de poder en Perú.

Fragmentos

Señor General D. Antonio G. de La Fuente

Tarapacá, Diciembre 21 de 1826

Mi amado General

Hace días que se ruge en este pueblo que la provincia de Arica y esta están ya cedidas en cambio a la República de Bolivia dando esta en retorno algunos millones de pesos. En el presente correo corren los mismos rumores, asegurando que hace más de 20 días, que un Edecán de S.E. el Gran Mariscal Presidente, ha pasado por Arica para Lima conduciendo los tratados, para que sean confirmados por el Gobierno nuestro [...]

[...] Yo como peruano hijo de este suelo, U.S. mismo y cuantos pertenezcan al Departamento de Arequipa miraran con desagrado semejante cambio de territorio, de llevar aquel nombre por el que hemos consagrado tantos sacrificios a sufrir un cambio aplicándose otro enteramente diferente, y quizá algún día el de argentino del que no encuentro mucha diferencia al de inglés.

Concluyo mi principal diciendo, que la provincia de Arica y Tarapacá no ganan cosa alguna: la República de Bolivia es la que recibe el bien; y este bien con grave perjuicio de la nuestra, creo que no debe admitirse [...]

R. Castilla<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Paz Soldán, Mariano Felipe, *Historia del Perú independiente. Segundo periodo*. Imprenta de A. Lemale, 1875, p. 121.

Castilla ostentaba el cargo de Subprefecto de Tarapacá desde 1824. Gutiérrez de la Fuente ocupaba el cargo de Prefecto en Arequipa, con la distancia que entonces había entre ambas provincias. Tanto Castilla como Gutiérrez de la Fuente tenían el mismo ideario. Mariano Paz Soldán afirma que:

[...] el Prefecto de Arequipa, General La Fuente, no podía ni imaginar que existiera un solo hijo del Perú que aprobara tal atentado, contrario a los intereses del país y a la misma Constitución, y estaba resuelto a abandonar su patria antes de consentir en verla desmembrada; escribía al mismo (Ignacio) Ortiz de Zeballos: U. está encargado de defender los intereses del Perú, y, por lo tanto, me es imposible creer que U. trate ningún asunto que no sea su felicidad (como pues he de creer que siendo U. un Agente del Perú lo destruya y arruine); sería no concederle a U. sentimientos de corazón peruano<sup>15</sup>.

Para cuando ambos tarapaqueños intentan evitar que Tarapacá sea anexado a otra de las nacientes repúblicas, especialmente a Bolivia, ya habían pasado temporadas en Chile y establecido redes personales y familiares, como lo analizaremos más adelante.

El cargo de Prefecto de Arequipa fue un escalón para alcanzar puestos aún más prominentes en Lima. La pregunta es si sus familiares que habían partido desde Tarapacá a la ciudad blanca fueron o no su círculo de apoyo, considerando que era un grupo familiar muy influyente.

Sabemos que casi todos los hijos «legítimos» de José Basilio lograron tener altos cargos en Arequipa, pero fue Francisco quien asumió la responsabilidad de administrar las minas de Huantajaya y del Carmen de su padre. La especialista María Concepción Gavira dice de Francisco:

[...] también considerado un importante minero, estaba asentado en Arequipa, donde se trasladó con sus hermanos a la muerte de su padre en 1774, y sus intereses políticos estaban centrados en Lima. Sabemos por su hoja de servicios que fue un personaje de gran influencia, incluso llegó a ejercer el cargo de administrador en el Tribunal de Minería peruano, y en 1801 solicitaba una intendencia<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> Paz Soldán, *op. cit.*, 1875, p. 120.

<sup>16</sup> Gavira, 2005, p. 49.



A través del testamento de un minero de Huantajaya y Santa Rosa de nombre Pedro Pérez Obligado, español, natural de Calañás, radicado en el pueblo de San Lorenzo de Tarapacá, sabemos que, desde Arequipa, Antonio Gutiérrez de la Fuente administraba minas en Tarapacá.

El año 1826, Pedro Pérez Obligado estaba contratado por una compañía minera inglesa en las minas Santa Rosa y Carmen, por la suma de seis mil pesos anuales. Su cargo era «de director como perito facultativo de minería único titulado por el Tribunal General». La quiebra en Londres de esa compañía lo dejó con deudas, entonces rápidamente, por acción de uno de los más reconocidos mineros tarapaqueños, su amigo Atanacio Tinaxas Mamani, le dio una ayuda a través del:

[...] señor General don Antonio Gutiérrez de la Fuente para que me viniese de director del trabajo y administrador de la sociedad arequipeña la Compañía de los señores Fuentes, en la mina de estos nombrada San Salvador del mineral de Huantajaya con asignación de dos mil quinientos pesos anuales, y más una acción de quinientos en la mina como los demás socios, y todo constante por documentos públicos y notorios desde cuyo tiempo ha estado<sup>17</sup>.

Se trataba de la Estaca de El Salvador, que fue de don Manuel Cayetano de la Fuente, consignada entre las posesiones mineras que José Basilio de la Fuente les heredara a sus hijos. Por tanto, resulta evidente que Antonio estaba vinculado en sociedad minera con su tío Francisco.

El apellido De la Fuente aparecería siempre relacionado con la flamante república en construcción. Emblemático resulta constatar que uno ellos —que llevaba además el nombre del legendario minero de Huantajaya—, Mariano Basilio de la Fuente, fuera intendente del Cercado en Lima hacia 1826<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> Archivo Regional Dibam, Archivo Sernageomin, Libro Título de la Oficina Ramírez 9 cantón La Peña, año 1876, testamento de Pedro Pérez Obligado, sin fojas.

<sup>18</sup> Denegri, Félix, ed., *Obra gubernativa y epistolario de Bolívar*. Volumen 2º, Tomo XIV. Lima: Colección Documental de la Independencia del Perú. Comisión

## EL SALITRE Y EL MISTERIOSO VÍNCULO CON CHILE

Es sabido por la literatura sobre Castilla y Gutiérrez de la Fuente que ambos partieron jóvenes a estudiar a Chile, específicamente a Concepción. ¿Por qué? ¿Quién les esperaba?

Con relación a Antonio Gutiérrez de la Fuente, ¿qué lazos lo unían con Chile y, específicamente con Concepción y Talcahuano? La relación con estos lugares fue desde antiguo. Entonces emerge la figura de Matías de la Fuente y Palacios, hermano de Manuela, la madre de los Gutiérrez de la Fuente, y de Melchora. Matías se casó con María Roso, tuvieron una hija llamada Jacinta, de quien desciende el linaje de los Medina de Matilla, los dueños de los famosos viñedos<sup>19</sup>.

Matías de la Fuente no es un personaje de menor importancia respecto de sus sobrinos, los Gutiérrez de la Fuente, pues como veremos más adelante, su nombre está escrito en letras doradas en el origen de la industria del salitre en Tarapacá.

Matías fue quien llevó a sus sobrinos Calixto, Antonio, Juan y José a educarse a Concepción. Todos establecieron sus familias en Chile, merodeando el norte por varias generaciones más, teniendo desplazamientos principalmente en Talcahuano, Rengo, Quillota y Valparaíso.

Hemos establecido como una afirmación plausible que Manuela de la Fuente Palacios, hija de Francisco, uno de los hijos naturales de José Basilio de la Fuente, fuera la madre de Antonio y sus hermanos. Adicionalmente, sabemos que Manuela era hermana de Matías y Melchora.

Para responder a la pregunta sobre Matías de la Fuente, debemos ingresar a la historiografía salitrera, aunque se inició como minero de la plata al igual que otros precursores de la industria del salitre como George Smith, Atanacio Tinaxas y Sebastián Ugarriza.

El historiador del salitre Óscar Bermúdez, siguiendo a otros autores como Mendiburu, Billinghamurst y Hernández, le atribuye a Matías el contacto clave, alrededor de 1809, con el sabio alemán Tadeo Haenke, quien proporcionó la fórmula del nitrato potásico:

---

Nacional del Sesquicentenario del Independencia del Perú, 1975, p. 331.

<sup>19</sup> Constantino Medina Henríquez, nieto de Jacinta, fue el principal viñatero de Matilla.

Encontró al naturalista en su hacienda de Santa Cruz de Elicona, cerca de Cochabamba, y como dice la información del periódico colonial, Haenke «dio en el acto por las reglas químicas con la separación del álcali mineral, reduciéndolo a un excelente nitro prismático, y enseñó el beneficio teórica y prácticamente a don Matías de la Fuente, con la mayor generosidad y sin llevar el menor interés, dando pruebas nada equívocas de la complacencia que tenía en el descubrimiento de un combustible tan útil como necesario en las actuales circunstancias». Disponiendo don Matías de la Fuente del procedimiento para convertir el nitrato de soda en potásico, regresó al Perú dispuesto a explotar el caliche de Tarapacá con don Sebastián de Ugarrisa<sup>20</sup>.

Sebastián de Ugarriza llegó a Tarapacá cuando la minería de la plata estaba en decadencia, pero se insertó muy bien en la sociedad y en el círculo de Minería. Según Gavira, en 1797 era juez de comercio en Tarapacá; en 1799, juez diputado de minería, y en 1806, «propietario de dos minas en flor»<sup>21</sup>. Se trataba de un comerciante más que de un minero. Fueron muy conocidos como habilitadores o aviadores tanto en la minería argentífera, primero, y en la del nitrato de soda, después. Eran quienes proporcionaban créditos a los verdaderos mineros, los que podían saldarse con la apropiación de las minas.

El ingeniero Carlos Oliver Schneider, profesor de Geología y Mineralogía, ha sido posiblemente el primero que estableció esa relación de estos personajes con Chile, desde la perspectiva de la industria del salitre, porque historiadores como Diego Barros Arana lo hicieron desde el relato de las guerras de la independencia<sup>22</sup>.

Hizo ese planteamiento en una conferencia titulada «El caliche y su historia», el 21 de julio de 1930, en un acto organizado por la Universidad de Concepción y la Sociedad Agrícola del Sur. Allí afirma que:

<sup>20</sup> Bermúdez, Óscar, *Historia del salitre, desde sus orígenes hasta la guerra del Pacífico*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1963, p. 54

<sup>21</sup> Gavira, María Concepción, 2005, p. 50.

<sup>22</sup> Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, Tomo IX. Santiago: Universitaria, 2001, pp. 87-90.

[...] nuestra provincia de Concepción, que muy lejos está de la zona salitrera, tuvo su acción en esa primera jornada. Ese don Matías de la Fuente, que era un opulento industrial de Lima, obtuvo del Rey de España el privilegio de elaborar nitrato de sodio y de nitrato de potasio, para lo cual formó una empresa que, con el nombre de Compañía del Perú, se estableció en Talcahuano en 1815; empresa a la que estaban asociados Calixto y Antonio Gutiérrez de la Fuente y Ramón Castilla, el personaje que más tarde fuera Mariscal y Presidente del Perú. Aunque sea fuera de lugar, vale decir, que ese esforzado industrial don Matías Gutiérrez de la Fuente, ha sido el tronco de una larga generación de penquistas, que llega hasta nuestros días y que se ha distinguido siempre por su esfuerzo en el campo de la industria. Tales son los comienzos de esta industria que ha alcanzado proporciones mundiales, industria a la cual, como dije anteriormente, nada le ha faltado para considerarla como una de las epopeyas industriales del orbe<sup>23</sup>.

En este párrafo se establece un vínculo salitrero entre Concepción y Tarapacá y el origen de ese lazo. Lo interesante es Tumbes, la bahía escogida para las operaciones salitreras.

Hemos detectado algunas imprecisiones que resultan obvias, como indicar a Matías de la Fuente como un opulento industrial de Lima, cuando era tarapaqueño. Señala que en 1815 se estableció la compañía que comerció salitre a Talcahuano, donde Calixto, Antonio y Ramón eran socios. Posiblemente lo fueron, pero no desde el inicio, considerando la edad de Antonio y Ramón; en cambio, Calixto para 1815 ya contaba con 26 años. Además, desde antes de 1815 estaba Matías realizando negocios salitreros en Tumbes.

El vínculo de los De la Fuente con Talcahuano tendría posteriormente consecuencias políticas al transformarse en el lugar de refugio de los próceres Castilla y De la Fuente, cuando debieron sufrir la amargura del exilio. Allí, posiblemente, conocieron al general Manuel Bulnes Prieto, natural de Concepción y contemporáneo de Gutiérrez de la Fuente y de Castilla. Ambos lo acompañaron en

<sup>23</sup> Oliver Schneider, Carlos, *El caliche y su historia*. Concepción: Facultad de Tecnología de la Universidad de Concepción, 1930.

el ejército restaurador en la batalla de Yungay del 20 de enero de 1839 en contra del mariscal Andrés de Santa Cruz, donde Castilla tuvo un papel sobresaliente.

Antonio Gutiérrez de la Fuente recibió un merecido reconocimiento después de Yungay, como lo indica el periódico *El Comercio* del 17 de septiembre de 1839, p. 4.

[...] Se leyó un proyecto de ley propuesto por los señores Deustua y Paz Soldán, sobre que se titulase Gran Mariscal de Arequipa al Jeneral de División D. Antonio Gutiérrez de la Fuente, y Restaurador al Excmo. Sr. Gran Mariscal D. Agustín Gamarra, librándoseles sus correspondientes títulos [...]

Por otra parte, afirma este ingeniero Oliver Schneider que Matías Gutiérrez de la Fuente «ha sido el tronco de una larga generación de penquistas», lo que coronaría una relación entre dos regiones, Tarapacá y Concepción, que enfrentaron a los centros políticos de Perú y Chile cuando se consolidaron las naciones<sup>24</sup>. Sin embargo, debemos corregir que más bien se refiere a Calixto Gutiérrez de la Fuente, de quien tenemos información de archivo parroquial de la existencia de un hijo nacido en Talcahuano (otro documento señala Arauco). Este documento, dirigido al Señor Cura encargado, solicita permiso para casarse:

[...] Vicente Gutiérrez de la Fuente, nativo de la república de Chile e hijo legítimo de Don Calixto Gutiérrez de la Fuente, y de Doña Nieves Bayón, y residente en esta capital más de catorce años; ante U. con arreglo a derecho, me presento y digo: Que para mejor servicio a Dios nuestro Señor he tratado de unirme en matrimonio con Doña María García, hija natural de Doña María García ya difunta y vecina de esta Provincia en cuyo concepto y para conseguirlo debe ordenar se me reciba información de testigos que acrediten nuestra soltería y libertad las demás diligencias que previene el Santo Concilio de Trento. Con este fin a U. pido y suplico mande y así lo provea [...]<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> Cartes Montory, A., *Región y nación. La construcción provincial de Chile, siglo XIX*. Santiago: Editorial Universitaria, 2020.

<sup>25</sup> AOI, Parr. San Lorenzo, Tarapacá, Expedientes matrimoniales, s/f, 1849.

Sabemos que múltiples herederos de Vicente, dueño de la hacienda Huarasiña, casado en Tarapacá en 1849, sin descendencia, otorgando disposición testamentaria en Valparaíso, el 10 de febrero de 1890, nombrando albacea a Alejo Palma, favoreciendo a sus sobrinos Rogers Gutiérrez de la Fuente, especialmente a su ahijado Carlos.

¿Nos podría extrañar que Carlos Rogers Gutiérrez de la Fuente haya nacido en Talcahuano en 1846? Era hijo de Enrique Holder Rogers y Francisca Gutiérrez de la Fuente. Fue gerente del Banco de Valparaíso, alcalde e intendente interino de Santiago y diputado liberal por Coelemu. ¿Y también nos extrañaría que su nieto santiaguino Jorge Rogers Sotomayor haya sido diputado por Iquique, Arica y Pisagua?

Sin ahondar más en la filigrana familiar de los Gutiérrez de la Fuente de Talcahuano, Concepción, Arauco y Valparaíso, nos queda muy claro que se arraigaron plenamente en Chile. También los otros hermanos Gutiérrez de la Fuente, Juan y José, dejaron surcos familiares en Santiago y otras localidades como Quillota y Rengo.

José Gutiérrez de la Fuente fue minero de Pudahuel, quien manifestaría, en 1877, una veta en la serranía de las Lomas de Lo Aguirre, camino a Valparaíso, como también el descubrimiento el mismo año de una veta de oro en la hacienda de Peralillo de propiedad de los señores Balmaceda, ubicada en la cuesta del manzano, en las afueras de Santiago. Mientras que a Juan Gutiérrez de la Fuente lo ubicamos como propietario en la ciudad de Quillota en 1882.

Al parecer los descendientes del prócer Antonio Gutiérrez de la Fuente permanecieron en el Perú, después de la guerra; entre sus hijos destaca: Santa Cruz Gutiérrez de la Fuente y Subirat, nacido en Arequipa, bautizado en la parroquia del Sagrario de Arequipa, el 3 de mayo de 1829. Fue su padrino «el excelentísimo señor don Andrés de Santa Cruz, gran Mariscal, Presidente de la República de Bolivia». Resulta evidente que bautizó a su hijo en honor del prócer boliviano, contra de quien lucharía años después en la batalla de Yungay. La correspondencia que recoge Mariano Paz Soldán en su *Historia del Perú independiente* (1875), entre Antonio Gutiérrez de la Fuente con Bolívar, Unanue y Santa Cruz en 1826, se demuestra el aprecio mutuo con este último.

## LA ÚLTIMA ESPERANZA

Hemos señalado que Francisco de la Fuente, el hijo natural de José Basilio, tuvo con Inés Palacios a Matías, Manuela y Melchora. De los dos primeros ya nos hemos referido, pero no así de esta última. Melchora de la Fuente Palacios nació en Pica en 1770 y se casó con Gregorio Almonte Quiroga, salitrero natural de la misma localidad. Los Almonte era una familia extendida que tuvo un papel muy destacado en el desarrollo de la industria del salitre. Una de las ciudades más importantes del desierto de Tarapacá lleva ese apellido: Pozo Almonte, ubicada a unos 50 kilómetros al oriente de Iquique. El más conocido de los Almonte es Manuel Almonte y Viguera, quien fuera prefecto de Tarapacá y uno de los amigos más leales de Ramón Castilla, estuvo con él durante el fatídico viaje del 30 de mayo de 1867, que le costara la vida por agotamiento en un lugar muy próximo al valle de Tiliviche. Manuel bautizó su oficina salitrera, en el cantón de la Peña, como La Palma<sup>26</sup>, en homenaje al triunfo de Castilla del 5 de enero de 1855. Esta salitrera, rebautizada en 1936 como Santiago Humberstone, fue declarada Patrimonio Histórico de la Humanidad en 2005. Manuel Almonte y Viguera nació en San Lorenzo de Tarapacá en 1817. Era hijo natural de Manuel Almonte de la Fuente y de Francisca Viguera, y nieto de Melchora.

Melchora tuvo cuatro hijos: Ascencio, Manuel, Raimundo y Matías. Manuel Almonte de la Fuente, importante agricultor y salitrero, es el padre de Manuel Almonte Viguera, ya referido. Matías nació en San Francisco de Chiu-Chiu, llamada Atacama *la Chica*, el 4 de abril de 1809<sup>27</sup>. Era dueño de 60 estacas de salitre en el cantón Bellavista, al sur de la provincia de Tarapacá; 50 estacas salitrales en Ascensión y otros terrenos salitrales en el cantón de La Noria<sup>28</sup>.

<sup>26</sup> Ojeda, Orietta, «La antigua La Palma y la actual Humberstone. Un complejo patrimonial y un paisaje cultural pampino», en *Tiempo Histórico*, año 8, N°14, 2017, pp. 17-32.

<sup>27</sup> Parr. San Francisco, Chiu-Chiu, baut. 1809.

<sup>28</sup> AHN, Notarios de Tarapacá, tomo IX, 1871.

Quien nos interesa respecto de Antonio Gutiérrez de la Fuente es, en rigor, Ascencio Almonte de la Fuente. Eran primos. Nació en 1810 y falleció el 12 de marzo de 1885. Ascencio fue uno de los pioneros en el cateo de caliche, en la zona más lejana de los principales puertos salitreros activos. Fue lo que se conocía entonces como un «descubridor», es decir, alguien que había logrado ubicar con certeza grandes pampas o mantos de caliche, luego vendrán otros a realizar pedimentos en las cercanías, reconociendo el descubrimiento del primero en los carteles exigidos por la diputación de minería. Por ejemplo:

*El Mercurio de Tarapacá*

Nº 301, Año 11, 26 octubre 1867

De orden del señor diputado 2º de minería de la provincia don Matías Hidalgo, ponemos en conocimiento público que D. Carlos Gallagher por sí y en representación de su compañía, se ha presentado pidiendo se le adjudiquen sesenta estacas de terreno criadero de salitre que se encuentran baldíos en el punto llamado la «Laguna» al S.O. de los terrenos conocidos como el Sud. Encontrándose bajo los linderos siguientes: por el Este y Sud con los intereses del descubridor D. Ascencio Almonte, por el Norte con los terrenos realengos, y por el Oeste terrenos del mismo modo. La persona que se crea con mejor derecho se presentará dentro del término de noventa días a deducir su derecho que será oído en justicia, Calacala Octubre 5 de 1867. Tgo. Loreto Gonzales. Tgo. Eugenio Carpio.

Al igual que en el caso de la minería de la plata, para aumentar el «estacamento» se solicitaban estacas a nombre de los diferentes integrantes de la familia o socios. Por ello, no resulta extraño que gran parte del cantón Lagunas haya sido pedido por los Almonte.

La vena minera de Ascencio provenía de los De la Fuente, pero también de su abuelo José Garrocho de Almonte, dueño de las minas de Tamentica, próximas al poblado de Huatacondo en la zona sur de la provincia. Desde allí es posible acceder a Lagunas sin mayores dificultades de logística. De hecho, el nombre «lagunas» fue creación de Ascencio Almonte y pervive hasta la actualidad.



Ascencio fue, sin duda, influido por el prestigio de su tío materno Matías de la Fuente Palacios. En 1850 realizó una petición en su favor, de sus hijos, de su hermano Matías y de José Manuel Loayza, 12 estacas en la zona de Lagunas, lo que le fue otorgado con fecha 13 de abril de ese año. Al siguiente año realizó otra petición por 40 estacas en su beneficio y de sus cinco hijos, otorgándoseles el 4 de febrero de 1851. Una denuncia realizada por doña Manuela Almonte y sus hijos por 12 estacas, que fueron entregadas a don Ascencio como cesionario de ella, el 10 de febrero de 1852. Similar figura aconteció con 22 estacas denunciadas por doña Teresa Reyes. El 23 de octubre se le entrega en posesión otras 70 estacas por denuncia realizada directamente por Ascencio, más 286 estacas en Lagunas que acordó con Toribio Caucoto, con fecha 4 de octubre de 1850, siendo remensuradas estas estacas en 1867 por Almonte. También Ascencio realizó una permuta de estacas con su sobrino Manuel Almonte y Viguera, donde el primero transfirió 40 estacas en una pampa llamada Ascensión, y el segundo 60 estacas en Lagunas. Los hermanos Miguel y Francisco Almonte vendieron a Ascencio, 44 estacas que habían recibido de su padre Matías, ubicadas también en Lagunas, venta realizada el 8 de abril de 1873. De esa forma Ascencio fue adquiriendo un estacamento de gran magnitud y su familia se sirvió de testafarro. Matías Almonte había denunciado para sí 54 estacas en diferentes momentos, las que fueron remensuradas el 21 de octubre de 1867 a favor de Ascencio. Cabe señalar que Ascencio no logró comprobar todo este estacamento ante las autoridades peruanas (las comisiones de abogados e ingenieros de los bancos limeños), cuando se realizó la expropiación durante el gobierno de Manuel Pardo.

Sobre la base del estacamento de Ascencio Almonte se formó la Compañía Salitrera La Esperanza, en la ciudad de Lima, el 14 de septiembre de 1870, hasta donde debió viajar Ascencio para firmar la escritura. El artículo primero de esta escritura señala:

Art. 1° El señor don Ascencio Almonte, dueño y actual poseedor de cuatrocientos ocho estacas de intereses salitreros, en los terrenos denominados de la «Laguna», en el distrito

de «Pica», provincia de Tarapacá, cede y traspasa dichos terrenos, por el término de diez años, que empezará a contarse desde el día que se empiece a elaborar salitre para beneficiarlo y exportarlo en favor y utilidad de la compañía que forma hoy, en virtud de la presente escritura, con los señores Gran Mariscal don Antonio Gutiérrez de la Fuente, coronel don José Pérez de Vargas, coronel don Juan Antonio Torrico, don José Amancio Castillo, don José Gregorio Basagoitia, don Antonio Dañino y don Julián de Zараcondegui<sup>29</sup>.

El entusiasmo de estos socios se debía no solo al grande y rico estacamento de propiedad de Ascencio Almonte, sino a la existencia de un ferrocarril que uniría al puerto de Patillos con Lagunas, de propiedad de la Compañía Ferroviaria Montero Hnos.

Si bien se implantó una Máquina de producir salitre en Lagunas, no se exportó por dicho puerto, porque el ferrocarril nunca se terminó de construir, a pesar de que se extendieron líneas por más de cien kilómetros pasando por Bellavista. No podemos profundizar sobre los largos litigios que llevaron al fracaso de la compañía La Esperanza y del mentado ferrocarril de Patillos a Lagunas. Finalmente, el gran estacamento de Almonte en Lagunas pasaría a manos de North y C<sup>o</sup>., también todos los ferrocarriles de Montero Hnos., formándose *The Nitrate Railways Company Limited* con los odiosos privilegios otorgados durante el gobierno de José Balta a Montero Hnos. en 1869 y 1871<sup>30</sup>, que lo transformaron en un monopolio hasta 1889<sup>31</sup>.

El gran mariscal Antonio Gutiérrez de la Fuente probó su suerte confiado en su influencia política (entonces ocupaba el cargo de senador por Moquegua) y en su familia, pues el caliche no solo estaba en el subsuelo, sino que debía ser de calidad para poder competir y

<sup>29</sup> Billingham, Guillermo, *Documentos relativos a la Salitrera «Lagunas» recopilados por Guillermo E. Billingham*. Santiago: Imprenta de El Progreso, 1889, p. xxv.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 251.

<sup>31</sup> González, Sergio, «Las primeras estacas del reino salitrero de John Thomas North. El origen del mito», en *Cuadernos de Historia*, N° 49, 2018, pp. 7-36. Bermúdez, Óscar, *La historia del salitre, desde la guerra del Pacífico hasta la revolución de 1891*. Santiago de Chile: Ediciones Pampa Desnuda, 1984, p. 251.

ser exportado. Sin embargo, la incertidumbre llegaría desde Lima, cuando el gobierno civilista de Manuel Pardo decidió la creación de un estanco salitrero, en 1873, y, frente a su fracaso, promulgó una ley de expropiación. Uno de los principales opositores a Pardo por esta medida fue el tarapaqueño Guillermo Billinghurst Angulo. Pedro Dávalos y Lissón relata que «Una comisión de salitreros que presidió don Juan Gildemeister y de la que fue secretario Guillermo Billinghurst, tuvo varias conferencias en Chorrillos en el rancho de Tenderini, donde el presidente pasó el verano de 1874»<sup>32</sup>. Gutiérrez de la Fuente no debió estar ajeno a este problema, porque en 1876 asumió como senador por Tarapacá.

El gobierno peruano le compró a Almonte los terrenos salitrales de Lagunas por escritura pública de 11 de octubre de 1876, es decir, antes que se cumplieran los 10 años señalados en la escritura que formó la Compañía Salitrera La Esperanza. Ese pago no consideró las 140 estacas que estaban fuera del contrato con la sociedad La Esperanza, lo que hace sospechar que Almonte no tenía suficientes títulos sobre esas estacas, según los abogados de los bancos limeños. Sin embargo, serán reconocidas por el gobierno de Chile al devolver las salitreras a los dueños de los certificados, fue este el caso de la Sociedad Délano y socios, la continuadora de Almonte.

Francisco Riso Patrón nos dice sobre Lagunas que «las 548 estacas, tasadas por el Gobierno del Perú en 90.000 soles plata y vendidas a este por Ascencio Almonte, recibiendo en pago nueve certificados de la serie A»<sup>33</sup>. Es una gran cantidad de certificados comparativamente con lo entregado a otras salitreras, lo que demuestra la importancia que el gobierno peruano le dio a estos terrenos de Lagunas, pues solo como ejemplo, por la oficina Buen Retiro, que después fue base para *The Colorado Nitrate Co* organizada por J.T. North, sus dueños recibieron cuatro de estos certificados serie A.

Antonio Gutiérrez de la Fuente, que falleció con posterioridad a Castilla en 1878 a la edad de 81 años, fue testigo de todo el desarrollo de la industria del nitrato de soda en Tarapacá durante

<sup>32</sup> Dávalos y Lissón, Pedro, *op. cit.*, 1928, p. 36.

<sup>33</sup> Riso Patrón, Francisco, *Diccionario geográfico de las provincias de Tacna y Tarapacá*. Iquique: Imprenta de La Industria, 1890, p. 50.

el periodo peruano: desde sus primeras exportaciones, donde fue protagonista su tío Matías de la Fuente, hasta la expropiación de esta industria de las manos de los tarapaqueños —que él conocía perfectamente— por parte del gobierno de Manuel Pardo y los bancos limeños. Supo de la resistencia que ellos pusieron al estanco de 1873 y a la expropiación de 1875<sup>34</sup>. Puede resultar extraño, por la edad de Antonio, pero estuvo involucrado hasta prácticamente el fin de sus días en la minería de Tarapacá.

Su relación con Chile surgió a partir de una iniciativa comercial de Matías de la Fuente y Sebastián de Ugarriza, cuando decidieron transportar salitre hasta la caleta Tumbes, distante más de 2.000 kilómetros al sur de Tarapacá.

La vieja amistad entre Antonio Gutiérrez de la Fuente y Ramón Castilla Marquesado, trizada después de la batalla de La Palma, se pudo restaurar con las revoluciones de mayo de 1867 hasta enero de 1868 que permitieron la caída de la dictadura de Mariano Ignacio Prado y que llevó al gobierno interino de Pedro Diez Canseco, arequipeño, emparentado con Castilla. Llamó en febrero de 1868 a Gutiérrez de la Fuente para asumir el ministerio de Gobierno, y una de las tareas fue el entierro de Ramón Castilla Marquesado, que hizo con generosidad, detalles y mucha dedicación. Fue quien estableció las bases de la monumentalidad que inmortalizaría a su amigo y coterráneo.

## BIBLIOGRAFÍA

- BARROS ARANA, DIEGO, *Historia general de Chile, Tomo IX*. Santiago: Universitaria, 2001.
- BERMÚDEZ, ÓSCAR, *La historia del salitre, desde la guerra del Pacífico hasta la revolución de 1891*. Santiago de Chile: Ediciones Pampa Desnuda, 1984.
- BERMÚDEZ, ÓSCAR, *Historia del salitre, desde sus orígenes hasta la guerra del Pacífico*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1963.

---

<sup>34</sup> González Miranda, Sergio, «La resistencia de los tarapaqueños al monopolio salitrero peruano durante el gobierno de Manuel Pardo: desde el estanco a la expropiación (1872-1876)», en Chungará, vol. 44, N° 1, 2012, pp. 101-114.

- BILLINGHURST, GUILLERMO, *Documentos relativos a la salitrera «Lagunas» recopilados por Guillermo E. Billinghurst*. Santiago: Imprenta de El Progreso, 1889.
- BUSTAMANTE DE LA FUENTE, MANUEL, *Mis ascendientes*. Lima: edición privada, 1955.
- CARTES MONTORY, ARMANDO, *Región y nación. La construcción provincial de Chile, siglo XIX*. Santiago: Universitaria, 2020.
- CASTRO, LUIS, «El proceso independentista en el extremo sur del Perú: desde la invasión de Julián Peñaranda a la sublevación de Pascual Flores (Tarapacá, 1815-1822)», en *Historia*, 51, Vol. II, pp. 365-392, 2018.
- CUNEO-VIDAL, Rómulo, *Diccionario histórico del Perú*. Volumen IX, N° 6. Lima: Gráfica Morsom, 1978.
- DURAND FLOREZ, Guillermo, «El padrón de contribuyentes de Tarapacá de 1845», en *Revista del Archivo General de la Nación*, N° 4-5, 1975-1976.
- ESCAGEDO SALMON, Mateo, *Solares montañeses*. Tomo V. Torrelavega, Cantabria: Gráficas Antonio Fernández, 1931.
- DE LAVALLE, José Antonio Y VIVERO, Domingo de, *Galería de retratos de los gobernantes del Perú independiente 1821-1871*. Barcelona: Maucci, 1909.
- DENEGRI, Félix, NIETO, Armando Y TAURO, Alberto, eds., *Compilación de la independencia del Perú*. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1972.
- GAVIRA, María Concepción, «Producción de plata en el mineral de San Agustín de Huantajaya (Chile), 1750-1804», en *Chungara*, Vol. 37, N° 1, pp. 37-357, 2005.
- GONZÁLEZ, SERGIO, «La resistencia de los tarapaqueños al monopolio salitrero peruano durante el gobierno de Manuel Pardo: desde el estanco a la expropiación (1872-1876)», en *Chungará*, vol. 44, N° 1, pp. 101-114, 2012.
- GONZÁLEZ, SERGIO, «Las primeras estacas del reino salitrero de John Thomas North. El origen del mito», en *Cuadernos de Historia*, N° 49, pp. 7-36, 2018.
- LARCO DE MIRÓ-QUESADA, Rosa, *Los De la Fuente de Tarapacá*. Lima: Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas, volumen XI, N° 18, 1991.
- LASARTE FERREYROS, Luis, *Familias establecidas en el Perú durante la conquista y el virreinato*. Lima: Imprenta Torres Aguirre, 1938.
- OLIVER SCHNEIDER, Carlos, *El caliche y su historia*. Concepción: Facultad de Tecnología de la Universidad de Concepción, 1930.

- OJEDA, ORIETTA, «La antigua La Palma y la actual Humberstone. Un complejo patrimonial y un paisaje cultural pampino», en *Revista Tiempo Histórico*, año 8, N° 14, pp. 17-32, 2017.
- PALMA, RICARDO, *Tradiciones peruanas*. Completas. Madrid: Aguilar, 1953.
- PAZ SOLDÁN, MARIANO FELIPE, *Historia del Perú independiente. Segundo periodo*. Havre: Imprenta de A. Lemale, 1875.
- RISO PATRÓN, FRANCISCO, *Diccionario geográfico de las provincias de Tacna y Tarapacá*. Iquique: Imprenta de La Industria, 1890.
- TORRES, JOSÉ, *Las familias fundadoras de Pica y Matilla, incluye La Huayca, Cumiñalla, Huatacondo y La Tirana*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad de Tarapacá, 2018.
- VILLALOBOS, SERGIO, *La economía de un desierto*. Santiago: Editorial Nueva Universidad, 1979.

## 5. SOBRE LOS AUTORES





## ARANCIBIA CLAVEL, ROBERTO

Roberto Arancibia Clavel es doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile y magíster en Ciencias Políticas por la misma universidad. Ha sido director académico del Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico de la Academia de Guerra del Ejército de Chile. General © del Ejército de Chile. Socio honorario del Instituto O'Higiniano del Perú. Miembro de la Junta Directiva de la UBO. Integrante del Grupo Generación de Diálogo entre Perú y Chile de la Fundación Konrad Adenauer y de los institutos de Estudios Internacionales de las universidades de Chile y Católica del Perú. Ha escrito, entre otras obras: *Historia de la Primera Guerra Mundial*, *Breve historia militar de Arica*, *Tras la huella de Bernardo Riquelme en Inglaterra*, *La influencia del Ejército chileno en América Latina* y *Bernardo O'Higgins. Descubriendo Lima (1790-1794)*.

## ARIAS, YBETH

Ybeth Arias es doctora en Historia por El Colegio de México. Profesora contratada de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Actualmente es curadora de las salas permanentes de Historia del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú. Ha realizado estancias de investigación en la Freie Universität Berlín, la Universidad de Sevilla y la Universidad Complutense de Madrid. También es magíster en Género, Sexualidad y Políticas Públicas por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y licenciada en Historia por la misma casa de estudios. Ha elaborado investigaciones sobre historia religiosa, eclesiástica, social y de la diferencia sexual en el periodo virreinal y republicano, las cuales han sido presentadas en diferentes eventos a nivel nacional e internacional. Algunas de ellas han sido publicadas en libros y revistas del ámbito latinoamericano y europeo. Asimismo, ha realizado actividades en el campo de la divulgación de la historia: escritura y edición de textos escolares, participación en exposiciones museográficas y medios de comunicación, entre otras.

## CARTES MONTORY, ARMANDO

Armando Cartes Montory es doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, becario Fulbright, Master of Laws por la University of Houston, magíster en Historia por la Universidad de Concepción y abogado.

Profesor titular de la Universidad de Concepción. Director del Archivo Histórico de Concepción. Miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Historia y de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile. Director y past President de la Sociedad de Historia de Concepción. Director de la Asociación Chilena de Historiadores. Investigador de varios proyectos Fondecyt. Integrante del claustro doctoral de Historia de la Universidad de Concepción.

Ha publicado múltiples trabajos, como autor o editor, entre ellos: *Concepción contra «Chile». Consensos y tensiones regionales en la Patria Vieja (1808-1811)*, 2010; «Un gobierno de los pueblos...» *Las provincias en la independencia de Chile*, 2014; *Biobío. Bibliografía histórica regional*, 2014; *Viajeros en tierras mapuches*, 2013 y *Región y nación, la construcción provincial de Chile*, 2020.

En 2010 recibió el Premio Municipal de Ciencias Sociales, por la I. Municipalidad de Concepción; y en 2015, el Premio Regional de Ciencias Sociales «Enrique Molina Garmendia», por el Gobierno Regional del Biobío.

## CASTRO CASTRO, LUIS

Luis Castro Castro es doctor en Historia por la Universidad de Chile. Académico del Departamento de Ciencias Históricas y Geográficas de la Universidad de Tarapacá. Actualmente dirige el proyecto Fondecyt regular 1170066 sobre la historia político-social de Tarapacá durante el siglo XIX. Sus últimas publicaciones son: «El bosque de la pampa del Tamarugal y la industria salitrera: el problema de la deforestación, los proyectos para su manejo sustentable y el debate político (Tarapacá, Perú-Chile 1829-1941)», *Scripta Nova*, vol. XXIV, n°. 641, 2020, pp. 1-37; «Los efectos del terremoto de 1868 en Iquique y la provincia de Tarapacá: opinión pública, vulnerabilidad urbana, fenómenos naturales y desastre en un escenario de crisis económica y política (Perú, segunda mitad del siglo XIX)», *Historia*, n°. 53, vol. 1, 2020, pp. 209-245 (en coautoría con Inmaculada Simón e Ivonne Cortés); y «Entre la modernización y el conflicto: el rol empresarial, la gestión municipal y la demanda de un servicio estatal de abastecimiento

de agua potable para Iquique (1830-1924)», *História Unisinos*, vol. 24, n.º 2, 2020, pp. 192-208 (en coautoría con Inmaculada Simón).

## CHAUPIS TORRES, JOSÉ

José Chaupis Torres es bachiller y licenciado en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Docente asociado del Departamento de Historia de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Magíster en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile. Investigador Renacyt P0010545 (CONCYTEC). Miembro ordinario de la Asociación Peruana de Historia Económica (APHE). Sus investigaciones están dirigidas a estudiar las relaciones peruano-chilenas. Entre sus publicaciones destacan los dos volúmenes de *La guerra del Pacífico. Aportes para repensar su historia* (2007 y 2010); con Eduardo Cavieres, *La guerra del Pacífico en perspectiva histórica. Reflexiones y proyecciones en pasado y en presente* (2015); con Claudio Tapia Figueroa, *La guerra del Pacífico, 1879-1884. Ampliando las miradas en la historiografía chileno-peruana* (2018); y con Daniel Parodi, *Lo que decimos de ellos. La guerra del Pacífico en la historiografía y manuales escolares peruanos* (2019). Ha publicado variados artículos en revistas especializadas y compilaciones peruanas y extranjeras.

## DÍAZ AGUAD, ALFONSO

Alfonso Díaz Aguad es profesor de Historia y Geografía y licenciado en Historia por la Universidad Católica de Valparaíso; magíster en Historia Universal por la Universidad Católica de Valparaíso; licenciado en Historia, Ministerio de Educación Cultura y Deporte de España y doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Alcalá de Henares. Pasantía posdoctoral en la Universita La Sapienza di Roma. Se ha especializado en historia económica y social, historia regional e historia de los procesos migratorios. Ha publicado 24 artículos de investigación científica en diversas revistas indexadas, Scielo, Erih Plus, Scopus, Wos, además de cuatro libros, entre los cuales destacan: *Presencia italiana en la ciudad de Arica. 1885-1950*, 2000; y *Ser inmigrante entre el Sama y el Loa (1880-1970) Integración económica y social en un espacio de frontera*, 2017. Ha participado en 13 proyectos de investigación mayor de la Universidad de Tarapacá como jefe de proyecto y en tres Proyectos Fondecyt, en dos como coinvestigador y uno como jefe de proyecto.

Ha sido profesor de tres programas de magíster y dos de doctorado. Miembro de la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Capítulo Arica. Ha ocupado diversos cargos administrativos, entre los cuales destacan el de director de Docencia, 2006-2010; decano, 2010-2016 y vicerrector académico, 2018 a la actualidad, de la Universidad de Tarapacá.

## GAMIO AITA, PEDRO

Pedro Gamio Aita es abogado de la PUCP y magíster en gestión de Políticas Públicas en la Universidad Carlos III y el Instituto Nacional de Administración Pública de España. Profesor en la PUCP y de la Universidad del Pacífico. Consultor de GIZ, con estudios en energías renovables y eficiencia energética en RENAC, Berlín, Alemania. Estudios en la Universidad de Harvard. Fue parte del equipo negociador del Perú en la COP 20 y participó en la COP 21, que dio lugar al Acuerdo de París. Ex viceministro de Energía. Ha sido consultor del Banco Mundial, BID, PNUD, SNV de Holanda, WWF y CEPLAN. Ha sido director regional para América Latina de GVEP, *Global Village Energy Partnership International*. Ha sido *chief advisor* del Fondo Concursable Nórdico de Energía y Ambiente en la región Andina. Asesor principal de la Comisión de Energía y Minas del Congreso. Es autor de diversos libros, entre ellos: *Energía, hacia dónde vamos*, publicado por la Fundación Ebert; *Regulación de la energía en América Latina*, de la Universidad de Externado; *Sociedad compleja*, de la PUCP y *Petróleo y comunidades nativas en el Perú*. Participó como consultor en el Informe de Desarrollo Humano del PNUD sobre el Perú del año 2013. Es director de la Red de Energías Renovables del Perú.

## GONZÁLEZ MIRANDA, SERGIO

Sergio González Miranda es sociólogo por la Universidad de Chile; magíster en Planificación del Desarrollo Urbano y Regional por la Pontificia Universidad Católica de Chile; posgraduado en Ciencias Sociales por Flacso; doctor en Estudios Americanos, con mención en Relaciones Internacionales, por la Universidad de Santiago de Chile y doctor en Educación por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Profesor titular de la Universidad de Tarapacá. Académico del Instituto de Alta Investigación, sede Iquique. Investigador responsable / director de proyectos Conicyt (desde 1994 a la fecha): Fondecyt regular, Anillos y Ecos.

Ha publicado artículos en revistas especializadas y libros en sus áreas de especialización, que son las relaciones transfronterizas y la minería del salitre. Sus libros sobre esta última temática son: *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*, LOM ediciones, 2002; *Pampa escrita. Cartas y fragmentos del desierto salitrero*, Dibam, 2006; *Ofrenda a una masacre: claves e indicios históricos de la emancipación pampina de 1907*, LOM ediciones, 2007; *(Pay)Pampa. La presencia boliviana e indígena en la sociedad pampina*, RIL Editores, 2016; *Mata-munqui. El ciclo de expansión del nitrato de Chile, la sociedad pampina y su industria*, RIL Editores, 2016.

Entre 2008 y 2010 fue miembro del Grupo de Estudios Historia de Fondecyt.

En 2014 recibió el Premio Nacional de Historia y las medallas rectorales de las universidades de Chile y Arturo Prat. Además fue distinguido como Hijo Ilustre de Iquique.

En 2015 fue nombrado miembro del Consejo de la Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología (Conicyt). Desde el 2017 hasta abril del 2019 formó parte del Comité de Humanidades de la Comisión Nacional de Acreditación de Chile (CNA).

Integra los claustros doctorales de Historia de la UTA y de Antropología de la Universidad Católica del Norte y la Universidad de Tarapacá.

## HERRERA TELLO, JUAN CARLOS

Juan Carlos Herrera Tello estudió Historia y Derecho en la Universidad Nacional Federico Villarreal de Lima, titulándose de abogado con la tesis «El cumplimiento de los artículos 2° y 5° del Tratado de 1929 y 2° de su Protocolo Complementario».

Ejerció diversos cargos en el Estado laborando en diferentes estamentos públicos, principalmente en el Congreso de la República como asesor parlamentario, siendo sus labores recientes en la Comisión Investigadora del caso Lavajato y en la Comisión Multipartidaria para la Celebración del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Actualmente labora en diversos proyectos históricos y está en proceso de publicar un texto sobre documentos en torno a la guerra del Pacífico.

## MARGARUCCI, IVANNA

Ivanina Margarucci es profesora de Enseñanza Media y Superior en Historia por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Estudiante del

programa de Doctorado en Historia por la misma casa de estudios. Se desempeña como becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina, con lugar de trabajo en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (Universidad Nacional de San Martín).

Participa de diversos proyectos de investigación radicados en la Argentina y el extranjero. Integra el taller de Problemas de Historia de América Latina (UBA). Forma parte del comité editorial de la *Revista Ni Calco Ni Copia*, publicada por el mismo taller.

Se especializa en la historia social y política de la región andina, con foco en la historia del movimiento obrero y las izquierdas. Fruto de sus investigaciones sobre estos temas, ha publicado artículos en diversas revistas científicas (Argentina, Chile, Bolivia, Colombia, Francia y Rusia). Es coautora del libro *Anarquismos en confluencia. Chile y Bolivia durante la primera mitad del siglo xx* (Eleuterio, 2018) y autora de varios capítulos de libro.

## MÉNDEZ NOTARI, CARLOS ALBERTO

Carlos Alberto Méndez Notari es posdoctor en Ciencias Sociales, Ciencias de la Comunicación, Humanidades y Artes por la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina); doctor en Estudios Americanos, por el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile y magíster en Historia por la Universidad de Santiago de Chile. Es oficial de Ejército de la Escuela Militar General Bernardo O'Higgins. Licenciado en Educación por la Universidad de Los Lagos (sede Santiago). Diplomado en Estudios Políticos y Estratégicos y diplomado en Operaciones de Paz y Derecho Internacional por la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos. Con estudios sobre populismos y neopopulismos en América, en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Dentro de sus varias publicaciones, destacan: *Héroes del silencio. Los veteranos de la guerra del Pacífico en Chile: 1884-1924*; *Desierto de esperanzas: de la gloria al abandono. Los veteranos chilenos y peruanos de la guerra del 79* y *Dolor y olvido: los excombatientes bolivianos de la guerra del Pacífico*. Es miembro de diversas entidades históricas, tales como: *The Company of Military Historians* de Estados Unidos, Asociación Española de la Historia Militar, Sociedad Chilena de Historia y Geografía, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Academia de Historia Militar, Instituto Histórico de Chile, Instituto O'Higginiano de Chile y del Instituto de Investigaciones Histórico Aeronáuticas de Chile. Actualmente se desempeña como profesor

titular y como jefe del Departamento de Posgrado de la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos.

## MUÑOZ-HIDALGO, MARIANO

Mariano Muñoz Hidalgo es psicólogo y licenciado en Psicología por la Universidad de Chile; magíster en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Chile; doctor en Filosofía por la Universidad de La Sorbonne y doctor en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago de Chile. Docente universitario de pre y posgrado.

Consultor internacional en Dinamarca, España, Argentina, Brasil, Cuba, Perú, Portugal, Francia, Colombia y Marruecos. Escritor, conferencista y encuadernador artístico.

Ha publicado cuatro libros de ensayos, 65 artículos y 25 relatos. También ha formado parte de tres antologías poéticas.

Ha recibido las siguientes distinciones:

- Premio de Ensayo Quinto Centenario, Unesco y Gobierno de Francia, 1993.
- Finalista publicado Premio de Musicología Casa de las Américas (La Habana), 1997.
- Finalista publicado, Premio de Ensayo Fundación Pablo Neruda, 1999.
- Premio *Bank of Boston* en Consultoría Innovadora (Buenos Aires), 1991.
- Premio de Poesía *El Mercurio* (Valparaíso), 1998.
- Premio de Literatura de la Municipalidad de Villarrica, 1995.
- Premio Mejor Ponencia, Simposio «Tango y el mundo», Buenos Aires, 2003.
- Finalista publicado de Ensayo OIT «Historia de los derechos laborales», 2005.

## OJEDA BERGER, ORIETTA

Orietta Ojeda Berger es profesora de Historia y Geografía por la actual Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, doctora © en Educación por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, magíster en Pedagogía Universitaria por la Universidad Mayor, diplomada en Gestión Cultural por la Universidad de Chile y diplomada en Comunicación Corporativa por la P. Universidad Católica de Chile.

Ha sido coordinadora del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y jefa de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional de Chile, encargada regional del Consejo de Monumentos Nacionales de Arica y Parinacota, coordinadora de la Comisión Asesora del Consejo de Monumentos Nacionales de la Región de Tarapacá, directora y docente del Museo Regional de Iquique, directora de la sede Iquique de la Universidad Bolivariana, académica de la Universidad Arturo Prat, docente de la Facultad de Educación de la Universidad Mayor y coordinadora de la Biblioteca José María Arguedas de Santiago. Editora de publicaciones en el área de historia. Becada en el año 2010 por el Ministerio de Cultura de España.

Ha publicado capítulos de libros y artículos en revistas de investigación en ciencias sociales como: *Historia social de la educación chilena. Tomo 1: Instalación, auge y crisis de la reforma alemana 1880 a 1920. Agentes escolares* (Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana, Santiago, 2015, reimpresión 2019), *Si Somos Americanos, Tiempo Histórico*, Revista ESS Educación Superior y Sociedad, IESALC y en la Serie Integración Social y Fronteras del Convenio Andrés Bello. Es autora de *Teatro Municipal de Iquique. Un encuentro con su historia*, 2014; *Museo Regional de Iquique y sus colecciones*, 2011; coautora, junto con Sergio González, de *Pampa patrimonial. Circuitos turísticos del salitre desde Matamunqui a Buen Retiro*, 2008; compiladora de las *Actas del Sexto Encuentro de Historiadores, Intelectuales y Cientistas Sociales de Bolivia-Chile*, 2007, y coautora de *Estudio y Comprensión de la Sociedad*, 6° Enseñanza Básica, 2002.

## QUEZADA VERGARA, ABRAHAM

Abraham Quezada Vergara, Ph.D es escritor y diplomático de carrera. Profesor de Historia y Geografía por la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, graduado en Diplomacia en la Academia Diplomática de Chile Andrés Bello, magíster en Relaciones Internacionales y doctor en Estudios Americanos. Docente universitario e investigador en temas de historia contemporánea de Chile. Especialista en la dimensión biográfica de Pablo Neruda, con importantes artículos y libros publicados tanto en medios nacionales como extranjeros, destacándose *Pablo Neruda, Epistolario viajero*, 2004; *Correspondencia entre Pablo Neruda y Jorge Edwards*, 2007; *Cartas a Gabriela*, 2009 y *Allende-Neruda, una amistad, una historia* (2015), este último con varias ediciones en español y traducido al italiano por Treccani, una de las editoriales más prestigiosas de Europa.

Una publicación británica lo ha considerado como: *the world's leading authority on the letters of Pablo Neruda* (Cantalao n°. 1, London,



Septiembre, 2013). Actualmente se encuentra profundizando sus investigaciones sobre Pablo Neruda y la construcción de la imagen internacional de Chile. Además de sus entrevistas para medios nacionales y extranjeros, destacan sus presentaciones en universidades y centros académicos, así como sus ponencias en ferias del libro realizadas en Cuba, Ecuador, Perú y Chile.

## ROSARIO PACAHUALA, EMILIO

Emilio Rosario Pacahuala es bachiller y licenciado en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos; magíster en Educación por la Universidad Nacional de Educación Enrique Guzmán y Valle «La Cantuta» y candidato a doctor en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Director del Departamento de Humanidades de la Universidad Privada del Norte. Docente de los programas de posgrados de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y de la Universidad Nacional San Antonio de Abad. Destaca su libro *Parlamentos en conflicto. El Congreso de la República y la guerra del Pacífico (1879-1881)*.

## RUZ ZAGAL, RODRIGO

Rodrigo Ruz Zagal es doctor en Antropología por la Universidad de Tarapacá-Universidad Católica del Norte; magíster en Antropología por la Universidad de Tarapacá-Universidad Católica del Norte y profesor de Historia y Geografía por la Universidad de Tarapacá. Académico del Departamento de Ciencias Históricas y Geográficas de la Universidad de Tarapacá (Arica, Chile), donde también dirige el Archivo Histórico Vicente Dagnino. Su labor investigativa la desarrolla al alero de proyectos de investigación financiados por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID), estudiando la experiencia de comunidades del Norte Grande chileno y áreas de frontera desde un enfoque histórico, cultural y antropológico. Forma parte del Grupo de Estudios en Artes y Arquitectura de la ANID en Chile. Es consejero regional Arica-Parinacota ante el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

## SALAZAR MEJÍA, NÉCKER

Nécker Salazar Mejía es docente universitario e investigador RENACYT. Es doctor en Literatura Peruana y Latinoamericana por la Universidad

Nacional Mayor de San Marcos y magíster en Literatura Hispanoamericana por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Obtuvo la licenciatura en Lenguaje y Literatura en la Universidad Nacional Federico Villarreal y siguió estudios de posgrado en Literatura Española en el Instituto de Cooperación Iberoamericano de Madrid, becado por la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI). Es ponente y conferenciante y ha sido miembro del Comité Organizador del Primer y Segundo Congreso Internacional de Teorías, Crítica e Historias Literarias Latinoamericanas en homenaje a Antonio Cornejo Polar (2016 y 2017). Su campo de investigación abarca la oralidad andina, la literatura indigenista y neoindigenista, centrandó su interés en la narrativa de Ciro Alegría. Ha sido distinguido como docente e investigador por la Universidad Nacional Federico Villarreal. Es editor del libro *Churata desde el sur*. Actualmente, es docente de la Facultad de Humanidades de la Universidad Federico Villarreal, la Escuela Universitaria de Posgrado de dicha casa de estudios y la Unidad de Posgrado de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

## SALINAS SÁNCHEZ, ALEJANDRO MARCELO

Alejandro Marcelo Salinas Sánchez es licenciado en Historia y egresado de la Maestría de Historia de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima, Perú). Entre marzo y agosto del 2008 fue becado por la Red de Macrouniversidades de América Latina y el Caribe para realizar una estancia de investigación en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Durante el periodo 1996-2018 se desempeñó como investigador especialista en historia económica del Seminario de Historia Rural Andina de la UNMSM. Actualmente ejerce el cargo de coordinador del Archivo de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNMSM. Entre sus publicaciones destacan *La economía peruana vista desde las páginas de El Comercio, siglo XIX*, 2018; *El ocaso del sol de plata. Moneda y economía, 1880-1897*, 2015; *La época del Pan Grande. Billinghurst presidente, 1912-1914*, 2014; *Polos opuestos. Salarios y costo de vida (1821-1879)*, 2013 y *Cuatro y billetes: crisis del sistema monetario peruano, 1821-1879*, 2011. Además, ha realizado la curaduría de las exposiciones «De seminarista a califa. Imagen histórica de Nicolás de Piérola» y «Nuestras damas decimonónicas».

## SALINAS CAMPOS, MAXIMILIANO

Maximiliano Salinas Campos es académico de la Universidad de Santiago de Chile, en el Departamento de Historia y en el Departamento de Lingüística y Literatura. Doctor en Teología por la Universidad de Salamanca, España. Premio de Ensayo Martín Cerda de la Sociedad de Escritores de Chile, en el 2000. Autor de *Historia del pueblo de Dios en Chile. La evolución del cristianismo desde la perspectiva de los pobres* (Santiago: Rehue, 1987), *Versos por fusilamiento. El descontento popular ante la pena de muerte en Chile en el siglo XIX* (Santiago: Fundación Pablo Neruda, 1993), *Gracias a Dios que comí. Los orígenes del cristianismo en Iberoamérica y el Caribe, siglos XV-XX* (Ciudad de México: Dabar, 2000), *El reino de la decencia. El cuerpo intocable del orden burgués y católico de 1833* (Santiago: SECH, 2001), *Canto a lo divino y religión popular en Chile hacia 1900* (Santiago: LOM ediciones, 2005), *La risa de Gabriela Mistral. Una historia cultural del humor en Chile e Iberoamérica* (Santiago: LOM ediciones, 2010), *Lo que puede el sentimiento. El amor en las culturas indígenas y mestizas en Chile y América del Sur, siglos XIX y XX* (Santiago: Ocho Libros, 2015), *Gabriela Mistral. La revolución mestiza de la Tierra* (Santiago: Usach, 2019). Autor de artículos en *Atenea*, *Chungará*, *Mapocho*, *Revista Musical Chilena*, *Tabula Rasa*, entre otras.

## TORRES GONZÁLEZ, JOSÉ ALFLORINO

José Alflorino Torres González es genealogista. Tiene estudios de diplomado en Genealogía, Heráldica y Nobiliaria, en el Instituto Español de Estudios Nobiliarios de la Fundación Hidalgos de España en Madrid. Experto universitario en Genealogía y Archivos de la Universidad de Córdoba de España. Investigador de genealogía, promoviendo el estudio en el Norte Grande con respecto a familias originarias y su pertenencia al mundo surandino. Investigador de genealogía de la Universidad de Tarapacá, en Iquique. Ha investigado la genealogía andina del territorio en Tarapacá y sus diferentes valles. Autor del libro *Familias fundadoras de Pica y Matilla 1590-2016*, en dos volúmenes (Ediciones Universidad de Tarapacá, 2017).

## TRONCOSO ARAOS, XIMENA

Ximena Troncoso Araos estudió Pedagogía en Español en la Universidad de Concepción y completó estudios de Magíster en Literaturas Hispánicas y Doctorado en Literatura Latinoamericana en la misma casa

de estudios. Desde 2005 se desempeña en la Universidad Católica del Maule, donde realiza docencia y desarrolla investigación. Su espectro de trabajo ha ido ampliándose desde los estudios literarios y culturales a sus vínculos con la educación. Parte de su obra la constituyen artículos como «Ercilla, Neruda y Chihuailaf en vivo», «*Mariluán*: Lautaro en la encrucijada», «El retrato sospechoso: Bello, Lastarria y nuestra ambigua relación con los mapuche», «Novela y nueva relación etnocultural», «Descubrir la literatura infantil», «Experiencias de lectura literaria en educación básica: *Papelucho*, de Marcela Paz, un estudio de caso». Ha colaborado en libros como *Ensayar al confabulador: acercamiento a la obra de Juan José Arreola* y *Literatura y educación: construyendo identidades*. Su libro *Antología crítica del relato infantil sudamericano*, en coautoría con Cecilia Rubio, fue financiado por el Fondo del Libro y la Lectura, en la línea de investigación, y ha sido distribuido en universidades y escuelas como aporte a la educación literaria y cultural.

## VALDEBENITO TAMBORINO, FELIPE

Felipe Valdebenito Tamborino es antropólogo social por la Universidad de Tarapacá; magíster en Antropología por la Universidad Católica del Norte; doctorando de cotutela internacional entre la Université Sorbonne Nouvelle-Paris 3 (Francia) y la Universidad Católica del Norte (Chile). Sus investigaciones se inscriben en el campo de la minería del norte chileno, los estudios fronterizos, las migraciones internas e internacionales, la antropología urbana y la geografía urbana. Cuenta con variadas publicaciones de circulación nacional e internacional en revistas especializadas.



Este libro se terminó de imprimir  
en Santiago de Chile,  
julio de 2021

Teléfono: 22 22 38 100 / ril@rileditores.com

Se utilizó tecnología de última generación que reduce el impacto medioambiental, pues ocupa estrictamente el papel necesario para su producción, y se aplicaron altos estándares para la gestión y reciclaje de desechos en toda la cadena de producción.